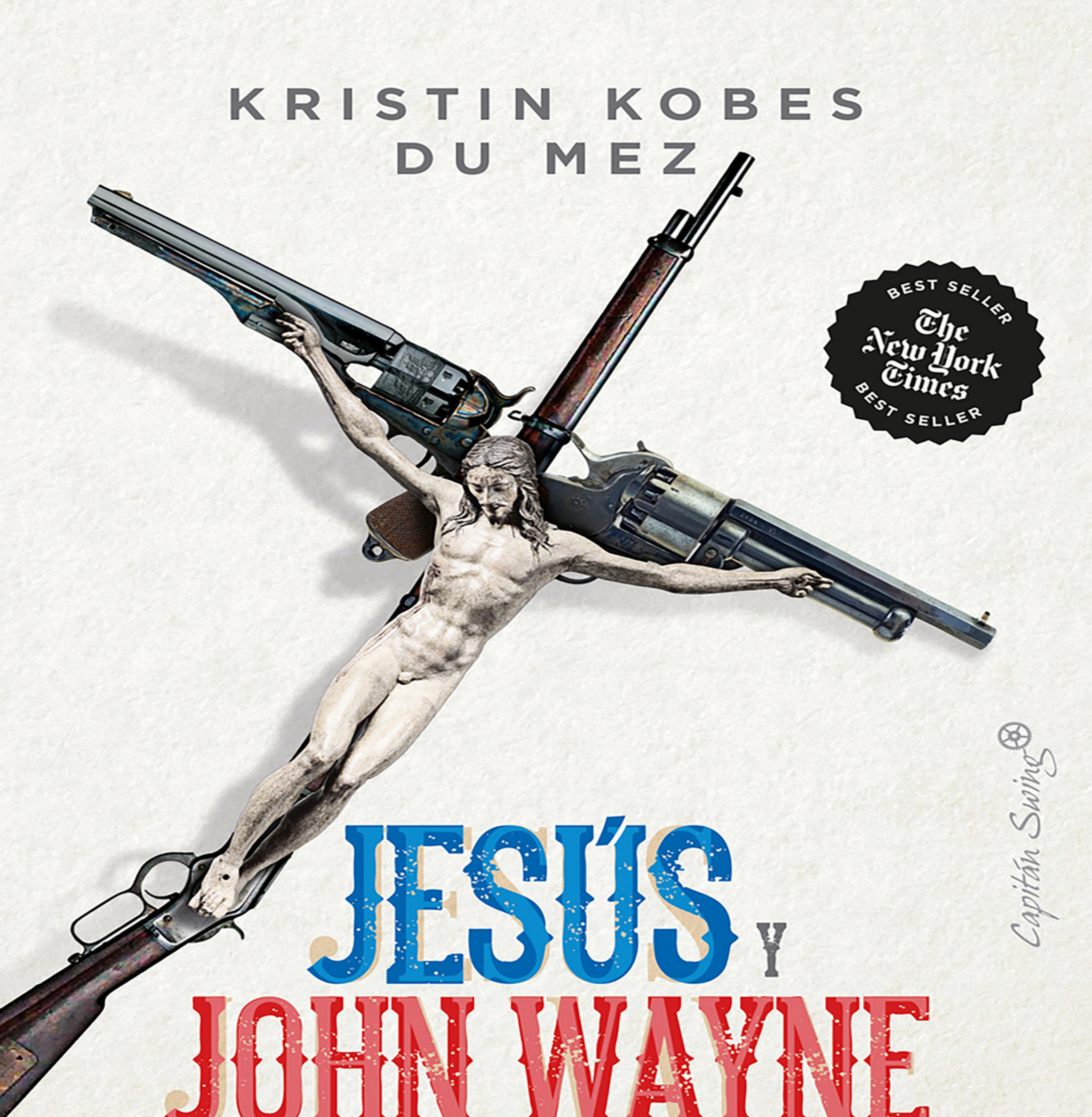


Cómo los **EVANGÉLICOS BLANCOS** corrompieron una fe y fracturaron una nación

JESÚS Y JOHN WAYNE

Cómo los EVANGÉLICOS BLANCOS corrompieron una fe y fracturaron una nación

KRISTIN KOBES DU MEZ

Traducción de

Gemma Deza Guil

Capitán Swing



Cómo los **EVANGÉLICOS BLANCOS** corrompieron una fe y fracturaron una nación

Este es para Jack.

Introducción

Un crudo día de invierno de enero de 2016, Donald Trump ocupó el estrado del salón de actos de una pequeña universidad cristiana de Iowa. Alardeó de sus cifras en las encuestas y de las dimensiones de las multitudes que congregaba. Alertó de los peligros que representaban los musulmanes y los inmigrantes indocumentados, y habló de erigir un muro en la frontera. Denigró a los políticos estadounidenses, tildándolos de estúpidos, débiles y patéticos. Afirmó que el cristianismo estaba siendo «asediado» e instó a los cristianos a aunar fuerzas y ejercer su poder. Prometió liderarlos. No dudaba de la lealtad de sus seguidores: «Podría disparar a gente en la Quinta Avenida y no perdería votos»,[1] aseguró.

Aquella mañana, el reverendo Robert Jeffress, pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, se encargó de presentar a Trump. Como pastor, Jeffress no podía expresar su apoyo a un candidato, pero aclaró que no estaría allí si no creyera que Trump «podía ser un magnífico presidente». Y Jeffress no era el único que lo pensaba. En aquel momento, antes de los caucus de Iowa de principios de febrero, el 42 por ciento de los evangélicos blancos apoyaban a Trump, un apoyo superior al que tenía cualquier otro candidato. El motivo era muy sencillo, sostenía Jeffress. Los evangélicos estaban «hartos del *statu quo*». Buscaban un líder que «invirtiera la espiral mortal descendiente en la que se halla sumido este país que tanto amamos».[2]

Yo no me encontraba en Iowa en aquel momento, pero seguí aquel espectáculo en directo a través de Internet. Conocía bien el lugar. Era el Dordt College, mi universidad. Y la ciudad era Sioux Center, mi ciudad natal. Había crecido a poca distancia del campus, al otro lado de una antigua granja recientemente convertida en pradera nativa. Había estudiado en la escuela de primaria cristiana local, donde mi madre había sido mi maestra de educación física. Y mi padre, que era pastor ordenado, impartía Teología en aquella misma universidad desde antes de que yo naciera. Cada

año, de niña, acudía a los servicios de la Salida del Sol de Pascua en aquel mismo salón de actos y, en mi época de estudiante universitaria, asistía fielmente a los servicios de capilla. Desde el mismo estrado en el que ahora se alzaba Trump, yo había dirigido oraciones, participado en «equipos de alabanza» cristianos y, durante los ensayos del coro, coqueteado con el hombre que se convertiría en mi esposo. Nos casamos en una iglesia situada en aquella misma calle. Y aunque nos mudamos después de graduarnos en la universidad, aquel espacio seguía pareciéndome íntimamente familiar. No obstante, mientras observaba a aquella multitud desbordante agitar pancartas, reírse de los insultos y gritar dándole la razón a Trump, me pregunté quiénes eran aquellas personas. No las reconocía.

No todos los presentes aquel día compartían el entusiasmo por Trump. Algunos habían acudido por mera curiosidad. Y otros para protestar. Un reducido grupo de residentes, entre los cuales figuraban alumnos de la universidad y de la escuela primaria cristiana, formaban un corrillo para protegerse del frío mientras sostenían pancartas hechas a mano en las que se leía: «Ama a tus vecinos» y «El amor perfecto destierra el miedo». Sin embargo, eran una nimiedad en comparación con los partidarios de Trump. Y siguieron siéndolo el 8 de noviembre de 2016, cuando el 82 por ciento de los electores del condado de Sioux votaron a Donald Trump,[3] una proporción asombrosamente parecida al 81 por ciento de votantes evangélicos blancos que, según las encuestas a pie de urna realizadas en todo el país, dieron su apoyo a Trump y que demostraron ser cruciales para que se impusiera a Hillary Clinton.

La confianza de Trump en la lealtad de sus seguidores se antojaba una fantochada en aquel entonces, pero no tardó en convertirse en un canto profético. Sus partidarios evangélicos le respaldaban incluso cuando se mofaba de sus adversarios, incitaba a la violencia en sus mítines y alardeaba de su «hombría» en la televisión nacional. Luego vinieron las indiscreciones sexuales de Trump. El divorcio por un lado, los rumores de escarceos sexuales por el otro; pero fue la publicación de la grabación de *Access Hollywood*[4] la que aportó pruebas irrefutables de que el candidato utilizaba un lenguaje soez para hablar de seducir y acosar sexualmente a las mujeres.

¿Cómo podían los conservadores con «valores familiares» apoyar a un hombre que contravenía todos y cada uno de los principios por los que ellos aseguraban regirse? ¿Cómo podía la autoproclamada «mayoría moral»

aupar a un candidato que se regodeaba en la vulgaridad? ¿Cómo podían los evangélicos que habían convertido el «QHJ» («¿Qué haría Jesús?») en un fenómeno nacional justificar su respaldo a un hombre que parecía la mismísima antítesis del salvador a quien afirmaban emular?

Los comentaristas desplegaron su arsenal para explicarlo. Votando con la nariz tapada, los evangélicos habían decidido decantarse por el mal menor, y Hillary Clinton era el mal mayor. Los evangélicos pensaban en términos puramente transaccionales, como dicen que suele hacer el propio Trump, y lo votaban porque prometía designar para el Tribunal Supremo a magistrados que protegieran a los nonatos y les aseguraran su «libertad de religión». O quizá las encuestas eran engañosas. Tal vez encuestas poco rigurosas estaban confundiendo a «evangélicos de postín» con verdaderos cristianos que creían en la Biblia y acudían a la iglesia y estaban dando mala reputación al evangelismo.

Pero el apoyo de los evangélicos a Trump no era ninguna aberración, ni tampoco una decisión meramente pragmática. Era más bien la culminación de la adopción de una masculinidad combativa por parte del evangelismo, una ideología que consagra la autoridad patriarcal y consiente un despliegue despiadado de poder, tanto a escala doméstica como externa. Para cuando Trump se erigió en su salvador, los evangélicos blancos conservadores ya habían transformado una fe que ensalza la humildad y a «los más desfavorecidos» en una fe que tilda la consideración por el prójimo de «cosa de cobardes». En lugar de poner la otra mejilla, los evangélicos habían decidido defender su fe y su país, convencidos de que el fin justifica los medios. Tras reemplazar al Jesús de los Evangelios por un Cristo guerrero vengador, no sorprende que muchos acabaran por concebir a Trump bajo esa misma luz. En 2016, muchos observadores quedaron estupefactos ante la aparente traición de los evangélicos a sus propios valores. En realidad, los evangélicos no votaron a pesar de sus creencias, sino precisamente espoleados por ellas.

Donald Trump no fue el desencadenante de este giro agresivo; su auge fue sintomático de un problema que venía de lejos. Los datos de las encuestas revelan los agrestes contornos de la cosmovisión evangélica contemporánea. Más que ningún otro grupo demográfico religioso en Estados Unidos, los protestantes evangélicos blancos amparan la guerra preventiva, consienten el uso de la tortura y están a favor de la pena de muerte. Poseen armas en un porcentaje más elevado que ninguna otra fe y

defienden que los ciudadanos deberían tener derecho a ir armados en la mayoría de lugares y a sentirse seguros con un arma de fuego cerca. Los evangélicos blancos son los principales opositores a la reforma de las leyes de inmigración, tienen una opinión más negativa de los inmigrantes que ningún otro grupo demográfico religioso y dos tercios de ellos están a favor del muro fronterizo de Trump. El 68 por ciento de los protestantes evangélicos blancos (más que ningún otro grupo demográfico) considera que Estados Unidos no tiene la responsabilidad de acoger refugiados. Más de la mitad de los protestantes evangélicos blancos opinan que sería una involución que la población estadounidense mayoritaria no fuera blanca. Y, además, los evangélicos blancos son los más inclinados a creer que el islam instiga la violencia, a rechazar el islam como «parte de la sociedad estadounidense general» y a percibir «un conflicto natural entre el islam y la democracia». En paralelo, creen que, en Estados Unidos, los cristianos están más discriminados que los musulmanes. Los evangélicos blancos son significativamente más autoritarios que otros grupos religiosos y manifiestan una mayor confianza en sus líderes espirituales que los integrantes de otras fes.[5]

Para los evangélicos, la política interior y exterior son dos caras de la misma moneda. El nacionalismo cristiano, la creencia en que Estados Unidos es la nación elegida por Dios y, como tal, debe defenderse, es un potente indicador de la intolerancia hacia los inmigrantes, las minorías raciales y los no cristianos. Se opone a los derechos de las personas homosexuales y al control sobre las armas, al tiempo que respalda la aplicación de castigos más duros a los delincuentes, justifica el uso de una fuerza desmedida contra estadounidenses negros en situaciones donde intervienen las fuerzas del orden y defiende una ideología de género tradicional. Los evangélicos blancos han tejido este mosaico de temas, y el compromiso nostálgico con una masculinidad blanca ruda, agresiva y combativa sirve como hilo que lo hilvana en un todo coherente. El gobierno del padre en el hogar está inextricablemente ligado al liderazgo heroico en el panorama nacional, y el destino de la nación depende de ambos.[6]

En noviembre de 2016, las afinidades estaban claras. Un número sustancial de evangélicos blancos compartían el nacionalismo, la islamofobia, el racismo y el nativismo de Trump. Toleraban su «forma desagradable de hacer política»: alegaban que los manifestantes heridos tenían su merecido y aseguraban que el país iría mejor si se deshiciera de

las «manzanas podridas», al tiempo que aseguraban que la opinión pública era «demasiado sensible» a lo que se decía en política. Seducidos por las ideas populistas de Trump, los evangélicos blancos se inclinaron por rechazar el compromiso político, por un liderazgo fuerte en solitario y por infringir las normas cuando era necesario. Y dicha predisposición se mantenía tanto cuando se definían por afiliación como cuando lo hacían por autoidentificación, creencia o comportamiento.[7]

Ahora bien, los evangélicos prefieren definirse no por sus creencias políticas, sino por sus convicciones teológicas o, para ser más exactos, en función de cuatro «aspectos distintivos evangélicos». De acuerdo con la Asociación Nacional de Evangélicos estadounidense, todo protestante evangélico debe considerar la Biblia la máxima autoridad, confesar la centralidad de la expiación de Cristo, creer en una experiencia de conversión mediante el renacimiento y difundir activamente la buena nueva y reformar la sociedad con acuerdo a esta. Definido de este modo, el «evangelismo» se plantea como un movimiento global y racialmente diverso. Sin embargo, cuando se intentan delinear los contornos del protestantismo evangélico estadounidense actual, la primacía de estos cuatro rasgos distintivos es cuestionable.[8]

Los evangélicos afirman considerar la Biblia la máxima autoridad en la vida cristiana, pero la Biblia contiene más de 31.000 versículos. ¿Cuáles se consideran pautas esenciales para la práctica de los fieles cristianos y cuáles se ignoran sin más o se explican restándoles importancia? En la misma línea, cuando los evangélicos se definen en términos de la expiación de Cristo o como discípulos del Cristo renacido, ¿qué tipo de Jesús imaginan? ¿Es su salvador un guerrero conquistador, un tipo duro que no hace prisioneros y libra una guerra santa? ¿O es un cordero que se ofrece a sacrificarse para restaurar todas las cosas? La respuesta que cada uno dé a estas preguntas determinará su manera de seguir a Jesús.

En realidad, lo que significa ser evangélico siempre ha dependido del mundo externo a la fe. En los últimos años, las propias autoridades evangélicas han reconocido (y a menudo han lamentado) que la definición dada por la «cultura popular» se ha impuesto a una definición «histórica y teológica más exacta», de tal manera que, en la actualidad, muchas personas se definen como «evangélicas» porque ven Fox News, se consideran religiosas y votan al Partido Republicano. Frustradas con esta confusión

entre «supuestos» evangélicos y evangélicos «de verdad», las élites evangélicas han llamado a capítulo a encuestadores y comentaristas por confundir ambos a la ligera. Pero el problema va más allá de una categorización poco rigurosa. Entre los evangélicos, los elevados niveles de analfabetismo teológico implican que muchos de ellos tienen opiniones tradicionalmente consideradas herejía, lo cual pone en cuestión la centralidad de la teología en el protestantismo evangélico en general. Es más, muchos de quienes suscriben estos cuatro aspectos distintivos no se identifican de hecho como evangélicos. Así ocurre, en especial, en el caso de los cristianos de color: solo el 25 por ciento de los afroamericanos que suscriben estos cuatro preceptos se identifican como evangélicos.[9]

No se trata de un simple malentendido. Desde hace mucho tiempo, los cristianos negros se han resistido a adoptar la etiqueta del evangelismo porque tienen claro que este no se reduce a unas cuantas declaraciones de fe. Los datos de las encuestas indican que, en casi todos los temas sociales y políticos, los protestantes negros aplican su fe de modos que van en sentido diametralmente opuesto al evangelismo blanco. Es posible que las diferencias no solo arraiguen en la experiencia, sino en la propia fe; en la práctica, los «aspectos distintivos evangélicos», aparentemente neutrales, resultan ser específicos en términos culturales y raciales. Y aunque a los evangélicos blancos les guste señalar que hay «evangélicos» negros para distanciar a su movimiento de las acusaciones de racismo y asociación con la política conservadora, los propios cristianos negros han llamado la atención sobre el «problema blanco» del evangelismo y la incapacidad o falta de voluntad de los evangélicos blancos de afrontarlo. Tras las elecciones de 2016, las reivindicaciones de quienes hablaban del problema blanco del protestantismo evangélico resultaban más difíciles de ignorar. Para muchos cristianos negros, el evangelismo se había convertido en «una marca religiosa blanca».[10]

Pese a ser uno de los fundamentos de la identidad evangélica blanca, la raza rara vez funciona como una variable independiente. Para los evangélicos blancos conservadores, la «buena nueva» del evangelio cristiano ha quedado entrelazada de manera inextricable con un compromiso firme con la autoridad patriarcal, la diferencia de géneros y el nacionalismo cristiano, todos los cuales están entretejidos con la identidad racial blanca. Muchos estadounidenses que se definen como evangélicos se identifican con esta teología operativa, que se resume en su inclinación

política hacia los republicanos y los valores tradicionales. Esta fe en Dios y el país está abanderada tanto por quienes asisten regularmente a iglesias evangélicas como por quienes no lo hacen. Tiende puentes que salvan diferencias confesionales, regionales y socioeconómicas, a pesar de dividir a los estadounidenses, cristianos incluidos, entre quienes adoptan estos valores y quienes no. En este sentido, el evangelismo blanco conservador se ha convertido en una fuerza polarizadora en la política y la sociedad de Estados Unidos.

El basto alcance del evangelismo blanco se debe, en gran medida, a la cultura que ha engendrado y que vende. En el transcurso del pasado medio siglo, aproximadamente, los evangélicos han producido y consumido una amplia gama de productos religiosos: revistas y libros cristianos, CCM («música contemporánea cristiana»), emisoras de radio y canales de televisión cristianos, largometrajes, conferencias ministeriales, blogs, camisetas y decoración para el hogar. Muchos evangélicos que sudarían tinta si tuvieran que articular siquiera los principios más básicos de la teología evangélica han quedado inmersos en esta cultura popular evangélica. Han criado a sus hijos con la ayuda de los programas radiofónicos de Enfoque a la Familia de James Dobson[11] o han crecido viendo la serie de dibujos animados *VeggieTales*.[12] Se mecieron al son de Amy Grant, de Newsboys o DC Talk. Aprendieron sobre pureza antes de aprender sobre sexo, y tienen un anillo de plata para demostrarlo. Vieron *La pasión de Cristo, Soul Surfer: Alma surfera* o la última película de Kirk Cameron con su pandilla de juventud. Asistieron a Promise Keepers[13] con otros feligreses y leyeron *Salvaje de corazón* en grupos reducidos. Han aprendido más de Pat Robertson, John Piper, Joyce Meyer y The Gospel Coalition[14] que de los sermones dominicales de sus pastores.

La difusión de la cultura del consumo evangélica desborda la órbita de las iglesias evangélicas. El evangelismo cultural se ha infiltrado hasta el corazón del cristianismo tradicional, hasta tal punto que diferenciar a los miembros de una confesión como la Iglesia Metodista Unida de los evangélicos arroja más sombras que luces. (Incluso la Iglesia Reformada Cristiana, la pequeña confesión fundada por inmigrantes holandeses en la que yo me crie, es un ejemplo paradigmático; durante generaciones, sus integrantes se definían en oposición al cristianismo estadounidense, pero, tras la arremetida de la cultura popular evangélica, muchos de ellos son ahora funcionalmente evangélicos en términos de afinidad y creencia). Las

fronteras entre confesiones quedan fácilmente sepultadas bajo el flujo de la mercadotecnia religiosa. De hecho, es posible participar en esta cultura religiosa sin acudir a la iglesia.

Y pese a ello, este evangelismo cultural sigue estando entreverado con el «evangelismo tradicional». Organizaciones confesionales y grupos paraeclesiásticos, párrocos y teólogos, universidades y seminarios, editoriales y organizaciones benéficas generan gran parte del contenido religioso que se comercializa a una congregación inmensa de consumidores. Los líderes evangélicos se otorgan autoridad recíprocamente, hacen propaganda de sus respectivos libros, se defienden unos a otros en las redes sociales y determinan qué párrocos, organizaciones y escritores en ciernes merecen difusión y cuáles deben ser repudiados. En ocasiones, la cultura popular evangélica subvierte la autoridad de la élite evangélica. Durante la campaña de Trump, a muchos pastores les sorprendió constatar la poca influencia que ejercían sobre sus feligreses. Lo que no supieron apreciar es que se enfrentaban a un sistema de autoridad más poderoso, una cultura popular evangélica que reflejaba y reforzaba una ideología convincente y una visión del mundo coherente. Unas cuantas palabras predicadas el domingo por la mañana no podían competir con la dieta constante de productos religiosos evangélicos consumidos día sí y día también.[15]

En lugar de esforzarse por diferenciar a los evangélicos «de verdad» de los «supuestos» evangélicos, resulta más útil pensar en términos del grado de participación de las personas en esta cultura de consumo evangélica. Hay quienes rara vez consultan medios de comunicación externos a este mundo; en lo tocante a música, fuentes informativas, libros y radio, estas personas habitan un espacio de consumo aparte y santificado. También son muchas las personas que participan en menor grado, que escuchan música «laica», ven las últimas películas taquilleras de Hollywood y leen algún que otro libro «no cristiano», aunque en su día a día sintonicen emisoras cristianas, canturreen al son de «música de alabanza», compren libros sobre crianza de niños en la fe cristiana y devoren novelas románticas cristianas. Sin embargo, pese a las diferencias, el hecho de participar en una cultura común forja vínculos entre consumidores con una mentalidad parecida, y dichas afinidades asientan los cimientos de una identidad cultural compartida.

En el seno del evangelismo, siempre han convivido numerosos credos que han competido por la influencia. Incluso hoy, bajo el paraguas evangélico se amparan calvinistas y pentecostales, «defensores de la justicia social» y

gurús del evangelio de la prosperidad. Ahora bien, durante las últimas pocas décadas, los conservadores han consolidado su poder dentro de este movimiento más amplio. Ofreciendo certidumbre en tiempos de cambio social, prometiendo seguridad frente a amenazas globales y, quizá lo más importante, reafirmando la superioridad moral de una América cristiana y blanca y, por extensión, de los estadounidenses cristianos blancos, los evangélicos conservadores lograron seducir de mente y corazón a grandes números de cristianos en Estados Unidos. Y consiguieron imponerse no solo configurando una ideología convincente, sino también difundiendo su programa a través de organizaciones y alianzas políticas estratégicas, en ocasiones mediante despliegues despiadados de poder y, lo más esencial, dominando la producción y la distribución de la cultura de consumo cristiana.

Como el evangelismo en general, la cultura popular evangélica abarca un amplio espectro de compromisos políticos y religiosos. En la misma librería se pueden encontrar libros del asesor financiero conservador Dave Ramsey y del activista defensor de la justicia social Jim Wallis, manifiestos feministas surgidos de la pluma de Rachel Held Evans y Sarah Bessey, y defensas clásicas de la «feminidad tradicional» escritas por Elisabeth Elliot. Aun así, el poder del evangelismo blanco conservador resulta evidente tanto por el tamaño de su cuota de mercado como por su influencia en los canales de distribución religiosos. Al tratarse de un movimiento difuso, el evangelismo carece de estructuras de autoridad institucional claras, pero el mercado evangélico en sí ayuda a definir quién pertenece al rebaño y quién no. Las tiendas LifeWay Christian Stores, en su día la mayor cadena de venta al por mayor cristiana y afiliadas a la Convención Bautista del Sur, han esgrimido ese poder sin tapujos. Cuando Rachel Held Evans y Jen Hatmaker contravinieron la ortodoxia conservadora relacionada con la sexualidad y el género, LifeWay dejó de vender sus libros. En cambio, sí comercializa la obra de Todd Starnes *The Deplorables' Guide to Making America Great Again* («Ganar fue solo el principio. […] El cambio puede empezar en la Casa Blanca, pero acaba en tu casa») y la de R. C. Sproul y Abdul Saleeb *The Dark Side of Islam.*

Los productos que los cristianos consumen dan forma a la fe que profesan. En la actualidad, ser «evangélico conservador» tiene mucho más que ver con una cultura que con una teología, tal como puede apreciarse viendo los héroes a quienes ensalzan. Los evangélicos tradicionales cuentan

con Jonathan Edwards y George Whitefield entre sus eminentes antepasados, pero la cultura popular evangélica está repleta de figuras muy dispares: hombres como William Wallace (tal como lo encarnó Mel Gibson); Teddy Roosevelt; el mítico vaquero norteamericano; los generales Douglas MacArthur y George S. Patton; el soldado estadounidense raso…, y el actor John Wayne.

John Wayne, encarnación en el celuloide del vaquero heroico y del soldado estadounidense idealizado y activista conservador declarado en la vida real, se erigió como icono de la masculinidad estadounidense ruda para generaciones de conservadores. Pat Buchanan imitó a Wayne en su campaña presidencial, Newt Gingrich declaró que *Arenas sangrientas*, de Wayne, «fue la película formativa de mi vida» y Oliver North se hizo eco de eslóganes de dicho filme en su campaña al Senado de 1994. Con el tiempo, Wayne también se consagraría como un icono de la masculinidad cristiana. Los evangélicos lo admiraban (y lo siguen admirando) por su rudeza y su fanfarronería; protegía a los débiles y no dejaba que nada se interpusiera en su defensa de la ley y el orden. Wayne no era un cristiano evangélico, pese a que los evangélicos hicieran correr rumores en sentido contrario con regularidad. Y no llevaba una vida moral según los estándares de la virtud cristiana tradicional. No obstante, para muchos evangélicos, simbolizaba un conjunto distinto de virtudes, un anhelo nostálgico de una «América cristiana», un retorno a los roles de género «tradicionales» y a la reafirmación de la autoridad patriarcal (blanca).[16]

Si bien Wayne ocupa un lugar destacado en el panteón de los héroes evangélicos, no es más que uno de los muchos iconos toscos e incluso crueles de la masculinidad a quienes los evangélicos imbuyeron de significado religioso. Como Wayne, los héroes que mejor encarnaban la masculinidad cristiana combativa estaban libres de responsabilidad de regirse por las virtudes cristianas tradicionales. De este modo, la masculinidad combativa vinculó el conservadurismo religioso y laico y, con ello, afianzó una alianza con profundas ramificaciones políticas. Para muchos evangélicos, estos héroes beligerantes acabarían definiendo no ya la virilidad cristiana, sino el cristianismo en sí.

La creencia popular es que los fundamentalistas y los evangélicos se retiraron de la palestra pública y la participación en la vida política tras el juicio de *Scopes contra el Estado*[17] en 1925, o con el fin de la ley seca en

1933, ya fuera movidos por la voluntad de concentrarse en salvar almas individuales o por combinaciones diversas de todo lo anterior, y reaparecieron de la nada en el panorama nacional en la década de 1970. Sin embargo, como veremos, las raíces de la masculinidad evangélica combativa y politizada se remontan a fechas muy anteriores de la historia de Estados Unidos.

Pueden hallarse antecedentes en el evangelismo sureño del siglo XIX y en el «cristianismo muscular» de principios del siglo XX, pero fue en las décadas de 1940 y 1950 cuando una potente mezcla de «tradicionalismo de géneros» patriarcal, militarismo y nacionalismo cristiano se fundieron para asentar la base de una identidad evangélica revitalizada. Con Billy Graham a la vanguardia, los evangélicos creyeron tener un papel especial que desempeñar en el mantenimiento de unos Estados Unidos cristianos, unas familias estadounidenses fuertes y una nación segura. La afirmación del poder masculino cumpliría todos estos objetivos.

En la década de 1960, el movimiento en defensa de los derechos civiles, el feminismo y la guerra de Vietnam indujeron a muchos estadounidenses a cuestionarse toda suerte de valores «tradicionales». Se transgredían normas de género y sexuales, Estados Unidos ya no parecía ser una fuente de bien en estado puro y, de hecho, Dios no parecía estar de su parte. Pese a ello, los evangélicos se aferraron con todas sus fuerzas a la creencia de que Estados Unidos era una nación cristiana, que el ejército era una fuerza del bien y que la fortaleza del país dependía de un hogar patriarcal donde reinara el orden. El resurgimiento político del evangelismo en la década de 1970 se fraguó en torno a una potente mezcla de «valores familiares», pero estos siempre estaban entrelazados con ideas relativas al sexo, el poder, la raza y la nación. El feminismo representaba una amenaza para la feminidad tradicional y para la seguridad nacional por el hecho de despojar a los hombres de su deber de mantener y proteger a sus familias y abrir las puertas a las mujeres a participar en conflictos bélicos. En la misma línea, la guerra de Vietnam no era solo un tema de seguridad nacional, sino que representaba una crisis de la masculinidad. Por su parte, los derechos civiles desmantelaron tradiciones consagradas por el tiempo y desestabilizaron el orden social. Aparte de ilustrar el alcance de la acción del Gobierno federal (si no ya una insidiosa agenda comunista), la desegregación dio alas a la amenaza a la feminidad blanca y al poder del hombre blanco de controlar las fronteras sociales y sexuales imaginada desde hacía largo tiempo. La

reafirmación del patriarcado blanco devino en un elemento central de la nueva política basada en los «valores familiares», y, en las postrimerías de la década de 1970, la defensa del poder patriarcal había emergido ya como un factor distintivo del evangelismo.

El mercado del consumo evangélico se había convertido para entonces en una fuerza a tener en cuenta, si bien esta red mediática expansiva no funcionaba tanto como una empresa de salvación de almas tradicional cuanto como un medio que permitía a los evangélicos forjar y mantener su propia identidad, una identidad arraigada en los «valores familiares» e imbuida de una cierta sensación de asedio cultural. Editoriales, emisoras de radio y canales televisivos cristianos instruían a los evangélicos sobre cómo criar a sus hijos, cómo mantener relaciones sexuales y a quién temer. Además, los medios de comunicación cristianos difundían una visión distintiva de la masculinidad evangélica. Amparados en el confort y el valor que les infundían símbolos de un pasado legendario, los evangélicos planteaban como modelo una masculinidad ruda y heroica encarnada por vaqueros, soldados y guerreros. Durante las décadas que siguieron, la masculinidad combativa (y una feminidad dulce y sumisa) se afianzaría en la psique evangélica y daría forma a las nociones del bien y de la verdad. Si en la década de 1980 los evangélicos estuvieron en disposición de movilizarse con tanta eficacia y fuerza política partidista fue porque ya contaban con una identidad cultural compartida.[18]

La masculinidad evangélica combativa iba de la mano de una cultura del miedo, pero costaba determinar claramente qué había sido la génesis de qué. Durante la Guerra Fría, la amenaza comunista parecía imponer una respuesta agresiva. Pero, una vez derrotada dicha amenaza, los evangélicos conservadores no tardaron en declarar una nueva guerra, una guerra cultural que exigía una beligerancia similar. En 2001, cuando el terrorismo zarandeó Estados Unidos, los evangélicos encontraron una nueva batalla real que librar. Pero incluso entonces la beligerancia evangélica se alimentó con historias falsas acerca de la amenaza islamista, historias difundidas por los propios evangélicos. La beligerancia evangélica no puede concebirse como una mera reacción a tiempos de miedo; para los evangélicos blancos conservadores, una fe combativa exigía una sensación de amenaza omnipresente.

En 2008, la elección de Barack Obama acrecentó los temores evangélicos. En un principio pareció que la guerra cultural se había perdido y que el

poder de la derecha cristiana había conocido un final innoble. Pero los evangélicos conservadores siempre habían prosperado amparándose en una cierta sensación de asedio, real o imaginario, y aquella vez no iba a ser diferente. Donald Trump apareció justo en el momento en el que los evangélicos se sentían cada vez más asediados, perseguidos incluso. Ya fuera en el mandato anticonceptivo del Obamacare, en las leyes que determinaban el uso de los cuartos de baño en el caso de las personas transgénero o en el cambio de marea cultural en torno al matrimonio *gay*, el género era un elemento nuclear de esta supuesta vulnerabilidad. En el frente de la política exterior, la amenaza terrorista cernía su gran sombra, Estados Unidos ya no era la superpotencia que había sido y cerca de dos tercios de los evangélicos blancos temían que su país, antaño poderoso, se hubiera vuelto «demasiado blando y femenino».[19]

Los temores de los evangélicos eran reales. Sin embargo, no eran solo una reacción natural a unos tiempos de cambio. Durante décadas, los líderes evangélicos se habían esforzado por avivarlos. Su poder dependía de ello. Hombres como James Dobson, Bill Gothard, Jerry Falwell, Tim LaHaye, Mark Driscoll, Franklin Graham e incontables lumbreras de menos renombre invocaron una sensación de peligro para ofrecer a sus temerosos fieles su propia versión de la verdad y la protección. Generaciones de evangélicos aprendieron a temer a los comunistas, a las feministas, a los liberales, a los humanistas laicos, a los «homosexuales», a las Naciones Unidas, al Gobierno, a los musulmanes y a los inmigrantes, y estaban preparados para responder a esos miedos buscando a un hombre fuerte que los rescatara del peligro, un hombre que encarnara la masculinidad testosterónica dada por Dios. Tal como expresó con elocuencia Robert Jeffress en los meses previos a las elecciones de 2016: «Quiero al hijo de pe… más malvado y duro para desempeñar ese papel, y creo que es una opinión que compartimos muchos evangélicos».[20]

En los dos milenios de historia cristiana, y en el seno del propio evangelismo, existen muchos precedentes de sexismo, racismo, xenofobia, violencia y diseños imperiales. Pero también hay expresiones de la fe cristiana, y del cristianismo evangélico, que han alterado el *statu quo* y han puesto en tela de juicio los sistemas de poder y privilegios. Las Escrituras cristianas contienen relatos de un Dios guerrero y violento, y también de un salvador que convoca a sus seguidores para cuidar de «los desamparados».

La Biblia concluye en una batalla sangrienta, pero también implora a los creyentes que se comporten con paz, amor, amabilidad, bondad y autocontrol. El evangelismo blanco contemporáneo vigente en Estados Unidos, por ende, no es la derivada inevitable del «liberalismo bíblico», ni tampoco la única interpretación posible de la fe cristiana histórica; la historia del cristianismo estadounidense está repleta de voces de resistencia y letreros de sendas no exploradas. Se trata, más bien, de un movimiento histórico y cultural forjado a lo largo del tiempo por personas y organizaciones con motivos diversos: el deseo de discernir la voluntad de Dios, de poner orden en tiempos de incertidumbre y, para muchos, de ampliar su propio poder. Esta es una historia de guerras mundiales y políticas presidenciales, de sacerdotes empresarios e innovación tecnológica, de películas supertaquilleras, de manuales sobre sexo y de libros de autoayuda. No empieza con Donald Trump. Y no acabará con él.

---

[1] Celebración de la campaña de Trump en el instituto Dordt College, filmado el 23 de enero de 2016, publicado en YouTube el 5 de noviembre de 2016, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=JGjpIUFNXyQ.

[2] Markoe, Lauren, 2016, «Trump gets official and unofficial endorsement from two leading evangelicals», *Washington Post*, 26 de enero; New York Times/CBS News Poll, 2016. *New York Times*, 7-10 de enero.

[3] «2016 Iowa Presidential Election Results», *Politico*, actualizado el 13 de diciembre de 2016; Martínez, Jessica, y Gregory A. Smith, 2016, «How the faithful voted: A preliminary 2016 analysis», Pew Research Center, 9 de noviembre.

[4] Grabación del programa de prensa roja *Access Hollywood* en la que se puede oír a Trump presumiendo de agarrar los genitales de las mujeres y diciendo que estas te dejan hacerles cualquier cosa cuando eres una «estrella»; publicada originalmente por *The Washington Post* a principios de octubre de 2016. *(N de la t.)*

[5] Lobe, Jim, 2002, «Politics — U.S.: Conservative Christians Biggest Backers of Iraq War», Inter Press Service, 9 de octubre; «The Religious Dimensions of the Torture Debate», Pew Research Center, 7 de mayo de 2009; Cox, Dan, 2007, «Young White Evangelicals: Less Republican, Still Conservative», Pew Research Center, 28 de septiembre; Shellnutt, Kate,

2017, «Packing in the Pews: The Connection Between God and Guns», *Christianity Today*, 8 de noviembre; Cooper, Betsy, e*t al.*, 2016, «How Americans View Immigrants, and What They Want from Immigration Reform: Findings from the 2015 American Values Atlas», PRRI, 29 de marzo; «Data Shows How Passionate and Partisan Americans Are About the Border Wall», PRRI, 8 de enero de 2019; Hartig, Hannah, 2018, «Republicans turn more negative toward refugees as number admitted to U.S. plummets», Pew Research Center, 24 de mayo; Vandermaas-Peeter, Alexander, *et al.*, 2018. «American Democracy in Crisis: The Challenges of Voter, Knowledge, Participation, and Polarization», PRRI, 7 de julio; «How the U.S. general public views Muslims and Islam», Pew Research Center, 26 de julio de 2017; Lopez, German, 2017. «Survey: white evangelicals think Christians face more discrimination than Muslims», Vox, 10 de marzo; Kennedy, Brian, 2016, «Most Americans trust the military and scientists to act in the public's interests», Pew Research Center, 18 de octubre.

[6] Para consultar un panorama general acerca de cómo la religión puede dar forma a «estructuras de comportamiento globales» que vinculen la política exterior con la nacional, véase: Guth, James L., «Religion and American Public Opinion: Foreign Policy Issues», en: Smidt, Corwin E., Lyman A. Kellstedt y James L. Guth (eds.), 2009, *The Oxford Handbook of Religion and American Politics*, Oxford: Oxford University Press, pp. 243-265. También en este volumen, Guth identifica el apoyo de los evangélicos al internacionalismo beligerante. Véase también: Rubin, Corery, 2001, *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Sarah Palin*, Oxford: Oxford University Press. En materia de política del nacionalismo cristiano, véase: Whitehead, Andrew L., Landon Schanble y Samuel L. Perry, 2018, «Gun Control in the Crossharis: Christian Nationalism and Opposition to Stricter Gun Laws», *American Sociological Association*, pp. 1-13; Whitehead, Andrew L., y Samuel L. Perry, 2019, «Is a "Christian America" a More Patriarchal America? Religion, Politics and Traditionalist Gender Ideology», *Canadian Review of Sociology*, 30 de abril; Perry, Samuel L., Andrew L. Whitehead y Joshua T. Davis, 2018, «God's Country in Black and Blue: How Christian Nationalism Shapes Americans' Views about Police (Mis)treatment of Blacks», *Sociology of Race and Ethnicity*, 2 de agosto; Robin, *The Reactionary Mind*, p. 16.

[7] Guth, James L., 2019, «Are Evangelicals Populists? The View from the 2016 American National Election Study», ponencia presentada en el Henry Symposium on Religion and Public Life, Calvin College, 27 de abril.

[8] «What is an Evangelical», National Association of Evangelicals [consulta: 15 de marzo de 2018], disponible en: https://www.nae.net/what-is-an-evangelical/. Esta definición se inspira en la clásica definición «cuatrilateral» de David Bebbington presentada en su *Evangelicalism in Modern Britain: A History from the 1730s to the 1980s,* Londres: Routledge, 1989.

[9] Kidd, Thomas S., 2016, «Polls show evangelicals support Trump. But the term "evangelical" has become meaningless», *Washington Post,* 22 de julio; Weber, Jeremy, 2018, «Christian, What Do You Believe? Probably a Heresy About Jesus, Says Survey». *Christianity Today,* 16 de octubre; Smietana, Bob, 2015, «What Is an Evangelical? Four Questions Offer New Definition», *Christianity Today,* 19 de noviembre.

[10] Stetzer, Ed, 2016, «No, Evangelical Does Not Mean "White Republican Who Supports Trump"», *Christianity Today,* 10 de noviembre; Butler, Anthea, «The History of Black Evangelicals and American Evangelicalism» [consulta: 23 de febrero de 2018], disponible en: http://antheabutler.com/the-history-of-black-evangelicals-and-american-evangelicalism/; Tisby, Jemar, 2019, «How Ferguson widened an enormous rift between black Christians and white evangelicals», *Washington Post,* 9 de agosto; Riggs, Deidra, tertuliana, 2018, «Still Evangelical in the Age of #MeToo?», Calvin College Festival of Faith and Writing, 13 de abril.

[11] James Clayton «Jim» Dobson es un psicólogo cristiano estadounidense y presidente de la organización sin ánimo lucrativo Enfoque a la familia (Focus on the Family en inglés), fundada por él en 1977. Produce el programa radiofónico diario *Enfoque a la familia*, que se transmite en más de una docena de idiomas a través de más de 7000 emisoras a nivel mundial, con una audiencia de más de 220 millones de personas en 164 países. Dobson es un cristiano evangélico con puntos de vista conservadores tanto en teología como en política. *(N. de la T.)*

[12] *VeggieTales* es una serie estadounidense de dibujos animados para niños de más de tres años cuyos personajes son frutas y vegetales antropomórficos que cuentan e interpretan historias que transmiten temas morales basados en la cultura cristiana. *(N. de la T.)*

[13] Promise Keepers es una organización paraeclesiástica cristiana evangélica para hombres. Su objetivo es «generar un renacimiento mediante un movimiento a escala mundial que incita a los hombres a ejercer un liderazgo valiente y atrevido». Se trata de una organización sin ánimo de lucro ni afiliación a ninguna confesión o iglesia cristiana concreta. Se opone al matrimonio entre personas del mismo sexo y defiende la castidad, la fidelidad conyugal y el papel como cabeza de familia del hombre en el hogar. *(N. de la T.)*

[14] The Gospel Coalition es una red de publicaciones en internet para iglesias evangélicas de la tradición reformada. *(N. de la T.)*

[15] Como el fundamentalismo anterior, el evangelismo puede verse como «un entramado de relaciones que se legitiman mutualmente». Véase: Worthen, Molly, 2014, *Apostles of Reason: The Crisis of Authority in American Evangelicalism*, Oxford: Oxford University Press, p. 103.

[16] Wills, Garry, 1998, *John Wayne's America*, Nueva York: Simon & Schuster, p. 149.

[17] En el juicio de *Scopes contra el Estado* se juzgó el incumplimiento de la Ley Butler, que prohibía enseñar en cualquier establecimiento educativo de Tennessee «cualquier teoría que niegue la historia de la Divina Creación del hombre tal como se encuentra explicada en la Biblia para reemplazarla por la enseñanza de que el hombre desciende de un orden de animales inferiores». Fue el caso legal más sonado en la historia de la batalla ideológica entre creacionismo y evolucionismo según *El origen de las especies*, de Charles Darwin. *(N. de la T.)*

[18] Moslener, Sara, 2015, *Virgin Nation: Sexual Purity and American Adolescence*, Nueva York: Oxford University Press, p. 78.

[19] Green, Emma, 2016, «Why White Evangelicals Are Feeling Hopeful About Trump», *The Atlantic*, 1 de diciembre.

[20] Jones, Robert P., 2016, «The Evangelicals and the Great Trump Hope», *New York Times*, 11 de julio.

01

Ensillando

El camino que acaba con John Wayne convertido en un icono de la masculinidad cristiana está sembrado de un pintoresco elenco de personajes, desde el primer presidente vaquero hasta un jugador de baloncesto convertido en predicador, pasando por un *cowboy* cantante y un apuesto joven evangélico.

Hacia principios del siglo XX, los cristianos habían identificado que tenían un problema de masculinidad. Incapaces de desembarazarse de la sensación de que el cristianismo no traspiraba masculinidad, muchos culpaban a la propia fe, o, cuando menos, a la «feminización» del cristianismo victoriano, que privilegiaba la amabilidad, la contención y una respuesta emotiva al mensaje de los evangelios. Pero la masculinidad estadounidense también había experimentado recientemente grandes cambios, lo cual avivaba aquella sensación de desasosiego. Durante gran parte del siglo XIX, cuando la mayoría de los hombres se ganaban la vida como granjeros o con el trabajo manual, o bien como propietarios de pequeños negocios, la masculinidad no parecía tener flaquezas. Durante aquella época, la virilidad cristiana implicaba trabajo duro y frugalidad, además de la capacidad de desplegar la debida contención caballeresca. Al fin y al cabo, la abnegación era una virtud útil para los empresarios y los trabajadores diligentes. Pero en la década de 1890, este modelo de contención varonil había empezado a tambalearse.

La nueva economía corporativa de mercado conllevaba que un número creciente de hombres fichara para ganarse la vida, y la autodisciplina ya no prometía la misma recompensa. A medida que los hombres fueron emigrando a las ciudades, su trabajo cambió de manera significativa. Y en el caso de aquellos cuya fortaleza se volvió superflua, hombres que dejaron de identificarse como productores, su propia virilidad pareció ponerse en entredicho. Hubo, asimismo, otras alteraciones. Comenzaron a arribar a

orillas del país inmigrantes del sur y del este de Europa, y «nuevas mujeres» empezaron a estudiar en universidades, se incorporaron al mercado laboral, montaban en bicicleta, llevaban bombachas y tenían menos hijos. A la vista de todos aquellos cambios, las viejas nociones de masculinidad se antojaban insuficientes. Y los hombres protestantes blancos y autóctonos empezaron a reafirmar un nuevo tipo de masculinidad más tosca y dura. Ni más ni menos que el futuro de la nación, el futuro incluso de la «civilización» cristiana blanca, parecía estar en juego.[21]

Nadie defendía esta nueva masculinidad norteamericana con más entusiasmo que Theodore Roosevelt. De joven, Roosevelt había sido objeto de escarnio por su «voz aguda, sus pantalones ajustados y su elegante ropa», y se habían mofado de él llamándolo «enclenque» y «mariquita». Pero Roosevelt ansiaba poder. Decidido a reinventarse, viajó al oeste del país y se transformó en el «Cowboy de las Dakotas». Sería en la frontera donde se forjaría una nueva masculinidad, en un lugar donde los hombres (blancos) imponían orden al salvajismo, donde los hombres, armados, mantenían a sus familias y se encargaban de la protección, y donde se ejercería la violencia en aras de un bien mayor. Si el Salvaje Oeste había podido convertir al «exquisito señor Roosevelt» en un espécimen masculino hosco, quizá pudiera hacer lo mismo con la virilidad estadounidense en general, se pensaba. Pero aquel plan tenía un defecto. Mientras Roosevelt pulía su masculinidad en la frontera occidental, el mítico Oeste se desvanecía. La virilidad estadounidense tosca debería forjarse en otro sitio, en las nuevas fronteras del imperio. El paso a un escenario global quedó perfectamente encapsulado en los «Rough Riders»[22] de Roosevelt, nombre que recibió el 1er Regimiento de la Caballería Voluntaria de Estados Unidos durante la guerra Hispano-Estadounidense, una guerra que el propio Roosevelt contribuyó a declarar. De este modo, el nuevo imperialismo estadounidense quedó enmarcado como un esfuerzo conservador por restaurar la virilidad norteamericana.[23]

Cuando Roosevelt fue nombrado presidente en 1901, la imagen personificada de la virilidad estadounidense heroica se convirtió en el líder indiscutible de la nación americana. Él, que encarnaba una masculinidad violenta y fantasiosa, y que posteriormente inyectó dicha sensibilidad a la política nacional, inculcó a los hombres corrientes la idea de que estaban participando en una causa superior. La hipermasculinidad de Roosevelt

apeló a los hombres inquietos por su propia situación y la del país. Para muchos, ambas inquietudes acabarían siendo inseparables.[24]

Los cristianos estadounidenses afrontaron el desafío de reconciliar esta nueva masculinidad agresiva con la virtud cristiana tradicional. Con su énfasis en la bondad y la contención, el cristianismo victoriano se antojó de pronto insuficientemente masculino. No podía esperarse que hombres viriles y agresivos se sometieran a una fe tan castrante; de ahí que en la década de 1910, los hombres cristianos se propusieran «remasculinizar» el cristianismo estadounidense. Con la intención de contrarrestar las «virtudes femeninas» que habían acabado dominando la fe, insistieron en que el cristianismo también era «en esencia masculino, combativo y guerrero». Había llegado el momento de que los hombres retomaran las riendas de la iglesia. Existía un precedente de estos remiendos de la virtud cristiana. En el Sur de Estados Unidos, la masculinidad blanca abogaba desde hacía tiempo por la imposición sobre las personas dependientes, a saber: las mujeres, los niños y los esclavos. Los hombres sureños mantenían una supervisión vigilante sobre dichas personas y, por extensión, sobre el orden social en general. En un inicio, esta cultura sureña de superioridad y honor parecía entrar en conflicto con los impulsos igualitarios de la cristiandad evangélica (según el apóstol Pablo, Cristo no era un esclavo ni un hombre libre, ni masculino ni femenino). Pero los evangélicos sureños dieron con una manera de definir la virilidad cristiana de tal modo que santificara la agresión; con el fin de mantener el orden y cumplir su papel como protectores, hay momentos en los que los hombres cristianos deben recurrir a la violencia. Así, a principios del siglo XX, una masculinidad tosca unió a los hombres blancos del Norte y del Sur y transformó el cristianismo estadounidense.[25]

El exjugador profesional de béisbol Billy Sunday predicó este nuevo «cristianismo muscular» con un fervor sin parangón. Sunday, que no quería tener nada que ver con una piedad mariquita y pusilánime, prefirió cargar «su vieja arma evangelista de avancarga con ipecacuana, suero de leche, matarratas, sal de roca y lo que fuera que tuviera a mano» y dejarla volar. En la primavera de 1917, con la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, la beligerancia de Sunday dejó de ser solo metafórica. No tenía paciencia ni para pacifistas ni para desertores («memos de mala muerte»), ni, por extensión, para ningún tipo de matiz: «En los tiempos que

corren, o se es un patriota o se es un traidor para con nuestro país y la causa de Jesucristo». Evangelista de la guerra, Sunday era célebre por subirse al púlpito ondeando la bandera estadounidense. [26]

La Primera Guerra Mundial llevó a un punto crítico las tensiones crecientes en el seno del protestantismo estadounidense. Por una parte, un protestantismo respetable y centrado en la iglesia había delegado desde hacía tiempo la autoridad religiosa en la Iglesia institucional y el clero ordenado. Aun así, de tanto en cuando, movimientos renacentistas evangélicos barrían el país de punta a punta. Tales renacimientos tenían la capacidad de alterar el *statu quo* y, en ocasiones, de cambiar drásticamente las jerarquías sociales antes de que la autoridad confesional tradicional volviera a reafirmarse. No obstante, en los años posteriores a la guerra de Secesión, arraigó una nueva y duradera manifestación del renacimiento evangélico perfectamente acorde a la cultura del consumo emergente.

Los innovadores evangélicos aprovecharon las técnicas publicitarias del momento para dar forma a una fe genérica y no sectaria que privilegiaba la «simple lectura de la Biblia» a título individual y abogaba por un compromiso con los «fundamentos» puros y sin adulteraciones de la fe. Anunciando este enfoque innovador como una «religión de antaño», comercializaron esta fe directamente entre los consumidores. A través de la mercadotecnia religiosa y con ayuda de portavoces famosos con labia como el propio Sunday, lograron reemplazar a las autoridades confesionales tradicionales por la autoridad del mercado y el poder de elección de los consumidores. Entre los «fundamentalistas» que abrazaron este renacimiento guiado por el mercado figuraban populistas agitadores y profesionales «respetables» de clase media. De hecho, las tensiones y luchas internas entre estas facciones caracterizarían el movimiento durante el siglo siguiente. Mediante la identificación de enemigos comunes, los fundamentalistas lograron dar forma a una identidad potente (si bien inestable).[27]

Por suerte para ellos, no fue difícil hallar enemigos. Los «modernistas» teológicos también aspiraban a que su fe fuera relevante en aquellos tiempos de cambio, pero rechazaban la «lectura simple» de la Biblia que propugnaban los fundamentalistas. Los acusaban de reemplazar el estudio erudito apropiado de la Biblia por «propaganda», y prefirieron recurrir a eruditos críticos para analizar las complejidades de las Escrituras. Aquellos protestantes liberales solían recalcar las dimensiones sociales y ambientales

del cristianismo, frente al foco más individualista de los fundamentalistas en el pecado personal y la conversión. Por su parte, los fundamentalistas acusaban a los modernistas de abandonar la fe cristiana histórica.[28]

Con todo, modernistas y fundamentalistas coincidían en la necesidad de masculinizar la fe. Los protestantes liberales insistían en que su propio activismo social ejemplificaba un ejercicio viril del cristianismo. Por su parte, los fundamentalistas aseguraban que una defensa acérrima de la doctrina demostraba un valor y una convicción masculinos y ridiculizaban la teología liberal, que consideraban un desperdicio afeminado de la virilidad del verdadero cristianismo.

Durante la Primera Guerra Mundial, estas visiones contrapuestas del cristianismo muscular se vieron envueltas en un militarismo frenético. Los protestantes liberales entendieron el conflicto como una guerra que pondría fin a todas las guerras, un medio para difundir la democracia y el cristianismo por todo el planeta. Entre los fundamentalistas, la respuesta fue más complicada de lo que el ondeo de la bandera por parte de Sunday podría sugerir. En algunos casos, la negativa a definir Estados Unidos como un «país cristiano» hizo que contuvieran su entusiasmo por el conflicto bélico. Un país cristiano, de acuerdo con los editores de *The King's Business*, una publicación mensual del Bible Institute de Los Ángeles, sería un país que «ha aceptado a Cristo como su Señor y Salvador» en todos los aspectos de la gobernanza, tanto en los políticos como en los comerciales y las relaciones internacionales. Sin embargo, «no existe un país así en la Tierra, ni ha existido nunca ni existirá hasta la próxima venida de nuestro Señor». Por este motivo, el patriotismo no se consideraba ninguna virtud: el cristiano debía lealtad al reino del Dios, no a su país. En un movimiento que hoy resulta casi incomprensible, los protestantes liberales se abalanzaron sobre esta ambivalencia, tildaron la fe conservadora de «antiamericana» y acusaron a sus practicantes de amenaza para la seguridad nacional por su falta de patriotismo. Los fundamentalistas respondieron señalando que la teología liberal tenía sus orígenes en la crítica sofisticada de los círculos intelectuales alemanes y apuntalando su propio patriotismo.[29]

Concluida la guerra, ningún patriotismo podía camuflar el hecho de que se había librado con un gran coste y con unos beneficios aparentemente magros. El modelo de masculinidad de Roosevelt había resultado deficiente; todo apuntaba a que la guerra había expuesto a los estadounidenses al horror de «ver hechos realidad los mitos sobre sangre,

fuego, mutilación y ceguera». Entre los internacionalistas protestantes liberales, la desilusión fue especialmente acusada. Sherwood Eddy, un destacado protestante liberal defensor de la guerra, expresó su consternación por su propio activismo probelicista: «Creía que era una guerra que pondría fin a las guerras, una guerra para proteger la feminidad, para destruir el militarismo y la autocracia y para instaurar un nuevo mundo "en el que los héroes pudieran vivir"», confesó. La matanza y los horrores de la guerra pusieron fin a todo ello.[30]

Y ante tamaña desilusión, el modelo más combativo de masculinidad cristiana perdió fuelle. En su lugar resurgió el ideal del empresario cristiano como prototipo de virilidad cristiana. El libro de Bruce Barton *El hombre a quien nadie conoce* (1925) ejemplificó este cambio. Barton, un ejecutivo publicitario, describía a Jesús como «el mayor ejecutivo empresarial del mundo», si bien el Jesús de Barton no era ningún incauto. No había que confundirlo con el «joven pálido con antebrazos fofos y expresión triste» que colgaba en las paredes de las catequesis de todo el país, un hombre «debilucho», «mariquita», «manso y humilde» asfixiado por las penas. El Jesús de Barton era un «ganador», un hombre fuerte y «magnético», la clase de hombre capaz de «inspirar un gran entusiasmo y levantar grandes empresas». La fuerza seguía siendo vital, pero la agresión y la violencia cedieron terreno a la eficiencia y el magnetismo.[31]

Sin embargo, muchos fundamentalistas conservaron algo más que vestigios de su antigua beligerancia. Como premilenialistas, a los fundamentalistas les atribulaban menos los horrores de la guerra. No esperaban que una guerra pusiera fin a todas las guerras antes de la segunda venida de Cristo, y su inclinación por las profecías apocalípticas les daba un marco para entender el resultado de aquel conflicto bélico sin sucumbir a la desilusión y la desesperanza. De hecho, tras despojarse de gran parte de su ambivalencia, los fundamentalistas emergieron de la guerra convertidos en personas más patriotas, combativas y cascarrabias que nunca. Y también más convencidas de su necesidad de defender las verdades fundamentales. Una vez hubieron atribuido la barbarie alemana de la guerra a la influencia de la teología liberal y a la teoría evolutiva, se dispusieron a proteger la cultura y el cristianismo estadounidenses de tales peligros. Y a un nivel más práctico, al constatar su incapacidad para conseguir o retener el control de las principales confesiones y seminarios en los años de posguerra, la

combatividad de los fundamentalistas se antojó perfectamente apropiada, una insignia de honor incluso.[32]

Ahora bien, con su defensa de aquella masculinidad combativa en la posguerra, los fundamentalistas descubrieron que cada vez estaban más desacompasados con el cristianismo estadounidense y con la cultura norteamericana más generales. Escritores como Sinclair Lewis y H. L. Mencken se dedicaron a ridiculizar el cristianismo muscular retrógrado de los fundamentalistas argumentando que no eran más que reliquias redomadas de tiempos pretéritos. Tal desdén cultural únicamente consiguió potenciar la percepción que los fundamentalistas tenían de sí mismos como un reducto de fieles asediado. Tras haber fracasado en su gran apuesta por apoderarse de las estructuras confesionales existentes, los fundamentalistas dieron su propio golpe desplegando un vibrante conjunto de escuelas dominicales, iglesias, organizaciones de misiones, editoriales y otras asociaciones religiosas. Pero les irritaba su situación marginal y, en la década de 1940, decidieron que había llegado el momento de volver a actuar a escala nacional. En lugar de andar dando tumbos en «brigadas o secciones» aisladas, decidieron unirse en «un poderoso ejército».[33]

Para lanzar la ofensiva, un grupo de personalidades fundamentalistas aunaron fuerzas en 1942 y formaron la Asociación Nacional de Evangélicos estadounidense (NAE por sus siglas en inglés). Su elección del término «evangélicos» fue estratégica. Conscientes de su problema de imagen, los fundamentalistas sabían que necesitaban rebautizar su movimiento. El hecho de que algunos de los fundamentalistas más combativos hubieran puesto en marcha su propia organización (el Consejo Estadounidense de Iglesias Cristianas, bajo el liderazgo del fundamentalista Carl McIntire) ayudó a este proyecto, pues permitió a la Asociación Nacional de Evangélicos distanciarse de los elementos más reaccionarios, y fue en ese momento cuando «evangélico» empezó a connotar una alternativa más progresista del fundamentalismo combativo y separatista que había sido objeto de escarnio. Aun así, los evangélicos nunca abandonaron del todo su postura beligerante e, incluso mientras se esforzaban por generar un respeto renovado por su «religión anticuada», lucharon por definir los contornos de dicha fe. Las afinidades eran profundas y no siempre resultaba posible diferenciarlas entre sí; con el tiempo, los fundamentalistas volverían a inyectar su beligerancia en el movimiento evangélico más general.

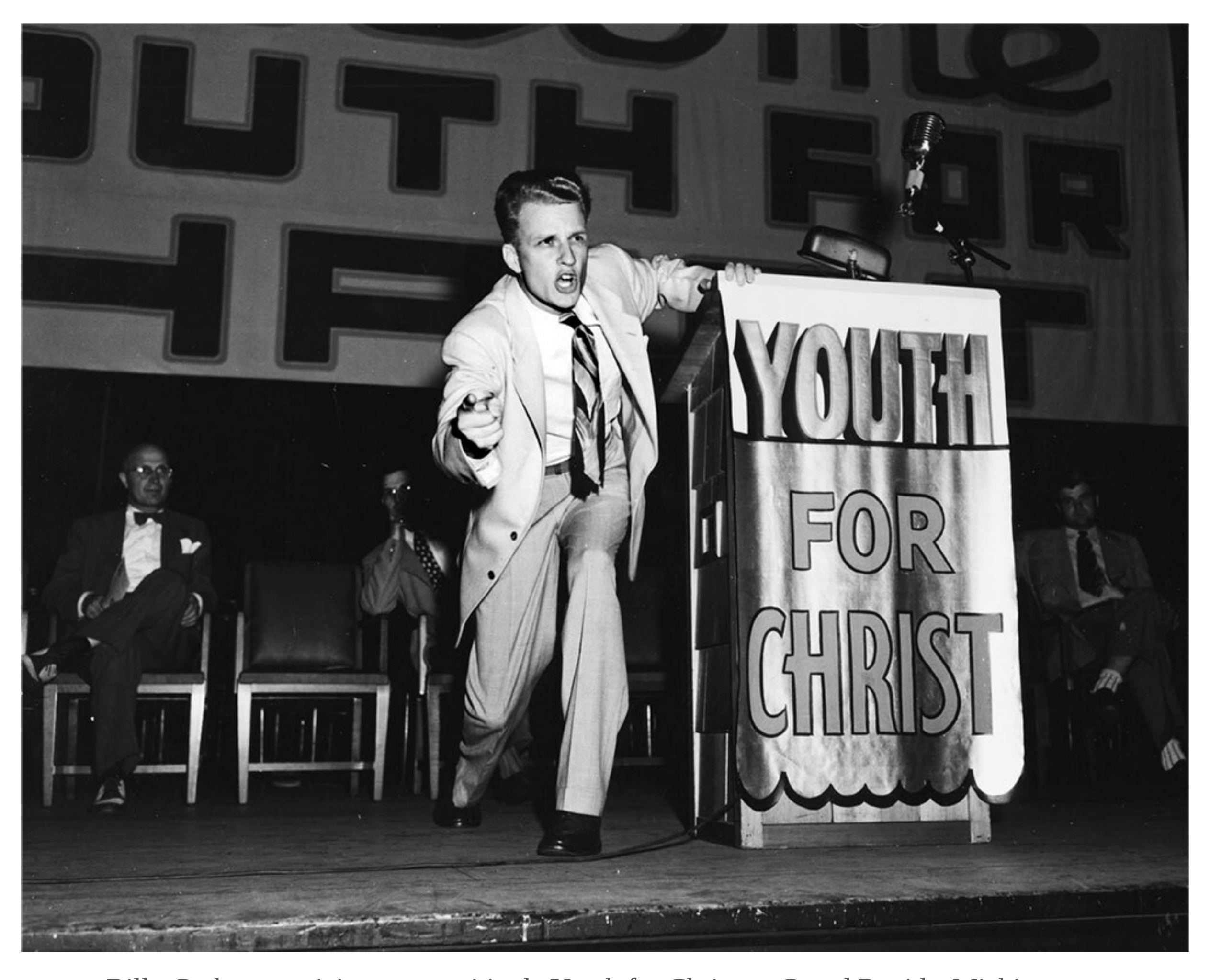
En el discurso inaugural de la primera reunión de la Asociación Nacional de Evangélicos, en 1942, el reverendo Harold John Ockenga advirtió a sus «lobos solitarios» amigos de las agoreras nubes que se vislumbraban en el horizonte y que «anunciaban la aniquilación» a menos que decidieran «luchar como una manada». Durante décadas, el evangelismo «había sufrido una serie de derrotas», pero había llegado el momento de inaugurar «una nueva era de cristianismo evangélico». Como «hijos de la luz», podían aprender algunas lecciones de «los hijos de este mundo», de los sóviets y los nazis. Tanto en cuestiones de iglesia como de Estado, las tácticas defensivas habían demostrado ser desastrosas. Los evangélicos debían unirse y lanzar su ofensiva antes de que fuera demasiado tarde.[34]

Pero ¿era realmente tan pequeño aquel reducto? Cuando los delegados se reunieron un año más tarde, la prensa, basándose en la afiliación confesional, calculó que la Asociación Nacional de Evangélicos representaba a unos dos millones de personas, una fracción de los entre sesenta y setenta millones de cristianos representados por el Consejo Federal de Iglesias, de talante más liberal. Pero el movimiento evangélico nunca se limitó a su afiliación confesional, y su influencia iba al alza.[35]

La ruta a seguir estaba clara, y no sería a través de estructuras confesionales. Para evangelizar el país, los evangélicos necesitaban revistas que llegaran a millones de personas y tener acceso a las ondas de las emisoras radiofónicas nacionales. Necesitaban organizaciones para las misiones, así como para los institutos evangélicos y las escuelas dominicales. Contaban con los recursos y con la fortaleza mental. Lo que les faltaba era una red que apoyara y amplificara esos esfuerzos individuales.[36]

En cuanto a los esfuerzos de los evangélicos por limpiar su imagen, fue un apuesto y joven pastor de Carolina del Norte quien desempeñó el papel protagonista. Más que ninguna otra cosa, la fama de Billy Graham entretejió el universo desconectado del evangelismo estadounidense, hasta tal punto que, en una ocasión, el historiador George Marsden bromeó diciendo que la definición más simple de «evangélico» podría ser «cualquiera a quien le caiga bien Billy Graham». Graham, que en el pasado había sido comercial de Fuller Brush, una compañía dedicada a productos de higiene personal y doméstica, se convirtió en el rostro del nuevo evangelismo…, y era un rostro atractivo y masculino, cosa que rara vez

pasaba desapercibida. En palabras de su biógrafo, «durante casi sesenta años, prácticamente todos los artículos sobre Graham aparecidos en la prensa hacían algún comentario sobre su aspecto físico». Con 1,88 m de altura, era el paradigma del «hombre estadounidense», con «genes escoceses y aspecto nórdico», «facciones bien marcadas, ojos azules y mentón cuadrado».[37]



Billy Graham participa en un mitin de Youth for Christ en Grand Rapids, Michigan, en septiembre de 1947. CORTESÍA DE BILLY GRAHAM CENTER ARCHIVES, WHEATON COLLEGE, WHEATON, ILLINOIS.

Graham, que no dejaba nada al azar, puso especial cuidado en reforzar sus credenciales masculinas. Corría, levantaba pesas y realizaba un régimen de ejercicio físico riguroso; se preparaba para sus cruzadas entrenando «como un boxeador profesional». Antes de su conversión, Graham «siempre había pensado que la religión era cosa de “mariquitas”», algo adecuado para

«viejos y mujeres jóvenes, pero no para “hombres de verdad” con sangre en las venas». De ahí que, en el relato de su propia conversión, combinara tanto metáforas deportivas como militares para dejar meridianamente claro que su fe no entraba en conflicto con su masculinidad. Jesús no era ningún pusilánime, era un «deportista estelar» que «podía convertirse en el héroe de nuestras vidas». La vida cristiana era una «guerra total», y Jesús era «nuestro comandante supremo». El Jesús de Graham era «un hombre de pies a cabeza», el hombre físicamente más imponente que había existido.[38] Con la voluntad de salvar almas, o persiguiendo el éxito de su propia carrera, Graham sentía que tenía que demostrar que el cristianismo era perfectamente compatible con la masculinidad de pelo en pecho. Y la Segunda Guerra Mundial le ofreció un contexto ideal para hacerlo.

Entre los fundamentalistas y los evangélicos, cualquier ambivalencia persistente con respecto a la guerra fue aniquilada por el ataque a Pearl Harbor. La nueva guerra era una batalla indiscutible entre el bien y el mal, y en esta ocasión no darían motivos para que se los tachara de antipatrióticos. Entre los estadounidenses en general, la guerra rehabilitó un modelo más combativo y militarista— de masculinidad, y los fundamentalistas y los evangélicos remodelados, muchos de los cuales nunca habían abandonado del todo el antiguo cristianismo muscular, entraron en liza.

Resulta revelador que fueran los protestantes liberales, muchos de ellos aún escarmentados por la Primera Guerra Mundial, quienes expresaran sus reservas hacia las tácticas de la guerra total empleadas por el ejército estadounidense. Ockenga, por su parte, defendió el bombardeo de ciudades alemanas en las páginas del *New York Times*. Los evangélicos se mostraron encantados con esta inversión de roles, y su patriotismo y militarismo recién descubiertos les ayudarían a zafarse de su reputación de extremistas y de su estatus marginal.[39]

Con todo, pese a apoyar la guerra contra el totalitarismo, muchos evangélicos albergaban dudas acerca de las fuerzas armadas estadounidenses. Durante la década de 1940 y hasta principios de los cincuenta, la mayoría de los evangélicos consideraban el ejército un lugar de corrupción moral para los jóvenes. Aunque en fechas posteriores se difundieran mitos sobre «la guerra del bien» y «la mejor generación», en aquel entonces el ejército era conocido como una institución donde abundaban la ebriedad, la vulgaridad, el juego y las enfermedades sexuales. (En 1945, cuando el presidente Truman propuso una formación militar

universal para los hombres de más de 18 años, las iglesias evangélicas se opusieron, preocupadas por lo que podía pasarles a los hombres «alejados de la influencia de sus hogares y de la parroquia» y «sometidos a las tentaciones por las que son célebres los campamentos de entrenamiento militar»).[40]

El ejército, que no era ninguna fuente de virtudes, se convirtió para los evangélicos en un campo de misiones maduro para la cosecha. A través de organizaciones como Navigators, la Asociación Cristiana de Oficiales, Overseas Christian Servicemen's Centers y Christian Military Fellowship, los evangélicos dieron un paso al frente para solventar las carencias morales de los soldados del país. Y las fuerzas armadas, que tenían sus propios motivos para estar preocupadas por la disciplina y la vitalidad moral de sus soldados, recibieron con brazos abiertos la labor de aquellas organizaciones evangélicas. Fue el principio de una larga relación beneficiosa para ambas partes.[41]

Graham se curtió como renacentista durante la Segunda Guerra Mundial. Como primer evangelista asalariado de Youth for Christ (YFC), trabajó en la evangelización de la juventud nacional y ayudó a forjar ciudadanos cristianos heroicos que difundieran el cristianismo y la democracia tanto en el país como en el extranjero. En los mítines de YFC se escuchaban himnos patriotas, así como a portaestandartes y veteranos que ofrecían su testimonio, y Graham predicaba el evangelio del nacionalismo cristiano heroico con una pasión inigualable. Para cuando la guerra llegó a su fin, se había convertido en una de las figuras emergentes del evangelismo.[42]

Aun así, en el otoño de 1949, su futuro parecía incierto. Graham, que albergaba dudas acerca de la autoridad de la Biblia, empezó a plantearse si Dios lo estaba llamando a seguir otra senda. Y en una noche especialmente lóbrega para el alma, Graham, con la Biblia abierta ante él, decidió aparcar sus dificultades intelectuales y rendirse por completo a la autoridad de la palabra de Dios. Posteriormente recordaba haberse despertado con una sensación renovada de tener un cometido en la vida mientras se preparaba para su próxima visita a Los Ángeles, espoleado por la premonición de que «algo insólito iba a ocurrir allí». Y lo que pasó fue cuando menos milagroso. Dos factores contribuyeron al éxito sin precedentes de la cruzada de Graham en Los Ángeles: la imponente amenaza de la aniquilación

nuclear y la conversión de un famoso vaquero. Los caminos del Señor son inescrutables.[43]

Dos días antes del avivamiento cristiano de Graham, el presidente Truman anunció que Rusia había probado con éxito una bomba atómica. De pronto, la destrucción inminente se antojaba una posibilidad muy real, lo cual iba de perlas al mensaje de los revivalistas. Con un llamamiento urgente al arrepentimiento, Graham puso a los habitantes de Los Ángeles de rodillas: «El comunismo es una religión inspirada, dirigida y motivada por el mismísimo diablo, que declaró la guerra a Dios todopoderoso», arremetió. En aquella guerra, evidentemente, Estados Unidos estaba del bando de Dios, pero había llegado el momento de que los estadounidenses actuaran de acuerdo con su posición. La ciudad de Los Ángeles era la tercera en los objetivos de los soviéticos, advirtió Graham, no ya por su relevancia estratégica, sino por su reputación como «ciudad de perversión y pecado», una ciudad infestada de delincuencia, ebriedad, inmoralidad sexual rampante y disolución de matrimonios. Como evangelista, Graham no había rehuido abordar la laxa moralidad sexual de la generación más joven, pero en los Estados Unidos de la Guerra Fría, las apuestas parecían haber subido de manera repentina. Y ahora que se exigía grandeza al país, era imperativo que sus ciudadanos también persiguieran la bondad. Un país fuerte era un país virtuoso, y la moralidad sexual era un tema de trascendencia nacional.[44]

Para Graham, la estabilidad del hogar era clave tanto para la moralidad como para la seguridad: «Un país es tan fuerte como lo son sus hogares». Según la visión evangélica del mundo, Satán y los comunistas habían aunado fuerzas en un intento por destruir el hogar estadounidense. Y, para Graham, una familia adecuadamente ordenada era una familia patriarcal. Dado que Graham creía que Dios había condenado a las mujeres a subyugarse a los hombres, defendía que las esposas debían someterse a la autoridad de sus maridos. Graham era consciente de que aquello sorprendería a algunas «esposas dictatoriales», pero no dudó en ofrecer a las amas de casa cristianas algunos consejos de utilidad: cuando tu marido regresa a casa del trabajo, sal corriendo a darle un beso de bienvenida. «Dale amor a toda costa. Cultiva el recato y la delicadeza de la juventud. Mantente atractiva». Ten la casa limpia y no «refunfuñes ni te quejes todo el rato». También tenía consejos para los hombres. Un hombre era «un representante de Dios», el líder espiritual del hogar, «el protector» y «el

encargado de mantener a la familia». Además, los maridos debían recordar regalar a sus mujeres una caja de bombones de vez en cuando, o una orquídea. O quizá rosas.[45]

No todos los evangélicos de los tiempos de Graham compraban estas enseñanzas patriarcales. Algunos creían que la expiación de Cristo había anulado toda «condena» impuesta a Eva en el Libro del Génesis y había inaugurado el camino hacia unos roles de género igualitarios; a finales del siglo XIX y principios del XX, los evangélicos de esta tradición habían defendido con entusiasmo los derechos de las mujeres. La interpretación patriarcal de Graham reflejaba las tendencias más reaccionarias del fundamentalismo de principios del siglo XX. Sin embargo, Graham añadió una nueva vuelta de tuerca al vincular los roles de géneros patriarcales con el nacionalismo cristiano emergente.

A finales de la década de 1940, las instrucciones de Graham para maridos y mujeres no eran ninguna novedad. Muchos otros estadounidenses celebraban los roles de género «tradicionales» en los Estados Unidos de la Guerra Fría. La amenaza comunista redundó en una asignación de papeles distintos para los hombres y las mujeres: los hombres debían mantener a sus familias y defender la nación, mientras que las mujeres se consideraban seres vulnerables que necesitaban protección. De este modo, la masculinidad durante la Guerra Fría se vinculó íntimamente con el militarismo, hasta el punto de que parecían inseparables. De ahí que, en otoño de 1949, el mensaje de Graham resonara dentro y más allá del rebaño evangélico. Sin embargo, sería la conversión de uno de los vaqueros más famosos de la ciudad en aquel entonces lo que haría que el avivamiento religioso de Graham prendiera la mecha para que el evangelista se convirtiera en una de las figuras más influyentes del siglo XX.[46]

Cuando Graham, a sus treinta y tres años, llegó a Los Ángeles apenas era conocido, pero enseguida puso la mirada en Stuart Hamblen, un «*cowboy* cantante» dado a la bebida. Uno de los mayores éxitos de Hamblen, «(I Won’t Go Huntin’, Jake) But I’ll Go Chasin’ Women», se había estrenado aquel mismo año. Hijo pródigo de un pastor metodista, Hamblen también era un experto jinete de rodeos que hacía escarceos en películas del Oeste, donde solía interpretar al malo de la película. Hamblen hizo migas con Graham por el hecho de haberse criado los dos en el Sur y accedió a promocionar el avivamiento religioso de Graham en su programa radiofónico de música *country*. Tras dejarse ver en los servicios de Graham,

el famoso vaquero se volvió religioso. La conversión de Hamblen desencadenó toda una serie de conversiones de personas famosas que electrizó la ciudad. Conforme la noticia se fue difundiendo, los medios de comunicación nacionales se hicieron eco de lo que estaba ocurriendo y, con ello, ayudaron a «inflar a Graham» y dieron al pastor la cobertura de una celebridad.[47]

El hecho de que un famoso vaquero en el corazón de Los Ángeles ayudara a difundir el evangelismo de posguerra como movimiento religioso y cultural no es tan raro como pueda parecer. Durante las décadas intermedias del siglo XX, millones de evangélicos sureños emigraron al sur de California y a otros puntos de la Franja del Sol.[48] Atraídos por las oportunidades de empleo en la floreciente industria militar de la Guerra Fría, llevaron con ellos su característica fe, una fe modulada por una postura combativa y la certeza absoluta en las verdades «inerrantes» de la Biblia, pero también caracterizada por la voluntad de experimentar con nuevos formatos para comunicar sus inflexibles creencias. Todo ello se desplegó a la sombra de Hollywood, el corazón de la cultura de los famosos en Estados Unidos y el crisol de la creación de mitos y leyendas en el país.[49]

El mito del vaquero americano resonó con fuerza entre los evangélicos de la Franja del Sol. El vaquero, paradigma de una individualidad ruda entretejida con el individualismo inherente al propio evangelismo, encarnaba la esencia del ideal estadounidense de la libertad del Lejano Oeste y parecía rodeado por un aura de autoridad honrada. Símbolo de una era anterior de la virilidad norteamericana, una época en la que los hombres (blancos) heroicos imponían el orden, protegían a los vulnerables y esgrimían su poder sin pedir disculpas, el mito del *cowboy* americano había estado teñido de nostalgia desde su nacimiento. Medio siglo después, esa nostalgia se canalizaría en una nueva y potente identidad religiosa y cultural, una identidad que se aprovecharía con fines políticos.

Como cristiano renacido, Hamblen dejó de beber, de fumar y de jugar, pero no abandonó su carrera como cantante de música *country*. Por petición de su amigo, el también famoso vaquero John Wayne, escribió una canción sobre su conversión, «It Is No Secret (What God Can Do)», y en su programa radiofónico, *The Cowboy Church of the Air,* retransmitía una mezcla de canciones religiosas y *country*. Las canciones religiosas de Hamblen se centraban en la cara más oscura de la historia cristiana, sobre

todo en la ira de Dios; la masculinidad dura, incluso temeraria, de sus baladas *country* del Oeste iba de la mano de su cristianismo renacido. Hamblen, que desdibujó la frontera entre lo sagrado y lo profano, fue en muchos aspectos el heraldo de una nueva era del evangelismo estadounidense.[50]

Pero Hamblen no fue el único en tender puentes entre la industria del entretenimiento general y la religión. Durante los años de posguerra, el sur de California acogió una vibrante escena musical local en la que los pentecostales y los bautistas sureños aparcaron sus diferencias confesionales para entonar los últimos éxitos. Pat Boone tal vez fuera la estrella transversal más destacada; con raíces en la Iglesia de Cristo y un linaje que podía retrotraerse a Daniel Boone, se convirtió en uno de los grandes nombres de la música pop de todos los tiempos. Solo eclipsado por Elvis Presley en su época, Pat Boone era el orgullo y la alegría de los evangélicos de posguerra.[51]

Boone no era un revivalista, pero encajaba bien con los esfuerzos de los evangélicos en la posguerra de ampliar su alcance a través de los medios de comunicación modernos. De acuerdo con el plan de Ockenga, y con Graham como su norte y guía, los evangélicos empezaron a dar forma a un imperio mediático vibrante, así como a un entramado nacional de instituciones y organizaciones paraeclesiásticas que florecieron al margen de las estructuras confesionales. El propio Graham publicó dos docenas de libros y, en 1956, ayudó a fundar *Christianity Today,* la revista insignia del evangelismo estadounidense. Cerca de 700 emisoras retransmitían su programa de radio en todo el país y alrededor del mundo. Ayudó a los evangélicos Robert Schuller y James Robison a lanzar su carrera y prestó su apoyo a otras organizaciones e instituciones evangélicas, entre ellas: el Wheaton College, el Fuller Seminary, la National Religious Broadcasters, la Asociación Nacional de Evangélicos, el Campus Crusade for Christ, Young Life y el Fellowship of Christian Athletes. Todo esto no era más que una fracción de una infraestructura evangélica emergente que acabaría por sustentar una dinámica cultura de consumo religioso. Con la ayuda de la economía en expansión de la posguerra, los empresarios evangélicos llevarían a buen puerto la visión de Ockenga.[52]

Las imprentas empezaron a producir libros evangélicos como churros, listos para su distribución por todo el país a través de la Asociación de Libreros Cristianos (CBA por sus siglas en inglés), de reciente creación.

Aquel mismo siglo, en fechas anteriores, las editoriales religiosas habían comercializado sus productos principalmente entre los líderes eclesiásticos, una práctica modulada en gran medida por los problemas de distribución. Durante gran parte de la historia de Estados Unidos, las librerías solo daban beneficios en los grandes centros urbanos; para llegar a otros consumidores, los editores recurrieron a sistemas de distribución confesionales o a las ventas puerta a puerta o por correo. Todo ello cambió con el establecimiento de la Asociación de Libreros Cristianos. En una economía en expansión alentada por la libre disposición de créditos, un préstamo y un catálogo de la CBA bastaban para abrir una librería cristiana. En 1950, cuando se organizó originalmente la CBA, contaba con unas 270 tiendas afiliadas; a mediados de la década de 1960, su número era ya de 725, y a finales de la década de 1970, había unas 3000 distribuidas por pequeñas poblaciones y ciudades de todo el país.[53]

La CBA no solo resolvió el problema de la distribución, sino que, además, cambió el mercado, así como la industria editorial que lo alimentaba. Con un mercado cristiano más amplio, que sustituyó a los canales de distribución confesionales, los autores y editores tuvieron que rebajar las particularidades teológicas y, en su lugar, ofrecer libros destinados a un público lector evangélico más amplio. Los libros sobre «estilo de vida cristiano» lograron este objetivo sin ofender sensibilidades confesionales. Junto con la música, la radio y la televisión cristianas, la industria editorial cristiana ayudó a crear una identidad basada en unos valores evangélicos más genéricos. Y, en este contexto, celebridades evangélicas, cantantes, actores y escritores, así como pastores y revivalistas populares, desempeñarían un papel colosal a la hora de reflejar y conformar los valores culturales que los evangélicos harían suyos.[54]

No sorprende que hombres como Graham, Hamblen y Boone alcanzaran el estrellato en el seno de esta floreciente cultura evangélica. Lo que sí resulta más curioso es que también lo hiciera John Wayne. A diferencia de Hamblen, Wayne no tenía una vivencia de renacimiento. Y a diferencia de Boone, Wayne difícilmente podía considerarse el chico de los anuncios de los «valores familiares». Casado tres veces y divorciado dos, Wayne había tenido además varias aventuras destacadas. Era un fumador empedernido y también un gran bebedor. Y, sin embargo, pese a estas asperezas, conquistaría los corazones y la imaginación de los evangélicos

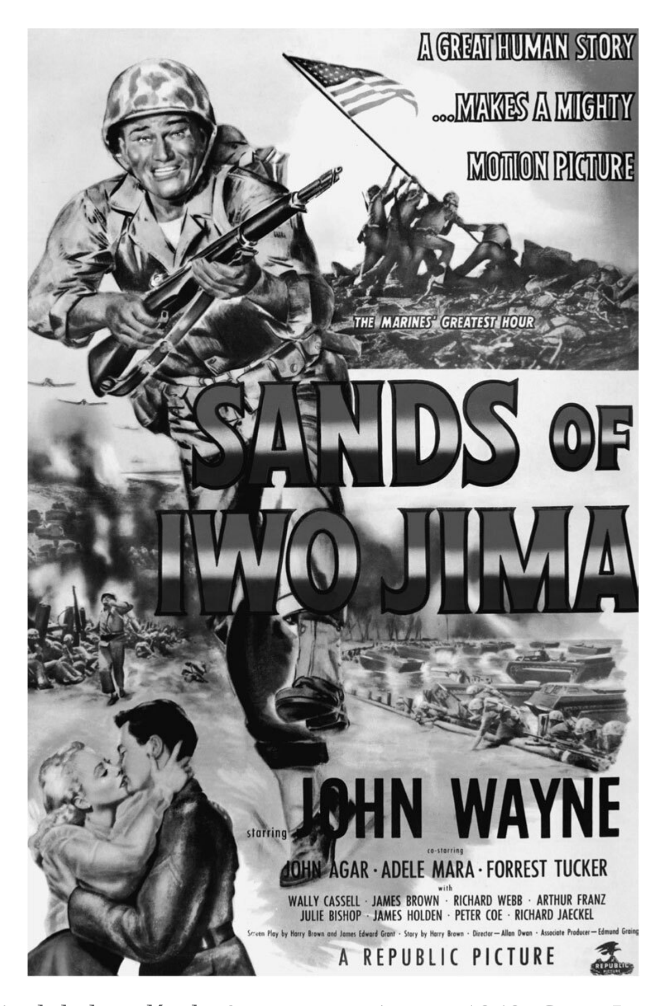
estadounidenses. Su afinidad no se basaba en la teología, sino más bien en un ideal masculino compartido.[55]



John Wayne y Joanne Dru en el plató de *Río Rojo*, alrededor de 1948, en Los Ángeles, California. GETTY IMAGES/MICHAEL OCHS ARCHIVES.

Wayne se convirtió en una de las mayores estrellas de Hollywood encarnando —o más bien definiendo— al soldado-vaquero heroico que cautivó al público en la era de la Guerra Fría. Alcanzó el estrellato en 1948, justo cuando las tensiones de la Guerra Fría eclipsaban cualquier idea de una posguerra pacífica. Aquel año protagonizó dos películas del Oeste: *Río Rojo*, en la que interpretaba el papel de un ganadero cuya amada había sido masacrada por los indios, y *Fort Apache*, en la que daba vida a un capitán de la guerra de Secesión que había acabado por imponerse a los apaches en la frontera oeste. Recordando los días de Theodore Roosevelt, los estadounidenses de la Guerra Fría se hallaron nuevamente cambiando el aislacionismo por un nuevo imperialismo, en esta ocasión expandiendo el

mercado libre tanto en su país como en el extranjero. Con su combinación de nacionalismo resurgente y excepcionalidad moral, los estadounidenses dividieron el mundo en buenos y malos, y en ese contexto el Oeste representaba un cuento moral perfectamente adecuado para la ocasión, una moraleja en la que el protagonista tosco recurría a la violencia para salvar la situación.[56]



Póster original de la película Arenas sangrientas, 1949. Getty Images/LMPC.

Un año más tarde, Wayne se metió en la piel del sargento Stryker en *Arenas sangrientas*, un papel inspirado en el personaje que había encarnado en *Río Rojo*. De este modo, el sargento Stryker de Wayne, y el propio Wayne, combinaron la leyenda del *cowboy* americano con la del soldado que luchaba por la libertad. En realidad, Wayne nunca sirvió en el ejército. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, se mostró reacio a pausar su carrera cinematográfica en ciernes para alistarse. (Como protagonista de una película menor, realizó una «gira de inspección» por el Pacífico

patrocinada por la Oficina de Servicios Estratégicos, pero su aportación al esfuerzo bélico fue mínima). Aun así, el sargento Stryker de Wayne fue encumbrado como un símbolo de la dureza estadounidense, y las frases pronunciadas por Wayne en pantalla, como «¡Ensillen!» o «¡Carguen y preparen!», pasaron a formar parte del léxico del conservadurismo estadounidense. Con el tiempo, además, la encarnación de Wayne de la masculinidad heroica acabaría por servir como piedra de toque de la verdadera virilidad cristiana.[57]

---

[21] Watts, Sarah, 2006, *Rough Rider in the White House: Theodore Roosevelt and the Politics of Desire*, Chicago, Illinois: University of Chicago Press, pp. 6-7.

[22] «Jinetes duros» en su traducción literal. *(N. de la T.)*

[23] Bederman, Gail, 1996, *Manliness and Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States, 1880-1917*, Chicago, Illinois: University of Chicago Press, pp. 170, 178 y 186.

[24] Watts. *Rough Rider*, p. 2.

[25] Bederman, Gail, 1989, «"The Women Have Had Charge of the Church Work Long Enough": The Men and Religion Forward Movement of 1911-1912 and the Masculinization of Middle-Class Protestantism», *American Quarterly* 41, n.º 3, septiembre, pp. 432-465; Smith, Fred B., 1913. *A Man's Religion*, Nueva York: Association Press, p. 70; Creech, Joe, 2009, «The Price of Eternal Honor: Independent White Christian Manhood in the Late Nineteenth-Century South», en: Friend, Craigh Thompson, 2009, *Southern Masculinity; Perspectives on Manhood in the South since Reconstruction*, Athens: University of Georgia Press, pp. 25 y 34-35.

[26] Hesselgrave, Charles E., 1915, «Billy Sunday», *The Independent*, 1 de febrero, p. 161; «40,000 Cheer for War and Religion Mixed by Sunday», *New York Times*, 9 de abril de 1917, p. 1.

[27] Gloege, Timothy E. W., 2015, *Guaranteed Pure: The Moody Bible Institute, Business, and the Making of Modern Evangelicalism*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 2-11.

[28] Gloege, *Guaranteed Pure*, p. 203.

[29] «Has Christianity Failed, or Has Civilization Failed, or Has Man Failed?», *Kings Business*, noviembre de 1914, p. 595, citado en: Sutton,

Matthew, 2014, *American Apocalypse: A History of Modern Evangelicalism*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press, pp. 52, 58 y 275; Marsden, George M., 1980. *Fundamentalism and American Culture*, Nueva York: Oxford University Press, p. 146.

[30] Wister, Owen, 1930, *Roosevelt: The Story of a Friendship, 1880-1919*, Nueva York: Macmillan, p. 339; extracto de Eddy, Sherwood, 1924, «The Case Against War», en: *The Messenger of Peace*, vol. XLIX, n.º 11, noviembre, p. 173.

[31] Barton, Bruce, 1925, *The Man Nobody Knows*. Chicago, Illinois: Ivan R. Dee Publishing, p. 4. [*El hombre a quien nadie conoce*, Albatros, 1945 (descatalogado)].

[32] Marsden, *Fundamentalism and American Culture*, p. 149.

[33] Putney, Clifford, 2001, *Muscular Christianity: Manhood and Sports in Protestant America, 1880-1920*. Cambridge: Harvard University Press, p. 205; National Association of Evangelicals for United Action Executive Committee, 1942, *Evangelical Action! A Report of the Organization of the National Association of Evangelicals for United Action*, Boston, Massachusetts: United Action Press, prólogo.

[34] Ockenga, Harold John, «Unvoiced Multitudes», en: *Evangelical Action!*, 20, pp. 24-25, 36-37 y 39.

[35] Wuthnow, Robert, 2015, *Inventing American Religion: Polls, Surveys, and the Tenuous Quest for a Nation's Faith*, Nueva York: Oxford University Press, p. 95.

[36] Ockenga, «Unvoiced Multitudes», pp. 36-37 y 39.

[37] Marsden, George M., 1991, *Understanding Fundamentalism and Evangelicalism*, Grand Rapids, Míchigan: Eerdmans, p. 6; Wacker, Grant, 2014, *America's Pastor: Billy Graham and the Shaping of a Nation*, Cambridge: Massachusetts: Belknap Press, p. 81.

[38] Wacker, *America's Pastor*, p. 81; Graham, «Youth's Hero», en: *Calling Youth to Christ*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, 1947, p. 91, citado en: Moslener, *Virgin Nation*, p. 56; Graham, Billy, 1957, «Don't Be Like Samson», sermón, Nueva York, 11 de agosto de 1957, carpeta 130, caja 10, colección 285, Documentos de Billy Graham, Billy Graham Center Archives, Wheaton College, Wheaton, Illinois, citado en: Hampton, Hunter, 2017, «Man Up: Muscular Christianity and the Making of 20th-Century American Religion», University of Missouri, pp. 195-196; Graham, Billy,

1952, *The Chance of a Lifetime: Helps for Servicemen,* Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, pp. 38 y 44.

[39] Ockenga, Harold J., 1944, «Letters to the Times», *New York Times,* 9 de marzo de 1944, citado en: Sutton, *American Apocalypse,* pp. 277-278.

[40] Loveland, Anne C., 1997, *American Evangelicals and the U.S. Military 1942-1993,* Baton Rouge: Louisiana State University Press, p. 1; Weinstein, Michael L., y Davin Seay, 2006. *With God on Our Side: One Man's War Against an Evangelical Coup in America's Military,* Nueva York: Thomas Dunne Books, pp. 41-42.

[41] Loveland, *American Evangelicals*, p. 2.

[42] Moslener, *Virgin Nation,* p. 52.

[43] Carpenter, Joel A., 1999, *Revive Us Again: The Reawakening of American Fundamentalism,* Nueva York: Oxford University Press, p. 223.

[44] Martin, William, 1996, *With God on Our Side: The Rise of the Religious Right in America,* Nueva York: Broadway Books, p. 29; Carpenter, *Revive Us Again*, p. 223; Moslener, *Virgin Nation*, pp. 60-61.

[45] Graham, Billy, 1950, «The Home God Honors», en: *Revival in Our Time*, Wheaton, Illinois: Van Kampen Press, pp. 65 y 65-71.

[46] Enloe, Cynthia, 1993, *The Morning After: Sexual Politics at the End of the Cold War,* Oakland: University of California Press, p. 15.

[47] Dochuk, Darren, 2012, *From Bible Belt to Sunbelt: Plain-Folk Religion, Grassroots Politics, and the Rise of Evangelical Conservatism,* Nueva York: W. W. Norton, p. 142.

[48] Se conoce como Franja del Sol o Cinturón del Sol a los estados del sur de Estados Unidos que van desde Carolina del Norte hasta California. Tal denominación se debe a su clima cálido. *(N. de la T.)*

[49] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* pp. xvi-xvii.

[50] Wyma, Mike, 1988, «After 80 Years, Stuart Hamblen's Luck Is Still Holding», *Los Ángeles,* 30 de diciembre de 1988.

[51] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* pp. 181-182.

[52] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 180; Hamilton, Michael S., 2018, «How a Humble Evangelist Changed Christianity As We Know It», *Christianity Today*, número especial de Billy Graham, abril de 2018.

[53] Silliman, Daniel, 2019, «Sex-and-marriage manuals and the making of an evangelical market», ponencia presentada en la American Historical Association, Chicago, Illinois, 7 de enero de 2019.

[54] Silliman, «Sex-and-marriage manuals».

[55] A día de hoy persiste el rumor de que Wayne entregó su vida a Cristo tras recibir una carta de la hija adolescente de Robert Schuller, pero no existen pruebas de que así sea; al parecer, Wayne se convirtió al catolicismo poco antes de su muerte.

[56] Corkin, Stanley, 2004, *Cowboys as Cold Warriors: The Western and U.S. History*, Filadelfia, Pensilvania: Temple University Press, p. 2.

[57] Wills, *John Wayne's America*, p. 149.

02

John Wayne te salvará el pescuezo

Billy Graham siempre militó en el Partido Demócrata. Aunque pueda sorprender dada la estrecha alianza entre los evangélicos blancos y el Partido Republicano que ha acabado por definir el panorama político en Estados Unidos en las últimas décadas, a mediados del siglo XX habría costado encontrar a un bautista sureño de Carolina del Norte que no se identificara como demócrata. El partidismo evangélico contemporáneo solo puede entenderse en términos de un realineamiento de mayor calado que transformó la política partidista entre las décadas de 1950 y 1980 y que los propios evangélicos ayudaron a propiciar. En el corazón de dicho realineamiento se hallaban posturas relacionadas con los derechos civiles, la guerra de Vietnam y los «valores familiares». Para los conservadores, la defensa del patriarcado blanco emergió como un hilo unificador de todo este abanico de problemas; para los evangélicos conservadores, la defensa del patriarcado blanco se convertiría en un elemento central de su identidad cultural y política fusionada.

Los problemas de Graham con el Partido Demócrata empezaron desde el principio. Tras el éxito de su reciente cruzada por Los Ángeles, Graham decidió sacar el máximo partido a su recién adquirida fama solicitando una reunión con el presidente Truman. No era la primera vez que intentaba reunirse con él, pero en el verano de 1950 contaba por fin con el peso necesario para conseguirlo. Según admitió él mismo, hizo el ridículo desde buen comienzo. Pensaba que parte del problema quizá tenía que ver con su indumentaria. En aquella época, Graham todavía se vestía con ropa llamativa, y se presentó en la Casa Blanca con un traje de color «verde pistacho», calcetines de color óxido, unos zapatos Oxford blancos y una corbata pintada a mano. Sin embargo, el problema más serio fue su actitud. Alabó su propio éxito en Los Ángeles y las cruzadas posteriores, interrogó

de manera poco elegante al presidente sobre «su bagaje y sus inclinaciones religiosas» y luego le dijo a Truman que su cristianismo basado en la Regla de Oro no bastaba y que lo que necesitaba era tener una fe personal en Cristo y en su muerte en la cruz. El presidente le informó de que se le había acabado el tiempo. Graham insistió en acabar con una oración, que se prolongó varios minutos más allá del tiempo asignado. Con todo, el error más importante de Graham tuvo lugar cuando salió del Despacho Oval. Al encontrarse con el equipo de prensa de la Casa Blanca, Graham relató despreocupadamente toda su conversación con el presidente antes de recrear su oración hincando una rodilla en el jardín de la Casa Blanca. Truman no volvió a invitar a Graham nunca más.[58]

Pero sus dificultades con Truman fueron más allá de aquel torpe encuentro. Graham criticó a la Administración Truman por su «cobarde» negativa a hacer caso del consejo del general MacArthur en Corea y lamentó que el país se enfrentase «con desgana» a una guerra cuando se necesitaba todo el poderío del ejército de los Estados Unidos. Cuando el mandato de Truman se aproximaba a su fin, Graham empezó a indicarles a los republicanos que ellos también podían atraer el voto evangélico alineándose con sus opiniones sobre la moralidad y la política exterior. Ansioso por colocar a un nuevo ocupante en la Casa Blanca, Graham decidió escribir una carta a Dwight D. Eisenhower instándolo a entrar en la carrera. Eisenhower no era una figura especialmente religiosa, pero Graham estaba convencido de que el héroe bélico poseía «la honestidad, la integridad y la fuerza espiritual» necesarias para liderar el país. Cuando Eisenhower decidió arrojar el sombrero al ruedo, recurrió a Graham para que le ayudara a movilizar el apoyo de la población religiosa. Y Graham cumplió su papel. Pese a la lealtad hacia los demócratas de los evangélicos sureños, el sesenta por ciento de los evangélicos de todo el país votaron a Eisenhower y lo ayudaron a lograr una victoria decisiva frente a Adlai Stevenson en 1952.[59]

Durante su presidencia, Eisenhower mantuvo una estrecha relación con Graham y sus partidarios evangélicos. Le solicitó que le ayudara a elegir unos versos bíblicos para su discurso inaugural, y en su mesita de noche tenía una Biblia de cuero rojo anotada que Graham le había regalado. Empezó a abrir las reuniones del gabinete con una oración y apareció en el primer Desayuno de Oración Nacional en 1953, un evento anual organizado con la asistencia de Graham por miembros de «The Fellowship»,[60] un

grupo hermético que amasó un poder tremendo tendiendo lazos entre líderes religiosos, políticos y empresariales para defender sus intereses mutuos. En 1954, el Congreso añadió las palabras «una nación bajo Dios» a la jura de bandera, y un año después Eisenhower convirtió en ley la adición de la inscripción «In God We Trust»[61] a la moneda del país. Para los evangélicos que consideraban Estados Unidos un país cristiano, la década de 1950 ofreció abundantes pruebas circunstanciales de ello. Y lo que es más importante, erigidos en los defensores confesos y más vociferantes de unos Estados Unidos cristianos, los evangélicos incrementaron su propio poder cultural y político.[62]

A Eisenhower y Graham les unía la convicción de que el cristianismo podía ayudar a Estados Unidos a librar la Guerra Fría. Desde el principio, Eisenhower identificó la naturaleza religiosa del conflicto y, en un momento en el que la religiosidad en el país se hallaba en el punto más álgido de la historia, sabía que el enfoque religioso sería clave para movilizar apoyos. Enmarcando la Guerra Fría como una crisis moral, Graham se puso al servicio de Eisenhower, así como de otros presidentes que le siguieron mientras duró el conflicto. Los evangélicos no fueron los únicos interesados en apuntalar la política de la Guerra Fría; funcionarios gubernamentales, líderes empresariales, educadores y todos los medios de comunicación nacionales desempeñaron un papel en ello. Pero los evangélicos subieron las apuestas. El comunismo era «el mayor enemigo que hemos conocido» y solo el cristianismo evangélico estaba en disposición de proporcionar los recursos espirituales para combatirlo.[63]

La defensa de unos Estados Unidos cristianos requería algo más que recursos espirituales. Eisenhower presidió la enorme expansión del complejo militar-industrial estadounidense y, en su discurso de despedida, explicitó la conexión: un ejército potente garantizaría a Estados Unidos la libertad para adorar a su Dios. Simultáneamente, Eisenhower repasó su presidencia con cierta turbación, advirtiendo de los peligros de esta movilización. Pocos evangélicos conservadores parecían compartir su inquietud. En 1952, la Asociación Nacional de Evangélicos se había unido a colectivos de la población general en la denuncia de la militarización del país en tiempos de paz, pero, al final de la década, la refundición de «Dios y el país» y la confianza creciente en que el poderío del ejército podría protegerlos a ambos llevó al nacionalismo cristiano (y al propio evangelismo) a adoptar una postura claramente militarista.[64]

Llegados a aquel punto, los evangélicos habían visto su suerte multiplicada. En todos los sentidos, habían logrado avanzar en la agenda que Ockenga había planificado, y ello gracias al consenso generado por la Guerra Fría, a una economía en expansión y a sus propios esfuerzos por transformar sus misiones diseminadas en un potente movimiento nacional. En tiempos recientes, habían sido condenados al ostracismo, viéndose relegados a los márgenes de la cultura y la política estadounidenses. Pero, en la década de 1950, el *baby boom* estaba en pleno auge y la familia «tradicional» parecía florecer. (La familia nuclear estructurada alrededor del hombre, que era quien se encargaba de llevar el pan a la mesa, era, de hecho, una invención reciente que había surgido en la década de 1920 y había alcanzado su máxima expresión en las décadas de 1950 y 1960; antes de eso, la norma había sido la familia multigeneracional, cuya economía dependía de diversos contribuyentes). Además, en la década de 1950, estadounidenses de todo tipo volvieron a invertir en religión. Se construían iglesias en nuevos vecindarios residenciales de todo el país y las escuelas dominicales estaban llenas a rebosar. La política de la Guerra Fría también unió a los estadounidenses por encima de los partidos. Para su deleite, los evangélicos se hallaron seguros dentro de la norma cultural y política. Aún faltaban dos décadas para la formación de la derecha religiosa, pero las piezas ya empezaban a encajar. Hacia finales de la década, los evangélicos se habían convertido en participantes activos de la política nacional, habían accedido a las esferas más altas del poder y habían acabado por ver a un presidente republicano como un aliado de su causa.[65]

Seguros de que Dios estaba de su lado, los evangélicos se encontraban como pez en el agua en un mundo definido por las certezas de la Guerra Fría. No obstante, las dos décadas siguientes amenazarían con socavar las esperanzas evangélicas para el país y el lugar que ocuparían en él. El movimiento en defensa de los derechos civiles, la guerra de Vietnam y el feminismo pondrían en tela de juicio los dogmas imperantes, y para los evangélicos que habían encontrado seguridad y sentido en unos Estados Unidos que afirmaban los roles de género «tradicionales», una defensa nacional fuerte y la confianza en el poderío de América, la sensación de pérdida sería aguda. Pero los evangélicos conservadores no estaban dispuestos a renunciar al poder que acababan de conseguir. No caerían sin pelear.

Cada una a su manera, aquellas perturbaciones ponían en entredicho la autoridad del hombre blanco. De ahí que, en las décadas de 1960 y 1970, los evangélicos conservadores se vieran atraídos por una masculinidad ruda y nostálgica en su intento por restablecer la autoridad patriarcal blanca en sus múltiples formas. Con el paso del tiempo, la defensa del patriarcado y la creciente adopción de una masculinidad combativa acabarían por sustanciar y simbolizar los valores evangélicos culturales y políticos.

Para los estadounidenses blancos dispuestos a escuchar, el movimiento en defensa de los derechos civiles argumentaba que Estados Unidos nunca había sido un país de libertad y justica para todos. La reacción de los evangélicos ante la defensa de los derechos civiles fue diversa, sobre todo en los estadios iniciales del movimiento. Acostumbra a olvidarse con facilidad, pero algunos evangélicos, sobre todo los que acabarían constituyendo la «izquierda evangélica», eran fervientes defensores de los derechos civiles. Otros, en particular los fundamentalistas y sureños, se oponían a estos con todas sus fuerzas. Tras la Guerra Civil, la causa perdida del Sur confederado se había fusionado con la teología cristiana para producir una variante sureña idiosincrática de la religión civil que encumbró a Robert E. Lee como su santo patrón. Enmarcados en esta tradición, pastores fundamentalistas como W. A. Criswell de la Primera Iglesia Bautista de Dallas (el futuro hogar de Robert Jeffress) lanzaron una cruzada contra la integración por considerarla «una negación de todo aquello en lo que creemos». Para tales oponentes, el activismo en defensa de los derechos civiles era una señal de perturbación y desorden; muchos de ellos tildaban a Martin Luther King Jr. de agitador comunista.[66]

La mayoría de los evangélicos del Norte se situaban en algún punto intermedio entre estas dos posiciones. Como Graham, muchos apoyaron con cautela el movimiento pro derechos civiles en sus primeros años. A principios de la década de 1950, Graham empezó a apostar por la integración en sus actos de campaña, llegando incluso a retirar él mismo las cintas que separaban los asientos para blancos y negros. En 1954 alabó la sentencia del *Caso Brown contra el Consejo de Educación,* que eliminaba la segregación en las escuelas. En 1957, invitó a King a orar en uno de sus actos en Nueva York. Pero Graham recelaba de avanzar demasiado aprisa e instó al Tribunal Supremo a proceder con cautela para acallar a los «extremistas de ambos bandos». Este apoyo cauto se reflejaba también en

las reacciones institucionales. En 1951, la Asociación Nacional de Evangélicos respaldó la «igualdad de oportunidades» para las personas de todas las razas. *Christianity Today* publicó asimismo artículos en apoyo de los derechos civiles, si bien también otros que sugerían que los cristianos no estaban obligados a respaldar la integración.[67]

Tras la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1964, estas discrepancias en el seno de la comunidad evangélica empezaron a disminuir. El apoyo explícito a la segregación perdió aceptación incluso entre los fundamentalistas más incondicionales, como ocurrió entre los segregacionistas en general. En paralelo, los defensores moderados de los derechos civiles empezaron a enfriar su respaldo a nuevos avances. Graham, por ejemplo, retiró su apoyo cuando los activistas comenzaron a protagonizar acciones de desobediencia civil y a exigir una mayor intervención gubernamental. Muchos evangélicos siguieron su ejemplo, convencidos de que al Gobierno no le correspondía interferir en asuntos de justicia racial; solo Jesús podía cambiar los corazones humanos. Además, a muchos evangélicos les costaba asimilar que el pecado del racismo estaba arraigado en la historia de su país. Aceptarlo se les antojaba antipatriótico. Tras abrazar la idea de Estados Unidos como «país cristiano», resultaba difícil aceptar una crítica a la nación tan fundamental como la que planteaba el movimiento en defensa de los derechos civiles.[68]

Entender esta ambivalencia hacia los derechos civiles en el seno del evangelismo blanco es clave para comprender el papel que la raza desempeñaría en la política evangélica más en general. Al retirar su apoyo a los derechos civiles, evangélicos como Graham acabaron dando cobertura a sentimientos más extremistas en el seno de la derecha cristiana insurgente. En la actualidad, algunos historiadores sitúan la raza en el mismísimo corazón de la política evangélica y señalan que la oposición evangélica a una integración impuesta por el Gobierno precedió al activismo antiabortista en varios años. Otros, en cambio, incluida la inmensa mayoría de los propios evangélicos, prefieren enfatizar la importancia de los «valores familiares» y morales. Pero, en muchos aspectos, esta es una dicotomía falsa. Para los evangélicos, la política de los valores familiares estaba íntimamente entrelazada con la política racial, y ambas estaban conectadas con la concepción que tenían del país y de su papel en el panorama mundial.[69]

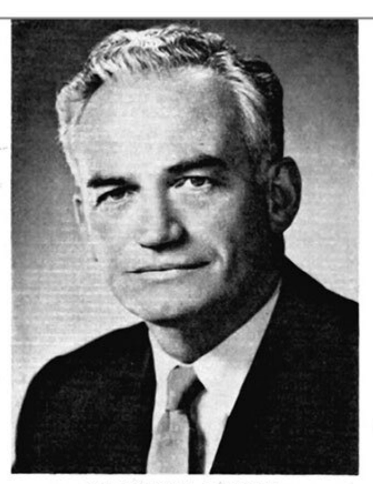
A raíz de la sentencia del *Caso Brown*, por ejemplo, muchos sureños optaron por escolarizar a sus hijos en academias cristianas privadas para mantener la segregación, y cuando en 1970 se revocó la exención de impuestos de estas «academias segregadoras», los evangélicos defendieron su derecho a asistir a escuelas exclusivamente blancas aduciendo que los padres tenían derecho a decidir acerca de la educación de sus hijos sin «la intromisión» del Gobierno. Posteriormente, el «transporte forzoso en autobús» [a las escuelas] ofendería a esas mismas sensibilidades, tanto en el Norte como en el Sur. Y aunque era raro escuchar defensas flagrantes de la segregación y la desigualdad racial, muchos evangélicos y fundamentalistas sureños que mantenían su opinión recalcitrante acerca de la raza hallarían una causa común con evangélicos más «tolerantes» en temas como la política de bienestar social y la política de «la ley y el orden», las cuales tenían un trasfondo claramente racial.[70]

De ahí que el evangelismo que se granjeó el respeto y la prominencia en los Estados Unidos de la Guerra Fría no pueda escindirse de sus raíces sureñas. Los ideales de masculinidad evangélica que se manifestaron durante este período reflejan esta influencia formativa. Algunos defensores de la masculinidad cristiana elogiaban a los generales confederados y defendían la institución de la esclavitud, pero, para muchos, el trasfondo racial era más sutil. Aun así, de manera invariable, el héroe cristiano era un hombre blanco y, con frecuencia, un hombre blanco que defendía al país de la amenaza que representaban los hombres de otras razas y los extranjeros.

La conexión entre el poder masculino blanco, las políticas de los valores familiares y la defensa combativa de unos Estados Unidos cristianos había quedado clara a principios de la década de 1960 en la California meridional, el epicentro de la resurgencia política evangélica. En 1961, el Pepperdine College, un hervidero del evangelismo de la Franja del Sol popular entre donantes conservadores y celebridades cristianas por igual, acogió un «foro por la libertad». Con la reciente elección a la presidencia del demócrata católico John F. Kennedy, el ambiente era más de urgencia que de triunfo. El catolicismo de Kennedy era objeto de seria preocupación entre los fundamentalistas en particular, y la opinión de que Kennedy era blando con el comunismo (pese a que aumentó el gasto militar en un 14 por ciento durante sus primeros nueve meses en el poder) también generaba inquietud. En el foro, mil quinientos empresarios y educadores debatieron ideas como

la ilegalización del Partido Comunista, el rechazo a que la China Roja se sentara en la ONU, el desmantelamiento del Cuerpo de Paz del presidente Kennedy y el elogio de la John Birch Society, de corte extremista. El punto fuerte del evento fue un almuerzo televisado con Barry Goldwater.[71]

Goldwater se perfilaba como el antídoto perfecto frente a Kennedy, y los evangélicos conservadores se sentían atraídos por su estilo grandilocuente y contundente, así como por el «conservadurismo de vaquero» que simbolizaba. En su póster de campaña al Senado de 1958 posaba de pie, rifle en mano, con chaqueta de gamuza y sombrero de *cowboy*, y en las apariciones públicas le gustaba invocar el aura del vaquero heroico, mostrándose siempre solo, contra viento y marea, y negándose a ceder. En su ponencia como invitado en el foro de la libertad, Godwater hizo alusión a su propio héroe, Theodore Roosevelt, el «presidente *cowboy* por excelencia de Estados Unidos». Como Roosevelt, Goldwater advertía en contra de disfrutar de «la paz a cualquier precio» y, en su lugar, abogaba por una férrea defensa y una ciudadanía valiente. Goldwater no era conocido por sus creencias religiosas, pero eso era lo de menos. Lo que importaba era que comunicaba un mensaje que regalaba los oídos a los evangélicos de la Franja del Sol.[72]



Portada del programa del almuerzo del foro de la libertad celebrado en Pepperdine por Barry Goldwater, 1961. PERTENECIENTE A LA COLECCIÓN «FREEDOM FORUM» DEL PEPPERDINE COLLEGE, ARCHIVOS UNIVERSITARIOS Y COLECCIONES ESPECIALES DE LA PEPPERDINE UNIVERSITY.

Cuatro meses después, los evangélicos de la región volvieron a congregarse, esta vez en Anaheim, con ocasión de un evento organizado por la Escuela de Anticomunismo de California del Sur, un «programa de formación de la ciudadanía» dirigido por Fred Schwarz. Schwarz, un médico australiano que había fundado la Cruzada Cristiana Anticomunista, había instalado hacía poco su consulta en el sur de California. En la clausura de aquel evento de cinco días de duración, dieciséis mil jóvenes y sus padres entonaron el himno nacional, declararon su lealtad a la bandera y escucharon a diversas celebridades hablar desde el púlpito. Primero lo hizo Marion Miller, una ama de casa que se había hecho famosa haciendo campaña por una educación anticomunista en las escuelas públicas, así como por infiltrarse en la izquierda de Los Ángeles como informante del FBI. A continuación habló Ronald Reagan. En aquel entonces todavía demócrata, Reagan advirtió de los arteros planes de los comunistas para seducir la «naturaleza rebelde» de los adolescentes y engañarlos para que crean que su «patriotismo carece de sentido». Roy Rogers, Dale Evans y John Wayne le siguieron. Pero fue el popular cantante Pat Boone quien captó todos los focos aquella noche, clausurando el evento con un discurso improvisado que Reagan retomaría años después: «Preferiría ver a mis cuatro hijas muertas de un disparo siendo niñas que creen en Dios a dejar que murieran años después como comunistas ateas, sin fe y sin alma», aseguró Boone. Y el público se mostró entusiasmado, por más que su esposa no compartiera su entusiasmo.[73]

Aquel mismo año, entre quienes rechazaron al presidente Kennedy cuando desafió a la Unión Soviética a librar «no una carrera armamentística, sino una carrera por la paz» había pastores fundamentalistas. Y salieron en defensa de hombres como el general Edwin Walker, a quien el Departamento de Defensa había amonestado por sus intentos de adoctrinar a las tropas con materiales anticomunistas de corte derechista proporcionados por el evangélico fundamentalista Billy James Hargis. Walker renunció a su puesto para no seguir sometiéndose al «poder de hombres insignificantes», en sus palabras, pero Goldwater se sumó al llamamiento del senador Strom Thurmond y otros republicanos a que el Senado debatiera el «amordazamiento» del ejército. En la estela de aquellos eventos, Kennedy pronunció un discurso en el Hollywood Palladium en noviembre de 1961 reprochando a «aquellas personas en los márgenes de nuestra sociedad» que se dejaban seducir fácilmente por «un eslogan

llamativo o un chivo expiatorio conveniente» y advirtiendo en contra de «las voces discordantes del extremismo» y de quienes defendían a «un “hombre a caballo” porque no confiaban en las personas». Thurmond respondió denunciando a los «diplomáticos indecisos».[74]

Ahora bien, aunque el general Walker dimitiera, no se marchó sin dar guerra. En fechas posteriores fue arrestado por «incitar a la rebelión» entre los segregacionistas, mientras mariscales federales intentaban abolir la segregación en la Universidad Ole Miss, y, en 1963, tanteó a Hargis para liderar «campañas de crisis» anticomunistas, persistiendo en su ataque contra el Gobierno por considerarlo blando con el comunismo y por atar de pies y manos al ejército. El pastor Bob Wells, de la Iglesia Bautista Central de Los Ángeles, fue el anfitrión de muchos de aquellos actos de campaña. A Wells le parecía crucial «no engañar a los estadounidenses con todo eso de la paz y la seguridad», ya que el desarme pondría en peligro tanto la soberanía como el cristianismo de Estados Unidos. Para muchos feligreses de la congregación de Wells cuyo sustento dependía de la industria armamentística, el desarme era problemático por motivos adicionales.[75]

Wells era una figura clave en la comunidad evangélica del sur de California. Para combatir los supuestos defectos de las escuelas públicas, fundó una escuela de primaria cristiana y el primer instituto cristiano del condado de Orange, el Heritage High. Dedicado a enseñar «americanismo cristiano», la junta rectora del instituto revisaba los libros de texto para asegurarse de que Dios y el cristianismo aparecieran bien representados en la historia de Estados Unidos. (Les irritaba la falta de atención que un popular libro de texto otorgaba al general Douglas MacArthur: 26 míseras palabras). El Departamento de Teatro de la escuela interpretaba musicales que celebraban los valores del patriotismo y la democracia en el Lejano Oeste, donde los hombres ejercían de «valientes protectores» de la nación. Una obra titulada *El Dios de nuestros padres* contenía palabras inspiradoras de Abraham Lincoln, Robert E. Lee y el general MacArthur. Desde el equipo de fútbol, llamado Los Patriotas, hasta carrozas escolares adornadas con alumnos con uniformes de soldados de la Unión, Confederados y de la Segunda Guerra Mundial que izaban la bandera en Iwo Jima, la escuela estaba anclada en un pasado legendario y combativo.[76]

Cuando Goldwater se postuló a la presidencia del país en 1964, Wells instaló una mesa en el jardín delantero de la escuela para promocionar su campaña. Antes de las primarias en California, miembros de su parroquia

realizaron un viaje colectivo al parque de atracciones Berry Farm de Knott para asistir al mitin de Goldwater, en el transcurso del cual también subieron al estrado John Wayne y Ronald Reagan. Propiedad del empresario conservador Walter Knott, el parque de atracciones era el entorno perfecto. Con una ciudad fantasma del Salvaje Oeste, una visita patriótica que conmemoraba a los Padres Fundadores y un Centro de la Libertad lleno hasta los topes de panfletos sobre la libre empresa, era un mundo de fantasía que esperaban hacer realidad.[77]

El truculento estilo de Goldwater y su agresiva política exterior iban de la mano de su mística de vaquero. Era un hombre que no temía desenfundar primero. Goldwater había recomendado retirarse de la ONU y parecía abierto a provocar una guerra nuclear. Sus detractores lo acusaron de belicista y extremista, a lo cual Goldwater respondió con la célebre frase: «El extremismo en defensa de la libertad no es ningún mal. ¡Y […] la moderación en la búsqueda de la justicia no es ninguna virtud!». Pocos días antes de las elecciones, Reagan, que se había pasado recientemente al Partido Republicano, pronunció un discurso televisado en nombre de Goldwater. Unidos por su ardiente anticomunismo y por su conservadurismo de vaqueros del Oeste, Reagan defendió la promesa de paz a través de la fuerza de Goldwater y denunció a quienes buscaban una paz utópica sin victoria, defensores de una «conciliación» que creían que el enemigo iba a «olvidar sus malas artes y aprender a amarnos». Los estadounidenses tenían «una cita con el destino». O bien preservaban a sus hijos, «la última gran esperanza del hombre en la Tierra» (a saber: Estados Unidos), o se sumirían en «mil años de oscuridad».[78]

Pero el apoyo de Reagan no bastó; Goldwater solo se impuso en Arizona y cinco estados sureños, y perdió ante Lyndon Johnson, que cosechó uno de los triunfos más aplastantes de la historia presidencial estadounidense. Aunque los fundamentalistas y los evangélicos de la Franja del Sol se sentían atraídos por la política de Goldwater, la mayoría de los evangélicos del Norte acabaron votando a Johnson, a pesar de hacerlo sin demasiado entusiasmo. Johnson sabía que el voto evangélico estaba en juego y se esforzó por retener a Billy Graham en su bando. Ambos habían entablado amistad y Graham daba a poyo a la política en el Vietnam de Johnson y a su planteamiento de la legislación de los derechos civiles, si bien había declinado pronunciarse en favor de la Ley de los Derechos Civiles de 1964. Sin embargo, el apoyo de Graham fue tácito. De hecho, había acariciado

brevemente la idea de presentarse él mismo a la presidencia. Al final, la mayoría de los evangélicos fuera de la Franja del Sol consideraron que Goldwater era demasiado radical. Ahora bien, la derrota de Goldwater enmascaró un realineamiento político que ya estaba fraguando. Aunque Graham se refrenó de apoyar a Goldwater en 1964, aseguró haber recibido «más de un millón de telegramas» instándolo a hacerlo. Cuatro años más tarde, la decisión sería más fácil.[79]

En 1968, Richard Nixon sabía que los evangélicos conservadores podían tener la llave de la victoria. Nixon, que en el pasado había sido cuáquero practicante, no era un hombre particularmente religioso, pero entendía que el anticomunismo en el extranjero, los «valores morales» y una política doméstica de «ley y orden» podían seducir a este bloque de votantes unificado. Y sabía que un hombre, Billy Graham, podía ayudarle a ganarse el favor de ese componente crucial de su «inmensa mayoría silenciosa». Cuando Nixon se había enfrentado a Kennedy en 1960, Graham había estado a punto de respaldarlo. Había enviado un artículo a la revista *Life* en el que elogiaba a Nixon, pero, tras repensárselo, había solicitado que no se publicara. Y al perder las elecciones Nixon, Graham se arrepintió de haber tomado tal decisión. Esta vez, Graham estaba dispuesto a desprenderse del disfraz de la neutralidad.[80]

«No hay un americano al que admire más que a Richard Nixon», proclamó Graham en uno de sus actos aquel año. Si bien algunos metodistas y bautistas sureños del entorno rural sentían inclinación por el candidato segregacionista de un tercer partido, George Wallace, la mayoría de los evangélicos se decantaban por Nixon, la opción más viable y más respetable. En las postrimerías de la década de 1960, incluso personalidades fundamentalistas como Billy James Hargis y John R. Rice consideraban mejor distanciarse del racismo declarado de un hombre como Wallace, y la «estrategia sureña» de Nixon ayudó a arrastrar a antiguos segregacionistas al Partido Republicano. Con las administraciones demócratas supervisando la abolición de la segregación obligatoria a escala federal y con la firma por parte de Johnson de la Ley de los Derechos Civiles, la defensa de los «derechos de los estados» que proclamaba el Partido Republicano sedujo a los blancos del Sur. Un movimiento en defensa de los derechos civiles cada vez más combativo (y los disturbios de Watts de 1965, que se desencadenaron ante los propios ojos de los evangélicos californianos) potenciaron el atractivo de una política de «ley y orden» en el país, como

también lo hicieron los crecientes altercados provocados por el movimiento antibelicista y la emergencia de una contracultura rebelde. Nixon ganó apelando a la llamada «mayoría silenciosa» y capitalizando el realineamiento político señalado por Goldwater que acabaría por dar forma durante el siguiente medio siglo a la política estadounidense. Los evangélicos blancos eran una parte importante de aquella mayoría, y el 65 por ciento de ellos votaron a Nixon.[81]

Con la ayuda de Graham, Nixon había logrado identificarse como un cristiano renacido. La fe de Nixon estaba modulada por una veta occidental de cuaquerismo que guardaba ciertas semejanzas con el fundamentalismo y no tenía nada que ver con el cuaquerismo pacifista de la Costa Este, pero seguía existiendo una distancia que había que salvar. Ya en la década de 1950, Graham había ilustrado a Nixon acerca de cómo seducir a los evangélicos, redactando el borrador del discurso que Nixon pronunciaría ante un público cristiano en el que hacía alusión a las enseñanzas del «nuevo nacimiento» del cuaquerismo y se relataba una infancia caracterizada por la lectura de la Biblia y la oración. En un artículo de 1962 aparecido en la revista *Decision* de Graham y escrito por solicitud de este, Nixon describía el compromiso personal «con Cristo y el servicio cristiano» que había contraído durante un avivamiento religioso guiado por el evangelista de Chicago Paul Rader. Una vez en la Casa Blanca, Nixon continuó consolidando esta alianza estratégica. Instituyó los servicios religiosos de los domingos por la mañana en la Sala Este y puso al consejero especial Charles Colson a cargo de seleccionar cuidadosamente a invitados que pudieran reportarle beneficios políticos. Nixon sabía hablar el lenguaje de los evangélicos y sabía seducir sus valores a través del simbolismo y el espectáculo. Aquella «política ceremonial» se desplegó a bombo y platillo el Día de la Independencia de Estados Unidos, el 4 de julio de 1970, en un evento organizado con la ayuda de Graham y escenificado en las escaleras del monumento conmemorativo a Lincoln con el objetivo de impulsar el programa de Nixon. Pat Boone ofició de maestro de ceremonias. Vestido de rojo, blanco y azul, Boone lamentó que «patriotismo» se hubiera convertido en una palabra negativa. El país no tenía nada de malo, insistía: «Hemos tenido algunos problemas, pero estamos empezando a unirnos bajo el amparo de Dios». Graham se mostró de acuerdo. Había llegado el momento de ondear la bandera con orgullo.[82]

Las conexiones entre la Casa Blanca de Nixon y los cristianos conservadores fueron más allá de la ceremonia y el espectáculo. Cuando Nixon fue atacado por bombardear en secreto Camboya, Colson instó a la Convención Bautista del Sur a aprobar un declaración de respaldo a la política exterior del presidente. También Graham promocionó la agenda de política exterior del presidente, que incluía la escalada de la guerra en Vietnam, apelando al patriotismo y a la unidad. La campaña de reelección de Nixon impulsó a Graham a redoblar su respaldo.[83]



Billy Graham y Richard Nixon en un acto de Graham en el este de Tennessee, en Knoxville, el 29 de mayo de 1970. GETTY IMAGES / BETMANN.

El rival de Nixon, George McGovern, era un antiguo seminarista, hijo de un pastor evangélico y un candidato profundamente religioso. No obstante, pese a haber pilotado un cazabombardero en la Segunda Guerra Mundial, se oponía a la guerra de Vietnam y proponía grandes recortes en el gasto militar y una amnistía para los prófugos. En su discurso de aceptación, McGovern realizó una crítica profética del país y de su cultura militarista. Prometió poner fin al bombardeo de Indochina el Día de la Investidura y retornar a todos los soldados estadounidenses a sus hogares en un plazo

máximo de noventa días: «Ya no habrá más niños asiáticos escapando en llamas de escuelas bombardeadas», prometió, y también que no se enviaría a más estadounidenses a morir «intentando apuntalar una dictadura militar corrupta en el extranjero». Instó a los estadounidenses a vivir con más fe y menos miedo. Contradiciendo a quienes decían: «Estados Unidos de América: o los quieres o te largas», urgió a los estadounidenses a esforzarse por hacer del suyo un país mejor, «para poder amarlo aún más». Un reducido grupo de evangélicos que daban su apoyo a McGovern se solidarizaron con el candidato demócrata, pero eran una minoría exigua. Los evangélicos poderosos como Graham y Ockenga expresaron públicamente su apoyo a Nixon, y cuando McGovern habló en el Wheaton College, el abucheo fue atronador.[84]

El apoyo evangélico a Nixon quedó de manifiesto en el acto Explo '72 del Campus Crusade.[85] Con la vista puesta en la reelección, Nixon había buscado maneras de llegar a la juventud evangélica. A instancias de Graham, el ayudante de Nixon, Wallace Henley, un pastor bautista sureño ordenado, se puso en contacto con Bill Bright, director del Campus Crusade, para convencerlo de participar en una estrategia mediática para difundir la causa conservadora. Con «estrategia mediática», Henley quería decir «llevar a cabo acciones, como publicar columnas de noticias sindicadas, crear anuncios publicitarios para radio y televisión con una orientación evangélica y realizar un esfuerzo concreto por colocar a algunos personajes destacados en los programas de tertulias cristianos». Las posibilidades eran múltiples.[86]

Programada en el período previo a las elecciones, la Explo '72 atrajo a 80.000 jóvenes evangélicos al Cotton Bowl de Dallas. En una época en la que los *hippies* se lanzaban a las calles para protestar en contra de la guerra, los jóvenes evangélicos celebraban el Día de la Bandera aplaudiendo a los más de 5000 militares que desfilaron saludando las barras y estrellas y ovacionando la bandera de Vietnam del Sur. Estas manifestaciones, declaradas de patriotismo, preocupaban a algunos evangélicos; Jim Wallis y otros miembros de la People's Christian Coalition desplegaron una pancarta que lamentaba que «300 soldados estadounidenses [hubieran sido] asesinados en Vietnam esta semana». El evangelista afroamericano Tom Skinner aseguró que no tenía ningún problema con el Día de la Bandera, pero que «era mala idea asociar a Dios con eso». No obstante, la mayoría de los asistentes compartían los valores conservadores de la organización. Y

dieron su apoyo a Nixon frente a McGovern en una proporción de más de cinco a uno; también apoyaban endurecer las sanciones por posesión de marihuana y consideraban que las actitudes de los estadounidenses con respecto al sexo eran «demasiado permisivas». El evento se clausuró con un festival de música cristiana de ocho horas de duración, un «Woodstock cristiano», al que asistieron entre cien mil y doscientos mil estudiantes, y en el que participaron Larry Norman, apodado «el Roquero de Bien», el recientemente convertido Johnny Cash, Kris Kristofferson y otros músicos cristianos. Los evangélicos hacía tiempo que habían rechazado el *rock'n'roll*, que asociaban con la cultura de las drogas y la juventud rebelde, pero, con aquella versión cristiana de música popular, la Explo '72 ayudó a allanar el terreno para lo que se convertiría en una floreciente industria de la música contemporánea cristiana. Tal como había planteado la estrategia de Henley, el mundo en expansión de la cultura popular evangélica ofrecería un canal ideal para la difusión y el apuntalamiento de la política conservadora.[87]

Nixon fue reelegido con una victoria cómoda, captando el 84 por ciento del voto evangélico. La alianza entre el Partido Republicano y los cristianos evangélicos parecía segura. Pero las cosas no salieron exactamente según lo previsto. Más tarde se desvelaría que la Explo '72 tuvo lugar durante la semana de la filtraciones del Watergate. Cuando la noticia del escándalo saltó a los titulares y se reveló el grado de corrupción de Nixon (así como el papel de Colson en el encubrimiento), Graham lamentó su descarada incursión en la política de partidos. Fue una lección que la mayoría de los evangélicos se negaron a aceptar.[88]

La izquierda antibelicista, por más que los evangélicos la denigrasen, en realidad se sustentaba en parte en la fe religiosa. El clero tradicional condenaba enérgicamente los crímenes de guerra de los Estados Unidos y ponía en cuestión tanto la moralidad de la guerra como la de los soldados estadounidenses. Expresó su indignación por el uso de napalm, los bombardeos indiscriminados, las operaciones de búsqueda y destrucción y la magnitud de las bajas civiles, y no titubeó a la hora de exponer la brutalidad de los soldados norteamericanos y las violaciones de las reglas de la guerra internacionales. También criticó a los capellanes militares por no cumplir sus roles proféticos, por predicar una «religión militar» y por, en

esencia, funcionar como «agentes adoctrinadores en nombre del ejército».[89]

Los evangélicos conservadores veían las cosas de otro modo. La mayoría de ellos no solo apoyaban la guerra en Vietnam, sino que tenían al ejército en alta estima (sin mirada crítica). Tras pasarse dos décadas trabajando por inculcar valores morales y religiosos a las fuerzas armadas, con frecuencia se limitaban a elogiar a las tropas estadounidenses. Sin ir más lejos, Graham, que había visitado a las tropas en Corea y en Vietnam, hablaba con admiración de los «hombres duros y curtidos» que había encontrado, hombres que derramaban lágrimas viriles cuando se acercaban a recibir a Cristo. Los fundamentalistas se contaban entre los partidarios más entusiastas de la guerra, una guerra para prevenir que «el comunismo impío, mediante asesinatos, tortura y persecución, se apoderara de otros territorios que reclaman nuestra ayuda». Según el líder fundamentalista Carl McIntire, «la Biblia, infalible […], otorga a los hombres el derecho a participar en tales conflictos» y les hace saber que Dios está de su parte; los creyentes caídos en batalla serían «recibidos en el más alto de los cielos». McIntire reprobaba los llamamientos a «acobardarse y retirarse» y denunciaba la «política de "situación sin salida"» de los Estados Unidos como un «pecado contra la rectitud, el legado de nuestra nación, las madres y las esposas de muchachos que se han sacrificado por la conveniencia política».[90]

Cuando desde el frente nacional empezaron a llegar noticias sobre las atrocidades cometidas por los estadounidenses, los evangélicos restaron importancia a la violencia y plantearon equivalencias morales. En un editorial aparecido en 1967 en *Christianity Today* en favor de la intensificación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, Carl Henry empleaba un lenguaje depurado, calificando los «daños civiles» como «lamentables» y añadiendo que, no obstante, palidecían en comparación con los daños infligidos por los comunistas. Para el pastor bautista Jerry Falwell, el soldado estadounidense en Vietnam seguía siendo «un testimonio vivo» del cristianismo y «del patriotismo a la antigua usanza». Defensor del «estilo de vida estadounidense», el soldado norteamericano era «un defensor de Cristo».[91]

Cuando se los confrontaba con pruebas irrefutables de la brutalidad empleada por su país, los evangélicos siempre tenían el recurso de sacar a colación la depravación humana. Con el pecado al acecho en todos los corazones humanos, la violencia era inevitable y solo Jesús era la respuesta.

Cuando el joven teniente del ejército William Calley se enfrentó a un juicio por su papel en la matanza de unos quinientos vietnamitas, hombres, mujeres y niños, en lo que pasó a ser conocido como la masacre de My Lai, Billy Graham señaló que «nunca había oído hablar de una guerra en la que no murieran inocentes». También habló de las «historias horribles» que había oído de boca de misioneros acerca de «los sádicos asesinatos perpetrados por el Vietcong» y recordó a los estadounidenses que las mujeres y los niños vietnamitas habían puesto bombas explosivas que mutilaban a soldados estadounidenses. Su reflexión moral en las páginas del *New York Times* era de una banalidad asombrosa: «Todos hemos tenido nuestros Mylais de un modo u otro, quizá no con armas, pero sí nos ha herido una palabra desconsiderada, un acto arrogante o una acción egoísta».[92]

En 1969, Graham envió una carta de trece páginas al presidente Nixon, desclasificada veinte años después, en la que planteaba distintos escenarios políticos, algunos de los cuales representaban un abandono expreso de la teoría de la guerra justa cristiana y la Convención de Ginebra. No esta claro qué efecto tuvo aquella carta en la estrategia de Nixon, pero, sin duda, lo que Graham proponía no era un ejercicio de contención. Aun así, pese a volverse más ambivalente con respecto a la guerra, Graham mantuvo su apoyo incondicional a Nixon. Entre tanto, los evangélicos conservadores continuaban ensalzando a los soldados estadounidenses y acudían a los militares retornados para que asumieran también el liderazgo en el frente doméstico. En una época en la que las iglesias evangélicas necesitaban adoptar una postura, ¿quién mejor para liderar un país (y a sus iglesias) que hombres que habían «cargado con tales preocupaciones a través de las junglas de Vietnam»?[93]

La guerra de Vietnam fue fundamental para la formación de una identidad evangélica emergente. Para muchos estadounidenses que alcanzaron la mayoría de edad en las décadas de 1960 y 1970, Vietnam demolió los mitos de la grandeza y la bondad de su país. El poderío estadounidense empezó a verse con recelo, cuando no con repugnancia, y se impuso un antimilitarismo generalizado. Los evangélicos, por su parte, extrajeron la lección contraria: fue el escaso poderío de Estados Unidos lo que condujo a la catástrofe. El apoyo evangélico a la guerra parecía aumentar en relación directa con las dudas crecientes entre el resto de la población. Tras la Ofensiva de Tet en el verano de 1968, una encuesta reveló que el apoyo a

los bombardeos continuados y a un incremento de la intervención militar de Estados Unidos era de «un 97 por ciento entre los bautistas del Sur, un 91 por ciento entre los fundamentalistas independientes y un 70 por ciento entre los luteranos del Sínodo de Misuri; [y que] solo el dos por ciento de los bautistas del Sur y el tres por ciento de los fundamentalistas veían con buenos ojos una retirada negociada». Conscientes de su atípica situación, muchos evangélicos se consideraban un reducto de fieles, la última gran esperanza de Estados Unidos. Con el destino del país en la balanza, los evangélicos conservadores «asumieron el papel de una iglesia belicista».[94]

La guerra fue un momento clave para los estadounidenses cristianos en general. A medida que el poder establecido del protestantismo tradicional fue erosionándose con sus críticas a la política gubernamental, los evangélicos potenciaron su propia influencia respaldando las políticas de Johnson y Nixon. Más aún, dando su apoyo a la guerra y a los hombres que la libraban, los evangélicos se ganaron el favor y un cierto estatus dentro del ejército. Tal asociación se reconoció en una ceremonia en 1972, cuando la Academia Militar de West Point otorgó a Billy Graham su Premio Sylvanus Thayer, galardón concedido a un ciudadano por exhibir ideales de «deber, honor y patriotismo».[95]

Pese a ello, en el seno del evangelismo seguía existiendo un pequeño contingente de críticos declarados, entre los cuales se contaban figuras nacionales de renombre como el senador Mark Hatfield, que, junto con McGovern, había exigido la retirada total de las tropas estadounidenses de Vietnam. En 1973, líderes evangélicos progresistas emitieron la Declaración de Preocupación Social Evangélica de Chicago. Como los integrantes de la emergente derecha religiosa, veían en la política una expresión de su fe, pero en casi todos los aspectos divergían de sus hermanos conservadores. Denunciaban el racismo y llamaban a los cristianos a defender los derechos de los pobres y los oprimidos. Confesando que los cristianos habían «alentado a los hombres a una dominación soberbia y a las mujeres a una pasividad irresponsable», apelaban a la «sumisión mutua y a un discipulado activo». Y ponían en tela de juicio «la inapropiada confianza del país en el poderío económico y militar, una confianza soberbia que fomenta la patología nacional de la guerra y la violencia y que victimiza a nuestros vecinos tanto en casa como en el extranjero». Aun así, la izquierda evangélica no consiguió convencer a la mayoría de los evangélicos de que su fe requería una crítica del

patriarcado y del poder estadounidense, en lugar de una afirmación de ambos, y seguiría siendo un grupo relativamente marginal en el marco de un movimiento más amplio.[96]

La izquierda evangélica y la derecha cristiana avanzarían por sendas divergentes, tejiendo sus propias redes y alianzas. El legado evangélico común y los compromisos teológicos compartidos tenían menos importancia que el nacionalismo, el militarismo y el «tradicionalismo» de géneros cristiano que acabaría por definir la identidad evangélica conservadora y determinaría quiénes eran sus aliados ideológicos. Los evangélicos conservadores descubrirían que tenían más en común con los católicos conservadores, con los mormones y con otros integrantes de la mayoría silenciosa no especialmente religiosos. Algunos conflictos de clase también ayudaron a definir estas coaliciones emergentes. Mientras los hijos de los obreros entregaban sus vidas en Vietnam, los hijos de la élite protestaban en contra de la guerra en campus universitarios de todo el país. En las primeras décadas del siglo XX, los protestantes conservadores habían quedado rezagados tras otros estadounidenses blancos en cuestiones económicas, pero, gracias a la floreciente economía de la posguerra, cada vez más evangélicos ascendían a la clase media. Aun así, muchos de ellos eran la primera generación extraída de circunstancias más humildes y, en la década de 1960 y 1970, cuando el patriotismo adquirió una dimensión populista, los evangélicos conservadores se sintieron atraídos por los valores de la clase trabajadora blanca. Y en el caso de estos nuevos aliados, las celebraciones nostálgicas de la masculinidad tosca acabarían simbolizando una identidad compartida y un programa político.[97]

La guerra de Vietnam fue una crisis de la política de exteriores, y también una crisis interna. Hubo jóvenes que eludieron el reclutamiento y esquivaron su deber de proteger los intereses de los Estados Unidos frente al comunismo en el mundo. Los manifestantes antibelicistas rechazaban la autoridad y aconsejaban a su generación hacer el amor y no la guerra. Con melenas largas y camisas floreadas, los muchachos y las muchachas de aquella generación resultaban casi indiferenciables, al menos a ojos de los críticos conservadores. El fracaso de los soldados estadounidenses en la derrota de un enemigo dispar y desharrapado daba fe de los serios problemas de la virilidad estadounidense, y ningún colectivo notó aquella crisis de forma más acusada que los americanos evangélicos.[98]

Para los evangélicos, el problema de la masculinidad estadounidense era, esencialmente, un problema religioso que debía ser tratado de manera adecuada dentro de la familia cristiana. El pastor de la megaiglesia fundamentalista Jack Hyles lo dejó claro en su libro de 1972 *How to Rear Children.*[99] Hijo de un padre alcohólico y distante, Hyles se había criado en Texas, había servido en la 82.ª División Aerotransportada en la Segunda Guerra Mundial y posteriormente había retomado el sacerdocio. En 1959, aquel «predicador flacucho y carismático que hablaba arrastrando las palabras, al estilo del Sur, y vestía un par de trajes baratos» se presentó en Hammond, Indiana, y se hizo cargo de su Primera Iglesia Bautista. Rápidamente convirtió aquella parroquia en una de las iglesias bautistas fundamentales independientes más extensas del país, con más de 20.000 feligreses y «la mayor catequesis del mundo».[100]

El libro de Hyles incluía un capítulo titulado «Cómo convertir a un niño en hombre». A los niños había que enseñarles a ser ganadores: «Así es como se convierten en generales MacArthur. Así es como se convierten en Billy Sundays». Enseñar a los niños a encajar las derrotas solo generaba jóvenes que no estaban dispuestos a luchar por su país y que, en su lugar, «no tenían problemas en que la nación más poderosa de la Tierra agachara la cabeza avergonzada ante un pequeño país como Vietnam del Norte». Eran los padres cristianos quienes debían criar a una nueva generación de hombres, y, a tal fin, debían hacer que los niños «jugaran con niños y con juguetes y juegos de niños», a saber: «armas, coches, pelotas de béisbol, pelotas de baloncesto y balones de fútbol». Los niños que participaban en «actividades femeninas», advertía, acababan siendo «homosexuales». A un niño hay que enseñarle a luchar, a «ser lo suficientemente fuerte» como para defender su hogar y a sus seres queridos. Hyles le compró a su propio hijo un par de guantes de boxeo cuando tenía cinco años, una escopeta de aire comprimido cuando tenía trece y un revólver del calibre 22 a los quince. Cuando el hijo de unos vecinos insultó a la hija de Hyles, este alentó a su hijo a «darle su merecido» y se largó mientras le daba una paliza al crío que lo dejó sangrando. Esa violencia se santificaba: «Dios compadece a esta generación de pusilánimes que no defiende nada, no lucha por nada y no muere por nada».[101]

Hyles prefiguró el estilo de la masculinidad agresiva que otros pastores evangélicos perfeccionarían. Conocido por sus estallidos de mal genio y por su desagradable temperamento, Hyles sentía «inclinación por un control

con mano de hierro» sobre su creciente imperio religioso. Instituyó un código de vestimenta (los hombres llevaban chaqueta, corbata y el pelo casi rapado, y las mujeres, faldas por debajo de la rodilla) y exhortó a las mujeres a «subyugarse sin ambages a sus esposos y al liderazgo masculino». Mientras que a los niños había que formarlos para ser líderes, a las niñas había que enseñarles a someterse. Deben «obedecer inmediatamente, sin cuestión ni discusión». Enseñándoles tal sumisión, los padres le hacían «un gran favor» a su futuro yerno. Hyles también defendía el castigo físico a los niños, incluso a los bebés que aún no caminaban. (Los azotes debían durar «al menos diez o quince minutos» y debían «dejar marcas», según fuera necesario). Los padres de su iglesia seguían sus consejos a pies juntillas; una mujer recordaba haber recibido más de trescientos latigazos con un cinturón de cuero y cómo Hyles había asesorado a sus padres sobre cómo evitar que los arrestaran después de que aquello fuera notificado a las autoridades. «Nuestro hombre natural» puede rebelarse ante tal castigo, explicaba Hyles, pero los niños debían aprender a obedecer, pues, de lo contrario, irían al infierno.[102]

Mientras que líderes religiosos como Hyles defendían la aplicación agresiva de la autoridad patriarcal, otros conservadores también abrazaban una visión nostálgica de una masculinidad agresiva, incluso violenta. De este modo, la masculinidad combativa tendió lazos entre el conservadurismo religioso y el laico. Con el tiempo, resultaría difícil diferenciar el uno del otro. Y mientras que la masculinidad americana viril se imbuía de las virtudes de Dios y la patria, modelos por lo demás laicos acabarían por ejemplificar una virilidad cristiana ideal. Esta combinación de lo religioso y lo laico puede verse en el estatus de figura de culto que John Wayne tuvo entre los estadounidenses conservadores en las décadas de 1960 y 1970.

Si un evangélico podía definirse como alguien a quien le caía bien Billy Graham, en la década de 1970 podía describirse también como cualquiera a quien le encantara John Wayne. Wayne no era solo una estrella de cine. Ya en la década de 1940, la masculinidad de Wayne había quedado entreverada con su activismo conservador. En 1944 había ayudado a crear una alianza anticomunista, la Alianza Cinematográfica para la Preservación de los Ideales Estadounidenses (MPA, por sus siglas en inglés), cuya presidencia asumió en 1949. Era un defensor declarado del Comité de Actividades Antiestadounidenses (HUAC, por sus siglas en inglés) y, en 1952, dirigió y

protagonizó *El gran Jim McLain*, una película propagandística en la que encarnaba a un investigador del HUAC. En 1960 dio su apoyo a Nixon e hizo befa de Kennedy, y en 1964 puso voz a un anuncio de campaña para Goldwater que ridiculizaba la conciliación y ensalzaba la «alta moral» de unos «Estados Unidos libres». En 1968 pronunció una arenga patriótica en la Convención Nacional Republicana. Para expresar el concepto que tenía de «la ley y el orden», Nixon puso como modelo *Chisum*, la película de Wayne, una historia sangrienta de justicia en el Lejano Oeste en la que Wayne imponía el orden (y la venganza) mediante la violencia.[103]

Muchos de los largometrajes de Wayne tenían carga política, en especial, aunque no sea ninguna sorpresa, los dos que él dirigió. *El Álamo* (1960) se inspiraba en el activismo de Wayne durante la Guerra Fría, a finales de la década de 1940; el sacrificio de Davy Crockett por la causa de la libertad ofrecía un modelo heroico para los Estados Unidos de la Guerra Fría. Pero *Boinas verdes*, la única superproducción en apoyo a la guerra de Vietnam rodada durante los años del conflicto, fue la aportación más directa de Wayne al militarismo de la Guerra Fría. Todo un éxito comercial, *Boinas verdes* ofrecía a los fans un sustituto de fantasía de la guerra real y perpetuaba el mito de la grandeza de los Estados Unidos. Para los conservadores, el hecho de que ambos filmes «se criticaran y vilipendiaran con maldad, desdeñadas como películas con mensajes de derechas y atrocidades artísticas», fue otro punto a su favor, una nueva confirmación de que las élites culturales despreciaban la masculinidad heroica. Como los protagonistas a quienes Wayne daba vida en la pantalla, la sensación que los conservadores tenían de estar siendo atacados solo reforzó su determinación.[104]



John Wayne en el papel del coronel Mike Kirby en Boinas verdes, 1968. TCD/PROD. DB/ALAMY STOCK PHOTO

Las guerras legendarias que Wayne imaginó tuvieron repercusiones muy reales. Tal como recordó un veterano del Vietnam de la clase obrera en fechas posteriores, él fue a Vietnam a «matar a un comunista por Jesucristo y por John Wayne». Fue *Arenas sangrientas* lo que inspiró a Ron Kovic a presentarse voluntario para luchar con los marines en la guerra de Vietnam, un conflicto que lo dejaría parapléjico y le produciría el desencanto con la guerra que narró en sus memorias, *Nacido el 4 de julio*. Fuera de la pantalla, Wayne también trabajó por reclutar a jóvenes para la guerra, tildando de «blandos» a quienes no se alistaron. Un crítico cinematográfico etiquetó a Wayne como «el hombre más importante de Estados Unidos» por el papel que desempeñaron sus películas en impulsar el compromiso de los estadounidenses con la guerra de Vietnam.[105]

Con todo, los héroes bélicos que encarnaba Wayne no preparaban a los reclutas para las realidades de la guerra. En pantalla, el bien se imponía al mal y las líneas entre ambos estaban claramente definidas. La guerra era un lugar donde los muchachos se hacían hombres y los hombres se convertían en héroes, donde Estados Unidos era una fuerza del bien y donde los fines

de los estadounidenses justificaban los medios. Tras ser enviados al extranjero, los nuevos reclutas no tardaban en aprender que la guerra real tenía poco que ver con aquel ideal. Azuzados por el falso relato del heroísmo en tiempos de guerra, muchos hombres se obsesionaron con la idea de que no habían estado a la altura. En cuanto a lo de hacer que los muchachos se convirtieran en hombres, Kovic explicaba con amargura que la guerra le había robado su virilidad: «Di mi verga muerta por John Wayne». El propio Wayne había obtenido una prórroga para evitar luchar en una guerra donde la división entre el bien y el mal estaba mucho más clara.[106]

Para veteranos como Kovic, la desconexión entre las expectativas y la realidad conllevó el desencanto. Pero ello no fue óbice para que muchos conservadores continuaran aferrándose con fuerza al papel del ejército en la definición de la virilidad americana y en la preservación de la grandeza de los Estados Unidos. Quienes se sentían inspirados por las bravuconerías de Wayne acabaron por concebir la vida en general como una guerra y la hosquedad como una virtud. Y ello tuvo repercusiones a nivel personal y también mundial. De hecho, la crítica caracterizó la política exterior de los Estados Unidos de las décadas de 1960 y 1970 como afectada por el «síndrome de John Wayne».[107]

A través de sus películas y de su activismo político, Wayne se estableció como la personificación de la masculinidad ruda típicamente estadounidense. Entender al hombre y su leyenda (no estaba claro dónde acababa uno y dónde empezaba lo otro) es clave para entender su duradero legado. Para empezar, la masculinidad de Wayne era de un imperialismo sin remordimientos. Todos los grandes éxitos de Wayne relataban cómo valerosos hombres blancos se enfrentaban (y generalmente acababan sometiendo) a poblaciones de otras razas, bien fueran japoneses, amerindios o mexicanos. Como Teddy Roosevelt, la masculinidad tosca de Wayne se materializaba a través de la violencia y era claramente un ideal de hombre blanco. Y no era algo que a sus fanes les pasara por alto. En 1977, con ocasión del septuagésimo aniversario de Wayne, un artículo aparecido en el diario conservador *Human Events* intentaba explicar el atractivo de Wayne, y el retrato racializado que se ofrece del actor es revelador: Wayne era un «pura sangre americano», un «celta alto» descendiente de «pioneros escoceses, irlandeses e ingleses». En películas como *Centauros del desierto*, Wayne interpreta personajes racistas desacomplejados; en otras, la política

racial es más sutil. Las ideas del propio Wayne sobre la raza eran convencionales entre los conservadores, pero no por ello menos atroces. En una entrevista concedida en 1971 a *Playboy*, Wayne se mostró especialmente crudo en su evaluación de «los negros»…, «o gente de color o como quieran llamarse: lo que es seguro es que no son caucásicos»:

> Muchos negros, al margen de su disidencia, están un poco resentidos, y posiblemente tengan razón en estarlo. Pero no podemos arrodillarnos sin más, de la noche a la mañana, y cederles todo el liderazgo. Yo creo en la supremacía blanca hasta que los negros tengan una educación que les permita asumir responsabilidades. No estoy a favor de conceder autoridad y puestos de liderazgo y juicio a personas irresponsables.

Por lo que respecta a la representación de los afroamericanos en sus propias películas, Wayne aseguraba que les había dado «a los negros la posición que merecían»: había incluido «un esclavo negro en *El Álamo*» y «un número correcto de negros en *Boinas verdes*». Su opinión sobre los amerindios no estaba mucho más informada: «No creo que obráramos mal arrebatándoles este gran país [a los amerindios]. […] El llamado robo de este país fue una mera cuestión de supervivencia». Las personas necesitaban tierras «y, egoístamente, los indios intentaban quedárselas para ellos».[108]

Wayne tampoco sentía la necesidad de disculparse por las acciones de Estados Unidos en el extranjero. Restó importancia a «la llamada masacre de My Lai» y, por el contrario, recalcó las atrocidades cometidas en contra de «nuestro pueblo» por el Vietcong. Con todas las cosas terribles que sucedían en el planeta, no veía motivos para que «un pequeño incidente en el ejército de Estados Unidos» provocara tamaña indignación. Y se enorgullecía de que su papel como sargento Stryker en *Arenas sangrientas* hubiera servido de inspiración a tantos soldados. El propio general MacArthur le había dicho a Wayne que representaba «al soldado estadounidense mejor que el propio soldado estadounidense».[109]

Tanto en la gran pantalla como fuera de ella, Wayne personificaba la masculinidad retrógrada y anticuada, una masculinidad que se entendía cada vez más en términos politizados. Defensor acérrimo de «la ley y el orden», a Wayne no le interesaban los «cobardes que escupen a la policía en la cara», ni los «benefactores judiciales» que defendían a delincuentes sin pensar en las víctimas inocentes. Y hablaba con idéntico desdén de los estudiantes que se manifestaban. «Se diría que ya nadie respeta la autoridad», opinaba. En palabras del periodista de *Human Events*: «Como

hombre, es despreciado y odiado por los “liberales” mojigatos y por todos los hipócritas que han dejado colgados a los Estados Unidos», pero «el Duque» ocupaba el «peldaño superior entre los defensores de la libertad, que se emocionan con la imponencia de este gran tipo».[110]

La grosería de Wayne formaba parte de su atractivo, si no era la clave, y se convertiría en un modelo entre los héroes evangélicos, religiosos y laicos. Wayne defendía el uso de la ordinariez y su dramatización de la violencia en la pantalla («Todos los cuentos de hadas tienen un cierto grado de violencia: el caballero que cabalga para matar al dragón, etc.»). Y también había cabida para el sexo en las películas, pero solo para el heterosexual. No sentía aprecio alguno por *Cowboy de medianoche*, «una historia sobre dos maricones», pero «en el caso de un hombre y una mujer», le «alegraba muchísimo que existiera eso que se llama sexo», era «un regalo que Dios nos había dado» y no veía por qué no debía plasmarse en el celuloide de un modo «subido de tono, con elegancia». «El sexo sano y lujurioso» era algo maravilloso.[111]

Para muchos conservadores, incluidos los evangélicos, Wayne encarnaba «un tono de vida» que era preciso recuperar para que el país invirtiera «la caída en barrena masoquista de estos tiempos sin orgullo». Era el modelo de una virilidad estadounidense heroica que encarnaba la lucha del bien contra el mal, se enorgullecía de los colores de la bandera y no temía ensuciarse las manos. El hecho de que Wayne nunca luchara por su país y que dejara en su estela una retahíla de matrimonios rotos y de denuncias por malos tratos parecía no importar. Wayne podía no salir demasiado bien parado en términos de virtudes tradicionales, pero sobresalía en la encarnación de un conjunto de virtudes distinto. En una época de agitación social, Wayne era un modelo de fortaleza masculina, agresividad y violencia redentora.[112]

El miedo había definido la política evangélica de posguerra, un miedo a un comunismo ateo y a que la inmoralidad dejara indefensos a los estadounidenses. Lo que cambió en la época de 1960 fue la comprensión que los evangélicos tenían de su propio poder. Entre finales de la Segunda Guerra Mundial y principios de la década de 1960, los evangélicos habían ido ganando confianza en su papel providencial en el fortalecimiento de las defensas de Estados Unidos y en el mantenimiento de la fe en el país. No obstante, los acontecimientos de la década de 1960 y la constatación de que la cultura general parecía menospreciar lo que ellos ofrecían socavó su

recién ganada seguridad en sí mismos. Entre los evangélicos persistiría una retórica del miedo, si bien se dirigiría tanto a amenazas internas como externas. Esta retórica, instrumental en sus empeños para recuperar el poder, continuaría apuntalando el papel del héroe masculino protector. Otras virtudes más blandas también tendrían cabida, pero los peligrosos tiempos que se vivían exigían un poder despiadado. En palabras del académico bautista Alan Bean: «El mantra tácito del evangelismo de posguerra era sencillo: Jesús puede salvarte el alma, pero John Wayne será quien te salve el pescuezo».[113]

---

[58] Graham, Billy, 1997, *Just As I Am*, Nueva York: HarperCollins, pp. xvii-xxi.

[59] Graham, *Just As I Am*, p. 189; Kruse, Kevin M., 2015, *One Nation Under God: How Corporate America Invented Christian America*, Nueva York: Basic Books, pp. 57-64; Williams, Daniel K., 2010, *God's Own Party: The Making of the Christian Right*, Nueva York: Oxford University Press, p. 25.

[60] «La Hermandad». *(N. de la T.)*

[61] «En Dios confiamos». *(N. de la T.)*

[62] Williams, *God's Own Party*, pp. 27-28; Kruse, *One Nation Under God*, pp. 60, 81-83 y 95-125; Sharlet, Jeff, 2008, *The Family: The Secret Fundamentalism at the Heart of American Power*, Nueva York: Harper Perennial, p. 195.

[63] Haberski, Raymond J., 2012, *God and War: American Civil Religion Since 1945*, New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press, p. 23; Herzog, Jonathan P., 2011, *The Spiritual-Industrial Complex: America's Religious Battle against Communism in the Early Cold War*, Nueva York: Oxford University Press; Graham, *Just As I am*, p. 381.

[64] Haberski, *God and War*, pp. 52-53; Loveland, *American Evangelicals*, p. 2.

[65] Williams, *God's Own Party*, p. 31; Self, Robert O., 2012, *All in the Family: The Realignment of American Democracy Since the 1960s*, Nueva York: Hill and Wang, p. 332.

[66] Wilson, Charles Reagan, 2009, *Baptized in Blood: The Religion of the Lost Cause, 1865-1920*, Athens: University of Georgia Press; Tisby, Jemar,

2019, *The Color of Compromise: The Truth about the American Church's Complicity in Racism*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, p. 149.

[67] Williams, *God's Own Party,* pp. 29-31.

[68] Williams, *God's Own Party,* p. 69.

[69] Sutton, Matthew Avery, 2018, «Billy Graham was on the wrong side of history», *Guardian*, 21 de febrero.

[70] Balmer, Randall, 2014, «The Real Origins of the Religious Right», *Politico*, 27 de mayo.

[71] Williams, *God's Own Party,* p. 57.

[72] Corkin, *Cowboys as Cold Warriors*, p. 198; Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, pp. 219-222.

[73] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* p. 224.

[74] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, pp. 235-236.

[75] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 238.

[76] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* pp. 206-209.

[77] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* p. 187 y 247.

[78] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 235; «Ronald Reagan: A Time for Choosing». *American Rhetoric*, 27 de octubre de 1964, disponible en: http://www.americanrethoric.com/speeches/ronaldreaganatimeforchoosing.htm.

[79] Williams, *God's Own Party,* pp. 76-78; Miller, Steven P., 2009, *Billy Graham and the Rise of the Republican South*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, pp. 102-106.

[80] Miller, *Billy Graham*, p. 82.

[81] Williams, *God's Own Party,* pp. 91-93.

[82] Miller, *Billy Graham*, p. 74; Loveland, *American Evangelicals*, p. 131; Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt,* p. 333. Sobre la adopción por parte de Nixon del lenguaje de los cristianos renacidos, véase: «Graham to Nixon», 14 de julio de 1956, cuaderno de Nixon 10, Colección 685, Billy Graham Archives, y el número de noviembre de 1962 de la revista *Decision*; agradezco a Daniel Silliman que me diera a conocer estas fuentes.

[83] Williams, *God's Own Party,* pp. 95-96.

[84] Lempke, Mark, 2017, *My Brother's Keeper: George McGovern and Progressive Christianity,* Amherst: University of Massachusetts Press, 2017); McGovern, George, 1972, «Address Accepting the Presidential Nomination alt the Democratic National Convention in Miami Beach,

Florida, July 14, 1972», The American Presidency Project, disponible en: https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-accepting-the-presidential-nomination-the-democratic-national-convention-miami; «George McGovern and Wheaton College», Buswell Library Special Collections, Wheaton College, disponible en: https://recollections.wheaton.edu/2012/10/george-mcgovernand-wheaton-college/.

[85] La Campus Crusade for Christ, que en 2011 cambió su nombre por Cru y es conocida informalmente como Campus Crusade o CCC, es una organización paraeclesiástica cristiana internacional fundada en 1951 en la Universidad de California por Bil Bright y Vonette Zachary Bright. Su misión en evangelizar a jóvenes mediante actos en el campus. *(N. de la T.)*

[86] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 334.

[87] Turner, John G., 2008, *Bill Bright & Campus Crusade for Christ: The Renewal of Evangelicalism in Postwar America*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, p. 144; Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 236.

[88] Williams, *God's Own Party*, p. 102.

[89] Loveland, *American Evangelicals*, pp. 155 y 161-162.

[90] Graham, *Just As I Am*, p. 197: Loveland, *American Evangelicals*, pp. 121-122.

[91] Loveland, *American Evangelicals*, pp. 161-162.

[92] Graham, Billy, 1971, «Billy Graham: On Calley», *New York Times*, 9 de abril, p. 31.

[93] Wacker, *America's Pastor*, p. 236; «Are Churchmen Failing Servicemen in Viet Nam?», *Christianity Today*, 18 de agosto de 1967, p. 31.

[94] Bacevich, Andrew J., 2005, *The New Militarism: How Americans Are Seduced by War*, Nueva York: Oxford University Press, pp. 70 y 123; Preston, Andrew, 2012, *Sword of the Spirit, Shield of Faith: Religion in American War and Diplomacy*, Nueva York: Anchor Books, p. 533.

[95] Loveland, *American Evangelicals*, p. 164; Bacevich, *New American Militarism*, p. 140.

[96] «Chicago Declaration of Evangelical Concern (1973)», Evangelicals for Social Action, 25 de noviembre de 1973, disponible en: https://www.evangelicalsfor socialaction.org/about-esa/history/chicago-declaration-evangelical-social-concern/.

[97] Self, *All in the Family*, p. 302.

[98] Bacevich, *New American Militarism*, p. 123.

[99] «Cómo criar a los hijos». *(N. de la T.)*

[100] Smith, Bryan, 2012, «Let Us Prey: Big Trouble at First Baptist Church», *Chicago Magazine*, 11 de diciembre.

[101] Hyles, Jack, 1972, *How to Rear Children*, Hammond, Indiana: Hyles-Anderson Publishers, p. 172.

[102] Smith, «Let Us Prey»; Hyles, *How to Rear Children*, pp. 97 y 158.

[103] Enss, Chris, y Howard Kazanjian, 2007, *The Young Duke: The Early Life of John Wayne*, Guilford Connecticut: Globe Pequot Press, pp. 142 y 144; Wills, *John Wayne's America*, pp. 13 y 202.

[104] Wills, *John Wayne's America*, pp. 228 y 233; Fowler, George, 1977, «John Wayne at 70: The Meaning of an American Man», *Human Events*. 28 de mayo. El representante Jack Kemp presentó el artículo de Fowler en el *Congressional Record* la semana del septuagésimo aniversario de Wayne. (*Congressional Record: Extensions of Remarks*, 24 de mayo de 1977, disponible en: https://www.govinfo.gov/content/pkg/GPO-CRECB-1977-pt13/pdf/GPO-CRECB-1977-pt13-5-3.pdf).

[105] McCloud, Bill, 1989, *What Should We Tell Our Children About Vietnam?* Norman: University of Oklahoma Press, p. 87; Wills, *John Wayne's America*, pp. 12, 110 y 150.

[106] Wills, *John Wayne's America*, p. 13.

[107] Wills, *John Wayne's America*, p. 13 y 156.

[108] Fowler, «Meaning of an American Man»; «Playboy Interview: John Wayne», *Playboy*, mayo de 1971, pp. 80-82.

[109] «Playboy Interview», pp. 80 y 84.

[110] «Playboy Interview», pp. 82 y 84; Fowler, «Meaning of an American Man».

[111] «Playboy Interview», pp. 76 y 78.

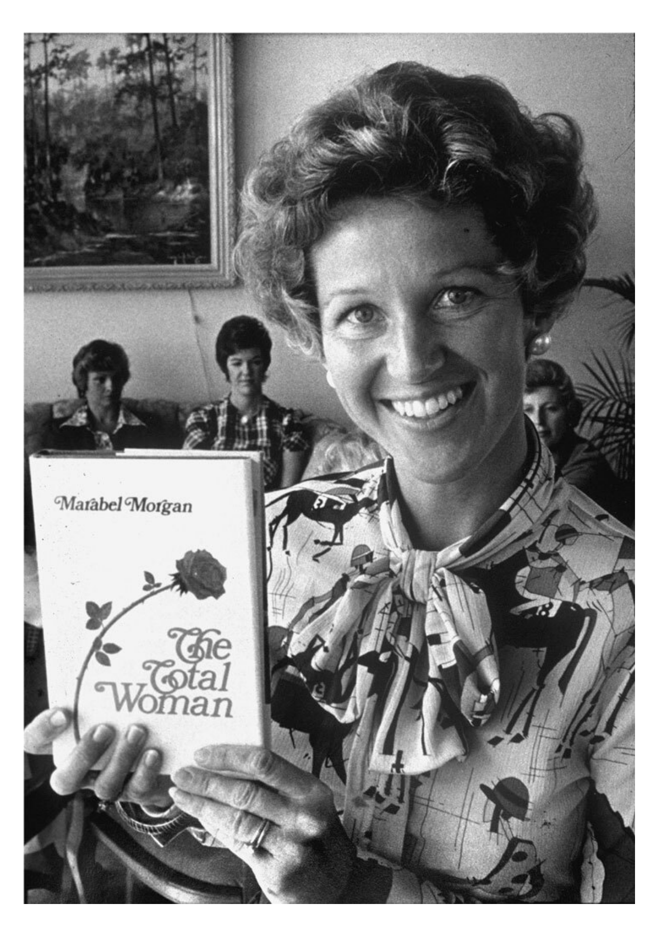
[112] Fowler, «Meaning of an American Man».

[113] Bean, Alan, 2016, «Jesus and John Wayne: Must we choose?», *Baptist News Global*, 31 de octubre.

03

El regalo de Dios al hombre

En 1970, el matrimonio de Marabel Morgan hacía aguas. Según sus propias palabras, se había convertido en «una gruñona y una arpía», y su matrimonio había degenerado en «una guerra fría», hasta que diseñó una estrategia para lograr la distensión. El origen de las tribulaciones matrimoniales de las mujeres, descubrió, no era el chovinismo de los hombres ni la desigualdad entre sexos, ni tampoco el potencial desaprovechado de las mujeres. El problema era la enconada resistencia de las mujeres a ejercer el papel que se les atribuía. Para alcanzar la bendición en el matrimonio, una esposa debía consagrarse en cuerpo y alma a su marido y rendirle el tributo debido. Morgan empezó a compartir su solución con otras mujeres en una serie de cursos llamados «Mujer Total». Por quince dólares se adquirían cuatro sesiones de dos horas y las herramientas para darle la vuelta a tu matrimonio. Y había mucha demanda. En 1973 publicó sus consejos en un libro, *La mujer total*. El popular editor evangélico Fleming Revell imprimió una tirada inicial de 5000 ejemplares, pero a finales del primer año se habían vendido ya más de 500.000 y aquel título se convertiría en el libro de no ficción más vendido de 1974. Con el tiempo, las amas de casa estadounidenses consumirían más de diez millones de copias. Morgan adquirió un estatus de celebridad entre el evangelismo estadounidense y su libro se convirtió en una expresión icónica de la feminidad evangélica conservadora.[114]



Marabel Morgan con su libro La mujer total. GETTY IMAGES /THE LIFE IMAGES COLLECTION A TRAVÉS DE GETTY IMAGES/RAY FISHER.

Morgan ofrecía consejos prácticos para ayudar a las mujeres a «convertirse en el sol» de sus hogares, consejos que incluían desde gestión del tiempo hasta una planificación más eficaz de las comidas (preparar las ensaladas de la cena justo después del desayuno) y la pérdida de peso. Pero lo más importante era que las mujeres tenían que dejar de ser gruñonas con sus maridos. Si los ejemplos que Morgan cita en *La mujer total* son en algún sentido representativos de la situación de los matrimonios en el país, lo cierto es que era lamentable. Hombres y mujeres vivían en un resentimiento latente y tácito. El matrimonio equivalía a monotonía y el sexo era superficial, cuando existía. Las mujeres que ejercían de amas de casa vivían con el miedo permanente a que sus esposos tuvieran un amorío con sus secretarias, y, además, ¿cómo se les iba a culpar si así era? La solución de Morgan era sencilla: trata a tu marido como a un rey, reveréncialo y colma todas sus necesidades. Esto era especialmente importante en el caso de las mujeres trabajadoras, porque «la masculinidad

de un hombre puede verse amenazada por tu nómina». Una esposa tenía que hacer saber a su marido que era su héroe, y era labor suya recomponer el «ego maltrecho» de su esposo al final del día admirando sus atributos masculinos, sus músculos o su perilla.[115]

El consejo de Morgan tenía una base religiosa: «El remedio bíblico para los conflictos matrimoniales» era la sumisión de las esposas a sus maridos. El plan de Dios para las mujeres era que se sometieran al imperio de su marido. Pero Morgan se basaba, sobre todo, en su experiencia personal, en especial en las cuestiones íntimas, un tema sobre el cual tenía mucho que decir. Para empezar, era importante que las mujeres mantuvieran su «belleza exterior», que «lucieran un aspecto fantástico y olieran deliciosamente», que «fueran femeninas, tiernas y agradables al tacto», en lugar de «rechonchas, flacuchas o con aspecto de estar agotadas», al menos si querían que sus maridos regresaran a casa junto a ellas. Y eso no era más que el principio. Para mantener el interés del marido, Morgan estaba convencida del poder de los disfraces en el dormitorio (o en la cocina, el salón o la hamaca del jardín trasero), de manera que, cuando el marido abriera la puerta de casa cada noche fuera como «abrir un paquete sorpresa». Un día, «un bombón ardiente», otro «una belleza fresca típicamente americana», una duendecilla, una pirata, «una vaquera o una cabaretera». (En contra de la creencia popular, Morgan nunca recomendó que las mujeres se vistieran con plástico transparente. No estaba segura de dónde había salido el rumor, pero le parecía una «idea fantástica»).[116]

La mayoría de los «deberes domésticos» para las lectoras y las mujeres que asistían a sus seminarios tenían que ver con el sexo. Una mujer tenía que amar a su esposo «incondicionalmente», y eso implicaba estar siempre disponible sexualmente para él. Al fin y al cabo, la Biblia decía: «No os privéis el uno del otro» y «bendito sea tu manantial y alégrate con la mujer de tu juventud». Dios entendía a las mujeres y «sabía que probablemente utilizarían la valiosa posesión del sexo para manipular a los hombres». Por eso advertía en contra de racionarlo. Morgan asignaba a las mujeres la labor de ponerse a disposición de sus maridos siete noches seguidas: «Sé tú quien seduce, en lugar de dejarte seducir». Ofrecía múltiples consejos, y muy específicos, para ayudar a las mujeres a estimular su vida sexual, y añadía unas palabras de precaución. Cuando se recibía al marido en la puerta vestida con algo subido de tono, convenía estar completamente segura de que la persona que se hallaba al otro lado era en efecto el esposo. (Un ama

de casa de Fort Lauderdale disfrazada de «gitana», vestida solo con «cuentas y pulseras y con la piel desnuda» se había hallado cara a cara con un trabajador que venía a leer el contador, el cual se había mostrado desconcertado). La «mujer total» de Morgan no era «solo una buena ama de casa», sino «una mujer cálida y amorosa que hacía de su casa un hogar». No era «una pareja sexual sumisa», sino «una amante ardiente». ¿Restaba eso poder o degradaba a las mujeres? Morgan consideraba que no. De hecho, prometía a las mujeres un retorno de su inversión considerable: «Si eres tacaña en la cama, tu marido será tacaño contigo». Dale lo que quiere y te dará lo que quieras. Se refería, claro está, a regalos tangibles, como un frigorífico nuevo, todo un nuevo vestuario o ¡un crucero a las Bahamas![117]

Dar a los maridos lo que querían permitía a las mujeres transformar su matrimonio de «un concurso de resistencia» en algo que disfrutar. Y, además, conseguían retener a sus esposos en casa, lo cual no solo era bueno para ellas, sino también para sus hijos, sobre todo los varones. Con un padre ausente, un niño podía empezar a identificarse demasiado con su madre «y desarrollar ciertas cualidades femeninas a nivel inconsciente», lo cual abría la puerta a la homosexualidad. Una buena amiga de Morgan, Anita Bryant, fue una de las primeras mujeres que participó en un curso para convertirse en una «mujer total». Bryant, una popular cantante, ganadora de concursos de belleza y, durante un tiempo, portavoz de los zumos de naranja Florida, basó su propio libro, *Bless This House*, en las enseñanzas de Morgan. Y, con el tiempo, se convirtió en portavoz del activismo antigay evangélico. En el seno del propio evangelismo, este activismo suele considerarse una expresión de la dilatada oposición a las relaciones entre personas del mismo sexo desencadenada por el movimiento en defensa de los derechos de los homosexuales de las décadas de 1960 y 1970, pero la virulencia con la que los cristianos conservadores se opusieron a los derechos del colectivo gay estaba arraigada en el significado cultural y político que otorgaban a la reafirmación de los roles de género diferenciados durante esas décadas. Las relaciones entre personas del mismo sexo desafiaban las premisas más básicas de la concepción del mundo de los evangélicos.[118]

Morgan se convirtió en un fenómeno nacional incluso antes de publicar su libro. En 1972, doce esposas de los jugadores de fútbol americano del Miami Dolphin asistieron a una de sus clases para convertirse en «mujeres totales». La siguiente temporada, los Dolphins ganaron todos los partidos y se convirtieron en el primer equipo invicto de la historia de la Liga

Nacional de Fútbol Americano. Y aunque Morgan no se acreditó aquella racha de victorias, por si acaso, otros equipos le encargaron que impartiera clases también a las esposas de sus jugadores. Cuando hoy se recuerda el libro de Morgan, *La mujer total*, suele desdeñarse como marginal y, en general, como un ejemplo irrisible de la violenta reacción conservadora en contra del feminismo. Pero en los círculos evangélicos (y más allá de estos) no fue en absoluto marginal. El mensaje de Morgan llegó a un gran público en parte porque la autora supo aprovechar la ventaja de la nueva red de distribución creada por el sector editorial cristiano. Vendido a través de la Asociación de Libreros Cristianos, su libro llegó a las librerías cristianas de todo el país. Y se vendieron millones de ejemplares porque conectaba con las necesidades y los designios de las mujeres cristianas conservadoras de clase media, y porque lo tenían a su alcance.[119]

La mujer total ofrecía a los cristianos un modelo de feminidad, pero también, de paso, presentaba un modelo de masculinidad. Ser un hombre era tener un ego frágil y una libido vigorosa. Los hombres tenían derecho a dirigir, a gobernar y a que sus necesidades se satisficieran, todas ellas y en sus propios términos. La versión de la feminidad de Morgan depende de esta concepción de la masculinidad. No resulta difícil entender qué parte de la ecuación atraía a los hombres, pero lo cierto es que el público principal de Morgan eran mujeres. ¿Qué atrajo a millones de mujeres a leer *La mujer total*?

El mensaje de Morgan atraía a mujeres consagradas a defender «la feminidad tradicional» frente al desafío feminista. En 1963, el libro de Betty Friedan *La mística de la feminidad* había invitado a una generación de mujeres a examinar «el problema sin nombre» y había impulsado a muchas amas de casa a replantearse sus vidas circunscritas. Pero, para muchas mujeres atrapadas en matrimonios insatisfactorios y vidas que no las llenaban, el programa «Mujer Total» ofrecía un paradigma más viable de esperanza y cambio. Aun así, no era una solución fácil. Para cualquier esposa que hirviera de resentimiento, las exigencias impuestas por el programa de Morgan eran altas. Ponerte a disposición de los anhelos sexuales de tu esposo siete noches a la semana, alabar su bigote y telefonearlo al trabajo para decirle que lo deseabas no resultaba fácil para muchas mujeres. Pero miles de ellas, si no millones, lo consideraban un camino más fácil que el que ofrecía la «liberación» femenina. Para muchas amas de casa, las nuevas oportunidades que prometía el feminismo no eran

en absoluto oportunidades. Para quienes tenían escasas habilidades para conseguir un empleo y ningún medio o deseo de escapar de los confines de sus hogares, el feminismo parecía denigrar su identidad y amenazar su ya de por sí precaria existencia. Era mejor jugar la baza que se les había dado.

Ahora bien, las mujeres que se decantaban por la «feminidad tradicional» no siempre lo hacían porque les interesara transitar por un camino más fácil; muchas de ellas consideraban que era el mejor camino. Pensemos, por ejemplo, en Elisabeth Elliot, la viuda de Jim Elliot, uno de los cinco misioneros que fallecieron bajo las lanzas en 1956 cuando intentaban establecer contacto con la tribu de los huaoranis en Ecuador. Elisabeth Elliot se había convertido en una figura popular en el mundo evangelista estadounidense tras publicar un libro sobre mártires misioneros y regresar a servir durante dos años entre los huaoranis. En 1976 publicó *Dejadme ser mujer*, un libro de consejos que le dedicó a su hija cuando esta se comprometió en matrimonio. La voz maternal de Elliot destaca en contraste con la prosa más vivaz de Morgan, pero sus mensajes eran compatibles.

Dios había creado al hombre y a la mujer como opuestos complementarios, explicaba Elliot: «La mujer es completamente distinta, el regalo de Dios al hombre». Dios había otorgado a los maridos su «rango» y un «impulso viril de dominación» necesario para satisfacer su papel como gobernantes. Por su parte, la abnegación era la esencia de la feminidad cristiana; el matrimonio y la maternidad comportaban «entrega, sacrificio y sufrimiento». Aun así, los hombres tenían el deber de amar a sus esposas, y esa era la base bíblica de la caballerosidad; el amor y la sumisión estaban íntimamente entrelazados.[120]

La propia noción de jerarquía estaba extraída de la Biblia, sostenía Elliot. En suma, la igualdad «no era un ideal cristiano». El orden jerárquico de sumisión y dominio descendía «de la naturaleza del propio Dios». Dios Padre ejercía «una autoridad justa y legítima»; Dios Hijo exhibía una «sumisión voluntaria y feliz». Así, en el Dios de la Trinidad se daban «los elementos de dominio, sumisión y unión». Sin embargo, debido al odio a la autoridad, «este plan se ha perdido».[121]

Ningún hombre cumplirá su papel a la perfección, le recordaba Elliot a su hija: «Te casas con un pecador» y «lo amas, lo aceptas y lo perdonas». Una mujer también debía aceptar el hecho de que se casaba con un «hombre»: «Es probable que sea más grande, más ruidoso, más duro, más hambriento y más sucio» de lo esperado. Pero Elliot le aseguraba a su hija que las

mujeres de verdad querían hombres de verdad, y viceversa: «Cuanto más femenina seas, más masculino querrá ser tu marido».[122]

Como Morgan, Elliot se hizo famosa entre la subcultura evangélica. Aunque es poco probable que los millones de mujeres que leyeron sus obras lo hicieran de manera explícita como un acto político, muchas mujeres evangélicas desarrollaron sus fervientes lealtades partidistas basándose en las identidades de género propuestas por ambas autoras. Motivadas a defender la feminidad y la masculinidad «tradicionales», las mujeres evangélicas desempeñarían un papel decisivo en el activismo de base que lanzó la derecha religiosa.

En realidad, la persona que más claramente consiguió que lo personal fuera político entre las mujeres evangélicas no era evangélica. Phyllis Schlafly era católica, pero su popularidad entre las mujeres evangélicas evidenciaba la formación de nuevas alianzas entre las mujeres conservadoras, alianzas que ella misma ayudó a cimentar. Schlafly, una mujer menuda con una elegancia intachable, se convirtió en «la novia de la mayoría silenciosa». Su propio aspecto evocaba una nostalgia del pasado; su cabello con recogido alto, sus trajes femeninos y su collar de perlas permanecieron prácticamente inmutables durante el medio siglo que fue objeto de interés público.[123]

Aunque Schlafly se hizo célebre por defender la feminidad «tradicional», su propia vida tenía poco de tradicional. Tras obtener una maestría en Ciencias Políticas por Radcliffe, trabajó durante un tiempo en la American Enterprise Association, precursora del American Enterprise Institute. Más tarde regresó a Saint Louis para dirigir la campaña de un candidato republicano al Congreso y se embarcó en lo que ella describiría como su «pasatiempo de toda la vida»: la política. Su vocación principal, le gustaba insistir, era ser esposa del acaudalado abogado de Saint Louis Fred Schlafly y madre de los seis hijos engendrados por el matrimonio. En 1952, la propia Schlafly se presentó al Congreso. Lo hizo con el eslogan de campaña «El lugar de una mujer es su hogar» y ganó las primarias republicanas, pero perdió las elecciones generales. Imperturbable, se esforzó por medrar en las filas del partido y, en 1962, empezó a presentar un programa radiofónico de 15 minutos de duración sobre seguridad nacional. Anticomunista acérrima, tenía lazos con la extrema derecha; Robert Welch, el fundador de la John Birch Society, la describió en una ocasión como «uno de nuestros miembros más leales», si bien Schlafly siempre negó pertenecer a la organización. En

1964, saltó a la palestra nacional con la publicación de *A Choice Not an Echo*, un breve libro que promocionaba la campaña de Goldwater. Goldwater, insistía Schlafly, era el líder por el que Estados Unidos clamaba. Solucionaría los problemas domésticos y aplastaría el comunismo en el extranjero. El libro causó sensación: se vendieron aproximadamente 3,5 millones de ejemplares y ayudó a Goldwater a asegurarse la nominación. [124]

Durante la década siguiente, Schlafly continuó escribiendo sobre política exterior y empezó a publicar un boletín mensual, *The Phyllis Schlafly Report*. En un principio, Schlafly se centró en oponerse al comunismo, en conservar el poderío del arsenal nuclear de Estados Unidos y en defender los derechos de los estados y una economía permisiva. En 1970 volvió a postularse sin éxito al Congreso. Para Schlafly, el punto fuerte de aquella campaña fue el anuncio radiofónico que John Wayne grabó en su nombre. Dos años más tarde, un amigo le pidió que hablara acerca de la Enmienda de la Igualdad de Derechos (ERA, por sus siglas en inglés), pero no le interesó. Aquella enmienda no era de su incumbencia; la consideraba algo «entre inocuo y levemente útil». Propuesta en un origen en la década de 1920, el texto de la enmienda era sencillo: «La igualdad de derechos ante la ley no será negada o coartada por los Estados Unidos ni por ningún Estado por razón de sexo». Con la resurgencia del feminismo en la década de 1960, el interés por la enmienda se reavivó y, en 1972, fue aprobada por ambas cámaras del Congreso y enviada a los estados para su ratificación. No obstante, cuando Schlafly conoció las críticas conservadoras a las potenciales implicaciones de la enmienda, no tardó en cambiar de opinión. [125]

En su boletín de febrero de 1972, Schlafly esbozó sus inquietudes con respecto a la enmienda. Para empezar, insistía en que la noción misma de la opresión de las mujeres era ridícula. De todas las personas que habían vivido en la Tierra, ninguna había disfrutado de más privilegios que la mujer estadounidense. Más allá de eso, ninguna legislación podía borrar el hecho de que los hombres y las mujeres eran distintos: las mujeres podían tener hijos y los hombres no. Y a quienes no les gustara, que fueran a quejarse a Dios. A la vista de aquella diferencia dada por Dios, la sociedad «judeocristiana» había creado leyes y costumbres que exigían a los hombres que cumplieran su deber de proteger y mantener a las mujeres. Los derechos de las mujeres, por ende, sus derechos a tener hijos y a estar

protegidas, se conseguían mediante la estructura familiar y se garantizaban mediante la caballerosidad masculina. Por desgracia, los fanáticos «de la igualdad de derechos» amenazaban con desbaratar todo esto. De repente, había «mujeres agresivas» por todas partes «ladrando» acerca de lo maltratadas que estaban, equiparando el matrimonio con la esclavitud, insinuando que las tareas domésticas eran «de baja categoría y degradantes, y —¡válgame el cielo!— que las mujeres estaban discriminadas». Aquello era «el fraude del siglo».[126]

No hay que llamarse a engaño, advertía Schlafly a sus lectoras. Las oportunidades de empleo, el igual salario por el mismo trabajo, todo eso no era «más que un edulcorante que cubre el veneno mortal que enmascara la "liberación femenina"». Las feministas eran radicales que libraban una guerra contra el matrimonio, los niños y la familia y promocionaban el sexo libre, «las "guarderías" federales para dejar a sus bebés, en lugar de tenerlos en sus hogares» y el «aborto en lugar de la familia». Lo que las feministas no entendían, explicaba Schlafly, era que a las mujeres les gustaba ser amas de casa y cuidar de sus hogares. Además, el empleo femenino en oficinas y cadenas de montaje no era para tanto: «La mayoría de las mujeres prefieren mecer a un bebé que teclear una máquina de escribir o toquetear una máquina en una fábrica». Su mensaje halló eco no solo entre las mujeres religiosas, sino también entre muchas mujeres de clase obrera a quienes el mercado laboral ofrecía un trabajo poco satisfactorio y bajos salarios.[127]

Pese a haber reaccionado tarde a la Enmienda de la Igualdad de Derechos, Schlafly se había mostrado ya preocupada por el aborto en 1972, el año previo al *Caso Roe contra Wade*, en parte porque era católica. Los católicos tenían una larga historia de condena del aborto, incluso cuando la vida de la madre estaba en peligro. Algunos pastores fundamentalistas opinaban lo mismo, si bien no estaban dispuestos a colaborar con los católicos en aquel asunto. En cambio, la mayoría de los evangélicos no lo tenían tan claro. La Biblia no ofrecía asesoría específica sobre el tema. Muchos evangélicos desaprobaban el «aborto a demanda», pero no en el caso de violación o incesto, en el de anormalidades fetales o cuando la vida de la madre estaba en riesgo. En 1968, *Christianity Today* planteó la cuestión del aborto terapéutico: ¿era una bendición o un asesinato? No daban una respuesta definitiva. De hecho, incluso en 1971, la Convención Bautista del Sur aprobó una resolución que instaba a los estados a ampliar el acceso al aborto. Pero, con la liberalización de las leyes del aborto, y a medida que

sus defensores empezaron a contextualizar el tema en términos de que las mujeres tuvieran el control de su reproducción, los evangélicos comenzaron a replantearse su postura. En 1973, el *Caso Roe contra Wade* y la creciente popularidad del aborto en su estela contribuyeron a abordar el tema, pero ni siquiera entonces la movilización evangélica fue inmediata. Solo con el tiempo, conforme el aborto fue vinculándose cada vez más con el feminismo y la revolución sexual, los evangélicos empezaron a considerarlo no como una opción moral difícil, sino como un ataque al papel que Dios había asignado a las mujeres, a la familia y a los propios Estados Unidos cristianos.[128]

Como Billy Graham y otras estrellas polares evangélicas, Schlafly se movía con fluidez entre los asuntos de familia y la seguridad nacional. Asoció la igualdad de géneros al comunismo (en Rusia, una mujer estaba «obligada a dejar a su bebé en una guardería estatal» y «se podía abortar con solo pedirlo») y le preocupaba que la Enmienda de Igualdad de Derechos obligara a las mujeres a hacer el servicio militar. Le resultaba inimaginable «que ninguna mujer diera su apoyo a una propuesta tan ridícula y tan poco americana como aquella».[129]

Asimismo, Schlafly argumentaba que la Ley de Igualdad de Derechos haría a las mujeres más vulnerables a la explotación sexual. Este argumento desconcertó a las feministas. Al fin y al cabo, eran ellas quienes habían tomado medidas para criminalizar la violencia contra las mujeres. Pero Schlafly contribuyó a convencer a las mujeres conservadoras de que eran las feministas quienes las estaban violando, forzándolas a asumir papeles que no les gustaban y exponiéndolas al peligro de privarlas (a ellas y a sus hijas) de la protección masculina.

Para sus detractores, la Ley de Igualdad de Derechos asumió un matiz simbólico, en el sentido de que representaba una amenaza moral y existencial mayor para las mujeres, y para el país en su conjunto. Cualquier refutación o explicación sopesada que los defensores de la Ley de Igualdad de Derechos plantearan caía en saco roto entre quienes se proclamaban contrarios a su ratificación, lo cual llevó a las feministas a mofarse del «apocalipsismo histérico» de las mujeres conservadoras. Pero sus detractoras se fundamentaban en una cosmovisión coherente, perfectamente moldeada por activistas como Schlafly. Mujeres conservadoras de todo el país se alzaron para defender su lugar en el mundo, para proteger un estilo

de vida que dependía de las diferencias de géneros y de la manutención, y para reivindicar la protección que Dios había ordenado para ellas.[130]

En 1977, Schlafly publicó *The Power of Positive Woman.* (El libro se reeditó cuatro años más tarde con el título de *The Power of the Christian Woman* para atraer al segmento del mercado cristiano en expansión; el texto apenas se cambió, salvo por el hecho de que se sustituyó de manera intermitente el término «cristiano» por «positivo» y se añadió algún que otro versículo de la Biblia). Las mujeres no necesitaban la intromisión del Gobierno federal para florecer, aseguraba Schlafly: «La mujer positiva parte de la suposición de que el mundo es su ostra. […] Entiende que los hombres y las mujeres son diferentes y que esas diferencias son la clave para su propio éxito como persona y su realización como mujer».[131]

Lo más fascinante es que el libro superventas de Schlafly contenga tal cantidad de texto dedicado a un programa político explícito. Si tenemos en cuenta que la política era «el pasatiempo de toda la vida» de Schlafly, posiblemente esto no sea una gran sorpresa, pero sí revela que el antifeminismo cristiano conservador de la década de 1970 estaba íntimamente relacionado con cuestiones políticas como el anticomunismo, el nacionalismo cristiano y el militarismo. Por ejemplo, Schlafly concluía su libro con su «visión para Estados Unidos». Para empezar, «la mujer positiva parte del conocimiento de que Estados Unidos es el mejor país del mundo y que su labor es contribuir a que así siga siendo». Debe oponerse a un Gobierno burocrático y al socialismo rastrero (con su «destructiva meta de la igualdad») para proteger a la familia estadounidense y la grandeza de la empresa privada. La mujer positiva era una patriota y una defensora de la «civilización judeocristiana» y apoyaba a los legisladores de su cuerda. Y por último, debía esforzarse por mantener un ejército fuerte. Las mujeres no debían pensar que los problemas del ejército eran demasiado complejos o polémicos para interesarse por ellos. Eran las mujeres quienes debían salvar su país, el país de Dios.[132]

Schlafly no tenía demasiado que aportar en temas de raza, al menos de manera explícita. Pero en unos tiempos en los que las políticas raciales hallaban expresión en un abanico de asuntos adyacentes, sus ideas eran fáciles de entrever. Como es deducible, solían ser contrarias a las de los activistas pro derechos civiles. Defendía las escuelas privadas y abogaba por que el Gobierno federal no interfiriera en las elecciones parentales. Huelga decir que se refería a padres y madres blancos. (Posteriormente se

opondría a la inmigración y promocionaría las escuelas con educación únicamente en inglés). En una era en la que se hablaba de la raza con un lenguaje cada vez más codificado, las ideas de Schlafly calaron entre las comunidades que se oponían a los derechos civiles. De hecho, la Enmienda de Igualdad de Derechos fue el primer tema que unió a los conservadores tras perder la batalla legal por la segregación. Tal como señaló un político en aquel entonces, los conservadores no hablaban de abolición de la segregación y el transporte de niños en autobús escolar todo el rato, pero «la ira los consumía por dentro» y podía estallar en forma de oposición apasionada a la «igualdad de derechos» que planteaba la enmienda.[133]

Incluso el lenguaje que empleaban los críticos de la enmienda reflejaba el utilizado por los segregacionistas. No hablaban de transporte en autobuses escolares «forzoso», sino de mujeres «forzadas», e incluso acuñaron el término «desexegregación». Las inquietudes raciales también afloraron en su retórica en torno al «tema de los aseos». Las escuelas y las instalaciones públicas se habían integrado recientemente y ahora la Enmienda de Igualdad de Derechos amenazaba con convertir los lavabos públicos en espacios unisex. Era intolerable. Una mujer blanca de Carolina del Norte escribió a su senador en el estado para explicarle lo que estaba en juego: «Tendremos que utilizar los mismos servicios que hombres, tanto blancos como negros». Y un legislador estatal hizo la misma conexión sin dobleces: «¡No voy a permitir que mi esposa comparta el cuarto de baño con un macho negro!».[134]

Aquella mezcla de racismo y supuesta vulnerabilidad sexual de las mujeres blancas tenía una dilatada tradición en el Sur, por más que la historia demuestre que eran las mujeres negras quienes tenían motivos para temer las agresiones sexuales de los hombres blancos, y no al contrario. Sin embargo, el fin de la separación legal por razas que comportaba el movimiento en defensa de los derechos civiles hizo que el miedo de los blancos a las agresiones imaginarias por parte de hombres negros alcanzara su punto álgido. El hecho de que esa retórica contraria a la Enmienda de Igualdad de Derechos amparada en la vulnerabilidad de las mujeres se expresara en términos racistas no es ninguna sorpresa. Los hombres blancos se habían posicionado desde hacía largo tiempo como protectores de la feminidad blanca, una tradición que cultivaba la bravuconería masculina y que podía derivar fácilmente en agresiones raciales. La fijación de los detractores con los aseos unisex sorprendió a muchas feministas con la

guardia baja, pero sacó a la luz inquietudes sociales más profundas que aquel nuevo movimiento por la «igualdad de derechos» estaba removiendo. También prefiguró el actual escándalo de la derecha en general, y de la derecha evangélica en particular, en lo referente a las personas transgénero y su uso de los cuartos de baño.[135]

Schlafly, una mujer ingeniosa y brillante, enfurecía a las feministas. Cuando hablaba en público, le gustaba darle las gracias a su marido por permitirle hacerlo solo para sacar de quicio a las feministas que pudiera haber entre el público. Betty Friedan la catalogaba como una «Tía Tom» y una «traidora a su sexo». Las feministas quemaban muñecos con su cara. Pero Schlafly permanecía imperturbable. (Una vez recibió una amenaza de muerte mientras cenaba en un restaurante de Houston; a modo de respuesta, se limitó a sonreír y pedir que le echaran leche en el café). Achacaba la frustración de las feministas a la insustancialidad de sus argumentos: «Están perdiendo, así que se han vuelto locas y se comportan de manera irracional». Sus detractoras pensaban que la irracional era ella, pero Schlafly había creado una ideología bien empaquetada que parecía impermeable a las críticas. Cuando sus adversarias la acusaban de hipocresía (pues, al fin y al cabo, ella no era una «mujer tradicional»), daba la vuelta a sus acusaciones. ¡No había más que mirarla! Era la prueba viviente de que las mujeres ya eran libres para hacer lo que querían, y sin la ayuda de la Enmienda de la Igualdad de Derechos.[136]



Phyllis Schlafly con un bebé de cinco meses en el Capitolio del estado de Illinois, en Springfield, el 14 de mayo de 1980, antes de la votación de la Enmienda de la Igualdad de Derechos en la cámara. AP PHOTO.

Casi por sí sola, Schlafly saboteó la ratificación de la Enmienda de la Igualdad de Derechos. Y con ello ayudó a colocar el género en el centro de una identidad política evangélica emergente. Para los partidarios de Schlafly, aquella enmienda era un asunto religioso. Tal como explicó uno de sus empleados en la campaña «STOP ERA»,[137] «Phyllis es una líder religiosa, quizá la más poderosa en el país en la actualidad. Porque son las mujeres quienes suelen mantener la fe de la familia y son las mujeres quienes apoyan a Phyllis». «STOP ERA» fue una «guerra religiosa», y por eso iban ganando. Mientras que mujeres como Marabel Morgan y Elisabeth Elliot ayudaban a unir a las mujeres cristianas blancas en torno a una identidad doméstica compartida, Schlafly las convirtió en activistas políticas. Hablando de manera directa a las amas de casa corrientes de todo el país, dotó de significado religioso y nacional sus vidas cotidianas, aunando a mujeres católicas, evangélicas y mormonas, mujeres blancas de

clase media y obrera, las mujeres de la mayoría silenciosa, en defensa de una causa común.[138]

Es difícil exagerar la importancia de Schlafly como comandante de las fuerzas de la derecha religiosa. Años antes de que James Dobson o Jerry Falwell entraran en la contienda política, Phyllis Schlafly ayudó a unir a los cristianos en torno a una visión rígida y profundamente conservadora de la familia y el país. Y aunque su estrella fue apagándose a finales de siglo, no fue porque su influencia se desvaneciera. Para entonces, sus ideas habían acabado por definir el Partido Republicano y gran parte del evangelismo estadounidense. Si parecía superflua, era solo porque lo que decía se había convertido en la *lingua franca* entre los conservadores del país.[139]

---

[114] Marbella, Jean, 1985, «Totally Marabel», *Sun Sentinel*, 11 de septiembre; Morgan, Marabel, 1973, *The Total Woman*. Old Tappan, Nueva Jersey: Fleming Revell [*La mujer total*, trad. de: Ana María de la Fuente, Plaza & Janés: Barcelona, 1991]; Silliman, «Sex-and-marriage manuals».

[115] Morgan, *Total Woman*, pp. 39, 61, 65 y 84.

[116] Morgan, *Total Woman*, pp. 69, 92-95; Marbella, «Totally Marabel».

[117] Morgan, *Total Woman*, pp. 99, 109-110, 112, 127 y 183.

[118] Morgan, *Total Woman*, pp. 148 y 184.

[119] Morgan, *Total Woman*, p. 188; Marbella, «Totally Marabel»; Silliman, «Sex-and-Marriage Manuals».

[120] Elliot, Elisabeth, 1976, *Let Me Be a Woman*, Wheaton, Illinois: Tyndale Hose, pp. 27, 62, 107, 141, 178 y 180. [*Dejadme ser mujer*, trad. de: Xavier Vila Estrada, Barcelona: Clie, 1998]

[121] Elliot, *Let Me Be a Woman*, pp. 60, 121 y 124.

[122] Elliot, *Let Me Be a Woman*, pp. 81-83 y 158.

[123] Felsenthal, Carol, 1981, *The Sweetheart of the Silent Majority: The Biography of Phyllis Schlafly*, Nueva York: Doubleday.

[124] Martin, Douglas, 2016, «Phyllis Schlafly, "First Lady" of a Political March to the Right, Dies at 92», *New York Times*, 5 de septiembre.

[125] DePue, Mark, 2011, entrevista con Phyllis Schlafly, sesión de entrevista 03 (audio), Abraham Lincoln Presidencial Library and Museum, 14 de enero, disponible en: https://multimedia.illinois.gov/hpa/Oral_History/Statecraft/ERA/Schlafly_P

hy_03.mp3; Felsenthal, Carol, 2016, «The Phyllis Schlafly I Knew», *Chicago Magazine*, 7 de septiembre.

[126] Schlafly, Phyllis, 2012, «What's Wrong with "Equal Rights" for Women», *Phyllis Schlafly Report*, febrero.

[127] Schlafly, «What's Wrong with "Equal Rights"».

[128] Williams, *God's Own Party*, pp. 111-120; Young, Neil J., 2016, *We Gather Together: The Religious Right and the Problem of Interfaith Politics*, Nueva York: Oxford University Press, p. 103.

[129] Schlafly, «What's Wrong with "Equal Rights"».

[130] Mathews, Donald G., y Jane Sherron De Hart, 1990, *Sex, Gender, and the Politics of ERA: A State and the Nation*, Nueva York: Oxford University Press, pp. 164-165.

[131] Schlafly, Phyllis, 1977, *The Power of the Positive Woman*, New Rochelle, Nueva York: Arlington House, p. 11.

[132] Schlafly, *Power of the Positive Woman*, pp. 166-172.

[133] Mathews y De Hart, *Sex, Gender, and the Politics of ERA*, p. 174

[134] Mathews y De Hart, *Sex, Gender, and the Politics of ERA*, pp. 165 y 174.

[135] McGuire, Danielle, 2010, *At the Dark End of the Street: Black Women, Rape and Resistance*, Nueva York: Vintage; Mathews y De Hart, *Sex, Gender, and the Politics of ERA*, p. 165.

[136] Felsenthal, *Sweetheart of the Silent Majority*, pp. 4-5.

[137] «Paremos la Enmienda de Igualdad de Derechos». *(N. de la T.)*

[138] Felsenthal, *Sweetheart of the Silent Majority*, pp. 52-53.

[139] Wolfe, Alan, 2005, «Mrs. America». *New Republic*, 3 de octubre.

04

Orden y disciplina

El evangelismo de posguerra consistía en una serie de tradiciones diversas y mercados solapados. Figuras destacadas como Billy Graham, Marabel Morgan y Anita Bryant representaban la marca más culturalmente implicada y focalizada en el exterior del evangelismo moderno, pero, en el seno de aquel amplio movimiento, existía una veta fundamentalista más ermitaña en gran medida invisible para el público general. Aun así, en materia de autoridad masculina, las dos ramas hallarían un importante terreno común. En la década de 1970, esta convergencia estuvo encarnada por dos figuras. Una acabaría por convertirse en un líder evangélico muy conocido que ostentaría un poder importante a nivel nacional durante casi medio siglo. La otra sería desconocida fuera del evangelismo. Juntas, propiciarían la alianza de los evangélicos separatistas y «respetables» en torno a la afirmación del poder patriarcal, una alianza que serviría de base para una identidad cultural y política común.

Bill Gothard es un nombre que apenas se conoce fuera de los círculos evangélicos conservadores y, dentro de estos, es probable que provoque reacciones encontradas, si no ya denuncias sin fisuras. Gothard inició su andadura en 1961 con la fundación de Campus Teams, una organización que pretendía abordar los problemas de la «juventud rebelde». Inspirado por la investigación que había llevado a cabo para la tesis de su máster en Educación Cristiana en el Wheaton College, Gothard se propuso aplicar los principios cristianos a resolver los conflictos entre padres y adolescentes. Posteriormente rebautizó la institución con el nombre de Instituto de Conflictos Básicos de la Juventud para dejar claro este enfoque. (Tiempo después volvería a cambiárselo por el nombre más general de Instituto de Principios Básicos para la Vida, o IBLP, por sus siglas en inglés). El consejo que Gothard ofrecía a los padres cristianos que lidiaban con los difíciles años de la adolescencia, un problema que se había agravado con la

agitación cultural de la década de 1960, era administrar de manera adecuada la autoridad de orden divino.

En este sentido, la filosofía de Gothard se apuntalaba en las enseñanzas reconstruccionistas cristianas de Rousas John Rushdoony. Rushdoony, un personaje un tanto borroso pero influyente en el evangelismo conservador, destacó en las décadas de 1960 y 1970 por abogar por una adherencia estricta a la autoridad de la «ley bíblica». Era un extremista sin paliativos. Creía que Estados Unidos se había fundado como un país cristiano, pero también que las ideas de la Ilustración acerca de la igualdad eran peligrosas y erróneas, y que la democracia era antiética con respecto a las estructuras de gobernanza ordenadas por Dios. La guerra de Secesión no había sido un conflicto por la esclavitud, sino más bien una guerra religiosa en la que el Sur había defendido la civilización cristiana. A su modo de ver, la esclavitud había sido voluntaria y beneficiosa para los esclavos. Se oponía al matrimonio interracial, no veía con buenos ojos la escolarización de las mujeres y los afroamericanos, y desaprobaba el sufragio femenino y que las mujeres hablaran en público. Algunos de sus escritos rozaban el antisemitismo. Rushdoony creía que era posible remediar el desbarajuste de la sociedad moderna instituyendo la ley del Antiguo Testamento y que la esencia de este proyecto era la afirmación de la autoridad jerárquica. Para Rushdoony y sus seguidores, la libertad no se hallaba en la autonomía individual, sino en una sumisión conveniente a la autoridad, y creía que las autoridades ordenadas por Dios en cada esfera de la vida (la familia, la iglesia y el Gobierno) debían funcionar sin injerencias externas. Las iglesias debían quedar al margen de toda interferencia gubernamental, y la familia, bajo la autoridad del patriarca, también debía protegerse de la intrusión del Estado. Por su parte, las escuelas públicas representaban una amenaza directa a la autoridad de la familia, por el hecho de usurpar la función de los padres de inculcar valores a sus hijos. Por este motivo, Rushdoony y sus partidarios promovían las escuelas cristianas y, una opción aún más preferible, la educación en casa.[140]

Como Rushdoony, Gothard creía que la mayoría de los problemas podían solucionarse sometiéndose a las autoridades pertinentes en cada ámbito de la vida. A tal fin, propuso la idea de una «cadena de mando» dictada por orden divino similar a la del ejército. En la familia, el padre era la máxima autoridad. La mujer debía total sumisión al marido y necesitaba su aprobación incluso para tomar las decisiones más insignificantes relativas al

hogar, y los niños debían a sus padres obediencia absoluta tanto de acción como de comportamiento. La iglesia también formaba parte del correcto funcionamiento de la sociedad, y los líderes eclesiásticos poseían una autoridad absoluta sobre sus feligreses investida por Dios. Por su parte, el Gobierno administraba una autoridad con aprobación divina, de tal manera que los dirigentes nacionales ejercían la autoridad sobre los funcionarios locales, quienes, a su vez, ejercían la autoridad sobre la ciudadanía. Una autoridad adecuada estructuraba también los negocios: el empresario tenía una autoridad divina sobre sus empleados. De este modo, los defensores de la «ley bíblica» asociaron los roles de género «tradicionales» a un capitalismo de libre mercado sin restricciones. Era una combinación celestial.

Para Gothard, las personas con autoridad eran representantes de Dios y se les debía una obediencia absoluta. En su universo moral, la idea de los derechos personales interfería con la estructura jerárquica de autoridad, contradecía el diseño de Dios y solo provocaba ira y resentimiento. Los mansos heredarían la tierra; la solución para los agraviados no pasaba por cambiar sus circunstancias, sino por someterse sin contemplaciones a las autoridades que se les imponían. Tanto para Gothard como para Rushdoony, este orden hallaba expresión en el dominio autoritario de los hombres. Los hombres que renunciaban a su deber de imponer el orden abdicaban de su masculinidad y permitían a las mujeres usurparles el poder, y Rushdoony aguardaba con impaciencia el día en que «las mujeres independientes y feministas» serían humilladas y «buscarían la protección y la seguridad de un hombre».[141]

Para ayudar a las familias a sortear los conflictos, Gothard ofrecía reglas amplias e inflexibles. Tener citas estaba prohibido; en su lugar, el cortejo debía estar dispuesto y supervisado por los padres. Se ordenaba a las muchachas evitar llevar «trampas para los ojos», es decir: cualquier cosa que pudiera atraer la atención sobre sus cuerpos, como collares que cayeran por debajo de la clavícula y faldas por encima del tobillo. Las tareas domésticas se ensalzaban como la vocación suprema de las mujeres y se desalentaba la educación superior en el caso de las muchachas. Cuando los conflictos familiares se antojaban irresolubles, el Instituto de Principios Básicos para la Vida ofrecía internar a los hijos en una institución hasta que rectificaran su actitud y su comportamiento. Sometidos a la autoridad de

Gothard, los padres confiaban a sus hijos problemáticos a instituciones del IBLP, a veces durante meses.[142]

Las medidas draconianas de supervisión y disciplina que Gothard introdujo en el Instituto de Principios Básicos para la Vida, el sistema cerrado de autoridad y la sumisión forzosa de las mujeres y niños crearon un clima propicio para los malos tratos. En 1980 estalló la noticia de que el hermano de Gothard, vicepresidente del instituto, había tenido aventuras amorosas con siete secretarias de la institución. El escándalo fue en aumento hasta incluir a quince personas, y quedó claro que Gothard hacía años que estaba al corriente de las faltas de decoro de su hermano pero había silenciado a las testigos y encubierto sus abusos. De hecho, en 1976 había introducido una nueva enseñanza basada en Mateo 18 que exigía al personal prometer que nunca «darían un mal informe de otras personas, sino que siempre hablarían bien de ellas». Se tardaría tiempo en conocer la magnitud de los abusos.[143]

A Gothard no le faltaban detractores en las filas del evangelismo conservador. Los críticos le achacaban que su «cadena de mando» reemplazaba el papel de Cristo por intermediarios humanos. Criticaban sus tendencias legalistas y autoritarias, y señalaban que él mismo no se sometía a ninguna autoridad. Había quien lo acusaba de ser el líder de una secta. Sin embargo, para sus partidarios, tales críticas solo revelaban la falta de voluntad de someterse a las autoridades pertinentes. Muchos evangélicos simpatizaban con su causa; Gothard y sus seguidores, al parecer, intentaban vivir de acuerdo con los principios de la fe en una era cada vez más laica y hostil. Quizá se le podía perdonar por excederse un poco.

Aunque Gothard era poco conocido fuera del evangelismo, dentro de los círculos conservadores ejercía una influencia significativa. En 1968, unas dos mil personas asistieron a sus seminarios; en 1973, esa cifra superaba los doscientos mil. Como autor de un popular programa de escuela en casa, inculcó a generaciones de niños sus enseñanzas de la ley bíblica y la autoridad patriarcal. Con el auge de popularidad de la educación en el hogar en la década de 1980, muchas familias que no se habrían identificado como reconstruccionistas cristianas acabaron por abrazar los preceptos nucleares de esta tradición. De este modo, las enseñanzas autoritarias se infiltraron en los hogares cristianos, en las iglesias y en la subcultura evangélica en general.[144]

Gothard no participó directamente en política, pero otras personas influidas por las ideas que defendían Rushdoony y él sí lo hicieron. Howard Phillips, un converso al evangelismo y un actor clave entre bambalinas, topó con las ideas de Rushdoony mediada la década de 1970 y, al poco, aunó fuerzas con él para combatir «el "ataque del Servicio de Impuestos Internos" a las escuelas cristianas». El hijo de Phillips, Doug Phillips, emergería posteriormente junto a Gothard como una figura clave en el movimiento cristiano de la educación en casa. Pat Robertson y D. James Kennedy invitaron a Rushdoony a sus programas radiofónicos y contribuyeron a fusionar las tradiciones carismática y del evangelio de la prosperidad con enseñanzas inspiradas en el reconstruccionismo. Además, la obra de Rushdoony se mencionó en la Facultad de Derecho de la Oral Roberts University, en la CBN/Regent University de Pat Robertson, y en la Liberty University de Jerry Falwell. Francis Schaeffer, John W. (Wayne) Whitehead y Tim LaHaye también se dejaron influir por el reconstruccionismo. Rushdoony suele considerarse el «tío chiflado» de la derecha religiosa, y el propio Gothard se contemplaba bajo una luz no muy distinta. Sin embargo, una generación más tarde, ideas que en el pasado se consideraron extremas resonaban ampliamente, difundidas por jóvenes guerreros culturales que ocupaban posiciones de poder.[145]

En 1970, un psicólogo infantil por entonces aún poco conocido llamado James Dobson publicó un librillo titulado *Cómo criar a un niño difícil.* Su temática era engañosamente mundana: cómo educar a los niños. Dobson decidió escribir el libro tras ver a demasiados niños con problemas atravesar las puertas de su consulta en la década de 1960. Convencido de que dichos problemas podían retrotraerse a la desestructuración del orden social —a la revolución sexual, el divorcio y la desintegración de la familia—, Dobson empezó a dispensar consejos anticuados para educar a los hijos basados en «valores judeocristianos» entre grupos eclesiásticos y de la Asociación de Padres y Maestros (PTA, por sus siglas en inglés), consejos que posteriormente publicó en su libro. Repudiando el enfoque permisivo de la crianza propugnado por el recién jubilado y célebre doctor Benjamin Spock, Dobson alentaba a los padres a reafirmar su autoridad sobre los niños desobedientes. Azotarlos era una buena manera de conseguirlo, y Dobson ofrecía instrucciones detalladas. Aconsejaba usar un cinturón o una vara y tener siempre el instrumento a la vista para recordarles a los niños que la

insubordinación tenía consecuencias. Dejaba claro que no era necesario «pegar al niño hasta someterlo». Con un ligero dolor se recorría un largo camino.[146]

La autoridad de Dobson se basaba en su formación como psicólogo, pero su fe evangélica modulaba sus ideas sobre la crianza. Mientras que Spock promovía un enfoque comprensivo de la crianza y aconsejaba a los padres guiarse por su instinto y tratar a sus hijos con afecto e indulgencia, Dobson concebía a los niños como seres pecaminosos por naturaleza, propensos al desafío y a la rebelión. Es posible que su propia infancia lo hubiera inspirado a creer que niños aparentemente inocentes requerían una disciplina férrea para no desviarse del buen camino.[147]

Hijo de tres generaciones de pastores evangélicos de la Iglesia del Nazareno, «Jimmy» había sido un niño revoltoso. Nacido en Luisiana, pasó gran parte de sus primeros años con parientes en Oklahoma, Texas y Arkansas, mientras sus padres viajaban difundiendo el evangelismo. A los siete años, su madre decidió que su caprichoso hijo necesitaba un hogar como era debido. Se establecieron a las afueras de la ciudad de Oklahoma y se dedicó a consentir a su único vástago. «Le dejaba decir lo que se le antojara» y le formulaba preguntas sin darle nunca su opinión, recordaba más tarde la esposa de Dobson. Y así, su hijo se convirtió en un experto en repartir opiniones.[148]

Durante sus años adolescentes, Jimmy volvió a entrar en una fase rebelde que llevó a su padre a cancelar cuatro años de servicios de avivamiento programados y regresar a casa junto a su familia. El sacrificio paterno pareció dar fruto; mediante el deporte, la caza y el trabajo en el garaje, padre e hijo tejieron un estrecho vínculo. Cuando llegó el momento de ir a la universidad, Dobson se matriculó en el Pasadena College, una pequeña escuela nazarena en el sur de California. Allí conocería a su futura esposa, Shirley. En su primera cita, el ingenioso y carismático capitán del equipo de tenis, el «gran hombre del campus», llevó a la bonita y castaña reina del baile de bienvenida a los servicios dominicales vespertinos. En lugar de dedicarse al negocio familiar de salvar almas, Dobson empezó a fascinarse por la disciplina de la psicología y, tras licenciarse en 1958, cursó un posgrado en Psicología en la Universidad del Sur de California. Con la esperanza de evitar el reclutamiento, se apresuró a alistarse en la Guardia Nacional. Sirvió durante seis meses, seguidos de cinco años en la reserva. Tras doctorarse, se unió al personal del Children’s Hospital de Los Ángeles

y, al poco, se convirtió en profesor de Pediatría en la Facultad de Medicina de la Universidad del Sur de California. Fue entonces cuando empezó a diagnosticar los problemas de la generación más joven. En la raíz de dichos problemas se hallaba el rechazo a la autoridad.[149]

Cómo criar a un niño difícil no era un libro abiertamente político, pero sí abordaba la coyuntura política. La disciplina era necesaria para contrarrestar el «lento deterioro de la “escena juvenil”», para imponer la autoridad a una generación de «jóvenes revolucionarios que pretenden incendiar y destruir los pilares del sistema». Estos «jóvenes beligerantes» subestimaban «la función vital de la autoridad en una civilización», aseguraba Dobson. «El respeto por el liderazgo es la argamasa que mantiene unida la organización. Sin él, solo existen el caos, la violencia y la inseguridad para todos». La permisividad parental era lo último que necesitaban los niños en tiempos tan tumultuosos. Y, por si eran necesarias más pruebas, bastaba con mirar al propio doctor Spock, quien, tras jubilarse, había pasado de dar consejos sobre cómo criar a los hijos al activismo político y, en 1967 y de nuevo en 1968, fue arrestado por manifestarse en contra de la guerra y por apoyar e instigar la objeción de conciencia.[150]

Cómo criar a un niño difícil no era solo un manual de crianza. A causa de la agitación social de la década de 1960, el comportamiento de la juventud estadounidense había pasado a ser un tema de preocupación nacional. La reafirmación de una estructura familiar autoritaria ayudaría a preservar el orden, la disciplina y la seguridad, no solo de la familia, sino de todo el país. El libro ofrecía respuestas definitivas a una generación de padres desconcertados por los drásticos cambios acaecidos desde su infancia. En poco tiempo se vendieron más de dos millones de ejemplares y Dobson pasó a ser una voz de autoridad en la subcultura evangélica emergente.[151]

En 1973, Dobson se dio de baja de la Asociación Estadounidense de Psicología (APA, por sus siglas en inglés) después de que la institución eliminara la homosexualidad de la lista de trastornos mentales. Tres años después se tomó un año sabático de la Universidad del Sur de California y el Children’s Hospital, y ya no volvió a reincorporarse. Se dedicó a difundir sus ideas a través de la radio. Su primer programa, que se emitía los fines de semana y duraba quince minutos, estaba financiado por el editor cristiano que había distribuido sus primeros escritos. Entre tanto, sus seminarios «Enfoque a la Familia» atraían a miles de asistentes y Dobson empezó a

impartir charlas por todo el país. Sin embargo, con dos hijos propios, Dobson temía cometer los mismos errores que su padre ausente y decidió retirarse del circuito de conferencias, no sin antes acceder a grabar una de sus últimas ponencias. Producida por un editor cristiano y promocionada entre las iglesias evangélicas, su serie de vídeos en siete capítulos era compatible con los primeros reproductores. Un fragmento de la serie titulado *¿Dónde está papá?*, dirigido a los padres distantes, se vendió como un especial televisivo de una hora y Dobson envió a un representante por todo el país a pedir donaciones entre los empresarios evangélicos para financiar su emisión en mercados locales. Su modelo de distribución funcionó a las mil maravillas. Se calcula que, a principios de la década de 1980, cerca de cien millones de personas habían visto el especial en todo el mundo. Dobson fundó Enfoque a la Familia en 1977, una organización paraeclesiástica consagrada a defender la institución de la familia, y, a mediados de la década de 1980, su programa diario de media hora de duración se retransmitía a través de cerca de 800 emisoras en todo el país. [152]

Cómo criar a un niño difícil apenas abordaba los roles de género, pero los libros posteriores de Dobson corrigieron tal omisión. Conforme la década fue avanzando, a Dobson le fue quedando claro que conservar unos roles de género bien definidos era esencial para revertir la marea de caos social. El foco de Dobson en el género se explica, en parte, por las tendencias más generales que socavaron los roles «tradicionales» en la década de 1970. Los años de la posguerra se habían caracterizado por unas ganancias económicas que posibilitaron a muchos hombres ejercer como los proveedores exclusivos de ingresos en sus familias. Sin embargo, la reestructuración económica mundial que dio comienzo en la década de 1970 comportó una reducción de empleos en el sector industrial de Estados Unidos y el estancamiento de los salarios masculinos. La economía del único proveedor siempre había tenido algo de mito, pero, en los años setenta, aquella idea aspiracional se volvió cada vez más difícil de alcanzar, incluso para los miembros de la clase media blanca. En 1950, el 37 por ciento de las mujeres trabajaban por un salario, pero dicha cifra aumentó considerablemente en la década de 1970. Vinculadas en parte a la creciente independencia económica de las mujeres, las tasas de divorcio también registraron un ascenso drástico en esa misma década. Todo ello desembocó en una «crisis» de la familia, y, para los evangélicos, las causas de dicha

crisis eran cuestiones de género y de autoridad, no de patrones económicos mundiales.[153]

Además de desafíos económicos más generales, una serie de cambios a escala nacional parecían amenazar la estabilidad del orden de géneros impuesto por Dios. En 1971, el Congreso aprobó la Ley General de Desarrollo Infantil, que contaba con el apoyo de ambos partidos y cuyo fin era establecer un sistema de cuidados diarios nacional para ayudar a los padres y madres trabajadores. Y si Nixon acabó vetándola fue gracias a Pat Buchanan, un asesor de la Casa Blanca católico y conservador que denunció que aquel anteproyecto conllevaría la «sovietización de los niños estadounidenses». Los conservadores veían en aquella legislación un programa socialista cuyo fin era reemplazar a los progenitores por el Gobierno federal, además de suponer un ataque a la maternidad de las estadounidenses. En 1972, el mismo año que el Congreso aprobó por una mayoría abrumadora la Enmienda de la Igualdad de Derechos, se aprobó el Título IX como parte de la Ley de Enmiendas a la Educación, el cual prohibía la discriminación por razón de sexo en las escuelas financiadas con fondos federales. En 1973, el Tribunal Supremo estableció el derecho constitucional de las mujeres al aborto en el *Caso de Roe contra Wade*. Junto con la fuerza creciente del movimiento feminista, los evangélicos tenían la sensación de que esta serie de acontecimientos constituían un ataque coordinado a los roles de género tradicionales y dictados por Dios.[154]

En 1975, Dobson se propuso articular «la diferencia crítica» entre hombres y mujeres. «Hombres y mujeres difieren bioquímica, anatómica y emocionalmente», afirmaba. «De hecho, son únicos en cada célula de sus cuerpos». Y describía esa diferenciación en términos inequívocos: a los hombres les gustaba «cazar, pescar y hacer senderismo en la naturaleza», mientras que las mujeres preferían «quedarse en casa esperando el regreso de los hombres». Los hombres practicaban deporte mientras las mujeres los observaban, «bostezando en las gradas». Con todo, quizá la diferencia más honda entre hombres y mujeres, según Dobson, fuera el origen de su autoestima: «Los hombres obtienen su autoestima de ser *respetados*; las mujeres se sienten valoradas cuando son *amadas*». Cinco años más tarde, en su libro *Straight Talk to Men and Their Wives*, se explayaba sobre el tema. Haciéndose eco de Marabel Morgan, explicaba que, debido al frágil ego del hombre y a su «tremenda necesidad de sentirse respetado», junto

con la vulnerabilidad de la mujer y su necesidad de ser amada, era «un error alterar la relación consagrada del marido como tierno protector y de la esposa como receptora de dicha protección».[155]

Dobson abogaba por distintos roles de género e identidades por el bien de los matrimonios, pero también por el del país. «No debemos abandonar el concepto bíblico de la masculinidad y la feminidad en esta etapa tan delicada de nuestra historia nacional», imploraba Dobson. En un escrito datado de 1975 había afirmado que el futuro de la nación dependía incuestionablemente de «cómo contemplara a sus mujeres». Denunciaba la «propaganda feminista» subyacente al retrato que se hacía de las mujeres en los medios de comunicación como figuras duras (si bien guapísimas) «capaces de desmantelar a cualquier hombre vivo con sus llaves de karate y sus patadas voladoras a los dientes», mujeres capaces de disparar con una precisión mortal y de jugar al tenis, e incluso al fútbol, como profesionales. «¡Claro que sí! Está claro que esta jovencita ha recorrido un largo, largo camino», escribió con una repugnancia mal disimulada. Hacia finales de la década de 1970, Dobson había desviado su atención hacia los hombres. Culpaba a las feministas de cuestionar «todo lo tradicionalmente masculino» y de alterar «los roles consagrados de protector y protegida». Y lo que era aún más nocivo, las feministas habían denigrado el liderazgo del hombre como «macho», dejando a los hombres confusos y al país en peligro. A ello se sumaba que los medios de comunicación se habían confabulado con ellas para retratar al «macho viril» como un anacronismo. El retrato desdeñoso de hombres en populares series cómicas formaba parte de un «ataque concertado a la “virilidad”». A raíz de todo aquello, los hombres se hallaban sumidos en un estado de confusión con respecto a su papel: «¿Partirá en defensa de su patria en tiempos de guerra o será su esposa quien luche en territorio extranjero? ¿Debería él llevar joyas y zapatos de satén o un bolso de mano? ¡Ay! ¿Queda algo que lo diferencie de la mujer?».[156]

Basándose en el trabajo del economista George Gilder, Dobson describió lo que estaba en juego cuando la sociedad abandonaba «la belleza del plan divino». Se suponía que un hombre debía enamorarse de una mujer y protegerla y ser su sostén. Cuando millones de familias seguían ese plan, la nación se mantenía fuerte y estable. Pero si los hombres se desviaban de este curso, la «perdición» era inevitable. Cuando los hombres no «encauzan sus energías para mantener un hogar, es de esperar que la drogadicción, el

alcoholismo, las intrigas sexuales, la inestabilidad laboral y un comportamiento agresivo permeen sin restricciones en la cultura». Lo que se necesitaba era «un llamamiento a las armas», un retorno «al papel masculino tradicional tal como se prescribía en la Biblia». Dobson sabía que iba con el pie cambiado a las tendencias prevalecientes, pero hablaba sin complejos: «Si esto es ser machista, sexista, chovinista y estereotípico, entonces me declaro culpable de los cargos». Con un placer evidente, añadía: «Por favor, envíen todas las cartas de odio a mi secretaria, que tiene un archivador específico para guardarlas».[157]

Dobson desempeñaría un papel fundamental congregando a las tropas de la derecha religiosa. Pero si fue capaz de movilizar a los evangélicos estadounidenses con tanta eficacia fue precisamente porque no parecía estarlo haciendo, al menos al principio. Su estilo campechano destacaba en marcado contraste con el planteamiento incendiario de los predicadores que dominaban las ondas hertzianas religiosas. Incluso tenía aspecto de persona amable e inofensiva. Con su cabello rubio, sus ojos azules, su sonrisa afable y su figura desgarbada —y con su discurso en California—, Dobson revistió sus enseñanzas patriarcales con una apariencia moderna. Desde buen principio se esforzó mucho por parecer apolítico. Sabía que su autoridad era como dispensador de consejos domésticos y se cuidó de no alienar a los oyentes con mensajes políticos estridentes, sobre todo a las amas de casa que sintonizaban su programa para escuchar consejos prácticos sobre crianza de los hijos. Se limitaba a ofrecer ayuda a los padres inseguros; ¿y qué padre no se ha sentido inseguro a la hora de criar a sus hijos?[158]

Dobson se esmeró mucho en que no pareciera que usurpaba el papel a las parroquias locales. En lugar de ello, les ofreció su colaboración dotándolas de boletines semanales, series de vídeos y otros recursos que las iglesias podían distribuir entre sus feligreses. Pastores y ancianos, amas de casa del entorno rural y zonas residenciales, todos ellos se convirtieron en parte de la gran familia de Enfoque. Las diferencias doctrinales sutiles que podían separar a los nazarenos de los bautistas del Sur o a los evangélicos de los fundamentalistas se pasaban por alto en el imperio en expansión de Dobson. La organización sorteaba los aspectos teológicos que provocaban división, y, para sintonizar con ella, no se requería ninguna experiencia de conversión, declaración de fe o promesas de exclusividad. Evangélicos de todo tipo recurrían a Dobson en busca de consejos, como también hacían

los protestantes y católicos tradicionales. (En el caso de los católicos, recurrir a curas célibes en busca de consejos prácticos sobre crianza cristiana tenía sus limitaciones obvias). Dobson también llegó a personas no practicantes, incluidos «creyentes que no pertenecían a ninguna religión» y eludían cualquier afiliación institucional formal. Para quienes consideraban que el cristianismo era sinónimo de tener una relación con Jesús, asistir a la iglesia no era necesariamente la principal seña de devoción religiosa. La incorporación de las creencias personales en las actividades cotidianas podía ser una expresión más auténtica de la fe personal. Ahora bien, pese a toda esta diversidad religiosa, el público de Dobson seguía siendo predominantemente blanco.[159]

A través de libros, boletines informativos y, sobre todo, de la radio, Dobson se convirtió en una presencia constante en los hogares y las vidas de decenas de millones de estadounidenses. Tal como lo describió un fiel oyente: «[Enfoque a la Familia] está tan entretejido en la trama de mi pensamiento y mis creencias que cuesta aislarlo, porque se ha convertido en parte de nosotros». En la década de 1980, Dobson recibía centenares de miles de cartas al año, la inmensa mayoría de ellas de mujeres. Atento a las necesidades de sus «afiliados», Dobson organizó un equipo de empleados que ofrecía consejo personalizado y recomendaba diversas publicaciones de Enfoque a la Familia. Su organización ofrecía dicho asesoramiento de manera gratuita, a cambio únicamente de «donativos sugeridos». De este modo, Dobson se hizo con un séquito leal, una comunidad unida por el consumo de sus consejos gratuitos. Luego vino el dinero. En 1987, Enfoque a la Familia se había convertido en un «imperio mediático evangélico en toda regla», con un presupuesto de unos 34 millones de dólares; en 1995, su presupuesto superaba los 100 millones de dólares.[160]

Transcurrida una década desde la publicación de *Cómo criar a un niño difícil,* Dobson se había establecido como un traficante de influencias evangélico. En la década de 2000, el programa radiofónico de Dobson se emitía a través de unas dos mil emisoras y llegaba a entre seis y diez millones de oyentes semanales. Había acumulado una lista de correo de más de dos millones de direcciones y su empresa había lanzado su propia editorial aprovechando su eficaz sistema de distribución. En aquella época, Richard Land, de la Convención Bautista del Sur, etiquetó a Dobson como «el líder evangélico más influyente de los Estados Unidos. […] Su influencia solo puede compararse con la que Billy Graham ejerció en las

décadas de 1960 y 1970». El hecho de que un psicólogo infantil, y no un pastor o un evangelista, sobrepasara en influencia a Graham era indicativo, en opinión de Land, de los cambios que estaban aconteciendo en el seno del evangelismo. Mientras que los «valores familiares» y de género ocupaban el centro de la identidad evangélica, un hombre que dispensaba consejos acerca de las obligaciones de los niños, sobre cómo enseñarlos a usar el orinal y sobre educación sexual para adolescentes logró alcanzar un estatus de celebridad que anteriormente estaba reservado para pastores y evangelistas.[161]

En un primer momento, Dobson negó la naturaleza política de su trabajo, pero sus enseñanzas tenían claras implicaciones políticas. Cuando empezó a involucrarse directamente en política, a principios de la década de 1980, lo hizo acompañado de su enorme y devoto ejército de seguidores. En 1988, un sondeo reveló que el 92 por ciento de los encuestados por Enfoque a la Familia votaban en las elecciones presidenciales, el 79 por ciento había firmado o hecho circular una petición y el 45 por ciento había hecho boicot a una empresa o un producto. Incluso después de volverse activista, la inmensa mayoría de los recursos de su empresa seguían estando consagrados a sus «ministerios familiares», si bien los consejos domésticos de Dobson siempre estaban ligados a una visión política más amplia. El lingüista cognitivo George Lakoff ha planteado que las metáforas rivales sobre la familia constituyen un divisor clave en la sociedad moderna. La moralidad se imagina a través de la metáfora, y las metáforas familiares se hallan en el núcleo de las concepciones del mundo político contemporáneo; mientras que los liberales se inclinan por un modelo de crianza basado en el afecto, los conservadores adoptan una metáfora más estricta regida por el padre. En el centro de la concepción del mundo de Dobson, y en el de muchos evangélicos conservadores, se hallaba la aplicación estricta de la autoridad patriarcal.[162]

Tanto para Dobson como para Gothard, los problemas de la familia moderna, y de la sociedad en general, podían retrotraerse a la erosión del poder patriarcal. Dentro de las alas separatistas y «respetables» del evangelismo, la defensa compartida del patriarcado contribuyó a la emergencia de una identidad cultural y a un creciente compromiso con el activismo político. Con el tiempo, esta alianza empezaría a delimitar las fronteras del propio evangelismo.

[140] Ingersoll, Julie J., 2015, *Building God's Kingdom: Inside the World of Christian Reconstruction,* Nueva York: Oxford University Press, pp. 17-18, 42 y 218-227; McVicar, Michael J. *Christian Reconstructionism: R. J. Rushdoony and American Religious Conservatism,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, p. 137.

[141] Rushdoony, Rousas John, 1973, *The Institutes of Biblical Law.* Filadelfia: Presbyterian and Reformed Publishing, pp. 200-203, citado en: Ingersoll. *Building God's Kingdom,* pp. 43-44.

[142] Smith, Bryan, 2016, «The Cult Next Door», *Chicago Magazine,* 20 de junio.

[143] Veinot, Don, Joy Veinot y Ron Henzel, 2003, *A Matter of Basic Principles: Bill Gothard and the Christian Life,* Lombard, Illinois: Midwest Christian Outreach, pp. 53-54.

[144] Ingersoll, *Building God's Kingdom,* p. 110.

[145] McVicar, *Christian Reconstructionism*, pp. 197-198; Ingersoll, *Building God's Kingdom,* p. 1.

[146] Gilgoff, Dan, 2007, *The Jesus Machine: How James Dobson, Focus on the Family, and Evangelical America Are Winning the Culture.* Nueva York: St. Martin's Press, pp. 21 y 23; Dobson, James, 1970. *Dare to Discipline.* Wheaton, Illinois: Tyndale House, p. 23.

[147] Dowland, Seth, 2015, *Family Values and the Rise of the Christian Right*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, p. 87.

[148] Stafford, Tim, 1988, «His Father's Son: The Drive Behind James Dobson, Jr.», *Christianity Today,* 22 de abril, p. 16.

[149] Buss, Dale, 2005, *Family Man: The Biography of Dr. James Dobson.* Wheaton, Illinois: Tyndale House, pp. 18 y 33; Gigoff, *Jesus Machine,* p. 20.

[150] Dobson, *Dare to Discipline,* pp. 6, 81-82; Buss, *Family Man,* p. 44.

[151] Gilgoff, *Jesus Machine,* pp. 20-23.

[152] Ridgely, Susan B., 2017, *Practicing What the Doctor Preached: At Home with Focus on the Family,* Nueva York: Oxford University Press, p. 29; Gilgoff, *Jesus Machine,* p. 24.

[153] Self, *All in the Family,* pp. 314-315.

[154] Collins, Gail, 2009, *When Everything Changed: The Amazing Journey of American Women from 1960 to the Present,* Nueva York: Little, Brown,

p. 288; Self. *All in the Family*, pp. 310 y 338; Wilcox, W. Bradford, 2004, *Soft Patriarchs, New Men: How Christianity Shapes Fathers and Husbands*, Chicago, Illinois: University of Chicago Press, p. 202.

[155] Dobson, James, 1975, *What Wives Wish Their Husbands Knew about Women*, Wheaton, Illinois: Tyndale House, pp. 62, 64 y 114 [*Lo que las esposas desean que los maridos sepan sobre las mujeres*, trad. de: Julio Rafael Maestro, Barcelona: Clie, 1990]; Dobson, James, 1980, *Straight Talk to Men and their Wives*, Waco, Texas: Word Books, p. 168.

[156] Dobson, *Straight Talk*, pp. 22-23, 69, 155, 157 y 159; *What Wives Wish*, pp. 35 y 140.

[157] Dobson, *Straight Talk*, pp. 23, 157 y 168.

[158] Gilgoff, *Jesus Machine*, p. 9

[159] Dowland, *Family Values*, p. 88; Ridgely, *Practicing What the Doctor Preached*, pp. 4-5, 28 y 32-34; Smidt, Corwin E., 2013, *American Evangelicals Today*, Nueva York: Rowan & Littlefield, p. 4.

[160] Ridgely, *Practicing What the Doctor Preached*, pp. 34-35; Gilgoff. *Jesus Machine*, pp. 26-28; Dowland, *Family Values*, p. 86.

[161] Stafford, «His Father's Son»; Gilgoff, *Jesus Machine*, p. 7.

[162] McDannell, Colleen, 2002, «Women, Girls, and Focus on the Family», en: Bendroth, Margaret Lamberts y Virginia Lieson Brereton (eds.), *Women and Twentieth-Century Protestantism*, Urbana: University of Illinois Press, p. 115; Lakoff, George, 1996, *Moral Politics: How Liberals and Conservatives Think*, Chicago: University of Chicago; Green, John C. *et al.*, 1996, *Religion and the Culture Wars: Dispatches from the Front.* Nueva York: Rowman & Littlefield, p. 81.

05

Esclavos y soldados

Cuando los evangélicos empezaron a movilizarse como fuerza política partidista, lo hicieron uniéndose en defensa de los «valores familiares». Pero la política de los valores familiares nunca consistió en proteger el bienestar de las familias en general. En esencia, los «valores familiares» evangélicos radicaban en la reafirmación de la autoridad patriarcal. En su nivel más básico, la política de los valores familiares giraba en torno al sexo y al poder.

Inspirados por hombres como James Dobson y Bill Gothard, los evangélicos apuntalaron la autoridad patriarcal tanto en lo personal como en lo político. En casa, los padres castigaban a los hijos y los maridos ejercían autoridad sobre sus mujeres; en el caso de los maridos y sus esposas, esta autoridad podía administrarse de modos muy íntimos. Fuera del hogar, el poder del patriarca garantizaba la seguridad del país. Tras la guerra de Vietnam, ello pasaba por un compromiso renovado con el militarismo. Así, la política de los valores familiares comportaba la aplicación de la subordinación sexual y social de las mujeres en la esfera doméstica y la promoción del militarismo estadounidense en el panorama nacional.

Phyllis Schlafly había ayudado a ensamblar aquel puzle de prioridades, pero, en la década de 1970, los evangélicos pasarían a desempeñar un papel esencial en la definición de la política de los valores familiares. A principios de la década de 1980, Tim LaHaye, Beverly LaHaye y Jerry Falwell se habían consagrado como los arquitectos de la «derecha religiosa». Juntos, se asegurarían de que la aplicación de la autoridad patriarcal en todas sus facetas ocupara el corazón de la política evangélica durante décadas.

Tim LaHaye es más conocido en la actualidad por ser el coautor de los libros *Left Behind*, una serie de novelas basadas en el éxtasis, un escenario premilenialista de fin de los tiempos en el que los creyentes ascienden al

cielo antes de que en la Tierra ocurran una serie de sucesos apocalípticos. Las novelas de LaHaye están repletas de dechados de masculinidad tosca y violencia redentora. El protagonista es un hombre llamado Rayford Steele, casado con su fiel esposa Irene, cuyo empleo en Amway, la empresa de Richard DeVos de productos para la salud, la belleza y el cuidado del hogar, da fe de su carácter caritativo. Sin embargo, la libido de Rayford lo hace sentirse atraído por una azafata de vuelo «que quita el hipo» y, mientras que su esposa sí asciende al cielo, él y la azafata no lo hacen. La serie concluye con un violento baño de sangre orquestado por el propio Cristo. El Cristo conquistador impone la paz mediante la espada, masacrando a decenas de miles de soldados enemigos que caen muertos, «abiertos en canal y fileteados», con la sangre brotando «de piel y venas» y las entrañas desparramadas por el suelo. En hechos de una virulencia sin precedentes, los enemigos de Cristo se llevan su merecido. Se han vendido más de sesenta y cinco millones de ejemplares de la serie *Left Behind* de LaHaye; un estudio calcula que uno de cada cinco estadounidenses se ha leído al menos uno de los libros. Pero fue otro tipo de éxtasis el que inspiró originalmente a LaHaye a escribir.[163]

En 1968, LaHaye publicó una guía del matrimonio con el curioso título de *How to Be Happy Though Married*.[164] El libro promocionaba la idea del «padre cabeza de familia», un concepto basado en las enseñanzas del Nuevo Testamento según el cual el marido tenía autoridad sobre la mujer y era responsable de ella. Para LaHaye, este aspecto revestía especial importancia en asuntos de finanzas. Además de otros temas más mundanos, LaHaye incluía un capítulo sobre las «alegrías físicas» con un útil glosario de términos («clítoris», «zona de la vulva», «glande», «zonas de sensibilidad sexual») y sendos gráficos detallados de la anatomía masculina y femenina. Lo publicó con la editorial Tyndale House Publishers dos años antes del clásico feminista *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, y en 1973 ya iba por la decimosexta reimpresión, con más de 300.000 ejemplares por tirada.[165]

La guía sexual conyugal de LaHaye se publicó en un momento en el que entre los evangélicos existía una preocupación creciente por el sexo en general. En 1960, la FDA, la Adminsitración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos, aprobó la primera píldora anticonceptiva. En 1962, Helen Gurley Brown publicó *Sex and the Single Girl*, y dos años después *Newsweek* anunció una «nueva moralidad» que requería solo una «relación

significativa» para mantener relaciones sexuales íntimas legítimas. En opinión de los evangélicos conservadores, aquella nueva normalidad no tenía nada ni remotamente moral y, a medida que su espacio fue ampliándose, también se multiplicó la inquietud entre los evangélicos por lo que se enseñaba sobre sexualidad en las escuelas públicas. Si ya no había un consenso acerca de los valores morales, ¿qué valores se transmitirían a sus hijos?[166]

No era una cuestión baladí, y Billy James Hargis, el pastor fundamentalista que sirvió de punta de lanza al anticomunismo cristiano en las décadas de 1950 y 1960, se marcó como misión proteger la pureza sexual de los niños estadounidenses. Cuando Hargis centró su atención en el sexo mediada la década de 1960, no lo hizo a expensas de su anticomunismo. Como Graham, Hargis consideraba la moralidad sexual esencial para defender el país frente al comunismo. Su cruzada no tardó en ganar adeptos. Con panfletos con títulos tan poco sutiles como «¿Es la escuela el lugar indicado para enseñar sexualidad?», figuras cristianas conservadoras hicieron sonar las alarmas y no tardarían en producirse enfrentamientos por la educación sexual en prácticamente la mitad de los distritos escolares de todo el país. Muchos de los ciudadanos que libraron aquella batalla eran los mismos que se oponían al control de las armas y a quienes desconcertaba la perspectiva de que se produjeran noviazgos interraciales en las escuelas tras la abolición de la segregación. Organizaciones como la John Birch Society y el Ku Klux Klan se sumaron a los esfuerzos de Hargis. La carrera de Hargis se truncó en seco en 1976, cuando la revista *Time* publicó una serie de indecencias sexuales del cruzado. Las acusaciones salieron a la luz después de que un alumno del instituto de Hargis le revelara a su novia durante su luna de miel que había mantenido relaciones sexuales con Hargis y, para su sorpresa, su novia le contestara que ella también. Pero hubo quien retomó la cruzada de Hargis donde él la dejó.[167]

El año de la debacle de Hargis, LaHaye y su esposa, Beverly, escribieron a dos manos un manual sexual cristiano más detallado que tenía por título *El acto matrimonial*. Los LaHaye estaban hondamente preocupados por los cambios en las costumbres sexuales, pero, como Marabel Morgan, no estaban en contra del sexo. En lugar de ello, planteaban un modelo distinto de liberación sexual: la liberación de las parejas heterosexuales para disfrutar libremente del sexo en los confines del matrimonio patriarcal.

Inspirados en parte por *La mujer total* de Morgan, los LaHaye también aconsejaban a las mujeres «asearse, maquillarse y arreglarse» antes de que su «maridito» regresara del trabajo, ya que la imagen de una «esposa zarrapastrosa» no solía incitar al amor.[168] Pero los LaHaye llevaron el consejo de Morgan un paso más allá, situando el sexo más plenamente en el marco de la autoridad patriarcal. «Dios diseñó al hombre para ser el agresor, el proveedor y el cabeza de familia», explicaban, y dichos roles estaban directamente relacionados con el impulso sexual del hombre. Un hombre no podía aplicar «un liderazgo agresivo» sin un impulso sexual agresivo, y a las mujeres reticentes más les valía acatar esto último. Al satisfacer a sus maridos sexualmente, las esposas desempeñaban un papel esencial inflando los egos de los hombres, lo que a su vez mejoraba el liderazgo de estos. Si un marido pecaba de poca seguridad en sí mismo, su esposa debía «hacerle el amor de manera agresiva […], vestirse provocadoramente y utilizar sus encantos femeninos para seducirlo» con el fin de ayudarlo «a recobrarla». El fracaso de una mujer en el dormitorio, dejaban claro los LaHaye, tenía consecuencias: «Pocos hombres aceptan el fracaso del matrimonio sin ser carnales, desagradables e insultantes». Dicho de otro modo, si un hombre no disfrutaba de cómo hacía el amor su mujer, podía encontrar maneras de hacerle saber su descontento. Así era la vida.[169]

El problema era que muchas esposas cristianas eran unas fracasadas en el dormitorio. Y, en ese sentido, los LaHaye se enfrentaban a un enigma. ¿Qué sucede cuando crees que los hombres tienen un apetito sexual voraz y que su capacidad para liderar sus familias y el país está vinculada con la satisfacción de dicho apetito, pero a sus esposas se les ha enseñado desde la infancia que la sexualidad debe ser contenida, controlada, suprimida? ¿Qué ocurre cuando las buenas esposas cristianas tienen pocos conocimientos sexuales y poco deseo aparente, cuando rebosan culpa y un sentido del pudor incapacitante? Obviamente, eso conllevaba conflictos en el dormitorio, conflictos a los que los LaHaye ofrecían una solución.

Se empeñaron en convencer a las recatadas mujeres cristianas de que no era pecado dejar que sus maridos las vieran desnudas, de que debían aprender a hablar de sexo sin vergüenza y educarse sobre cómo tener relaciones sexuales de un modo que tanto ellas como sus maridos disfrutaran. En *El acto matrimonial* ofrecían un amplio tratado sobre sexo. El libro era un manual de cerca de 300 páginas que respondía prácticamente a cualquier pregunta imaginable, a menudo con detalles gráficos: *¿Cómo*

puede un hombre retrasar el orgasmo lo suficiente para excitar a su esposa? ¿En qué consiste la manipulación oral de los pechos? ¿Es el clítoris de una mujer siempre el punto en que esta desea que la toque su marido para despertar en ella anhelo sexual? ¿Alguna mujer es frígida de nacimiento? ¿Puede una mujer cristiana inyectarse silicona en los pechos? ¿Pueden curarse un homosexual o una lesbiana? ¿Pueden los cristianos utilizar métodos anticonceptivos? Trazando una vía intermedia entre una represión sexual insana por un lado y los excesos de la revolución sexual por otro, los LaHaye ofrecían una visión de la sexualidad delimitada de manera segura por los confines de las estructuras de la autoridad patriarcal. Los hombres podían tener libidos desenfrenadas, que, simplemente, debían satisfacer en el contexto del matrimonio. Las mujeres debían refrenarse hasta el matrimonio, momento en el cual su deber era satisfacer las demandas de sus maridos.[170]

Para los LaHaye, la subordinación de las mujeres era teológica, social y sexual: «La misma naturaleza del acto matrimonial implica la rendición femenina». Con un vocabulario que volvería a aflorar en incontables libros posteriores sobre la masculinidad evangélica, los LaHaye aseguraban a los hombres que las mujeres anhelaban su liderazgo masculino heroico, tanto en el dormitorio como más allá de sus paredes: «En el corazón de toda niña (incluso cuando crece) acecha la imagen del príncipe apuesto que se dirige a lomos de un corcel blanco a despertar a la bella princesa con su primer beso de amor».[171]

Beverly y Tim desempeñarían funciones estratégicas en la derecha cristiana emergente. Los dos se habían conocido en la década de 1940 mientras estudiaban en la Bob Jones University, una universidad que tendría un papel central en los debates sobre la segregación y la educación cristiana privada a lo largo de las décadas de 1970 y 1980. (La Bob Jones University no admitió alumnos afroamericanos hasta 1971, y entonces lo hizo aplicando estrictas reglas que prohibían los noviazgos y matrimonios interraciales y que permanecieron en los códigos hasta el año 2000). Tim había servido como ametrallador en un cazabombardero en la Segunda Guerra Mundial y, después de licenciarse en la universidad, se había doctorado en Literatura por la Liberty University. En la década de 1950, los LaHaye habían participado en la migración evangélica hacia el sur de California, donde entretejerían el nuevo conjunto de temas que acabarían por definir el evangelismo estadounidense moderno.

Profundamente influida por Phyllis Schlafly, Beverly se convirtió en una influyente líder por sí misma. En 1976 publicó *The Spirit-Controlled Woman*, un libro del que se venderían más de 800.000 ejemplares, y en 1979 fundó la organización evangélica Concerned Women for America (CWA, por sus siglas en inglés),[172] dedicada a defender la causa antifeminista y pro familia. Al cabo de pocos años, CWA sobrepasaba al Eagle Forum de Schlafly en términos de suscriptoras e influencia en el seno del evangelismo estadounidense. Incluso más de lo que lo había hecho Dobson, Beverly LaHaye motivó a sus seguidoras a participar en política; el 98 por ciento de las integrantes de CWA votaron en las elecciones presidenciales de 1988, el 93 por ciento había firmado o hecho circular una petición, el 77 por ciento había boicoteado a una empresa o un producto, el 74 por ciento había contactado con un funcionario público y casi la mitad había escrito una carta al editor.[173]

Tim LaHaye era pastor y conferenciante (inclusive para la John Birch Society en las décadas de 1960 y 1970), y escribió más de 85 libros. Una muestra de sus títulos de no ficción revela los contornos de su concepción del mundo: *The Unhappy Gays: What Everyone Should Know about Homosexuality* (1978); *The Battle for the Mind* (1980), *The Battle for the Family* (1981), *The Battle for the Public Schools* (1982), *Faith in Our Founding Fathers* (1987) y *Raising Sexually Pure Kids* (1993).[174] En sus escritos, LaHaye denunciaba «el aborto a demanda, la legalización de los derechos de los homosexuales […], el tamaño y el poder del gran Gobierno, la eliminación de la pena capital, el desarme nacional, el aumento de los impuestos, la participación de las mujeres en combate, la aprobación de la Enmienda de Igualdad de Derechos y los autobuses escolares innecesarios». Para LaHaye, todo eran facetas del mismo proyecto.[175]

LaHaye se esforzó por suscitar entre los cristianos la sensación de estar bajo asedio. Advirtió de los medios de comunicación «liberales y humanistas» que corrompían el país, como resultaba evidente en «el adoctrinamiento pornográfico que se vende enmascarado como entretenimiento televisivo» en series y programas «amorales» como *Apartamento para tres*, *Dallas* y *Saturday Night Live*, pero también en televisión y en prensa escrita. Más en concreto, culpaba a los canales de noticias estadounidenses de su cobertura sesgada de la guerra de Vietnam, por «tergiversar» constantemente las noticias «para hacer que Estados Unidos pareciera el agresor», con lo cual estaban consiguiendo que toda

una generación se sintiera desilusionada con su país. *Time* y *Newsweek* tampoco eran de fiar; LaHaye recomendaba revistas como *Human Events* y *Conservative Digest* como alternativas. Pero lo que verdaderamente se necesitaba era un cuarto canal televisivo «consagrado a dar una perspectiva conservadora a las noticias», así como una agencia de noticias y una cadena de diarios conservadores, nuevos recursos que defendieran «los valores morales tradicionales, la iglesia de Jesucristo y un potente ejército nacional», así como otros valores conservadores.[176]

Como muchos otros líderes de la derecha religiosa, LaHaye se inspiraba en el reconstruccionismo cristiano. Haciendo alusión a Rushdoony y a su esfera de influencia, afirmaba que Estados Unidos se había fundado como un país cristiano y defendía la autoridad bíblica en el ámbito de la familia, la iglesia y el Gobierno. Ahora bien, en ciertos aspectos, la adopción del reconstruccionismo cristiano por parte de LaHaye es curiosa. Como la mayoría de los fundamentalistas, LaHaye era premilenialista. Los premilenialistas consideraban que los Estados Unidos de América, como cualquier otro país, estaban predestinados a la destrucción. Los reconstruccionistas, por su parte, eran posmilenialistas que creían que los cristianos debían establecer el Reino de Dios en la Tierra sometiéndolo todo a la autoridad o el dominio de Cristo antes de su regreso. La adopción del reconstruccionismo por parte de LaHaye demuestra que las contradicciones teológicas pueden suavizarse en la práctica. Al adoptar las enseñanzas reconstruccionistas de manera poco sistemática, los premilenialistas consiguieron poner un parche a la larga división en el seno del protestantismo conservador. Al parecer, aquellas objeciones de poca monta palidecían en comparación con sus causas comunes: el deseo de reivindicar la cultura de Cristo reafirmando la autoridad patriarcal y librando una batalla contra el humanismo laico invasor en todas sus variantes.[177]

Además de ayudar a forjar la filosofía de la derecha religiosa, LaHaye fue de vital importancia para construir su andamiaje organizativo. En 1981, fundó el Consejo de Política Nacional (CNP, por sus siglas en inglés), una organización influyente y hermética que sirvió como incubadora de políticas, contribuyó a empujar al Partido Republicano hacia la derecha y ayudaría a crear algunas otras organizaciones conservadoras en la década de 1980. Mediante la generación de ideas y redes, LaHaye se estableció como uno de los evangélicos más influyentes de finales del siglo XX, estatus que

compartía con otro actor clave en el auge de la derecha cristiana, el reverendo Jerry Falwell.[178]

Jerry Falwell se hizo eco y amplificó los temas articulados por Schlafly Dobson y los LaHaye. Estas personalidades habían vinculado la masculinidad cristiana con una potente defensa nacional y habían defendido el retorno a la virilidad del «macho», pero fue Falwell quien más claramente representó el cambio hacia una beligerancia y un militarismo más descarados.

Como Dobson, Falwell tuvo una relación difícil con su padre, un alcohólico que acabó sucumbiendo a una cirrosis del hígado cuando Falwell era adolescente. Falwell creció en Lynchburg, Virginia, una población que no se había recuperado de los desafíos económicos que acosaron la región tras la guerra de Secesión. Su madre se esforzó por criarlo como un buen bautista, lo llevaba a la iglesia y le hacía escuchar el programa radiofónico semanal de Charles Fuller *Old Fashioned Revival Hour*. (Fuller, precursor del evangelismo moderno, no era ni anticuado ni bautista). Falwell destacó en los deportes, siendo capitán del equipo de fútbol de su instituto, pero también era un as en matemáticas y quien sacaba las mejores notas en su clase. Después de que «lo salvaran» en el instituto, decidió matricularse en una universidad bíblica bautista para formarse para la clerecía. Tras su regreso a Lynchburg en 1956, puso en marcha su propia iglesia bautista fundamentalista. En aquellas fechas, gracias al incipiente complejo de la industria militar, nuevas fábricas se instalaban por toda la región. Y si bien Falwell ya había inculcado el anticomunismo en sus círculos bautistas fundamentales, los intereses empresariales de su población (y de su nueva iglesia) quedaron directamente vinculados con el capitalismo de la Guerra Fría.

Entre las personas que llegaron como un torrente a la Iglesia Bautista Thomas Road de Falwell se encontraban grandes números de inmigrantes de los Apalaches, personas trabajadoras que habían dejado los estados rurales en busca de nuevas formas de comunidad e identidad. Llevaron consigo una cultura militarista (y quizá también la sospecha de ser «forasteros») cuya génesis algunos historiadores sitúan en las convulsas zonas fronterizas entre Escocia e Irlanda de donde procedían originalmente sus familias. Falwell dio forma a un cristianismo idóneo para este contexto local, caracterizado por ser anticomunista, pro segregacionista y por estar

imbuido de una masculinidad combativa. Falwell, que construyó un imperio religioso en Lynchburg, exportó posteriormente esta fe politizada por todo el país a través de sacerdocios por televisión y radio.[179]

En 1979, espoleado por los veteranos de la campaña de Goldwater Howard Phillips, Paul Weyrich y Richard Viguerie, Falwell lanzó Mayoría Moral, una organización política cuyo objetivo era formar, movilizar y «electrizar» a la derecha religiosa, si bien se había pasado toda la década de 1970 defendiendo el nacionalismo cristiano. En 1976, el año del bicentenario de los Estados Unidos, había organizado una serie de mítines con el lema de «Amo América», actuaciones con una coreografía elaborada interpretadas en las capitales estatales de todo el país. El año siguiente dio su apoyo a Anita Bryant y Phyllis Schlafly en sus campañas «pro familia» y luego inició su propia campaña con el eslogan de «Limpiemos América». Al final de la década retomó sus mítines de «Amo América», posiblemente porque le quedaban Biblias conmemorativas del bicentenario de las que deshacerse. A Falwell le encantaban los espectáculos patrióticos. Uno de sus grupos musicales, Sounds of Liberty, estaba integrado por mujeres que llevaban «peinados a lo Ángeles de Charlie» y parecían «arrimarse a sus viriles compañeros».[180]

En 1980, Falwell publicó *Listen, America!*, un manual básico sobre la política de la derecha religiosa. Su público eran los sesenta millones de personas que Gallup[181] había identificado hacía poco como «cristianos renacidos», además de otros sesenta millones de «pro moralistas religiosos», a saber: su «Mayoría Moral». Con las cifras de su parte, había llegado el momento de reclamarle el país a una «ruidosa minoría de mujeres y hombres impíos» que habían llevado Estados Unidos «al borde de la muerte». No obstante, las primeras páginas de *Listen, America!* no versan en absoluto sobre Estados Unidos. De hecho, Falwell arrancaba con detalles gráficos de las atrocidades cometidas por los «comunistas vietnamitas» apoyados por Rusia y por los jemeres rojos respaldados por la «China Roja» en Camboya. Tales matanzas no tardarían en llegar a Estados Unidos, advertía, si no mantenían el comunismo a raya y combatían la «decadencia moral» que estaba destruyendo las libertades estadounidenses. Los signos de tal decadencia eran abundantes: «la defensa del estado del bienestar», los «programas de transferencia de ingresos», el divorcio, el aborto, la homosexualidad, el «humanismo laico» en las escuelas públicas, las guarderías financiadas con fondos federales y la Ley de Prevención y

Tratamiento de la Violencia Doméstica. Esta última era especialmente insidiosa, porque supondría la prohibición del «castigo físico como método de crianza de los hijos» y «la eliminación de la figura del marido como "cabeza de familia"». Otra ley a la sazón pendiente en el Senado (S. 1722) autorizaría a las mujeres a demandar a sus maridos por violación, afirmaba Falwell. El Departamento de Salud, Educación y Bienestar era uno de los objetivos prioritarios de la ira conservadora. Creado en 1953, supervisaba la integración en las escuelas y revisaba el plan de estudios de las escuelas públicas y el gasto en bienestar, fondos que los conservadores opinaban que estarían mejor invertidos en la defensa del país.[182]

Falwell ofrecía soluciones al desalentador panorama en el que se encontraba sumido el país: la libre empresa (tal como estaba «claramente esbozada en los Proverbios»), el patriotismo, la confianza en Dios en lugar de en el Gobierno y la adopción de un postura firme en contra de la Enmienda de Igualdad de Derechos, del feminismo y de la «revolución homosexual». La defensa de la familia era la pieza central de la ideología de Falwell. Dios había creado las familias con una finalidad: las familias eran esenciales para la procreación y, debidamente estructuradas en torno a la autoridad patriarcal, eran también el mecanismo de Dios para controlar y «contener» la Tierra. Pero la institución de la familia estaba en peligro. La protección de la familia exigía un renacimiento moral y algo aún más importante: un ejército revitalizado. Según explicó Falwell, «el ejemplo más destacable de actividad ilícita gubernamental en sus obligaciones con la familia se encuentra en el ámbito de la defensa». Debido al «desarme unilateral [del Gobierno], la destrucción mutuamente asegurada y la aceptación de la superioridad militar soviética», Estados Unidos había dejado desprotegidas a sus familias.[183]

Los ciudadanos cristianos debían rectificar esta situación. Para evitar que los estadounidenses se dejaran engatusar por las tradiciones del pacifismo cristiano, Falwell insistía en que el cristianismo autorizara la agresión militar. La Epístola a los Romanos dejaba claro que Dios otorgaba a los funcionarios gubernamentales «el derecho a llevar espada». Más aún, «un dirigente político, en tanto que pastor de Dios, es un vengador encargado de descargar su ira sobre los malhechores». Por consiguiente, el Gobierno estadounidense tenía todo el derecho a «utilizar su armamento para arremeter contra quienes harían el mal hiriendo a otras personas». Los buenos ciudadanos debían someterse a sus Gobiernos y honrar a quienes

ocupaban puestos de autoridad sobre ellos; por su parte, los funcionarios gubernamentales, «pastores de Dios», debían garantizar la seguridad de la ciudadanía convirtiéndose en «un terror para los malhechores tanto dentro como fuera del país». En última instancia, la seguridad de Estados Unidos dependía de sus hombres: «Hoy necesitamos en Estados Unidos un liderazgo potente, dinámico y devoto».[184]

El activismo político indisimulado de Falwell en las décadas de 1970 y 1980 le comportó un importante contratiempo personal. En la década de 1960 había predicado en contra de la participación política de los cristianos. Los cristianos tenían una única labor: predicar la palabra de salvación de Dios a través de Cristo. «No se nos pide que libremos guerras contra contrabandistas, comercios de bebidas alcohólicas, ludópatas, asesinos, prostitutas, estafadores, personas o instituciones con prejuicios ni cualquier otro mal existente como tal», había argumentado. El ejercicio de la fe cristiana comportaba transformación, no reforma: «El Evangelio no limpia el exterior, sino que regenera el interior». El deber civil de un cristiano era pagar impuestos, votar y obedecer las leyes nacionales. Cualquier actividad política más allá de ello distraía a los cristianos de su único objetivo: «conocer a Cristo y darlo a conocer».[185]

Y si esta retórica apolítica se antoja extraña viniendo del fundador de la Mayoría Moral, téngase en cuenta que Falwell había dirigido su anterior denuncia del activismo político cristiano contra los «clérigos y manifestantes», es decir: contra los pastores cristianos que participaban activamente en el movimiento en defensa de los derechos civiles. Nacido en el Sur, Falwell era segregacionista. En lugar de temer que el racismo desacreditara a Estados Unidos a ojos del mundo, Falwell insistía en que la agitación de los derechos civiles estaba espoleada por simpatizantes comunistas. Consideraba que la raíz del movimiento era el marxismo, no una tradición cristiana de justicia social. Falwell ayudó a liderar campañas locales para oponerse a la integración en las escuelas, incluso aunque eso significara desafiar a la Administración de Eisenhower, a ambos partidos nacionales y a los empresarios principales de Lynchburg. Inauguró su propia academia cristiana privada en 1967, el mismo año que su estado impuso la abolición de la segregación de manera inmediata en las escuelas públicas. Falwell cambió su posición sobre la implicación política cuando lo estimó necesario para conservar los derechos de los segregacionistas y esquivar la arremetida laicista. En 1980, Falwell repudió sus enseñanzas

previas tachándolas de «falsa profecía». De hecho, en aquel entonces, en un momento en el que el Congreso empezó a reclutar mujeres para el servicio militar, abogaba ya por la desobediencia civil.[186]

En su lucha por los derechos de las familias (blancas) y en defensa del país, Falwell empleaba un vocabulario explícitamente militarista. En 1981, la periodista Frances FitzGerald presentó a Falwell al público estadounidense en un largo reportaje publicado en el *New Yorker*. Falwell estaba «librando una guerra santa», una guerra para plantar cara al feminismo, al aborto a demanda, a la injerencia del Gobierno en cuestiones familiares, al abandono de Taiwán, a la interferencia del Servicio de Impuestos Internos en las escuelas cristianas, a los derechos infantiles y a la «homosexualidad galopante», todo aquello que había corrompido la moral nacional y debilitado su capacidad para hacer frente al comunismo. En opinión de Falwell, aquella guerra enfrentaba a quienes amaban a Jesús contra quienes lo odiaban, y quienes amaban a Jesús debían prepararse para ser insultados por el bando contrario.[187]

Las metáforas militares estructuraban la idea que Falwell tenía del cristianismo. La iglesia era un «ejército equipado para batallar»; las catequesis, un «escuadrón de ataque», y la radio cristiana, «la artillería». Los cristianos, «como los esclavos y los soldados», no hacen preguntas. Como una fuerza de ocupación, debían avanzar «bayoneta en mano» para someter al enemigo al evangelio de Cristo. El enemigo en este caso era humano, según FitzGerald: cualquiera que no suscribiera la rama fundamentalista de Falwell. El militarismo de Falwell daba forma al evangelio que predicaba, así como al salvador que lo protagonizaba. A Falwell le ponían enfermo los retratos «afeminados» de Cristo como un hombre delicado con «largo cabello y fluidas túnicas». Jesús «era un hombre con músculos […] y Cristo era un machote».[188]

La retórica de Falwell recordaba a la de la beligerancia fundamentalista anterior, pero él la combinó con el militarismo de la Guerra Fría y con una reafirmación rígida de los roles de género patriarcales; para Falwell, ambos se definían y reforzaban mutuamente. Y dicha retórica caló entre los miembros de su congregación. La región que rodeaba Lynchburg tenía una marcada tradición militar y, en la Iglesia Bautista Thomas Road, el servicio militar «probablemente fuera más la regla que la excepción». Para los feligreses que se habían instalado allí procedentes de la región de los Apalaches, el cristianismo militarista por el que abogaba Falwell encajaba a

las mil maravillas con las tradiciones históricas del honor masculino y la violencia. La militancia de Falwell prometía protección, tanto frente a los enemigos internos como externos. De este modo, la autoridad de Falwell dependía de mantener la sensación de vulnerabilidad entre sus seguidores. Y eso se conseguía fabricando de continuo nuevos enemigos. El peligro, la discriminación y el menosprecio acechaban en cada esquina. Fuerzas malévolas se alineaban en contra de los verdaderos creyentes. Lo más probable era que los forasteros fueran enemigos. Las amenazas de índole espiritual y cultural requerían un cristianismo combativo; las amenazas al país requerían un militarismo sin reservas.[189]

En el verano de 1980, un evento crucial unió a Falwell, a los LaHaye y a otros arquitectos de la derecha religiosa de una manera espectacular. Resulta que los conservadores no eran los únicos que se habían preocupado por el futuro de las familias estadounidenses. Tanto las feministas como los liberales, las iglesias progresistas, los activistas afroamericanos y chicanos, médicos, académicos y profesionales (incluso la National Gay Task Force) se habían volcado en reforzar y proteger las familias en la década de 1970. Convencido de que los conservadores y los liberales podían aunar fuerzas por una causa común, el presidente Carter organizó la Conferencia de la Casa Blanca sobre Familias. Pero las cosas no salieron según lo previsto.

Mucho antes de la conferencia, era imposible pasar por alto las líneas de falla. ¿Quién daría la definición de «familia»? Los conservadores abogaban por el modelo «tradicional»: una familia arquetípica encabezada por un hombre blanco y heterosexual encargado de poner el pan en la mesa. Los liberales proponían un modelo de familia más adaptativo en el que tenían cabida tanto las familias monoparentales como las homosexuales. Los liberales exigían al Gobierno que apoyara económicamente a las familias. Los conservadores se oponían a la «interferencia» gubernamental y, en su lugar, proponían proteger a las familias de la erosión moral.[190]

En cuanto a la movilización de las fuerzas de base, los conservadores se llevaban la palma. Llevaban más de una década tejiendo redes y refinando sus posiciones políticas y sabían a qué se enfrentaban: las guarderías públicas, la Enmienda de Igualdad de Derechos, el *Caso Roe contra Wade*, la Ley de Prevención y Tratamiento de la Violencia Doméstica, el feminismo y los derechos de los homosexuales. Todos aquellos puntos críticos había movilizado a un movimiento «pro familia» y matizado los

temas de debate de los cristianos conservadores. Pero el activismo de base tenía sus límites; después de que los organizadores seleccionaran a los participantes (más de 100.000 ciudadanos participaron en diversas etapas del proceso), los conservadores empezaron a quejarse de no estar debidamente representados. Por más que luego alegara que Enfoque a la Familia no era una organización política, la clara implicación política de Dobson puede retrotraerse al momento en el que instó a sus radioyentes a escribir a la Casa Blanca solicitando su inclusión en aquella conferencia. Y no lo decepcionaron: se recibieron 80.000 cartas. Aun así, a Dobson únicamente se le extendió una invitación a hablar en un evento previo a la conferencia.[191]

Frustrados, los conservadores denunciaron lo que veían como una maquinación liberal para secuestrar la conversación. Alegando encolerizados que los organizadores de la conferencia habían excluido de las recomendaciones finales temas planteados por ellos, como la prohibición del aborto, la defensa de la oración en las escuelas y la oposición a los derechos de los homosexuales, los delegados conservadores abandonaron la conferencia oficial en señal de protesta. Un mes más tarde organizaron su propia contraconferencia en Long Beach, California, un evento que aunó las fuerzas de la derecha religiosa pro familia. Dobson, Schlafly, Falwell y los LaHaye pronunciaron en ella sus parlamentos para reunir a las tropas. El momento era estratégico. Con las elecciones de 1980 a semanas vista, sumaron esfuerzos para desbancar a Carter.

Para los evangélicos, Carter había sido una decepción sin paliativos. Denunciaban a la Administración Carter por ponerse del bando de las feministas y por «cortejar el voto homosexual». Y por si eso fuera poco, Carter había supervisado lo que los conservadores percibían como el pasmoso declive del poderío estadounidense. En su primer día en el ejercicio del cargo, había indultado a los insumisos. Había accedido a entregar el canal de Panamá y había firmado un acuerdo de control del armamento nuclear. Había dejado que los sandinistas tomaran Nicaragua y había permitido el derrocamiento del sah de Irán. El secuestro de 52 rehenes americanos en la embajada de Estados Unidos en Teherán había sido un golpe especialmente humillante. Por su parte, el presidente estaba enfangado en una «crisis de confianza» y parecía incapaz de liderar el país para sacarlo del embrollo en el que lo había metido. A todo ello se sumaba que vestía chaquetas de punto y sonreía demasiado. Incluso los medios

nacionales proclamaban que Carter era un «pelele», y la etiqueta se le quedó.[192]

Y aquel aspecto de Carter enervaba especialmente a los evangélicos estadounidenses, que habían situado el poder patriarcal en el centro de su identidad cultural y política. Tenían una honda sensación de traición. A fin de cuentas, se suponía que Carter era uno de ellos: era un evangélico renacido, sureño y maestro de catequesis, y ellos habían contribuido a su elección con el objetivo de que restaurara el firme anclaje moral del país tras el escándalo del Watergate. Incluso había servido durante una temporada como submarinista naval. Pero estaba claro que no era uno de ellos en los temas más importantes. Deberían buscar en otra parte el liderazgo fuerte y masculino que el país requería con tanto apremio.

---

[163] Bivins, Jason C., 2008, *Religion of Fear: The Politics of Horror in Conservative Evangelicalism*, Oxford: Oxford University Press, pp. 194-195; LaHaye, Tim, y Jerry B. Jenkins, 2004, *Glorious Appearing: The end of Days*. Wheaton, Illinois: Tyndale House, pp. 204 y 225-226, citado en: Bivins. *Religion of Fear*, pp. 207-208; Chapman, Jennie, 2013. *Plotting Apocalypse: Reading, Agency, and Identity in the Left Behind Series*, Jackson: University Press of Mississippi, p. 4.

[164] «Cómo ser feliz pese a estar casado». *(N. de la T.)*

[165] LaHaye, Tim, 1968, *How to Be Happy Though Married*, Wheaton, Illinois: Tyndale House Publishers.

[166] «The Morals Revolution on the U.S. Campus», *Newsweek*, 6 de abril de 1964, citado en: Griffith, R. Marie, 2017. *Moral Combat: How Sex Divided American Christians and Fractured American Politics*. Nueva York: Basic Books, pp. 155-156.

[167] Griffith, *Moral Combat*, pp. 172-173, 177 y 198-199; «The Sins of Billy James», *Time*, 16 de febrero de 1976, p. 68.

[168] LaHaye, Tim y Beverly, 1976, *The Act of Marriage: The Beauty of Sexual Love*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, p. 97. [*Acto matrimonial*, trad. de: Olga Varady. Barcelona: Clie, 2011].

[169] LaHaye y LaHaye, *Act of Marriage*, pp. 22-25 y 36.

[170] LaHaye y LaHaye, *Act of Marriage*, pp. 234-291.

[171] LaHaye y LaHaye, *Act of Marriage*, pp. 28 y 133.

[172] «Mujeres Preocupadas por América». *(N. de la T.)*

[173] Green *et al. Religion and the Culture Wars*, p. 81.

[174] Estos libros no están publicados en el mercado hispanohablante. Sus títulos se traducirían como: «Homosexuales infelices: lo que todo el mundo debería saber de la homosexualidad» (1978); «La batalla por la mente» (1980), «La batalla por la familia» (1981), «La batalla por las escuelas públicas» (1982), «Fe en nuestros padres fundadores» (1987) y «Cómo criar niños sexualmente puros» (1993). *(N. de la T.)*

[175] LaHaye, Tim, 1980, *The Battle for the Mind*, Old Tappan, Nueva Jersey: Fleming H. Revell, p. 142.

[176] LaHaye, *Battle for the Mind*, p. 154; LaHaye, Tim, 1982, *The Battle for the Family*. Old Tappan, Nueva Jersey: Fleming H. Revell, pp. 108-109, 127-131.

[177] Ingersoll, *Building God's Kingdom*, p. 22-23 y 26-38.

[178] Kirkpatrick, David D., 2014, «The 2004 Campaign: The Conservatives; Club of the Most Powerful Gathers in Strictest Privacy», *New York Times*, 28 de agosto; Eskridge, Larry, 2001, «And, the Most Influential American Evangelical of the last 25 Years Is…», *Evangelical Studies Bulletin*, invierno, p. 3.

[179] Williams, *God's Own Party*, pp. 43-45.

[180] Goldberg, Michelle, 2006, *Kingdom Coming: The Rise of Christian Nationalism*, Nueva York: W. W. Norton, p. 11; Steinfels, Peter, 1989, «Moral Majority to Dissolve; Says Mission Accomplished», *New York Times*, 12 de junio; FitzGerald, Frances, 1981, «A Disciplined Charging Army», *The New Yorker*, 18 de mayo.

[181] Gallup es una empresa estadounidense independiente de investigación y análisis de mercados y asesoría. *(N. de la T.)*

[182] Falwell, Jerry, 1980, *Listen, America!* Nueva York: Doubleday, nota del autor, pp. 72 y 130-131.

[183] Falwell, *Listen, America!*, pp. 19, 123 y 132.

[184] Falwell, *Listen, America!*, pp. 16-17 y 98.

[185] FitzGerald, «A Disciplined Charging Army».

[186] Falwell, Jerry, «Segregation or Integration – Which?», citado en: Williams, *God's Own Party*, p. 46; FitzGerald. «A Disciplined Charging Army».

[187] FitzGerald, «A Disciplined Charging Army».

[188] FitzGerald, «A Disciplined Charging Army».
[189] FitzGerald, «A Disciplined Charging Army».
[190] Self, *All in the Family*, pp. 336-337.
[191] Gilgoff, *Jesus Machine*, p. 31.
[192] Katz, Jackson, 2016, *Man Enough? Donald Trump, Hillary Clinton, and the Politics of Presidential Masculinity*, Northampton, Massachusetts: Olive Branch Press, pp. 75-76.

06

Directos a la yugular

En agosto de 1980, solo un mes después de la Conferencia Pro Familia en Long Beach, los líderes cristianos conservadores volvieron a reunirse, en esta ocasión en Dallas, en el encuentro nacional de Religious Roundtable. Con banderas estadounidenses ondeando y entre gritos de «¡Aleluya!», los oradores advirtieron de la decadencia moral del país y de su declive como potencia militar. Planeado por el telepredicador evangelista James Robison, el evento reunió a Falwell, Schlafly y los LaHaye, además de Pat Robertson, D. James Kennedy y destacados conservadores, entre ellos el senador republicano Jesse Helms, el cofundador de Amway Richard DeVos y el entrenador de los Dallas Cowboys Tom Landry.[193]

El cometido de Robinson, que era evangelista, era convertir a su público a la política. «¡No votar es un pecado contra Dios Todopoderoso! —pronunció—. ¡Estoy cansado, harto, de oír hablar de radicales, de pervertidos, de liberales, de izquierdistas y de comunistas que salen del armario! Ha llegado la hora de que el pueblo de Dios salga del armario, salga de las iglesias y cambie los Estados Unidos de América!». Pero Robinson no se limitó a espolear la participación política, sino que llamó a un activismo partidista. La salvación política podía hallarse en el Partido Republicano. Después de que Robinson arengara a la multitud, el invitado de honor ocupó su lugar tras el atril: «Sé que no podéis darme vuestro apoyo —dijo bromeando el candidato republicano a la presidencia—, pero quiero que sepáis que yo sí os apoyo, a vosotros y a vuestro programa». La derecha religiosa había encontrado a su líder en Ronald Reagan.[194]

Las credenciales religiosas de Reagan dejaban mucho que desear. Aunque se había criado en la fe presbiteriana, acudía esporádicamente a la iglesia. Y, además, estaba divorciado. «Reagan no era el mejor cristiano que había puesto los pies en la Tierra —reconocía un líder de la derecha cristiana—,

pero no teníamos otra alternativa». Su historial como gobernador de California también era ambivalente. Había apoyado la Enmienda de la Igualdad de Derechos, había legalizado el aborto terapéutico y se había negado a respaldar un referéndum en contra de los derechos de los homosexuales. Pero en torno a 1980 se había convertido ya en un experto en los temas de debate conservadores. Y había manifestado su apoyo a la oración y la enseñanza del creacionismo en las escuelas públicas, se había posicionado públicamente en contra del aborto y había revertido el curso de la Enmienda de la Igualdad de Derechos, alegando que denigraba a las madres que ejercían de amas de casa y obligaba a las mujeres a ir a la guerra. (Contrató a Beverly LaHaye como parte de la junta asesora sobre política familiar de su campaña). Lo que había seducido a Reagan del Partido Republicano era lo mismo que había seducido a los evangélicos: la mezcla de anticomunismo, nacionalismo cristiano y nostalgia por un pasado legendario del país. Cuando subió al estrado en Dallas, Reagan dominaba ya a la perfección el vocabulario de la derecha cristiana. Tal como había hecho Goldwater años antes, prometió la paz a través de la fuerza, rechazó la «desesperanza y el pesimismo» de Carter y declaró que Estados Unidos aún podía convertirse «en una ciudad resplandeciente en la cima de una montaña».[195]

Reagan no solo hablaba el lenguaje de la derecha, sino que tenía el aspecto idóneo para el papel. En contraste con Carter, emanaba firmeza y fuerza masculina. Recién salido de su rancho en California, parecía un vaquero de verdad y, gracias a sus películas, también pasaba por héroe de guerra. Con su rostro rubicundo, su desenfado y su firme conservadurismo, era el actor idóneo para el papel de héroe de la derecha religiosa.[196]

La víspera de las elecciones de 1980, Reagan pronunció un último discurso ante los electores a través de la televisión nacional. Dibujó una imagen adusta de los tiempos que vivían, hablando de «disturbios y asesinatos», de Vietnam y de «la deriva y el desastre en Washington». Había llegado el momento de que los estadounidenses eligieran un camino para avanzar. Algunos podían querer abandonar el sueño americano, pero él ofrecía una visión cortada por el patrón de su amigo John Wayne, «un símbolo del país en sí mismo». Wayne había fallecido el año previo y los titulares lo había elogiado como «El último héroe americano». Pero Reagan rechazaba ese epitafio. Conocía bien a Wayne, «y le habría reventado que lo llamaran “el

último héroe americano” afirmaba Reagan—. El Duque no creía que nuestro país estuviera listo para ser lanzado al cubo de la basura de la historia». Y él tampoco. Al día siguiente, los estadounidenses apostaron por el heroísmo. Wayne no vivió para ver a su viejo amigo convertido en presidente electo, pero incluso muerto había desempeñado un papel.[197]

Reagan nunca fue una estrella de cine del calibre de Wayne, pero los dos tenían ciertas similitudes. Tanto en pantalla como fuera de ella, ambos eran una amalgama de leyenda y realidad. Los dos habían encarnado a héroes de guerra, y muchos de sus admiradores confundían la ficción con la realidad. Ambos simbolizaban, asimismo, un rechazo propio de la vieja escuela de la agitación social de las décadas de 1960 y 1970. Uno de los periodistas de la revista *American Cowboy* describía a Wayne como «emblema de una virilidad fuerte y silenciosa, del valor y el honor en un mundo de timidez e indiferencia moral». En una sociedad que «avanzaba a marchas forzadas hacia la permisividad», Wayne encarnaba la autoridad. En una entrevista concedida en 1971 a *Playboy*, Wayne había denunciado aquella cultura de la permisividad sin titubeos, dejando claro que por permisividad entendía «seguir el método del doctor Spock para criar a los niños». Tras quince o veinte años, las consecuencia de aquella actitud del «todo vale» se apreciaban por todas partes, sobre todo en el comportamiento de una generación de «*hippies* descastados». Y Reagan estaba de acuerdo.[198]

Reagan se había especializado en interpretar el papel del padre severo y autoritario. Un mes después de la masacre de la Universidad Estatal de Kent,[199] en la primavera de 1970, su respuesta al descontento estudiantil fue taxativa: «Si hace falta un baño de sangre, afrontémoslo. Se acabó el apaciguamiento». Se postuló como el candidato que combatiría con dureza la delincuencia, y eso, para los conservadores, generalmente se aplicaba en concreto a delitos de cierta índole: la «delincuencia en las calles» o la amenaza de los hombres negros. La violencia doméstica, las agresiones sexuales y la pedofilia no contaban. La tranquilidad en el hogar podía imponerse mediante la ley y el orden. No debería sorprender que un país que convirtió a Wayne en su estrella cinematográfica preferida (encabezó las listas de popularidad hasta 1995) también eligiera presidente a Reagan. Los hombres blancos en particular admiraban su pavoneo, su confianza masculina a la antigua usanza y su aparente predisposición a ejercer la autoridad incluso si exigía violencia.[200]

Para los evangélicos conservadores, Reagan era un enviado de Dios. Frente al «factor pelele» de Carter, Reagan proyectaba el liderazgo tosco y masculino que consideraban que el país necesitaba de manera desesperada. (Era mucho más fácil atribuir los fracasos de Carter a su masculinidad deficiente que culpar de ellos a las políticas aplicadas por el país desde hacía décadas). La masculinidad irrefutable de Reagan también tranquilizaba a los conservadores que veían con inquietud el movimiento en favor de los derechos de los homosexuales. A los cristianos conservadores no se les había escapado que la masculinidad del propio Carter pareció brillar por su ausencia incluso mientras «el movimiento homosexual alcanzaba su máximo nivel de influencia» bajo su supervisión.[201]

En 1980, en unos comicios ampliamente encumbrados como el momento en el que la derecha cristiana cobró vida, los votantes evangélicos dejaron de lado al candidato que compartía su fe por tradición en favor de uno cuya imagen y retórica se alineaban más con sus valores y aspiraciones. Guiados por predicadores como Robison, Falwell y LaHaye, el 67 por ciento de los votantes evangélicos eligieron a Reagan en detrimento de Carter; apenas cuatro años antes, Carter había obtenido el 49 por ciento del voto evangélico y el 56 por ciento del voto bautista blanco. Aunque los evangélicos blancos apoyaron a Reagan en mayor proporción que los blancos no evangélicos, probablemente no fueron el factor determinante en aquellas elecciones; la impopularidad generalizada de Carter, el estancamiento de la economía y el drama de la crisis de los rehenes de Irán probablemente habrían garantizado la victoria a Reagan incluso sin la movilización de los pastores evangélicos y los activistas de base. Sin embargo, aunque la derecha cristiana tal vez no decantara las elecciones en favor de Reagan, sí consiguió asegurar la lealtad de los evangélicos al Partido Republicano. A partir de Reagan, ningún demócrata volvería a obtener el apoyo mayoritario de los evangélicos blancos, ni por asomo. Dicha lealtad hacia el Partido Republicano continuaría afianzándose y los evangélicos utilizarían su influencia electoral para contribuir a dar forma al programa republicano durante toda la generación siguiente.[202]

Reagan sacó partido de la estrategia que habían aplicado sus predecesores republicanos en el Sur. Desde la década de 1950, los sureños blancos habían ido abandonando el Partido Demócrata, y la firma de la Ley de Derechos Civiles por parte de Johnson no hizo más que acelerar este proceso. Como Nixon, Reagan era experto usando la retórica codificada racialmente, como

«derechos de los estados», «ley y orden» o «autobuses escolares obligatorios», para atraer al votante blanco. De hecho, había lanzado su campaña en la Feria del Condado de Neshoba alabando los derechos estatales a apenas unos kilómetros de Filadelfia, Misisipi, donde habían asesinado a tres defensores de los derechos civiles en 1964, e hizo campaña en la Bob Jones University en un momento en el que la institución era un faro para las escuelas cristianas privadas que se oponían a la abolición obligatoria de la segregación. Y así fue como, en la década de 1980, el Partido Demócratico se convirtió en un partido de liberales, afroamericanos y feministas, y el Partido Republicano en el partido de los conservadores, los tradicionalistas y los segregacionistas.[203]

Los evangélicos blancos no se limitaron a participar en este realineamiento, sino que lo instigaron. Billy Graham fue autor de la estrategia sureña, asesorando a los republicanos sobre cómo abrirse camino entre los evangélicos que, como él, eran demócratas de nacimiento. Los pastores del Sur, en general, también se pasaron al Partido Republicano antes que los habitantes blancos del Sur. El cambio bautista sureño al Partido Republicano coincidió con una «resurgencia conservadora» en el seno de la confesión. Por tradición, los bautistas habían apoyado la separación de la Iglesia y el Estado y habían apostado por el libertarismo civil en materia de temas sociales. Con el poder asegurado en el Sur, habían sorteado en gran medida los desafíos de la modernidad en la década de 1920 y la respuesta reaccionaria a esta; en la década de 1940, no habían visto motivo para unirse a la NAF.[204] Por el hecho de haber invertido menos energía en delinear las fronteras de su doctrina, los bautistas sureños habían dado cabida a un amplio abanico de opiniones sobre temas teológicos y sociales. De ahí que entre el cristianismo bautista del Sur hubiera figuras tan dispares como Billy Graham, W. A. Criswell, Jimmy Carter y Bill Clinton, entre otros.[205]

Ciertamente, muchos bautistas sureños respaldaban el *statu quo*, incluidos el patriarcado y la supremacía blanca. A finales de la década de 1960, cuando la supremacía blanca explícita ya no era sostenible, el género cobró si cabe más relevancia. Hasta entonces, los bautistas sureños habían tenido concepciones variadas de los roles de género. Algunos creían que la Biblia prohibía a las mujeres predicar y enseñar, mientras que otros apoyaban su liderazgo religioso. Pero, a principios de la década de 1960, los

fundamentalistas empezaron a batallar por el control del cristianismo bautista del Sur y el tema central de sus pugnas fue el género.[206]

En 1979, los bautistas sureños conservadores tenían una aguda sensación de crisis cultural y se propusieron imponerse en la confesión. Paige Patterson, Paul Pressler, W. A. Criswell y otros pastores y legos de su cuerda urdieron un plan que implicaba elegir a conservadores para la presidencia del cristianismo bautista del sur y controlar las designaciones estratégicas del comité. Aquel año, mediante diseños cuidadosamente orquestados, lograron elegir a uno de sus filas como presidente de la convención en Houston. Los moderados alegaron que habían jugado sucio (las maquinaciones políticas de aquella índole no eran propias de los bautistas), pero los conservadores no dieron muestra de remordimientos; iban «directos a la yugular». Uno a uno, los conservadores se hicieron con el control de los seminarios de la confesión y fueron purgando las facultades de voces moderadas. Los moderados denunciaron este «autoritarismo obnubilado por el poder, su ética de ganar a toda costa y la absoluta desatención de los valores personales y la libertad religiosa», pero fue en vano.[207]

Los relatos sobre las batallas por la Convención Bautista del Sur suelen centrarse en la cuestión de la inerrancia bíblica, pero ese debate en parte camufla una lucha por el género. A los conservadores les alarmaba la liberación de la mujer, el aborto y el cambio de perspectiva sobre la sexualidad en general, pero también tenían inquietudes específicas con respecto a la Convención Bautista del Sur. El «feminismo evangélico» se había ido abriendo camino entre los círculos bautistas sureños y un número creciente de mujeres bautistas habían empezado a cuestionar el liderazgo masculino y a reclamar posiciones de mando; entre 1975 y 1985, el número de mujeres ordenadas en la Convención Bautista del Sur aumentó de manera significativa. Aquellas mujeres insistían en interpretar los textos bíblicos en su contexto, teniendo en cuenta la coyuntura en la que fueron escritos. En cambio, los conservadores apoyaban una «hermenéutica popular», un método que privilegiara «las interpretaciones más sencillas y directas de las Escrituras». Para los conservadores, aquel no solo era el método correcto, sino, además, el masculino. Tal como ellos los describían, autores bíblicos como san Pablo no se dejaban amedrentar por la corrección política. San Pablo no temía prohibir la autoridad femenina, y lo mismo debían hacer los hombres masculinos. Acusaban a los liberales y moderados

de charlatanes, de introducir una complejidad innecesaria mientras que ellos se mantenían firmes en su entendimiento rápido de la verdad evidente y literal de las Escrituras.[208]

El tema de la inerrancia ciertamente concentró a los conservadores, pero cuando resultó que grandes números de bautistas sureños, incluso personalidades de la confesión, carecían de capacidades teológicas y, de hecho, eran funcionalmente ateológicos, las inquietudes en torno a la inerrancia dieron pie a un nuevo compromiso politizado con la sumisión femenina y temas relacionados con las guerras culturales. No solo los hombres bautistas propiciaron este cambio. Influidas por los escritos de Elisabeth Elliot y por su participación en el Eagle Forum de Phyllis Schlafly y en el Concerned Women for America de Beverly LaHaye, las propias mujeres bautistas defendieron roles de género conservadores en el seno de la Convención Bautista del Sur.[209]

Al Mohler, que supervisó la purga de moderados del Seminario Teológico Bautista del Sur, ofreció un atisbo revelador de aquel proceso: «El Sr. y la Sra. Bautistas tal vez no sean capaces de entender o adjudicar el tema de la inerrancia bíblica en cuestión de matices, lengua y terminología —concedía—, pero, si creen ustedes que el aborto debería ser legal, no hace falta que les diga nada más…». Y lo mismo ocurría con el «matrimonio homosexual». La inerrancia importaba por su conexión con los asuntos culturales y políticos. Fueron sus esfuerzos por reforzar la autoridad patriarcal lo que unió a los bautistas sureños y a los evangélicos en todo el país, y dichas alianzas hicieron que entraran a formar parte del mundo evangélico más amplio. En menos de una generación, los bautistas sureños empezaron a anteponer su identidad «evangélica» a su identidad como bautistas del Sur. Y esta nueva concepción de sí mismos se estructuró en torno al patriarcado.[210]

Incluso aunque los evangélicos no fueran un factor decisivo en la victoria de Reagan, creyeron serlo, como hicieron también muchos comentaristas. A través de amplias redes y espectáculos públicos, los líderes evangélicos habían reunido a sus fieles tras Reagan y el Partido Republicano. Algunos de ellos, como Pat Boone y Jerry Falwell, habían recorrido el país pronunciando discursos en favor de Reagan. Cuando este ganó por una mayoría abrumadora, los evangélicos se mostraron eufóricos. Falwell declaró efusivo que la elección de Reagan era «el mejor día para la causa

del conservadurismo y la moralidad de toda mi vida adulta». Y no tardaron en otorgarse el crédito: «La misma gente que colocó a Jimmy en la presidencia, se la quitó», declaró Robinson con visible regocijo. Eran palabras de celebración, pero también de advertencia. Ahora que Reagan ocupaba la Casa Blanca, esperaban obtener un retorno por su inversión.[211]

Al principio, el panorama parecía prometedor. En su discurso de inauguración, Reagan homenajeó a sus votantes evangélicos. Su pastor en Bel Air empezó con una oración y el propio Reagan citó el pasaje bíblico que Falwell había invocado en sus mítines de respaldo. Era el mismo pasaje que Eisenhower había citado al jurar el cargo: «Si mi pueblo, llamado por mi nombre, se humilla y ora, y busca mi rostro, y se aleja del mal camino, entonces yo oiré desde el cielo, y perdonaré su pecado y sanaré su tierra». El mensaje era claro: se avecinaba una nueva era de religión civil.[212]

No obstante, una vez en la presidencia, la lealtad de Reagan hacia la derecha religiosa defraudó a sus miembros. Esperaban que Reagan prohibiera el aborto, volviera a introducir la oración en las escuelas y propiciara una renovación espiritual y moral. Y también esperaban ocupar puestos de relevancia en el nuevo Gobierno. Y el presidente los decepcionó en todos estos aspectos. Reagan no priorizó la agenda de los valores familiares que había defendido durante su campaña, el derecho al aborto siguió vigente en el territorio y hubo pocos indicios de renovación moral. Y cuando Reagan no respaldó a la Bob Jones University en el caso de los derechos civiles del Servicio de Impuestos Internos contra ellos, Bob Jones III lo tachó de «traidor al pueblo de Dios». Falwell también estaba desencantado. Transcurrido un año, se quejó de que había esperado más «con uno de los “nuestros” en la Casa Blanca».[213]

En cambio, en materia de política exterior, los evangélicos no se sintieron defraudados y fue ese «retorno» en el frente militar por parte de Reagan lo que evitó que se sintieran estafados. Para su deleite, Reagan llevó su conservadurismo de *cowboy* a la escena mundial. Y su masculinidad tosca pareció serle de ayuda. Al fin y al cabo, a ojos de los evangélicos, la Guerra Fría no era tan distinta del Salvaje Oeste. La violencia, o la amenaza de violencia, garantizaba el orden. Y aunque las reglas se rompieran, los fines justificaban los medios. Lo que se requería era un líder fuerte, un hombre capaz de reafirmar el poder masculino en el panorama internacional.[214]

Y Reagan no solo proyectaba una imagen de dureza. Como presidente, tradujo esa imagen en logros de política exterior. Su clarividente

caracterización de los enemigos de Estados Unidos encajaba con la idea que tenían los evangélicos de lo que se jugaba en la Guerra Fría, y sus esfuerzos por impulsar el poderío militar del país se alineaba con el anhelo de los evangélicos de restaurar la grandeza de América tras el descalabro de Vietnam. A finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, varios libros evangélicos así lo habían argumentado. En *Listen, America!*, Falwell había lamentado que Estados Unidos «ya no fuera la principal potencia militar del mundo», no estuviera «comprometido con la victoria» ni tampoco «comprometido con la grandeza»; por primera vez en dos siglos, la supervivencia de los estadounidenses como pueblo libre estaba en cuestión. En *America at the Crossroads*, John Price también había lamentado el declive del poderío del ejército de Estados Unidos. Al olvidarse de Dios, el país había permitido que su fuerza menguara, y solo cuando Estados Unidos «entre en razón» y «se arrepienta de sus pecados y se vuelva hacia Dios» recuperará esta posición militar. Quizá el libro evangélico más influyente sobre rearme militar fuera *The 1980's: Countdown to Armageddon*, de Hal Lindsey, una secuela de su éxito de ventas *The Late Great Planet Earth* que se publicó justo a tiempo para las elecciones de 1980. En opinión de Lindsey, el rearme no era una decisión meramente pragmática, era una necesidad religiosa. La Biblia decía a Estados Unidos que se dotara de una potente fuerza militar para «volver a ser una potencia». El libro estuvo veintiuna semanas en la lista de más vendidos del *New York Times*.[215]

En este aspecto, los evangélicos descubrieron que tenían un aliado en la Casa Blanca. Sin embargo, no contentos con permanecer sentados en las bandas, los líderes evangélicos se empeñaron en reunir apoyos para la agenda de política exterior de Reagan. Falwell y otros telepredicadores expusieron alegremente el sinsentido de la distensión, del desarme y del pacifismo. Durante las elecciones habían ridiculizado la agenda de Carter tildándola de «compromiso indisimulado con el comunismo» y estaban cansados de lo que Falwell caracterizaba como una política de «ni lucha ni victoria» que se prolongaba ya varias décadas. Reagan apreció el apoyo de los telepredicadores y, en 1983, invitó a Falwell a la Casa Blanca para diseñar una estrategia con la que contrarrestar el movimiento antinuclear en el interior del país.[216]

A principios de la década de 1980 se había lanzado una campaña para poner fin a la producción de armas nucleares que, en 1982, ya se había

convertido en uno de los temas principales de la izquierda política. Muchos cristianos apoyaban la idea de la no proliferación nuclear, incluidos algunos evangélicos. Para sorpresa de muchos, Billy Graham se había manifestado a finales de la década de 1970 en favor del SALT II, un acuerdo para limitar el desarrollo de programas de misiles, por temor a que el poder destructor de las armas nucleares contradijera la fe cristiana. También *Christianity Today* respaldó el plan de Mark Hatfield de «una congelación definitiva del desarrollo, la prueba y el despliegue de sistemas de misiles estratégicos». Pero muchos líderes de la derecha cristiana no compartían su opinión. Falwell prometió a Reagan que le ayudaría a difundir su mensaje «en un lenguaje para la gente corriente» y lo hizo publicando anuncios a toda página en los principales diarios haciendo escarnio de los «partidarios de la congelación», los «ultraliberales» y los «defensores del desarme unilateral» que intentaban socavar los esfuerzos de Reagan por reconstruir el poderío militar de la nación. «¡No podemos permitirnos ser los número dos en defensa!», advirtió.[217]

Los telepredicadores evangélicos también salieron en socorro de Reagan promocionando como un imperativo moral la Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida popularmente como la Guerra de las Galaxias. Dos semanas después de que Reagan solicitara instalar un sistema de defensa nuclear con base en el espacio, pronunció un discurso ante la Asociación Nacional de Evangélicos. Nuevamente, no dejó dudas de que estaba de su bando, recitando de un tirón un lista de puntos clave para los conservadores, así como una popular cita falsamente atribuida a Tocqueville: «Si los Estados Unidos cesan de ser buenos, cesarán de ser grandes». Los evangélicos, añadió, eran quienes «mantenían la grandeza de Estados Unidos defendiendo su bondad». Pero fue el debate sobre política exterior de Reagan lo que hizo memorable aquel discurso. Describió la Unión Soviética como «un imperio del mal» y advirtió que reducir la carrera armamentística era «un malentendido colosal» que ignoraba la auténtica lucha real entre el bien y el mal. Citando a C. S. Lewis, advirtió en contra de «los hombres tranquilos con cuellos blancos, uñas bien cortadas y mejillas con un afeitado apurado que no necesitan alzar la voz», hombres que hablaban «en tono pausado sobre hermandad y paz». La historia había revelado que «hacerse ilusiones con respecto a nuestros adversarios carece de sentido». A continuación, Reagan instó a los evangélicos a «denunciar a

quienes colocarían a Estados Unidos en una posición de inferioridad militar y moral».[218]

Aunque los evangélicos seguían divididos con respecto a si aprobar o no una resolución sobre la congelación nuclear, la Asociación Nacional de Evangélicos se mostró receptiva al llamamiento de Reagan e instituyó un programa de «Estudios sobre la paz, la Libertad y la Seguridad» para contrarrestar la influencia de las iglesias tradicionales. Los evangélicos encontraron múltiples motivos para apoyar el poderío militar estadounidense. A nivel pragmático, consideraban que un ejército fuerte los protegería de una invasión de los comunistas impíos. En cuanto a los riesgos de aniquilación nuclear, el énfasis de la teología evangélica en la vida eterna para los fieles ayudaba a mitigar los miedos terrenales. Estaban convencidos de que, llegado el fin del mundo, Dios los protegería; tal vez un holocausto nuclear formara parte del plan del Señor. Además, un ejército potente y una política exterior agresiva también encajaban con el ideal del poder masculino de los evangélicos. Los representantes de la derecha cristiana no se refrenaron a la hora de cuestionar la hombría de quienes se oponían a las políticas del presidente. Los «antinuclearistas» eran unos mariquitas sin el valor suficiente para plantar cara a la amenaza comunista. [219]

Tal vez el episodio que mejor revela las conexiones entre la Administración Reagan y el liderazgo de la derecha religiosa sea la guerra de la Contra en Nicaragua. En el verano de 1979, los sandinistas, un grupo revolucionario de izquierdas, había derrocado al régimen dictatorial de Somoza. Estados Unidos sospechaba que los sandinistas contaban con el apoyo de los soviéticos y los cubanos, y, como presidente, Reagan prometió ayuda militar a la Contra contrarrevolucionaria. Entre 1981 y 1988, la guerra entre los sandinistas y la Contra respaldada por Estados Unidos devastó el país centroamericano. Ambos bandos cometieron atrocidades, y decenas de miles de nicaragüenses fallecieron. No se trataba de una guerra esencialmente religiosa, pero fue así como se vendió en Estados Unidos.

En Nicaragua, católicos y protestantes evangélicos por igual estaban divididos. Algunos evangélicos apoyaban a los sandinistas, aunque con reservas; como los católicos partidarios de la teología de la liberación, veían en el socialismo una respuesta bíblica a la pobreza y la opresión. Pero muchos otros temían una invasión comunista y se oponían a la lucha

revolucionaria sandinista. Muchos de aquellos conservadores se unieron en el Consejo Nacional de Pastores Evangélicos de Nicaragua (CNPEN), una organización que estrechó lazos con grupos evangélicos conservadores en Estados Unidos, incluida la Asociación Nacional de Evangélicos.[220]

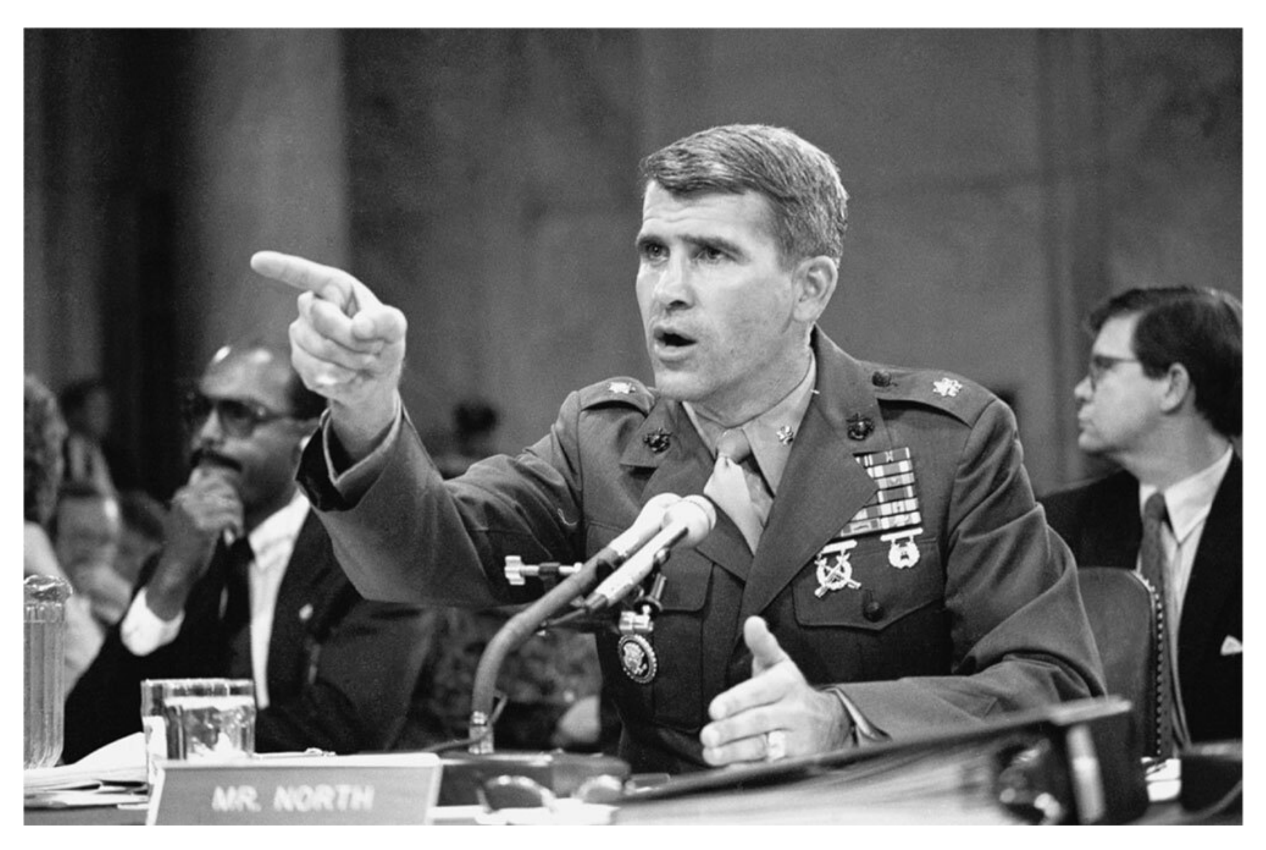
En Estados Unidos, las organizaciones cristianas conservadoras se movilizaron en favor de la Contra. Enmarcando el conflicto como un tema de libertad religiosa y persecución mundial de los cristianos, organizaciones como el Instituto para la Religión y la Democracia acusaron a los sandinistas de cometer brutalidades contra evangélicos conservadores y católicos. Los partidarios de los sandinistas tenían sus propios aliados cristianos en Estados Unidos, donde los evangélicos progresistas y los católicos culpaban del conflicto no a la injerencia de los soviéticos, sino a «la pobreza, la opresión y la injusticia». Tras realizar un viaje a Nicaragua, Jim Wallis, el portavoz más destacado de la izquierda evangélica, escribió en *Sojourners* un informe mordaz acusando a la Contra de actos violentos escalofriantes.[221]

Tal oposición se demostró inoportuna para los esfuerzos de la Administración Reagan de obtener la aprobación del Congreso para intervenir en apoyo de la Contra. Ante la negativa de la cámara, en lugar de prohibir el uso de cualquier fondo «para derrocar al Gobierno nicaragüense», Reagan recurrió a sus aliados evangélicos para que le ayudaran a granjearse el respaldo de la opinión pública. Funcionarios gubernamentales invitaron a grupos religiosos a seminarios especiales sobre política exterior en la Casa Blanca, donde les relataron los horrores perpetrados por las guerrillas marxistas, enmarcando el conflicto como una contienda entre revolucionarios y cristianos e instando a las organizaciones religiosas a ayudarlos ejerciendo presión y escribiendo cartas. En 1983, la Oficina de Relaciones Públicas de la Casa Blanca empezó a dar informes semanales sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Centroamérica e invitó a asistir a ellas a personalidades religiosas. Además, prepararon una serie de boletines de la Casa Blanca sobre el tema y los enviaron por correo a grupos religiosos. Las organizaciones evangélicas conservadoras no solo se mostraron felices de asistir, sino que ofrecieron sus florecientes redes mediáticas para difundir la agenda gubernamental. La Asociación Nacional de Evangélicos defendió la postura del Gobierno, y los servicios de noticias cristianos centrados en la persecución mundial de la religión

proporcionaron actualizaciones constantes de la opresión que sufrían los evangélicos que se oponían a los sandinistas.[222]

Las discrepancias religiosas intensificaron los debates sobre Nicaragua en el Congreso. En 1985 y 1986, la Administración Reagan volvió a solicitar financiación. Para obtener la aprobación, la Casa Blanca invitó a figuras destacadas como Falwell, Robertson y LaHaye a escuchar los informes especiales de Oliver North, un marine con múltiples condecoraciones y un converso al evangelismo que ejercía como subdirector del Consejo Nacional de Seguridad en materia de asuntos políticos y militares. Más tarde se revelaría que esa no era la única acción que North estaba llevando a cabo en nombre de la Contra.

Cuando finalmente consiguió la aprobación del Congreso para suministrar ayuda humanitaria a la Contra, el Gobierno incrementó las campañas de presión para poder proporcionar también financiación militar. A principios de 1986, la Casa Blanca difundió a través de la Trinity Broadcasting Network, la Christian Broadcasting Network de Robertson, el canal televisivo de Falwell a través de la cual ejercía su sacerdocio y otros canales de televisión cristianos un vídeo de cinco minutos de duración en el que Reagan argumentaba el apoyo a la Contra. El presidente habló sin rodeos. Aquella era una batalla urgente por la democracia y «era un pecado ver cómo Centroamérica se sumía en la oscuridad». Asimismo, Reagan grabó un mensaje de audio que se distribuyó a más de 1500 emisoras radiofónicas cristianas y que incluía un número al cual los oyentes podían telefonear para solicitar información sobre cómo contactar con sus representantes electos. Los esfuerzos del Gobierno surtieron efecto; el Congreso aprobó un gasto extraordinario de 100 millones de dólares en apoyo a la Contra.[223]



El teniente coronel Oliver North testifica ante el Comité Selecto de la Cámara el 7 de julio de 1987. AP PHOTO/SCOTT APPLEWHITE.

Y mientras la Casa Blanca recurría a las redes evangélicas para reforzar el apoyo a una intervención militar en Nicaragua, algunos miembros del Gobierno se internaban por vías más clandestinas. En 1984, Irán había solicitado en secreto armas a Estados Unidos para utilizarlas en la guerra contra Irak. Pese al embargo armamentístico, Reagan estaba desesperado por conseguir liberar a siete rehenes estadounidenses retenidos por terroristas iraníes en el Líbano. Con la autorización de Reagan, el Gobierno dispuso el envío de más de 1500 misiles a Irán. Se liberó a tres rehenes (si bien se secuestró a varios más) y una fracción del pago por la venta de aquellas armas se desvió a apoyar a la Contra nicaragüense. El miembro del personal del Consejo Nacional de Seguridad responsable de aquella transacción fue Oliver North. Gracias en parte a un número de cuenta bancaria mal introducido, toda aquella estrategia salió a la luz y, en mayo de 1987, North tuvo que testificar ante el Congreso.

Durante su declaración televisada de seis días de duración, North aseguró que había actuado de acuerdo con la política exterior del presidente, pero se negó a implicar directamente a Reagan. «Vivimos en un mundo peligroso»,

testificó, y era necesario llevar a cabo operaciones encubiertas para proteger el país. Confesó haber mentido ante el Congreso y destruir documentación, pero alegó haberlo hecho por un bien superior. Además, como buen teniente coronel, «no tenía por costumbre» cuestionar a sus superiores, y menos que nadie a su comandante en jefe:

> Este teniente coronel no va a poner en entredicho una decisión del comandante en jefe para el que todavía trabajo y para quien me siento orgulloso de trabajar. Si el comandante en jefe ordena a este teniente coronel que se vaya al rincón y se ponga de cara a la pared, lo haré. Y, si el comandante en jefe decide destituirme del personal del Consejo Nacional de Seguridad, este teniente coronel saludará con orgullo, dirá «Gracias por la oportunidad de haber servido a mi país» y se irá. No pienso criticar su decisión, independientemente de las repercusiones que tenga para mí, señor.

North sabía cómo someterse a las autoridades convenientes. Y lo más importante, creía que tenía a la máxima autoridad de su parte.[224]

Oliver North acabó siendo acusado de dieciséis delitos graves, incluidos mentir ante el Congreso y destruir documentos. Se lo consideró culpable de tres de ellos y se lo condenó a tres años de inhabilitación. Como comandante en jefe, Reagan nunca se vio directamente implicado en el pacto del envío de armas a cambio de los rehenes y salió prácticamente indemne de aquel escándalo.

En 1990, las condenas de North se revocaron por un tecnicismo. Un año después, North habló en la Convención Bautista del Sur, la primera donde no se esperaba que los moderados desafiaran a la mayoría conservadora. Oliver North se había convertido en un héroe de la derecha cristiana. Las afinidades estaban claras. Los conservadores del evento habían dado la vuelta a las convenciones y habían eludido toda sutileza para hacerse con el control de la confesión, tal como North había eludido la ley en aras de un bien superior. En ambos casos, los fines justificaban los medios. Sin embargo, no solo las tácticas unían a aquellos renegados. Como North, los evangélicos conservadores definían el bien superior en términos de nacionalismo cristiano. Y fue esa fusión de Dios con el país lo que los hombres cristianos heroicos defenderían con fanatismo y con todos los medios necesarios mediante su resurgente poder religioso y político.

---

[193] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 392.

[194] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 393; Reagan, Ronald, 1980, «Address by the Honorable Ronald Reagan», Institute for Civic Leadership. 5 de agosto, disponible en: https://uindy.historyit.com/item.php?id=795341.

[195] Green *et al*., *Religion and the Culture Wars*, p. 20; Dowland, *Family Values*, p151; Williams, *God's Own Party*, p. 191; Reagan, «Address by the Honorable Ronald Reagan».

[196] Bacevich, *New American Militarism*, p. 135.

[197] Reagan, Ronald, 1980, «Election Eve Adress, "A Vision for America"», The American Presidency Project, 3 de noviembre, disponible en: http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=85199.

[198] Katz, *Man Enough*, pp. 83-84; «Playboy Interview», p. 84.

[199] La masacre en la Universidad Estatal de Kent, Ohio, fue un suceso en el que se enfrentaron estudiantes que protestaban por la invasión estadounidense de Camboya (en el marco de la guerra de Vietnam y las protestas antibélicas en Estados Unidos) anunciada por Nixon y la Guardia Nacional. Cuatro estudiantes fueron asesinados y nueve resultaron heridos a manos de la Guardia Nacional, que abrió fuego contra ellos. El trágico suceso suscitó actos de protesta en todo el país: cientos de universidades, colegios e institutos promovieron una huelga estudiantil y se cerraron los centros educativos. *(N. de la T.)*

[200] Katz, *Man Enough*, pp. 109-110 y 83.

[201] Katz, *Man Enough*, p. 77; Dowland. *Family Values*, p. 177.

[202] Self, *All in the Family*, p. 359; Williams, *God's Own Party*, p. 193.

[203] FitzGerald, Frances, 2018, *The Evangelicals: The Struggle to Shape America*, Nueva York: Simon & Schuster, p. 312.

[204] La NAF (National Academy Foundation) es una organización sin ánimo de lucro esponsorizada por la industria estadounidense que cuenta con una red nacional de asociaciones público-privadas que apoyan las academias profesionales dentro de las escuelas secundarias tradicionales. *(N. de la T.)*

[205] Miller, *Billy Graham*, pp. 124-154; Guth, James L. «Southern Baptist Clergy, the Christian Right, and Political Activism in the South», en: Feldman, Glenn (ed.), 2005, *Politics and Religion in the White South*. Lexington: University Press of Kentucky, p. 192; FitzGerald, *Evangelicals*, p. 332.

[206] Dowland, Seth, «A New Kind of Patriarchy: Inerrancy and Masculinity in the Southern Baptist Convention, 1879-2000», en: Friend,

Southern Masculinity, p. 247.

[207] Dowland, «New Kind of Patriarchy», pp. 248-250; Simmons, Paul D., «A Theological Response to Fundamentalism on the Abortion Issue», citado en: Barry Hankins, 2002, *Uneasy in Babylon: Southern Baptist Conservatives and American Culture,* Tuscaloosa: University of Alabama Press, p. 177.

[208] Dowland, «New Kind of Patriarchy», pp. 252-253.

[209] Flowers, Elizabeth H., 2012, *Into the Pulpit: Southern Baptist Women and Power Since World War II,* Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 5, 73-81.

[210] Dowland, ««New Kind of Patriarchy», p. 255; Flowers, *Into the Pulpit,* pp. 9-10.

[211] Williams, *God's Own Party,* pp. 188 y 192.

[212] Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt*, p. 396; Williams, *God's Own Party,* p. 194.

[213] Williams, *God's Own Party,* pp. 188 y 197; Self, *All in the Family,* p. 360.

[214] Bacevich, *New American Militarism,* p. 136.

[215] Loveland, *American Evangelicals,* pp. 214-215; Bacevich, *New American Militarism,* p. 135; Price, John, 1976, *America at the Crossroads: Repentance or Repression?* (Indianápolis, Indiana: Christian House Publishing), p. 202; Falwell, Jerry, *Listen, America!,* pp. 9-10; Lindsey, Hal, 1980, *The 1980s: Countdown to Amargeddon,* King of Prussia, Pensilvania: Westgate Press, p. 165; Bacevich, *New American Militarism,* p. 135.

[216] Loveland, *American Evangelicals,* pp. 222-223.

[217] Dowland, *Family Values,* pp. 191-192; «SALT II: The Only Alternative to Annihilation?», *Christianity Today,* 27 de marzo de 1981, p. 15; Loveland, *American Evangelicals,* p. 223.

[218] Reagan, Ronald, 1983, «Evil Empire Speech», Voices of Democracy, 8 de marzo, disponible en: http://voicesofdemocracy.umd.edu/reagan-evil-empire-speech-text/.

[219] Bacevich, *New American Militarism,* p. 137; Dowland, *Family Values,* pp. 195-197; Young, *We Gather Together,* p. 238.

[220] Turek, Lauren Frances, 2016, «Ambassadors for the Kingdom of God or for America? Christian Nationalism, the Christian Right, and the Contra

War», *Religions* 7 (12), disponible en: http://www.mdpi.com/2077-1444/7/12/151/htm.

[221] Turek, «Ambassadors for the Kingdom».

[222] Turek, «Ambassadors for the Kingdom»; Bacevich, *New American Militarism*, p. 137.

[223] Turek, «Ambassadors for the Kingdom».

[224] Rosenbaum, David E., 1987, «Iran-Contra Hearings: Tension and High Drama; North Insists His Superiors Backed Iran-Contra Deals; Assumes Reagan Approved», *New York Times*, 8 de julio; «North on the "Neat Idea" of the Diversion»; «North on His Family's Safety and Meeting Abu Nidal»; «North on Getting Fired and Covering Up the Diversion», *Understanding the Iran-Contra Affairs*, 8-9 de julio, disponible en: https://www.brown.edu/Research/Understanding_the_Iran_Contra_Affair/v-on13.php.

07

El mayor héroe americano

En el momento de las audiencias en el Congreso por el escándalo del Irán-Contra, también llamado Irangate, un determinado subconjunto de estadounidenses había caído rendido a la «Olliemanía».[225] Una tienda de camisetas en Albany, Nueva York, vendía una camiseta con una bandera estadounidense estampada en la que se leía «Dios, las armas, las agallas y Ollie hicieron este país». Un restaurante cerca de Búfalo incorporó en la carta el «sándwich Oliver North», un emparedado de «ternera autóctona poco hecha» y lechuga desmenuzada que se servía en un panecillo de trigo conocido popularmente como «panecillo de héroe». Pero la fama de North fue efímera. Los comercios tuvieron problemas para colocar los muñecos de Barbie y Ken inspirados en North y su esposa, y solo se esperaba vender la mitad de los 775.000 ejemplares de la edición en tapa blanda que Pocket Books publicó de la transcripción del testimonio de North. Poco tiempo después, un bocadillo de cerdo a la barbacoa sustituyó al sándwich Oliver North en el menú de aquel restaurante de Búfalo.[226]

Aun así, pese a desvanecerse a ojos de la opinión pública, la estatura de North no hizo más que crecer entre los cristianos conservadores sedientos de tener un héroe propio. Jerry Falwell fue el primero en idolatrar a North. En la primavera de 1988 había puesto en marcha una campaña nacional de recogida de firmas para solicitar el indulto de North y, en mayo de aquel mismo año, dio la bienvenida al teniente coronel como orador en el discurso de graduación de la Liberty University. A su llegada al campus, justo un día después de retirarse del ejército, Falwell comparó a North con Jesús. Recordó al público que «servimos a un salvador que fue acusado, condenado y crucificado», tildando a North de «auténtico héroe americano».[227]

A las puertas de aquel evento, la categorización de North como héroe era objeto de debate. En torno a sesenta manifestantes se habían reunido y agitaban pancartas en las que se leía: «Los verdaderos héroes no mienten». Además, se dedicaron a repartir folletos en los que se oponían a que Falwell gastara «millones de dólares en pintar a Ollie North como un héroe nacional que necesita y merece un trato especial ante la Ley». Pero eran minoría. Quienes competían por sacarse fotografías con él lo hacían entre gritos de «¡Ollie, te amamos!». «No lo entienden —señaló el padre de un licenciado —. Es un héroe nacional».[228]

Meses después, Falwell distribuía cintas de audio con el discurso de inauguración de North, su «Mensaje de libertad», a 25 dólares. En una carta para recaudar fondos que envió a sus partidarios, Falwell contextualizó lo que estaba en juego: «A mi juicio, políticos partidistas mezquinos han utilizado a Ollie North, a su familia y las vidas de luchadores por la libertad nicaragüenses como peones de una campaña liberal para humillar al presidente Reagan». Los críticos acusaban a personalidades como Falwell de aprovechar la figura de North para lograr una «bonanza financiera» mediante sus campañas de correspondencia directa. El portavoz de Falwell se negó a aclarar cuánto habían recaudado, pero Falwell no era el único que extraía réditos económicos de North. La organización de Beverly, LaHaye Concerned Women for America, ofrecía una «bonita fotografía a todo color» de North mientras prestaba juramento ante el tribunal del Irangate por una contribución de solo 20 dólares. Otras organizaciones evangélicas conservadoras también participaron en la «Olliemanía». Para los evangélicos estadounidenses, Ollie North era el héroe perfecto en el momento perfecto.[229]

Los evangélicos tenían claro que North había hecho lo que había hecho «por amor a Dios y por amor al país». A decir de todos, North era un creyente de verdad. Había crecido en un hogar católico patriota en la zona norte del estado de Nueva York. Su padre había servido a las órdenes del general Patton en la Segunda Guerra Mundial, y de niño había estudiado brevemente en una escuela militar católica. Tras solo un año en la universidad, se matriculó en el programa de formación de oficiales para el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos en Camp Lejeune, donde quedó fascinado por la mística de los marines, a quienes consideraba «los más

fuertes, los más valerosos y los mejores». No tardó en conseguir que lo transfirieran a la Academia Naval de los Estados Unidos en Annapolis.[230]

North se incorporó a la academia en agosto de 1964, la semana del incidente del golfo de Tonkín.[231] Cursaba el último año en 1968, cuando tuvo lugar la ofensiva del Tet.[232] Vietnam era una presencia constante en la academia, pero, entre la opinión pública estadounidense, la percepción de la guerra cambió drásticamente durante los años en que North fue cadete. Mientras él y los demás alféreces de fragata observaban una disciplina estricta, sus compañeros de universidad fumaban marihuana, se dejaban la melena larga y se reunían en comunas en Haight-Ashbury. Y cuando North y otros cadetes se aventuraban a salir de la academia, los universitarios de la zona no los trataban como héroes, sino que se mofaban de ellos. En abril de 1968, el asesinato de Martin Luther King había conmocionado al país y había desencadenado disturbios de costa a costa. La oposición a la guerra seguía aumentando. En junio, la mañana de la graduación de North, saltó la noticia del asesinato de Robert Kennedy. En la ceremonia de graduación militar de North irrumpieron manifestantes gritándoles que eran «carne de cañón». Pero North se moría de ganas de ir a Vietnam.[233]

Su graduación militar había estado en peligro debido a unas lesiones que había sufrido a causa de un accidente de coche. Pero North tomó las riendas del asunto y se coló a hurtadillas en el edificio administrativo durante su último año para modificar sus informes. Al ser sorprendido, no dio indicios de remordimientos. «Consideraba que merecía la pena correr el riesgo por el ideal superior de servir a nuestro país», y «mientras lo hiciera por su país, no podía estar mal». Y sus deseos le fueron concedidos. Saltándose el tradicional permiso de sesenta días tras la graduación, asumió el mando de un pelotón destacado a lo largo de la zona desmilitarizada. La situación en Vietnam era desalentadora: más de 16.000 soldados estadounidenses fallecieron en 1968, el año más mortífero del conflicto, pero North se encontraba en su elemento y cumplió su función con honores. Cuando la guerra llegó a su fin, asumió un puesto como instructor en Quantico. Su asignatura se titulaba «Cómo matar al enemigo». North fue un instructor popular, pero no sin detractores. Un colega desaprobaba el papel en el que parecía regodearse:

> Puedes encontrarte a Ollie con toda la parafernalia de camuflaje, con su gorro con ramas de arbusto […] y pintura de camuflaje en la cara, como si lo hubieran maquillado para una película de Hollywood, con dos bandoleras de munición cruzadas sobre el torso, tres cartucheras, cuatro

> armas y tres cuchillos. […] Ollie era popular entre los alumnos porque se correspondía con la imagen que tenían del Cuerpo de Marines. […] Inventó a Rambo antes de que se hiciera la película. Él mismo se encargó de crear su propio mito.[234]

Soldado de pies a cabeza, North fue sintiéndose cada vez más frustrado con los estadounidenses que no compraban aquel mito, y no se trataba solo de los manifestantes pacifistas. También culpaba a los medios de comunicación. En el verano de 1971, apenas meses después de que William Calley fuera considerado culpable de veintidós cargos de asesinato por la masacre de My Lai, North y otros dos capitanes enviaron una carta a las tres principales cadenas de televisión y al columnista conservador William F. Buckley Jr. criticando sus informaciones sobre «supuestas» atrocidades y crímenes de guerra y rechazando toda implicación de una complicidad más amplia. «Ninguno de nosotros ha presenciado, ha participado o ha tenido conocimiento nunca de ni un solo caso en el que un no combatiente vietnamita, sea del Norte o del Sur, haya sido tratado de manera inhumana», aseguraban. Los soldados estadounidenses eran los buenos y la opinión pública merecía saberlo. Las cadenas televisivas hicieron caso omiso de la carta, pero Buckley invitó a los autores a aparecer en su programa del Public Broadcasting *Firing Line*. North estaba impaciente por expresar su punto de vista. No había que hacer sentir a las familias que sus hijos y esposos retornados eran criminales de guerra. De hecho, los marines habían demostrado una contención loable. North «creía en los Estados Unidos y en la santidad de sus compromisos», y le enfurecía que los políticos y los defensores de la paz se interpusieran en el camino del ejército, que era quien se encargaba de hacer lo que había que hacer.[235]

En 1978, North experimentó una transformación religiosa personal. Su comandante a la sazón, el teniente coronel John S. Grinalds, era un cristiano renacido y convenció a North de abandonar el catolicismo de su juventud y abrazar el protestantismo carismático. (El hecho de que el sacerdote de North fuera un destacado defensor del desarme tal vez pudo influir en esta decisión). No era la primera vez que North tenía contacto con el protestantismo evangélico. Mediada la década de 1970, su esposa, Betsy, «cansada de vivir con un líder militar obstinado» ausente como padre y como esposo, le había pedido el divorcio. Los dos habían acordado ir a terapia conyugal y, mientras esperaban en la sala para su primera cita, North había agarrado un libro, *Cómo criar a un niño difícil*, de James Dobson, al cual concedía el crédito de haber salvado su matrimonio. Tras su

conversión, North se unió a una congregación carismática predominantemente blanca de la Iglesia episcopal que amalgamaba de manera fluida el patriotismo con el cristianismo. Una bandera estadounidense decoraba la fachada del santuario; desde el púlpito, North recibió la siguiente instrucción: «Estemos donde estemos, el Señor nos ha colocado ahí para marcar la diferencia por Él». Todo formaba parte del plan de Dios. En aquel entonces, North era miembro de la Administración Reagan.[236]

Como parte de sus funciones en el Consejo Nacional de Seguridad, North había liderado la caza de los perpetradores del bombardeo de los barracones en Beirut en 1983 y había ayudado a planificar la invasión de Granada y el bombardeo de Libia. Y durante todo ello, había estado armado con su fe. Sazonaba sus conversaciones con expresiones religiosas y conducía una ranchera con una pegatina en el guardabarros que decía «DIOS ES PRO-VIDA». En palabras de un amigo suyo: «Para Ollie, la religión, la bandera y la familia forman parte de la misma composición». Rezaba en privado con el presidente Reagan; participaba en estudios bíblicos, en grupos de oración y en retiros cristianos; y él y su esposa eran miembros activos de la Asociación Cristiana de Oficiales. Y mientras se esforzaba por fomentar el apoyo a la Contra, colaboró codo con codo con líderes de la derecha cristiana que compartían su fe en Dios y en el país e incluso ayudó a la Gospel Crusade a producir *Studies in Faith and Freedom*, un documental de apoyo a la Contra. Para los líderes evangélicos, «Ollie era un ejemplo paradigmático del estadounidense de pro».[237]

North había desplegado a vista de todos su fe en Dios y en el país durante las audiencias del Irangate, para deleite de sus partidarios. El representante republicano William Broomfield habló por boca de muchos cuando afirmó: «No me gustaría verlo en la cárcel porque creo que es usted un gran patriota estadounidense y me enorgullece lo que intentó hacer». El presidente Reagan, pese a declarar que desconocía las acciones de North, lo ensalzó como «un héroe americano». Pero no todo el mundo estaba de acuerdo con tal descripción. El senador demócrata George Mitchell, un católico devoto también con pedigrí militar, despreció los tópicos patriotas de North:

> […] ha solicitado usted al Congreso que no corte la ayuda a la Contra por amor a Dios y por amor al país. […]
>
> Me gustaría recordarle que otras personas comparten esa devoción y reconocen que es posible ser estadounidense y estar en desacuerdo con usted en relación con prestar ayuda a la Contra, y, pese a ello, aman a Dios y a este país tanto como usted.

> Aunque a menudo se le solicita que lo haga, Dios no se posiciona en ningún bando en la política estadounidense. Y en Estados Unidos, la discrepancia con las políticas del Gobierno no demuestra falta de patriotismo.[238]

Para los evangélicos conservadores no había dos bandos. Cuando North habló en la Convención Bautista del Sur en 1991, Richard Lee, el presidente de la Conferencia de Pastores de la convención, explicó: «Para algunos es una figura polémica. Pero para la inmensa mayoría de nosotros es un patriota». De pie ante una bandera de doce por dieciocho metros, North urgió a los más de 15.000 bautistas sureños del público a participar de manera activa en la política para contrarrestar «una verdadera Sodoma y Gomorra a orillas del Potomac». Uno de los asistentes describió su llamamiento con las siguientes palabras: «Hay un compromiso con el país y con Dios —explicó—. Y yo creo que Oliver North representa un compromiso con Dios».[239]

Aquel mismo año, North publicó *Under Fire* con Zondervan, una editorial cristiana recientemente adquirida por Harper and Row. Sus memorias vendieron 650.000 ejemplares y acabaron tanto en la lista de títulos más vendidos del *New York Times* como en la de libros cristianos, y los derechos de autor ayudaron a cubrir los considerables honorarios jurídicos de North. Asimismo, North impartió charlas con frecuencia en iglesias evangélicas donde hablaba (a cambio de unos estipendios no revelados) acerca de su fe devota y criticaba a los medios de comunicación; bromeaba diciendo que leía el «*Washington Post/Washington Compost*» y la Biblia porque «le interesaba conocer qué tramaban ambos bandos». North también apeló directamente a los «activistas de sillón» conservadores para que recaudaran dinero, tanto para costear los gastos legales como para financiar su fallida campaña al Congreso. Con la ayuda del estratega de la correspondencia directa Richard Viguerie, que le proporcionó listas de votantes conservadores, North se dirigió a grupos demográficos clave «contrarios al control de armas, pro vida, defensores de la oración en las escuelas y de un ejército imponente, contrarios a la homosexualidad, etc.». En total, North recaudó cerca de 16 millones de dólares en un año solo a través de la correspondencia directa, un botín sin precedentes.[240]

Ralph Reed, un operador político conservador, describió el atractivo de North en los siguientes términos: «En parte, la política consiste en tener los amigos adecuados, pero otra parte importante es tener los enemigos adecuados». Los cristianos conservadores amaban a North por los enemigos

que se había forjado. Su estratega y encuestador explicó su atractivo recurriendo a las palabras del cantante de *country* Garth Brooks: North seducía a las «multitudes de albañiles, de obreros, a la gente frita a impuestos que ondea la bandera y a la que le gusta divertirse». Con su heroísmo como defensor de Dios y del país, North conectó con una vena populista en la política estadounidense. Con todo, sus detractores advertían de sus tendencias autoritarias y de su falta de respeto a la verdad. Pero sus partidarios diferenciaban entre «lo que estaba bien» y «lo que era legal», y ambas cosas no siempre coincidían. Si North había mentido, «sería porque no había alternativa». No cabía duda: «era un buen soldado».[241]

Ollie North era un líder perfecto para los evangélicos que ansiaban defender a Dios y al país. E irrumpió en el panorama en el momento oportuno. Para entender por qué los evangélicos estaban tan desesperados por ensalzar a una figura como él, conviene empezar con el pastor Edwin Louis Cole, un hombre considerado ampliamente «el padre del movimiento de los hombres cristianos».

Nacido en Dallas en 1922, Cole se trasladó a Los Ángeles de niño, donde al poco empezó a tocar la trompeta en los grupos evangélicos callejeros de Aimee Semple MacPherson.[242] Tras servir en la Guardia Costera de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, inició su carrera dando sermones en la radio y la televisión. En 1979 fundó la Christian Men's Network y poco después diagnosticó que una enfermedad catastrófica afectaba al país. Un «síndrome del antihéroe» había «eliminado a nuestros héroes y nos había dejado desprovistos de modelos patrióticos». Su libro de 1982 sobre el tema, *Maximized Manhood,* vendió más de un millón de ejemplares.[243]

Cole formuló su llamamiento a la virilidad cristiana en el lenguaje del evangelio de la prosperidad. Con acuerdo al plan divino, los hombres «disfrutarían de la tierra de Canaán» en todos los aspectos de sus vidas, tanto en sus matrimonios y familias como en sus vidas profesionales y financieras. «Vivirían la vida de una masculinidad potenciada al máximo». Cole consideraba que los hombres tenían tres misiones: guiar, proteger y gobernar, y para desempeñarlas debían ser «a un tiempo tiernos y duros». Jesús era un equilibrio perfecto de ambas cosas; el mismo hombre que pedía que se le acercaran los niños pequeños «agarró el látigo y expulsó del templo a los cambistas». Cole no veía utilidad en los retratos «afeminados»

de Jesús, que no revelaban su auténtica personalidad. «Ser semejante a Cristo y ser viril son sinónimos», insistía, y para parecerse a Cristo, un hombre tenía que ser «un poco despiadado».[244]

Cuando Cole apareció en el programa de Pat Robertson *700 Club* para argumentar que el liderazgo masculino en el hogar requería dureza, la copresentadora se lo rebatió. Pero Cole no dio su brazo a torcer y no pudo evitar destacar que su interlocutora parecía estar usurpando el liderazgo masculino del programa. Les aseguró a sus lectores que, en realidad, las mujeres imploraban a los hombres que se hicieran con las riendas y que, cuando lo hicieran, los amarían más. Cole se esforzó por diferenciar la «dureza» de la concepción de la virilidad del «macho», que, en su opinión, denotaba una inmadurez infantil, falta de carácter y una sexualidad promiscua. Sin embargo, aunque la concepción de la masculinidad de Cole hiciera hueco a la ternura, no había que confundir en ningún caso una ternura comedida con el afeminamiento. «A mí me gustan los hombres hombres —dejaba claro Cole—. No me gustan los mequetrefes que andan de puntillas entre tulipanes». Es posible que en un momento dado de la historia se pusiera un énfasis excesivo en la rudeza, reconocía Cole, «pero hoy lo que nos está matando es la blandura». Mujeres, niños, iglesias y países enteros necesitaban hombres que tomaran decisiones; Estados Unidos solo alcanzaba la grandeza cuando sus hombres eran grandes. Pero se daba la trágica circunstancia de que un pernicioso síndrome antihéroe plagaba el país.[245]

Dicho síndrome resultaba evidente en las series televisivas que habían creado y destruido imágenes de masculinidad «con resultados peligrosos». Una generación traumatizada por figuras autoritarias masculinas ridículas como Archie Bunker[246] tenía estampada en la mente una imagen de la masculinidad que invitaba al «resentimiento, el escarnio, la anarquía y la befa». Esos niños rechazaban después las figuras de autoridad presentes en sus vidas, y las repercusiones se hacían extensivas al país en su conjunto. En décadas recientes, se había permitido que «una enfermedad filosófica y emocional» infectara la vida del país, y todo ello porque la idea de unos Estados Unidos como «una nación "virtuosa", benefactora de todo el mundo y salvadora de dictaduras esclavizantes», había sido socavada por medios de comunicación malignos.[247]

Para Cole, la cura para el síndrome del antihéroe podía hallarse en las radiodifusiones cristianas. Los medios de comunicación cristianos podían

ofrecer héroes píos para consumo popular. «Harto de que el sistema mundial creara héroes impíos, convirtiendo lo malo en bueno y lo bueno en malo», Cole creó y presidió el Committe for International Good Will[248] con el objetivo de convertir a «los devotos de nuestras tierras en nuestros héroes». El grupo concedía premios anuales a hombres ejemplares como Pat Robertson. No obstante, aunque la radiodifusión cristiana brindaba medios para inculcar el ideal masculino heroico en los corazones y mentes de los estadounidenses, los evangélicos tenían motivos para estar preocupados. En aquel momento crítico, las figuras mediáticas cristianas no estaban a la altura de las circunstancias.[249]

Durante la década de 1980, una serie de escándalos sexuales en los que se vieron implicados telepredicadores depusieron a diversos predicadores cristianos y evangélicos nerviosos que creían tener la exclusiva de los valores morales. El primero en caer fue Marvin Gorman, un carismático pastor de las Asambleas de Dios de Nueva Orleans. En 1986, Jimmy Swaggart, un telepredicador rival ubicado río arriba, en Baton Rouge, acusó a Gorman de cometer adulterio con varias mujeres, incluida la esposa de otro predicador, una mujer a quien Gorman había estado proporcionando «asesoría bíblica». Gorman acabó confesando «un acto de adulterio», si bien aseguró que había sido la esposa del pastor quien había empezado a manosearlo y a besarle. Apartado del sacerdocio y condenado al ostracismo, Gorman se declaró en bancarrota en 1987.[250]

Lo sorprendente es que Gorman no fue el único telepredicador rival al que Swaggart acusó de adulterio aquel año. También colocó en la diana a Jim Bakker, presentador de *The PTL Club.* Bakker y su esposa, Tammy Faye, habían abandonado los estudios universitarios para convertirse en evangelistas pentecostales a principios de la década de 1960, y en 1965 habían empezado a trabajar en el canal televisivo Christian Broadcasting Network (CBN) de Robertson. De hecho, su popular espectáculo de variedades ayudó a lanzar el programa de Robertson *700 Club*, por el que en 1980 la CBN recaudó más de 50 millones de dólares. El canal no emitía exclusivamente programación religiosa. A finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 amplió su oferta «laica» con la inclusión de programas familiares tradicionales como reposiciones de películas del Oeste y series como *Aventuras de Pablito* y *La tribu de los Brady.* En 1974, los Bakker establecieron su propia red PTL (siglas de Praise the Lord o

«Alabado sea el Señor») y, en menos de una docena de años, PTL había adquirido una red satélite privada, amasaba ingresos anuales por valor de 129 millones de euros, daba empleo a 2500 personas y había creado un popular parque temático, el Heritage USA, una «Disneylandia cristiana» que exhibía una mezcolanza de arquitectura colonial, victoriana y sureña imaginaria, un tobogán de agua, una «fábrica de dulces celestiales» y tiendas de regalos donde se vendía un surtido impresionante de baratijas, bisutería y juguetes. En su momento álgido, en 1986, el parque atrajo a seis millones de visitantes, convirtiéndose con ello en el tercer parque de atracciones más popular del país. Y entonces Swaggart acusó a Bakker de tener «un encuentro amoroso de 15 minutos» con la secretaria de su iglesia, Jessica Hahn.[251]

En un principio, Bakker tenía previsto pagar 279.000 dólares como soborno a Hahn, pero, cuando Swaggart tuvo noticia de ello, Bakker dimitió y pidió a Jerry Falwell que tomara el timón de su ministerio. Falwell, un bautista independiente, no compartía la fe pentecostal de los Bakker, pero sabía apreciar cuándo se le presentaba una oportunidad y aceptó la oferta. Cabe destacar, no obstante, que la versión de Hahn de los acontecimientos difería en puntos clave. Para Hahn, aquello no había sido «un encuentro amoroso»; lo que había ocurrido era una violación premeditada. Explicó que había intentado oponer resistencia a las insinuaciones de Bakker, que la había anulado con vino y posiblemente con drogas, y que Bakker se quejaba de que su esposa no lo satisfacía sexualmente. En palabras de Bakker: «Cuando se ayuda al pastor, se ayuda al rebaño». Volviendo la vista atrás, Hahn reconocía haber sido una ingenua. Veía a Bakker cada día por televisión: «Era como pensar: “Oh, Dios mío, es como si Dios hubiera entrado en la habitación”». En un principio, mantuvo los abusos en silencio. La iglesia era todo su mundo y temía que «millones de personas» resultaran afectadas si explicaba lo ocurrido. Según la versión de Hahn, bajo el escándalo y el sensacionalismo había un acto de violencia, la manipulación y violación de una joven, el abuso de poder del pastor y la traición a una comunidad de feligreses. Por su parte, el abogado de Bakker aseguraba que el predicador era la víctima.[252]

En 1988, sorprendieron al propio Swaggart retozando con una prostituta, y lo hizo ni más ni menos que Marvin Gorman, que saboreó su dulce venganza al ver cómo se apartaba también a Swaggart del sacerdocio. Unos años después, Swaggart sería sorprendido de nuevo con una prostituta, pero,

en lugar de confesar, le dijo a su congregación: «El Señor me dijo que no es asunto de nadie, punto y final».[253]

Los culebrones de los telepredicadores en la década de 1980 dieron carnaza a unos medios de comunicación nacionales que parecían deleitarse con la hipocresía de los cristianos conservadores. Sexo, secretarias de iglesias, fraude, intrigas, prostitución, consumo manifiesto de la clase más sórdida…, todas aquellas revelaciones deslustraron la imagen del evangelismo en general y pusieron al descubierto la cara oscura de un movimiento religioso movido por la fama. Hacía tiempo que los evangélicos habían categorizado la inmoralidad sexual como un pecado carnal, producto del laicismo, del liberalismo y del feminismo, es decir: algo que no ocurría entre los cristianos. Sin embargo, los escándalos sexuales de los telepredicadores revelaron que sus propios ídolos religiosos tenían pies de barro. Si los cristianos necesitaban modelos varoniles, los medios de radiodifusión con los que contaban no se los estaban proveyendo.

La canonización de Oliver North puede entenderse en este contexto. Robert Grant, director tanto de Christian Voice como de la American Freedom Coalition, reconoció que cerrar filas en torno a North había «proporcionado un estímulo a organizaciones que habían visto cómo las donaciones se hundían a raíz los escándalos sexuales y monetarios de los telepredicadores». Se negó a asignar una cifra en dólares al impacto de North, pero admitió que «nos ha salido bien». North ayudó a los evangélicos a modificar el relato y a rellenar sus arcas. También Viguerie reconoció que no había habido demasiadas cosas para galvanizar la derecha religiosa, pero entonces apareció North: «Ollie es un héroe de cinco estrellas certificado en un movimiento que últimamente parece andar corto de héroes».[254]

Los evangélicos veneraban a North en parte porque parecía un ser excepcional y representaba el retorno a una época anterior en la que el mundo parecía funcionar, un antídoto frente a las celebridades sin escrúpulos que tal vez fueran los productos inevitables de una fe regida por el consumo. Allí había un veterano del Vietnam que se había enfrentado a los comunistas y perseguido a terroristas por todo el mundo, un hombre que haría lo que fuera necesario por servir a Dios y a su país. En unos tiempos en los que los líderes religiosos carecían del tan anhelado y necesario

heroísmo, los evangélicos lo encontraron en un lugar donde seguían prevaleciendo la virtud y la disciplina: el ejército de Estados Unidos.

Durante la guerra de Vietnam, los evangélicos habían acabado por admirar al ejército como un baluarte frente a la erosión de la autoridad y la resistencia de los valores tradicionales en medio de una cultura hostil, laicista y castrante. Durante la década de 1980, se esforzaron por estrechar lazos con el ejército para reforzar aquel último bastión de grandeza estadounidense. Y no es ninguna sorpresa que Falwell ayudara en este empeño. Trabajando por mandato de la Administración Reagan para destacar el sinsentido de la distensión, con frecuencia recurrió a militares jubilados para que le ayudaran a exponer sus argumentos. Pero fue James Dobson quien interpretó el papel más fundamental en el estrechamiento de los lazos entre los evangélicos y el ejército.

En 1983, el jefe de personal del ejército, el general John A. Wickham Jr., escogió a Dobson, que acababa de ser nombrado «Laico del Año» por la Asociación Nacional de Evangélicos por su labor en la «salvación de la familia», para ser la punta de lanza de una campaña para inculcar los «valores familiares» evangélicos en el ejército. Wickham, «un hombre de gran fe», se había vuelto a comprometer con la fe y la familia en una trinchera en Vietnam, y, como miembro del personal, se marcó como prioridad reforzar los valores morales en todo el ejército. Había tenido noticia de Dobson a través de dos congresistas republicanos, Dan Coats, de Indiana, y Frank Wolf, de Virginia. Dos años antes, Coats y Wolf habían asistido a una proyección de *¿Dónde está papá?* de Dobson. Hicieron publicidad de la película y otros materiales de Enfoque a la Familia entre otros congresistas y sus familias, y ambos creían que la cinta de Dobson podía utilizarse para reforzar también las familias de los militares. Wickham accedió a embarcar a Dobson en el proyecto. Se conocieron en un desayuno de colegas en el Pentágono y Dobson le dijo a Wickham que sentía «una clara sensación de camaradería y hermandad cristiana» con él y con los demás altos cargos militares. Los dos hombres empezaron a colaborar codo con codo con el objetivo de apuntalar los «valores familiares» entre el personal del ejército. Un año más tarde, Wickham invitó a Dobson a la Conferencia de Comandantes de Primavera en el Pentágono, donde Dobson impartió una charla sobre «la importancia de los valores de la vida doméstica tradicional» a oficiales y sus esposas. El año siguiente, Wickham decidió distribuir el vídeo de *¿Dónde está papá?* de Dobson a todo el

ejército; se preveía que los 780.000 soldados en activo lo visionaran y que sirviera de «bloque de construcción» para un «plan de acción familiar»[255] en todo el ejército.

Los militares eliminaron todo el lenguaje manifiestamente religioso del vídeo, pero la ideología de los valores familiares permaneció intacta. Dobson creía que el destino de la familia, y por extensión del país, dependía de que los hombres adoptaran los papeles de liderazgo que les correspondían: «Amigos, si Estados Unidos sobrevive, lo hará porque los esposos y padres empiezan a colocar a sus familias en el máximo nivel de prioridades y reservan algo de su tiempo, esfuerzos y energía para llevar el timón de sus propios hogares». Wickham compartía su opinión. «La buena disposición de nuestro ejército está directamente relacionada con la fuerza de nuestras familias —convino—. Cuanto más fuerte la familia, más fuerte el ejército, porque unas familias fuertes mejoran nuestra buena disposición para el combate».[256]

Su asociación resultó fructífera para ambos hombres. Dobson fue capaz de ampliar su influencia entre el ejército y acceder a nuevas redes de distribución (ni el ejército ni la editorial de Dobson revelaron cuánto se le pagó por *¿Dónde está papá?*), al tiempo que reforzaba su propia imagen apuntalando sus lazos con los militares. Por su parte, Dobson contribuyó a mejorar la imagen del ejército. En 1984, la revista *Focus on the Family* publicó un reportaje en portada sobre la labor de Dobson con el ejército, y Dobson invitó a Wickham y otros altos cargos militares a su programa radiofónico diario. Un año después, la revista publicó otro artículo elogiando la postura pro familia de Wickham; Dobson se aseguró de enviarle un ejemplar a Wickham, indicándole que se había distribuido entre las 650.000 personas que figuraban en su lista de correo. Dobson, que llegaba a millones de oyentes habituales, ayudó a rehabilitar la imagen del ejército que los estadounidenses tenían en la era posterior al Vietnam: «Nos han hecho creer que los generales y almirantes del ejército son locos egocéntricos que se mueren de ganas de hacer saltar el mundo por los aires», escribió en un boletín de Enfoque a la Familia, pero «nada más lejos de la realidad». Comandantes como Wickham eran «patriotas consagrados que han hecho muchos sacrificios por su país». El ejército era una institución noble.[257]

Wickham no fue el único mando militar que difundió las enseñanzas evangélicas. En 1985, la revista de la Asociación Cristiana de Oficiales,

Command, publicó un número especial con el título de «El comandante cristiano» en el que alentaba a los oficiales a utilizar sus posiciones de influencia con fines evangélicos. Nada más y nada menos que el coronel de los marines John Grinalds, el oficial al mando de Oliver North en 1978, escribió un artículo en el que explicaba su práctica habitual de «evangelizar desde su posición de mando». Grinalds consideraba que los comandantes debían «presentar a Cristo» a sus subalternos, y creía que así lo ordenaban tanto la Biblia como las normas militares. Al fin y al cabo, se suponía que los comandantes tenían que velar por el bienestar espiritual de sus tropas. Grinalds compartía abiertamente su fe e invitaba a los marines a asistir a los oficios de culto dominicales y alentaba a los Navigators, un ministerio cristiano evangélico, a dar testimonio a los marines bajo su mando. Guardaba ejemplares del Nuevo Testamento en el cajón de su escritorio para distribuirlos y tenía la costumbre de mantener conversaciones cara a cara para «hablar de Cristo». Los resultados de aquellos esfuerzos evangélicos podían cuantificarse; durante sus doce meses al mando, «había visto al S-3, al S-4, al oficial de Comunicaciones, al oficial de Transporte Motor, a dos comandantes de la compañía y al comandante del Pelotón de Ataque Anfibio consagrar sus vidas a Cristo», además de muchos otros que se habían reconvertido y bautizado.[258]

Después de haber abrazado al ejército, a los evangélicos les resultaría difícil articular una crítica al militarismo. Si el ejército era una fuente de virtudes, la guerra también tenía un cariz moral, incluso la preventiva. En su libro de 1987 *One Nation Under God*, el reconstruccionista cristiano Rus Walton presentaba una sólida defensa de la guerra preventiva. Supongamos que un «matón», un bárbaro, un «depravado» amenazara a tu esposa o hija. «¿Qué harías? ¿Cuándo te moverías para protegerla? ¿Antes de que la atacara? […] ¿Cuando empezara a arrancarle la ropa?». Y sí, Jesús podía haber dado a sus seguidores la instrucción de amar al enemigo, pero no a los enemigos de Dios. Los cristianos debían endurecerse: «Que sean otros quienes intenten eliminar el viejo y gran himno “Onward Christian Soldiers”[259] de sus cantorales. Y nosotros sigamos avanzando, guiados por la Cruz de Jesús». Se llamaba a los cristianos a librar la batalla del Señor, tanto en el país como en el extranjero, y a perseguir la dominación en Su nombre. Se imprimieron ni más ni menos que 150.000 ejemplares en rústica del libro de

Walton, y este se convirtió en un ponente frecuente en las conferencias anuales «Reclaiming America for Christ» de D. James Kennedy.[260]

Promocionando la guerra preventiva, Walton aportó su granito de arena a la «teoría de las cruzadas». En las guerras de conquista cristianas, estaba justificado que «los Estados del bien» atacaran a sus enemigos. Las cruzadas tenían sentido en el contexto político de la Guerra Fría, donde la neutralidad no era una opción. Pero, en el verano de 1987, en medio de las audiencias por el Irangate, el presidente Reagan se había alzado frente a la Puerta de Brandemburgo, en el Berlín Occidental, y había ordenado a Mijaíl Gorbachov que «derribara aquel muro». Dos años más tarde, el Muro cayó. Aunque los evangélicos conservadores habían quedado desconcertados por la propuesta de desarme de Reagan durante su segundo mandato, al final fue su postura agresiva en el escenario mundial y su inclinación a «hablar sin tapujos y a llevar un gran palo» lo que, al parecer, había producido resultados indiscutibles. Las piezas del dominó no tardarían en empezar a caer, pero no en la dirección que los evangélicos conservadores temían desde hacía tiempo.[261]

Durante décadas, el anticomunismo había sido un eje en la concepción del mundo evangélica y había justificado el militarismo en el extranjero y la persecución beligerante de una pureza moral en el país. La victoria del mundo libre era algo que celebrar, pero también resultaba desorientadora. Sin un enemigo común, costaría más mantener las expresiones combativas de la fe. No obstante, incluso cuando la Guerra Fría concluyó con un final anticlimático, la teoría de las cruzadas mantuvo su vigencia. Como pauta flexible para el combate, podía emplearse para justificar la agresión contra amenazas tanto externas como internas. Entre los nacionalistas cristianos, podía santificar de manera efectiva cualquier compromiso que los Estados Unidos decidieran forzar. En el frente doméstico, servía para validar tácticas cuestionables e incluso despiadadas esgrimidas en defensa de los Estados Unidos cristianos. En las búsquedas heroicas de un bien superior, el fin justificaría los medios. Los evangélicos conservadores sabían que estaban llamados a librar la batalla del Señor. Lo que no estaba del todo claro era de qué batalla se trataba.

---

[225] Pasión desmedida por Oliver North. *(N. de la T.)*

[226] Bauder, David, 1987, «“Olliemania” Fades Away», AP News, 4 de septiembre.

[227] Baker, Donad P., 1988, «Falwell Defends North, Compares him to “Savior”», *Washington Post,* 3 de mayo.

[228] Baker, «Falwell Defends North».

[229] «Religious Right Drums Up Support for North», *Los Angeles Times,* 3 de septiembre de 1988.

[230] «Highlights of North’s Testimony», *Washington Post,* 14 de julio de 1987; Bradlee, Ben, Jr., 1988, *Guts and Glory: The Rise and Fall of Oliver North,* Nueva York: Donald I, Fine, pp. 21-23, 27 y 33.

[231] El incidente del golfo de Tonkín fue una operación naval de bandera falsa en las aguas del golfo de Tonkín que comportó un enfrentamiento real. La organizaron los servicios secretos de Estados Unidos para usarla como pretexto para elevar su participación en la guerra de Vietnam. *(N. de la T.)*

[232] La ofensiva del Tet fue una operación militar planificada por el Gobierno norvietnamita contra las fuerzas aliadas lideradas por Estados Unidos. Si bien se saldó con la derrota de los norvietnamitas, la ofensiva conmocionó a la sociedad estadounidense, a la que las cúpulas política y militar habían hecho creer que los norvietnamitas estaban siendo derrotados y eran incapaces de lanzar una operación tan ambiciosa. El apoyo de la opinión pública estadounidense a la guerra disminuyó y Estados Unidos empezó a cambiar de estrategia y a buscar negociaciones para poner fin a la guerra. *(N. de la T.)*

[233] Bradlee, *Guts and Glory,* pp. 64-65.

[234] Bradlee, *Guts and Glory,* pp. 62, 65, 86 y 96-97.

[235] Bradlee, *Guts and Glory,* pp. 101-102, 87 y 99.

[236] Bradlee, *Guts and Glory,* pp. 115 y 418-419; «Religious Right Drums Up Support for North»; «North spreads religious word», GoUpstate.com, 3 de mayo de 1993.

[237] Bradlee, *Guts and Glory,* pp. 413-415 y 420-421.

[238] Pincus, Walter y Dan Morgan, 1987, «Reagan “Never” Briefed on Funds», *Washington Past,* 4 de julio; «North Talks to Hall After Resigning», *Understanding the Iran-Contra Affairs,* 9 de junio de 1987; «Iran-Contra Hearings; The Committee’s Turn: Speeches to North», *New York Times,* 14 de julio de 1987.

[239] «Southern Baptists Salute "Patriot" – Ollie North», *Deseret News,* 4 de junio de 1991.

[240] North, Oliver, y William Novak, 1991, *Under Fire: An American Story,* Nueva York: HarperCollins; «North spreads religious word»; Persinos, John F., 1995, «Ollie, Inc.: how Oliver North raised over $20 million in a losing U.S. Senate race», *Campaigns & Elections,* 1 junio.

[241] Jenkins, Kent, Jr., 1994, «The Good, the Bad and the Ollie», *Washington Post,* 20 de marzo.

[242] Aimee Semple McPherson (1980-1944) fue una evangelista pentecostal canadiense-estadounidense muy influyente durante las décadas de 1920 y 1930. Fue muy mediática y una pionera en el uso de los medios de comunicación modernos, porque usó la radio para aprovechar el creciente atractivo del entretenimiento popular y otras estrategias en sus sermones semanales en el Angelus Temple, una de las primeras megaiglesias. *(N. del a t.)*

[243] Cole, Edwin Louis, 1982, *Maximized Manhood: A Guide to Family Survival,* Springdale, Pensilvania: Whitaker House, p. 129; Goldman, Ari L., 2002, Obituario de Edwin Louis Cole, *New York Times,* 31 de agosto.

[244] Cole, *Maximized Manhood,* pp. 63 y 176.

[245] Cole, *Maximized Manhood,* pp. 35, 61, 69, 72, 77, 134 y 166.

[246] Archie Bunker es un personaje de ficción de la serie de televisión estadounidense *All in the familly* encarnado por el actor Carroll O'Connor. Se trata de un personaje especialmente antipático: bajo, blanco, muy intolerante y cerrado, bastante racista y conservador y algo duro de mollera, a quien las circunstancias obligan a compartir techo con su hija y su yerno, ambos comprometidos con los movimientos contestatarios de la izquierda estadounidense. *(N. de la T.)*

[247] Cole, *Maximized Manhood,* pp. 127 y 129.

[248] «Comité Internacional de la Buena Voluntad». *(N. de la T.)*

[249] Cole, *Maximized Manhood,* p. 132.

[250] Andrews, Travis M., 2017, «The Rev. Marvin Gorman, who prompted Jimmy Swaggart's downfall in the '80s, dies at 83», *Washington Post,* 9 de enero; Marcus, Frances Frank, 1991, «Swaggart Found Liable for Defaming Minister», *New York Times,* 13 de septiembre.

[251] FitzGerald, *Evangelicals,* pp. 374 y 399; Wigger, John, 2017, *PTL: The Rise and Fall of Jim and Tammy Faye Bakker's Evangelical Empire,* Nueva York: Oxford University Press.

[252] «Jessica Hahn Tells All», *Washington Post*, 3 de septiembre de 1987; Funk, Tim, 2017, «Jessica Hahn, woman at center of televangelist's fall 30 years ago, confronts her past», *Charlotte Observer*, 16 de diciembre; Andrews, «The Rev. Marvin Gorman».

[253] Kaufman, Joanne, 1988, «The Fall of Jimmy Swaggart», *People*, 7 de marzo; «Scandals: No Apologies This Time», *Time*, 28 de octubre de 1991.

[254] «Religious Right Drums Up Support».

[255] Loveland, *American Evangelicals*, pp. 283-287; «Interview with Army Chief of Staff, General Wickham, with *Decision Magazine*, Washington, D.C., September 27, 1984», citado en: Loveland. *American Evangelicals*, p. 275; «All Active-duty U.S. Soldiers Are Expected to See Dobson Film». *Christianity Today*, 5 de octubre de 1984, p. 100.

[256] *Where's Dad?* (cinta de vídeo del ejército) (Waco, Texas), 1981, citado en: Loveland, *American Evangelicals*, p. 288.

[257] Loveland, *American Evangelicals*, pp. 289 y 291.

[258] Grinalds, John, 1985, «Evangelism in Command», *Command*, primavera de 1985, pp. 37-40, citado en: Loveland, *American Evangelicals*, pp. 319-320.

[259] «Onward, Christian Soldiers» es un himno inglés del siglo XIX adoptado por el Ejército de Salvación como su cántico preferido. La letra contiene referencias al Nuevo Testamento y compara a los cristianos con soldados de Cristo. *(N. de la T.)*

[260] Walton, Rus, 1987, *One Nation Under God*. Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, ed. rev., pp. 7, 170 y 181; Bacevich, *New American Militarism*, p. 131n29.

[261] Lienesch, Michael, 1993, *Redeeming America: Piety and Politics in the New Christian Right*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, p. 216; Bacevich, *New American Militarism*, p. 146.

08

La guerra por el alma

Para los evangélicos, la década de 1980 había acabado siendo una bendición a medias. Por un lado, se deleitaban con su recién adquirido poder político y se esforzaban por sacarle el máximo partido. Además de su difusión pública y de sus sesiones de fotos con el presidente, ampliaron su influencia entre bambalinas. Tras la Conferencia de la Casa Blanca de 1980, James Dobson había fundado el Consejo de Investigación Familiar, una organización conservadora destinada a apoyar las políticas «pro familia». Mientras Reagan ocupó la Casa Blanca, Dobson se convirtió en un «asesor habitual» del presidente. (Incluso grabó uno de sus programas radiofónicos *Enfoque a la Familia* con Reagan en el Despacho Oval, y Reagan lo designó copresidente de Ciudadanos por la Reforma Fiscal y del Comité Asesor Nacional de la Oficina de Justicia Juvenil y Prevención de la Delincuencia). En 1980, Tim LaHaye había aparcado su labor pastoral para dedicarse a jornada completa al activismo político. El año siguiente fundó su hermético Consejo de Política Nacional. Directorios de afiliados filtrados revelan que la red de alianzas conservadoras era cada vez más densa: James Dobson, Jerry Falwell, Phyllis Schlafly, Beverly LaHaye, R. J. Rushdoony, Howard Phillips, Gary North, Pat Robertson, D. James Kennedy, Tony Perkins, Bill Bright, Ken Starr, Michael Farris, Jesse Helms, John Ashcroft, Trent Lott, Richard DeVos, Elsa Prince, Erik Prince, Wayne LaPierre, Richard Viguerie, Grover Norquist, Gary Bauer, Paul Weyrich y Oliver North. LaHaye también fundó la Coalición por los Valores Tradicionales, que se encargó de organizar a centenares de pastores e iglesias cristianos para promover el patriotismo y los valores morales, y la Coalición por la Libertad Religiosa, para ejercer presión a favor de los derechos religiosos. En 1986, Falwell, LaHaye, Kennedy, Jimmy Swaggart, Jim Bakker y Bill

Bright aunaron fuerzas con otros líderes de la derecha cristiana para formar la Coalición Religiosa para una Política de Defensa Moral.[262]

Por otro lado, en cierto sentido, el éxito político de los evangélicos amenazaba con desbaratarlos. En 1984, Reagan fue reelegido por una victoria aplastante, con un 60 por ciento del voto popular. (En la Convención Nacional Republicana de 1984, un vídeo que repasaba los logros de Reagan durante su primer mandato abría con una serie de fragmentos de películas de John Wayne, por si acaso alguien se olvidaba de lo que Reagan representaba). En torno al 75 por ciento de los evangélicos blancos lo votaron, pero, gracias a la recuperación económica, su apoyo no fue esencial para su reelección. En cierto sentido, la decisiva victoria de Reagan detuvo el viento que agitaba las velas evangélicas. Los evangélicos conservadores habían aprendido a explotar la sensación de ser objeto de acoso. Cuando liberales, comunistas, feministas o humanistas laicos parecían ir ganando, se hurgaban bien en los bolsillos. Pero con Reagan en la Casa Blanca, esa sensación de apremio disminuyó. Y, junto con la imagen deslustrada forjada por los escándalos sexuales de los telepredicadores, aquello condujo a un declive precipitado de donaciones, al margen del repunte momentáneo que supuso North.[263]

En respuesta a ello, los líderes de la derecha religiosa empezaron a alzar sus voces. Falwell desató la polémica caracterizando el sida como «la ira de Dios sobre los homosexuales» y recomendando poner en cuarentena a los infectados. También tendió puentes con algunos de los aliados de ultramar más polémicos de Reagan, incluido el régimen del *apartheid* de Sudáfrica, Fernando e Imelda Marcos en las Filipinas y la brutal dictadura de derechas de El Salvador. LaHaye, por su parte, intentó reclamar el crédito por la reelección de Reagan, pero descarriló en la vuelta ganadora cuando se reveló que la Iglesia de la Unificación de Sun Myung Moon, una secta surcoreana cuyos adeptos se conocían popularmente como «moonis», era uno de sus principales donantes. Tras la votación a mitad de legislatura de 1986, LaHaye clausuró su Coalición por los Valores Tradicionales. La mayoría moral de Falwell se desbandó en 1989. Hacia finales del segundo mandato de Reagan, en ausencia de un enemigo común, el poder de la derecha cristiana parecía esfumarse.[264]

El orden del día más apremiante era elegir a un nuevo presidente, pero no había un heredero claro aparente, a pesar de que uno de los suyos había

arrojado el sombrero al ruedo. En algún momento a mediados de la década de 1980, Dios le había indicado a Pat Robertson que se postulara a la presidencia, según él mismo había explicado. En 1987 anunció su candidatura, pero su campaña arrancó con mal pie cuando unos periodistas revelaron que había mentido acerca de la fecha de su boda para camuflar el hecho de que su esposa estaba embarazada de siete meses cuando se habían dado el «sí, quiero». Los medios de comunicación averiguaron también que, en contra de lo que Robertson afirmaba, nunca había participado en combate: al parecer, su padre, un senador estadounidense, había movido los hilos para mantener a su hijo alejado del peligro. Aparte de estos dos asuntos relevantes, parecía reunir todos los requisitos.[265]

Robertson, cuya campaña se basaba en «Restituir la grandeza a Estados Unidos a través de la fortaleza moral», situó en primer plano la política exterior. Se opuso al control armamentístico, denunció el «comunismo impío», hizo un llamamiento a «derrotar a los regímenes marxistas del Tercer Mundo» y se comprometió a «no negociar nunca con comunistas o terroristas». Robertson no hablaba por hablar en materia de política exterior. Durante la Administración Reagan, había ampliado su imperio evangélico a Centroamérica y había respaldado los brutales regímenes derechistas de El Salvador y Guatemala; además de ello, la cadena televisiva CBN se convirtió en «el principal donante privado de los campamentos de la Contra nicaragüense en Honduras» y en una poderosa defensora de ayudar a la Contra en Washington. En el recorrido electoral, Robertson ensalzó las virtudes de unos Estados Unidos cristianos y clamó contra lo que consideraba un ataque a la fe y a los valores cristianos.[266]

La CBN de Robertson contaba con unos 16 millones de espectadores anuales y recaudó 2,4 millones de dólares en aportaciones en 1986, y Robertson esperaba traducir esos datos en apoyo político, en un «ejército invisible». Ante la improbabilidad de que su campaña fructificara, opositores y periodistas se mofaron de dicha expresión, pero Robertson la hizo suya. Su ejército estaba integrado, principalmente, por carismáticos, pentecostales y cristianos «imbuidos del Espíritu», un subconjunto dentro del evangelismo blanco, pero no consiguió el apoyo de la mayoría de los evangélicos. Falwell, LaHaye, Kennedy, Robison y Dobson declinaron respaldarlo. En parte, esto pudo deberse a rivalidades profesionales, pero en ningún momento dio la sensación de que Robertson tuviera posibilidades de ganar. Para quienes aspiraban a tener acceso al Despacho Oval durante los

próximos cuatro años, apoyar a un candidato del *establishment* parecía una apuesta más segura. Y a ello se sumaba que algunos consideraban un inconveniente que Robertson fuera clérigo de profesión. No solo era un telepredicador que lanzaba su campaña en medio de una oleada de escándalos sexuales protagonizados por telepredicadores, sino que muchos cristianos no parecían estar convencidos de que un pastor pudiera proporcionar el liderazgo fuerte que se necesitaba a escala nacional. Era obvio que Robertson no le llegaba ni a la suela de los zapatos a Reagan. La mayoría de los evangélicos acabaron dando su apoyo a George H. W. Bush, quien, percibiendo la dirección en que soplaban los nuevos vientos, se había ido alineando poco a poco con los conservadores religiosos.[267]

El apoyo de los evangélicos a Bush fue tibio, y el sentimiento era mutuo. Además, Bush carecía de la virilidad tosca de su predecesor, pero, por suerte para él, su contrincante era Michael Dukakis. Los republicanos no tardaron en cuestionar el patriotismo de Dukakis y en sabotear su masculinidad, convencidos de que ambas cosas estaban íntimamente relacionadas. Al menos desde 1972, los republicanos se lamentaban de que los demócratas carecían de fuerza para defender el país. En otoño de 1988, los evangélicos se mantuvieron fieles al Partido Republicano; el 70 por ciento votó a Bush, que se impuso cómodamente a su rival demócrata.[268]

El segundo año de la presidencia de Bush, en verano de 1990, Irak invadió Kuwait. En respuesta a ello, Estados Unidos organizó una coalición internacional para poner fin a la ocupación iraquí. A diferencia de los obispos católicos y el clero protestante de la línea predominante, la mayoría de los evangélicos apoyaron con entusiasmo la Operación Tormenta del Desierto. Se trataba de la primera intervención militar desde la humillante derrota de Estados Unidos en Vietnam y, al principio, no se sabía cuál sería el curso de los acontecimientos, pero, una vez el asalto por tierra contra las fuerzas de Sadam Husein dio comienzo, la respuesta quedó clara. Aquello no era Vietnam. Fue un despliegue pasmoso de superioridad militar de Estados Unidos. Y aunque las operaciones de limpieza fueron un poco torpes, se quemaron pozos de petróleo y Husein conservó el poder por un tiempo, resultó estimulante saborear el renovado poderío estadounidense.[269]

En 1991 se puso fin oficialmente a la Guerra Fría. Durante más de cuatro décadas, los evangélicos se habían movilizado contra una amenaza comunista inminente. Una vez restaurado el papel de Estados Unidos como

potencia y derrotado el enemigo, la necesidad de un militarismo evangélico dejó de ser evidente.

En un alarde de creatividad, Pat Robertson alumbró el camino para identificar la crisis necesaria. Tras fracasar en su candidatura presidencial, utilizó los millones de nombres de la lista de correo de su campaña para fundar la Coalición Cristiana. En 1991 publicó *The New World Order,* donde exponía que estaban embaucando al presidente Bush para que creyera que la amenaza del comunismo había desaparecido. En su opinión, el totalitarismo había regresado al antiguo bloque soviético bajo una forma más «engañosa y peligrosa». También acusó a Bush de usar la guerra de Irak como un argumento taimado para ceder la soberanía estadounidense a las Naciones Unidas. Inspirados por su interpretación de las profecías bíblicas contenidas en el Libro de las Revelaciones, los protestantes conservadores hacía tiempo que temían la creación de un Gobierno «mundial» presidido por el Anticristo. A principios del siglo XX, dichos temores se habían asociado a la Liga de las Naciones y, durante la Guerra Fría, con frecuencia se habían canalizado a través de un anticomunismo virulento, aunque el libro superventas de Hal Lindsey *The Late Great Planet Earth* (1970) había advertido contra una Comunidad Europea que alumbraría el reino del mal. Una vez desintegrada la Unión Soviética, los recelos recayeron de lleno en las Naciones Unidas. Y, en el caso de Robertson, en los Illuminati,[270] en los banqueros judíos acaudalados y en los internacionalistas corporativos conspiradores. El *Wall Street Journal* catalogó el libro de Robertson como «un compendio predecible de los grandes éxitos del sector más fanático», escrito con el «estilo enérgico de un chiflado». Entre tanto, el libro se situó en el número cuatro de la lista de éxitos de ventas del *New York Times*, con medio millón de ejemplares vendidos. Liderada por Ralph Reed, la Coalición Cristiana de Robertson no tardó en convertirse en la organización de base más poderosa de la derecha religiosa, con redes en los cincuenta estados y más de un millón de integrantes en 1994.[271]

Al final de la guerra del Golfo, el índice de valoración de Bush se elevaba a un 89 por ciento. Sin embargo, con la recesión de los años 1990 y 1991, junto con el incumplimiento de su promesa de «no más impuestos», su popularidad se desplomó. Consciente de la vulnerabilidad del presidente, Pat Buchanan, un adalid de la derecha religiosa que había trabajado para Nixon, Ford y Reagan, decidió desafiar a Bush en las primarias de 1992.

Preocupado por el grado de apoyo a Buchanan, Bush tendió la mano a la Asociación Nacional de Evangélicos y a la Convención Bautista del Sur y empezó a defender de manera más explícita los valores sociales conservadores. Ello marcó el comienzo de lo que Reed describió como «la plataforma más conservadora y más pro familia de la historia del partido». Entre sus propuestas figuraban la prohibición del aborto, la oposición a los derechos del colectivo LGBT y la defensa de la oración en las escuelas y del derecho a la educación en casa. Buchanan no desbancó a Bush, pero sí escoró el Partido Republicano más hacia la derecha. Y el hecho de que la Guerra Fría hubiera concluido no fue óbice para que, en la noche de inauguración de la Convención Nacional Republicana, Buchanan advirtiera de que se había declarado una nueva guerra, de una índole distinta: «En este país se libra una guerra religiosa […], una guerra cultural tan relevante para el tipo de nación que seremos como la Guerra Fría: la guerra por el alma de Estados Unidos».[272]

La derecha religiosa no tardó en perder su primera batalla en la guerra de Buchanan. En una carrera de tres carriles, Bill Clinton se impuso a Bush y Ross Perot. Y si Bush había decepcionado a los evangélicos estadounidenses, Bill Clinton se antojaba una catástrofe.

Pese a ser del sur y bautista, Clinton era anatema para la derecha religiosa. Desertor, fumador de marihuana y demócrata, representaba todo lo que despreciaban de la década de 1960. Y luego estaba su esposa, que había defendido los derechos civiles y los derechos de la infancia y había hecho campaña por el liberal antibelicista George McGovern y por Jimmy Carter, cuya virilidad estaba en entredicho. Y lo que era aún peor, como feminista y mujer con una carrera profesional, Hillary Rodham había provocado la ira de los conservadores religiosos al negarse a adoptar el apellido de su marido. (Posteriormente se lo cambió para intentar apaciguar las críticas y allanarle el camino a su esposo). Durante la campaña de 1992, su feminismo se convirtió en un tema polémico cuando, en respuesta a la insinuación de que su despacho de abogados había recibido favores de su esposo en la época en que ejercía como gobernador, Hillary replicó: «Supongo que debería haberme quedado en casa horneando galletas y preparando la cena». La reacción fue virulenta, instantánea y brutal. «Si alguna vez me había planteado votar a Bill Clinton —escribió una mujer en una carta a la revista *Time*—, el comentario engreído e insidioso de su

esposa me ha quitado las ganas de hacerlo». Aquella lectora hablaba por boca de muchas mujeres. Desde la década de 1970, la identidad de las amas de casa se había convertido en un tema muy politizado, y Hillary Rodham Clinton desencadenó miedo, resentimiento y desdén entre muchas conservadoras, algunas de las cuales se sentían devaluadas por su mera existencia. Además, muchas de ellas llevaban dos décadas enteras leyendo libros y escuchando sermones que las habían preparado para responder a una provocación como aquella. Poco importó que, en realidad, a Hillary le gustara hacer galletas o que su receta de *cookies* de chocolate se alzara con el primer premio en el concurso de galletas presidencial de *Family Circle*. Las evangélicas conservadoras no estaban dispuestas a perdonar ni a olvidar su comentario.[273]

Con los Clinton en la Casa Blanca, las perspectivas para los conservadores religiosas eran agoreras. Por la cara buena, la derecha religiosa siempre había prosperado cuando se sentía acosada y, con la elección de Clinton, la Coalición Cristiana y otras organizaciones conservadoras registraron un repunte importante tanto en número de miembros como en recaudación de fondos. La Casa Blanca de los Clinton proporcionaba a diario pasto fresco para la indignación conservadora. Además del constante escándalo de las acusaciones de corrupción, la preocupación más inmediata era el malhadado intento de la primera dama de reformar el sistema de sanidad estadounidense. Su propuesta no solo apestaba a socialismo, al parecer de los conservadores, sino que la Coalición Cristiana insistía en que la reforma de la sanidad ocultaba una «agenda social radical» que defendía el aborto, los derechos de los gais y la educación sexual. Y aquello no era más que la punta del iceberg.[274]

«El nuevo orden mundial os quiere robar a vuestros hijos», advirtió Phyllis Schlafly. Cuando Hillary Clinton publicó *Es labor de todos*, un libro donde describía cómo fuerzas externas a la familia inmediata impactaban en el bienestar de los niños del país, Schlafly y otros conservadores insistieron en que la crianza de los niños no era en absoluto «labor de todos». En su opinión, los intentos fallidos por aprobar una ley federal que regulara las guarderías y el trabajo del Fondo de Defensa de los Niños y la Convención sobre los Derechos del Niño de la ONU eran tentativas veladas de injerencia en los derechos parentales. Los padres no querían que todo el mundo «metiera las narices» en la educación de sus hijos. Si permites que cualquiera «te usurpe la autoridad parental, puedes estar seguro de que

enseñarán a tus hijos comportamientos que no te gustará que aprendan». Schlafly pintaba un futuro en el que los padres habían perdido el derecho a castigar a sus hijos, donde los niños podían exigir ver la televisión, negarse a asistir a la iglesia con sus padres e incluso unirse a una secta. Con aquella absurdez de «los derechos de los niños», la Administración Clinton y la ONU amenazaban la autoridad parental, la existencia de una sociedad ordenada y la soberanía de Estados Unidos.[275]

Pero Clinton no solo estaba socavando la seguridad nacional al no proteger la soberanía del país. La guerra del Golfo había revitalizado brevemente los relatos de un ejército heroico y del poderío estadounidense, pero los conservadores perdieron toda la confianza en cuanto Clinton asumió el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas. En el ámbito militar, los pecados de Clinton eran legión. Al principio de su presidencia anunció su intención de abrir el ejército a las personas con independencia de su orientación sexual. Y para hacer frente a la virulenta reacción inmediata, adoptó una política de «Ni preguntes, ni expliques». La oposición se manifestó tanto en el propio ejército como entre los evangélicos estadounidenses y, llegados a aquel punto, como era previsible, ambos grupos habían dejado de ser mutuamente excluyentes. En el ejército, los evangélicos utilizaron materiales suministrados por el Consejo de Investigación Familiar, Concerned Women for America, Enfoque a la Familia y Exodus International para impedir el acceso a la carrera militar a soldados homosexuales. Por su parte, Dobson invitó al coronel Ronald D. Ray a su programa radiofónico, desde donde este advirtió a los oyentes de que «los cargos militares estaban siendo muy ingenuos en cuanto a la amplia agenda» que los homosexuales proponían.[276]

A los evangélicos no solo les preocupaba que hubiera «gais en el ejército». Temían que las fuerzas armadas en su conjunto se «feminizaran» bajo la batuta de Clinton. En 1994, Clinton firmó una orden que permitía a las mujeres servir en buques de guerra y cazabombarderos, lo cual suscitó la ira de los conservadores religiosos. Aquello no solo iba en contra de la diferencia de géneros impuesta por Dios, sino que, al colocar a las mujeres en lugares que no les correspondían, se las exponía a la amenaza de sufrir abusos sexuales. Durante la década de 1990, una serie de escándalos sexuales sacudieron el ejército. Desde el incidente de Tailhook en 1991[277] hasta el adulterio de la piloto de las fuerzas aéreas Kelly Flinn, los conservadores tenían claro que el ejército no era lugar para mujeres. Las

mujeres debían estar sobre un pedestal, no en el campo de batalla. Y para empeorar las cosas, Clinton castró aún más el ejército enviando tropas a una serie de misiones de mantenimiento de la paz de la ONU. En palabras de Schlafly, Clinton y «esos burócratas con sueldos excesivos» parecían decididos a convertir la ONU en «un Gobierno mundial con su propia fuerza policial y su propia autoridad fiscal», pero recordaba a los lectores que «ningún hombre puede tener dos amos». Enviar a soldados estadounidenses como «mercenarios de la ONU […] en hipócritas expediciones de "mantenimiento de la paz"» a lugares como Somalia, Haití y Ruanda era inconstitucional y antiamericano. Y no era propio de hombres.[278]

Schlafly estaba en lo cierto al afirmar que las fuerzas de mantenimiento de la paz eran distintas de los ejércitos tradicionales. Desconectada de las agendas nacionalistas, la ONU se alzaba como un modelo de fuerza militar no imperialista en un mundo que había superado la Guerra Fría, una fuerza militar que parecía rehuir el militarismo tradicional y la masculinidad patriarcal. A algunos miembros del ejército también les desconcertaba aquel cambio. Tras la Guerra Fría y la guerra del Golfo, los pilotos de cazabombarderos de la Marina confesaron que estaban perdiendo confianza en sí mismos. Dos años después de su decisiva victoria en Irak se encontraban sin una misión clara y ni siquiera se sentían ya «*marines* de verdad».[279]

Y si algo les faltaba a los evangélicos conservadores para acabar de despreciar a los Clinton fue el asunto Lewinsky. Cuando se filtraron los rumores acerca de la «relación inapropiada» del presidente con la antigua becaria de la Casa Blanca en enero de 1998, Schlafly arremetió con contundencia: «Está en juego saber si la Casa Blanca se convertirá en un canal de relaciones públicas para la mentira y los sondeos, similar a un programa de televisión, o seguirá siendo una plataforma para la articulación basada en principios políticos y valores que los estadounidenses respeten». Clinton había «convertido la hasta entonces grave ofensa de mentir a la opinión pública estadounidense en su ritual diario», aniquilando toda veneración por la presidencia. En realidad, lo de menos era «lo que Bill Clinton haya hecho con la tal Paula, Gennifer o Monica, sino si vamos a permitir que el presidente se salga con la suya, se burle de la ley, mienta en televisión y se oculte tras su popularidad en las urnas». Si tal precedente

prevalecía, profetizó Schlafly, «los estadounidenses pueden prepararse para que una sucesión de charlatanes televisivos y embusteros profesionales ocupen la Casa Blanca».[280]

James Dobson también envió una extensa carta a sus seguidores manifestando su conmoción y consternación por la humillación del presidente, de su familia y del país en su conjunto. Como Schlafly, a Dobson le horrorizaba la predisposición de sus conciudadanos a perdonar el comportamiento del presidente por considerarlo «un asunto privado entre él y Hillary». Tras recordar a sus lectores que a los oficiales del ejército se les exigían responsabilidades en casos de conducta sexual indebida, a Dobson le parecía «profundamente inquietante» que las reglas se reescribieran en el caso de Clinton. Más aún, la falta de honestidad de Clinton se inscribía en una larga historia de inmoralidad y falsedad. Había mentido sobre su relación extramarital con Gennifer Flowers y sobre su deserción. Había «visitado la Unión Soviética y otros países hostiles durante la guerra de Vietnam, alegando que lo hacía como mero "observador"». Había organizado y participado en manifestaciones pacifistas y había esquivado las preguntas sobre su consumo de marihuana. «La personalidad sí es importante —opinaba Dobson—. No se puede gobernar una familia, por no hablar ya de un país, sin ella».[281]

Pat Robertson también intervino. Clinton había «depravado, degradado y difamado» la presidencia y había convertido la Casa Blanca en un «club para que el chico del póster de la década de 1960 diera rienda suelta a su libertad sexual», les dijo a los 3000 miembros de la Coalición Cristiana, que respondieron ovacionándolo y poniéndose en pie. Por su parte, Ralph Reed también insistió en que la personalidad era importante: «Nos preocupa la conducta de nuestros dirigentes y no descansaremos hasta tener a mandatarios con una conducta moral recta». Entre tanto, Jerry Falwell envió una edición especial de su informe semanal a más de 160.000 pastores evangélicos instándolos a exigir a los miembros indecisos de la Cámara que votaran a favor de la destitución de Clinton. La Coalición Cristiana recogió más de 250.000 firmas en peticiones similares. El Consejo de Investigación Familiar de Dobson emitió anuncios en televisión exigiendo la dimisión de Clinton por su «carencia de virtud». El teólogo evangélico Wayne Grudem firmó una carta pública en la que se criticaba a Clinton por su «uso enfermizo de las mujeres» y por su «manipulación de la verdad», y los líderes de la Convención Bautista del Sur, Paige Patterson,

Al Mohler y Richard Land, firmaron una carta en la que se reprendía a Clinton.[282]

El presidente infiel, desertor y carente de moral encarnaba todos los males de Estados Unidos. Sin embargo, para consternación de los evangélicos, la conducta sexual inapropiada de Clinton pareció mejorar su posición a ojos de muchos estadounidenses. Desde la década de 1970, los conservadores habían tachado a los hombres liberales de mequetrefes sin cualidades masculinas para el liderazgo. A medida que los detalles del escándalo Lewinsky salieron a la luz, «la imagen de Bill Clinton pasó de ser la de un marido anulado por una bruja castradora a la de un conquistador fanfarrón cuya lujuria incontenida representaba un peligro para todas las mujeres en su órbita», según el psicólogo clínico Stephen Ducat. Quizá, «bajo el chasquido de lengua de algunos comentaristas en señal de desaprobación», subyacía una «envidia velada». La popularidad de Clinton en su puesto registró un aumento significativo conforme el escándalo fue destapándose: «el presidente, previamente feminizado, resucitó como un líder fálico».[283]

En cuanto a la críticas que los evangélicos hacían a Clinton, parecía que su preocupación por el comportamiento depredador del presidente tenía más que ver con su persona que con dicha conducta. En sus propios círculos, los evangélicos no se caracterizaban por defender a las mujeres del acoso y los abusos. En la década de 1980, sin ir más lejos, Dobson había recomendado adoptar un escepticismo sano ante ciertas alegaciones de violencia doméstica. En *Love Must Be Tough* (1983), advertía que había mujeres que «lanzaban el “anzuelo”» deliberadamente a sus maridos para que las golpearan y «discutían con ellos» hasta obtener el «premio» que buscaban: un morado que pudieran lucir ante sus «vecinos, amistades y la ley» para conseguir «ventaja moral» y quizá también para justificar una huida del matrimonio contraria a la Biblia a través del divorcio. Dicho argumento permanecía intacto en la edición de 1996.[284]

En 1991, la designación por parte del presidente Bush de Clarence Thomas como magistrado del Tribunal Supremo de los Estados Unidos brindó a los evangélicos una nueva ocasión para reflexionar sobre los temas del acoso y el maltrato. Tras la designación de Thomas, Anita Hill, una cristiana devota que había trabajado en la Facultad de Derecho de la Oral Roberts University, denunció con reticencias el acoso sexual continuado al que Thomas la había sometido. Según Hill, a Thomas le gustaba detallar varias escenas que había visto en películas pornográficas y presumir de sus

«proezas sexuales». Tanto Hill como Thomas eran negros, y el polémico litigio dividió a la comunidad afroamericana. Entre los evangélicos blancos había poco disenso: a sus ojos, Hill representaba la influencia corrupta y confabuladora del feminismo moderno y cerraron filas en torno a Thomas. [285]

En las páginas de *Christianity Today*, Charles Colson defendió que el caso Thomas era el resultado de un feminismo desbocado. Las feministas insistían en que las mujeres debían liberarse sexualmente («léase: ser promiscuas»), utilizar lenguaje explícito («léase: obsceno») y liberarse de «la carga de los hijos» (para competir en el mercado laboral), y, curiosamente, se quejaban de que los hombres utilizasen lenguaje explícito para dirigirse a ellas en sus puestos de trabajo. «Las mismas personas que de manera deliberada demolieron los antiguos códigos de la caballería y deferencia con las mujeres ahora anhelan la protección que les ofrecían», lamentó. No solo la familia estaba siendo atacada, sino algo incluso más fundamental, «la idea misma de lo que significa ser un hombre y lo que significa ser una mujer». Los estadounidenses estaban siendo testigos de la confusión sembrada por las feministas militantes, y, puesto que Dios «no era el causante de tal confusión», algo diabólico debía estar fraguándose. [286]

Phyllis Schlafly se mofaba de la idea misma de que Hill pudiera ser víctima de acoso sexual o, tal como ella lo expresó: «de unas palabras malsonantes pronunciadas en el lugar de trabajo». A fin de cuentas, Hill era una abogada de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo de Estados Unidos y tenía que saber cómo gestionar el acoso sexual cuando se daba. Schlafly acusó a Hill de ejemplificar la «pose falsa» que adoptaban las feministas cuando querían asir el poder: «pobrecita de mí, la ingenua herida, la damisela afligida que le pide llorando al Gobierno federal, el Gran Hermano, que la defienda de los lobos en su puesto de trabajo, y no solo de lo que puedan hacerle, sino también de lo que puedan decirle». Schlafly no se lo creía. Hill era una mujer inteligente, dura y «perfectamente capaz de decirle a un hombre que cerrara el pico, que le quitara las manos de encima, que la dejara en paz, que se fuera al carajo o, sencillamente, que “no”». Para Schlafly, todo aquello era una «calumnia improvisada» orquestada por una «turba de feministas» con el objetivo de linchar a Thomas.[287]

Aunque pocos estuvieron a la altura de la expresividad de Schlafly, otras figuras destacadas de la derecha cristiana, incluidos Paul Weyrich, Pat Robertson, Ralph Reed y Gary Bauer, también salieron en defensa de Thomas. Esto puede explicarse, en parte, por el bien superior que los evangélicos esperaban obtener del ascenso de otro magistrado conservador al Tribunal Supremo. Aun así, mucho después de que Thomas se instalara cómodamente y con seguridad en el máximo órgano de justicia, los conservadores siguieron movilizándose contra las medidas para atajar el acoso y los abusos sexuales. Se opusieron a la Ley de la Violencia contra las Mujeres que firmó el presidente Clinton en 1994 por múltiples motivos. Según explicó Schlafly, aquella ley no era más que otro ejemplo de la «insaciable demanda de más poder por parte del Gobierno federal». Schlafly también acusó a las feministas de inflar las cifras de abusos y acoso e insinuó que, de hecho, la culpa de la mayoría de los escasísimos casos reales de agresiones era de las propias feministas. Antes de que estas irrumpieran en escena en la década de 1970, había infinidad de leyes que protegían y beneficiaban a las mujeres, aseguraba Schlafly, pero las feministas habían desmantelado esas protecciones en su búsqueda de la igualdad. Ahora se hacían las víctimas y se ocupaban de inventar nuevas infracciones. Y por si eso no fuera ya lo bastante absurdo, pretendían criminalizar «todo el sexo heterosexual» como violación «a menos que pudiera demostrarse que había habido un consentimiento verbal explícito, afirmativo y en condiciones de sobriedad». Al parecer, ya no era posible gastar bromas, porque las feministas no tenían sentido del humor. Y, para acabar, las preocupaciones relacionadas con la violencia doméstica guardaban una relación directa con el programa feminista general; cuando Hillary Clinton representó a Estados Unidos en la Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Pekín en 1995, en la que impartió su tan aplaudido discurso «Los derechos de las mujeres son derechos humanos», no hizo sino confirmar el perverso vínculo entre el globalismo, el feminismo y la Administración Clinton. Todas las piezas encajaban en un intricado rompecabezas cuyo fin era socavar la soberanía de los Estados Unidos y la autoridad del patriarcado familiar.[288]

Los líderes religiosos no eran lo únicos críticos con la Administración Clinton, ni siquiera los más vociferantes. La revocación en 1987 de la Doctrina de la Imparcialidad de la Comisión Federal de Comunicaciones de

los Estados Unidos (FCC, por sus siglas en inglés), que imponía un tratamiento honesto y equitativo en las emisiones, dio paso a una época de tertulias radiofónicas que cambiarían el tenor de los debates políticos en el país. El estilo rimbombante de Rush Limbaugh definió el tono. Limbaugh era conocido por sus comentarios sexistas y misóginos. Hillary Clinton era una de sus dianas favoritas, además de varias «feminazis» y periodistas a quienes se refería como «infoguapas» y «presentadorcillas». Defensor a ultranza del ejército, a Limbaugh le encantaba ridiculizar a Clinton por haber desertado, por más que él mismo hubiera solicitado una prórroga para evitar luchar en Vietnam. También le gustaba hablar de fútbol y fumar puros caros mientras se burlaba de los hombres liberales, a quienes apodaba «los nuevos *castrati*». Millones de radioyentes lo escuchaban a diario. La popularidad de Limbaugh, que en sus programas difuminaba la línea entre las noticias y el entretenimiento, era evidente, pero su influencia no resultaba tan fácil de discernir. En 1995, un artículo de portada en *Time* advertía de que su «populismo electrónico» amenazaba con cortocircuitar la democracia participativa.[289]

En 1996, Bill O'Reilly se unió a Limbaugh en el universo mediático de ala derechista. Contratado por Roger Ailes para presentar *The O'Reilly Factor* en el lanzamiento del canal de noticias Fox, O'Reilly canalizó la rabia masculina de manera similar, conectando con el enojo y el resentimiento de los hombres blancos conservadores que se sentían culturalmente desplazados. También O'Reilly encuadró la política, sobre todo la política exterior, en términos de poder masculino. Fox News no tardó en convertirse en la portavoz del conservadurismo estadounidense. Con rimbombantes periodistas hombres compartiendo pantalla con mujeres entre cuyas cualificaciones aparentemente figuraba una hiperfeminidad sexualizada, la masculinidad de antaño era el atractivo esencial de la cadena.[290]

Ni Limbaugh ni O'Reilly se forjaron su reputación como periodistas cristianos, pero muchos evangélicos conservadores se sentían atraídos por su tipo de virilidad. En la década de 1980, Tim LaHaye había pedido la creación de un canal de noticias cristiano. Fox News no se definía en términos religiosos, pero encajaba como anillo al dedo. Dicho encaje, no obstante, no era teológico, o al menos no en términos de doctrina tradicional; era un encaje cultural y político. Fox News vendía una visión nostálgica en la que los hombres blancos seguían dominando, mientras que

a las feministas y al resto de los liberales se los demonizaba; una imagen en la que la masculinidad combativa y la feminidad sexualizada planteaban un ideal de cómo deberían ser las cosas. Los evangélicos blancos se sintieron atraídos por la cadena y esta, a su vez, fue moldeando el evangelismo. Ahora bien, lo que sucedió no fue que la política secuestrara la religión; las afinidades entre Fox News y el evangelismo conservador estaban bien arraigadas. Mucho antes de que O'Reilly inventara la «Guerra a la Navidad», los evangélicos sabían que estaba de su parte. En menos de dos décadas, la influencia de Fox News en el evangelismo conservador sería tan profunda que a periodistas y expertos por igual les resultaría difícil diferenciar a una del otro.[291]

En ausencia de una amenaza externa clara, guerreros culturales como Robertson, Dobson, Schlafly y Buchanan identificaron una nueva batalla, una guerra de la que dependía el espíritu de la nación. Gracias al torrente constante de escándalos, tanto reales como fabulados, que salía de la Casa Blanca de los Clinton, con frecuencia consiguieron avivar el fuego de la militancia evangélica. Pero, durante la década de 1990, otros movimientos, en algunos casos opuestos, señalaron posibles direcciones nuevas para el evangelismo posterior a la Guerra Fría. Sin la preocupación ya de tener que defenderse de la expansión del comunismo, muchos evangélicos empezaron a abrazar una agenda de política exterior más amplia y centraron su atención en la pobreza mundial, la trata de seres humanos, la epidemia mundial del sida y la persecución de los cristianos en el mundo. En 1996, la Asociación Nacional de Evangélicos publicó una «declaración de conciencia» que elevaba la persecución religiosa y los derechos humanos como sus principales preocupaciones en materia de política exterior. Tal como explicó Richard Cizik, el vicepresidente de asuntos gubernamentales de la Asociación Nacional de Evangélicos, en la era posterior a la Guerra Fría, los evangélicos parecían más interesados en «marcar la diferencia que en hacer declaraciones». Durante un tiempo pareció que, con su adopción de una serie de compromisos menos definidos, la «belicosidad instintiva» de los evangélicos declinaba.[292]

La Asociación Nacional de Evangélicos representaba un evangelismo general más moderado, pero, incluso en el seno de la derecha religiosa, algunos intentaban ampliar la coalición suavizando el mensaje. Como director de la Coalición Cristiana, Ralph Reed aconsejó a sus afiliados que

«evitaran la retórica hostil y desmedida», y que, en su lugar, adoptaran una postura más tolerante y enfatizaran la inclusión. «Hemos permitido que una serie limitada de asuntos, como el aborto, los derechos de los homosexuales y la oración en las escuelas nos conviertan en un gueto», advirtió, y añadió que había llegado el momento de internarse por una nueva senda. No todos los miembros de la Coalición Cristiana se sumaron a su llamamiento. En 1996 se abrió un cisma entre Reed y los miembros de la vieja guardia que no estaban dispuestos a renunciar a valores profundamente arraigados, hombres como Falwell, Dobson, Gary Bauer y muchos de los soldados rasos de la organización.[293]

Las tensiones entre las expresiones combativas y de visión más avanzada que caracterizaron el evangelismo en la década de 1990 también hallaron expresión en los debates evangélicos sobre la masculinidad cristiana. Tampoco en este caso las certezas de antaño mantenían su predominio. Sin la amenaza de un comunismo hereje que justificara una masculinidad cristiana combativa, muchos hombres evangélicos empezaron a expresar incertidumbre acerca de qué se entendía por masculinidad. Al parecer, los tiempos habían cambiado, y quizá la masculinidad también tenía que cambiar.

---

[262] Loveland, *American Evangelicals*, pp. 224 y 283-285; Kirkpatrick, «The 2004 Campaign». El Directorio de Miembros del Council for National Policy de 2014 se publicó en el sitio web de Southern Poverty Law Center. Disponible en: https://www.splcenter.org/sites/default/files/cnp_redacted_final.pdf [consulta: 26 de abril de 2018].

[263] Katz, *Man Enough*, p. 83; FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 326-327; Hartman, Andrew, 2019, *A War for the Soul of America: A History of the Culture Wars*, 2ª ed. Chicago: University of Chicago, p. 156.

[264] FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 327-328.

[265] FitzGerald, *Evangelicals*, p. 382.

[266] FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 384-390.

[267] Green *et al. Religion and the Culture Wars*, p. 46.

[268] Katz, *Man Enough*, p. 115; Green *et al. Religion and the Culture Wars*, p. 271.

[269] Bacevich, *New American Militarism*, p. 143.

[270] Se conoce como los Illuminati a una sociedad secreta integrada por intelectuales que buscan promover la razón, la libertad, la educación o la filantropía, lo que hizo poner en guardia a instituciones como la Iglesia o la monarquía. Entre sus detractores existe el consenso de que esta misteriosa y poderosa sociedad está intentando crear un «nuevo orden mundial», que tendría un gobierno totalitario impuesto por ellos. Los miembros de la sociedad secreta pertenecen a todo tipo de esferas sociales, si bien tienen algo en común: tienen poder, mucho dinero e influencia. Uno de sus principales núcleos de acción son los medios de comunicación. *(N. de la T.)*

[271] FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 412-418; Young, Neil J., 2018, «How George H. W. Bush enabled the rise of the religious right», *Washington Post*, 5 de diciembre.

[272] FitzGerald, *Evangelicals*, p. 419.

[273] White, Daniel, 2016, «A Brief History of the Clinton Family's Chocolate-Chip Cookies», *Time*, 19 de agosto.

[274] Smith, Christian, 1998, *American Evangelicalism: Embattled and Thriving*, Chicago: University of Chicago Press; FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 420-422.

[275] Schlafly, Phyllis, 1993, «The New World Order Wants Your Children», *Phyllis Schlafly Report*, marzo; Schlafly, Phyllis, 1995, «Are All Our Children "At Risk"?», *Phyllis Schlafly Report*, octubre.

[276] Bacevich, *New American Militarism*, p. 144; Loveland, *American Evangelicals*, pp. 325-236 y 340.

[277] El incidente de Tailhook fue un escándalo militar en el que oficiales de aviación y la Infantería de Marina de Estados Unidos agredieron sexualmente a 83 mujeres y siete hombres, y dieron muestra de una conducta «indecente» en el hotel Hilton de Las Vegas, Nevada. Los eventos tuvieron lugar en el 35º Simposio Anual de la Asociación Tailhook, entre el 5 y el 8 de septiembre de 1991. Las implicaciones de aquellos hechos continuaron sintiéndose en el ejército estadounidense hasta el siglo XXI. Las carreras de muchas personas fueron destruidas y el incidente fue un gran estigma durante años. *(N. de la T.)*

[278] Schlafly, Phlyllis, 1997, «The Kelly Flinn Flim-Flam», Eagle Forum, 4 de junio; Bacevich, *New American Militarism*, p. 144; Schlafly, Phyllis, 1997, «The United Nations – An Enemy in Our Midst», *Phyllis Schlafly Report*, octubre.

[279] Enloe, *Morning After,* pp. 30, 33 y 199.
[280] Schlafly, Phyllis, 1998, «Will We Allow Clinton to Redefine the Presidency?», Eagle Forum, 11 de febrero.
[281] Dobson, James, 1998, «An Evangelical Response to Bill Clinton», en: Harvey, Paul, y Philip Goff (ed.), 2007, *The Columbia Documentary History of Religion in America Since 1945,* Nueva York: Columbia University Press, pp. 303-307.
[282] Edsall, Thomas B., 1998, «Resignation "Too Easy", Robertson Tells Christian Coalition», *Washington Post,* 19 de septiembre; Goodstein, Laurie, 1998, «The Testing of a President: The Conservatives; Christian Coalition Moans Lack of Anger at Clinton», *New York Times,* 20 de septiembre; Strode, Tom, 1998, «Religious leaders differ on impeachment stands», *Baptist Press,* 29 de diciembre; Merritt, Jonathan, 2016, «Trump-Loving Christians Owe Bill Clinton an Apology», *The Atlantic*, 10 de agosto.
[283] Ducat, Stephen, J., 2004, *The Wimp Factor: Gender Gaps, Holy Wars & the Politics of Anxious Masculinity.* Boston, Massachusetts: Beacon Press, pp. 10-11.
[284] Dobson, James, 1983, *Love Must Be Tough.* Waxo, Texas: Word Books, pp. 149-150; Joyce, Kathryn, 2009. *Quiverfull: Inside the Christian Patriarchy Movement.* Boston, Massachusetts: Beacon Press, p. 84.
[285] Griffith, *Moral Combat,* pp. 245-250.
[286] Colson, Charles, 1991, «The Thomas Hearings and the New Gender Wars», *Christianity Today,* 25 de noviembre, p. 72.
[287] Schlafly, Phyllis, 1991, «Anita Hill Plays Phony Role – "Damsel in Distress" – But Isn't Convincing», *Sun Sentinel*, 17 de octubre.
[288] Schlafly, Phyllis, 2000, «Supreme Court Upholds Constitution in VAWA Decision», *Phyllis Schlafly Eagels,* 31 de mayo; Schlafly, Phyllis, 1996, «Feminist Assault on Reasonableness», *Phyllis Schlafly Report,* diciembre; Griffith, *Moral Combat,* pp. 250-256.
[289] Katz, *Man Enough,* pp. 124-126.
[290] Katz, *Man Enough,* p. 136.
[291] Sullivan, Amy, 2017, «America's New Religion: Fox Evangelicalism», *New York Times,* 15 de diciembre.
[292] Bumiller, Elisabeth, 2003, «Evangelicals Sway White House on Human Rights Issues Abroad», *New York Times,* 26 de octubre; Bacevich,

New American Militarism, p. 143.

[293] FitzGerald, *Evangelicals*, pp. 421 y 424.

09

Guerreros con corazón

En verano de 1997, en torno a 70.000 hombres cristianos llegaron a la capital del país para «cerrar la brecha», caminar como hombres de Dios, mantener sus promesas de honor, obedecer a Dios, proteger a sus familias, defender la virtud e influir en su mundo. Seis años antes, 4200 hombres habían asistido al primer mitin de Promise Keepers,[294] el invento de Bill McCartney, a la sazón entrenador principal del equipo de fútbol americano de la Universidad de Colorado. McCartney había experimentado una crisis personal y religiosa después de que su hija hubiera dado a luz al hijo de uno de sus jugadores. Consciente de su fracaso por no priorizar su familia, acabó abandonando la iglesia católica para unirse a la Vineyard Christian Fellowship evangélica. Convencido de que no estaba solo en sus luchas, decidió emitir un llamamiento para la renovación de la masculinidad cristiana. Un año después, James Dobson hizo publicidad de Promise Keepers en su programa radiofónico y ayudó a desencadenar un movimiento nacional. En 1994, 278.000 hombres asistían a los eventos de Promise Keepers celebrados en estadios de todo el país. Un año después, la participación fue de 700.000 hombres, y se calcula que el año siguiente la cifra fue de 1,2 millones de asistentes. En 1997, el movimiento masculino evangélico era tan imponente que no podía seguir pasándose por alto.[295]

A muchos observadores les alarmó ver a aquella multitud de hombres cristianos en la Explanada Nacional. Patricia Ireland, presidenta de la Organización Nacional de Mujeres, veía aquel movimiento como una amenaza para los derechos de la mujer: «Los Promise Keepers parecen creer que las mujeres estaremos tan encantadas de que los hombres prometan “asumir la responsabilidad” de sus familias que nos colocaremos en un segundo plano tanto en este como en otros asuntos de nuestras vidas». Aunque Promise Keepers se anunciara como una organización apolítica,

Ireland era escéptica al respecto. Cuando vio a los hombres reunidos en Washington, D.C., lo que vio fue a «centenares, a cientos de nombres de listas de correspondencia directa». Para Ireland, los ministerios de hombres evangélicos no eran más que «células políticas sigilosas». Aunque concedía que muchos de los congregados en estadios de todo el país no eran conscientes del programa político general de la organización, identificaba a un «panteón de la derecha religiosa tras Promise Keepers» y aseguró que pretender que «todo aquello iba de entablar vínculos divinos entre hombres y no de una organización política» era indefendible. Para críticos como Ireland, Promise Keepers era una nueva iteración de la derecha religiosa, más peligrosa que la Mayoría Moral y que la Coalición Cristiana precisamente por su posicionamiento apolítico de cara a la galería.[296]

Ireland no erraba. El Enfoque a la Familia de Dobson proporcionaba un apoyo continuado esencial a la organización, y Campus Crusade for Christ, de Bill Bright, prestó a Promise Keepers ochenta y cinco empleados a jornada completa. El libro de Bright *The Coming Revival*, en el que despotricaba contra el aborto, el divorcio, los disturbios raciales, la promiscuidad sexual, la eliminación de Dios de las escuelas públicas, la enseñanza de la teoría de la evolución y la «"explosión" homosexual», se vendía en todos los actos de Promise Keepers. Mark DeMoss, el portavoz nacional de la organización, había trabajado para Jerry Falwell y participado en la campaña presidencial de Pat Buchanan. Entre los oradores habituales se contaban Ed Cole, autor de *Maximized Manhood*, y Charles Colson, el desacreditado ayudante de Nixon que, tras convertirse al evangelismo, había fundado Prison Fellowship[297] y se había establecido como una persona poderosa e influyente de la derecha religiosa. Concerned Women for America, de Beverly LaHaye, también respaldó con entusiasmo la organización, y el propio McCartney era miembro del Colorado for Family Values y defensor de la Segunda Enmienda, con la que se intentó prohibir la concesión de «derechos especiales» a los homosexuales. Promise Keepers evitó posicionarse sobre aspectos teológicos para establecerse como una coalición «paraguas» en la que todo tenía cabida, pero sí manifestó su postura pro vida en relación con el tema del aborto y emitió una declaración en la que aseguraba que «la Biblia indica claramente que la homosexualidad vulnera el diseño creativo de Dios de un marido y una mujer y es un pecado», si bien también tendía la mano a los «homosexuales» por considerarlos «receptores de la gracia, la misericordia

y el perdón de Dios» y los invitaba a «participar» en los eventos de Promise Keepers, donde eran «bienvenidos».[298]

Ahora bien, Promise Keepers no era solo la Coalición Cristiana disfrazada. Sus organizadores establecieron directrices en contra de ejercer presión y posicionarse políticamente y, en lugar de ello, se concentraron en salvar las divisiones congregacionales y religiosas y tender puentes entre los carismáticos, los pentecostales, los bautistas del Sur, los metodistas y el creciente contingente de evangélicos aconfesionales, así como entre los católicos, los protestantes liberales y los mormones. Muchos observadores liberales no supieron apreciar que Promise Keepers criticaba abiertamente tanto a la derecha como a la izquierda. Algunos conservadores consideraban que el movimiento era demasiado ecuménico y representaba una amenaza a la autoridad de la Iglesia institucional, mientras que a otros les preocupaba que estuviera influido por enseñanzas de una «nueva era», no fuera «lo bastante conservador» o no promocionara de manera adecuada la literalidad bíblica.[299]

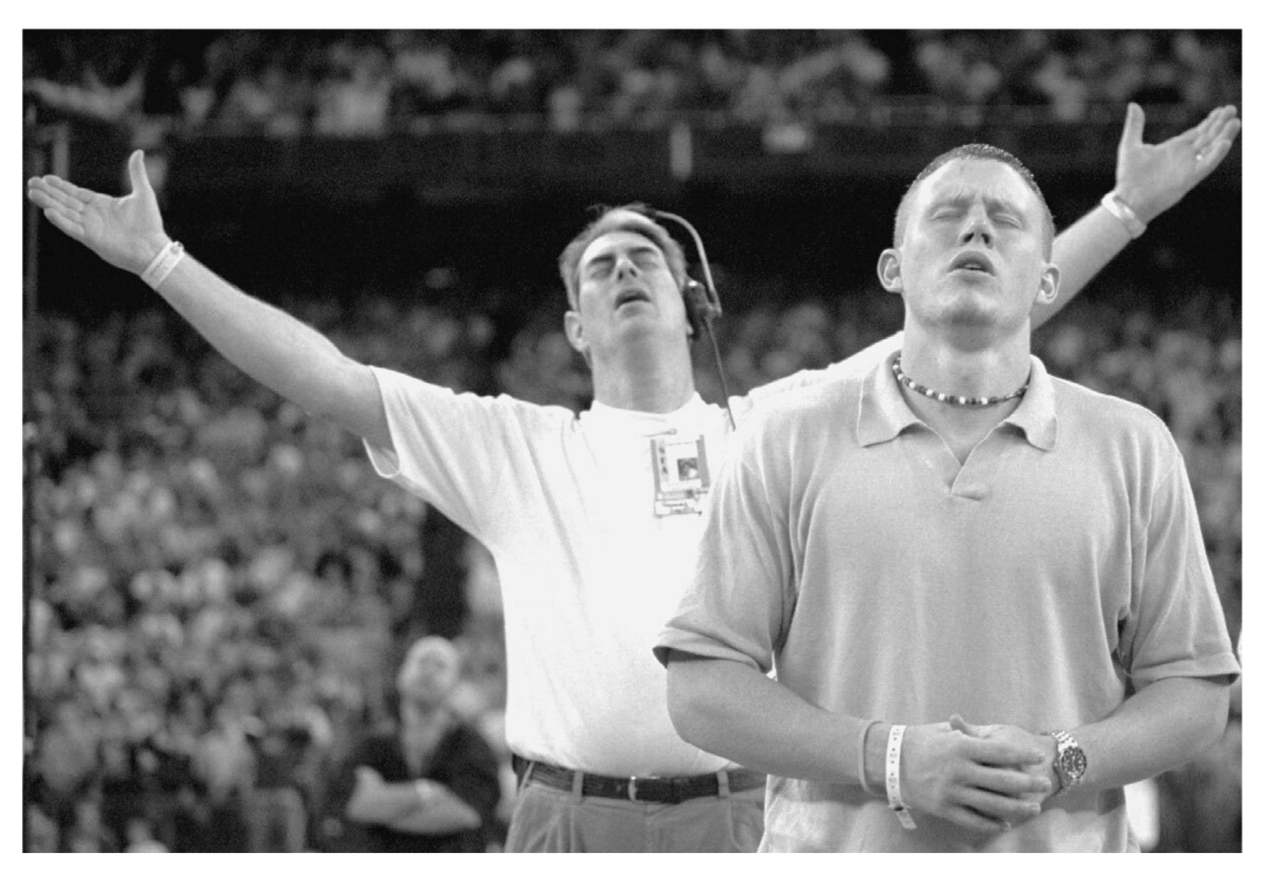
En un reflejo de los tiempos convulsos que se vivían, en el movimiento masculino evangélico de la década de 1990 no se impuso ninguna noción de masculinidad predominante. En la estela de Ed Cole, muchos evangélicos buscaron una vía intermedia entre una virilidad «de macho» desfasada y una «más blanda» y moderna que les parecía insuficiente. Y hallaron la respuesta en el «patriarcado blando». Hubo, no obstante, muchos otros conferenciantes y escritores de Promise Keepers que se escoraron hacia un modelo más expresivo e incluso en ocasiones más igualitario. Donde más claramente se aprecia este hecho es en el libro de Gary Oliver *Real Men Have Feelings Too* (1993), vendido por la organización Promise Keepers y patrocinado por McCartney. A diferencia de Cole, Oliver rechazaba una diferencia de géneros marcada. Defendía que los rasgos «masculinos» tradicionales («la valentía, la fuerza, el estoicismo y el deseo sexual insaciable, así como la búsqueda del éxito») no eran más que «mitos de la masculinidad». De la misma manera, «la afabilidad, la compasión, la ternura, la mansedumbre y la sensibilidad» no eran atributos esencialmente femeninos, sino propios de personas sanas, cualidades mostradas por el propio Jesucristo. Oliver instaba a los hombres a explorar sus emociones y rechazaba la cadena de mando patriarcal, al tiempo que defendía el matrimonio en igualdad de condiciones.[300]

Tanto Cole como Oliver eran ponentes y teóricos populares del movimiento, lo cual indica que Promise Keepers abarcaba modelos de masculinidad diversos e incluso contrapuestos. Cole, por ejemplo, primaba la «tosquedad» masculina, si bien también criticaba a los hombres que ejercían su autoridad de modos inflexibles o abusivos en el ámbito doméstico y hacía un guiño a la igualdad femenina sugiriendo que las mujeres eran «herederas conjuntas» en el hogar. Por su parte, Oliver esquivaba el tema del igualitarismo y llamaba la atención sobre las «asunciones ridículas y lunáticas de quienes se han "subido al carro de la igualdad de géneros"». Así, los hombres podían encontrar en Promise Keepers tanto una justificación de la autoridad masculina tradicional como una defensa de una masculinidad cristiana sensible, igualitaria y reconstruida.[301]

Durante un tiempo, ambas convivieron en una tensión creativa, gracias, en parte, a la idea del «liderazgo servil». Menos desabrido que el «liderazgo masculino», el liderazgo servil consideraba la autoridad masculina una obligación, un sacrificio y un servicio. Se alentaba a los hombres a aceptar sus responsabilidades, a trabajar duro, a servir a sus esposas y familias, a evitar el consumo de alcohol, el juego y la pornografía, y a estar más presentes en el hogar y en las vidas de sus hijos». La idea del «liderazgo servil» había surgido en el mundo de los negocios. Con el declive de la producción en las décadas de 1970 y 1980, el empleo en el sector de los servicios amplió su cuota en el mercado laboral, y el liderazgo servil ayudó a redefinir la autoridad masculina de un modo que no entrara en conflicto con el papel de los hombres en la economía de los servicios. Los hombres habían dejado de ser productores en el sentido tradicional, pero podían seguir siendo líderes. En los círculos cristianos, el concepto del liderazgo servil permitió a los hombres retener su autoridad en el hogar, pese a no ser ya los únicos que mantenían a la familia. En la década de 1990, la economía basada en el trabajo del hombre como único sostén familiar era agua pasada. Desde la década de 1960, el trabajo manual masculino en los sectores de la construcción, la fabricación y la agricultura, por ejemplo, había entrado en declive; la mano de obra necesaria para llevarlo a cabo había pasado de casi el 50 por ciento de la población activa a apenas un 30 por ciento a finales de los años noventa. Y en ese tiempo, los sectores que empleaban a mujeres como oficinistas o personal de sanidad, comercio al por menor, educación, finanzas y servicios de alimentación se habían

ampliado hasta acaparar más de la mitad de la mano de obra; en 1994, el 75 por ciento de las mujeres en edad laboral tenía un empleo remunerado. Y, al margen de su retórica, los evangélicos no eran inmunes a estas tendencias económicas; entre los protestantes conservadores, las tasas de hogares con dos salarios empezaron a acercarse a la media nacional. Aun así, las mujeres que trabajaban fuera del hogar seguían cargando con el peso de la casa y algunas de ellas vieron en el «liderazgo servil» un incentivo para que los hombres participaran más en el ámbito doméstico.[302]

A las mujeres que encontraban atractiva esta oferta del patriarcado, la dura crítica vertida por las feministas les resultaba alienadora y confusa. Había un grupo de hombres que confesaban sus defectos y prometían ser mejores esposos, prestar más atención a sus familias y ser más respetuosos con las mujeres. ¿Qué podía tener eso de malo? Por más que los estudios demostraran que los hombres protestantes conservadores se ocupaban menos de las tareas domésticas que los pertenecientes a hogares no evangélicos, solían expresar más afecto por sus esposas y apreciaban más la labor de estas en el hogar. Además, pasaban más tiempo con sus hijos que otros hombres, si bien solían educarlos con una disciplina más férrea. Además, en función de la procedencia de cada hombre, el «patriarcado blando» y el «liderazgo servil» podían representar una mejora significativa frente a las tendencias autoritarias más duras, ya fueran de origen religioso o laico. En algunos hogares, tales conceptos podían «reformar el machismo» y volver a apegar a los hombres a sus familias.[303]



Miembros de Promise Keepers rezando en el estadio Seattle Kingdome en mayo de 1997. AP PHOTO/LOREN CALLAHAN.

Sin embargo, pese a las promesas de sacrificio, ternura y servidumbre, costaba ignorar el lenguaje empleado, por ejemplo, por Tony Evans en *Seven Promises of a Promise Keeper*, el libro superventas de la organización. Los hombres no tenían que pedir que les devolvieran su antiguo liderazgo, insistía Evans, lo que tenían que hacer era recuperarlo de manear proactiva: «En este sentido, no hay concesiones que valgan». Los hombres debían liderar por el bien de sus familias «y por la supervivencia de nuestra cultura». (En la única ocasión en la que se invitó a una mujer a hablar en un evento de Promise Keepers, Holly Phillips, esposa del presidente Randy Phillips, pidió a los hombres que perdonaran a las mujeres por su falta de respeto y por «las palabras despreciativas y degradantes que hemos pronunciado», así por «como os hemos mimado y silenciado con nuestra protección, con vuestra consecuente castración»). Para los críticos, Promise Keepers simplemente abogaba por «la supremacía masculina con una sonrisa beatífica». En su opinión, el liderazgo servil ayudaba a salvar el orden patriarcal a pesar de que los hombres dejaran de

ser los únicos que ponían el pan en la mesa en sus hogares. Al prometer intimidad a cambio de poder, el liderazgo servil disfrazaba la autoridad de humildad y garantizaba la supervivencia del patriarcado incluso en aquellos tiempos de cambio. Por lo que a los críticos concernía, se trataba de una estrategia más insidiosa que tomar el poder sin rodeos.[304]

La retórica militarista afloraba de forma esporádica en la literatura de Promise Keepers, y, pese a la postura apolítica de la organización, dicha retórica hallaba inevitablemente expresión en una agenda política conservadora. McCartney, por ejemplo, arengó a los «hombres de la nación» a «ir a la guerra», recordándoles que tenían «el poder divino» como arma: «No cederemos. Sea cual sea la verdad que esté en riesgo, en las escuelas o en la asamblea legislativa, vamos a luchar por defenderla. Y venceremos». Aun así, en general, los conferenciantes de Promise Keepers preferían las metáforas deportivas a las militares. Sus mítines siempre tenían lugar en estadios deportivos y a menudo se invitaba a deportistas como figuras estelares. El papel del deporte en la configuración de la masculinidad cristiana no era algo nuevo. A fin de cuentas, el apóstol Pablo había alentado a los discípulos de Cristo a participar en una carrera y, siguiendo la tradición de Billy Sunday, los líderes religiosos del siglo XX con frecuencia habían fusionado el deporte con el cristianismo para imprimir un aspecto más masculino a la fe y, en condiciones ideales, acercar los hombres a Cristo. En 1954, los evangélicos fundaron la Fellowship of Christian Athletes, una organización que buscaba aprovechar la popularidad de los deportes con fines de evangelización. (Si deportistas destacados podían vender crema de afeitar y cigarrillos, ¿por qué no podían publicitar el cristianismo?). En la era de la Guerra Fría, los deportes se habían antojado un ámbito ideal para inculcar valores cristianos en los jóvenes.[305]

En una época en la que los evangélicos reclamaban más respeto y relevancia, combinar religión y deporte tenía sentido. Pocos lo habían conseguido de manera más notable que Jerry Falwell. En la Iglesia Bautista Thomas Road de Falwell, los deportes servían como terreno de pruebas y como metáfora de la vida espiritual. Si bien en todas partes se hablaba de deporte, para Falwell y sus seguidores lo importante no era cómo jugaras. Lo importante era ganar. Durante una visita a Thomas Road, Frances FitzGerald señaló que «los deportes, la más antigua de las recetas anglosajonas para la sublimación de la violencia y las energías sexuales

masculinas, pueden servir de metáfora para toda la labor social de la iglesia». En palabras de Falwell, «Dios quiere que seas un campeón».[306]

En las décadas de 1970 y 1989, Falwell utilizó analogías militares y deportivas de manera indistinta. Pero, en los años noventa, cuando algunos evangélicos empezaron a desprenderse de la retórica militarista, el deporte ofreció una alternativa más suculenta. En 1996, por ejemplo, Ralph Reed envió una nota interna indicando a los líderes de base de la Coalición Cristiana que «evitaran la retórica militar y, en su lugar, utilizaran metáforas deportivas». Con todo, las metáforas deportivas y militares podían funcionar de modos similares, señalaban los críticos. En un mundo desestabilizado por el feminismo moderno, los deportes ofrecían a los hombres desafectos un refugio masculino. Como las metáforas militares, los deportes evocaban un mundo en el que los hombres, en virtud de su fuerza física superior, seguían dominando. Tanto los deportes como el ejército, además, reforzaban una concepción dualista del mundo. En el deporte, como en la guerra, había ganadores y perdedores. En este sentido, la pompa y la retórica con referencias deportivas permitía a Promise Keepers abordar las ansiedades masculinas al tiempo que conservaba la apariencia de un patriarcado benévolo.[307]

Y en el momento en el que el movimiento de hombres evangélicos elevó el deporte como metáfora preferida de la masculinidad cristiana, la «reconciliación racial» emergió como un principio rector. Bajo el liderazgo de McCartney, Promise Keepers fue una de las pocas organizaciones cristianas blancas del país dispuestas a abordar el racismo. Los críticos veían con escepticismo que Promise Keepers hablara de reconciliación racial. Algunos de ellos acusaron a los líderes de «subirse al carro de la reconciliación racial, en parte, porque les permite transmitir la impresión de que apoyan a las personas de color, sin, en realidad, tener que respaldar ninguna de las políticas sociales que las beneficiarían». Calificando el racismo como un defecto personal, y en ocasiones incluso como un problema mutuo, los oradores de Promise Keepers esquivaron de manera rutinaria abordar las desigualdades estructurales. De este modo, la persecución de la reconciliación racial podía acabar sirviendo como un ritual de autorredención, absolviendo a los hombres blancos de su complicidad y justificando la continuación del patriarcado blanco tanto en el ámbito doméstico como a escala nacional. Varios pastores afroamericanos criticaron esta falta de voluntad de abordar cuestiones

estructurales más profundas y acusaron a la organización de tener un programa político de fachada en cuestiones raciales. Aun así, mucho más que otras organizaciones evangélicas, Promise Keepers proporcionó una plataforma a voces afroamericanas. Sacerdotes negros como Tony Evans, Wellington Boone y E. V. Hill, así como estrellas de los deportes como Reggie White, solían aparecer en los mítines de la organización.[308]

La búsqueda de la reconciliación racial de Promise Keepers no era mero postureo. Su libro de 1996 *Go the Distance: The Making of a Promise Keeper* (publicado por Enfoque a la Familia) incluía capítulos escritos por Charles Colson, Bill McCartney, Stu Weber y otros evangélicos blancos, pero también una crítica despiadada del cristianismo blanco escrita por el pastor y activista de los derechos civiles afroamericano John Perkins. Cuesta calibrar en qué medida este compromiso con la reconciliación racial caló entre la base de la organización. El movimiento siguió siendo blanco en su inmensa mayoría; un cuestionario realizado en 1998 reveló que los blancos representaban el 90 por ciento de su afiliación. Es más, algunos observadores vinculan el declive del movimiento Promise Keepers con su búsqueda de la reconciliación racial. El propio McCartney concedió que el foco en la raza fue «un factor determinante en el significativo descenso» de asistentes, fue «sencillamente una lección dura de encajar para muchos». En 1996, por ejemplo, el 40 por ciento de las quejas registradas por los participantes en las conferencias eran respuestas negativas al tema de la reconciliación racial. El descenso en la asistencia provocó una reducción significativa de los ingresos y, en verano de 1997, Promise Keepers despidió a más de cien empleados; en los dos años siguientes se vivieron olas sucesivas de reestructuraciones y recortes de personal.[309]

Hubo otros factores que contribuyeron al declive de la organización. La elevada asistencia al mitin «Stand in the Gap» en Washington, DC, probablemente comportara una menor probabilidad de que los hombres gastaran dinero en asistir a reuniones locales y regionales. Además, el efecto de novedad se estaba perdiendo; sin nuevo contenido, resultaba más difícil seducir a los hombres para que asistieran a las conferencias. Pero también se produjo un cambio dentro del evangelismo que empezaría a hacer que el «patriarcado blando» promovido por Promise Keepers perdiera atractivo. En las postrimerías de la década, el cariz emocional de aquellos eventos empezaba a antojarse demasiado «blando».[310]

Promise Keepers empezó a decaer como movimiento, pero su influencia, que se extendía a docenas de grupos paraeclesiásticos y clérigos confesionales, persistió. La Convención Bautista del Sur cerró acuerdos de colaboración con Promise Keepers y desarrolló su propio ministerio para hombres. Las Asambleas de Dios designaron a un «secretario de los ministerios de los hombres» para trabajar con Promise Keepers, y la Iglesia presbiteriana (estadounidense) instauró su propia serie de estudios de la Biblia para hombres. También los católicos organizaron dos nuevos ministerios para hombres, el Saint Joseph's Covenant Keepers y un ministerio para hombres católicos negros.[311]

La proliferación de grupos masculinos desencadenó «una pequeña revolución en la industria editorial y de ventas al por menor cristiana». En los eventos de Promise Keepers podía encontrarse un «minicentro comercial mesiánico virtual donde se vendían libros, camisetas», recuerdos y gorras con visera. También los minoristas cristianos empezaron a llenar sus estanterías de productos para hombres. Tal como explicó el presidente de la Asociación Cristiana de Libreros, el público masculino aumentó en las librerías cristianas porque se amplió la oferta de productos destinados a él; en 1996, cerca de un cuarto de los clientes eran hombres, mientras que quince años antes la cifra era de uno de cada seis. La influencia más duradera del movimiento Promise Keepers tal vez sea el mercado que generó.[312]

Espoleadas por el movimiento masculino evangélico, las imprentas empezaron a producir libros sobre la masculinidad cristiana. Los autores echaron mano de tradiciones carismáticas y terapéuticas, de enseñanzas de prosperidad, del reconstruccionismo cristiano, de la teología bautista del Sur conservadora y del neocalvinismo para dar forma a concepciones de la masculinidad cristiana bastante parecidas entre sí. En la década de 1990, «el proyecto de masculinidad cristiana» más popular que emergió fue el del «guerrero con corazón».

Fue Gordon Dalbey, con su libro *Healing the Masculine Soul*, quien allanó el terreno para la aparición de este género. Se publicó en 1988, pero Dalbey llevaba tratando la masculinidad desde la década de 1970. En 1983 se había topado con un artículo de prensa de Robert Bly. Influido por Carl Jung, a Blay le preocupaba que los padres ya no iniciaran a sus hijos en una masculinidad como era debido; haciendo alusión a cuentos de hadas y

leyendas, señalaba la función de la búsqueda de la heroicidad en la preparación de los jóvenes para asumir funciones como miembros productivos de la sociedad. Sin este desarrollo masculino adecuado, en la sociedad solo habría «hombres blandos» incapaces de desempeñar sus funciones. Dalbey también leyó el libro de Leanne Payne de 1986 *Crisis in Masculinity.* Para Payne, una psicóloga cristiana, las raíces de esta «crisis» se encontraban en la incapacidad de los hombres de desprenderse de la feminidad de sus madres. Solo un padre podía reafirmar la masculinidad de un hijo y la feminidad de una hija, según la autora, pero, con padres ausentes o excesivamente autoritarios (y con madres despóticas), toda una generación de hombres había quedado escindida de su propia masculinidad. Los resultados eran devastadores: «neurosis homosexual», adicción a la pornografía, proliferación de roles de género andróginos, confusión y desesperanza generalizadas. Dalbey halló inspiración en «las exploraciones de las fronteras de la masculinidad» tanto de Payne como de Bly, pero se preguntaba por qué habían tenido que allanar el terreno «un hombre laico y una mujer cristiana». «¿Acaso no había ningún hombre cristiano que abanderara el viaje?».[313]

Él mismo asumió el desafío, pero conseguir un editor no era tarea fácil. En 1987, mientras intentaba vender su manuscrito, «las necesidades exclusivas de los hombres todavía no habían aparecido en la pantalla del radar de la iglesia». A los editores de Word Publishing les causó la intriga suficiente como para invitarlo a acudir a Dallas a explicarles en persona por qué los hombres podían tener interés en un libro de aquella índole, y Dalbey los convenció de apostar por su proyecto. El libro, que en un principio se promocionó de boca en boca, acabó cayendo en manos de Shirley Dobson, quien se lo regaló a su esposo James, el cual invitó a Dalbey a su programa radiofónico Enfoque a la Familia. Su aparición en 1991 generó una audiencia que se situó entre el diez por ciento más elevado de la historia del programa, recordó Dalbey en fechas posteriores. Para entonces, los hombres evangélicos de todo el país empezaban a cobrar conciencia del problema de la masculinidad.[314]

En *Healing the Masculine Soul*, Dalbey introdujo temas que acabarían animando lo que pronto se convirtió en una nicho editorial de libros sobre masculinidad cristiana. Para empezar, Dalbey puso el punto de mira en la guerra de Vietnam como fuente de la identidad masculina. Hijo de un oficial de la Marina, Dalbey describía cómo la imagen del héroe de guerra

había servido en su caso como modelo de masculinidad. Había crecido jugando a ser un «soldado de barrio» en su vecindario residencial blanco y había aprendido a desfilar en ejercicios militares y a disparar un rifle en su «patrulla» de exploradores. Fascinado con las películas sobre la Segunda Guerra Mundial de John Wayne, había imaginado la guerra «como una aventura gloriosa para el hombre». Al hacerse mayor, «pasó de simplemente admirar al héroe bélico a desear participar en una guerra» donde poder demostrar su virilidad.[315]

Sin embargo, al alcanzar la mayoría de edad, se descarriló. En lugar de dar fe de su virilidad en los campos de batalla de Vietnam, se había convertido en «parte de una generación de hombres que rechazaban activamente la imagen de la virilidad de macho de su infancia, por parecernos la piedra angular del racismo, el sexismo y el militarismo». Exhortado a hacer el amor y no la guerra, se convirtió en «un defensor entusiasta de los derechos civiles, la liberación de la mujer y el movimiento pacifista», y se unió al Cuerpo de Paz en África. Pero su decisión de no participar en el ejército acabaría llevándolo a constatar que «parecía haberse saltado, pasado por alto o incluso esquivado algo que se exigía a la masculinidad». «Confuso y frustrado» por tal constatación, Dalbey acabó por aceptar que «la masculinidad exige ser un guerrero».[316]

Dalbey coincidía con Bly en que una masculinidad desequilibrada había conducido a un «intento desequilibrado» por parte de Estados Unidos de tomar Vietnam, pero el exceso de corrección había derivado en un problema distinto: al rechazar la guerra como modelo de fortaleza masculina, los hombres, en esencia, habían abdicado esa fuerza en las mujeres. Por lo que a Dalbey concernía, la década de 1970 no ofreció un modelo viable de masculinidad que suplantara «la imagen de la infancia que llevábamos en el corazón» y su generación había acabado rechazando la propia masculinidad. Si el espíritu guerrero era intrínseco a los hombres, entonces los intentos de eliminar la imagen del guerrero eran «intrínsecamente castrantes». Las mujeres «reclamaban» a los hombres que recuperaran su vigor masculino, insistía Dalbey. Les suplicaban que se endurecieran y asieran las riendas, soñaban con un príncipe lo bastante fuerte y atrevido como para restaurar su «auténtica feminidad».[317]

Por desgracia, la iglesia era parte del problema. En lugar de presentar al auténtico Jesús, lo retrataba como «un personaje manso y pusilánime», un hombre que no habría sido capaz de inspirar a «pescadores fornidos como

Pedro a seguirlo». Había llegado el momento de sustituir a ese «Jesús de catequesis» por un Jesús guerrero. Aludiendo a «paralelismos importantes» entre el Cristo servidor y servir en el ejército, Dalbey insinuó que «una imagen redimida del guerrero» podía revigorizar el ministerio de los hombres en la Iglesia: «¿Por qué no les decimos sin tapujos a los hombres que unirse a la iglesia de Jesucristo es […] alistarse en el ejército de Dios y colocar sus vidas en el frente? Este planteamiento apelaría al alma de guerrero que habita en todo hombre y ofrecería la mayor esperanza de restaurar la verdadera masculinidad cristiana en el Cuerpo de Cristo». Dalbey, que escribía antes de que la guerra del Golfo restaurara la fe en el poderío de Estados Unidos y en la imponencia de su ejército, expresaba una preocupación comprensible con respecto a Vietnam, si bien el patrón que estableció perduraría mucho después de que la fácil victoria en Irak supuestamente pusiera fin al «síndrome de Vietnam». El fantasma de la guerra de Vietnam continuaría persiguiendo a los evangélicos estadounidenses.[318]

Hubo un aspecto en el que Dalbey fue más perspicaz que muchos de sus imitadores posteriores, y fue la clase social. La anécdota que impulsó su reflexión fue una crisis de mediana edad que se manifestó en un intento fallido de comprarse unas botas camperas. Al descubrir que le daba vergüenza confesarle al vendedor que no conducía un camión ni trabajaba en el sector de la construcción (¡era un pastor! ¡un escritor!), Dalbey salió de la tienda con las manos vacías. Pero comprendió que no era el único que tenía aquella sensación de inadecuación. Transcurridas apenas una o dos generaciones desde que los hombres habían sido extraídos de «la llamada “clase obrera”», los profesionales de su generación se hallaban «atrapados entre la imagen de nuestros abuelos, que trabajaban duramente en granjas y fábricas, y los oficinistas que trabajaban en edificios antisépticos». Pese a la presión que tenían los hombres de alcanzar un estatus económico superior, y a pesar de la incipiente popularidad del «liderazgo servil», la cultura estadounidense seguía asociando la masculinidad con empleos de la clase obrera. Eran tiempos confusos.[319]

Con más de 250.000 ejemplares impresos, el libro de Dalbey sin duda tocó la fibra sensible. No tardaron en sumársele otros dos volúmenes superventas que perfilarían y popularizarían aún más la masculinidad del guerrero cristiano: *Point Man: How a Man Can Lead His Family* (1990) de Steve Farrar y *Tender Warrior: God’s Intention for a Man* (1993) de Stu

Weber. Tanto Farrar como Weber abordaron la «confusión» que experimentaban los hombres cristianos a la hora de discernir la voluntad de Dios para los hombres, y ambos intentaron abrir una tercera vía entre una masculinidad abiertamente «viril» por una parte y una inquietantemente «afeminada» por la otra. De manera significativa, ambos libros empezaban también con relatos de combates en Vietnam.

Farrar no luchó en Vietnam, pero entrevistó a hombres que lo habían hecho. Pedía a los lectores que imaginaran que los elegían «cabecillas» de una patrulla de combate. Y luego describía una emboscada sangrienta con todo lujo de detalle. Era ese hombre quien debía sacar a sus soldados de la jungla y llevarlos a un lugar seguro: «Si tu plan funciona, lograrás salir con vida con la mitad de tus hombres. En caso contrario, tendrás suerte si encuentran tus placas de identificación. […]». A continuación, Farrar hacía una transición abrupta a una situación distinta. El lector seguía siendo el cabecilla, pero ahora lo que dirigía era su familia: una niñita llorona, un niñito valiente y una esposa que cuidaba de su tercer hijo, un bebé. Aquella situación no tenía nada de imaginario: «Si eres esposo/padre, estás librando una guerra. Se ha declarado una guerra contra la familia, contra la tuya y contra la mía. *Liderar a una familia a través del caos de la cultura estadounidense es como liderar una pequeña patrulla a través de un territorio ocupado por el enemigo.* Y las bajas en esta guerra son tan reales como los nombres grabados en el monumento conmemorativo a los soldados caídos en Vietnam». Farrar aportaba una retahíla de pruebas: divorcio, madres solteras, prostitución, drogadicción, embarazos extramaritales, aborto, suicidio, homosexualidad, abusos sexuales y «desajuste» social. Si un hombre quería que sus hijos no figuraran en la lista de bajas, tenía que prepararlos para «defenderse de los francotiradores, de las emboscadas y de las trampas explosivas de esta guerra silenciosa». [320]

Para Farrar, la confusión de los géneros se encontraba en la raíz de la guerra contra las familias. Al recalcar la igualdad, se habían minimizado las diferencias entre hombres y mujeres, y ello estaba pasando una factura tremenda a la generación más joven. Eran los padres quienes debían ayudar a los niños a «encontrar la senda correcta hacia la masculinidad» y, por este motivo, el papel del padre era «más importante que en ningún otro momento de la historia». En este sentido, Farrar coincidía con Dobson en que «nuestra supervivencia misma como pueblo depende de la presencia o

ausencia de liderazgo masculino en millones de hogares», pero, en la década transcurrida desde que Dobson había indicado que el mundo occidental se hallaba en una «gran encrucijada histórica», la situación no había mejorado. Al contrario, seguramente había empeorado. Como «cabecilla», el padre debía proteger a sus hijos de la feminización. Los niños, explicaba, eran agresivos por naturaleza debido a sus niveles más altos de testosterona; la agresión «formaba parte de la condición masculina». Los críos pequeños eran proclives a hacer cosas temerarias, como lanzarse por toboganes o colgarse de lianas como Tarzán, y alguno que otro acababa abriéndose la cabeza. Pero todo aquello formaba parte de ser niño. «Sobrevivirán a las cicatrices y los huesos rotos de la infancia —escribía Farrar—, pero no pueden sobrevivir a que se los feminice». Los niños que estaban sobreprotegidos, en particular por sus madres, corrían el peligro de que su masculinidad quedara «combada». Los homosexuales, creía Farrar, se hacían, no nacían. La estrategia de Satán en la guerra contra la familia era «neutralizar al hombre», pero la solución estaba clara: «Dios había hecho agresivos a los niños. Y nosotros tenemos que aceptarlo y canalizarlo». El libro de Farrar era un manual de entrenamiento para guerreros culturales.[321]

También Stu Weber abría *Tender Warrior* en medio del «calor y el terror» de Vietnam, si bien él escribía desde la experiencia personal. Licenciado en 1967 por el Wheaton College, Weber se había desviado de sus raíces espirituales durante «la agitación social intelectual de los años sesenta», pero, como boina verde en Vietnam, se había enfrentado cara a cara a la muerte y había recuperado la fe. El suyo era un libro sobe la hombría, «sobre la auténtica masculinidad, la masculinidad creada por Dios y con verdaderos cimientos», algo que los hombres «se esforzaban por entender». La confusión era omnipresente y evidente. ¿Eran los hombres tiernos o duros? ¿Fuertes o sensibles? Toda aquella confusión hacía que se sintieran frustrados, pero también determinados: «Decididos a descubrir nuestra virilidad y experimentarla hasta sus últimas consecuencias».[322]

Weber también creía que se estaba librando una «guerra de géneros» y que era necesario «mirar directamente a los ojos» a la confusión cultural. Haciéndose eco de Dobson y de Elisabeth Elliot, aseguraba que los hombres y las mujeres eran esencialmente distintos. Weber aludía a la antigua palabra hebrea para designar al hombre, *Ish*, que significa «perforador», y al término para mujer, *Isha*, o «la perforada», e insistía en

que la distinción iba más allá de los «elementos anatómicos o sexuales» evidentes. En este caso, lo físico era «una parábola de lo espiritual». El hombre, por naturaleza, era duro y fuerte, le gustaba asumir riesgos, era «un desencadenador, un perforador, un penetrador que avanza hacia el horizonte, que lidera». Las mujeres, por su parte, preferían la seguridad y el orden; respondían con amabilidad y eran compañeras tiernas, «luchadoras solitarias». Estas diferencias estaban entreveradas en las Escrituras y no había nada más lamentable que ver a «un hombre renunciando a su masculinidad o a una mujer renunciando a su feminidad por transgredir el orden creado».[323]

Weber recurrió a Occidente en busca de modelos de masculinidad y, como Dalbey, se inspiró en el movimiento masculino mitopoético encabezado por nombres como Robert Bly, autor del popular *Iron John: una nueva visión de la masculinidad* (1990). Weber consideraba que Bly había llegado lejos en su búsqueda de la virilidad, pero no lo suficiente. En lugar de ello, él encaminó a los hombres hacia el «manantial del Génesis», la fuente bíblica de la masculinidad. Las Escrituras revelaban que al hombre se le concedía el dominio para gobernar «con todo el poder y la autoridad», para defender, proteger y salvaguardar. La función esencial de un hombre era la de guerrero. Según Weber, las «tendencias bélicas» resultaban evidentes en los niños pequeños: «Da igual que nunca le des a un niño pequeño un arma; usará el dedo». Y, en cuanto a su presencia «inconfundible» en las Escrituras, nadie podía poner en tela de juicio las imágenes del guerrero en el Antiguo Testamento, pero Weber insistía en que Dios era el guerrero de ambos libros. A fin de cuentas, el apóstol Pablo era «un guerrero de la antigüedad», la «clase de hombre que nunca se da por vencido», capaz de soportar «el encarcelamiento, la tortura, la traición y las palizas que lo dejaron al borde de la muerte». Rambo no llevaba nada encima y «habría hecho que Louis L'Amour[324] se sintiera orgulloso». Y luego estaba Jesús, el «hombre por excelencia», el «héroe total». Por desgracia, las imágenes de Jesús habían sido gravemente desfiguradas por unos medios de comunicación que «o bien Lo odian y Lo distorsionan o sencillamente no Lo entienden». Demasiados hombres habían sido víctimas de un retrato «desmasculinizado» de Cristo, lo cual hacía que les resultara difícil seguir a Dios y los obligaba a buscar modelos de virilidad en otras partes. En el capítulo final de la Biblia, recordaba Weber a los lectores, Jesús «acaba sobre un caballo de guerra blanco, vestido con una túnica salpicada de

sangre, con una espada en la boca y una barra de hierro en la mano». La Biblia acababa con un rugido, no con un gemido.[325]

En paralelo, el verdadero guerrero tenía un corazón tierno. Para Weber, el «guerrero tierno» era la solución perfecta para transitar por una vía intermedia entre una masculinidad desfasada de tipo «macho» y una inaceptablemente afeminada. Y en este sentido, John Wayne no servía como icono masculino. Costaba imaginarse a John Wayne cambiándole los pañales a un bebé, pero eso era así porque Hollywood no entendía al guerrero tierno. Era mejor buscar a un héroe de la vida real, como el general Norman Schwarzkopf, el «comandante conquistador de la Tormenta del Desierto», quien no temía que se le empañaran los ojos esporádicamente. «No me malinterprete —se apresuraba a aclarar Weber—. Hay una diferencia entre ser "tierno" y ser "blando"». Weber quería guerreros tiernos, no hombres blandos. La idea del guerrero tierno de Weber encajaba a la perfección con el patriarcado blando del movimiento masculino evangélico, y Weber se convirtió en un conferenciante frecuente en los eventos de Promise Keepers y en un colaborador habitual en las publicaciones de la organización.[326] Como el movimiento Promise Keepers en su conjunto, Weber recalcaba la importancia del compañerismo entre hombres: «todo piloto de caza necesita un copiloto». Y aquí también había que ajustar el modelo de masculinidad de John Wayne. «Por mucho que nos guste John Wayne —aceptaba Weber—, lo único que mostró fue el acero». John Wayne dejó la impresión de que los hombres de verdad se las apañaban solos, y así es cuando es necesario. Pero era importante darse cuenta de que los hombres de verdad también aúnan fuerzas.[327]

En el seno del movimiento masculino evangélico, los hombres aunaban fuerzas, hacían referencias cruzadas (que en ocasiones rayaban el plagio), compartían plataformas y se promocionaban los unos a los otros. La búsqueda de la masculinidad del guerrero contribuyó a forjar una amplia comunidad en toda la subcultura evangélica. Los libros sobre la masculinidad evangélica se comercializaban entre grupos de hombres de las megaiglesias de las zonas residenciales, entre congregaciones masculinas confesionales y aconfesionales y a través de redes de educación en casa, gracias a lo cual se trenzaron las hebras dispersas del evangelismo estadounidense en una identidad cultural compartida. A primera vista, estos libros no parecían versar sobre política; no eran más que manuales útiles sobre la familia y la crianza de los hijos. Sin embargo, ambos eran sutil y

profundamente políticos. A Farrar le gustaba citar la frase falsamente atribuida a Tocqueville que también había seducido a Reagan: «Estados Unidos es grande porque es bueno, y si deja de ser bueno, dejará de ser grande». Al fin y al cabo, se hallaban en plena guerra por el alma de los Estados Unidos. Y para que el país fuera bueno (y grande), había que despertar al guerrero.[328]

Con sus multitudinarios mítines públicos y la participación entusiasta de hombres en todo el país, Promise Keepers llamó la atención de la opinión general. Pero, en el seno del evangelismo, dos movimientos paralelos también desempeñarían funciones claves a la hora de modular la concepción de la masculinidad cristiana. El primero de ellos fue la teología «complementaria» defendida por el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas (CBMW, por sus siglas en inglés). Y el segundo fue el movimiento de la pureza sexual.

Mientras que la rama popular del movimiento masculino evangélico solía apoyarse en una base teológica algo inestable, el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas alineó a los teólogos conservadores para ofrecer una defensa bíblica del patriarcado. Con lazos estrechos con la Convención Bautista del Sur, el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas contribuyó a garantizar que el género siguiera firmemente incrustado en el corazón de la identidad evangélica.

En 1986, en un discurso pronunciado ante la Sociedad Teológica Evangélica, el teólogo Wayne Grudem había exigido la creación de una nueva organización que defendiera la masculinidad y la feminidad bíblicas. Un año después, un grupo informal se había reunido para analizar el auge de las «enseñanzas no bíblicas» acerca de los hombres y las mujeres, y, en diciembre de aquel mismo año, se dieron cita de manera más formal, en aquella ocasión en Danvers, Massachusetts. Allí, liderados por Grudem y el también evangélico reformado John Piper, elaboraron una declaración en la que explicaban lo que acabaría por conocerse como el «complementarismo»: Dios creó a los hombres y a las mujeres «iguales ante Dios», pero «distintos en su virilidad y feminidad». La declaración afirmaba que Dios había establecido el liderazgo de los hombres como parte del orden de la Creación y había cerrado la puerta a las mujeres en el liderazgo de la iglesia. En 1989, el Consejo sobre la Masculinidad y la

Feminidad Bíblicas publicó a toda página en *Christianity Today* la «Declaración de Danvers», la cual obtuvo «una inmensa respuesta».[329]

La Declaración de Danvers era una respuesta tanto a la supuesta «confusión de géneros» fraguada a partir de la década de 1960 como al «feminismo evangélico» que había emergido en la década de 1970. No obstante, no hacía un llamamiento a una masculinidad combativa y agresiva. Dictaba que el liderazgo del marido debía ser humilde y cariñoso, en lugar de dominante, y estipulaba que «los maridos debían renunciar a un dominio tosco o egoísta y amar y cuidar a sus esposas». Sin embargo, al establecer la sumisión de la mujer como la voluntad de Dios, enfatizaba una defensa bíblica del patriarcado y de la diferencia de géneros que acabaría sirviendo de cimiento a la masculinidad cristiana militarista.[330]

En 1991, Piper y Grudem publicaron *Recovering Biblical Manhood and Womahood*, un manifiesto de 500 páginas en defensa de la diferencia de géneros impuesta por Dios. La «masculinidad madura» condenaba a un hombre responsable a «asumir el riesgo de proteger a las mujeres», mientras que la mujer madura debía aceptar su protección: «La mujer se alegra cuando el hombre no es pasivo. Se siente valorada, honrada y liberada por la fortaleza y el cariño de su marido y por su papel de liderazgo servil». Por desgracia, el «pecado devastador» en que habían incurrido los hombres con su fracaso a la hora de liderar tanto sus hogares como la Iglesia había desestabilizado este orden impuesto por Dios. Al difundir la idea de que el liderazgo del hombre «nacía del orgullo y la caída», Satán se había anotado una importante victoria táctica. De hecho, el orgullo era precisamente lo que impedía el liderazgo espiritual. *Recovering Biblical Manhood and Womanhood* fue el «Libro del Año» de *Christianity Today* en 1992.[331]

Al Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas le preocupaban la Iglesia y el ámbito doméstico, pero también el destino del país. En 1996, en respuesta a lo que consideraba una intromisión del presidente Clinton en el ejército, difundió una «Resolución sobre la participación de las mujeres en combate» que recomendó a «todas las confesiones interesadas». Alarmado por el hecho de que se hiciera caso omiso a las «normas bíblicas de la vocación exclusivamente masculina para la guerra», el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas señaló que el objetivo principal del combate era «matar, masacrar y destruir», un objetivo y una esencia que se alineaban con la masculinidad, no con la feminidad. Es más, la justificación

moral para la guerra implicaba la protección de los intereses vitales de la nación, en especial de la seguridad y el bienestar de las familias. Dicho de otro modo, la justificación moral para el combate derivaba del liderazgo masculino basado en el sacrificio personal del hombre, y como tal, estaba vinculada a él. En un nivel práctico, la participación de las mujeres en combate debilitaba la cohesión de las unidades y amenazaba el orden militar por el hecho de «incrementar las tensiones sexuales», desafiar la fidelidad conyugal de los «guerreros» y exponer a las «guerreras» a sufrir violaciones y abusos cuando eran hechas prisioneras de guerra. En suma, amenazaba la seguridad nacional y contravenía de manera fundamental la voluntad de Dios.[332]

Junto con conservadores de la Convención Bautista del Sur, el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas se dispuso a promocionar la autoridad patriarcal como un requisito innegociable de la fe cristiana ortodoxa. Funcionando como laboratorios de ideas teológicos, los seminarios del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas y la Convención Bautista del Sur proporcionaron recursos a confesiones, organizaciones e iglesias locales y ayudaron a tejer una red de evangélicos comprometidos con defender la versión patriarcal del cristianismo. Trabajaron en estrecha colaboración; mediada la década de 1990, el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas se instaló en el Southern Seminary de la Convención Bautista del Sur y ratificó la resolución del seminario de contratar solo a profesores que se opusieran a la ordenación de mujeres, pasando por alto la oposición del alumnado y del cuerpo docente. Entre tanto, la conquista conservadora de la Convención Bautista del Sur prosiguió a buen ritmo. El hecho de que Bill Clinton perteneciera a la rama moderada de la Iglesia Bautista del Sur no hizo sino espolear los objetivos de los conservadores. La Convención Bautista del Sur se fue politizando cada vez más durante su mandato, posicionándose a favor de la pena capital y del derecho de los estadounidenses a ir armados.[333]

En 1998, los bautistas del Sur conservadores revisaron su fe y su mensaje bautistas por primera vez desde 1963 y añadieron un apartado en el que solicitaban a los hombres que «sustentaran, protegieran y lideraran» sus familias, y a sus esposas, que se sometieran «dócilmente al liderazgo servil de sus maridos». La esposa de Paige Patterson, Dorothy, ayudó a redactar la enmienda, que prácticamente era un calco de la Declaración de Danvers. Como aquella, el nuevo posicionamiento ancló la sumisión de las mujeres a

la Creación, antes de la Caída, en lugar de enmarcarla como resultado de esta, anulando con ello la caracterización previa de la sumisión emitida en 1984. Cuando los moderados plantearon una moción para sustituir la «sumisión de las mujeres» por «sumisión mutua», la derrota fue inmediata y la propuesta original se aprobó con un coro de «amenes» y un aplauso ensordecedor.[334]

Una conferencia del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas celebrada en Dallas en la primavera de 2000 ilustró la expansión de la red complementarista. Entre sus participantes figuraban Grudem, Piper y el presidente de la Convención Bautista del Sur, Paige Patterson, así como Richard Land, presidente de la Comisión por la Ética y la Libertad Religiosa de la Convención Bautista del Sur; Randy Stinson, el recién designado director ejecutivo del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, y Al Mohler, el presidente del Southern Seminary y miembro del consejo. Entre los complementaristas, otros aspectos doctrinales parecían palidecer frente a las creencias acerca del género y las ideas acerca de la autoridad masculina y la subordinación femenina que cada vez diferenciaban más a los «verdaderos evangélicos de los seudoevangélicos». El maduro mercado de recursos sobre la masculinidad cristiana contaba ya con canales de distribución para difundir por todas partes las enseñanzas conservadoras sobre la «virilidad bíblica», obras que seguirían orientando el evangelismo estadounidense en torno a la división de géneros.[335]

En tándem con los esfuerzos por promocionar la «masculinidad y la feminidad bíblicas», una elaborada «cultura puritana» empezaba a implantarse entre el evangelismo estadounidense. La cultura de la pureza fraguó como movimiento cohesionador en la década de 1990, pero se fundamentaba en enseñanzas promovidas desde hacía largo tiempo por los evangélicos conservadores acostumbrados a defender estrictos estándares de «pureza» sexual para las mujeres, a la par que asignaban a los hombres la responsabilidad de «protegerlas» y de salvaguardar su castidad. El recato femenino era un componente clave de la cultura de la pureza. Si Dios había creado a los hombres con una pulsión sexual casi irrefrenable, era labor de las mujeres poner freno a las libidos de estos. Las esposas tenían la misión de colmar todas las necesidades sexuales de sus maridos, pero era

responsabilidad de las mujeres y de las niñas no tentar a hombres que no eran sus esposos.

Qué se entendía por un pudor apropiado dependía de la posición que ocupara cada cual en la subcultura evangélica. En algunos círculos que abogaban por la educación en casa, las mujeres llevaban vestidos por debajo de la rodilla y el pelo largo, recogido y sin adornos. Otros evangélicos definían el recato de un modo más benévolo. Pero allá donde los evangélicos trazaban la línea se juzgaba a las mujeres que no estaban a la altura del ideal. Los evangélicos tenían mucho menos que opinar acerca del recato de los hombres. De hecho, recalcaban las recompensas que esperaban a los muchachos que supieran esperar. En el corazón de las enseñanzas de pureza a los adolescentes palpitaba un mensaje de gratificación pospuesta. Dado que las esposas tenían el deber de colmar el deseo masculino, a los hombres les bastaba con esperar a llegar al matrimonio para ser recompensados con un sexo «alucinante». Tales promesas eran el repertorio que los pastores evangélicos vendían a los jóvenes en la década de 1990. En palabras del evangelista puritano Josh McDowell, Dios no era un «aguafiestas cósmico». No había que olvidar que era precisamente Él quien había creado el sexo.[336]

McDowell, un seudointelectual evangélico que inicialmente se forjó una reputación escribiendo libros populares sobre apologética cristiana, ayudó a lanzar el movimiento puritano. En 1987 publicó *Why Wait? What You Need to Know about the Teen Sexuality Crisis*, un manual básico de la pureza que acompañó de una serie de vídeos en VHS. A principios de la década de 1990 se unió a la banda de rock cristiano Petra para difundir su mensaje puritano. Sorprendía ver aquella combinación: en medio de conciertos de rock, una figura paternal de mediana edad saltaba al escenario y mezclaba bromas de padre con charlas francas sobre sexo y enfermedades venéreas. Pero todo aquello tenía sentido en el contexto general de la cultura evangélica.[337]

Una década después de publicarse el libro de McDowell, Josh Harris ayudó a transformar el mensaje puritano en algo estimulante para la población más joven. Harris era hijo de unos cristianos pioneros en el tema de la enseñanza en casa: sus padres habían ayudado a instaurar el movimiento cristiano de la educación en el hogar, y el libro publicado por su padre en 1988, *The Christian Home School*, fue un éxito de ventas de la Asociación de Libreros Cristianos. Harris se había iniciado como editor en

la adolescencia, publicando una revista para otros niños que recibían educación en el hogar, y en 1997, a los veintiún años, publicó su obra magna, *I Kissed Dating Goodbye*. Influido por los escritos de Elisabeth Elliot, Harris introdujo a una generación de jóvenes cristianos en el «cortejo bíblico», la idea de que los padres debían encargarse de que sus hijas consiguieran llegar vírgenes e inmaculadas al matrimonio, momento en el cual las entregaban a esposos que asumían la carga de protegerlas, sustentarlas y supervisarlas. Aquel libro se convirtió en la biblia del movimiento puritano, con más de un millón de ejemplares vendidos.

El movimiento puritano recibió un amplio apoyo de las instituciones y organizaciones evangélicas. La comunidad de educación en casa cristiana ayudó a alimentar su popularidad, y la Convención Bautista del Sur acogió True Love Waits,[338] una de las organizaciones puritanas más influyentes. (Tres años antes de que Promise Keepers celebrara su mitin en la Explanada Nacional, 20.000 adolescentes evangélicos se dieron cita en ella para prometer que conservarían su pureza sexual como parte de la campaña de True Love Waits). Incontables iglesias locales promocionaron las enseñanzas del puritanismo, y la cultura puritana halló expresión en un amplio abanico de productos al consumo. Las familias compraban «anillos de pureza» de plata para que sus hijas llevaran un recordatorio constante del valor de su virginidad y mantuvieran su obligación de protegerla. También empezaron a celebrarse «bailes de pureza» en todo el país, los cuales brindaban a las familias la oportunidad de representar su compromiso con la pureza sexual a través de una ceremonia pública. En aquellos eventos, los padres proporcionaban un modelo de liderazgo masculino «citándose» con sus hijas, y las muchachas se comprometían a mantener su pureza sexual ante sus familiares y comunidades. Como el «liderazgo servil» y la teología complementarista, el movimiento puritano permitió a los evangélicos reafirmar la autoridad patriarcal frente a los cambios económicos, políticos y sociales. La popularidad generalizada del movimiento puritano se vio impulsada, en parte, por una inyección de fondos federales. Ya en 1981, Ronald Reagan empezó a destinar financiación gubernamental a la educación sexual basada exclusivamente en la abstinencia, y dicha financiación se mantuvo durante toda la década de 1990, alcanzando su máximo histórico durante el Gobierno de George W. Bush. En 2005, más de 100 grupos que defendían la abstinencia recibieron más de 104 millones de dólares de financiación federal. Aquello sí que era un caso de intrusión

gubernamental en el asunto más privado que existe, y sin embargo, a los evangélicos pareció no importarles.[339]

El movimiento masculino evangélico de la década de 1990 se caracterizó por la experimentación y por las contradicciones. El «patriarcado blando» disimuló las tensiones entre una masculinidad autoritaria más tosca y una postura más igualitaria; el tema del guerrero tierno reconcilió a la militancia con un comportamiento más amable, bondadoso y sensible. Las incoherencias en el seno del movimiento masculino evangélico reflejaban las existentes en el evangelismo en su conjunto en los años posteriores a la Guerra Fría. En fechas anteriores a aquella década, podría haber parecido que los planteamientos sensibles y más igualitarios estaban ganando la batalla. Estados Unidos se adentraba en una nueva era, y los evangélicos estadounidenses también. La retórica de las guerras culturales persistía, pero los intereses de los evangélicos se habían ampliado y ahora incluían un mayor abanico de temas, incluidos la reconciliación racial, el activismo en contra del tráfico de seres humanos y la persecución de la Iglesia a nivel mundial. No obstante, en las postrimerías de la década, el movimiento más combativo empezaría a reafirmarse de nuevo. Y cuando lo hiciera, esta militancia resurgente quedaría entretejida tanto con el movimiento de la pureza sexual como con la afirmación del complementarismo en los círculos evangélicos. Con el tiempo quedaría claro que la combinación de estos tres aspectos produciría resultados tóxicos.

---

[294] Promise Keepers es una organización paraeclesiástica cristiana evangélica para hombres. *(N. de la T.)*

[295] Kimmel, Michael, «Patriarchy's Second Coming as Masculine Renewal», en: Claussen, Dane. S. (ed.), 1999, *Standing on the Promises: The Promise Keepers and the Revival of Manhood*, Cleveland: Pilgrim Press, pp. 111-112.

[296] Ireland, Patricia, 1997, «A Look at… Promise Keepers», *Washington Post*, 7 de septiembre; Goodstein, Laurie, 1997, «Women and the Promise Keepers; Good for the Gander, but the Goose Isn't So Sure», *New York Times*, 5 de octubre.

[297] Prison Fellowship es la principal organización sin ánimo de lucro cristiana del mundo destinada a presos, exconvictos y sus familias, y una de

las principales defensoras de la reforma de la justicia. *(N. de la T.)*

[298] Kimmel, «Patriarchy's Second Coming», pp. 113 y 117; Bright, Bill, 1995, *The Coming Revival*, Orlando, Florida: New Life Publications, pp. 49-58; Gutterman, David S., «Exodus and the Chosen Men of God», en: Claussen. *Standing on the Promises*, p. 143; Stoltenberg, John, «Christianity, Feminism, and the Manhood Crisis», en: Claussen, *Standing on the Promises*, p. 102.

[299] Stoltenberg, «Christianity, Feminism, and the Manhood Crisis»; Keeler, John D., Ben Fraser y William J. Brown, «How Promise Keepers See Themselves as Men Behaving Goodly», en: Claussen, *Standing on the Promises*, p. 79; Claussen, Dane S., «What the Media Missed about the Promise Keepers», en: Claussen, *Standing on the Promises*, p. 29.

[300] Oliver, Gary, 1993, *Real Men Have Feelings, Too*. Chicago: Moody; Bartkowski, John P., 2004, *The Promise Keepers: Servants, Soldiers, and Godly Men*, New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press, pp. 50-52.

[301] Bartkowski, *The Promise Keepers*, pp. 53-56.

[302] Wilcox, *Soft Patriarchs*, p. 4; Moreton, Bethany, 2009, *To Serve God and Wal-Mart: The Making of Christian Free Enterprise*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009, pp. 101-102 y 143; Self, *All in the Family*, p. 324.

[303] Wilcox, *Soft Patriarchs*, pp. 143-150; Brusco, Elizabeth, 1995, *The Reformation of Machismo: Evangelical Conversion and Gender in Colombia*, Austin: University of Texas Press.

[304] Kimmel, «Patriarchy's Second Coming», pp. 115-116; Gutterman, «Exodus and the Chosen Men of God», p. 143; Sharlet, Jeff, 2010, *C Street: The Fundamentalist Threat to American Democracy*, Nueva York: Back Bay Books, p. 66; Moreton, *To Serve God and Walmart*, p. 102.

[305] Kimmel, «Patriarchy's Second Coming», pp. 117-118; McClanen, Don., «Fellowship of Christian Athletes Founder», *Fellowship of Christian Athletes*, disponible en: https://www.fca.org/aboutus/who-we-are/don-mcclanen [consulta: 7 de junio de 2018]; Putz, Paul, 2017, «The Role of Sports Ministries in the NFL Protests», *Religion & Politics*, 17 de octubre.

[306] FitzGerald, «A Disciplined Charging Army».

[307] Balmer, Randall, 2016, *Evangelicalism in America*, Waco, Texas: Baylor University Press, pp. 134-135; Balmer, Randall, «Keep the Faith and Go the Distance», en: Claussen, *Standing on the Promises*, p. 201.

[308] Kimmel, «Patriarchy's Second Coming», pp. 116 y 118; Newton, Judith L. «A Reaction to Declining Market and Religious Influence», en: Claussen, *Standing on the Promises*, p. 40; Greene, Marcia Slacum y Hamil R. Harris, 1997, «Preaching a Promise of Inclusiveness», *Washington Post*, 25 de septiembre.

[309] Trent, John (ed.)., 1996, *Go the Distance: The Making of a Promise Keeper,* Colorado Springs, Colorado: Focus on the Family Publishing; Keeler *et al*. «How Promise Keepers», p. 82; Claussen. «What the Media Missed», p. 18.

[310] Claussen. «What the Media Missed», pp. 18-19.

[311] Claussen. «What the Media Missed», pp. 28-29.

[312] Rabey, Steve, 1996. «Where Is the Christian Men's Movement Headed? *Christianity Today,* 29 de abril; Kimmel, «Patriarchy's Second Coming», p. 113.

[313] Payne, Leanne, 1985, *Crisis in Masculinity*, Westchester, Illinois: Crossway Books, 1985; Dalbey, Gordon, 2003, *Healing the Masculine Soul: God's Restoration of Men to Real Manhood,* ed. rev. Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, p. x.

[314] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (2003), p. x.

[315] Dalbey, Gordon, 1988, *Healing the Masculine Soul: An Affirming Message for Men and the Women Who Love Them*, Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, pp. 118-119.

[316] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (1988), pp. 9, 21 y 120.

[317] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (1988), pp. 9-10, 43-46, 61, 75, 120-121 y 123.

[318] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (1988), pp. 76 y 128-129.

[319] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (1988), pp. 132-133.

[320] Farrar, Steve, 1990, *Point Man: How a Man Can Lead His Family,* Sisters, Oregón: Multnomah, pp. 16-17, 24 y 183.

[321] Farrar, *Point Man*, pp. 13, 24, 201-203, 205 y 207-208; Dobson, *Straight Talk*, p. 21, citado en: Farrar, *Point Man*, p. 13.

[322] Weber, Stu, 2006, *Tender Warrior: Every man's Purpose, Every Woman's Dream, Every Child's Hope,* Sisters, Oregón: Multnomah, p. 18.

[323] Weber, *Tender Warrior,* pp. 18, 45, 92, 100-101, 104, 114 y 120.

[324] Louis L'Amour, seudónimo de Louis Dearborn LaMoore (1908-1988) fue un escritor estadounidense de ficción, principalmente novela del Oeste.

(N. de la T.)

[325] Weber, *Tender Warrior,* pp. 34-43, 74-75 y 207-209.

[326] Weber, *Tender Warrior,* pp. 69-71.

[327] Weber, *Tender Warrior,* pp. 172 y 176.

[328] Farrar, *Point Man*, pp. 56-57.

[329] «Our History», CBMW.org., disponible en: https://cbmw.org/about/history/ [consulta: 17 de febrero de 2019].

[330] Council on Biblical Manhood and Womanhood, «Danvers Statement», CBMW.org., disponible en: https://cbmw.org/about/danvers-statement [consulta: 17 de febrero de 2019].

[331] Piper, John, «A Vision of Biblical Complementarity: Manhood and Woomanhood Defined According to the Bible», en: Piper, John y Wayne Grudem (ed.), 1991, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism*, Wheaton, Illinois: Crossway Books, pp. 48 y 53.

[332] Miller, Bob, «Resolution on Women in Combat», CBMW News, 6, disponible en: http://cbmw.org/wp-content/uploads/2013/05/2-2.pdf#page=5 [consulta: 8 de junio de 2018].

[333] Dowland. «New Kind of Patriarchy», pp. 254 y 260; Flowers. *Into the Pulpit*, p. 129.

[334] Dowland. *Family Values*, p. 140; Flowers. *Into the Pulpit*, p. 145.

[335] Hollinger, Herb, 2000. «Biblical manhood, womanhood conference makes note of Southern Baptists' stance». *Baptist Press*, 23 de marzo; Giles, Kevin, 2017. *The Rise and Fall of the Complementarian Doctrine of the Trinity.* Eugene, Oregón: Cascade Books, p. 60.

[336] Burkholder, Jared, 2019, «Before "true love waits" there was Josh McDowell and Petra», Patheos, 8 de enero, disponible en: https://www.patheos.com/blogs/anxiousbench/2019/01/before-true-love-waits-there-was-josh-mcdowell-and-petra/.

[337] Burkholder, «Before "true love waits"».

[338] «El verdadero amor sabe esperar». *(N. de la T.)*

[339] Moslener, *Virgin Nation*, pp. 109 y 113-116.

10

Al cuerno con el cristiano amable

A John Eldredge no le gustaba el trabajo de oficinista. No le sentaba bien ni a su masculinidad ni a su espiritualidad. Se suponía que la vida espiritual debía ser «como el Salvaje Oeste», indómita. Si los hombres evangélicos querían experimentar el cristianismo de verdad, tenían que «levantarse de sus butacas tapizadas y salir de los centros comerciales con aire acondicionado y adentrarse en la creación salvaje de Dios». El libro de 2001 de Eldredge, *Wild at Heart: Discovering the Secret of a Man's Soul*, estableció el tono de una nueva militancia evangélica para el nuevo milenio. El Dios de Eldredge era una Dios guerrero, y los hombres estaban hechos a su imagen y semejanza. La agresión, y no la ternura, eran parte del diseño masculino. *Wild at Heart* vendió más de cuatro millones de ejemplares solo en Estados Unidos, donde se convirtió en una presencia ubicua en los grupos masculinos de las megaiglesias, en las residencias universitarias, en las librerías cristianas y en las bibliotecas de las parroquias. Con decenas de títulos que imitaban indisimuladamente la fórmula de Eldredge, su libro establecería el marco de las exploraciones evangélicas de la masculinidad durante años.[340]

Para Eldredge, la masculinidad estaba directamente ligada al militarismo. A los niños pequeños les gustaba jugar con capas y espadas, con pañuelos de bandido y revólveres. Deseosos de saber que eran poderosos y peligrosos, alguien a quien tener en cuenta, se especializaban en inventar juegos «donde el derramamiento de sangre es un requisito previo para divertirse». Dios los había hecho peligrosos por naturaleza, explicaba Eldredge. Las mujeres no empezaban guerras ni cometían demasiados crímenes violentos. Pero la misma fuerza que hacía a los hombres peligrosos también los convertía en héroes. La seguridad de los barrios dependía de la fuerza de sus hombres. Los hombres, y no las mujeres,

habían sido quienes habían puesto fin a la esclavitud, al *apartheid* y al nazismo. Fueron hombres quienes cedieron sus asientos en los botes salvavidas del *Titanic*. Y lo más importante, «fue un hombre quien se dejó clavar en la cruz del Calvario».[341]

Según Eldredge, Dios creó a todos los hombres para anhelar «una batalla en la que luchar, una aventura que vivir y una mujer bella a quien rescatar». Pero la sociedad enviaba mensajes confusos. Durante treinta años, la gente había redefinido la masculinidad como algo «sensible, seguro, manejable y, en definitiva, femenino», y ahora se dedicaba a reprender a los hombres por no comportarse como hombres. La Iglesia era en gran parte la culpable. Una «crisis de masculinidad» permeaba la Iglesia y la sociedad porque ya no existía una cultura del guerrero, pero los hombres necesitaban un lugar donde pudieran aprender «a luchar como hombres». Eldredge desestimaba el argumento de que Jesús había dado a sus seguidores la instrucción de poner la otra mejilla: «No puedes enseñarle a un niño a usar su fuerza despojándolo de ella». El Jesús de Eldredge se parecía más a William Wallace que a la Madre Teresa de Calcuta o a míster Rogers.[342] Los intentos de pacificar a los hombres únicamente conseguían castrarlos. «Si lo que se quiere es un animal más tranquilo y manejable, hay una solución fácil: castrarlo». Por desgracia, «las madres empalagosas» (y el sistema de escuelas públicas) hacían justamente eso.[343]

Eldredge empezaba su libro con un fragmento de Mateo 11:12: «el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». Sin embargo, su principal fuente de inspiración era la cultura popular. A fin de cuentas no eran las mujeres quienes habían convertido *Braveheart* en una de las películas más taquilleras de la década. El William Wallace de Mel Gibson era uno de los personajes favoritos de Eldredge, si bien el vaquero americano también ocupaba un lugar prominente en su concepción de la masculinidad. El *cowboy* personificaba un anhelo que sentían todos los hombres, el deseo de «ir al Oeste», de ser «salvaje, peligroso y libre, de vivir sin trabas». Eldredge también elogiaba la masculinidad heroica de Teddy Roosevelt, de los tenaces soldados estadounidenses, de Indiana Jones, James Bond y Bruce Willis en *La jungla de cristal*.[344]

Era en la cultura popular donde Eldredge había descubierto la verdad subyacente de que para un hombre no bastaba con ser un héroe, sino que necesita ser el héroe de la mujer que ama. James Bond, Indiana Jones, los jóvenes soldados que partían hacia la guerra…, todos necesitaban tener una

mujer bella a quien rescatar. Las mujeres también tenían «algo salvaje en el corazón», pero era «de esencia femenina, más *seductor* que fiero». Ansiaban que lucharan por ellas, que las desearan, compartir la aventura de un hombre. Según Eldredge, una mujer pecaba cuando intentaba controlar su mundo, cuando era codiciosa en lugar de vulnerable, cuando buscaba pilotar su propia aventura en lugar de compartir la de un hombre. Haciéndose eco de Tim y Beverly LaHaye, Eldredge creía que Dios había inculcado en el corazón de las niñas el sueño de cuento de hadas de un príncipe encantador que acudía en su rescate. (Dicho tema fue retomado posteriormente por la cantante cristiana Rebecca St. James, cuyo libro de 2002, *Wait for Me*, en el que promocionaba la cultura de la pureza, vendió más de 100.000 ejemplares). Las mujeres querían que se las persiguiera, que se las adorara, que lucharan por ellas; «lo que una niña se pregunta en lo más hondo de su corazón es: ¿soy adorable?». En lugar de «brutalizar» la feminidad, advertía Eldredge, deberíamos tomarnos en serio esos sueños de princesa. Para Eldredge, la diferencia de géneros se situaba a nivel del alma. [345]

Eldredge tenía infinidad de fanes, pero también tenía detractores en el seno del evangelismo. Randy Stinson, director ejecutivo del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, discrepaba de la teología de Eldredge. Stinson alegaba que Eldredge olvidaba la realidad del pecado y lo acusaba de divulgar una «visión de Dios que no era acorde a la Biblia», ya que, al presentarlo como un ser «que asumía riesgos», indirectamente venía a decir que Dios no tenía un conocimiento pleno del futuro. Objeciones teológicas de poca monta aparte, Stinson alababa a Eldredge por identificar correctamente varios problemas clave: la feminización de los hombres por parte de nuestra cultura y las iglesias, la castración de los niños y la certeza de que «todo hombre necesita una batalla por la que vivir y morir». En otras palabras, Eldredge basaba sus conclusiones en unos cimientos teológicos endebles, mas pese a ello sus conclusiones eran bastante sólidas. Una década más tarde, Stinson seguiría los pasos de Eldredge y se convertía en coautor de un libro sobre «la masculinidad bíblica».[346]

Los profesores del Calvin College Mark Mulder y James K. A. Smith también destacaron que Eldredge no tenía en consideración la realidad del pecado, si bien ellos lo consideraban un defecto más fundamental. Pese a que Eldredge aseguraba arraigar su idea de la masculinidad en una teología creacionista, en la «esencia» divina de los hombres y las mujeres, Smith y

Mulder insistían en que «lo que Eldredge atribuye a la creación, el cristianismo bíblico lo atribuye a la caída en la tentación». La guerra, el conflicto y la enemistad eran el resultado de los pecados de la humanidad, no de la creación del bien por parte de Dios; por consiguiente, «el belicismo no constituye un aspecto esencial del hombre». La Biblia prometía el advenimiento de un reino de paz, y apoyar el «ideal del guerrero» fomentaría «el pecado, no la redención», advertían. Pero Mulder y Smith estaban en minoría, al menos en lo referente al volumen de venta de libros. [347]

El libro de Eldredge fue el más popular sobre el tema de la masculinidad evangélica publicado en 2001, pero no fue el único. Había más escritores hartos de la ternura. Había llegado el momento de endurecer la hombría de los estadounidenses, empezando por los niños. En enero de aquel año, James Dobson publicó *Bringing Up Boys.* La clave para entender a los niños, según Dobson, era la testosterona. La hormona hacía a los niños «competitivos, agresivos, asertivos y amantes de los coches, los camiones, las armas y los balones». Los niños pequeños que se disfrazaban de superhéroes, de vaqueros y de Tarzán traslucían un evidente «anhelo masculino de poder». Por eso a los niños les gustaba luchar, trepar, pelear y pavonearse. Las feministas y los liberales parecían pensar que la testosterona era «uno de los grandes errores de Dios». Preferían que los niños se parecieran más a las niñas y los hombres más a las mujeres, que fueran seres «feminizados, castrados, enclenques». Pero «reprogramar» a los hombres y los niños representaba interferir en el esmerado diseño de Dios.[348]

La naturaleza competitiva de los hombres quedaba demostrada por su propensión al riesgo y la aventura, así como por sus mayores logros políticos y económicos (conseguidos incluso pese a las campañas de acción afirmativas de las feministas) y por las guerras que habían librado a lo largo de la historia. Desde su despacho en Enfoque a la Familia, Dobson podía proyectar la vista al otro lado del valle, donde se encontraba la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Viendo a los cadetes entrenarse para ser pilotos y oficiales, reflexionaba sobre cómo la naturaleza competitiva de los hombres explicaba «las sangrientas campañas militares que se habían librado a lo largo de la historia», pero también sobre cómo «esta sed masculina de conquista» había derivado en «hazañas osadas y

aventureras que habían beneficiado a la humanidad». El general MacArthur, «uno de los militares más grandes de todos los tiempos», era uno de los héroes de Dobson.[349]

En su libro acerca de los niños, Dobson aprovechó la oportunidad para denunciar a Hillary Clinton, a «las mujeres que queman sujetadores», la corrección política y a la «reducida pero vociferante panda de feministas» que atacaban «la mismísima esencia de la masculinidad». Elogiaba a Phyllis Schlafly y recomendaba la educación en el hogar como «medio de hacer frente a una cultura hostil». Aconsejaba a las muchachas no llamar por teléfono a los muchachos (ya que hacerlo les usurparía el papel de instigadores) y alentaba a los padres a jugar a lo bruto con sus hijos. Lamentaba que el cine caracterizado por la fuerza moral y el heroísmo hubiera dado lugar a tantas «diatribas de odio hacia los hombres», como era el caso de *Telma y Louise* y *Cómo eliminar a su jefe*, y a que las «adorables damas femeninas» hubieran sido sustituidas en la pequeña pantalla por «mujeres masculinas y agresivas» como las protagonistas de *Los ángeles de Charlie*. *El patriota*, de Mel Gibson, una historia en la que el actor encarnaba al cabecilla de una milicia revolucionaria que vengaba sin compasión la muerte de su hijo, era la excepción a la regla.[350]

El libro de Dobson halló un público receptivo. Sus ventas acabarían ascendiendo a dos millones de ejemplares. Para entonces, Dobson tenía ya un séquito considerable; su programa de radio se retransmitía en más de 4200 emisoras de todo el mundo y contaba con más de 200 millones de oyentes diarios. Charles Colson aseguró que «todas las personas, cristianas y no cristianas por igual». deberían leer el libro: «Podría salvar a Estados Unidos».[351]

Transcurridos menos de cinco meses desde la publicación del libro de Dobson, Douglas Wilson publicó *Future Men: Raising Boys to Fight Giants*. Hijo de un evangélico afincado en Moscow, Idaho, Wilson había ayudado a fundar «una “iglesia del Pueblo de Jesús *hippy*” y con inclinaciones bautistas». Tenía poca educación teológica formal y su iglesia era, en sus propias palabras, un «“cruce” bautista-presbiteriano». Tras conocer las enseñanzas de Rushdoony, inculcó valores inspirados en el reconstruccionismo a su comunidad de feligreses. Debido a su teología híbrida, y sin duda también a su personalidad cascarrabias, ninguna confesión reformada establecida le abrió sus puertas. Pero Wilson no desfalleció e instauró su propia confesión. En 1981 fundó la Logos School,

una academia cristiana clásica, y se convirtió en unos de los exponentes del movimiento de educación cristiana clásico. En 1994 fundó la Asociación de Escuelas Clásicas y Cristianas, y aquel mismo año creó el New Saint Andrews College, una universidad cristiana clásica con carreras de cuatro años bajo el lema: «Para los fieles, las guerras no acaban nunca».[352]

El libro de Wilson fue un manual práctico sobre la masculinidad combativa que llegó en el momento oportuno y traspasó las fronteras de su enclave. Con Theodore Roosevelt como modelo de masculinidad cristiana, Wilson afirmó que, en tanto que hombres del futuro, los niños eran «guerreros del futuro». En coherencia con el pensamiento reconstruccionista, el concepto del dominio era central para la definición de la masculinidad de Wilson; como Adán en el Jardín del Edén, todos los hombres estaban hechos para ejercer ese dominio. Los niños tenían un impulso innato de conquistar y someter, y debía educárselos para ser aventureros y visionarios y para convertirse en «señores en la Tierra». A tal fin, era esencial que los pequeños jugaran con espadas y armas de juguete, y los de mayor edad debían ser entrenados en el uso de armas de fuego reales. De hecho, Wilson propuso una «teología de la lucha a puñetazos para instruir a los niños acerca de cuándo, dónde y cómo pelear. Y por si quedaba alguna duda, aclaraba que el cristianismo no era pacifista. Ciertamente, los profetas del Antiguo Testamento vaticinaban tiempos de paz, o un «pacifismo escatológico», pero la paz traída por Cristo se había comprado con sangre. Hasta la llegada de ese tiempo, los hombres y los niños deben aprender a luchar en guerras; de lo contrario, se encontrarían «enfrentándose al dragón con una podadera».[353]

Como otros escritores, Wilson definía la masculinidad en términos de iniciación. Como había explicado en sus ensayos previos acerca del matrimonio, «un hombre penetra, conquista, coloniza y planta. Una mujer recibe, se rinde, acepta». Aunque los defensores de la igualdad se rebelaran contra el concepto de autoridad, Wilson creía que la sumisión de las esposas a los maridos, si se daba «en incontables familias», generaría «una sociedad patriarcal más amplia» y un mayor bien social. Según Wilson, el matrimonio tenía tres objetivos: aportar compañía, engendrar niños piadosos y evitar la inmoralidad sexual. Con respecto a esto último, Dios ofrecía una ayuda muy práctica a los cristianos para esquivar la tentación: la actividad sexual. Como Marabel Morgan y los LaHaye, Wilson creía que las relaciones sexuales dentro del matrimonio debían ser frecuentes. Dios

había dispuesto que las mujeres satisficieran las (considerables) necesidades sexuales de sus maridos; el deber de una mujer «era someterse a la voluntad de Dios y darle de buen grado hijos a su marido». Es más, el matrimonio no podía «consumarse espiritualmente» si el marido actuaba como un «eunuco espiritual», como un «impotente en su masculinidad». Las mujeres deben entender que «las dirige un *señor*». A tal fin, los jóvenes pretendientes deben ser «alborotadores masculinos» e interferir alegremente en los planes de su futura esposa. La mujer se hizo para el hombre, y no a la inversa. A las muchachas jóvenes debía instruírselas para ser amas de casa; las mujeres «se volvían más bellas» cuando cultivaban «un espíritu amable y tranquilo». No sorprende que Wilson creyera que las mujeres no tenían cabida en el ejército; eran una distracción sexual para los soldados, podían quedarse embarazadas, distorsionaban las «líneas pactadas de autoridad» y no se les daba tan bien como a los hombres «la importante labor de la violencia».[354]

Wilson entendía que algunos lectores pudieran recular por su uso de la palabra «dominación» para describir el papel del marido, pero, a su modo de ver, tal respuesta daba fe de hasta qué punto la iglesia acusaba la influencia del feminismo, «tanto de la variedad laica que detesta al hombre como del tipo "evangélico" suavizado». El verdadero problema era que los hombres cristianos se habían «achantado». Al desviarse de las enseñanzas bíblicas, los cristianos habían reemplazado «la tosquedad de la masculinidad por la ternura de las mujeres», y los resultados habían sido calamitosos. A Wilson no le gustaba el movimiento Promise Keepers. En 1999 lo criticó por fomentar «una adopción tácita del feminismo» en lugar de un enfoque masculino de la devoción. En sus palabras: «En contra de la enseñanza popular en los hogares cristianos, el deber de un hombre no es ser un tipo dulce». Con su brusquedad característica, Wilson tildaba gran parte del movimiento masculino cristiano como «poco más que un programa de discipulado para maricones».[355]

Los libros de Wilson, Dobson y Eldredge aparecieron en los meses previos al 11 de septiembre de 2001. Cuando los terroristas atacaron Estados Unidos, su llamamiento de héroes «viriles» halló una resonancia profunda y generalizada entre los evangélicos. De pronto se había materializado una «batalla que librar» muy real, no meramente retórica, para todos los

hombres estadounidenses. El éxito de aquellos libros, y su impacto cultural, puede entenderse a la luz de una sensación de crisis renovada.

El nuevo milenio había precipitado una nueva era para los evangélicos estadounidenses. Los Clinton habían salido de la Casa Blanca y un presidente *cowboy* volvía a tener las riendas. Como es sabido, George W. Bush se había comprado el rancho Crawford justo antes de anunciar su candidatura: era un buen escenario para hacerse fotos. Con todo, la fe evangélica de Bush era real. Bush, que había representado a la rama menos combativa del evangelismo de la década de 1990, había hecho campaña con un mensaje de «conservadurismo compasivo». Pero los atentados terroristas lo transformarían en un cruzado.[356]

Las certezas morales de la guerra contra el terrorismo, definidas por un presidente evangélico, pusieron fin a cualquier incertidumbre de la era posterior a la Guerra Fría entre los evangélicos. Los asuntos exteriores no habían estado tan claramente conectados con las preocupaciones internas desde el punto álgido de la Guerra Fría. De hecho, en los días y semanas que siguieron a los atentados, muchos estadounidenses retomaron la retórica y el pensamiento de la Guerra Fría mientras trataban de resolver cómo reaccionar a aquella nueva amenaza. Estados Unidos volvía a necesitar hombres fuertes y heroicos que defendieran el país tanto internamente como en el extranjero. El evangelismo nunca había abandonado del todo su militarismo de la época de la Guerra Fría, y aquellos a quienes había inquietado el «patriarcado blando» del movimiento masculino de la década de 1990 estaban preparados para aquel momento. La mera existencia de la nación volvía a depender de la rudeza de los hombres estadounidenses. Criar a los niños para que se convirtieran en hombres fuertes se consideró un tema de seguridad nacional. Y las estanterías de las librerías cristianas estaban llenas de manuales de instrucciones.

Los atentados del 11-S exigían toda la fuerza viril que los hombres fueran capaces de reunir. En palabras de Phyllis Schlafly, una de las consecuencias imprevistas de los atentados contra las Torres Gemelas fue «la frustración de las esperanzas feministas de convertir Estados Unidos en una sociedad de género neutro o andrógina». Cuando los bomberos subieron a toda prisa las escaleras de los rascacielos en llamas, el recuento de muertos fue: «hombres: 343, mujeres: 0». Estaba claro que aquel no era lugar para las mujeres que exigían medidas de discriminación positiva. Combatir a los

talibanes también era cosa de «hombres de verdad». Por suerte, una «cultura de guerreros» había sobrevivido a los treinta años de ataques feministas y aún quedaban hombres «lo bastante hombres como para deleitarse con la oportunidad de implicarse y acabar con los malos del mundo». Mientras contemplaba la guerra en televisión, Schlafly prácticamente debía de esperar ver a «John Wayne cabalgando por las llanuras». Estados Unidos necesitaba héroes viriles.[357]

En 2005, Steve Farrar se hizo eco de esta urgencia renovada en su primer libro publicado después del 11-S, *King Me*: «Cuando aquellos dos aviones impactaron en las Torres Gemelas el 11 de septiembre, súbitamente necesitamos hombres masculinos. Los hombres afeminados no entran en edificios en llamas. Lo hacen los hombres masculinos. Por eso Dios creó a los hombres para ser masculinos». Como su *Point Man*, el *King Me* de Farrar ilustraba la versatilidad de las ideas evangélicas sobre la masculinidad combativa; se necesitaban hombres que salvaran el país de los terroristas y que lo defendieran de las fuerzas culturales que amenazaban Estados Unidos desde dentro. Pero era difícil encontrar ese tipo de hombres, porque los medios de comunicación, el sistema de escuelas públicas y la élite académica estaban confabulados para castrar a los niños. Y la Iglesia tampoco ayudaba: al enfatizar los «rasgos femeninos», como la ternura, la compasión y la amabilidad, las iglesias habían olvidado los atributos masculinos —pero igual de espirituales— de la agresividad, el valor y la defensa de la verdad. Farrar volvía a cargar contra la Iglesia por feminizar a Jesús. Las canciones sobre la «belleza» de Cristo eran especialmente mortificantes. Según escribió: «Si a alguien se le ocurriera acercarse a John Wayne para decirle lo guapo que es, Wayne le saltaría varios molares y premolares y los enviaría a un nuevo orden mundial». La película de Mel Gibson *La pasión de Cristo* ofrecía un buen antídoto a la imagen de un Cristo debilucho, pero con eso no bastaba. Farrar no ocultaba su defensa de un giro más agresivo. Se había impuesto la tendencia a «potenciar la “ternura” y aplacar al “guerrero”», pero, «en las trincheras, la ternura no sirve de nada».[358]

También Gordon Dalbey reflejó el militarismo revitalizado entre los evangélicos en una edición revisada de su *Healing the Masculine Soul.* En 1988 había criticado los «insensatos extremos» a los que llegaban los ministerios de los hombres, como celebrar veladas de hermandad en las que se proyectaban películas sobre «los últimos cazabombarderos». Claro que

conseguían congregar a hombres, pero también lo habrían hecho de haber proyectado películas pornográficas; un Jesús que «sanaba cuerpos y bendecía a los “pacificadores”» e instaba a sus seguidores a «poner la otra mejilla» seguramente no se sentiría más cómodo viendo películas de cazabombarderos que películas X. En su edición de 2003, Dalbey mitigaba su crítica anterior y eliminaba las menciones a Jesús como sanador y pacificador. Es más, las sustituía por la idea de que había que inculcar a los niños una visión «del conflicto y la guerra».[359]

Otras obras revelan hasta qué extremo los nuevos escritores recurrieron a temas comunes. En 2005, Paul Coughlin publicó *No More Christian Nice Guy*, un manifiesto contra las supuestas distorsiones de la masculinidad cristiana. Con referencias a Dobson, a Weber, a los generales MacArthur y Patton, a George Gilder, a Robert Bly, a Teddy Roosevelt y a *La pasión de Cristo* de Mel Gibson, Coughlin planteaba una crítica habitual de la virilidad castrada cristiana. Consideraba que su libro plasmaba el enfado de los hombres: «Están enfadados con su cultura, con su iglesia y con su Dios, y a veces ese enfado se dirige a las mujeres». Él proponía transformar ese enfado en una fuerza redentora. Coughlin se esforzaba por distanciarse de los planteamientos más extremistas. Manifestaba su pleno apoyo al sufragio femenino, contrarrestando la opinión aparentemente popular en el «ámbito editorial cristiano» de que un hombre debía emitir un único voto en representación de todo su hogar. También reconocía que, antes de 1965, «no era infrecuente que una joven atractiva fuera tratada como un trozo de carne en el mundo laboral, como un juguete que los hombres podían utilizar». Y aceptaba que, en el pasado, los hombres habían demostrado un escasísimo interés en sus familias, si bien ese problema ya había sido abordado por organizaciones como Enfoque a la Familia y Promise Keepers. También se distanciaba de quienes abogaban por una estructura autoritaria jerárquica que situaba a los hombres bajo la autoridad de sus jefes. Le resultaba estomagante la idea de que un jefe «ejerciera como representante de Dios por el hecho de dar empleo», si bien no expresaba tal incomodidad con respecto a una jerarquía de autoridad basada en el género.[360]

También publicado en 2005, *Why Men Hate Going to Church*, de David Murrow, alentaba a la Iglesia a asumir el riesgo y zafarse de su reputación como «un lugar para viejecitas de ambos sexos». Murrow admitía carecer de las cualificaciones habituales para escribir libros sobre hombres y la Iglesia. No era ni pastor, ni profesor, ni teólogo, simplemente era «un tipo

que se sentaba en los bancos de las parroquias» y había percibido una tendencia inquietante. (Murrow, que era productor de televisión, había escrito y producido el primer anuncio televisivo de Sarah Palin en 2002). Pero Murrow sí había leído. Mencionaba a Eldredge, Dobson, Dalbey, Lewis, Cole y Wilson. Él también celebraba el «salvajismo de Jesús» ensalzado en *Braveheart* de Mel Gibson y pensaba que la Iglesia necesitaba «unos cuantos Teddy Roosevelt más». Murrow estaba de acuerdo en que la agresión era «la clave del alma masculina» y que «sin hombres y su espíritu guerrero en la Iglesia, no hay nada que hacer». No tenía demasiadas cosas nuevas que aportar, pero hizo su contribución en el momento oportuno; con más de 100.000 ejemplares impresos, se consagró como una voz destacada en el movimiento de hombres cristianos.[361]

Los libros sobre masculinidad evangélica no estaban concebidos para ser una lectura de sillón. Los padres cristianos concibieron ritos iniciáticos para sus hijos tomando como modelo la caballería medieval, ritos que implicaban caros filetes para cenar y que conmemoraban con símbolos de gran valor, como «una Biblia, una escopeta o una placa». A fin de cuentas, los caballeros eran «los Promise Keepers de la Edad Media». Los hombres cristianos se retiraban a la «naturaleza» para participar en campamentos militares o en «guerras de bolas de pintura los fines de semana», o bien organizaban sus propios eventos con «juegos caseros a lo *Braveheart*», con actividades que iban desde cambiar los neumáticos del coche hasta arrojar hachas y perseguir cerdos engrasados. Organizaciones más grandes siguieron su ejemplo. En concentraciones de jóvenes BattleCry, entre los gritos enloquecidos de los asistentes, el evangélico Ron Luce advertía a los estudiantes de que los comunistas, las feministas, los gais y los musulmanes amenazaban con destruir la moralidad del país tal como Osama Bin Laden había destruido las Torres Gemelas. Con un lenguaje plagado de imágenes bélicas, Luce invocaba una «mentalidad de tiempos de guerra» e instaba a los jóvenes a despertar y cobrar conciencia del peligro que representaban los «terroristas culturales». Con invitados estelares como Jerry Falwell y Charles Colson, el ministerio de Luce incorporó a la vieja guardia para reclutar a una generación más joven para el cristianismo combativo.[362]

Conscientes de que su versión de la masculinidad evangélica no estaba en sintonía con las tendencias contemporáneas, Promise Keepers se reestructuró. Para comunicar con «la siguiente generación de soldados de Cristo», la organización sustituyó las imágenes promocionales de hombres

abrazándose, llorando y uniendo sus manos por otras de hombres blandiendo espadas, atacando en sus monturas, escalando rocas y cubiertos de barro, todas ellas acompañadas de la promesa de que «¡Ya no somos los Promise Keepers de la época de tu padre!». La organización tenía poco más de una década de existencia. En sus conferencias, dejaron de pedir a los hombres que «ocuparan el hueco» entre los dos extremos de la masculinidad y adoptaron títulos más viriles que los desafiaban a alzarse y «derribar las puertas». Dado el reciente incremento de las operaciones militares, algunos cristianos consideraban que el lenguaje hipermasculino y las imágenes agresivas eran de mal gusto. ¿De verdad era el momento de que los hombres cristianos «marcaran bíceps y forjaran hierro espiritual»? Para muchos hombres evangélicos, era el momento ideal.[363]

A principios de la década de 2000, los evangélicos blancos respaldaron con entusiasmo la respuesta militar a los atentados del 11-S, pero no fueron los únicos. En octubre de 2001, ocho de cada diez estadounidenses apoyaban una guerra por tierra en Afganistán. Vender la guerra de Irak, por su parte, resultaba más duro. Las conexiones entre el régimen de Sadam Husein y la seguridad nacional de Estados Unidos eran exiguas y muchos grupos religiosos del país se oponían a los esfuerzos gubernamentales por movilizar el apoyo a otra guerra. El Consejo Nacional de Iglesias instó al presidente a no realizar un ataque preventivo, y el Vaticano advirtió de que una guerra preventiva supondría «un crimen contra la paz». Los evangélicos conservadores no estaban de acuerdo.[364]

En octubre de 2002, cinco personalidades evangélicas enviaron una carta al presidente Bush en la que le aseguraban que una invasión preventiva de Irak reunía los criterios de una guerra justa. Escrita por Richard Land, el presidente de la Comisión de Libertades Éticas y Religiosas de la Convención Bautista del Sur, y firmada por los también evangélicos Charles Colson, Bill Bright, D. James Kennedy y Carl Herbster, la conocida como «Land Letter» expresaba el agradecimiento por el «liderazgo valiente, atrevido y visionario» de Bush y aseguraba al presidente que sus planes de acción militar eran «justos y correctos». Aludiendo al apaciguamiento de Hitler, instaban a Bush a desarmar al «dictador iraquí asesino» y le recordaban que «la autoridad legítima para autorizar el uso del ejército de los Estados Unidos» recaía en el Gobierno del país, no en la ONU. La carta

hacía mención también a Romanos 13 para argumentar que «Dios había ordenado al magistrado civil» que castigara a los malhechores.[365]

Ahora bien, no solo la élite evangélica apoyaba un ataque preventivo. En 2002, los cristianos evangélicos de base eran «los mayores partidarios de Israel y de la guerra planificada por Washington contra Irak»: el 69 por ciento de los cristianos conservadores apoyaban una acción militar, diez puntos porcentuales más que la población general. En 2003, una vez iniciada la guerra, el 87 por ciento de los cristianos evangélicos apoyaban la decisión de Bush de ir a la guerra, en comparación con el 70 por ciento de los protestantes tradicionales y el 59 por ciento de los estadounidenses laicos. Tal como explicó un parroquiano evangélico, Jesús podía haber predicado un evangelio de la paz, pero el Libro de las Revelaciones demostraba que el mesías sufridor se había convertido en el mesías conquistador; en la Biblia, Dios no solo autorizaba «la guerra y la invasión», sino que las alentaba. El pastor de aquel parroquiano evangélico coincidía con él y añadía que el presidente Bush «encajaría perfectamente en su congregación […] porque estar en la misma longitud de onda espiritual cuenta mucho».[366]

Impregnados de una literatura que afirmaba que los hombres se habían creado a imagen y semejanza de un Dios guerrero, no sorprende que los evangélicos se mostraran receptivos a sentimientos como los expresados por Jerry Falwell en su sermón de 2004, titulado «Dios es pro guerra». Después de haber idealizado a los vaqueros y los soldados como modelos de virilidad cristiana ejemplar, los evangélicos estaban preparados para adoptar «el planteamiento de *cowboy*» de Bush y su «mentalidad de llanero solitario». Dios había creado a los hombres para ser agresivos (violentos cuando era necesario), y a ellos les tocaba cumplir su papel sacrosanto de protectores.[367]

En la Convención Nacional Republicana de 2004, el cantante cristiano Michael W. Smith se subió al escenario del Madison Square Garden de Nueva York y desde allí proclamó su amor por su presidente y por su país. A continuación explicó cómo, transcurridas solo seis semanas desde los atentados del 11-S, se había visto en el Despacho Oval con su buen amigo, el presidente Bush. Habían hablado de los bomberos y de otros servicios de emergencia que habían entregado sus vidas intentando salvar a otras personas. «Eh, W. —le dijo el presidente “W.” al cantante—, tendrías que escribir una canción sobre esto». Y Smith hizo lo que le pedían. Y allí, de

pie ante el público de la convención, mientras en la pantalla que quedaba a su espalda se proyectaban imágenes patrióticas, interpretó «There She Stands», una canción sobre el símbolo del país, la bandera de Estados Unidos, alzándose orgullosa entre los escombros. Con aquel pequeño paso retórico, la «belleza» femenina por la que todo hombre debía luchar en su vida pasó a ser la nación misma.[368]

---

[340] Leblanc, Douglas, 2004, «Wildheart», *Christianity Today*, 1 de agosto, p. 33; Eldredge, John, 2001, *Wild at Heart: Discovering the Secret of a Man's Soul*. Nashville, Tennessee: Thomas Nelson; Merritt, Jonathan, 2016, «The book that revolutionized "Christian manhood": 15 years after "Wild at Heart"», Religion News Service, 22 de abril.

[341] Eldredge, *Wild at Heart*, pp. 9 y 83.

[342] Frederick McFeely Rogers (1928-2003) fue un presentador de televisión, marionetista, ministro presbiteriano y educador estadounidense. Creó el programa infantil *Mister Rogers' Neighborhood*, que se emitió durante tres décadas en la cadena de televisión pública estadounidense PBS. *(N. de la T.)*

[343] Eldredge, *Wild at Heart*, pp. 6-9, 68, 79-80, 84 y 175.

[344] Eldredge, *Wild at Heart*, introducción y pp. 11-12.

[345] Eldredge, *Wild at Heart*, pp. 15-16, 36, 51 y 180-182; Sharlet. *The Family*, pp. 332-333.

[346] Stinson, Randy L., 2003, «Is God Wild at Heart? A Review of John Eldredge's Wild at Heart», *Journal for Biblical Manhood and Womanhood*, 08:2 (otoño de 2003), p. 55.

[347] Mulder, Mark y James K. A. Smith, 2004, «Are Men Really Wild at Heart?», *Perspectives: A Journal of Reformed Thought*, 16 de octubre.

[348] Dobson, James C., 2001, *Bringing Up Boys*, Wheaton: Illinois: Tyndale House, pp. 19, 26 y 39.

[349] Dobson, *Bringing Up Boys*, pp. 23, 27, 68 y 148.

[350] Dobson, *Bringing Up Boys*, pp. 13-15, 76, 120,151, 161-162, 165, 179, 194-195 y 228.

[351] Dobson, *Bringing Up Boys*, contracubierta y texto preliminar.

[352] Worthen, Molly, 2009, «The Controversialist», *Christianity Today*, 17 de abril, pp. 42-49.

[353] Wilson, Douglas, 2012, *Future Men: Raising Boys to Fight Giants*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 10-16, 125, 130-131.

[354] Wilson, Douglas, 1999, *Federal Husband*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 63 y 80-82; Wilson, Douglas, 1995, *Reforming Marriage*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 16 y 19; Wilson, Douglas, 1999. *Fidelity*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 45-46, 64 y 75-76; Wilson, Douglas, 1997, *Her Hand in Marriage: Biblical Courtship in the Modern World*. Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 74-75.

[355] Wilson, *Reforming Marriage*, pp. 22-23, 28 y 139; Wilson, *Federal Husband*, p. 36; Wilson, *Fidelity*, p. 76.

[356] Katz, *Man Enough*, p. 170.

[357] Schlafly, Phyllis, 2002, «Feminism Meets Terrorism». *Phyllis Schlafly Report*, julio; Schlafly, Phyllis, 2002, «The Premier American Hero – George Washington». *Phyllis Schlafly Report*, mayo.

[358] Farrar, Steve, 2005, *King Me: What Every Son Wants and Needs from His Father*, Chicago, Illinois: Moody Publishers, pp. 116, 120, 124-128.

[359] Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (1988), p. 176; Dalbey, *Healing the Masculine Soul* (2003), pp. 188 y 120.

[360] Coughlin, Paul, 2007, *No More Christian Nice Guy: When Being Nice – Instead of Good – Hurts Men, Women and Children*, Bloomington, Minnesota: Bethany House Publishers, pp. 26-27, 49, 51 y 149-151.

[361] Murrow, David, 2011, *Why Men Hate Going to Church*. Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, pp. 21, 27, 97, 135, 143-144 y 149; biografía del autor en Amazon, disponible en: https://www.amazon.com/Why-Men-Hate-Going-Church/dp/B0086KHTOQ /ref=pd_lpo_sbs_14_t_0?_encoding=UTF8&psc=1&refRID=9SAB0J9MX3FNSYNXGTD8 [consulta: 18 de noviembre de 2018].

[362] Lewis, Robert, 1997, *Raising a Modern-Day Knight: A Father's Role in Guiding His Son to Authentic Manhood*, Colorado Springs, Colorado: Focus on the Family, pp. 121, 123 y 135; Jarvie, Jenny, y Stephanie Simon, 2006, «Manliness is next to godliness», *Los Angeles Times*, 7 de diciembre. Sobre el tema de los «juegos de Braveheart», *véase:* Lyndon Christian School Home Bulletin, diciembre de 2006/enero de 2007; Sharlet, Jeff, 2007, «Teenage Holy War», *Rolling Stone*, 19 de abril.

[363] Bartkowski, *The Promise Keepers*, p. 6; Murrow, David, *Why Men*, p 229; Jarvie y Simon, «Manliness is next to godliness»; Honey, Charles, 2005, «United Against Evil: Promise Keepers says its Ministry is Needed

now More Than Ever», *Grand Rapids Press*, republicado en: Men's Resource Center of West Míchigan, disponible en: https://menscenter.org/promise-keepers/ [consulta: 24 de julio de 2019].

[364] Moore, David W., 2001, «Eight of 10 Americans Support Ground War in Afghanistan», Gallup.com, 1 de noviembre; NPR, 2003, «Profile: Silent Evangelical Support of Bush's Proposed War Against Ira1», *Morning Edition*, 26 de febrero.

[365] Land, Richard, 2002, «The so-called "Land Letter"», Dr. Richard Land, 3 de octubre, disponible en: http://www.drrichardland.com/press/entry/the-so-called-land-letter; NPR, «Profile Silent Evangelical».

[366] Lobe, Jim, 2002, «Politics – U.S.: Conservative Christians Biggest Backers of Iraq War», Inter Press Service, 9 de octubre; «War Concerns Grow, But Support Remains Steadfast», 2003, Pew Research Center, 3 de abril; NPR, «Profile: Silent Evangelical».

[367] Falwell, Jerry, 2004, «God is Pro-War», WND, 31 de enero. Disponible en: http://www.wnd.com/2004/01/23022/.

[368] «Michael W. Smith – There She Stands – 2004 RNC», YouTube, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=zlRrtY2QEK0 [consulta: 25 de julio de 2019].

11

Por sus santas pelotas

En los años posteriores al 11-S, expresiones más extremas de masculinidad combativa ganaron terreno entre el evangelismo estadounidense. En las sesiones de avivamiento religioso de GodMen, el evangelista Brad Stine desafiaba a los hombres a «ponerse chungos» y a «levantar la espada y decir: “Familia, aquí mando yo”». Se alentaba a blasfemar, se denigraba a los «liberales, los ateos y los políticamente correctos» y se llamaba a los hombres a combatir el «amaneramiento de Estados Unidos». Oradores como Paul Coughlin instaban a hombres y pastores cristianos a ser «buenos», no «agradables», y les advertían de que era probable que con ello se granjearan enemigos. Había que olvidar todo aquello de que Jesús evitaba la confrontación, el «poner la otra mejilla». Aquel Jesús presentado como una «dama barbuda» era un plomo, al igual que los hombres que lo seguían. Hasta a sus mujeres les resultaban aburridos. Los participantes de GodMen veían videoclips de «combates de kárate, persecuciones de coches y escenas peligrosas al estilo de *Jackass*», daban gracias a Dios por su testosterona en sus oraciones y elevaban sus voces entonando himnos «viriles» como «Grow a Pair»,[369] una canción que lamentaba la feminización de los hombres por «la multitud cultural» y en la que se comprometían a mantener su palabra, a unirse a la batalla, a saltar en sus monturas, agarrar una espada… y, sí, a «actuar con un par de pelotas».[370]

Las artes marciales mixtas cristianas también emergieron como una nueva manera de formar a los hombres. El objetivo de grupos como Xtreme Ministries, una iglesia que hacía también las veces de academia de artes marciales mixtas «donde pies, puños y fe chocan», era «inyectar un poco de virilidad a sus ministerios y a la imagen de Jesús». El hijo de James Dobson, Ryan, fue uno de sus promotores. «El hombre debería ser el líder absoluto del hogar», afirmaba el Dobson más joven, pero hemos «criado

una generación de nenazas». Endurecer a los hombres en la jaula de las artes marciales mixtas podía servir para un fin más elevado. Algunas iglesias daban fiestas nocturnas para ver torneos de artes marciales mixtas y otras acogían o participaban en eventos en directo. En 2012, se calcula que unas 700 parroquias, en su mayoría congregaciones evangélicas blancas, habían adoptado las artes marciales mixtas como un medio de expansión. Aparecieron marcas de ropa para este deporte, como Jesus Didn’t Tap, así como sitios web en redes sociales cristianas como anointedfighter.com.[371]

Sin lugar a dudas, cantar ensalzando los propios testículos y asestar puñetazos a la cabeza en nombre de Cristo representan las expresiones más radicales de la masculinidad cristiana combativa, pero GodMen y Xtreme Ministries tan solo amplificaban las tendencias que ganaron popularidad en la era posterior a los atentados contra las Torres Gemelas. La masculinidad combativa arraigó en todo el evangelismo, ayudó a unir a quienes se hallaban en los márgenes del movimiento con los más cercanos al centro e hizo que cada vez resultara más difícil diferenciar a los marginales de la corriente general.

El movimiento cristiano de la enseñanza en casa siguió siendo una fuente constante de difusión de la autoridad patriarcal combativa y del nacionalismo cristiano, pero, en la década de 2000, dejó de ser simplemente el remoto puesto avanzado del movimiento evangélico general que había sido antaño. Desde principios de la década de 1980, la educación en casa cristiana había ganado popularidad e influencia. En 1994, el movimiento recibió un espaldarazo cuando James Dobson aunó fuerzas con la Asociación de Defensa Legal de Educación en el Hogar (HSLDA, por sus siglas en inglés) de Michael Farris para defender los derechos de los padres que decidían educar a sus hijos en casa. Lo que suscitó el interés de Dobson fue una enmienda a la Ley de la Educación presentada por un congresista demócrata que habría exigido a los maestros de educación en casa obtener una certificación estatal para cada materia que impartían, un requisito que habría hecho la enseñanza en el hogar prohibitivamente difícil. Dobson invitó a Farris a su programa y desde allí alentó a un millón de oyentes a contactar con sus representantes en el Congreso. La propuesta de ley no solo fue desestimada, sino que la Cámara de Representantes respondió aprobando una nueva legislación que garantizaba mayor protección a las familias que apostaban por la educación en casa. Dobson fue «la principal

punta de lanza», recordó Farris, quien consideraba que la intervención de Dobson había marcado un punto de inflexión en el movimiento de la educación en casa. En 1999, 850.000 niños estudiaban en sus hogares en Estados Unidos; en 2016, dicha cifra se situaba en 1,7 millones, dos tercios de los cuales eran religiosos.[372]

La educación en casa cristiana continuó siendo un mecanismo eficaz para inculcar y reforzar el «patriarcado bíblico». Dentro de los círculos de la enseñanza en casa cristianos, Bill Gothard siguió adelante con su Instituto de Principios Básicos para la Vida y publicando su plan de estudios, que estaba marcado por su concepción de la autoridad masculina, la sumisión femenina y la necesidad de restaurar el legendario pasado cristiano de Estados Unidos. La influencia de Gothard no era baladí: calculaba que más de 2,5 millones de personas habían asistido a sus seminarios. Diversos líderes de la derecha cristiana tenían conexiones directas con él. Mike Huckabee fue alumno del Instituto de Principios Básicos para la Vida; Sarah Palin asistió a una conferencia de dicho instituto mientras era alcaldesa de Wasilla, Alaska, y el gobernador de Texas, Rick Perry, habló en una de las conferencias del Instituto de Formación Avanzada de Gothard. Gothard permaneció entre las sombras; siempre prefirió enseñar sus principios en el contexto de seminarios muy controlados. Pero, en la década de 1990, Doug Phillips empezó a extender el «patriarcado bíblico» inspirado en Gothard más allá de las fronteras de la comunidad con visos de secta que aquel había establecido.[373]

Doug era el hijo de Howard Phillips, un seguidor de Gothard y arquitecto entre bambalinas de la Mayoría Moral. Tras haber estudiado en la Escuela Cristiana Reconstruccionista de Fairfax, el joven Phillips había puesto su formación en práctica como abogado para la Asociación de Defensa Legal de Educación en el Hogar. A causa de su pedigrí, Doug era considerado una especie de miembro de la realeza en la comunidad de la educación en casa cristiana. En 1998 fundó Vision Forum, una organización con sede en Texas dedicada a difundir el patriarcado bíblico dentro del movimiento de la enseñanza en el hogar, las iglesias y la industria cinematográfica cristiana. Las numerosas publicaciones de Phillips revelan las influencias subyacentes a su idea. En 1997 publicó *Robert Lewis Dabney: The Prophet Speaks*, un libro que presentaba al público contemporáneo al teólogo presbiteriano sureño que había influido en Rushdoony. Para Phillips, Dabney era un profeta que afirmaba sin tapujos lo que muchos sabían que era verdad pero

pocos se atrevían a decir. Elogiaba las visiones «proféticas» de Dabney sobre los males de la educación pública y la igualdad de las mujeres, y encontraba el antifeminismo de Dabney «refrescante y viril». Phillips pasaba de puntillas por las inclinaciones a favor de la esclavitud de Dabney, por más que él también restaba importancia a los horrores de la esclavitud y negaba el genocidio de los amerindios. Además, Phillips reverenciaba a Theodore Roosevelt y, en 2001, publicó *The Letters and Lessons of Teddy Roosevelt for His Sons.* Un año después publicó *Poems for Patriarchs.* Sentía la necesidad de aclarar que, en efecto, era un libro de poesía, pero sus poemas no eran «ni empalagosos ni frívolos, ni afectados ni ridículos, sino viriles y, a menudo, salvajes». Incluía poemas sobre Dios y Cristo retratados como reyes guerreros, y contaba a Stonewall Jackson[374] entre sus héroes cristianos. Llamaba a los hombres a asumir el liderazgo patriarcal, «más noble que las valientes hazañas de los resplandecientes caballeros de antaño», y, citando a Charles Spurgeon, instruía a las mujeres a desatender su propio placer, a someter su individualidad a la de sus esposos y a hacer de su círculo doméstico su reino y de sus esposos su «pequeño mundo», su «paraíso», el «tesoro de su elección». Phillips creía que el patriarcado y el patriotismo estaban inextricablemente conectados y que ambos eran deberes impuestos por Dios. El patriarcado era clave para el éxito de los países, y ser «antipatriótico» era «ser un ingrato espiritual».[375]

El Vision Forum de Phillips prosperó en la década de 2000 con la producción de una amplia gama de materiales que se distribuyeron y promocionaron en conferencias de educación en casa y a través de Internet. Aquel «Catálogo de aventuras para niños típicamente americano» contenía disfraces de vaquero, juegos de cuchillos y hachas de guerra, tirachinas y un «arco típico americano» para entrenar a los niños para convertirse en héroes. Por su parte, la «Colección para niñas bonitas» ofrecía libros y discos DVD que ensalzaban «la pureza y la satisfacción», «el legado y el hogar» y productos como «vestidos de muñecas de damas sureñas». El orden de géneros de Vision Forum encajaba en un nacionalismo cristiano fundacional; la organización celebraba «*tours* de fe y libertad» y, para quienes no podían asistir, producía una serie de libros y discos DVD en los que celebraba el patriotismo cristiano. En 2011, los ingresos de Vision Forum rondaban los 3,4 millones de dólares. Phillips también patrocinaba una Academia de Cineastas Cristianos y un festival de cine cristiano. Kirk Cameron impartía clases en la academia de Phillips y recibió el Premio al

Mejor Largometraje en el Festival de Cine Cristiano Independiente de San Antonio en 2009 por su película de 2008 *Prueba de fuego*, acerca de un bombero heroico pero enfadado que cree que su esposa no le profesa suficiente respeto y busca consejo en un libro de autoayuda cristiano para salvar su matrimonio. Phillips colmaba las necesidades crecientes de un mercado de la educación en casa en expansión, a la par que llegaba a evangélicos ajenos a ese nicho de mercado. Sus enseñanzas inspiradas en la dominación, las cuales celebraban una masculinidad cristiana combativa y patriótica, calaron en el movimiento de hombres evangélicos y halló una causa común con evangélicos externos a sus círculos de influencia más inmediatos.[376]

En la década de 2000, Phillips emergió como una figura destacada del movimiento Quiverfull, un movimiento pronatalista englobado en el protestantismo conservador especialmente popular en las redes de educación en casa. Tomaba su nombre del Salmo 127:4-5: «Como flechas en manos de guerrero, / así los hijos de la juventud».[377] Las mujeres del movimiento Quiverfull tenían un papel esencial que desempeñar: engendrar un ejército para Dios, ya que las guerras culturales necesitaban el máximo número de soldados posible. Superar en prole a los adversarios era el primer paso para superarlos en votos, y, por sus capacidades reproductivas, las mujeres servían como «guerreras domésticas». Phillips predicaba con el ejemplo. Era el feliz padre de ocho hijos: Joshua, Justice, Liberty, Jubilee, Faith, Honor, Providence y Virginia. El movimiento Quiverfull fue una facción relativamente pequeña dentro del protestantismo conservador, con apenas varias decenas de miles de seguidores. Pero la popularidad de la familia Duggar, protagonista del *reality show* de TLC *19 Kids and Counting*, que estuvo en antena entre 2008 y 2015, dio a conocer los valores de Quiverfull a un público más amplio en Estados Unidos.



El representante del estado de Arkansas Jim Bob Duggar y su esposa Michelle conduciendo a sus hijos a un centro electoral en Springdale, Arkansas, en mayo de 2002. AP PHOTO/APRIL L. BROWN.

Para entonces, el movimiento de la educación en casa en general se había convertido en una potente red destinada a preparar a los niños para ejercer como guerreros culturales de la siguiente generación. En 2000, Farris fundó el Patrick Henry College, una universidad para personas no escolarizadas. Pese a que la universidad aceptaba a menos de un centenar de alumnos al año, en su cuarto año de existencia, el siete por ciento de los becarios en la Casa Blanca habían estudiado en ella. En 2004, Farris y la Asociación de Defensa Legal de Educación en el Hogar lanzaron el programa «Generation Joshua» para reclutar a adolescentes educados en casa como soldados rasos para el Partido Republicano. Formados para protagonizar la siguiente iteración de las guerras culturales, los educados en casa se infiltraron en las salas de poder y hallaron empleo en la Casa Blanca y en el Capitolio. El director de «Generation Joshua», Ned Ryun, que había trabajado

escribiendo discursos para George W. Bush en el pasado y era hijo educado en casa del congresista Jim Ryun, predijo que los «niños educados en el hogar tendrán una representación desmesurada en las altas esferas del liderazgo y el poder en la siguiente generación». No solo habían dejado de ser marginales, sino que reclamaban su porción del país.[378]

Pero no solo los guerreros culturales más jóvenes llevaron el patriarcado combativo a los pasillos del poder. En su investigación acerca de Family, el hermético grupo (también conocido como Fellowship) encargado de organizar el Desayuno de Oración Nacional desde la década de 1950, el periodista Jeff Sharlet encontró evidencias del código del guerrero presentado por John Eldredge en *Wild at Heart*, de la cultura de la pureza de caballeros con armaduras resplandecientes y del patriarcado imbuido por el reconstruccionismo cristiano del Vision Forum de Doug Phillips. Aquellas fuentes apuntalaron una escala de valores hipermasculina y autoritaria en el seno de la organización que combinaba bien con sus tentativas de consolidar su poder a nivel nacional e internacional.[379]

El pacífico noroeste acogió otra expresión extremista de la masculinidad evangélica combativa. Mientras que el movimiento de la educación en el hogar cristiano rendía tributo a un pintoresco tradicionalismo, apostando por un atuendo modesto y por unos valores nostálgicos, la Iglesia Mars Hill de Seattle se erigió como la punta de lanza de un evangelismo avanzado de miras y experto en tecnología. Mark Driscoll, un pastor de veinticinco años, fundó la iglesia en 1996 y, en los dieciocho años siguientes, su imperio creció hasta englobar quince parroquias en cinco estados, así como un ministerio mundial.[380]

Criado en el catolicismo, Driscoll se convirtió al evangelismo en su época universitaria y no tardó en forjarse una reputación como pastor «de la línea teológica dura pero culturalmente moderno» en la periferia conservadora del movimiento de «iglesias emergentes». Driscoll predicaba una lectura literal de la Biblia, verso a verso, y divulgaba enseñanzas sociales conservadoras, pero su estilo no tenía nada de aburrido. Mars Hill tenía el aspecto de una discoteca: veinteañeros y treintañeros con tatuajes y *piercings*, feligreses a quienes gustaba la cerveza y música *indie* local. El propio Driscoll, vestido con tejanos oscuros y camisetas, parecía una estrella del *rock* en ciernes. Como otros evangélicos famosos antes que él, dominaba las tecnologías de la comunicación más punteras. «Internet es el

mercado griego de Hechos 17», proclamaba el guía de visitas de la iglesia. Celebraban «noches de cine y teología», y para los criados en iglesias pentecostales, fundamentalistas o bautistas conservadoras, Mars Hill ofrecía un modelo refrescante de compromiso cultural. Pero Driscoll no se limitaba a transmitir un mensaje religioso ancestral comunicado de un modo moderno y novedoso; su mensaje evangelista rezumaba masculinidad combativa.[381]

En un lenguaje con el que su rebaño estaba familiarizado, Driscoll insistía en que los hombres de verdad evitaban la iglesia porque no tenían interés en un «Cristo *hippy* y *queer* a lo Richard Simmons». Jesús no era «un tipo melenudo… y afeminado», era un hombre como el padre de clase obrera del propio Driscoll, un «obrero de la construcción que blandía un martillo para ganarse la vida», un hombre con «callos en las manos y músculos en el cuerpo». Jesús no se parecía a esas «imágenes que lo pintan como una *drag-queen*, con una melena larga y sedosa, una dentadura perfecta y la piel tersa, envuelto en una cómoda túnica con unas sandalias con los dedos al descubierto y un bolso de mano a conjunto». Era un líder agresivo y furibundo que buscaba brega con las autoridades religiosas, masacraba a miles de cerdos, daba órdenes a sus discípulos y no le preocupaba ofender. Jesús era un héroe, no un perdedor, «un verdadero luchador, un rey guerrero con un tatuaje en la pierna que cabalga a la batalla contra Satán, el pecado y la muerte en un caballo de su confianza», como en las películas del Oeste.[382]

Driscoll se había inspirado en escritores evangélicos que habían tratado la masculinidad antes que él, pero sus ideas y su retórica iban mucho más allá que la de estos, y en muy diversos sentidos. Había desaparecido toda alusión a la amistad, la ternura y el enriquecimiento personal; Driscoll no quería tener nada que ver con el lado más blando del movimiento masculino. De hecho, se lo acabó conociendo como «Mark, el pastor que maldice». Como Doug Wilson, Driscoll disfrutaba conmocionando a su público. Nadie podía acusar a ninguno de los dos de sucumbir a la corrección política. Y también como Wilson, Driscoll se posicionaba como un crítico del evangelismo tradicional. Descalificaba a los «eclesiásticos flácidos» que preferían una sonrisa falsa a un verdadero enfado. La Biblia hablaba de la ira de Dios, de su enojo y de su cólera más que de su amor, su amabilidad y su misericordia, insistía Driscoll. Jesús también se enfadaba, incluso se encolerizaba. Y utilizaba terminología militar para hablar de su

iglesia: la iglesia era «una fuerza ofensiva en movimiento» que asaltaba las puertas del infierno. En las Revelaciones, Jesús era un guerrero conquistador. Obviamente, Dios era pacifista, pero solo al final de los tiempos, después de haber aniquilado a todos sus enemigos. Entre tanto, Dios había creado a los hombres para la guerra.[383]

Driscoll tampoco temía hablar sobre sexo. El Cantar de los cantares era su parte favorita de la Biblia, y no era ninguna alegoría. Interpretarlo alegóricamente significaría que Jesús intentaba «meterte la mano por la camisa», y él, al menos, no amaba a Jesús en ese sentido. No, el Cantar de los cantares era un libro sobre el amor erótico entre un hombre y una mujer. En 2007, Driscoll pronunció un sermón titulado «Sexo: estudio sobre los fragmentos interesantes del Cantar de los cantares», al que dio continuidad con más sermones y un libro electrónico titulado *Porn-again Christian* (2008). Para Driscoll, los «fragmentos interesantes» eran un auténtico manual de sexualidad. Traduciendo del hebreo, descubrió que la mujer del pasaje solicitaba estimulación manual de su clítoris. Driscoll aseguró a las mujeres que, si creían «ser sucias», era muy probable que sus maridos se alegraran de ello. Declaró que «todos los hombres son hombres de pecho. […] Lo dice la Biblia», que también hablaba de una mujer que le practicaba sexo oral a su marido. Al escuchar el «Amén» entre los hombres de su congregación, invitó a las mujeres presentes a servir a sus maridos, a «amarlos bien», con sexo oral. Les aconsejó regresar a casa y practicarles sexo oral en nombre de Jesús para que acudieran a la iglesia. Existía la opción de repartir folletos religiosos, pero había una manera mejor de impulsar un avivamiento cristiano.[384]

Driscoll se deleitaba con su capacidad de desconcertar, pero una serie de publicaciones anónimas en el blog del foro de debate en línea de su iglesia expusieron hasta qué extremo llegaba su misoginia. En 2006, inspirado por *Braveheart,* Driscoll adoptó el seudónimo de «William Wallace II» para expresar sus opiniones sin filtro. «Me encanta luchar. Luchar está bien. Luchar es lo que hacíamos antes de convertirnos todos en unas nenazas», antes de que Estados Unidos se convirtiera en un «país de nenazas». En ese tono, ofrecía una crítica mordaz de la versión anterior del movimiento masculino evangélico, de los «imitadores amanerados de James Dobson rendidos al culto homoerótico de las promesas cumplidas» como parte del cual los hombres se abrazaban y lloraban «como puñeteras chicas de instituto viendo *Dawson crece*». Los hombres de verdad debían mantenerse

al margen.[385] En opinión de Driscoll, el problema se remontaba al propio Adán bíblico, un hombre que había zambullido de cabeza a la humanidad en el «infierno/feminismo» al escuchar a su esposa, «que creía que Satán era un buen teólogo». Al ser incapaz de cumplir «la autoridad que habían delegado en él como rey del planeta», Adán fue maldecido y, «desde entonces, todos los hombres se han convertido en nenazas». El resultado de todo ello era una nación de hombres «criados por madres solteras feministas, quemadas y amargadas que envidiaban tener pene y se aseguraban de que su hijito creciera siendo una mujer afable que orina sentada». Las mujeres servían para unas cosas, pero no para otras. En una de sus misivas más infames, Driscoll decía que Dios había creado a las mujeres para servir como «hogares» a penes solitarios. Cuando una mujer publicaba en el foro de debate de la iglesia, se apresuraba a responder: «No […] contesto a mujeres. Tus preguntas serán ignoradas».[386]

Como muchos otros evangélicos, Driscoll era fan de *Braveheart*, la película de Mel Gibson, pero la cinta que más había inspirado su planteamiento del sacerdocio era *El club de la lucha*. Invitaba a los hombres a participar en combates de *sparring* teológico e incitaba al público a arrojar objetos a los participantes y mofarse de quienes no estuvieran adecuadamente preparados o no esgrimieran argumentos lo bastante agudos. Los ganadores eran coronados con un casco vikingo. En una ocasión, tras pronunciar un sermón sobre la masculinidad durante más de dos horas, Driscoll desafió a los hombres a volverse a comprometer con la misión de la iglesia o marcharse, «porque no se puede atacar el infierno con los pantalones por los tobillos, un frasco de loción en una mano y un kleenex en la otra». A continuación, Driscoll entregó a los hombres dos piedras y les dijo que Dios «les devolvía las pelotas para que tuvieran el valor de hacer la obra del reino». Los hombres, al menos quienes se quedaron, se refirieron a aquella amonestación con términos luminosos: «Mark nos puso a todos bien derechitos». Según Driscoll, el cambio fue notorio: «Salvamos a hombres en masa. Conseguimos que gais se volvieran heteros. Y que muchos tipos dejaran el porno, buscaran un empleo, aportaran su diezmo, se casaran, se compraran una casa y se pusieran a procrear».[387]

Driscoll prosperó elaborando la supuesta amenaza que representaban los demás. Guardias de seguridad claramente identificados supervisaban el santuario y protegían a Driscoll mientras predicaba, «controlando al público

como una milicia privada lista para abalanzarse en cualquier momento». Se reclutaba a voluntarios para ayudar a «proteger el cuerpo». Así se ensambló una sensación de amenaza física con peligros religiosos y culturales: teología no ortodoxa, islam, «mujeres solteras sexualizadas» y «hombres afeminados» representaban un riesgo tanto para la iglesia como para el país. Driscoll espoleaba el miedo con el fin de retener el control. No toleraba el consumo pasivo, exigía un servicio basado en el sacrificio personal y en el sometimiento absoluto a su autoridad. Como en tiempos de guerra, las desavenencias se extinguían enseguida. Intensificando la sensación de alarma, Driscoll justificaba sus exigencias de disciplina, control y poder incuestionado.[388]

Un espíritu militar permeaba la iglesia. Driscoll consideraba que su labor consistía en mantener a los hombres cristianos listos para la batalla, una tarea particularmente esencial tras el 11-S. Formando a ciudadanos-soldados viriles, Driscoll podía hacer progresar el cristianismo y proteger al país del terrorismo islámico. A tal fin, los hombres de Mars Hill veían películas bélicas, hablaban en un dialecto marcial y participaban en «campamentos» de guerra espiritual. Driscoll incorporó un modelo militarista a su ministerio e incorporó su ministerio al ejército con el lanzamiento de misiones militares para los soldados que servían en el extranjero. En un momento en el que el número de mujeres entre las tropas voluntarias aumentaba, los sermones de Driscoll sobre la amenaza que representaban las mujeres para los hombres blancos heterosexuales, para la seguridad nacional y para el cristianismo calaron en muchos de sus discípulos militares. Con ayuda de los medios digitales, soldados en Afganistán e Irak se convirtieron en proselitistas de Driscoll que organizaban catequesis en las bases y proyectaban sus sermones grabados: «Las compuertas se abrieron de par en par con los hombres cuando tratamos la pornografía, la masturbación, la cerveza, el calvinismo, la exclusividad de Cristo, el papel de esposo y padre y la guerra».[389]

Driscoll se esforzó por distanciarse de guerreros culturales anteriores como Falwell y Dobson, y le gustaba venderse como apolítico. Pero su moderno envoltorio enmascaraba una mentalidad de guerrero cultural tan beligerante como la de sus predecesores, si no más. Por ejemplo, mientras que daba la bienvenida a su iglesia a los «buscadores» del colectivo LGBT, se refería a los homosexuales como «malditos monstruos». Algunos líderes evangélicos expresaron sus reservas con respecto a la crudeza de Driscoll,

pero muchos manifestaron su admiración. Tal como explicó Al Mohler, «siempre debemos alegrarnos de que se hable de los evangelios». Aunque Mohler creía que había «una diferencia entre ser bruto y sincero», admiraba la «grosería» y la «tenacidad» con las que Driscoll predicaba «el Evangelio de Jesucristo».[390]

La masculinidad agresiva predicada y encarnada por Driscoll tuvo un gran atractivo, en términos generales, para los jóvenes evangélicos durante la década de 2000. Entraban en contacto con estas enseñanzas en campamentos religiosos y grupos reducidos, a través de sacerdocios paraeclesiásticos como InterVarsity Christian Fellowship, en campus universitarios cristianos y escuchando emisoras de radio cristianas o leyendo detenidamente la blogosfera cristiana. Libros como *Wild at Heart* de Eldredge y *I Kissed Dating Goodbye* de Josh Harris se convirtieron en productos básicos de aquella generación, tal como ocurrió con los sermones grabados de hombres como Driscoll y John Piper. Los jóvenes escuchaban sus palabras durante horas sin fin y debatían sus enseñanzas en contextos exclusivamente masculinos. «Me forjé muchas de mis opiniones sobre la teología y la masculinidad por mi cuenta; las ideas se implantaban en reuniones exclusivamente masculinas y escuché centenares de horas de sermones a solas. Rara vez los analizaba con nadie, y cuando lo hacía, era siempre con hombres», recuerda un antiguo seguidor de Driscoll. Durante un año y medio, escuchó de cabo a rabo todos los sermones de Driscoll, desde el primero hasta el último:

> Aquellos sermones de una hora de duración pronunciados como un monologuista cómico resultaban muy interesantes. Me cargaba decenas de ellos en el iPod y los escuchaba mientras paseaba por el campus. Me pasé el verano cortando el césped para varias personas y había llegado a escuchar entre cinco y seis sermones al día. Recuerdo que me fascinaba el modo en que abordaba algunos temas en sus sermones, temas de los que nadie hablaba, como la importancia que tienen los juegos sexuales en el matrimonio, lo «nenaza» que se estaba volviendo la Iglesia… […] Yo entonces no identificaba la misoginia en su teología. Como hombre beta estereotípico, era como una invitación a ser importante.

La llamada al liderazgo era irresistible:

> Hasta entonces, no recuerdo que nadie esperara demasiado de mí. Era un estudiante perezoso, no se me daba especialmente bien el deporte ni tenía ningún talento del que fuera consciente, y allí estaba aquella subcultura que necesitaba que hombres blancos mediocres dieran un paso al frente y tomaran el control porque eso era lo que quería Jesús y porque las mujeres estaban convirtiendo la Iglesia en un gallinero. Y lo único que tenías que hacer era presentarte, decir lo que tenías que decir y mantener limpia la nariz.

Escuchando a hombres como Driscoll y Piper, los jóvenes evangélicos se convirtieron en parte de un movimiento más amplio. Estaban llamados a ser héroes.[391]

Como Wilson y Phillips, Driscoll era en cierto sentido alguien atípico, un actor independiente cuyo cometido principal era edificar su propio imperio. Pero, pese a ser polémico, también se estableció como un líder respetado entre los evangélicos, sobre todo entre los pastores jóvenes. Cuesta determinar si el crédito del fenómeno de la «esposa que quita el hipo» que barrió el evangelismo durante la década de 2010 cabe atribuírselo a Will Ferrell o a Mark Driscoll. En 2011, el pastor bautista Joe Nelms captó la atención del país al proyectar *Pasado de vueltas*, de Ricky Bobby, en su oración inaugural de un evento de NASCAR, agradeciendo a Dios tener «una esposa que quita el hipo». Pero alabar a Dios por tener una esposa sexy en oraciones, sermones y en las redes sociales era ya una práctica común entre un determinado grupo de pastores evangélicos conservadores. El pastor de una megaiglesia publicó una fotografía de su mujer en Instagram con una versión modificada de Proverbios 31 como pie de foto: «Sus *pantalones de cuero* son como agua para el alma de su esposo». Por su parte, las mujeres podían asistir a conferencias cristianas para aprender a «estar buenas para sus mariditos».[392]

Driscoll predicaba con el ejemplo, pero también ayudó a tejer nuevas redes que dejarían huella en el evangelismo del siglo XXI. A partir de los cimientos tendidos por R. C. Sproul, John MacArthur y John Piper, Driscoll ayudó a impulsar el movimiento de los «jóvenes, inquietos y reformados», una revisión del calvinismo que se propagó por todo el evangelismo estadounidense (y en confesiones como la Convención Bautista del Sur) en la década de 2000. Como cofundador de la red Acts 29 y como miembro fundador de The Gospel Coalition, Driscoll se posicionó en el centro de un movimiento emergente que pretendía revitalizar el evangelismo con una inyección de doctrina «del nuevo calvinismo» masculino.[393]

A pesar de rechazar o restar importancia a muchos elementos de la tradición confesional más general del calvinismo y la teología reformada (incluido el bautismo de niños, la teología de la alianza y una comprensión más matizada de la autoridad bíblica frente a un entendimiento más simplista de la inerrancia), los nuevos calvinistas afirmaban haber hallado en el teólogo Juan Calvino del siglo XVI y en eruditos puritanos posteriores

un cristianismo más jugoso que serviría de antídoto a un evangelismo «más blando». Eliminando la parte emotiva del evangelismo, recalcaron la existencia del infierno y la ira de Dios, lo que exigía la expiación de Jesús, su muerte sangrienta en la cruz para redimir los pecados de la humanidad. Su teología era puramente masculina, la historia de un Dios Padre vengador que pagaba su cólera con su propio Hijo. En el corazón de este evangelismo calvinista palpitaba un estricto complementarismo de los géneros. Para los líderes del movimiento, el poder patriarcal era la esencia del cristianismo evangelista; en palabras de John Piper, Dios le había dado al cristianismo «un aspecto masculino».[394]

A pesar de poner todo el énfasis en el pecado, sorprendía comprobar que a los nuevos calvinistas no parecía preocuparles la concentración de un poder sin supervisión en manos de los hombres. Roger Olson, un teólogo bautista que se oponía a la insurgencia calvinista, comparó el movimiento de los «jóvenes, inquietos y reformados» con el seminario sobre conflictos básicos de la juventud de Gothard, observando que existía «un cierto tipo de personalidad que anhela la comodidad de la certeza absoluta como una huida de la ambigüedad y el riesgo, y la encuentran en un determinado tipo de religión o política». Tales personas se sentían atraídas por una ideología «absolutista, lógica (o aparentemente lógica), simple y práctica». La idea de una «cadena de mando establecida por Dios» ofrecía precisamente esta certeza absoluta. Huelga decir que los hombres blancos estaban en la cúspide de aquella cadena de mando, al menos en términos de relaciones humanas.[395]

En 2019, la red Acts 29 fundada por Driscoll había implantado más de 700 iglesias en seis continentes determinadas a establecer a los «hombres como líderes serviles responsables tanto en el hogar como en la parroquia». Entre tanto, The Gospel Coalition, fundada en 2005 por Tim Keller y D. A. Carson, se había convertido en «un Goliat imponente y estruendoso», una red con cerca de 8000 congregaciones. El sitio web de The Gospel Coalition albergaba un batallón de blogueros conservadores y registraba en torno a 65 millones de visualizaciones de página anuales repartidas en miles de publicaciones. Además, la coalición organizaba decenas de conferencias que difundían y amplificaban su mensaje por todo el cristianismo estadounidense y más allá. The Gospel Coalition, que servía de nexo para la red en expansión de líderes evangélicos conservadores, reunió a hombres como Driscoll, Piper, Mohler y otros nombres destacados en el seno del

evangelismo estadounidense, como Josh Harris, C. J. Mahaney, Mark Dever, Ligon Duncan, Denny Burk y Justin Taylor.[396]

El nuevo calvinismo practicaba una estrategia misionera agresiva. Con su difusión a través de redes en línea y organizativas, aquel resurgimiento calvinista tendió lazos entre hombres de distintas generaciones y confesiones. Tal como lo expresó un bloguero, «Internet ha sido para la teología reformada lo que la MTV fue para la cultura del *hip hop*». John Piper, cofundador de Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, fue «el factor singular más potente» en el auge de la teología reformada. En la Conferencia de la Pasión, una conferencia de adoración cristiana celebrada por primera vez en 1997, el pastor y teólogo se dio a conocer a una generación de jóvenes cristianos tanto de Estados Unidos como del resto del mundo. El libro de Piper *Hambre de Dios* vendió más de 375.000 ejemplares y «prácticamente se convirtió en una lectura obligada para muchos evangélicos en edad universitaria», y su web y sus conferencias tituladas «Hambre de Dios»[397] fueron otro punto focal para la red en expansión. Contar con el visto bueno de Piper podía impulsar carreras profesionales; después de que Piper invitara a Driscoll a hablar en una conferencia, este recibió invitaciones de Jerry Falwell, Robert Schuller y Bill Hybels, pastor de la megaiglesia de la zona de Chicago Willow Creek.[398]

En 2006, Dever, Duncan, Mohler y Mahaney fundaron Together for the Gospel (T4G), una conferencia bianual en la que participaban ellos mismos y otros predicadores famosos en la órbita teológica conservadora, con especial mención a Piper, MacArthur y Sproul. Todos ellos se habían forjado ya una reputación en el circuito de conferencias cristiano, pero T4G amplificó su influencia. En 2009, la revista *Time* catalogaba «el nuevo calvinismo» como una de «la diez ideas que están cambiando el mundo en la actualidad». Como explicó Ted Olsen, editor ejecutivo de *Christianity Today,* «todo el mundo sabe» que los máximos exponentes de la energía y la pasión en el mundo evangélico fueron «el pionero nuevo calvinista de Mineápolis John Piper, el belicoso Marc Driscoll de Seattle y Albert Mohler, director del Southern Seminar de la inmensa Convención Bautista del Sur».[399]

Lo más destacable era que tantos hombres célebres por su espíritu combativo hallaran una causa común. Por supuesto que existían desavenencias entre ellos en relación con distintos temas, pero fueron

capaces de limar sus discrepancias (inclusive sus diferencias teológicas, bastante significativas) en aras de hacer reverencia común a la autoridad patriarcal. Por ejemplo, una de las discrepancias teológicas más destacables entre aquellos líderes guardaba relación con la cuestión del cesacionismo, es decir, si los dones espirituales como el don de lenguas, los milagros y las profecías cesaron en la era apostólica (visión respaldada por MacArthur) o continuaban vigentes en el presente (según sostenían los carismáticos y muchos nuevos calvinistas, incluidos Piper, Mahaney y Grudem). Convencidos de que «unos tiempos desesperados exigían medidas desesperadas», aquellos hombres acordaron estar en desacuerdo sobre el don de lenguas y de profecía, porque otros aspectos, incluidos el complementarismo de los géneros y la disciplina eclesiástica, eran más acuciantes.[400]

Doug Wilson es un interesante caso de estudio en cuanto a las alianzas cambiantes dentro de la subcultura evangélica. Cuando publicó *Future Men* en 2001, Wilson no se habría situado en el centro del evangelismo. De hecho, era un crítico feroz del evangelismo tradicional. Aunque su opinión sobre el género y la autoridad se alineaba en muchos aspectos con la de los evangélicos conservadores del momento, Wilson solía llevar dichas opiniones a conclusiones extremas, o quizá lógicas. Una mujer que vistiera ropa de hombre era «una abominación». Si una esposa no era debidamente sumisa, su marido tenía el deber de enmendarla. Por ejemplo, si los platos sucios se quedaban en el fregadero, debía sentarla de inmediato y recordarle sus deberes, y si se rebelaba, el marido debía solicitar la intervención de los ancianos de la iglesia. En términos de crianza de los niños, «la disciplina debe ser dolorosa». Dios exigía infligir dolor a nuestros seres queridos. La homosexualidad debía ser erradicada, sin excluir la posibilidad de la pena de muerte, aunque prohibirla también era una opción. Wilson respaldaba el concepto de «odio bíblico», una forma de lealtad masculina combativa que exhibía uno de sus héroes de fe, el pastor escocés John Knox.[401]

En temas de raza, las opiniones de Wilson eran igual de extremas. En la década de 1990, Wilson había coescrito *Southern Slavery: As It Was*, que ponía en cuestión las supuestas «brutalidades, inmoralidades y crueldades» de la esclavitud. El comercio negrero podía no haberse adecuado a la Biblia, concedía, pero no ocurría así con la esclavitud. Al contrario, los abolicionistas radicales eran quienes estaban «gobernados por un odio

ferviente a la Palabra de Dios». Los horripilantes relatos de la esclavitud no eran más que propaganda abolicionista. La vida de un esclavo había sido una vida de abundancia, de comida más que suficiente, de buena atención médica y placeres sencillos, una vida caracterizada por «un grado de afecto mutuo entre las razas» que nunca podría conseguirse mediante una legislación federal coercitiva. En 2005 publicó *Black and Tan*, una secuela que presentaba a Robert E. Lee como «un afable caballero cristiano, un hermano en la fe de Cristo» y reivindicaba que los esclavistas cristianos tenían «una firme base en las Escrituras».[402]

En la década de 1990, a tenor de la osadía de sus reivindicaciones, de su aislamiento geográfico y de su preferencia por construir su propio imperio en sus propios términos, podía situarse a Wilson en los márgenes del evangelismo estadounidense. Pero, en la década de 2000, con el auge del nuevo calvinismo, la creciente popularidad del «patriarcado bíblico» y el viraje hacia unos modelos de masculinidad cada vez más combativos, Wilson se hallaba a tiro de piedra de la corriente general del cristianismo evangélico. Wilson no había suavizado sus opiniones ni rebajado el tono de su retórica, pero eso no parecía privarlo de relacionarse con gente educada. No todos los líderes evangélicos aprobaban su estilo, pero muchos consideraban que podía perdonársele. Y algunos incluso lo encontraban encomiable.

John Piper le allanó el terreno para que abandonara los márgenes y se adentrara en círculos más respetables. En 2009, lo invitó a hablar en una conferencia «Hambre de Dios». Conteniendo una carcajada, Piper destacó que Wilson utilizaba un lenguaje un poco soez, que le gustaba «asumir riesgos», pero también aseguró que su interpretación del Evangelio era correcta. Gracias a su «compromiso inquebrantable e inverecundo con la Biblia», Doug Wilson tenía muchas cosas que ofrecer. Cuando se destapó la polémica en torno a la opinión de Wilson sobre la raza, Piper volvió a salir en su defensa. En un vídeo que en ocasiones rayaba la frivolidad, Piper arremetió contra quienes habían «percibido» que Wilson había minimizado los horrores de la esclavitud. Les aseguró a los espectadores que «Doug odia el racismo desde lo más profundo de su corazón evangélico» y declaró su voluntad de «permanecer a su lado incluso aunque existan discrepancias en la interpretación histórica» de la guerra de Secesión y la mejor manera de poner fin a la esclavitud.[403]

Wilson, que siempre había criticado la corriente general del cristianismo evangélico, veía ahora su obra (y la de su hijo, Nate Wilson) avalada por *Christianity Today* y *Books & Culture*. En 2007, *Christianity Today* emitió una serie de seis capítulos de debates de Wilson con un ateo, Christopher Hitchens, en la cual el perfil de Wilson salía beneficiado. Su novela de 2012, *Evangellyfish*, una crítica satírica del evangelismo sin carácter en la que prácticamente todos los personajes hablan con la embarazosa cadencia característica de Wilson, se alzó con el Premio al Mejor Libro de Ficción concedido en 2013 por *Christianity Today*.[404]

Unidos por su preocupación en torno al género y la autoridad, los hombres evangélicos conservadores tejieron una red creciente de instituciones, organizaciones y alianzas que amplificó sus voces y aumentó su poder. Wilson invitó a Driscoll a hablar en su iglesia; Piper invitó a Wilson a orar en su conferencia para pastores; los líderes compartían escenarios, reseñaban sus libros mutuamente, hablaban en los eventos de los demás y se respaldaban unos a otros como hombres de Dios dedicados a la difusión de los evangelios. Dentro de esta red, las diferencias (importantes desavenencias doctrinales, desacuerdos relativos a los méritos de la esclavitud y la guerra de Secesión) se suavizaron en interés de promover «temas cruciales» como el complementarismo, la prohibición de la homosexualidad, la existencia del infierno y la expiación sustitutiva. Y el aspecto más fundamental, estaban unidos en su compromiso mutuo con el poder patriarcal.[405]

Mediante esta red en expansión, organizaciones y líderes evangélicos «respetables» dieron cobertura a sus «hermanos de evangelio» que promovían expresiones más extremistas del patriarcado, a raíz de lo cual cada vez resultó más difícil diferenciar los márgenes de la corriente general. Con el tiempo, el compromiso común con el poder patriarcal empezó a definir las fronteras del propio movimiento evangélico, como no tardaron en descubrir quienes se opusieron a tales ortodoxias. Los evangélicos que proponían interpretaciones distintas de la sexualidad, el género o la existencia del infierno se vieron excluidos de conferencias y asociaciones, y sus escritos quedaron proscritos en las librerías y los canales de distribución evangélicos populares. A través de estrategias deliberadas y del poder del mercado, la exclusión de las concepciones alternativas contribuiría a la radicalización del evangelismo en los Estados Unidos posteriores a los atentados contra las Torres Gemelas.

[369] «Échale un par de pelotas». *(N. de la T.)*

[370] Jarvie y Simon, «Manliness is next to godliness»; Donvan, John, 2007, «Christian Men… Too Wimpy?», ABC News, 15 de marzo; Daniel, Lillian, 2007, «Missing Men», *Christian Century,* 2 de abril, p. 20.

[371] Schneiderman, R. M., 2010, «Flock Is Now a Fight Team in Some Ministries», *New York Times,* 1 de febrero.

[372] Gilgoff, *Jesus Machine,* pp. 34-35; «U.S. Department of Education, 1.5 Million Homeschooled Students in the United States in 2007», (NCES 2009-030), 2008, disponible en: https://nces.ed.gov/pubs2009/2009030.pdf; Kaleem, Jaweed, 2016, «Homeschooling Without God», *The Atlantic,* 30 de marzo.

[373] Smith, «The Cult Next Door».

[374] Stonewall Jackson fue uno de los generales confederados más conocidos y loados durante la guerra de Secesión. *(N. de la T.)*

[375] Ingersoll, *Building God's Kingdom,* pp. 140-141 y 144; Phillips, Doug, 2008. *The Little Boy Down the Road: Short Stories & Essays on the Beauty of Family Life,* San Antonio, Texas: Vision Forum, pp. 183-185; Phillips, Doug, 2002, *Poems for Patriarchs,* San Antonio, Texas: Vision Forum, panel frontal, pp. 3-4, 14, 59-60 y 103-104.

[376] Joyce, *Quiverfull*, p. 5; Ingersoll, *Building God's Kingdom*, p. 143; «The All-American Boy's Adventure Catalog», Vision Forum, 20 de marzo de 2009, disponible en: https://web.archive.org/web/20090320183141/http://www.visionforum.com/boysadventure; «Beautiful Girlhood Collection», Vision Forum, 1 de abril de 2009, disponible en: https://web.archive.org/web/20090401013608/http://www.visionforum.com/beautifulgirlhood; Ingersoll, Julie, 2013, «Doug Phillips: The Big Scandal You Didn't Hear About and Why It Matters», *Huffpost,* 6 de noviembre; Anne, Libby, 2012, «Kirk Cameron's Insidious Christian Patriarchy Connections», Patheos, 8 de marzo, disponible en: https://www.patheos.com/blogs/lovejoyfeminism/2012/03/kirk-cameron-seriously-why-are-we-surprised.html.

[377] Quiverfull hace referencia a un carcaj lleno de flechas. *(N. de la T.)*

[378] Joyce, *Quiverfull,* pp. 134 y 172.

[379] Goldberg, *Kingdom Coming*, p. 4

[380] Sharlet, *The Family*, pp. 233-236, 322-335 y 345-356.

[381] Johnson, Jessica, 2018, *Biblical Porn: Affect, Labor, and Pastor Mark Driscoll's Evangelical Empire*, Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, pp. 23-25 y 28.

[382] O'Brien, Brandon, 2008, «A Jesus for Real Men», *Christianity Today*, 18 de abril, p. 49; Driscoll, Mark, y G. Breshears, 2008, *Vintage Jesus: Timeless Answers to Timely Questions*, Wheaton, Illinois: Crossway Books, pp. 11, 31, 43 y 150.

[383] Johnson, *Biblical Porn*, pp. 30-33; Driscoll, *Vintage Jesus*, pp. 127-129; Driscoll, Mark, «Men and Masculinity: Proverbs», YouTube, filmado en 2009, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=o-X5ajR206E.

[384] Driscoll, Mark, 2014, «Sex: A study of the Good Bits of Song of Solomon», YouTube, publicado el 13 de marzo, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=J8sNVDyW-ws&has_verified=1.

[385] Turner, Matthew Paul, 2014, «Mark Driscoll's Pussified Nation», Matthew Paul Turner, 29 de julio, disponible en: http://matthewpaulturner.com/2014/07/29/mark-driscolls-pussified.nation/.

[386] «Mark Driscoll's Pussified Nation»; Johnson, *Biblical Porn*, p. 52; Molinet, Jason, 2014, «Seattle-based Mars Hill Church reeling after founding pastor calls women "homes" for God's penis», *New York Daily News*, 10 de septiembre.

[387] Driscoll, Mark, 2006, *Confessions of a Reformission Reverend: Hard Lessons from an Emerging Missional Church*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, pp. 129-132, citado en: Johnson. *Biblical Porn*, pp. 58-59.

[388] Johnson, *Biblical Porn*, pp. 46-47 y 53.

[389] Johnson, *Biblical Porn*, pp. 65-69.

[390] Turner, «Mark Driscoll's Pussified Nation»; Al Mohler Q&A en: Murray, David, 2011, «Al Mohler on Mark Driscoll». HeadHeartHand, 7 de octubre, disponible en: http://headhearthand.org/blog/2011/10/07/al-mohler-on-mark-driscoll/.

[391] Fuente confidencial, correspondencia por correo electrónico con la autora, 25 de febrero de 2019.

[392] Hoag, Zach, 2013, «Smokin' Hot Wives and Water to the Soul», *Huffington Post*, 25 de abril; actualizado el 25 de junio de 2013; 2019; DeMeuth, Mary, 2013, «The Sexy Wife I Can't Be», A Deeper Story, 26 de febrero, disponible en: http://deeperstory.com/the-sexy-wife-i-cant-be/ [consulta: 20 de junio de 2019].

[393] Hansen, Collin, 2006, «Young, Restless, Reformed», *Christianity Today*, 22 de septiembre, pp. 32-38.

[394] Chalke, Steve, y Alan Mann, 2004, *The Lost Message of Jesus*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, pp. 182-183; Hansen, Colin, 2008, *Young, Restless, Reformed: A Journalist's Journey with the New Calvinist*, Wheaton, Illinois: Crossway Books, p. 44; Piper, John, 2012, «The Frank and Manly Mr. Ryle' – The Value of a Masculine Ministry», Desiring God 2012 Conference for Pastors, 31 de enero, disponible en: https://www.desiringgod.org/messages/the-frank-and-manly-mr-ryle-the-value-of-amasculine-ministry.

[395] Olson, Roger E., 2014, «What Attracts People Into the Young, Restless, Reformed Movement?», Patheos, 14 de marzo. Disponible en: http://www.patheos.com/blogs/rogereolson/2014/03/what-attracts-people-into-the-young-restless-reformed-movement/.

[396] Noguchi, Yoshito, 2016, «Celebrate our 600th Church», Acts 29, 2 de agosto [consulta: 21 de junio de 2018], disponible en: http://www.acts29.com/about/; Merritt, Jonathan, 2016, «The Gospel Coalition and how (not) to engage culture», Religion News Service, 6 de junio.

[397] «Desiring God» en inglés. *(N. de la T.)*

[398] Hansen, *Young, Restless, Reformed*, pp. 19, 32, 133 y 136; Smethurst, Matt, 2013, «Where Did All These Calvinists Come From?», The Gospel Coalition, 23 de octubre. Disponible en: https://www.thegospelcoalition.org/article/where-did-all-thesecalvinist-come-from/.

[399] Hansen, *Young, Restless, Reformed*, p. 107; Van Bierma, David, 2009, «The New Calvinism», *Time*, 12 de marzo.

[400] Hansen, *Young, Restless, Reformed*, p. 103.

[401] Wilson, *Federal Husband*, pp. 22-23, 27, 44-45 y 98; Wilson, *Fidelity*, p. 107; Wilson, Douglas, 2000, *For Kirk & Covenant*, Nashville, Tennessee: Cumberland House Publishing, p. 183.

[402] Wilson, Douglas, 1996, *Southern Slavery as It Was*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 13, 22-25 y 38; Wilson, 2005, *Black & Tan: A Collection of Essays and Excursions on Slavery, Culture War, and Scripture in America*, Moscow, Idaho: Canon Press, pp. 19 y 52.

[403] Throop, Keith, 2009, «Disappointed in John Piper's Judgement About Doug Wilson», Reformed Baptist Blog, 26 de junio, disponible en:

https://reformedbaptistblog.com/2009/06/26/disappointed-in-john-pipers-judgment-about-doug-wilson/; Reinke, Tony, 2013, «The Church and the World: Homosexuality, Abortion, and Race with John Piper and Douglas Wilson», Desiring God, 4 de octubre. Disponible en: http://www.desiringgod.org/articles/the-church-and-the-world-homosexuality-abortionand-race-with-john-piper-and-douglas-wilson.

[404] Henreckson, Davey, entrevista con la autora, 15 de septiembre de 2017; Wilson, Douglas, 2011, *Evangellyfish*, Moscow, Idaho: Canon Press.

[405] Hansen, *Young, Restless, Reformed*, p. 139; Stone, Rachel Marie, 2012, «John Piper and the Rise of Biblical Masculinity», *Christianity Today,* 9 de febrero.

12

El progreso del peregrino camuflado

Si hubo un nexo central para la red de difusión en que se convirtió el evangelismo estadounidense del siglo XXI fue Colorado Springs. Colorado Springs, el «Wheaton del Oeste», había desplazado al Wheaton original, el centro de un evangelismo más tradicional y afable, y había sobrepasado a Lynchburg y Orange County en términos de relevancia en el mundo evangélico. En Colorado Springs, la militarización del evangelismo tradicional alcanzó su máximo apogeo, y desde sus bastiones evangélicos, los fieles de la ciudad canalizaron su fe beligerante directamente hacia el ejército estadounidense.[406]

La génesis del evangelismo en Colorado Springs puede situarse en la fundación de la ciudad, pero fue en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando la ciudad empezó a emerger como centro neurálgico de un evangelismo comprometido y en expansión por todo el planeta decidido a apoderarse del país, y del mundo, en nombre de Cristo. El afianzamiento del evangelismo en Colorado Springs coincidió con el aumento de la militarización de la región. En 1954 se fundó allí la Academia de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. La ciudad acabaría albergando tres bases militares, un fuerte y el Comando de Defensa Aeroespacial de Estados Unidos. En la década de 1960, el Nazarene Bible College abrió sus puertas y, al poco, todo un despliegue de parroquias, institutos, ministerios, organizaciones benéficas y empresas evangélicas, carismáticas y fundamentalistas arraigaron en la zona. Atraídas por deducciones fiscales locales y por el estatus de epicentro en expansión del poder evangélico, cerca de un centenar de organizaciones paraeclesiásticas cristianas brotaron en un radio de diez kilómetros de la academia, entre ellas la Asociación Cristiana de Oficiales, la International Bible Society, Youth for Christ, Navigators, Fellowship of Christian Athletes, la Asociación de Libreros

Cristianos, Fellowship of Christian Cowboys, Christian Camping International y, la más significativa de todas, Enfoque a la Familia, de Dobson.[407]

En 1991, Dobson había trasladado la sede central de su empresa de Pomona, California, a un complejo de unas veinte hectáreas en Colorado Springs con vistas a la academia de las fuerzas aéreas. En la ceremonia inaugural de sus nuevas oficinas centrales, miembros del equipo de paracaidistas de la academia se lanzaron sobre sus terrenos y le entregaron «las llaves del cielo». Para entonces, Dobson había abandonado todo reparo con respecto a la participación política directa. Un año después de llegar a Colorado, contribuyó a movilizar el apoyo a la enmienda a la Constitución estatal que bloquearía la aprobación de derechos para los homosexuales. Sus fuerzas se impusieron, por el momento. Su revista *Citizen* y su *Family News in Focus* mantenían informados a sus seguidores acerca de los últimos acontecimientos políticos. Entre tanto, con Gary Bauer al timón, el Consejo de Investigación Familiar creció hasta convertirse en la organización más poderosa de la derecha cristiana en la capital del país.[408]

Desde su base en Colorado Springs, Dobson continuó escalando su activismo político. En 2003 salió en defensa del presidente del Tribunal Supremo de Alabama, Roy Moore, un cristiano evangélico que se había negado a cumplir una orden federal que le exigía retirar un monumento a los Diez Mandamientos que había instalado en la Corte Suprema del estado. Desde el estrado, en Montgomery, Dobson comparó la desobediencia civil de Moore con la de Rosa Parks: «A nosotros, las personas de fe, también nos envían a la parte trasera del autobús». Fue entonces cuando Dobson percibió «un nuevo nivel de indignación entre los setenta millones de cristianos evangélicos blancos del país» y una nueva voluntad de luchar. Ni siquiera sus sesenta y siete años de edad le harían contemplar aquella batalla desde la silla. Para proteger la exención fiscal de Enfoque a la Familia, Dobson se retiró de su puesto como director ejecutivo de la organización para poderse involucrar directamente en la organización política.[409]

No tardó en pasar del campo de batalla simbólico al campo electoral. Su primer objetivo fue Tom Daschle, el líder de la minoría demócrata en el Senado de Dakota del Sur, por el papel que este había desempeñado en el bloqueo de diez nominados por George W. Bush a los tribunales de

apelación de los Estados Unidos. En 2004, Dobson dio su apoyo a John Thune, un republicano evangélico antiabortista y contrario al matrimonio entre personas del mismo sexo que se postulaba como candidato. Para movilizar el apoyo a Thune, Dobson organizó mítines patrocinados por Enfoque a la Familia con el eslogan «En defensa de la familia», habló en un festival de música cristiano multitudinario y publicó «Un mensaje importante del doctor James C. Dobson» en nombre de Thune en anuncios a página completa en la prensa escrita de todo el estado. En total, Dobson llegó a aproximadamente una décima parte de la población de Dakota del Sur. Thune ganó por un margen de 4508 votos, y sabía bien lo que había significado el apoyo de Dobson: «Literalmente, hay toda una generación de estadounidenses que han crecido con el doctor Dobson —reflexionó tras su victoria—. Su voz es puro oro entre el público, sobre todo entre los norteamericanos con un sistema de valores o una concepción del mundo conservadores. Tiene una capacidad de comunicarse con ellos única, solo igualada por alguien como Billy Graham».[410]

Dobson amasó un enrome poder político, y, sin embargo, seguía siendo prácticamente invisible fuera de los círculos evangélicos. «El ciudadano medio no es consciente de lo que Dobson explica a entre cinco y diez millones de personas cada semana —señalaba Richard Viguerie, el cerebro de la correspondencia directa del Partido Republicano—. Y eso nos va a las mil maravillas». El poder de Dobson también era notorio entre los propios evangélicos, para bien y para mal. A la pregunta de cuál era su mayor temor, los presidentes de las universidades cristianas coincidían: la posibilidad de que James Dobson se volviera contra sus instituciones. La lección era clara: «Nada de meterse con Dobson ni, por extensión, con ninguno de los peces gordos de la derecha religiosa». Con el declive de la Mayoría Moral de Falwell y de la Coalición Cristiana de Robertson, Enfoque a la Familia se convirtió en una piedra angular para la participación política de la población evangélica.[411]

Dentro del radio de visión de la academia de las fuerzas armadas se alzaba también otro bastión evangélico, la iglesia New Life Church. Ted Haggard, uno de los reverendos «con mayor ascendiente político del país» había fundado la New Life Church, una de las megaiglesias más influyentes de la nación, en 1984. Su padre había establecido un ministerio carismático internacional, pero Haggard había «renacido» a los dieciséis años al

escuchar a Bill Bright predicar en Explo ’72. Tras estudiar en la Oral Roberts University, Jack Hayford, pastor fundador de una megaiglesia pentecostal en Van Nuys, California —la iglesia que lanzó el modelo de megaiglesia del evangelismo en zonas residenciales—, le hizo de mentor. El nombre de Dobson era más conocido, pero Haggard rivalizaba con su amigo y vecino en cuanto a influencia. Supervisaba su propia asociación, integrada por unas 300 iglesias, y, en 2003, se convirtió en presidente de la Asociación Nacional de Evangélicos. En aquellas fechas, la organización representaba a 45.000 parroquias y a unos 30 millones de cristianos, y era el grupo de presión religioso más poderoso del país.[412]

Como en el caso de Dobson, el evangelismo de Haggard era explícitamente político. Se posicionó a favor de la guerra de Irak y en contra del aborto ante la opinión pública del país, y apoyaba el capitalismo de libre mercado como modelo económico y como herramienta esencial para la difusión del cristianismo. En el interior del santuario de New Life Church, decorado con los colores plateado y azul de las fuerzas aéreas, grandes pantallas de vídeo proyectaban homenajes a Haggard, a varios políticos y a diversas personalidades confesionales, así como a Tony Perkins, el «sicario de Dobson en el Capitolio». En un programa televisivo de dos horas de duración previo a las elecciones de 2004, Haggard se esforzó por canalizar el voto evangélico en favor de Bush y por reunir apoyos para la Enmienda Federal del Matrimonio que prohibiría el matrimonio entre personas del mismo sexo. Haggard hablaba con el presidente Bush o sus asesores cada lunes para transmitir al Gobierno «el pulso del mundo evangélico». En la pared exterior de su despacho colgaban tres fotografías enmarcadas: dos de Haggard con el presidente de los Estados Unidos y una con Mel Gibson, que preestrenó *La pasión de Cristo* en un evento organizado por Haggard. De acuerdo con el periodista Jeff Sharlet, que publicó un reportaje sobre New Life Church en la revista *Harper* en 2005, parroquias como las de New Life servían como crisol ideológico a la derecha cristiana, y las ideas que se «forjaban en el centro del país» pronto se abrían camino hacia la capital de la nación. En este sentido, la New Life Church «no era solo un batallón para guerreros espirituales, sino una fábrica de ideas para armarlos».[413]

La iglesia de Haggard exhibía su mentalidad belicista. En su vestíbulo se erguía imponente *El Defensor*, «una gigantesca estatua de bronce de un ángel con mirada amenazadora» blandiendo una ancha espada. En la planta

superior, los niños se reunían en el Fuerte Victoria, un espacio diseñado con el aspecto de un fuerte de caballería del Lejano Oeste. Al otro lado del parque se alzaba la sede mundial del World Prayer Center, el «centro de mando de defensa espiritual de Estados Unidos», en cuyo atrio había un segundo ángel guerrero de bronce armado con unos bíceps enormes y envainando una espada. La capilla contenía ordenadores en los que los visitantes introducían sus oraciones personales, mientras que el personal del centro proporcionaba oraciones con contenido político: oraciones para rezar por una enmienda al matrimonio, por la designación de nuevos jueces o por el presidente de los Estados Unidos. El centro también ofrecía oraciones relacionadas con la política exterior de Estados Unidos, para que Dios «aplaste el demoníaco bastión y el régimen comunista de Kim Jong-un» y para que las fuerzas del bien se impongan en Irak.[414]

Los participantes en New Life eran conscientes de la posición estratégica que ocupaban. Colorado Springs era un campo de batalla, un «Gettysburg espiritual», explicó un hombre que interpretaba su propio papel en términos militaristas: «Soy un soldado, ¿entiende? Un soldado de Dios. Colorado Springs es mi campo de entrenamiento». Como el ejército, New Life empleaba una cadena de mando rígida para velar por una conformidad ideológica estricta. La autoridad masculina y la sumisión femenina eran esenciales para ese orden jerárquico. La iglesia también ensalzaba el papel de la pureza sexual, si bien Haggard insistía en que la pureza no minaba el placer; los evangélicos presumían de disfrutar de «la mejor vida sexual» del mundo. Todo esto iba acompañado de una misión más amplia. Los evangélicos que se juntaban multitudinariamente en Colorado Springs compartían un sueño mítico «poblado por indios y vaqueros, por monstruos y soldados de la oración que los masacraban, y por damas que recompensaban a los soldados con castos besos». La iglesia New Life Church de Haggard fue un caldo de cultivo del evangelismo beligerante. Juntos, Haggard y Dobson, sumaron fuerzas para difundir la fe beligerante entre el ejército de los Estados Unidos.[415]

Durante medio siglo, los evangélicos habían puesto su empeño en reforzar el ejército y inculcar sus valores en sus filas, y habían tenido una cálida recepción, en particular entre los miembros de su misma religión que ya estaban atrincherados en las fuerzas armadas. Sin embargo, en la década de 2000, varios soldados empezaron a oponerse a la proselitización descarada

y al ambiente religioso coercitivo que encontraban en las fuerzas armadas. La academia de las fuerzas aéreas de Colorado Springs fue el epicentro de la batalla entre la expresión y la coacción religiosa.

Al frente de la misión para combatir la supuesta invasión evangélica se situó Mike Weinstein, que en 1977 se había graduado con honores por la academia, había sido oficial de las fuerzas aéreas y también asesor legal de la Casa Blanca de Reagan. Weinstein y su familia eran judíos y sus dos hijos estudiaban en la academia, donde se topaban con un proselitismo cristiano agresivo en ocasiones teñido de matices antisemitas. Weinstein empezó a recopilar documentación y sus quejas condujeron a una investigación que reveló una intolerancia religiosa «generalizada» en la institución. Salieron a la luz diversas actividades cuestionables. Johnny A. Weida, el comandante de los cadetes, fue investigado por crear un canto de llamada y respuesta como parte del cual los cadetes gritaban «Jesús mola». El entrenador de fútbol de la academia rezaba al «Master Coach» en el vestuario y tenía una bandera engalanada con las palabras «Team Jesus». Cada año, por Navidades, el periódico de la academia publicaba un mensaje que proclamaba que «Jesucristo era la única esperanza real para el mundo». Y en cada servicio de las mesas del comedor había un folleto que anunciaba una proyección de *La pasión de Cristo* de Mel Gibson.[416]

La película de Gibson no era la clásica producción de Hollywood. Llena de escenas gráficas de la crucifixión de Cristo, su retrato de los judíos sorprendió a la crítica por su antisemitismo, alegación que ganó fuerza tras la diatriba antisemita de Gibson cuando fue arrestado por conducir ebrio en 2006. No obstante, para muchos evangélicos, ver aquella película suponía un acto de devoción. Los evangélicos eran fanes del trabajo de Gibson. Aunque el actor era católico, los evangélicos reconocían compartir con él el credo común del cristianismo beligerante y la masculinidad heroica. Para muchos escritores evangélicos, las referencias a *Braveheart* eran equiparables a las referencias bíblicas a la hora de discernir la voluntad de Dios para los hombres. También *El patriota* ofrecía una visión heroica que en gran medida faltaba en los Estados Unidos del momento. Pero nada era comparable al fervor que los evangélicos sentían por *La pasión de Cristo.* [417]

Otro padre de las fuerzas aéreas, el coronel retirado David Antoon, también se mostró alarmado por los cambios que habían tenido lugar en la academia. Durante sus años de formación, a finales de la década de 1960, el

énfasis se ponía en el liderazgo, no solo en el arte de la guerra. Además, le desconcertó escuchar el lenguaje que utilizaba el general Weida; en su discurso de noventa minutos de duración, «Weida debió de usar el término "guerrero" una docena de veces», recordaba Antoon. (Resultó que los cadetes jugaban a apuntar el número de veces que Weida decía «guerreros» cuando les hablaba). La retórica de Weida era asombrosamente similar a la de la literatura evangélica sobre la masculinidad; según Weinstein, «podía ser perfectamente una página arrancada del manual de Bobby Welch *You, the Warrior Leader*.[418]

Welch, un veterano de Vietnam condecorado, había ascendido a la presidencia de la Convención Bautista del Sur en 2004. Aquel mismo año había publicado su libro, una guía para aplicar la estrategia militar a la vida espiritual, con un sello editorial de la Convención Bautista del Sur, LifeWay Christian Resources. El libro arrancaba con una cita del reverendo de la megaiglesia de la Convención Bautista del Sur Jerry Vines: «La iglesia no es una organización pasiva y pusilánime», sino «¡Beligerante! ¡Agresiva! ¡Victoriosa!». La vida cristiana no debía «compararse» con la guerra, «era» la guerra, y los cristianos debían lanzar una «ofensiva total». Demasiados cristianos creían que la postura pasiva y defensiva era la propia de Cristo, pero eso los convertía en una diana fácil. Las tácticas ofensivas habían servido bien a la causa en la conquista conservadora de la Convención Bautista del Sur, destacaba Welch, y opinaba que los atentados del 11-S requerían una movilización similar. En aquella guerra también habría bajas: «gente buena, dulce y amable, incluso niños y bebés» serían atacados, quemados y masacrados por demonios. Sería una guerra llena de «asesinatos, violaciones y mutilaciones», y no se ganaría «con juegos de salón en salas de juntas» ni con abrazos sagrados ni cantando «Kum Ba Ya». Jesús, el Líder Guerrero, abanderaría el asalto contra los «terroristas de Satán». Junto a Jesús, Welch situaba como modelos de liderazgo bélico a figuras como Robert E. Lee y el Gran Mago del KKK Nathan Bedford Forrest.[419]



Cadetes de las fuerzas aéreas frente a la capilla de la Academia de Colorado Springs, Colorado, en agosto de 2003. AP POTO/ED ANDREIESKI.

Precisamente aquella retórica bélica evangélica era la que ponía los pelos de punta a Antoon. Consideraba que tal actitud se «oponía diametralmente» a los valores que le habían inculcado a él décadas antes. En su época se hablaba de luchar y matar con «sobriedad y humildad». De hecho, matar se aceptaba como un acto propio de la guerra, pero en ningún caso se exaltaba. Sin embargo, «de alguna manera todo aquello se había transformado en una especie de sed de sangre sagrada». Antoon identificaba una causa de esta infiltración. Había sido testigo de cómo, en la capilla de los cadetes, «una falange de predicadores entusiastas» recibían a los cadetes y sus familias y los convocaban a los estudios bíblicos que los lunes por la noche impartían miembros de la iglesia New Life Church y personal de Enfoque a la Familia que se trasladaba allí en autocares. La academia, había constatado Antoon, se había convertido en «un gigantesco caballo de Troya para que los evangélicos penetren en el ejército».[420]

Los intentos de poner freno a esta extralimitación evangélica toparon con una férrea resistencia por parte de los propios evangélicos, tanto dentro como fuera del ejército. Bajo la presión de la crítica, la academia estableció un equipo interconfesional para promover la diversidad religiosa, pero los evangélicos que ocupaban puestos elevados en la cadena de mando repelieron estos intentos. Durante la revisión de los materiales que el equipo había recopilado, el teniente general Charles Baldwin, el jefe de los capellanes de las fuerzas aéreas, preguntó reiteradamente por qué «los cristianos no ganan siempre». Baldwin, que tenía un máster en divinidad por el Southern Baptist Theological Seminary y había oficiado en la capilla de los cadetes de la academia antes de asumir funciones en Washington, también se opuso a un fragmento de *La lista de Schindler* «porque hacía que los cristianos parecieran nazis». (La escena se reemplazó por una de *Cuando éramos soldados* de Mel Gibson). Con el patrocinio del Alliance Defense Fund de Enfoque a la Familia, el capellán evangélico James Glass planteó una moción legal reivindicando que todo esfuerzo de restringir la oración o el proselitismo constituía una violación de su libertad de expresión. Enfoque a la Familia tildó todas las críticas de injustificadas y aseguró que «esperaba con fervor que este ridículo sesgo de unos pocos en contra de la religión de una mayoría, el cristianismo, cese de una vez por todas».[421]

Cada vez más, el evangelismo fue instaurándose como la religión mayoritaria en las fuerzas armadas. En 2005, el 40 por ciento del personal en el servicio activo se identificaba como evangélico, y entre los capellanes militares la cifra ascendía a un 60 por ciento. Como en otras ramas del ejército, la presencia de capellanes evangélicos en las fuerzas aéreas había aumentado de manera significativa entre 1994 y 2005, y habían llevado consigo su compromiso con el evangelismo. El general de brigada Cecil Richardson, jefe adjunto de capellanes de las fuerzas aéreas y miembro de Assemblies of God, aseguró que los capellanes se refrenarían de hacer proselitismo, «pero nos reservamos el derecho a evangelizar a los no creyentes». Diferenciaba ambas cosas alegando que evangelizar «es dar a conocer el Evangelio de manera más amable», en lugar de «intentar convertir a alguien de una manera agresiva». Solo él apreciaba la diferencia entre ambas cosas.[422]

Mientras las fuerzas aéreas eran atacadas por los detractores que advertían de la infiltración de los evangélicos, la academia seguía esforzándose por

recuperarse de las revelaciones de una epidemia de agresiones sexuales en sus filas. Algunos cálculos sitúan el número de mujeres víctimas en cerca del 20 por ciento de todas las cadetes, y, al parecer, las agresiones se habían encubierto de manera sistemática durante años. Se extorsionaba a las víctimas, se las amenazaba o se las expulsaba, mientras que a los acusados «se les permitía graduarse con honores pese a acumular múltiples denuncias». En aquel entonces, el escándalo por las agresiones sexuales y el ambiente religioso coercitivo se antojaban dos problemas distintos cuyo único nexo en común era el interés de la academia por evitar otro fiasco de las relaciones públicas tras las revelaciones de abusos. Sin embargo, otra estadística sugería que los dos problemas tal vez no estaban totalmente desligados: uno de cada cinco cadetes consideraba que las mujeres no tenían cabida en el ejército.[423]

Con el militarismo renovado del evangelismo posterior al 11-S, reverendos como Ted Haggard, Mark Discroll y Doug Wilson predicaron una masculinidad cristiana beligerante. Pero, en la era de la guerra contra el terrorismo, los pastores no eran necesariamente los paradigmas más eficientes de la masculinidad cristiana. Era en el ejército donde los niños se convertían en hombres y donde los hombres maduraban en la fe cristiana. Por consiguiente, los militares podían servir de guías a los hombres civiles y a la Iglesia en su conjunto.

Los días de la «Olliemanía» habían tocado a su fin hacía mucho tiempo, pero la beligerancia renovada de principios de la década de 2000 permitió a Oliver North sacar provecho de su marca de héroe militar cristiano. En 2001, North empezó a presentar *War Stories with Oliver North* en Fox News. En 2002, decidió probar surte con la ficción. Su novela *Mission Compromised*, anunciada como un *thriller* político «a lo Tom Clancy», guardaba muchas semejanzas con las experiencias del propio North: el protagonista era un *marine* de primera al cual le encargaban hacer «trabajo sucio en política exterior» para salvar el mundo. North publicó con B&H, un sello editorial de LifeWay Christian Resources, la rama editorial de la Convención Bautista del Sur. «No se me da bien hacer proselitismo y no pretendo ser un erudito en la Biblia», concedía North, pero publicando con B&H tenía libertad para desarrollar las dimensiones religiosas de su historia. «La fe y la ficción funcionan bien juntas», aseguraba. Por su parte, B&H veía los libros de North como una manera de introducirse en el

mercado general. El sello publicaba novelas de otros autores, pero ninguno tenía tanta «estatura y potencial de ventas» como North. Para promocionar el libro, North visitó 58 ciudades en el transcurso de treinta días, recorriendo el país en un autobús que anteriormente había utilizado la banda de Dolly Parton y al cual se bautizó como el «Dolly-Ollie bus». Confiando en que se convertiría en un éxito de ventas, se dice que B&H lanzó una primera impresión de 350.000 ejemplares.[424]

North continuó publicando entregas de su serie de ficción, además de una serie de títulos de no ficción, incluidos *A Greater Freedom: Stories of Faith from Operation Iraqi Freedom* y *American Heroes in the Fight Against Radical Islam.* El último tildaba a los estadounidenses de remilgados a la hora de señalar que quienes intentaban destruir el modo de vida americano eran, «casi de manera exclusiva, hombres musulmanes radicales». El objetivo principal del libro, no obstante, era demostrar la heroicidad de los soldados estadounidenses que luchaban contra el islam. North insistía en que no se trataba de glorificar la guerra; la guerra era espantosa, por descontado. Simplemente quería mostrar a los valientes soldados norteamericanos tal como eran en realidad, «parte del ejército más brillante, mejor educado, entrenado, liderado y equipado que haya tenido nunca ningún país». Y eran profundamente religiosos. North hablaba de un «pequeño coro de *marines*» que interpretaban la «versión de la Sublime Gracia más masculina» que había escuchado nunca y de soldados que se guardaban la Biblia en sus chalecos antibalas y acudían en masa a misas en capillas, estudios bíblicos y sesiones de rezo. En combate, los hombres podían «llevar el lenguaje soez al nivel de una nueva forma de arte», pero, cuando cesaban las balas, podían ser vistos leyendo sus biblias aprovechando un momento de tranquilidad.[425]

En *American Heroes,* North también reproducía una conversación con un periodista parisiense que había acusado al presidente Bush de «recorrer el planeta en intrépidas aventuras convertido en el presidente John Wayne». Era evidente que North estaba encantado con la comparación, aunque estaba bastante seguro de que el periodista pensaba en Ronald Reagan, no en John Wayne. Era un error sincero. En otra ocasión, una corresponsal europea había preguntado —¿o le había dicho?— a uno de los *marines* que nunca en la vida había sido testigo de «tantas bravuconadas, tanto machismo ni tanta arrogancia». El joven suboficial pareció reflexionar sobre el motivo de queja de la periodista antes de responder: «Sí, señora,

por eso nos llaman los *marines* de los Estados Unidos». Si hay que dar crédito a los relatos de North de estas conversaciones, en ocasiones la realidad supera la ficción.[426]

North continuó culpando a los medios de comunicación estadounidenses de no apoyar a las tropas, de no cubrir la bienvenida que los héroes habían recibido en Irak y, en lugar de ello, de centrarse en los saqueos, «la destrucción de “emplazamientos culturales”» y los problemas de conseguir poner en funcionamiento de nuevo el suministro de agua y electricidad. Todo esto se antojaba «dolorosamente injusto para esos chavales que se habían hecho hombres luchando tan duramente y que tanto habían sacrificado». Y para empeorar aún más las cosas, los medios de comunicación daban a entender que los soldados estadounidenses estaban muriendo sin motivo, una técnica «perfeccionada durante el Vietnam», sostenía. La guerra de Vietnam no se perdió durante la Tet ’68; se había perdido «en las páginas de los diarios estadounidenses, en nuestras televisiones, en nuestros campus universitarios y, al final, en los pasillos del poder en Washington». North despreciaba sin paliativos a quienes aseguraban dar su apoyo a las tropas pero no en la guerra de Irak o Afganistán. Por suerte, el presidente Bush no flaqueó nunca en su apoyo a las tropas. Sus comandantes sobre el terreno «estaban cortados con el mismo acero templado» que él. Los líderes de verdad sabían cómo hacer caso omiso de «las tundas que recibían por ser demasiado agresivos», sabían cómo mantenerse tras el enemigo.[427]

North había escrito *American Heroes* con ayuda de Chuck Holton. Holton, que en el pasado había sido miembro de una fuerza de élite aerotransportada del ejército de los Estados Unidos, era un escritor popular en aquel género. En 2003, había empezado a hacer de «corresponsal de aventuras» para la Christian Broadcasting Network (CBN) y aquel mismo año había publicado *A More Elite Soldier.* Stu Weber, un incondicional del movimiento masculino evangélico, había calificado el libro de Holton como «*El progreso del peregrino* camuflado», un relato del viaje de un soldado hacia su conversión en hombre y la madurez espiritual. Según Holton, «la vida era un combate», y el combate no estaba hecho para los débiles; en los entrenamientos básicos se eliminaba a los enclenques. Con su boina negra puesta, Holton simbolizaba su pertenencia a un grupo de combatientes de élite, una unidad «aparte y del máximo nivel» preparada para defender la libertad de sus compatriotas, muchos de los cuales o no eran conscientes de

su sacrificio o eran unos desagradecidos. El orgullo que Holton sentía por ser un soldado de élite estaba inextricablemente ligado a su concepto de ser alguien especial para Dios, «sacado de las filas de los soldados rasos y con el encargo más difícil de cumplir Su mandato». Con la aceptación de aquella misión, Holton había entrado en una hermandad de creencias, penurias y objetivos compartidos. Por descontado, la guerra era desagradable, pero aun así «tenía algo de gloriosa». La mayoría de los obstáculos en la vida podían superarse «ejerciendo algo más de cuatro kilos y medio de presión con un dedo en el gatillo». Reflexionando, Holton había caído en la cuenta de que el propio Jesús habría sido «un suboficial sobresaliente».[428]

Aquel mismo año, Holton coescribió *Stories from a Soldier's Heart: For the Patriotic Soul*. El libro incluía historias de John McCain, Stu Weber y Bill Gothard, además de un confesionario escrito por un antiguo manifestante de la era de Vietnam que reconocía el «narcisismo extremo» de la contracultura y expresaba sus remordimientos por no honrar debidamente a los hombres que servían a su país. La influencia de Eldredge en estos autores era evidente: «En el fondo, todos los hombres quieren ser guerreros», participar en «una batalla épica» y convertirse en héroes. El William Wallace de *Braveheart* lo expresaba con gran sabiduría: «Todos los hombres mueren, pero no todos los hombres viven de verdad». El mensaje de aquella colección era el mismo que el del libro de Holton *A More Elite Solider*: el soldado estadounidense era el paradigma de la auténtica masculinidad cristiana.[429]

Como North, Chuck Holton también había probado a escribir ficción. Su universo novelesco estaba poblado por soldados heroicos y mujeres vulnerables que se sentían atraídas por ellos gracias a su fortaleza física. Era un mundo donde un islamismo diabólico representaba una amenaza inminente. Por suerte, había hombres buenos y valientes «dispuestos a hacer el trabajo sucio necesario para mantener el mal a raya». Pero que nadie se llamara a engaño: era una labor horripilante. No obstante, dado que los malos no entendían más idioma que la violencia, «los hombres buenos deben iniciar la conversación y poner fin a la discusión en ese idioma». Holton consideraba esencial que se diera al ejército «la libertad y los recursos necesarios para desempeñar bien su trabajo». En su novela de 2009, *Meltdown*, uno de sus personajes, un coronel, pone en la diana a los «políticos sentimentaloides» que carecen de «las pelotas» necesarias «para

perseguir a los yihadistas y obligarlos a esconderse para siempre en sus madrigueras» y prefieren llevar a cabo tediosas investigaciones «para determinar si nuestras tropas están siendo lo bastante amables con los salvajes que pretenden matarlas». Aquello no era solo cobardía, era traición. ¿Y qué pasaba con los musulmanes pacíficos de los Estados Unidos? Pues él no veía ninguno. Holton publicó su colección de novelas con Multnomah, una editorial cristiana que también publicaba a Stu Weber, James Dobson, Steve Farrar, Josh Harris y John Piper.[430]

En Colorado Springs, la masculinidad combativa estaba entretejida en el corazón del evangelismo estadounidense. Desde los bastiones evangélicos de la iglesia New Life Church y de Enfoque a la Familia, aquella fe beligerante se exportó al propio ejército. Entre tanto, los militares remodelaban el cristianismo a su propia imagen y semejanza, y ofrecían su propia versión del evangelismo beligerante para el consumo generalizado. Tal como atestiguan los escritos de Oliver North y Chuck Holton, aquella fe beligerante a menudo era virulentamente islamofóbica. Hombres como James Dobson y Ted Haggard también abordaban temas antiislámicos. Como en la época de la Guerra Fría, pese a su retórica bélica y su confianza suprema en que Dios estaba de su lado, los evangélicos parecían sentir un curioso temor. La amenaza del islam radical seguía cerniéndose con intensidad sobre el evangelismo del siglo XXI. Sin embargo, si se examina con detenimiento, ese temor resulta sospechoso. Al menos en el caso de las personalidades evangélicas, el miedo al islam parecía ser un intento de conseguir adeptos a la fe beligerante que vendían.

---

[406] Sharlet, Jeff, 2005, «Soldiers of Christ». *Harper's*, mayo, p. 42.

[407] Goldenberg, Suzanne, 2008, «Evangelicals start soul-searching as prospect of Obama win risks Christian gains in politics», *Guardian*, 20 de octubre; Weinstein y Seay. *With God on Our Side*, pp. 8-9.

[408] Weinstein y Seay, *With God on Our Side*, p. 9; Gilgoff, *Jesus Machine*, pp. 32-35.

[409] Gilgoff, *Jesus Machine*, pp. 2 y 5; Ridgely, *Practicing What the Doctor Preached*, p. 41.

[410] Gilgoff, *Jesus Machine*, pp. 6-7.

[411] Gilgoff, *Jesus Machine*, p. 36; Balmer, *Evangelicalism in America*, p. 148.

[412] Sharlet, «Soldiers», p. 42. Weinstein y Sea, *With God on Our Side*, p. 9.

[413] Sharlet, «Soldiers», pp. 43-45; Bernstein, Elizabeth, 2004, «All the Candidates' Clergy», *Wall Street Journal*, actualizado el 13 de agosto.

[414] Sharlet, «Soldiers», pp. 46-47.

[415] Sharlet, «Soldiers», pp. 42 y 47; Burkholder, «Before "true love waits"».

[416] Goodstein, Laurie, 2005, «Air Force Academy Staff Found Promoting Religion», *New York Times*, 23 de junio.

[417] Biskind, Peter, 2011, «The Rude Warrior», *Vanity Fair*, marzo.

[418] Weinstein y Seay, *With God on Our Side*, pp. 136-139.

[419] Welch, Bobby, 2004, *You, the Warrior Leader: Applying Military Strategy for Victorious Spiritual Warfare*, Nashville, Tennessee: B&H Publishing, pp. 1, 19, 22, 24, 139-140 y 150.

[420] Weinstein y Seay, *With God on Our Side*, pp. 137-138.

[421] Weinstein y Seay, *With God on Our Side*, pp. 81-82; Goodstein, «Air Force Academy».

[422] Brady, Jeff, 2005, «Evangelical Chaplains Test Bounds of Faith in Military», NPR. *All Things Considered*, 27 de julio; Goodstein, Laurie, 2005, «Evangelicals Are a Growing Force in the Military Chaplain Corps», *New York Times*, 12 de julio.

[423] Weinstein y Seay, *With God on Our Side*, p. 19.

[424] Shenon, Philip, 2002, «Oliver North Tells a Tall Tale of White House Intrigue», *New York Times*, 27 de agosto; Starnes, Todd, 2002, «Oliver North tour promotes novel "Mission Compromised"», *Baptist Press*, 11 de septiembre.

[425] North, Oliver, y Chuck Holton, 2009, *American Heroes: In the Fight Against Radical Islam*, Nashville, Tennessee: B&H Publishing, pp. 10, 20, 139 y 229.

[426] North y Holton, *American Heroes*, pp. 57 y 68.

[427] North y Holton, *American Heroes*, pp. 150-151, 163, 221 y 271.

[428] Holton, Chuck, 2018, «Boots on the Ground», *Making Men*, disponible en: http://makingmenbook.com/bio/ [consulta: 8 de agosto de 2018]; Holton, Chuck, 2003, *A More Elite Soldier: Pursuing a Life of*

Purpose, Sisters, Oregón: Multnomah, pp. 12, 47, 55-56, 61, 119, 152 y 183.

[429] Gray, Alice, y Chuck Holton, 2003, *Stories from a Soldier's Heart: For the Patriotic Soul*. Sisters, Oregón: Multnomah, pp. 25-26, 218 y 236.

[430] Holton, Chuck, y Gayle Roper, 2006, *Allah's Fire*, Sisters, Oregón: Multnomah, p. 17; Holton, Chuck, 2007, *Island Inferno*, Colorado Springs, Colorado: Multnomah, pp. 186-188; Holton, Chuck, 2009, *Meltdown*, Colorado Springs, Colorado: Multnomah, pp. 33-34 y 229.

13

Por qué queremos mataros

Después de los atentados del 11-S, el islam reemplazó al comunismo como enemigo de los Estados Unidos y de todo lo bueno, al menos en el mundo del evangelismo conservador. «Los musulmanes se han convertido en el equivalente moderno del Imperio del Mal», explicaba Richard Cizik, de la Asociación Nacional de Evangélicos. Las simpatías proisraelíes de los evangélicos habían alimentado sentimientos antimusulmanes incluso antes de los atentados terroristas, y en la década de 1990, cuando buscaban alternativas para una agenda de política exterior largamente caracterizada por las categorías de la Guerra Fría, muchos habían centrado su atención en la persecución de los cristianos en otros países, una atención que a menudo había acabado centrándose en la opresión de las minorías cristianas en países islámicos. Después del 11-S, la dilatada historia del sionismo cristiano y el interés reavivado en el destino de los cristianos en el mundo quedó entrelazado con el compromiso de los evangélicos de defender unos Estados Unidos cristianos. De nuevo, la línea entre el bien y el mal se trazó con nitidez. En los días posteriores a los atentados, el presidente Bush habló de librar «al mundo de malhechores» y advirtió a los estadounidenses de que «esta cruzada, esta guerra contra el terrorismo, llevará tiempo». Su retórica desconcertó a algunas personas, cosa que llevó a Bush a aparcar el vocabulario de las cruzadas y esforzarse por diferenciar el extremismo islámico de la fe islámica en su conjunto. Pero para los evangélicos conservadores, aquel vocabulario tenía todo el sentido del mundo.[431]

El hijo de Billy Graham, Franklin, calificó el islam de «el mismísimo mal y una religión malvada». Pat Robertson aseguró a sus espectadores que los musulmanes eran «peores que los nazis». James Dobson empezó a caracterizar el fundamentalismo islámico como una de las amenazas más serias para las familias estadounidenses, dado que «la seguridad de nuestra

patria y el bienestar de nuestros hijos», a fin de cuentas, eran «valores familiares». Ted Haggard coincidía con él e insistía en que una guerra espiritual requería «una contrapartida viril en este mundo» si no quería que sus hijos «crecieran en un estado islámico». En otoño de 2002, el 77 por ciento de los líderes evangélicos tenían una opinión general desfavorable del islam, y el 70 por ciento coincidía en que era «una religión violenta». Dos tercios, además, creían que el islam «pretendía dominar el mundo».[432]

La industria editorial cristiana avivó los temores evangélicos y reforzó el apoyo a la guerra preventiva. Junto con estudios bíblicos y devocionarios, en las librerías cristianas se encontraban títulos sobre política exterior con títulos como *De Irak al Apocalipsis Irán: la crisis por venir, Secretos del Corán, Casada con Mohamed* o *La invasión islámica. New Man,* la revista del movimiento Promise Keepers, publicaba anuncios del libro de Mike Evans *The Final Move Beyond Iraq: The Final Solution While the World Sleeps*, que hacía un llamamiento a los estadounidenses para que despertaran y cobraran conciencia de la amenaza que representaba el islamofascismo, «la mayor amenaza que Estados Unidos ha afrontado desde la guerra de Secesión». El mensaje era claro: la amenaza islámica exigía una respuesta militar rotunda. Incluso el movimiento Quiverfull participaba de esta retórica y señalaba que los niños se convertirían en combatientes en la guerra contra el islam. Y, por supuesto, autores como Oliver North y Chuck Holton escribieron novelas para alimentar el miedo al islam radical. Pero, además, los evangélicos vendían la ficción como hechos en su esfuerzo por generar alarma en torno a la amenaza que el islam representaba para Estados Unidos y para los estadounidenses cristianos en particular.[433]

Tras los atentados del 11-S, varios «exterroristas musulmanes» irrumpieron en el circuito de conferencias evangélico y ofrecieron al público un relato de primera mano de la amenaza islámica. Los más influyentes de entre ellos fueron los hermanos Caner, Ergun y Emir, cuyo libro de 2002 *Unveiling Islam: An Insider's Look at Muslim Life and Beliefs* se convirtió en un éxito de ventas arrollador en los círculos evangélicos. Los hermanos se habían convertido al cristianismo en su adolescencia, después de que Ergun asistiera a una sesión de avivamiento bautista, y acabaron en el Criswell College de Dallas, donde conocieron a Paige Patterson, el presidente de la institución. Patterson pasó a ser «un padre sustituto» para ellos; de hecho,

cuando Patterson dejó Criswell en 1991 para ocupar un puesto en el Southeastern Baptist Theological Seminary, lo siguieron. Fue él quien los convenció de escribir *Unveiling Islam* después de los atentados terroristas. En su primer año, el libro vendió 100.000 ejemplares (con el tiempo sus ventas se aproximarían a 200.000).[434]

En *Unveiling Islam*, los Caner explicaban su niñez como musulmanes devotos y cómo, tras los atentados contra Estados Unidos, se habían visto obligados a denunciar su fe como violenta y peligrosa. La guerra «no era un hecho histórico aparte para el islam», escribieron, sino «el vehículo principal de expresión religiosa». Los musulmanes no tardaron en llamar la atención sobre diversas afirmaciones del libro y acusaron a los hermanos de presentar, «ya fuera por ignorancia o a propósito […], media verdad tras media verdad, descripción errónea tras descripción errónea y falsedad tras falsedad». Pero el libro explicaba a los evangélicos conservadores justo lo que querían escuchar.[435]

Inspirado por el libro de los Caner, Jerry Vines, expresidente de la Convención Bautista del Sur, denunció el islam con un lenguaje provocador: «El cristianismo lo fundó el hijo de Dios, nacido de la Virgen: Jesucristo. El islam lo fundó Mahoma, un pedófilo poseído por el demonio que tenía 12 esposas, la última de las cuales de nueve años de edad». En una ponencia que impartió en la víspera de la Convención Anual de los Bautistas del Sur en 2002, Vines negó que los musulmanes y los cristianos adoraran al mismo Dios: «Alá no es Jehová», insistió, «y Jehová no va a convertiros en terroristas». (Cuando, en una reunión de la Convención de los Bautistas del Sur realizada vía satélite al día siguiente, el presidente Bush elogió a los bautistas por «encontrarse entre los primeros defensores de la tolerancia y la libertad religiosas», la ironía no pasó desapercibida a algunos observadores). Fueron muchos quienes consideraron extremistas las reivindicaciones de Vines, pero este no tardó en granjearse el respaldo de los evangélicos. Falwell salió en defensa de su amigo y explicó que Vines se apoyaba en las sólidas evidencias que proporcionaba *Unveiling Islam*. «Si queréis suscitar la ira de la prensa generalizada y del enjambre de organizaciones políticamente correctas de este país, basta con criticar el islam [como había descubierto el doctor Vines]», escribió Falwell a los suscriptores de su boletín informativo. Cuando meses más tarde se le interrogó por su apoyo a Vines, Falwell no escatimó palabras: «Creo que Mahoma era un terrorista». Los comentarios de Falwell suscitaron protestas

a escala internacional. El ministro de Asuntos Exteriores iraní condenó sus comentarios e insinuó que se enmarcaban «en una guerra propagandística de los medios de comunicación estadounidenses y sionistas» que pretendía desencadenar «una guerra entre civilizaciones». El secretario de Asuntos Exteriores británico calificó los comentarios de Falwell de «indignantes e insultantes». En India y Cachemira se desataron manifestaciones, y en la población india de Solapur, los disturbios dejaron al menos ocho muertos. Falwell acabó disculpándose, alegando que «no pretendía ser irrespetuoso con ningún musulmán sincero que cumpliera la ley».[436]

En 2003, Falwell contrató a Ergun Caner para impartir clases en la Escuela de Religión de la Liberty University y, en 2005, Caner fue designado decano del seminario de la facultad, convirtiéndose así en el primer musulmán que dirigía un seminario evangélico. Caner se veía como parte de «una nueva generación de nuevos evangélicos que son provocadores y cultos, pero también conservadores», una generación que «no volvería a sentarse en los asientos traseros de los autobuses». Se forjó una reputación por su «estilo políticamente incorrecto en ocasiones». Caner, que hablaba ante un público evangélico predominantemente blanco, era conocido por burlarse de los cristianos negros y hacer escarnio de los mexicanos, de quienes decía que servían para arreglar tejados y segar el césped. Bajo el liderazgo dinámico de Caner, las matriculaciones en el seminario se triplicaron. El modelo de islamofobia que representaba Caner siguió vendiendo, y los hermanos pasaron a figurar entre los ponentes más codiciados del circuito evangélico. El telepredicador evangélico John Ankerberg difundió las enseñanzas de los Caner a través de su imperio mediático, que llegaba a unos 147 millones de espectadores, a los que se sumaban los millones de radioyentes y de seguidores de su ministerio a través de Internet. Reservados a años vista en iglesias y escuelas evangélicas, a los Caner también se los invitó a hablar con las fuerzas de la ley y el orden y con militares en servicio activo.[437]

Cuanto más hablaba Ergun Caner, más adornaba su historia, hilando su niñez en Turquía y su formación como yihadista decidido a destruir la civilización cristiana. Con el tiempo, Caner acabó enredado en sus propias mentiras. Blogueros cristianos y musulmanes empezaron a cuestionar muchas de sus afirmaciones. No se había criado en Turquía, sino que había nacido en Suecia y a los tres años se había mudado a Ohio. Tras el divorcio de sus padres, lo crio su madre luterana sueca. Nunca había participado en

la yihad islámica, no había mantenido valientes debates con docenas de musulmanes y su marcado acento de Oriente Próximo era impostado. Además, había malinterpretado aspectos básicos del islam. En la primavera de 2010, la Liberty University investigó las acusaciones contra Caner, pero se negó a adoptar medidas; la junta directiva concluyó que «no había hecho nada teológicamente inadecuado». Enfoque a la Familia, que no estaba dispuesta a dejar que los hechos se interpusieran en el camino de una verdad superior, decidió volver a emitir una entrevista de 2001 con Caner en la que este había revelado muchas de las afirmaciones que ahora eran motivo de controversia. Sin embargo, los críticos se negaron a recular y, en verano de 2010, Liberty se doblegó a las presiones y rebajó de categoría a Caner, que no obstante conservó su puesto como profesor. Incluso entonces atribuyeron tal movimiento a «discrepancias relacionadas con asuntos como fechas, nombres y lugares de residencia», lo cual quedaba muy lejos de la censura taxativa que exigía la crítica.[438]

Los hermanos Caner no fueron los únicos «exterroristas islámicos sedicentes» que participaron en el circuito de conferencias evangélico a raíz del 11-S. Juntos, Walid Shoebat, Zachariah Anani y Kamal Saleem organizaron su propio «espectáculo antimusulmán itinerante». Shoebat, un evangélico palestino-estadounidense converso, aseguraba haber pertenecido a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y haber bombardeado un banco israelí; Anani, un canadiense nacido en el Líbano, aseguraba haberse unido a una milicia a los trece años, «haber entrenado para convertirse en cinturón negro y hacerse experto en el manejo de dagas y cuchillos» y haber asesinado a centenares de personas antes de conocer a un misionero bautista del Sur que lo había salvado. Con todo, la historia más fascinante era la de Saleem, tan fascinante, de hecho, que un periodista lo apodó «el Forrest Gump de Oriente Próximo». Nacido en el Líbano, Saleem afirmaba que tanto la OLP como la Hermandad Musulmana lo habían reclutado, que ni más ni menos el líder de la resistencia nacionalista y cofundador de Fatah, Abu Jihad, le había enseñado a disparar un AK-47 y que el propio Yasir Arafat lo había promocionado como un combatiente modélico. Según explicaba, posteriormente había emigrado a Estados Unidos para librar una «yihad cultural contra América». Había acudido al Cinturón Bíblico[439] para poder atacar «a los mejores de entre los mejores». Pero entonces un médico cristiano y la voz de Jesús habían propiciado su conversión al cristianismo evangélico y se había convertido

en un evangelista que difundía la buena nueva del Evangelio y advertía de una agorera amenaza islámica.[440]

Tras la visita de Saleem al campus de su universidad cristiana, Doug Howard, un experto en el Imperio otomano, se decidió a examinar con más detenimiento la historia que explicaba Saleem. Este había afirmado ser descendiente del «gran visir del islam», pero Howard sabía que no existía ninguna figura conocida como «gran visir». Descubrió que el nombre real de Saleem era Khodor Shami, que había trabajado para la CBN de Pat Robertson durante dieciséis años y que en 2003 se había unido a la plantilla de Enfoque a la Familia. En 2006 había fundado su propia organización sin ánimo de lucro, Koome Ministries, de la cual percibía un salario y una generosa cuenta de gastos. Decidido a llegar al fondo de las afirmaciones sin sentido de Saleem, Howard contactó con Jim Daly, presidente de Enfoque a la Familia, en otoño de 2007. Enfoque a la Familia había estado promocionando de manera activa una agenda antiislámica como parte de su ministerio, de manera que a Howard le sorprendió que también ellos se mostraran escépticos con respecto a las afirmaciones de Saleem, no solo en lo referente a sus relatos de un pasado terrorista violento, sino incluso ante su afirmación de haber marcado un gol ganador para los Oklahoma Sooners. (Saleem/Shami nunca jugó con los Sooners). Sin embargo, no habían hecho públicas sus dudas ni estaban dispuestos a hacerlo.[441]

Los relatos de «otros compañeros terroristas» de Saleem tampoco se sostenían bajo escrutinio. En palabras de un antiguo experto en seguridad canadiense, Anani «no era un individuo que mereciera ni la más mínima credibilidad». El *Jerusalem Post*, por su parte, investigó el relato de Shoebat y resultó que la religión había desempeñado un papel exiguo en su niñez y que no había registro de él bombardeando ningún banco. En palabras de Howard, «lo más extremo que hizo nunca fue pegar pegatinas con la bandera palestina a postes de electricidad de la ciudad».[442]

A pesar de las numerosas lagunas en sus relatos, los tres «exterroristas» siguieron estando muy solicitados en los círculos evangélicos. Shoebat, «uno de los favoritos entre la multitud de “relegados”», habló en eventos del Pre-Trib Research Center de Tim LaHaye y de la Christians United for Israel de John Hagee. También participó como conferenciante en la convención de 2008 de BattleCry, la iniciativa fundada a mediados de la década de 2000 para reclutar a una generación más joven de guerreros culturales, respaldada por Pat Robertson y Charles Colson. Los tres

continuaron impartiendo charlas en universidades, conferencias e iglesias cristianas, y participando en programas de radio y televisión cristianos. Aparecían en grandes cadenas de noticias como expertos en terrorismo, hacían ponencias en prestigiosas universidades y, en 2008, también lo hicieron en la academia de las fuerzas aéreas de Colorado Springs.[443]

La popularidad de estos «exterroristas musulmanes» pone de relieve la dinámica de una política evangélica del miedo. Traficando con la pornografía de la violencia, estos «expertos» divulgaron historias gráficas que supuestamente revelaban la violencia sádica del islam y, con ello, deshumanizaron a los musulmanes al tiempo que alentaban a los estadounidenses (en particular a los cristianos) a responder también por medios violentos. Con libros como *Why We Want to Kill You*, cuyo título prescindía de toda sutileza, posicionaron a los estadounidenses cristianos como víctimas y, por ende, justificaron una respuesta extrema. Acusaron a sus detractores de tener lazos con el terrorismo islámico y utilizaron amenazas de violencia imaginarias para potenciar su propia credibilidad. Anani aseguraba haber sobrevivido a quince atentados contra su vida. Saleem afirmaba que la Hermandad Musulmana ofrecía «una recompensa de 25 millones de dólares por su cabeza» y advertía de que tenía «a una peligrosa banda de Oriente Próximo pisándole los talones». (Las autoridades no tenían noticia de ninguno de sus supuestos intentos de asesinato).[444]

No cuesta entender qué obtenían los «exterroristas» de estos emocionantes relatos de una violencia imaginaria. Vendían libros, cobraban por sus conferencias e iban llenándose los bolsillos. Pero ¿de qué servía a los evangélicos que promocionaban sus libros, los contrataban como conferenciantes y les ofrecían una plataforma?[445]

Avivar el miedo en los corazones de los estadounidenses cristianos también hacía el juego a los líderes evangélicos conservadores. Tal como Jack Hyles, Jerry Falwell y Mark Driscoll habían dominado el escenario en sus propias iglesias, los evangélicos de los Estados Unidos posteriores al 11-S incrementaron su propio poder intensificando la sensación de amenaza, una táctica que solo funcionaba en un marco militarizado. Los líderes reivindicaban su altura moral a la par que validaban su propia agresividad. De este modo, la popularidad de los falsos exterroristas musulmanes pone de relieve la relación entre el militarismo y el temor. ¿Estaban adoptando los evangélicos una fe cada vez más beligerante en

respuesta a una nueva amenaza procedente del mundo islámico? ¿O estaban creando la percepción de amenaza para justificar su propia beligerancia e incrementar su poder, tanto a título individual como colectivo? Incitando el miedo a una amenaza islamista, hombres como Falwell, Patterson, Vines y Dobson reforzaban el valor de la «protección» que prometían y, con esta, su propio poder.

No todos los evangélicos se subieron al tren antimusulmán. En 2007, cerca de 300 líderes cristianos firmaron la «Carta de Yale», un llamamiento a la colaboración entre musulmanes y cristianos en nombre de la paz. Publicada por el *New York Times*, la carta estaba firmada por varias personalidades evangélicas de renombre, incluidos los pastores de megaiglesias Rick Warren y Bill Hybels, el editor de *Christianity Today*, David Neff, el líder eclesiástico emergente Brian McLaren, Jim Wallis de Sojourners y Rich Mouw, presidente del seminario evangélico Fuller Seminary. Entre las firmas destacadas también figuraban la de Leith Anderson, presidente de la Asociación Nacional de Evangélicos, y la de Richard Cizik, el principal lobista de la Asociación Nacional de Evangélicos.[446]

En cambio, otros líderes evangélicos se manifestaron con vehemencia en contra de aquella carta. Al Mohler, presidente del Southern Baptist Theological Seminary, no consideraba necesario disculparse por la guerra contra el terrorismo ni confesar ningún pecado «contra nuestros vecinos musulmanes». Se le antojaba todo bastante desconcertante: «¿En nombre de quién y por qué nos estamos disculpando?». La revista de Dobson, *Citizen*, criticó la Carta de Yale por afirmar que ambas fes compartían una deidad y por demostrar debilidad y poner en peligro a los cristianos. Disculparse por la violencia pasada contra los musulmanes dejaría en una posición más vulnerable a los cristianos que vivían en países musulmanes, argumentaba. Enfoque a la Familia instó a los críticos de su misma cuerda a dejar constancia de su descontento con la Asociación Nacional de Evangélicos y les indicó el apartado de correos de esta para que les resultara más fácil hacerlo. Dobson y otros evangélicos conservadores presionaron a la Asociación Nacional de Evangélicos para que expulsara a Cizik aquel año, tanto por sus tentativas de diálogo entre musulmanes y cristianos como por su activismo en materia de calentamiento global. Lo consiguieron fácilmente un año después, cuando Cizik se manifestó en apoyo de las uniones civiles entre personas del mismo sexo.[447]

La mayoría de los evangélicos parecían respaldar a Dobson y Mohler. En 2007, los protestantes evangélicos blancos seguían teniendo opiniones más negativas sobre los musulmanes que otros grupos demográficos e insistían en su creencia de que el islam instigaba la violencia. Una encuesta realizada en 2009 también reveló que los evangélicos eran significativamente más proclives que otros grupos religiosos a aprobar el uso de la tortura contra los sospechosos de terrorismo. El 62 por ciento concordaba en que la tortura podía justificarse «a menudo» o «a veces», frente al 46 por ciento de los protestantes de la corriente general y el 40 por ciento de los encuestados sin afiliación religiosa. La adopción generalizada de un nacionalismo cristiano beligerante tendría consecuencias de largo alcance en la era del terror.[448]

Diseminados por todo el ejército, incluidos los estratos más altos de la cúpula, los evangélicos que habían adoptado una interpretación beligerante de su fe aprovecharon sus posiciones de poder para avanzar en su agenda religiosa, que consideraban completamente fusionada con su misión militar. Tal fue el caso del teniente general William G. (Jerry) Boykin.

A lo largo de su ilustre carrera militar, Boykin había servido en una división aerotransportada en Vietnam y como comandante de la Fuerza Delta, había participado en el fallido rescate de rehenes en Irán en 1980 y en la invasión de Granada, y también había formado parte de la misión para arrestar al dictador panameño Manuel Noriega, así como de la misión somalí infructuosa de 1993 «Black Hawk Down». Posteriormente trabajó en la CIA y, entre 2002 y 2007, como vicesecretario de Defensa e Inteligencia para el presidente Bush. En dicho puesto desempeñó un papel importante en la guerra contra el terrorismo.[449]

Tras los atentados del 11-S, el presidente Bush buscó consolidar su poder en las comunidades del ejército y los servicios de inteligencia. Su preocupación más inmediata era la guerra de Irak, pero el Gobierno de Estados Unidos había declarado la guerra a «los malos» de todo el mundo, y tanto él como sus asesores en materia de seguridad nacional tenían ya la vista puesta en Irán. Emitiendo órdenes ejecutivas y sometiendo la guerra contra el terrorismo al control del Pentágono, lo que hizo Bush, básicamente, fue permitir a Donald Rumsfeld librar una guerra extraoficial, libre de las restricciones impuestas a la CIA, incluida la supervisión de las comisiones de inteligencia del Senado y del Congreso. Rumsfeld contaba con dos adjuntos clave para este cometido: Stephen Cambone, un

intelectual experto en defensa y neoconservador conocido por su estilo dictatorial, y Jerry Boykin.[450]

Cambone se propuso eludir tanto a la CIA como al Departamento de Estado, y, gracias a su experiencia en operaciones especiales, Boykin «se convirtió en un héroe de acción» al lado de Cambone. En palabras de una fuente de inteligencia militar, la asociación entre ambos era «una fusión de “ignorancia y temeridad”». Este tipo de método alternativo tenía precedentes. Durante la guerra de Vietnam se había instituido un programa secreto contra la insurgencia denominado Programa Phoenix, y en la década de 1980 se había creado una unidad encubierta después del intento fallido de rescatar a los rehenes estadounidenses en Irán; desplegada contra los sandinistas en Nicaragua, ayudó a asentar los cimientos para la conexión del Irangate. En el siglo XXI, bajo el liderazgo de Rumsfeld, el Pentágono estaba listo para combatir el fuego con fuego. «La única manera que tenemos de ganar es no ser convencionales», explicó un asesor estadounidenses a la autoridad civil de Bagdad. «Vamos a tener que seguirles el juego. Guerrilla contra guerrilla. Terrorismo contra terrorismo. Tenemos que atemorizar a los iraquíes para que se sometan». Otro oficial se mostró de acuerdo: «No es nuestra manera habitual de proceder, pero, cuando uno ve a un par de sus hombres saltar por los aires, las perspectiva cambia. Hasta ahora hemos actuado como americanos, hemos sido los buenos. Ahora vamos a ser los malos, porque ser los malos funciona». No todo el mundo estaba de acuerdo. Tal como expresó un asesor del Pentágono: «Yo soy tan duro como el que más, pero nosotros somos una sociedad democrática y no combatimos el terrorismo con terrorismo». Pese a ello, Rumsfeld tenía autorización para establecer de manera efectiva «una zona militar sin restricciones a escala global para el uso de armas de fuego y explosivos».[451]

Boykin, un evangélico devoto, ejecutó su encargo con fanatismo. Y no se andaba con tapujos a la hora de hablar sobre ello. Era un orador habitual en eventos cristianos conservadores, en especial en iglesias bautistas y pentecostales, y casi siempre aparecía vestido de uniforme. Como «habitual del circuito de la derecha religiosa», trabajaba en tándem con Faith Force Multiplier, un grupo cuyo manifiesto abogaba por aplicar principios militares al evangelismo. Boykin describió la guerra contra el terrorismo como «una larga batalla contra Satán», y aseguró a los cristianos que Dios había colocado al presidente Bush en el poder, «que los musulmanes

radicales odian Estados Unidos» y que el ejército estaba «reclutando una fuerza espiritual» para derrotar a su enemigo. En parte, la misión de Boykin implicaba eludir la Convención de Ginebra, y parecía estar trabajando por sustituir la ley internacional por su propia concepción de la ley bíblica. Consideraba que formaba parte de la cadena de mando directa de Dios. El presidente Bush también había sido «designado por Dios» para acabar con los malhechores. Solo respondían ante el poder supremo.[452]

Cuando se difundió el contenido de los discursos de Boykin, grupos árabes y musulmanes lo acusaron de intolerancia y exigieron su destitución. Miembros del Comité de Servicios Armados del Senado solicitaron una investigación y que Boykin fuera cesado hasta que se descartara cualquier irregularidad, pero Rumsfeld lo respaldó y lo mantuvo en el cargo. El informe concluyó que Boykin había violado tres normativas internas, pero no se exploró la esencia de sus comentarios; un oficial de defensa sénior tildó aquel informe de «exculpación absoluta» por el hecho de hallar a Boykin responsable únicamente de unos cuantos «delitos menores», unos asuntos técnicos y burocráticos. Boykin salió de toda aquella situación prácticamente indemne. Más adelante, Chuck Holton hizo que su coronel de ficción saliera en su defensa: «La prensa quemó vivo a Boykin por decir las cosas como son», por explicar «que esta guerra se libra contra el islam radical. Los medios intentaron crucificarlo».[453]

Sin embargo, Boykin tenía otros asuntos en mente. En el momento álgido del escándalo, también participaba en una operación encubierta para «autorizar la tortura» en la prisión de Abu Ghraib en Irak. Boykin había volado a Irak para reunirse con el comandante de Guantánamo, que había sido requerido en Bagdad para informar a los mandos militares acerca de sus técnicas de interrogación. Por orden de Rumsfeld, Cambone aplicó métodos como la coacción física y la humillación sexual en Abu Ghraib para obtener información sobre la insurgencia iraquí. Todo aquello se manejó en secreto en el seno del Departamento de Defensa. Cuando la prensa filtró las tácticas que se estaban empleando, con fotografías incluidas, miembros de la 372ª Compañía de la Policía Militar asumieron la responsabilidad. Y Boykin permaneció en su puesto hasta su jubilación anticipada en 2007.[454]

Incluso tras su jubilación, Boykin siguió adelante con su programa. Fundó Kingdom Warriors, una organización para divulgar el cristianismo militarizado, y aceptó un puesto como vicepresidente ejecutivo en el

Consejo de Investigación Familiar. También publicó *Never Surrender: A Soldier's Journey to the Crossroads of Faith and Freedom*, un libro respaldado por sus almas gemelas, Oliver North y Stu Weber. Boykin decidió no presentar el libro al Pentágono para su revisión anticipada y acabó recibiendo «una reprimenda feroz» después de que una investigación criminal revelara que desvelaba información clasificada. Boykin se mostró contumaz, insistiendo en que la censura era una venganza por haberse manifestado con franqueza en contra del Pentágono, en especial con respecto a la integración de las mujeres en el ejército. En 2014, Boykin publicó otro libro, este coescrito con el «experto en terrorismo» Kamal Saleem. La CBN entrevistó a Boykin y Saleem en *The Watchman*, un programa dedicado a exponer cómo «el islam radical» avanzaba por todo el mundo, y el Consejo de Investigación Familiar publicitó su exploración distópica de «lo que pasa cuando el islam gobierna» como «una emocionante fusión de realidad y ficción».[455]

Los evangélicos no fueron los únicos que revisaron su concepción de la política exterior en la era posterior a la Guerra Fría, ni tampoco eran los únicos que consideraban que el planteamiento del presidente Clinton de guerras humanitarias y misiones de mantenimiento de la paz traicionaba los intereses y los valores estadounidenses. Durante la década de 1990, un grupo de jóvenes intelectuales conservadores desarrolló un plan sobre cómo Estados Unidos debería blandir su poder económico y militar sin parangón, y, aunque no eran particularmente religiosos, estos neoconservadores confesos sí tenían una fe, una fe expansiva en el poder de Estados Unidos. Y tenían sus santos patrones: Teddy Roosevelt y Ronald Reagan. Creían que existía una conexión directa entre los temas nacionales e internacionales, e, invocando el patriotismo para alentar el sacrificio, su objetivo era inculcar «virtudes militares» en la opinión pública estadounidense. Para estos *neocons*, el ejército encarnaba los más altos ideales de la nación pese a desencadenar violencia y muerte, y no existía contradicción en ello. La guerra proporcionaría a los estadounidenses «claridad moral».[456]

La agenda neoconservadora se engranaba a la perfección con el militarismo evangélico. Para disgusto de los neoconservadores, Bush había hecho campaña promoviendo una política exterior más contenida, pero los atentados terroristas lo habían cambiado todo. En su discurso sobre el

Estado de la Unión de 2002, el presidente evangélico bautizó Irak, Irán y Corea del Norte como «el eje del mal» e insinuó la posibilidad de lanzar una guerra preventiva. Destacados *neocons*, incluidos Paul Wolfowitz, Paul Bremer y Stephen Cambone, ya estaban cómodamente instalados en el Gobierno, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y el vicepresidente Dick Cheney veían con buenos ojos el llamamiento de los neoconservadores a la acción militar. La invasión de Irak proporcionó el estado de guerra perpetua que tanto anhelaban los neoconservadores y también muchos evangélicos. Y transformó al presidente Bush en un presidente guerrero, una identidad interpretada de manera memorable en su discurso «Misión cumplida» pronunciado en la cubierta del USS *Abraham Lincoln*.[457]

Mientras que en generaciones previas había prevalecido la sensación de riesgo inherente a la guerra inherente, la sensación de que la guerra podía tener consecuencias imprevistas y de que el poderío militar era «algo que las democracias debían manejar con cautela», a principios de la década de 2000 esa sensación prácticamente se había desvanecido. Con los evangélicos a la vanguardia, los estadounidenses habían acabado por concebir el ejército como un bastión de «valores tradicionales y virtudes de antaño», concepción que solo era viable haciendo oídos sordos a los informes de falta de ética en el ejército y de abusos sexuales entre sus filas. Los miembros del estamento militar tendían a estar de acuerdo con las apreciaciones de su virtud superior, si bien algunos oficiales sénior expresaron sus reservas e insinuaron que tales tendencias no eran saludables en unas fuerzas armadas al servicio de una democracia. No obstante, no se llevaron a cabo comprobaciones serias con respecto a esta inclinación. Cuando la sociedad civil ondea la bandera militarista, la mera idea de que exista un control civil sobre el ejército pierde toda su potencia.[458]

Tras la confusión y la frustración de la década de 1990, los evangélicos conservadores habían recuperado su estabilidad en 2001. La elección de George W. Bush colocó de nuevo a un alma gemela en la Casa Blanca y los atentados terroristas garantizaron que la política exterior volviera a estar enmarcada en una clara batalla entre malhechores y unos Estados Unidos cristianos. Sin embargo, al final del segundo mandato de Bush, la confianza de los evangélicos volvió a flaquear. A medida que el número de víctimas mortales aumentaba entre los soldados estadounidenses desplegados en

Irak, el apoyo a la guerra disminuía entre la población general, y también entre los evangélicos. Estos últimos seguían apoyando la guerra en cifras significativamente superiores a las de la opinión pública general, pero entre septiembre de 2006 y enero de 2007, el porcentaje de protestantes evangélicos blancos que creían que Estados Unidos había tomado la decisión correcta al usar la fuerza en Irak para derrocar a Sadam Husein había descendido del 71 al 58. El apoyo de los evangélicos blancos al presidente reflejaba un desencanto similar. El 79 por ciento de los evangélicos blancos había apoyado la reelección de Bush en 2004, pero, a medida que su estatus como guerrero fue erosionándose, su índice de aprobación fue declinando paulatinamente.[459]

El apoyo al presidente descendió de manera más estrepitosa entre los jóvenes evangélicos blancos. En 2002, el 87 por ciento de los evangélicos blancos con edades comprendidas entre los dieciocho y los veintinueve años aprobaban el desempeño del cargo del presidente; en agosto de 2007, su índice de valoración entre dicho grupo había descendido en 42 puntos porcentuales, con el registro del mayor declive (25 puntos) desde 2005. Los evangélicos más jóvenes no solo estaban descontentos con el presidente; desde 2005, la afiliación al Partido Republicano entre este grupo demográfico había disminuido en 15 puntos porcentuales. Para los líderes de la derecha cristiana, aquello era motivo de alarma. Cuando el final de la presidencia de Bush se aproximaba, los ánimos empezaron a inquietarse. Para su consternación, los dos candidatos que se postularon como sucesores al cargo eran insatisfactorios.[460]

---

[431] Goodstein, Laurie, 2003, «Seeing Islam as “Evil” Faith, Evangelicals Seek Converts», *New York Times*, 27 de mayo; McAlister, Melani, 2018, *The Kingdom of God Has No Borders: A Global History of American Evangelicals*, Oxford: Oxford University Press, pp. 159-165; Waldman, Peter, y Hugh Pope, 2001, «“Crussade” Reference Reinforces Fears War on Terrorism Is Against Muslims», *Wall Street Journal*, 21 de septiembre.

[432] Goodstein, «Seeing Islam»; NPR, «Profile: Silent Evangelical»; Dobson, James, 2007. «Family in Crisis». Focus on the Family *Newsletter*, disponible en: http://www.focusonthefamily.com/docstudy/newsletters/A000000639.cfm

[consulta: 12 de julio de 2007]; Sharlet, «Soldiers of Christ», 48; «Evangelical Views of Islam», 2003, Ethics & Public Policy and Beliefnet, disponible en: https://www.beliefnet.com/news/politics/2003/04/evangelical-views-of-islam.aspx. Los resultados de esta encuesta se publicaron el 7 de abril de 2003.

[433] *New Man*, mayo/junio de 2007; Joyce. *Quiverfull*, pp. 134 y 183.

[434] Smith, Christopher Cameron, 2014, «“Ex-Muslims”, Bible Prophecy, and Islamophobia: Rethoric and Reality in the Narratives of Walid Shoebat, Kamal Saleem, Ergun and Emir Caner», *Islamophobia Studies Journal*, vol. 2, n.º 2, otoño, p. 84.

[435] Lowry, Bob, 2005, «Former Muslim now heads Falwell’s university», *Deseret Morning News*, 30 de abril; «Former Muslims Attack Islam in New Book», IslamOnline.net, 29 de septiembre de 2002, disponible en: https://web.archive.org/web/20070317005052/http://www.islamonline.net/servlet/Satellite?c=Article_C&cid=115 8658281186&pagename=Zone-English-ArtCulture%2FACELayout [consulta: 26 de enero de 2019].

[436] Cooperman, Alan, 2002, «Anti-Muslim Remarks Stir Tempest», *Washington Post*, 20 de junio; «Falwell “sorry” for Mohammed remark”, BBC News, 13 de octubre de 2002.

[437] Lorry, «Former Muslim»; Lean, Nathan, 2012, *The Islamophobia Industry: How the Right Manufactures Fear of Muslims*, Nueva York: Pluto Press, pp. 85-87; Wan, William, y Michelle Boorstein, 2010, «Liberty U. removing Ergun Caner as seminary dean over contradictory statements», *Washington Post*, 30 de junio; Kennedy, John W., 2010, «Bloggers Target Seminary President», *Christianity Today*, 3 de mayo.

[438] Wan y Boorstein, «Liberty U»; Lean, *Islamophobia Industry*, p. 89; Kennedy, «Bloggers Target Seminary President»; Riley, Jennifer, 2010. «Liberty Univ. Demotes Ergun Caner After Investigation», *Christian Post*, 29 de junio.

[439] Se utiliza el término Cinturón Bíblico para referirse a una extensa región de Estados Unidos donde el cristianismo evangélico tiene un profundo arraigo social. Algunos de los estados que lo conforman, como Arkansas, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Maryland, Pensilvania, Tennessee y Texas, son conocidos por discriminar a los ateos para ejercer cargos públicos. *(N. de la T.)*

[440] Rodda, Chris, 2011, «CNN to Air Report on Taxpayer Funded Fake Former Terrorist», *Huffpost*, 13 de julio, actualizado el 12 de septiembre de 2011; Ward, Katie, 2011, «Cedar Hill Baptist to host Zacariah Anani Aug. 7», *Times Free Press*, 3 de agosto; Sanchez, Mary, 2011, «Tales of terror don't jibe», *Kansas City Star*, 16 de noviembre de 2011; Little, Aaron M., «Kamal Saleem: A Muslim Cries Out to Jesus». CBN, disponible en: http://www1.cbn.com/700club/kamal-saleem-muslim-cries-out-jesus; Howard, Doug, 2010, «Mixed Message», *Books and Culture*, mayo/junio.

[441] Murphy, Tim, 2012, «I Was a Terrorist… Seriously», *Mother Jones*, marzo/abril; Schneeberger, Gary, 2006, «Craze be to Allah», Focus on the Family *Citizen*, noviembre, pp. 10-11; Howard, Doug, entrevista telefónica con la autora, 28 de junio de 2018.

[442] Aslan, Reza, 2008, «Apparently, terrorism pays. It pays very well», CNN, 27 de febrero; Luyken, Jorg, 2008, «The Palestinian "Terrorist" Turned Zionist», *Jerusalem Post*, 30 de marzo; Howard, «Mixed Message».

[443] Aslan, «Apparently, terrorism pays»; Luyken, «The Palestinian "Terrorist"»; MacFarquhar, «Speakers at Academy».

[444] Ward, «Cedar Hill Baptist»; Murphy, «I Was a Terrorist».

[445] Howard, «Mixed Message».

[446] «"A Common Word" Christian Response», Yale Center for Faith & Culture [consulta: 8 de agosto de 2018], disponible en: https://faith.yale.edu/common-word/common-word-christian-response.

[447] «Mohler: Evangelical.Muslim Letter Troubling», A Common Word, 11 de enero de 2008, disponible en: https://www.acommonword.com/mohler-evangelical-muslim-letter-troubling/; Adams, Stephen, 2008; «Common Ground?», Focus on the Family *Citizen*, marzo, pp. 18-23; «NPR comments force out NAE's Cizik», Baptist News Global, 17 de diciembre.

[448] «Public Expressed Mixed Views of Islam, Mormonism», Pew Research Center, 25 de septiembre de 2007; «The Religious Dimensions of the Torture Debate», Pew Research Center, 29 de abril de 2009, actualizado el 7 de mayo de 2009.

[449] Hersh, Seymour, M., 2005, «The Coming Wars», *The New Yorker*, 24 de enero.

[450] Hersh, «Coming Wars».

[451] Blumenthal, Sidney, 2004, «The religious warrior of Abu Ghraib», *Guardian*, 19 de mayo; Hersh, Seymour H., 2003, «Moving Targets», *The*

New Yorker, 15 de diciembre; Hersh, Seymour M., 1987, «Who's In Charge Here?», *New York Times*, 22 de noviembre.

[452] Smith, R. Jeffrey, y Josh White, 2004, «General's Speeches Broke Rules», *Washington Post*, 19 de agosto; Blumenthal, «Religious Warrior».

[453] Smith y White, «General's Speeches»; Holton, *Meltdown*, p. 229.

[454] Bluementhal, «Religious Warrior»; Hersh, Seymour M., 2004, «The Gray Zone», *The New Yorker*, 24 de mayo.

[455] Lamothe, Dan, 2014, «Exclusive: Lt. Gen. William Boykin, past Delta Force commander, hit with Army reprimand», *Washington Post*, 22 de mayo; «*The Watchman*: Lt. Gen. Jerry Boykin and Kamal Saleem Discuss "The Coalition"», disponible en: https://www1.cbn.com/video/the-watchman/2015/12/22/the-watchmanlt-gen-jerry-boykin-and-kamal-saleem-discuss-the-coalition [consulta: 9 de agosto de 2019]; «The Coalition: What Happens When Islam Rules?», 11 de noviembre de 2014, disponible en: https://www.frc.org/familypolicylecture/the-coalition-what-happens-when-islam-rules [consulta: 9 de agosto de 2019].

[456] Haberski, *God and War*, pp. 190-192.

[457] Bacevich, *New American Militarism*, p. 31.

[458] Bacevich, *New American Militarism*, pp. 14-15, 23-24 y 63; Ricks, Thomas E., 1997, «The Widening Gap Between the Military and Society», *Atlantic Monthly*, julio, citado en: Bacevich, *New American Militarism*, p. 24.

[459] Stoddard, Ed, 2007, «U.S. evangelical support for Iraq war slipping», Reuters, 19 de enero; «Thompson Demonstrates Broad Potential Appeal», Pew Research Center, 4 de junio de 2007.

[460] Cox, Dan, 2007, «Young White Evangelicals: Less Republican, Still Conservative», Pew Research Center, 28 de septiembre.

14

Tipos rudos espirituales

El senador John McCain era un héroe de guerra republicano feligrés de la megaiglesia bautista del Sur, pero nunca había comulgado con el evangelismo de las guerras culturales. En 2000, cuando se postuló rivalizando con George W. Bush en las primarias del Partido Republicano, denunció a quienes practicaban «la política de la división y la calumnia» en nombre de la religión, del partido o de la nación e instó a los votantes a oponer resistencia a los «agentes de la intolerancia», apelativo con que se refería a hombres como Pat Robertson y Jerry Falwell. Al día siguiente, McCain perdió las primarias en Virginia y nueve días después retiró su candidatura. Para los comicios de 2008, McCain intentó suavizar sus ataques a la derecha religiosa e incluso pronunció su discurso de apertura en la Liberty University de Falwell. Pero los evangélicos tenían claro que no era uno de ellos. James Dobson, por lo menos, estaba convencido. Ejercitando su propio músculo político, insistió en que «ni podía votar ni votaría» a McCain, a quien consideraba insuficientemente conservador en temas sociales. Aun así, tanto para Dobson como para la mayoría de los evangélicos, el candidato demócrata era mucho más preocupante.[461]

Afroamericano y con Hussein como segundo nombre, Barack Obama representaba un desafío a los valores manifiestos y tácitos defendidos por muchos evangélicos blancos. Convertido al cristianismo de adulto, era capaz de hablar con elocuencia y sofisticación teológica acerca de su fe, pero, para muchos evangélicos, eso importaba poco. En algunos de ellos, los prejuicios raciales modulaban sus inclinaciones políticas. Pero incluso para quienes no tenían unas convicciones racistas explícitas, su fe estaba entrelazada con el hecho de ser blancos. Y aunque los evangélicos blancos y los protestantes negros compartían opiniones similares con respecto a diversos temas teológicos y morales, la tradición protestante negra estaba

impregnada por una teología profética que chocaba con el nacionalismo cristiano de los evangélicos blancos. Merece la pena recordar que tanto en el caso de Barack como en el de Michelle Obama, sus pecados imperdonables, al menos por lo que a los evangélicos blancos conservadores concernía, incluían su crítica a Estados Unidos. En el caso de Michelle, era una confesión que había hecho mientras recorría el país dando discursos de apoyo a su marido; reflexionando sobre el compromiso de los seguidores de Obama, había declarado que, «por primera vez» en su vida adulta, se sentía orgullosa de su país porque «parece que por fin regresa la esperanza». Los conservadores se abalanzaron sobre ella. ¿No era acaso Michelle adulta cuando se ganó la Guerra Fría? ¿No había nada de lo que sentirse orgulloso en los últimos veinticinco años de historia de los Estados Unidos? Por su parte, Cindy McCain se apresuró a afirmar que siempre se había sentido orgullosa de su país.[462]

Y en el caso de Barack Obama era una polémica relacionada con su pastor, el reverendo Jeremiah Wright, la que amenazaba con descarrilar su campaña. Poco después de los atentados contra las Torres Gemelas del 11-S, Wright había recordado a los estadounidenses que su país había desplazado a los amerindios usando tácticas «terroristas», que había bombardeado Granada, Panamá, Libia, Hiroshima y Nagasaki y había apoyado el terrorismo de Estado contra los palestinos y en Sudáfrica. Citando a Malcolm X, advirtió que «Estados Unidos estaba recogiendo el fruto amargo de su política». También salió a la luz un sermón de 2003 en el que Wright pronunció la memorable frase «Dios maldiga América», una expresión que puntualizó añadiendo «mientras continúe actuando como si fuera Dios y esté por encima del bien y del mal». Aquel sermón era una diatriba contra la militarización, contra aquellos «cegados por una cultura bélica». La guerra, el ejército, la colonización, la ocupación, los cambios de régimen, nada de eso traería la paz, insistía Wright. Solo generaría más violencia. Wright criticaba a los «pocos musulmanes» que llamaban a la yihad, pero también a los cristianos que llamaban a una «cruzada», cristianos que consentían el asesinato de civiles, los daños colaterales, las tácticas de «conmoción y pavor», los ataques preventivos y la invasión unilateral de otro país amparándose en que el fin justificaba los medios y en que Dios bendeciría sus esfuerzos. Wright también condenaba el legado racista del país, la mentira de que todos los hombres nacían iguales cuando tal premisa solo se aplicaba a los hombres blancos. Y ponía sobre la mesa

mentiras más recientes, como las orquestadas por Oliver North y los falsos pretextos esgrimidos para justificar la invasión de Irak: «Este Gobierno mintió en sus documentos fundacionales y sigue mintiendo a día de hoy». Para los evangélicos blancos impregnados de nacionalismo cristiano, sus palabras eran blasfemias.[463]

Para sofocar la polémica, Obama pronunció uno de los discursos más potentes de su carrera política. Declaró su «fe inquebrantable en la decencia y la generosidad del pueblo americano», si bien reconocía que la Constitución era un trabajo inacabado y era necesario hacer extensiva la libertad y la justicia a todas las personas. Criticó el «lenguaje incendiario» de su pastor, argumentando que denigraba «tanto la grandeza como la bondad de nuestra nación» y denunció «las ideologías perversas y aborrecibles del islam radical». Sin embargo, insistió en que Wright era mucho más de lo que aquella retórica sugería; su iglesia contenía «en su totalidad la bondad y la crueldad, la inteligencia perspicaz y la ignorancia desconcertante, las luchas y los éxitos, el amor y, sí, también el encono y los prejuicios que componen la experiencia negra en Estados Unidos», y añadió que no podía renegar del reverendo Wright de la misma manera que no podía hacerlo de la comunidad negra ni de su abuela blanca. «Estas personas forman parte de mí. Y forman parte de Estados Unidos, el país que amo». La declaración de amor de Obama hacia su país fue suficiente para muchos estadounidenses, pero no para la mayoría de los evangélicos.[464]

Dentro de la comunidad evangélica, Dobson se consagró como el crítico más feroz de Obama. En junio de 2008 arremetió contra él en su programa radiofónico, donde lo acusó de distorsionar la Biblia para adecuarla a su visión del mundo, de hacer «una interpretación chiflada de la Constitución» y de apelar al «denominador común más bajo de la moralidad». En concreto, se cebó con un discurso que Obama había dado en 2006 en el que había defendido el derecho de las personas de fe a exponer sus creencias religiosas en la esfera pública, al tiempo que había señalado que existían discrepancias entre los cristianos sobre la mejor manera de hacerlo. ¿El cristianismo de quién se impondría? «¿Abrazaremos el de James Dobson o el de Al Sharpton?», había preguntado Obama. «¿Qué pasajes de las Escrituras deberían guiar nuestra política pública?». ¿Debían determinar los pasajes del Antiguo Testamento que la esclavitud era aceptable y en cambio no lo era comer marisco? «¿O deberíamos guiarnos solo por el Sermón de la montaña, un pasaje tan radical que cabe dudar incluso de que el

Departamento de Defensa de la nación sobreviviera a su aplicación?». A Dobson no le hizo ninguna gracia.[465]

Sin embargo, no estaba claro si la opinión de Dobson seguía importando. Con la aparente deserción de los jóvenes evangélicos de la política de la derecha religiosa y del Partido Republicano, en 2008 parecía que «los viejos leones de la derecha cristiana» habían empezado a «balbucear», como apuntó un periodista. Durante la campaña, algunos evangélicos salieron en defensa de Obama. Antes de su despegue, Richard y Cizik, de la Asociación Nacional de Evangélicos, habían asegurado que Obama era, sin duda, «un hermano en Cristo». El reverendo de megaiglesia Rick Warren recibió a Obama en su congregación, y varios evangélicos se esforzaron por ampliar los «temas de valores» abordados e incluir la pobreza, el medio ambiente y la atención sanitaria. Fue la sorprendente elección por parte de McCain de la gobernadora de Alaska Sarah Palin como compañera de fórmula la que ayudó a la vieja guardia a reagruparse y transformó las elecciones en otra de las competiciones basadas en la guerra cultural. El gesto de McCain hizo que Dobson cambiara de cantinela. La selección de Palin fue «uno de los días más emocionantes» de su vida. Palin no tardó en recibir elogios por parte del presidente del Consejo de Investigación Familiar Action, Tony Perkins, de la presidenta de la Coalición Cristiana, Roberta Combs, y de Richard Land.[466]

No obstante, la candidatura de Palin planteaba un problema con respecto al tema del género. Para los evangélicos que apostaban por el liderazgo masculino, ¿era apropiado que una mujer ocupara una posición de tanto poder? Si la alternativa era Barack Obama, indudablemente la respuesta era un sí. Días antes de los comicios de 2008, John Piper publicó una entrada en un blog con el título de «Por qué una mujer no debería postularse como vicepresidenta, pero gente sabia decide votarla?». Piper dejaba claro que seguía creyendo que «la Biblia pone en los hombres el peso del liderazgo principal, de la provisión y la protección», y lo que «la Biblia no hace es alentarnos a pensar que una nación está bendecida cuando son las mujeres quienes llevan las riendas de la autoridad nacional». Pero una mujer podía ocupar el cargo más alto si su rival masculino podía hacer mucho más daño «exaltando un patrón defectuoso de la feminidad».[467]

Aun así, para la mayoría de los evangélicos, apoyar a Palin no suponía en realidad optar por el mejor de dos escenarios malos. Criada en el evangelismo aconfesional con una cierta dosis de pentecostalismo, Palin se

describía como una «cristiana que cree en la Biblia» y una candidata con los pies en la Tierra («una madre como otra cualquiera») que comunicaba con los evangélicos comunes, con la gente llana cansada de ser menospreciada por las «élites liberales». Además, era creacionista, una firme defensora de las armas y antiabortista, y acababa de dar a luz a su quinto hijo, que tenía síndrome de Down. Pero Palin no proyectaba solo, ni siquiera principalmente, una imagen maternal. Aquella antigua reina de la belleza encarnaba un ideal femenino que había sido elevado a nuevas cotas de significado espiritual y político. Era la guerrera de la cultura por excelencia, una Phyllis Schlafly para una nueva generación, un pitbull con pintalabios a la caza de alces capaz de competir con las feministas sin renunciar a su atractivo sexual. En este sentido, Palin encarnaba el ideal conservador de que «sus» mujeres sabían cómo complacer a los hombres. Y a Palin le encantaba socavar la masculinidad de los hombres liberales, sobre todo de Barack Obama. Muchos votantes consideraban que la imprevisibilidad y la ignorancia general de Palin con respecto al mundo de los negocios la descalificaba, pero para muchos evangélicos era, en palabras de Richard Land, «una estrella de rock».[468]

El 74 por ciento de los evangélicos blancos votaron a McCain/Palin. Pero el 24 por ciento de los evangélicos blancos, un cuatro porciento más que en 2004, rompieron filas y votaron a Obama. La campaña de Obama había ido dirigida a los evangélicos blancos moderados, personas que llevaban veinte años votando al Partido Republicano pero a quienes interesaba ampliar la lista de «valores morales» para incorporar temas como la pobreza, el cambio climático, los derechos humanos y el medio ambiente. Obama duplicó su apoyo entre los evangélicos blancos de entre dieciocho y veintinueve años, en comparación con los resultados de Kerry de 2004, y prácticamente lo redobló entre aquellos con edades comprendidas entre los treinta y los treinta y cuatro años. Estudiosos y comentaristas por igual empezaron a proclamar el fin de las guerras culturales y anticiparon «el fin de unos Estados Unidos cristianos blancos». La vieja guardia quedó conmocionada.[469]

Sin embargo, cuando más fuerza mostraba el evangelismo combativo era cuando tenía un enemigo claro con el que batirse. Dos semanas antes de las elecciones, con la victoria de Obama perfilándose como probable en el horizonte, un pastor evangélico de Colorado Springs recordó a sus

feligreses lo siguiente: «Esto podría ser lo mejor que le ha pasado nunca a la causa evangélica. […] Estamos acostumbrados a nadar contra marea». Y tenía razón. La presidencia de Barack Obama reforzaría la sensación de asedio de los evangélicos e instigaría a las voces más combativas dentro del movimiento.[470]

La raza había sido un factor determinante en la formación de la identidad política y cultural de los evangélicos, de modo que no sorprende que la oposición de este grupo al primer presiente afroamericano se fundamentara en su «otredad». Fueron contadas las expresiones explícitas de racismo, pero, entre los conservadores en general, el movimiento de los natalistas, que ponía en cuestión la legitimidad de la ciudadanía de Obama por temas relacionados con su nacimiento, ganó fuerza. Dentro de los círculos evangélicos, Franklin Graham echó leña al fuego corroborando que el presidente tenía que «resolver algunos problemas» relacionados con su certificado de nacimiento. Graham también puso en tela de juicio la legitimidad de la fe cristiana de Obama. Para los nacionalistas cristianos, sembrar dudas sobre la fe de Obama tenía el mismo efecto que hacerlo sobre la legitimidad de su ciudadanía. El problema del presidente, según Graham, era que «era musulmán de nacimiento», que su padre le había transmitido la «semilla del islam» y que «el mundo islámico considera al presidente uno de los suyos». Graham detectaba «un patrón de hostilidad hacia el cristianismo tradicional por parte de la Administración Obama», mientras que los musulmanes parecían estar «obteniendo un pase».[471]

Otros evangélicos también describían al presidente como un simpatizante musulmán. Gary Bauer aseguraba que tenía más interés «en defender la reputación del islam» que en «salvar vidas de cristianos» y consideraba prudente advertir a Obama de que defender el islam no figuraba «en la descripción de su empleo». Los evangélicos conservadores arremetieron contra la reticencia del presidente a utilizar la expresión «extremismo islamista» y manifestaron su repugnancia cuando «habló de manera elogiosa y efusiva del Corán en múltiples ocasiones» durante su discurso en El Cairo en 2009. En 2010, más evangélicos blancos creían que Obama era musulmán (un 29 por ciento) que cristiano (27 por ciento). Y un 42 por ciento afirmaba no saberlo.[472]

El espectro de un musulmán en la Casa Blanca atrincheró aún más la islamofobia ya generalizada entre la derecha religiosa. Durante el primer año de Obama en la presidencia, Phyllis Schlafly dio una conferencia

titulada «Cómo recuperar América». El coloquio incluía las sesiones habituales sobre «Cómo contrarrestar el movimiento extremista homosexual», «Cómo poner fin al socialismo en la asistencia sanitaria» y «Cómo identificar la vida bajo los nazis y comunistas», pero, además, se invitó al general Jerry Boykin a pronunciar una charla sobre la amenaza del islam. Un año después, Boykin colaboró en un informe titulado «La *sharía*: la amenaza a Estados Unidos», publicado por un *think tank* neoconservador. El informe advertía de planes musulmanes para imponer la ley islámica y aseguraba que la mayoría de las organizaciones sociales musulmanas eran «fachadas para yihadistas violentos». El director del centro apreció un interés considerable por parte de las «fuerzas de mantenimiento de la ley locales, la seguridad nacional, la policía estatal, las unidades de la Guardia Nacional, etc.», incluso aunque los expertos en terrorismo tildaran el informe de «impreciso y contraproducente».[473]

Durante el primer mandato de Obama, los evangélicos conservadores se esforzaron por volver a seducir a los miembros más volubles de la generación más joven. Dos años después de la elección, Wayne Grudem, cofundador del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, expresidente de la Sociedad Teológica Evangélica y uno de los principales defensores del complementarismo entre géneros, decidió intervenir directamente en la política. Hasta entonces, Grudem se había centrado principalmente en la teología y el género, había escrito varios libros en los que difundía la «masculinidad y la feminidad bíblicas», había ejercido como editor general del ESV Study Bible y había escrito una aproximación evangélica a la teología sistemática. En 2010 publicó lo que resultó ser una guía sistemática de la política; con más de seiscientas páginas, el libro exponía de manera exhaustiva la opinión «bíblica» relativa a todos los asuntos políticos. Grudem denunciaba el derecho al aborto y los derechos del colectivo LGBT, y defendía la libertad religiosa y la soberanía nacional. La inmigración ilegal era un problema, pero también lo eran «el excesivo número» de inmigrantes legales que no parecían estarse integrando. Recomendaba cerrar las fronteras de manera inmediata y efectiva, en especial con México. Para Grudem, el amor al vecino pasaba por ir a la guerra para protegerlo de los «malvados agresores». El poderío militar era una bendición, y era un error no utilizarlo, sobre todo frente a la mayor amenaza del país, el terrorismo islámico. Tratar el terrorismo como «un problema de mantenimiento del orden» no funcionaría; se imponía la guerra

preventiva. Para los menos inclinados a comprar un pesado mamotreto sobre política cristiana, los aspectos básicos de la cosmovisión política delineada por Grudem podían consultarse fácilmente en decenas de libros sobre la masculinidad evangélica publicados en la década de 2000. La masculinidad cristiana de los fieles comenzaba en la familia, pero no terminaba ahí.[474]

Con la esperanza de cortar de raíz la deriva hacia la izquierda de la generación más joven de evangélicos, Grudem criticó a quienes se sentían tentados de votar no a un partido, sino a un candidato, una transgresión que demasiados evangélicos habían cometido en 2008. En 2012, tanto Grudem como sus aliados conservadores vieron un pequeño descenso en las deserciones evangélicas (la proporción de voto evangélico blanco por Obama descendió al 21 por ciento), pero no consiguieron desterrar a Obama del Despacho Oval. El resentimiento se enconó. Mientras el presidente Obama prometía su segundo mandato, Mark Driscoll tuiteó que rezaba por un presidente que ponía «sus manos sobre una Biblia en la que no cree para hacer un juramento a un Dios a quien probablemente no conoce».[475]

Durante el segundo mandato de Obama, la oposición evangélica se manifestó en torno al tema de la libertad religiosa, y para los evangélicos, la «libertad religiosa» no se aplicaba por igual a todas las fes; su defensa de la libertad religiosa estaba vinculada a su defensa de unos «Estados Unidos cristianos» y al régimen de géneros conservador. Ya durante el primer ejercicio en el cargo de Obama, el mandato sobre los anticonceptivos contemplado por la Ley de Protección al Paciente y Cuidado Asequible (ACA), conocida popularmente como Obamacare, había indicado que la extralimitación de un Gobierno hostil podía coaccionar a los cristianos a participar en prácticas que aborrecían. En 2012, la Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU, por sus siglas en inglés) inició una demanda contra el propietario cristiano conservador de la pastelería Marterpiece Cakeshop por negarse a elaborar una tarta para un matrimonio entre personas del mismo sexo. En el verano de 2015, la Corte Suprema se pronunció a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo, lo cual obligó a muchos otros empresarios cristianos a actuar en contra de su conciencia. Semanas después, una secretaria de condado de Kentucky llamada Kim Davis se convirtió en la protagonista de un pleito célebre entre los conservadores religiosos al negarse a expedir licencias de matrimonio para parejas del mismo sexo. Un año después, la Administración demandó a

Carolina del Norte por la polémica «Ley de los cuartos de baño» del estado, que obligaba a las personas a utilizar las instalaciones de acuerdo con el sexo que se les había asignado al nacer. Los evangélicos estaban desconcertados por el ritmo de su aparente marginación, pero no estaban dispuestos a dar la batalla por perdida.[476]

Como de costumbre, los líderes evangélicos conservadores se esforzaron por galvanizar a sus partidarios azuzando la sensación de asedio e invocando una mayor belicosidad. Recurrieron a un guion familiar. Después de que el Pentágono levantara la prohibición a las mujeres para participar en combate en 2013, John Piper calificó el apoyo de Obama a dicho movimiento como «una vergüenza para la masculinidad del presidente». En un evento del Día Nacional de la Oración de 2014, Dobson etiquetó a Obama como «el presidente del aborto». La furia de Dobson por la amenaza de establecer aseos para personas transgénero era un reflejo de las antiguas convicciones acerca de la sexualidad masculina incontrolable, la vulnerabilidad de las mujeres y el comportamiento depredador de los hombres. Dobson, que culpó al «tirano Obama» por sus intentos dictatoriales de alterar cómo los hombres y las mujeres se relacionaban entre sí y cómo percibían los niños su propia identidad de género, no pudo contenerse: ¿quién habría imaginado que llegaría un día en el que «los niños podrían deambular por el santuario privado de los aseos de las niñas» o en que los «calenturientos adolescentes en los institutos» pudieran devorar con los ojos los cuerpos de las chicas en las duchas? «¿Nos hemos vuelto locos de remate?». En un lenguaje que recordaba al que habían empleado los detractores de la Enmienda de Igualdad de Derechos tres décadas antes, Dobson hizo un llamamiento desesperado a la acción a los hombres estadounidenses para que defendieran a sus esposas de hombres que se travestían para mirar por encima de los cubículos en los cuartos de baño, y a sus hijitas de hombres «que entrarían sin avisar, se bajarían la cremallera y orinarían delante de ellas». Si algo de aquello hubiera ocurrido un siglo atrás, «alguien se habría llevado un tiro. ¿Dónde está la masculinidad hoy en día? ¡Que Dios nos ampare!». El general Boykin manifestó su acuerdo: «El primer hombre que entre en un cuarto de baño donde esté mi hija no tendrá que preocuparse porque le hagan la cirugía». El vicepresidente ejecutivo del Consejo de Investigación Familiar aseguró haberse sorprendido cuando la comunidad LGBT reaccionó acusándolo de incitar a la violencia.[477]

Sin embargo, no hacía falta que los hombres evangélicos respondieran al llamamiento de Dobson. Ya fueran escritores, pastores o feligreses sentados en los bancos de las iglesias, los hombres evangélicos hacía ya tiempo que promocionaban y encarnaban una masculinidad cristiana beligerante con un fervor creciente. Durante los años de Obama, nuevas voces entonaron la ya conocida cantinela.

Eric Metaxas se erigió como una de las voces más destacadas de la masculinidad cristiana en la era Obama. Metaxas no era un recién llegado al mundo editorial evangélico ni a la cultura evangélica en general. Criado en la Iglesia ortodoxa griega, había iniciado su carrera escribiendo literatura infantil. En 1997 empezó a trabajar como escritor y editor para el programa radiofónico de Charles Colson *BreakPoint*, y luego trabajó como guionista en *VeggieTales*, una serie de vídeos infantiles en los que unas hortalizas antropomórficas impartían lecciones sobre valores bíblicos y moralidad cristiana. (Bob el Tomate y Larry el Pepino pasaron a ser nombres conocidos en todos los hogares evangélicos de la década de 1990). Ocultando su participación en *VeggieTales*, Metaxas dotó a la literatura sobre la masculinidad evangélica de una nueva sofisticación. Ingenioso, nacido en Manhattan y educado en Yale, Metaxas tenía un perfil distinto al de muchos portavoces de la derecha cristiana. Y aunque sus textos no fueran exactamente sesudos, sí que eran más eruditos que la mayoría de los libros producidos como churros en las imprentas cristianas. Más afable en su presentación que el instigador evangélico medio, Metaxas fue una estrella en alza en el mundo cristiano conservador de la década de 2000. Tras el deceso de Colson en 2012, asumió el mando de *BreakPoint*, un programa retransmitido por 1400 emisoras para un público de ocho millones de radioyentes. Aquel año también dio el discurso de apertura del Desayuno de Oración Nacional, donde aprovechó la oportunidad para regañar al presidente Obama a la cara y reprender a quienes hacían alarde de una «falsa religiosidad» pronunciando versos bíblicos al tuntún y afirmando ser cristianos al tiempo que negaban la exclusividad de la fe y la humanidad de los nonatos. En 2015 lanzó su propio programa radiofónico diario retransmitido a escala nacional, *The Eric Metaxas Show*.[478]



Eric Metaxas pronunciando el discurso de apertura del 60.º Desayuno de Oración Nacional en el Washington Hilton el 2 de febrero de 2012. REUTERS/LARRY DOWNING.

Metaxas se especializó en escribir acerca de prohombres cristianos. Su libro de 2007, *Amazing Grace: William Wilberforce and the Heroic Campaign to End Slavery*, contribuyó a afianzar su posición en el mundo evangélico. En la narrativa de Metaxas, los cristianos evangélicos eran los buenos, compartían «la perspectiva de Dios sobre el tema» y rechazaban «las visiones raciales abominables» defendidas por los no cristianos y los «cristianos culturales». En 2011 publicó *Bonhoeffer: Pastor, Martyr, Prophet, Spy*. El retrato de Dietrich Bonhoeffer que presentaba Metaxas guardaba un parecido asombroso con los estadounidenses evangélicos conservadores, por el hecho de combatir no solo a los nazis, sino también a los cristianos liberales que supuestamente estaban tras el auge del nazismo. De nuevo, los evangélicos eran presentados como héroes. Y eso les encantó. Los historiadores, por su parte, hicieron trizas el libro; el director de los Programas de Ética, Religión y el Holocausto del Museo del Holocausto de Estados Unidos lo describió como «una terrible simplificación» y, en algunos puntos, como «una malinterpretación del pensamiento de Bonhoeffer, del mundo teológico y eclesiástico de su tiempo y de la historia de la Alemania nazi».[479]

En su libro de 2013 *7 Men: And the Secret of Their Greatness*, Metaxas reveló el objetivo más general subyacente a las biografías. Quería aclarar la confusión en torno a la «idea de la masculinidad» abordando dos «preguntas de vital importancia»: ¿qué es un hombre? y ¿qué hace grande a un hombre? La respuesta empezaba ni más ni menos que con John Wayne. Wayne era el «icono de la masculinidad y la hombría». Era «rudo y se pavoneaba», pero utilizaba su fuerza para proteger a los débiles. Generaciones de hombres se inspiraron en su modelo de masculinidad, hasta que algo ocurrió. Y ese algo fueron los años sesenta.[480]

La transformación probablemente tuvo algo que ver con Vietnam o con el Watergate, reflexionaba Metaxas. Hasta la guerra de Vietnam, la opinión general había creído que las guerras libradas tenían sentido y que los estadounidenses patriotas habían defendido debidamente el país y sus libertades. Vietnam cambió todo eso. «Ídem con el Watergate», que nos presentó a un presidente que no actuaba a la altura de su cargo. Desde entonces, la opinión general se había centrado en los aspectos negativos de las personas famosas, y cuesta que surjan héroes en un clima así. Para empeorar las cosas, los norteamericanos habían ampliado sus críticas de manera retrospectiva a su historia. George Washington había dejado de ser ensalzado como un padre fundador heroico y altruista y ahora era acusado de haber sido un terrateniente adinerado y un esclavista hipócrita. En lugar de celebrar a Cristóbal Colón como el «intrépido visionario» que fue, ahora los estadounidenses desacreditaban al explorador como un asesino de los pueblos indígenas. Metaxas concedía que la «idolatría» no era buena, pero ser «abiertamente crítico» con buenos hombres también podía tener un inmenso efecto destructor.[481]

Para Metaxas, el declive de la masculinidad socavaba el nacionalismo cristiano y erosionaba la autoridad patriarcal. Bastaba con comparar la serie de televisión de la década de 1950 *Papá lo sabe todo* con el retrato que los medios de comunicación generales hacían de los padres en la actualidad, «como zopencos o como déspotas dementes». El país estaba pagando un amargo precio por su rechazo de la autoridad. Los jóvenes, en particular, necesitaban héroes y modelos de rol para entender «qué significaba ser un hombre de verdad, un buen hombre, un hombre heroico y valiente». Metaxas no decía nada que los evangélicos no llevaran diciendo cincuenta años. Pero con Barack Obama en la Casa Blanca y con abundantes

evidencias de que los evangélicos estaban perdiendo la guerra cultural, su mensaje resonó ampliamente.[482]

Y mientras que Metaxas protagonizaba un discurso intelectualoide sobre la masculinidad heroica, los Robertson ofrecían una versión a todas luces populachera. *Duck Dinasty,* el programa de telerrealidad en el que aparecía la familia Robertson, se estrenó en antena en 2008, y en 2013 se había convertido ya en uno de los más populares de la televisión, con casi doce millones de espectadores en el estreno de su cuarta temporada, más que los episodios más vistos de las series favoritas de la crítica, *Breaking Bad* y *Mad Men,* combinadas. Era un programa que celebraba la fe, la familia y la caza de patos. En el clan Robertson no había confusión de géneros. Los hombres eran hombres: corpulentos, fornidos y barbudos. Y las mujeres eran mujeres: esposas e hijas perfectamente emperifolladas que recibían a sus maridos en casa tras la larga jornada laboral con una comida casera. Phil Robertson, el patriarca de la familia, había sido mariscal de campo de su equipo de fútbol americano del instituto; su hermano, el «loco» tío Si, era un veterano de Vietnam. Había rifles y ballestas, múltiples variedades de cecina y ni un ápice de elitismo.[483]

Duck Dynasty era un programa hecho para los ciudadanos de los estados con mayoría republicana. Y para cristianos. Phil Robertson, el patriarca de la familia, era un mojigato confeso y su hijo Al era predicador. Tanto en pantalla como fuera de ella, el clan Robertson al completo se comprometía con «la fe, la familia, el compañerismo, el perdón y la libertad». La serie en sí no era descaradamente cristiana, en parte gracias al inteligente montaje de A&E. «No queremos que parezca “un programa de variedades para blancos pobres”», explicaba Al. En pantalla, los Robertson desplegaban su fe con sutileza, pero, como celebridades, no tenían reparos en abordar temas polémicos de manera directa. En 2013, en un discurso en un centro para embarazadas, Phil denunció el aborto y a los *hippies* como responsables de un movimiento que «sacó a 60 millones de bebés de los úteros de sus madres». Más tarde, aquel mismo año, en una entrevista concedida a *GQ*, sugirió que la homosexualidad conduciría a la «bestialidad, a acostarse con esta mujer, esa mujer y la de más allá y con hombres», e incluyó unos cuantos términos de su elección sobre su propia preferencia por las vaginas frentes a los anos. Sin un montador que suavizara su diálogo, las palabras sin adulterar de Phil causaron indignación en algunos círculos. Pero entre muchos de sus fanes cristianos conservadores, Phil se erigió en una nueva

especie de guerrero cultural, un guerrero al que no importaba que se lo considerara «respetable», que no intentaba seducir al «*establishment*» y que hablaba sin tapujos.[484]

La industria editorial cristiana tomó nota. En 2013, el clan de los Robertson escribió *The Duck Commander Devotional*. Un año después, Jase Robertson publicó *Good Call: Reflections on Faith, Family and Fowl*, y Thomas Nelson publicó *Duck Commander Faith & Family Bible*, una nueva versión de la Biblia del rey Jacobo disponible en tapa dura. En 2015, Thomas Nelson publicó el libro de Jep y Jessica sobre la fe y la familia, y un libro de Sadie, que tenía diecisiete años, sobre el mismo tema. Los libros de los Robertson podían adquirirse como ediciones de LifeWay y a través de comercios minoristas como Walmart. Ya en la década de 1990, Thomas Nelson había reconocido que compartía una base de «valores familiares» con Walmart, y se habían asociado con la cadena minorista; en el plazo de diez años, Walmart se había convertido en el principal proveedor de productos de marketing cristianos del país, con un volumen de negocio de más de dos mil millones de dólares anuales. Christianbook.com también comercializaba diversos títulos de *Duck Commander,* además de colecciones de DVD, sudaderas con capucha, libros de cocina, postales, servilletas y platos de postre.[485]

A algunos evangélicos les inquietaba el «cristianismo cultural» que encarnaba aquella buena gente de Luisiana, pero los Robertson no eran solo «cristianos culturales». Eran evangélicos devotos y practicantes que, a la manera evangélica, concebían su fama como un medio para difundir su fe. Ahora bien, esta distinción debe someterse a escrutinio. A principios de la década de 2000, ¿era posible diferenciar el «cristianismo cultural» de una forma más pura y más auténtica de evangelismo estadounidense? ¿Qué significaba ser evangélico? ¿Significaba guiarse por un conjunto de verdades doctrinales, o aplicar dichas verdades como si se viviera en una guerra cultural? ¿Conllevaba acaso una idea de Dios y de la patria que propugnaba los valores de la clase trabajadora rural y blanca y denigraba tanto a los marginados como a las élites, al tiempo que se organizaba en torno a un hondo apego al militarismo y a la masculinidad patriarcal?[486]

Mientras Metaxas pontificaba sobre las virtudes de la masculinidad heroica desde su posición privilegiada en Manhattan y los Robertson llegaban a grandes sectores de los estadounidenses republicanos con su propia versión

de lo mismo, docenas de hombres evangélicos (y eran varones en cantidades abrumadoras) continuaron produciendo como churros literatura sobre la masculinidad cristiana de un nivel indiscutiblemente mediocre. El guerrero como modelo de virilidad cristiana siguió siendo omnipresente, y la visión militarista de la masculinidad cristiana siguió sin cuestionarse en los círculos evangélicos conservadores. Dentro de este género, los militares de la vida real continuaron exhibiendo un aura de autenticidad con la que los pastores no podían medirse.

En 2015, John McDougall, un capellán castrense graduado en West Point y veterano de Irak y Afganistán, publicó *Jesus Was an Airbone Ranger: Find Your Purpose Following the Warrior Christ*. Stu Weber, otro *ranger* que había conocido a McDougall en West Point, se encargó de escribir el prólogo del libro. Apartando a un lado al Jesús niño bonito de la catequesis con el que ningún hombre de verdad podía identificarse, McDougall dejaba claro que su salvador no era ningún mister Rogers.[487] Era un guerrero que sabía cómo canalizar la agresividad cuando lo necesitaba. «En el lenguaje de los comandos militares, Jesús era un bruto», un «hombre enérgico» que hacía un llamamiento a otros hombres para que «defendieran con vigor su reinado» —como «tipos rudos espirituales»— tanto en sus hogares como en sus comunidades y en el mundo en general. Aquel Jesús no tenía nada de formal y estirado. Era un «*ranger* aventurero con una misión», un jornalero del campo que sabía trabajar duro y jugar duro. A fin de cuentas, «“*ranger*” lleva implícita la “ira” (*anger* en inglés)».[488]

Aquel mismo año, Weber aunó fuerzas con otro guerrero en la vida real, Jerry Boykin, para escribir a dos manos *The Warrior Soul*. La Biblia estaba repleta de vocabulario bélico, con «ataques, heridas, sangre, sacrificio, espadas, batallas y victorias», y los cristianos no hallarían la paz hasta que el Cristo vencedor trajera el reino de la paz. Hasta entonces, eran ellos quienes debían unirse a la batalla. «¿Deberías *alzarte* (actuar) contra el asesinato de niños mediante el aborto? ¡Por supuesto que sí!». Y es fácil imaginar cómo. Lo mismo se aplicaba a la pastelería cristiana a la que habían multado por negarse a hacer una tarta para una «ceremonia de “matrimonio”» entre personas del mismo sexo. Había llegado el momento de hacerse ver. La guerra exigía sacrificios. ¿Y qué significaba eso para el lector de sillón? Por ejemplo, hacer una donación generosa al Consejo de Investigación Familiar (Boykin era su vicepresidente ejecutivo). «Extiende algunos cheques bien dirigidos, guerrero». O también podía adoptar la

forma de unirse a la lucha contra el terrorismo informándose de los peligros del islam: «¿Sabrías refutar de manera inteligente la *sharía* y la amenaza que representa para nuestra fe y nuestra cultura?».[489]

Weber y Boykin también tenían su opinión formada sobre la guerra de verdad. La Biblia enseñaba que era un error acordar una paz rápida y barata. Bastaba con mirar al antiguo Israel: como Israel se había negado «a sacrificarse como era debido», los israelíes no consiguieron conquistar la tierra. Y por si acaso los lectores no atinaban a entender la aplicación de tal ejemplo al mundo actual, lo explicaban sin ambages: la reticencia de Estados Unidos a reconocer la amenaza islamista ponía en peligro al país. Por supuesto, había musulmanes «moderados» que no compartían esta visión violenta del mundo, pero eran «malos musulmanes», de la misma manera que los cristianos de las principales confesiones que habían abandonado los fundamentos cristianos históricos eran «malos cristianos». Desatender la amenaza del islam violento podía ser letal.[490]

Weber y Boykin también arremetían con virulencia contra el control civil del ejército. Lo mejor era que fueran los propios soldados quienes determinaran la moralidad de la guerra: «Pese a su considerable pontificación sobre la materia, los filósofos no son necesariamente los más indicados para juzgar qué hace justa una guerra». Los soldados tenían «una perspectiva única de la naturaleza de la guerra» y eran quienes debían decidir «si una guerra era justa». Es más, el propio Dios tenía «un lugar especial en Su gran corazón para los guerreros y su soldadesca»; a fin de cuentas, Su hijo, Jesús, fue «un guerrero excepcional». Tanto la teología cristiana como «esta república constitucional» reservaban «un lugar de honor para el guerrero».[491]

Recordando los años de decadencia de la Administración Reagan, los evangélicos conservadores se habían esforzado por movilizarse cuando la presidencia de George W. Bush se aproximaba a su fin. Pero la derecha religiosa siempre había prosperado alimentándose de ese sentimiento de asedio y, en este sentido, la Casa Blanca de Obama fue una bendición para ella. Entre los cambios democráticos que presagiaban el fin de «unos Estados Unidos cristianos blancos», la aparente erosión de la lealtad entre las juventudes evangélicas y los constantes ataques a su concepción de la libertad de religión, los evangélicos blancos percibían peligros claros y presentes a su propia existencia. O, al menos, a su poder sociopolítico. La

elección de Obama había sido una llamada de advertencia para los líderes evangélicos. Sin dejar nada al azar, aprovecharon al máximo el momento y trabajaron sin descanso por avivar el miedo y el resentimiento. Hacia el final de los ocho años de Obama en el cargo, e incluso aunque los índices de valoración del presidente se contaban entre los más elevados de la historia presidencial reciente, los evangélicos blancos continuaron siendo sus críticos más feroces. El 74 por ciento tenía una opinión desfavorable de él, en comparación con el 44 por ciento de la población estadounidense general. Y lo que quizá sea más importante, los evangélicos conservadores habían revigorizado su idea de estar acosados. Unos tiempos drásticos exigían medidas drásticas. Y cuando llegó el año 2016, estaban preparados para la batalla. Solo necesitaban al guerrero indicado para liderar la carga. [492]

---

[461] «Religion and Politics ’08: John McCain», Pew Research Center, 4 de noviembre de 2008; Gross, Doug, 2009, «Focus on the Family’s James Dobson steps down», CNN, 28 de febrero.

[462] «Michelle Obama Takes Heat», Fox News, 19 de febrero de 2008.

[463] The Daily Dish, 2008, «The Wright Post 9/11 Sermon», *The Atlantic*, 22 de marzo; «(2003) Rev. Jeremiah Wright, “Confusing God and Government”», Blackpast, 6 de mayo.

[464] «Barack Obama’s Speech on Race», *New York Times*, 18 de marzo de 2008.

[465] Wehner, Peter, 2008, «Dobson vs. Obama», *Washington Post*, 28 de junio.

[466] Sullivan, Amy, 2008, «Is Dobson’s Obama Hit Backfiring?», *Time*, 6 de junio; Gross, «Focus on teh Family’s James Dobson steps down»; «McCain pics Alaska Gov. Sarah Palin for VP», *Christianity Today*, 29 de agosto de 2008.

[467] Piper, John, 2008, «Why a Woman Shouldn’t Run for Vice President, but Wise People May Still Vote For Her», Desiring God, 2 de noviembre, disponible en: http://www.desiringgod.org/articles/why-a-woman-shouldnt-run-for-vice-president-butwise-people-may-still-vote-for-her.

[468] «Is Palin an evangelical?», *Christianity Today*, 30 de agosto de 2008; Zizek, Slavoj, 2011, *Living in the End Times*, Londres: Verso, p. 270, citado

en: Katz, *Man Enough*, p. 218; Hagerty, Barbara Bradly, 2008, «How McCain Shed Pariah Status Among Evangelicals», NPR, *All Things Considered*, 23 de octubre.

[469] Martinez y Smith, «How the faithful voted»; Goodstein, Laurie, 2008, «Obama Made Gains Among Younger Evangelical Voters, Data Show», *New York Times*, 6 de noviembre.

[470] Goldenberg, «Evangelicals start soul-searching».

[471] Blackburn, Bradley, 2010, «The Rev. Franklin Graham Says President Obama was "Born a Muslim"», ABC News, 20 de agosto; Schaeffer, Frank, 2011, «Franklin Graham Is Big Time Religion's "Donald Trump"», *Huffington Post*, 28 de abril.

[472] Timm, Jane C., 2014, «Amid call for religious freedom, Values Voter speakers slam Islam», MSNBC, 26 de septiembre; Brody, David, y Scott Lamb, 2018, *The Faith of Donald J. Trump: A Spiritual Biography*, Northampton, Massachusetts: Broadside Books, p. 293; «Growing Number of Americans Say Obama is a Muslim», Pew Research Center, 18 de agosto de 2010.

[473] Montopoli, Brian, 2009, «Conservatives Fight "Homosexual Extremist Movement"», CBS News, 28 de septiembre, actualizado el 29 de septiembre de 2009; Priest, Dana, y William M. Arkin, «Monitoring America», *Washington Post*, *d*isponible en: https://web.archive.org/web/20101222221143/http://projects.washingtonpost.com/top-secret-america/articles/monitoring-america/6/.

[474] Grudem, Wayne A., 2010, *Politics – According to the Bible: A Comprehensive Resource for Understanding Modern Political Issues in Light of Scripture*, Grand Rapids, Míchigan: Zondervan, 2010), pp. 150-151, 388-389, 392, 396, 409-410, 472-473 y 527.

[475] Martínez y Smith, «How the faithful voted»; Driscoll, Mark, 2013, tuit, 21 de enero, 08:17 horas, disponible en: https://twitter.com/PastorMArk/status/29339187 8949335043.

[476] Fea, John, 2018, *Believe Me: The Evangelical Road to Donald Trump.* Grand Rapids, Míchigan: Eerdmans, p. 25.

[477] Piper, John, 2014, «The Folly of Men Arming Women for Combat», Desiring God, 6 de enero, disponible en: https://www.desiringgod.org/articles/the-folly-of-men-arming-women-for-combat [consulta: 28 de enero de 2019]; Dobson, James, 2016. «Protect Your Kids from Tyrant Obama», WND, 30 de mayo, disponible en:

http://www.wnd.com/2016/05/protect-your-kids-from-tyrant-obama/; Kumar, Anugrah, 2016, «College Reverses Decision to Fire Lt. Gen Boykin Over Transgender Bathroom Comments», *Christian Post*, 21 de mayo.

[478] Joseph, Mark, «The President & The Prophet: Obama's Unusual Encounter with Eric Metaxas», *National Review*, 7 de febrero de 2012.

[479] Metaxas, Eric, 2016, *Seven Men: And the Secret of Their Greatness*, Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, p. 47; Ward, Jon, 2018. «Author Eric Metaxas, evangelical intellectual, chose Trump, and he's sticking with him», Yahoo! News, 23 de febrero.

[480] Metaxas, *Seven Men*, p. xiii.

[481] Metaxas, *Seven Men*, p. xv-xvi.

[482] Metaxas, *Seven Men*, p. xvii-xviii.

[483] Bailey, Sarah Pulliam, 2013, «"Duck Dynasty" success thrives on Christian stereotypes», Religion News Service, 21 de agosto.

[484] Bailey, Pulliam, «"Duck Dynasty"»; Margary, Drew, 2013, «What the Duck». *GQ*, 17 de diciembre.

[485] Moreton, *To Serve God and Wal-Mart*, pp. 90-91.

[486] Kidd, Thomas, 2013, «Duck Dynasty's Cultural Christianity», Patheos, 27 de agosto, disponible en: http://www.patheos.com/blogs/anxiousbench/2013/08/duck-dynastys-cultural-christianity/.

[487] Frederick McFeely Rogers (1928-2003) fue un presentador de televisión, marionetista, ministro presbiteriano y educador estadounidense. Creó el programa infantil *Mister Rogers' Neighborhood*, que se emitió durante tres décadas en la cadena de televisión pública estadounidense PBS. *(N. de la T.)*

[488] McDougall, John, 2015, *Jesus Was an Airbone Ranger: Find Your Purpose Following the Warrior Christ*, Colorado Springs, Colorado: Multnomah, pp. 11, 101, 114 y 119.

[489] Boykin, Jerry, y Stu Weber, 2015, *The Warrior Soul: 5 Powerful Principles to Make You a Stronger Man of God*, Lake Mary, Florida: Charisma House, pp. 18, 31-32.

[490] Boykin y Weber, *The Warrior Soul*, pp. 45 y 86.

[491] Boykin y Weber, *The Warrior Soul*, pp. 107-108, 183 y 198.

[492] Cooper, Betsy, y Harmeet Kamboj, 2017, «Ahead of Farewell Address, Obama's Favorability Across the Country», PRRI, 9 de enero;

Jones, Robert P., 2016. *The End of White Christian America,* Nueva York: Simon & Schuster.

15

Un nuevo sumo sacerdote

A los evangélicos que desdeñaban al presidente Obama y todo lo que significaba les costaba imaginar a alguien peor que él. Y entonces Hillary Clinton se postuló como candidata.

Clinton era una cristiana devota, pero del tipo equivocado. Habló con frecuencia sobre la fe metodista durante la campaña de 2016, recitando sus pasajes favoritos de las Escrituras con soltura. Aprovechando una tradición de la religión civil norteamericana, recordó a los estadounidenses que eran grandes porque eran buenos y los alentó a invocar a los mejores ángeles de su naturaleza. Durante la campaña electoral, pareció sentirse especialmente cómoda entre protestantes negros, cuya tradición de fe profética tenía muchas similitudes con su propio metodismo progresista. Pero, para los evangélicos blancos, Clinton se encontraba en el lado equivocado prácticamente en todos los temas. Feminista y mujer de carrera, pensaba que los niños debían criarse en comunidad. Defendía los derechos humanos a escala mundial y los derechos de las mujeres a expensas de la soberanía de Estados Unidos, al menos a ojos de sus críticos. Y estaba a favor del derecho a decidir. El hecho de que leyera su misma Biblia carecía de importancia para la mayoría de los evangélicos, que interpretaban su testimonio de fe como una mera complacencia política, cuando no una mentira sin paliativos.

Tras dejar la Casa Blanca, Clinton había logrado un éxito político considerable por su cuenta, primero como senadora de Nueva York y luego como secretaria de Estado. En 2012 era más popular que el presidente Obama y que el vicepresidente Biden. Pero el atentado contra el consulado estadounidense en Bengasi aquel año y los subsiguientes intentos de los republicanos por culparla de ello (y por, supuestamente, encubrirlo) ayudaron a los conservadores a presentar a Clinton como una persona

inadecuada para defender el país. Tras salir a la luz que había utilizado un servidor de correo electrónico privado para las comunicaciones oficiales, ese relato tomó aún más fuerza. Conforme las elecciones de 2016 fueron avanzando, quedó claro que Clinton no conseguiría convencer a sus detractores evangélicos.[493]

Tampoco parecía esforzarse demasiado por hacerlo. Sobre el tema del aborto, los demócratas habían hecho campaña desde hacía largo tiempo con el mantra de «seguro, legal y puntual», pero, en 2016, el «puntual» desapareció de su léxico. Cuando le preguntaron por el aborto en un debate, Clinton no se anduvo con evasivas. Como presidenta, defendería la planificación familiar, la jurisprudencia del *Caso Roe contra Wade* y «los derechos de las mujeres a tomar sus propias decisiones en cuanto a salud corresponde» incluso en el caso de los abortos. En el mejor de los supuestos, su respuesta sin remordimientos desconcertó a los evangélicos por no prestar oídos a la realidad. Y en el peor, confirmó sus peores temores acerca de lo que significaría la presidencia de Clinton. Además, los conservadores pintaron a Clinton como una detractora virulenta de la libertad de religión, lo cual no hizo sino reforzar su nerviosismo con respecto a las elecciones y lo que significarían para el futuro del Tribunal Supremo.[494]

Y luego estaba la cuestión de su género. John Piper había concedido una dispensa especial para votar por el binomio McCain/Palin, pero Hillary Clinton no era ninguna Sarah Palin. Dejando de lado todos los aspectos políticos, el hecho de que Clinton fuera una mujer la descalificaba a ojos de muchos evangélicos conservadores. Pero en las elecciones de 2016, las opiniones de los evangélicos con respecto al género no solo afectaron al hecho de si Clinton resultaba atractiva o no. El género fue también un factor determinante para apuntalar el apoyo al candidato republicano, un hombre poco convencional y de dudosa moral: Donald J. Trump.

El encaprichamiento de los evangélicos con Donald Trump no fue instantáneo, y no empezó con su liderazgo. En un principio, evangélicos destacados se inclinaron por candidatos republicanos más tradicionales, y había muchos entre los cuales elegir.

El candidato Mike Huckabee denunció el matrimonio entre personas del mismo sexo, desmereció a las mujeres «ordinarias» que decían palabrotas, criticó a los Obama por dejar que sus hijas escucharan a Beyoncé, advirtió

de que el Estado Islámico era una amenaza mayor que las «quemaduras del sol» que podían afectar a la población con el cambio climático y declaró «la guerra a la “teocracia laica”». Otro candidato popular entre los evangélicos era Ben Carson. Carson, un afroamericano conservador, sabía cómo seducir a las multitudes evangélicas blancas. Sugirió que un musulmán no debería poder ser presidente de los Estados Unidos, defendió el derecho a ondear la bandera confederada, comparó la corrección política con las prácticas de la Alemania nazi e insinuó que el Holocausto no habría ocurrido si los judíos hubieran estado armados. Carson apelaba a los evangélicos que afirmaban, y en ocasiones creían sinceramente, que no tenían convicciones racistas, al no exigirles que sacrificaran ninguno de sus compromisos sociales ni políticos. Por su parte, Marco Rubio se postulaba con fuerza para ganar el voto evangélico. Había organizado una «junta asesora sobre la libertad religiosa» que contaba entre sus miembros a Wayne Grudem y a otros académicos y líderes de fe evangélicos, y seducía, en particular, a las altas esferas evangélicas del norte, a saber: los evangélicos afines a Wheaton y *Christianity Today*.[495]

El senador texano Red Cruz también se postuló como candidato. Hijo de un evangélico itinerante, Cruz se había criado en la tradición dominionista, e incluso más que Huckabee, Rubio y Carson, sabía cómo azuzar los temores de los cristianos conservadores. Cruz establecía diferencias claras entre el bien y el mal; por supuesto, él estaba en el bando de Dios, enfrentado a las fuerzas del mal. Hablaba de la necesidad de «Restaurar América» y se hacía eco del vocabulario militarizado que había permeado en el evangelismo estadounidense. El país estaba «siendo atacado» y la situación solo iba a empeorar. Con la muerte del juez del Tribunal Supremo Antonin Scalia, Cruz pintaba un escenario apocalíptico de lo que podía suceder con la designación de un magistrado liberal a la corte: aborto ilimitado a demanda, fin de la libertad de religión, desaparición de la Segunda Enmienda de la Constitución… Tras su victoria en los caucus de Iowa, Cruz se ganó el respaldo de James Dobson, Tony Perkins, Gary Bauer y Glenn Beck. El general Jerry Boykin accedió a ejercer como asesor en materia de seguridad nacional para su campaña.[496]

Más o menos en aquella época, Russell Moore, presidente de la Comisión de Ética y Libertad Religiosa de la Convención Bautista del Sur y partidario de Rubio, resumió el voto evangélico en los siguientes términos: «Diría que Ted Cruz lidera en el ala de “Jerry Falwell”, Marco Rubio en la de “Billy

Graham” y Trump en la de “Jimmy Swaggart”». Con la última observación, Moore ser refería a los pentecostales del evangelio de la prosperidad, pero también aludía, sin duda, a los escándalos de sexo con prostitutas de Swaggart. Con todo, el operador político evangélico Bob Vander Plaats previno en contra de encasillar a los evangélicos de este modo. «No creo que nos interese dividir el cristianismo en estos términos —advirtió—. Todos formamos parte de la misma Iglesia». En palabras de du colega Davide Lane: «La política consiste en sumar y multiplicar, no en restar y dividir». Vander Plaats y Lane tenían razón. En breve el voto evangélico empezó a unirse. Y lo hizo en torno a Donald Trump.[497]

¿Por qué Trump?, se preguntaban muchos, incluidos muchos evangélicos. Durante décadas, la derecha religiosa había alimentado el temor en los corazones de los estadounidenses cristianos. Era una receta de eficacia demostrada para su propio éxito. Comunismo, humanismo laico, feminismo, multilateralismo, terrorismo islámico y erosión de la libertad religiosa: los guías evangélicos habían reunido apoyos movilizando a sus seguidores para librar batallas de las cuales parecía depender tanto el futuro del país como de sus propias familias. Los máximos representantes de la derecha religiosa habían ido amplificando su retórica a lo largo de la Administración Obama. El primer presidente afroamericano, el cambio de marea en los derechos LGBTQ, la aparente erosión de la libertad de religión, todo ello combinado con los inminentes cambios demográficos y el declive de la lealtad religiosa de sus propios hijos, realzaban la sensación de temor entre los evangélicos blancos.

En realidad, los líderes evangélicos llevaban casi cincuenta años perfeccionando ese discurso. Los evangélicos buscaban un protector, un hombre viril, heroico y agresivo, alguien que no se dejara intimidar por la corrección política ni por las virtudes femeninas, capaz de quebrantar las normas por la causa correcta. Y por probar, y desde luego que probaron, no había ningún candidato que pudiera compararse con Donald Trump en cuanto a alardear de masculinidad combativa y agresiva. En palabras de sus biógrafos religiosos, se convirtió en «el caudillo definitivo para los evangélicos».[498]

Cuando anunció su candidatura, en verano de 2015, Trump dejó claro que su campaña no sería la típica campaña política. Ridiculizó a sus oponentes y se quejó de que el país ya no se anotara victorias y se hubiera convertido en un «vertedero de los problemas del resto del mundo». Habló de

«violadores», narcotraficantes, delincuentes y terroristas mexicanos que cruzaban la frontera «porque no tenemos protección». México y China les estaban «robando los empleos» a los estadounidenses y el país se estaba debilitando al tiempo que sus enemigos se fortalecían. «Ni siquiera nuestro arsenal nuclear funciona». Estados Unidos necesitaba un líder, «un líder verdaderamente potente», un líder capaz de recuperar los empleos, de restablecer el ejército y de revivir el sueño americano, que estaba muerto. Trump prometió «restaurarlo, más grande, mejor y más fuerte que nunca». Prometió que Estados Unidos volvería a ser una gran nación con su eslogan «Make America Great Again».[499]

El aluvión inicial de Trump resultó bastante desconcertante, y su retórica no hizo más que agravarse en el transcurso de una temporada de primarias acalorada. Soltó barbaridades en Twitter, se mofó de la esposa de Cruz por su aspecto físico y acabó alardeando del tamaño de su pene en la televisión nacional durante un debate de las primarias. Cuanto más estridente se volvía la campaña, más Trump se envalentonaba. Y más parecía crecer su apoyo entre los evangélicos.

Incluso antes del primer debate de las primarias, la creciente popularidad de Trump entre los evangélicos blancos se hizo evidente. Una encuesta realizada en julio de 2015 reveló que el 20 por ciento de los evangélicos blancos de tendencia republicana apoyaban a Donald Trump, en comparación con el 14 por ciento que respaldaba a Scott Walker, el 12 por ciento a Huckabee y el 11 por ciento a Jeb Bush. Marco Rubio contaba con un 7 por ciento de apoyo y Ted Cruz con solo un 5 por ciento. Los periodistas se esforzaban por explicar el desconcertante fenómeno del apoyo evangélico al «presuntuoso multimillonario de Manhattan» que parecía representar todo lo que detestaban. ¿Qué podía impulsar a los evangélicos defensores de los «valores familiares» a cerrar filas en torno a aquel candidato «impúdico, arrogante, malhablado, obsesionado con el dinero, casado en terceras nupcias y, hasta hacía poco, defensor del derecho a decidir»? Muchos líderes evangélicos compartían tal perplejidad. No fueron pocos los que se mostraron escépticos ante las noticias del apoyo evangélico. «Todavía no he hablado con ningún reverendo que apoye a Donald Trump —insistía Russell Moore—. Creo que lo que está sucediendo es que estamos en la fase de telerrealidad de la campaña presidencial, en la que se intenta enviar un mensaje, en lugar de entregar los códigos nucleares a una persona». Trump sabía cómo captar la atención y sabía cómo

aprovechar la rabia y el resentimiento. Los evangélicos solo estaban enviando un mensaje.[500]

Pero a medida que el apoyo de los evangélicos a Trump fraguaba como algo más que una moda pasajera, a los líderes evangélicos no les quedó más remedio que asimilar el alcance de su influencia. Así ocurrió a nivel nacional, cuando la vieja guardia descubrió que su respaldo a Rubio o Cruz no parecía aplacar el apoyo a Trump, y también a nivel local, donde los pastores descubrieron las limitaciones de su poder incluso dentro de sus propias congregaciones. «Es la cosa más asombrosa que he visto nunca —escribió el activista evangélico Randy Brinson—. Es como si el papel del pastor y el rebaño se hubiera invertido» y los congregantes amenazaran con abandonar sus iglesias si sus pastores se oponían a Trump.[501]

A principios de 2016, unos pocos líderes empezaron a apuntarse al entusiasmo de las bases por aquel candidato tan poco ortodoxo. Jerry Falwell Jr. y Robert Jeffress fueron dos de los primeros y más claros partidarios de Trump. En enero, Falwell invitó a Trump a hablar en la ceremonia de convocatorias de la Liberty University. Varios meses antes, Cruz había lanzado su campaña allí mismo, pero a aquellas alturas el entusiasmo por Trump era mucho mayor. Al presentar a Trump, Falwell explicó que su padre había apoyado a Ronald Reagan frente al bautista sureño Jimmy Carter: «Cuando entró en la cabina electoral, mi padre no estaba escogiendo al maestro de la catequesis ni a un pastor, ni siquiera a un presidente que compartiera sus creencias teológicas». Estaba eligiendo a un líder. «Después de aquello, Jimmy Carter fue un magnífico maestro de catequesis, pero mirad qué le pasó a nuestra nación cuando ocupó la presidencia. Lo siento».[502]

Y entonces llegó el turno de Trump. Este pidió que apagaran el *teleprompter*; venía dispuesto a divertirse un rato. Tras hacer algunos comentarios inconexos congratulándose por las dimensiones de la multitud congregada, seguidos de más comentarios congratulándose por sus cifras en las encuestas («nos ha ido genial con los evangélicos»), pronunció su discurso. «Vamos a proteger el cristianismo, y puedo decirlo. No tengo que ser políticamente correcto». Luego citó a «dos corintios», para regocijo de sus críticos. Los medios de comunicación arremetieron contra su metedura de pata, pero no pareció distraer a los asistentes de su mensaje clave: podía protegerlos.[503]

Trump compensaba su falta de elocuencia con pasión. El cristianismo estaba siendo «asediado». En Siria, «están cortando cabezas». Identificándose como un cristiano orgulloso, instó a los cristianos a aunar fuerzas para protegerse, porque «están pasando cosas muy feas». Los cristianos ya tenían las cifras, «70 por ciento, 75 por ciento, algunos dicen que incluso más»; solo necesitaban reclamar su poder. Y Trump, que sabía cómo enamorar al votante evangélico, desvió su atención hacia el ejército. Lamentó que fuera «el menos preparado en varias generaciones» y prometió «hacerlo más grande y fuerte», tan fuerte, de hecho, que nadie se atrevería a meterse con Estados Unidos. Descalificó a los generales que aseguraban que se tardaría mucho tiempo en derrotar al Estado Islámico. Quería un general que supiera «cómo librarse de ellos rápido». Y el público estalló en vítores. «Seremos fuertes», prometió. «Vamos a mantenernos vigilantes», con fronteras sólidas, con fronteras resistentes que pongan fin a la debilidad, a la vulnerabilidad y a la falta de respeto. Trump podía no ser el cristiano más ejemplar, pero, como cristiano nacionalista, era más que capaz que mantenerse firme en su posición.[504]

Aquella no era la primera visita de Trump al campus de Liberty. En 2012 había pronunciado el discurso inaugural de la universidad. También entonces, Falwell hijo (el padre había fallecido en 2007) había recibido a Trump «con un fuerte aplauso» y lo había descrito como un empresario «y uno de los grandes visionarios de nuestro tiempo», tras lo cual lo había alabado por obligar a Obama a hacer público su certificado de nacimiento. La adulación era mutua. En aquel discurso, Trump bromeó acerca del divorcio y los acuerdos prematrimoniales, acarició la idea de postularse como presidente y espoleó a los estudiantes a «ajustar cuentas» si alguien los perjudicaba en los negocios. Aquel último comentario suscitó cierta polémica en los medios de comunicación, pero Falwell aseguró a los críticos que tal afirmación era compatible con las enseñanzas cristianas por el hecho de ser ilustrativo «de la cara “dura” de la doctrina cristiana y del ministerio de Cristo».[505]

Para los evangélicos, había guerreros en el campo de batalla real y había quienes emergían victoriosos en el rudo y violento mundo del capitalismo. Las mismas reglas se aplicaban en ambos terrenos; el atrevimiento, la visión y la «aptitud para la violencia y la transgresión» comportaban el éxito tanto en la guerra como en los negocios. El guerrero y el empresario eran dignos de emulación, y ambos estaban autorizados a comandar.[506]

Unos días después de su visita al campus de Liberty en 2016, Trump acudió al Dordt College, donde soltó aquella bravuconada de que podría disparar a alguien en medio de la Quinta Avenida y no sufrir consecuencias. Tres días después, Falwell respaldó oficialmente a Trump. En un primer momento, su apoyo suscitó cierta polémica. Mark DeMoss, presidente de la junta directiva de Liberty, insistió en que las descalificaciones personales y las intimidaciones de Trump eran inapropiadas, sobre todo «para alguien que afirma ser creyente». Penny Nance, presidenta de Concerned Women for America, manifestó su «firme» desacuerdo con el respaldo de Falwell por sus «hondas preocupaciones con respecto al compromiso de Donald Trump con la vida y su respeto hacia las mujeres».[507]

Falwell y Trump tal vez tuvieran más en común que su inclinación por el «cristianismo de línea dura». Afloraron noticias en las que se revelaba que Falwell había mantenido conversaciones con Michael Cohen, el amañador de Trump, solicitándole ayuda con unas fotografías comprometedoras que habían salido a la luz relativas a una demanda inmobiliaria interpuesta contra él. Falwell negó la existencia de tales fotografías y una fuente cercana a él negó que tuviera ningún conocimiento de la intervención de Cohen en su nombre. Aun así, la mera existencia de los rumores bastaba para sugerir que, en parte, el apoyo de Falwell a Trump en 2016 era un trato a puerta cerrada. No obstante, no se tenían pruebas de aquel acuerdo *quid pro quo*. Y lo que era aún más importante, al votante evangélico medio no le hacía falta que lo sobornaran para ganarse su lealtad. Aquella semana, una encuesta reveló que Trump contaba con el apoyo del 37 por ciento de los evangélicos, casi el doble que Cruz.[508]

Jeffress también fue uno de los partidarios más leales de Trump. Para empezar, la Primera Iglesia Bautista de Dallas tenía un pasado ilustre en cuanto a evangelismo conservador se refería. Durante casi la mitad de un siglo, su reverendo había sido W. A. Criswell, el otrora firme segregacionista que se había conchabado con Paige Patterson para orquestar la toma conservadora de la Convención Bautista del Sur. Imán de líderes empresariales conservadores y adinerados —y de la iglesia histórica de Clinton Graham—, la Primera Iglesia Bautista de Dallas se había convertido en una influyente megaiglesia urbana y en un nexo de la derecha religiosa. Jeffress, un guerrero cultural combativo, había escrito un libro en 2014 en el que insinuaba que el apoyo de Obama al matrimonio entre personas del mismo sexo allanaba el camino al Anticristo. En enero,

Jeffress había ofrecido la oración inaugural previa al discurso de Trump en el Dordt College. Un mes después apareció con Trump en una parada de la campaña en Dallas, donde aseguró a los evangélicos que con él «tendrían a un verdadero amigo en la Casa Blanca». Como Falwell, recordó a los evangélicos el año 1980, cuando los cristianos conservadores tenían dos opciones: votar a un maestro de catequesis bautista renacido o a «un actor de Hollywood casado en segunda nupcias» que había firmado «la ley del aborto más liberal de toda la historia de California». Los evangélicos eligieron a Reagan porque buscaban un líder. Y si de lo que se trataba era de derrotar al terrorismo o acabar con el pacto nuclear de Irán, a Jeffress «le importaba un bledo el tono o el lenguaje que usara el presidente». Fue Jeffress quien tuvo la ocurrencia de decir que quería «al hijo de pe… más malvado y más despiadado» para cumplir esa función.[509]



Trump besa a la hija de John Wayne, Aissa, durante una rueda de prensa en el John Wayne Museum de Winterset, Iowa, el 19 de enero de 2016. AP PHOTO/JAE C. HONG.

En un texto publicado en *Baptist News*, Alan Bean reflexionaba posteriormente acerca de la adopción por parte de Jeffress de un «dualismo entre Jesús y John Wayne». La ignorancia de la Biblia de Trump no conocía

límites, pero a Jeffress no le interesaba tener un presidente que gobernara de acuerdo con el Sermón de la Montaña de Jesús. Ni tampoco creía que la Biblia dijera nada acerca de que los Gobiernos tenían que perdonar o «poner la otra mejilla». El papel del Gobierno era «ser fuerte y proteger a la ciudadanía frente a los malhechores». Y claro que Trump era un mujeriego empedernido y se había casado tres veces. Pero también lo era John Wayne. Wayne era un «racista sin remordimientos —añadió Bean—, y Trump se alza orgulloso en esa tradición». Ambos hombres representaban la masculinidad blanca «en toda su gloria jactanciosa». Trump era «el sustituto de John Wayne» que sus partidarios evangélicos buscaban.[510]

Bean no era el único que consideraba que Trump estaba cortado por el patrón de John Wayne. La propia hija del actor estaba de acuerdo. Días después de su aparición en Liberty, y pocos días antes de que lo respaldaran Jeffress (extraoficialmente) y Falwell (oficialmente), Trump aceptó el apoyo de Aissa Wayne. De pie delante de un fondo desértico falso y con una estatua de cera de un Wayne armado en el John Wayne Museum de Winterset, Iowa, Trump entonó: «Si se piensa bien, John Wayne representaba la fuerza, representaba el poder, representaba lo que la gente busca hoy, porque ahora mismo, en este país, tenemos exactamente lo opuesto a John Wayne».[511]

Los evangélicos que se oponían a Trump intentaron en vano reencauzar a sus correligionarios. Incluso antes de que Trump se asegurara la candidatura, Russell Moore equiparó su actitud hacia las mujeres con «la de un señor de la guerra de la Edad de Bronce». A Moore le costaba digerir que otros evangélicos pudieran dar su apoyo a aquel hombre. Y cuando las encuestas dijeron lo contrario, consideró que mentían. Justo después de que Trump obtuviera una cómoda mayoría en las primarias de Carolina del Sur, superando a Ted Cruz por seis puntos porcentuales entre los evangélicos blancos y a Marco Rubio por cerca del doble, Moore ofreció su propia interpretación: muchas personas que se definían como evangélicos ante los encuestadores «podrían estar borrachas ahora mismo y no haber pisado una iglesia desde que alguien les invitó a la catequesis en vacaciones en la época en que se emitían los primeros episodios de *Seinfeld*». El término «evangélico» había sido «secuestrado por herejes y lunáticos» y había quedado diluido por evangélicos de boquilla, y nada de eso debía confundirse con el verdadero evangelismo. Cuando el polvo se asentara tras

las elecciones, sería momento de «reivindicar de nuevo la grandeza de los “evangélicos”». Moore utilizó su plataforma para denunciar el uso de minorías religiosas como cabezas de turco y los comentarios racistas y contrarios a la inmigración de la campaña de Trump: «El hombre en el trono celestial tiene la piel oscura, es un “forastero” que habla arameo y que probablemente no se dejaría impresionar en absoluto por los cánticos para recuperar la grandeza de América». Trump, seguro de su base evangélica, le respondió por Twitter: «Russell More es un representante patético de los evangélicos y todo el bien que defienden. ¡Un tipo desagradable y sin corazón!».[512]

Denny Burk, presidente de Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, insistía en que «los hombres de principios» deberían hacer cuanto estuviera en sus manos por mantener a Trump alejado de la presidencia: «Si alguna vez este país ha necesitado que sus hombres de Estado sean hombres con valor es ahora». Michael Gerson, que había trabajado escribiendo discursos para George W. Bush, suplicó a sus correligionarios evangélicos que no «fueran responsables de Trump». Añadió que, por decirlo suavemente, «no era propio de los evangélicos respaldar a una figura política que ha hablado de manera escalofriante sobre sexo en la radio, ha alardeado sobre sus amoríos extraconyugales, ha amasado una fortuna con el juego y ha presumido de sus dotes en la televisión nacional». ¿Cómo podían los evangélicos identificarse con un hombre que alimentaba las tensiones racistas, respaldaba la discriminación por motivos religiosos, defendía los crímenes de guerra y fomentaba el incivismo y la intolerancia, un hombre «que tiene una visión altamente sexualizada del poder como dominación, en lugar de entenderlo como un instrumento para avanzar hacia fines morales?».[513]

Quizá a Gerson se le había pasado por alto lo que venía fraguándose a su alrededor. Trump no era el primer hombre con esa lista de atributos a quien los evangélicos habían escogido. Con las fuerzas del mal aliadas contra ellos, los evangélicos buscaban a un hombre que luchara por ellos, un hombre cuya testosterona pudiera conducirlo a comportarse puntualmente de manera temeraria y excesiva. Todo eso formaba parte del trato. No todos los evangélicos se mostraban tan desconcertados como Gerson y Moore. «Los evangélicos ven lo que está sucediendo», explicaba un asesor sénior a Huckabee, antes de que el antaño pastor bautista se retirara de la carrera;

buscaban a alguien «fuerte y severo», alguien con un estilo de liderazgo agresivo.[514]

Al poco, los «verdaderos» líderes evangélicos empezaron a alinearse. Menos de un mes antes de la Convención Republicana, Dobson, que en un principio había dado su apoyo a Cruz, atestiguó la fe incipiente de Trump. Desde luego, el presidente no predicaba con el ejemplo. «Utilizó la palabra "infierno" cuatro o cinco veces durante su reunión con los líderes cristianos conservadores», reconoció Dobson, y «desconoce nuestra manera de expresarnos». Y, en efecto, lo había pasado mal en la campaña electoral cuando habían intentado confundirlo con preguntas sobre si alguna vez había implorado misericordia (no) o cuál era su versículo favorito de la Biblia («prefiero no entrar en detalles»). Pero Dobson sabía de buena tinta que Trump había «aceptado una relación con Cristo» recientemente. Y, en cuanto a las evidentes carencias del candidato, Dobson instaba a los evangélicos a «darle un poco de margen».[515]

Wayne Grudem, autor del manual básico sobre «política bíblica», se había manifestado en contra de Trump en invierno de 2016, pero en julio había escrito ya un artículo en el que argumentaba que votar a Trump no era el menor de dos males, sino «una opción moralmente buena». En efecto, era una persona egoísta, vengativa y grandilocuente. Y, sí, se había casado tres veces y había sido infiel. Pero nada de aquello debería descalificarlo: Trump era «un buen candidato con defectos». No era racista, misógino, antisemita ni «contrario a la inmigración (legal)». Era «profundamente patriota», un empresario de éxito y había «criado a hijos extraordinarios». A continuación, Grudem listaba una docena de razones políticas para apoyar a Trump.[516]

A aquellas alturas, Trump había anunciado ya la elección del gobernador de Indiana Mike Pence como su compañero de fórmula. Pence, un evangélico conservador hasta la médula, explicó por qué había accedido «en un abrir y cerrar de ojos» a sumarse a su candidatura: Trump encarnaba «la fuerza de los estadounidenses» y «demostraría esa fuerza de los estadounidenses anchos de hombros también en el panorama mundial». Quizá al propio Pence le faltara un poco de rudeza, pero estaba dispuesto a ejercer de faldón trasero cuando Trump entrara en la Casa Blanca. «Ancho de hombros» se convertiría en la muletilla de Pence durante la campaña. Además, Pence también se dedicó a señalar las similitudes entre Trump y Teddy Roosevelt, dos hombres que «se atrevieron a… devolver la grandeza

a Estados Unidos». Otros evangélicos expresaban la misma admiración que Pence.[517]

El cambio de opinión de Eric Metaxas es paradigmático. Al principio, cuando la candidatura de Trump parecía una broma, Metaxas había publicado una serie de tuits satíricos en los que se mofaba de la formación deficiente de Trump en materia de fe. De hecho, Metaxas no respaldó públicamente a Trump hasta después de que este se alzara con la nominación: «Pese a todas sus rarezas, pecadillos e imperfecciones metafóricas, sigue siendo la última y la mejor esperanza para evitar que Estados Unidos caiga en el olvido, en el abismo, en la papelera de la historia, si se prefiere». Metaxas no volvió a mirar atrás. Si Hillary Clinton salía elegida, apostaba a que en menos de dos años el país habría dejado de existir. «No solo podemos votar a Trump, debemos votar a Trump». La adhesión de Metaxas dejó boquiabiertos a muchos conservadores que lo conocían. ¿Cómo podía el biógrafo de Bonhoeffer apoyar a un hombre como Trump? Al fin y al cabo, en su propio libro, Metaxas había descrito el ascenso al poder de Hitler en términos que sonaban siniestramente familiares: «El pueblo alemán clamaba orden y liderazgo. Pero se diría que con su barboteo vociferante invocaron al mismísimo diablo, porque de la herida profunda de la psique nacional emergió algo extraño, siniestro y cautivador». Metaxas concedía que su biografía de Bonhoeffer permitía establecer «algunos paralelismos incómodos con las elecciones actuales», pero no los previsibles. No apreciaba conexión alguna entre Trump y Hitler, y, en cambio, sí se refería a la rival de Trump como «Hitlery Clinton». Además, insinuaba que los críticos con Trump guardaban un parecido asombroso con los nazis. Los culpables del racismo y la xenofobia no eran Trump y sus seguidores, sino las élites de «Manhattan y su carretera de circunvalación», que practicaban «un tribalismo y una xenofobia nuevos y aceptados» contra «las variedades “cristianas” europeas blancas». Metaxas tildaba a los críticos de Trump de «viles», «obscenos» e «impotentes». Él, que residía en Manhattan y había estudiado en Yale, se posicionaba «al lado del pueblo en contra de las “élites”». Y en la Convención Nacional Republicana reiteró su apoyo a Trump. Tal vez no fuera «un hombre de grandes virtudes», pero amaba Estados Unidos. Lo importante no eran su ética en cuestiones sexuales, su falta de humildad ni su narcisismo: «Cuando uno tiene una mentalidad bélica, lo que se pregunta es “¿quién va a alzarse cuando necesitemos alzarnos?”». De hecho, al margen de las

declaraciones de Metaxas, la falta de ética en cuestiones morales, la falta de humildad y el narcisismo de Trump sí parecían ser cuestiones determinantes. Lo que Metaxas admiraba en él parecía ser precisamente el hecho de que no fuera un hombre virtuoso en el sentido tradicional. Por el contrario, encarnaba a la perfección un conjunto diverso de «virtudes» masculinas que los hombres evangélicos habían estado pregonando durante cerca de medio siglo.[518]

Y en ese aspecto, Metaxas estaba bien acompañado: en el momento de la convención, el 78 por ciento de los evangélicos blancos respaldaban a Trump.[519]

A medida que se aproximaban las elecciones, el voto evangélico a favor de Trump parecía seguro. De hecho, cuanto menos convencional y más grandilocuente e insultante se mostraba el candidato, más evangélicos parecían unirse a su bando.

En septiembre, Trump hizo una pausa momentánea en su campaña para asistir al funeral de Phyllis Schlafly. Aunque los tiempos habían cambiado, la matriarca de la derecha religiosa, en sus últimos años de vida, no lo había hecho. Durante la presidencia de Obama siguió denunciando «la estupidez de las feministas» por deshacerse de «todos los hombres viriles». A la mayoría de las mujeres les gustaban «los hombres fornidos y fuertes al estilo de John Wayne», la clase de hombre «que apaga incendios, lucha en combate, protege a su mujer e hijos de los intrusos y salva a las damas en apuros». Desde hacía demasiado tiempo, las feministas habían hecho que los hombres «tuvieran miedo de ser hombres», pero había llegado el momento de reivindicar: «¡Nos gustan los hombres viriles!». Schlafly identificaba a un hombre viril con solo verlo. Había brindado su apoyo a Trump desde el principio, durante las primarias, y había hablado en su favor en la RNC en Cleveland, conectando a Trump —en palabras de sus biógrafos evangélicos— con «cincuenta años de políticas del Partido Republicano de lucha contra el *establishment* y de defensa de los movimientos de base y de los cristianos». Trump elogió a Schlafly como «una auténtica patriota», una heroína de la derecha cristiana. El día después de la muerte de Schlafly se publicó su último libro: *The Conservative Case for Trump*.[520]

De manera asombrosa, Trump se había convertido en el adalid de la derecha religiosa. Sin embargo, cuatro semanas antes de los comicios, la

publicación de la cinta de *Access Hollywood* lo puso todo en cuestión. El vídeo, grabado en los aparcamientos de los estudios de la NBC en 2005, contenía metraje de Trump alardeando de sus intentos de seducir a una mujer casada, de besar a mujeres sin su consentimiento y de acosar a mujeres porque «cuando uno es una estrella, le dejan hacerlo. Puedes hacer lo que sea […], agarrarlas por el coño». No era el primer indicio de falta de decoro de Trump, pero la grabación de *Access Hollywood* hacía imposible ignorar las indiscreciones sexuales del candidato. Sin duda, aquella confesión de una agresión sexual representaría un problema para sus seguidores evangélicos, supusieron muchos opinadores externos al movimiento.[521]

En la estela inmediata, algunos evangélicos sí flaquearon en su apoyo. Grudem rescindió su adhesión anterior, lamentó no haber condenado con más contundencia antes la moral de Trump y recordó a los cristianos que la voluntad de Dios era que los hombres «honraran y respetaran a las mujeres, no que las utilizaran como objetos sexuales». Sin embargo, era evidente que a Grudem le torturaba su decisión. Y, ante la duda, decidió rezar. Diez días después volvió a solicitar que se publicitara su apoyo original a Trump.[522]

Otros líderes evangélicos fueron más constantes y hallaron estrategias para restar importancia o desestimar las inquietudes desde el principio. Ralph Reed, presidente de la junta asesora religiosa de Trump, admitió que, siendo él padre de dos hijas, le «decepcionaban tales comentarios "inapropiados"», pero que Clinton seguía siendo peor. Conjeturó que una «cinta de diez años de antigüedad de una conversación privada con un presentador de un programa de televisión» ocupaba un peldaño «bastante bajo» en la jerarquía de preocupaciones de los votantes de fe. Franklin Graham reconocía que los «comentarios maleducados» de Trump de «hacía más de once años» no podían defenderse, pero tampoco podía defenderse «la agenda progresista atea» de Clinton y Obama. Eric Metaxas tuiteó su respuesta inicial: «NOVEDAD: Trump sorprendido usando lenguaje grosero y con un peinado raro». Posteriormente borró el tuit y concedió que los comentarios eran «muy feos», pero no le retiró su apoyo. David Brody, de la Christian Broadcasting Network, ofreció otra línea de defensa: «Acaba de saberse: ¡Trump es un hombre con defectos! TODOS pecamos cada día. ¿Qué pasaría si todos tuviéramos un "micrófono grabándonos" todo el tiempo?». Robert Jeffress reconoció que los comentarios de Trump eran «lascivos, ofensivos e indefendibles», pero aun con todo no eran suficientes

para hacerlo votar a Clinton. Evidentemente, no escogería a Trump como maestro de catequesis, pero ese era otro tema.[523]

A algunos evangélicos les desesperaba el apoyo que Trump recibía entre sus propias filas. La pasión de los evangélicos por Trump era «una desgracia», sostenía Russell Moore, «un escándalo para el Evangelio de Jesucristo y para la integridad de nuestro testimonio». También John Piper se distanció de muchos de sus hermanos conservadores al negarse a apoyar a Trump. En los días previos a las elecciones, denunció «la flagrante maldad de los candidatos de ambos partidos» y se negó a votar por ninguno de ellos. Ed Stetzer hizo un último intento desesperado por disuadir a los evangélicos de «vender su alma» votando a Trump. En un texto publicado en *Christianity Today*, el director ejecutivo del Billy Graham Center de Wheaton advertía a los lectores evangélicos: «Si tenéis las sensación de haber pasado por alto o renunciado a muchos de los valores y principios morales que habéis atesorado en el pasado, tal vez lo que os haya pasado es que vuestra personalidad se haya visto torpedeada por un individuo como Trump».[524]

Algunas mujeres evangélicas también criticaron abiertamente a Trump. El día después de hacerse pública la cinta, Beth Moore, una querida autora de estudios bíblicos populares entre las mujeres, expresó su consternación por el hecho de que líderes cristianos creyesen que convertir a las mujeres en objetos y acosarlas sexualmente no tenía importancia. Jean Hatmaker, autora superventas, bloguera, pastora y «avatar general de la nueva mujer cristiana», reprendió a los hombres evangélicos que defendían a Trump: «No lo olvidaremos. Ni tampoco olvidaremos a los líderes cristianos que traicionaron a sus hermanas en Cristo por el poder». La presentadora de un programa cristiano Julie Roys se mostró de acuerdo: «Sinceramente, no sé qué me provoca más repulsión, si escuchar a Trump alardear de manosear a las mujeres o escuchar a mis hermanos evangélicos defenderlo».[525]

Pero el 8 de noviembre quedó claro que la inmensa mayoría de los evangélicos habían vuelto al redil. Los sondeos a pie de urna revelaron que el 81 por ciento de los votantes evangélicos blancos habían entregado a Trump la presidencia. De nuevo, las noticias sobre la muerte de la derecha religiosa se habían exagerado. La «mayoría moral» se había reafirmado eligiendo al candidato menos moral que se recordaba para el cargo más alto del país.[526]

En los días y semanas que siguieron, periodistas, expertos y los propios evangélicos intentaron entender el papel que los cristianos evangélicos habían desempeñado en la elección de Donald Trump. Y se plantearon diversas hipótesis.

De nuevo, las élites evangélicas sacaron a relucir el espectro de los «falsos evangélicos», de «cristianos culturales» disfrazados de verdaderos evangélicos. Ningún evangélico de verdad, que creyera en la Biblia y tuviera valores familiares, podía votar a un hombre como Trump, insistían. Los encuestadores estaban aplicando categorías erróneas. Se estaba haciendo pasar a personas que desconocían los puntos más sutiles de la doctrina por verdaderos evangélicos, enfangando con ello a todo el colectivo. A principios de la temporada de primarias, los evangélicos del sector #NuncaTrump se habían sentido aliviados por unas encuestas que sugerían que quienes acudían a la iglesia con más frecuencia eran menos propensos a apoyar a Trump, pero dicho alivio fue efímero. Una encuesta realizada en junio de 2016 reveló que los votantes republicanos practicantes se inclinaban tanto por Trump como quienes asistían a la iglesia con menos frecuencia; de hecho, «cerca de nueve de cada diez votantes registrados del Partido Republicano que asistían a servicios religiosos semanalmente» respaldaban a Trump en aquel momento. Aun así, el relato de los «verdaderos evangélicos» que se oponían a Trump se mantuvo entre el *establishment*. En el exterior de estos círculos, la crítica volvió a arremeter y acusó a los defensores del «evangelismo respetable» de «manipular a los evangélicos», a saber: de trastear con las definiciones para evitar formular preguntas duras acerca de la naturaleza de su propio movimiento, incluso mientras el movimiento «que ayudaron a crear arrasa el país como un incendio». Los sondeos subsiguientes ofrecían poca base para respaldar que los «verdaderos evangélicos» en verdad no apoyaban a Trump; transcurridos cien días desde la llegada de Trump a la presidencia, el 80 por ciento de los evangélicos blancos practicantes seguían aprobando al presidente (una cifra ligeramente superior a la de los evangélicos que asistían a la iglesia con menos frecuencia).[527]

Tras la elección de Trump, muchos politólogos señalaron motivos económicos subyacentes al apoyo a Trump en general, y algunos aplicaron esta justificación también a su base evangélica blanca. Pero las encuestas previas y posteriores a las elecciones desmentían esta teoría. Los temores acerca del desplazamiento cultural superaban con creces los factores

económicos en relación con el apoyo a Trump. De hecho, entre los estadounidenses de clase obrera blancos, las penurias económicas predecían un mayor apoyo a Hillary Clinton que a Trump. Y entre los evangélicos blancos, el nerviosismo económico tampoco se consideraba un motivo determinante para votar a Trump. Aunque los evangélicos ensalzaran los valores de la clase obrera y el entorno rural, muchos pertenecían a la clase media acomodada y habitaban en zonas residenciales. Más que nerviosismo económico, era la amenaza de perder estatus, sobre todo estatus racial, lo que influyó en el voto de los evangélicos blancos y de la población blanca en general. Y quienes más apoyaron a Trump fueron quienes percibían que su estatus estaba más en peligro, quienes sentían que los blancos estaban discriminados con respecto a los negros, los cristianos con respecto a los musulmanes y los hombres con respecto a las mujeres. En suma, el apoyo a Trump fue más sólido entre los hombres cristianos blancos. Las elecciones no las decidieron quienes habían quedado «rezagados» económicamente, según descubrieron los politólogos, sino los grupos dominantes inquietos por su futuro estatus. Esta sensación de amenaza colectiva demostró ser impermeable a los argumentos económicos o las propuestas políticas. Los estudios que prescinden del papel de las dificultades económicas para predecir el apoyo a Trump refuerzan las investigaciones previas sobre el comportamiento político de los evangélicos blancos. Para los evangélicos, las alineaciones culturales dictaban respuestas a las circunstancias económicas, y no a la inversa.[528]

De hecho, muchos evangélicos aseguraban «haberse tapado la nariz» al votar a Trump como el menor de dos males. Es cierto que las preocupaciones acerca de la corrupción, las deficiencias en materia de seguridad nacional y la moralidad de Clinton habían alcanzado un punto álgido entre los evangélicos conservadores, si bien cabe destacar que cuestiones similares (o significativamente más serias) acerca de la corrupción, las responsabilidades en materia de seguridad y el carácter de Trump se despachaban más alegremente. Aun así, había que pensar en el Tribunal Supremo. Ciertos «defectos de personalidad» podían pasarse por alto en el interés de defender la libertad de religión y proteger la vida de los nonatos. Y sin duda Trump sobreviviría en este frente en lo que a los evangélicos concernía. Aun así, en las semanas y meses posteriores a los comicios, una vez derrotado el espectro de Hillary Clinton y afianzadas las nominaciones de magistrados, pocos evangélicos parecían dispuestos a

criticar comportamientos que en otras circunstancias les habrían parecido repulsivos o, cuando menos, preocupantes. El apoyo de los evangélicos blancos al hombre que redefinió el significado de «presidencial» se mantuvo inquebrantable. Tras las elecciones, fueron los evangélicos #NuncaTrump quienes acabaron a la defensiva. Russell Moore vio su empleo amenazado cuando más de un centenar de parroquias de la Convención Bautista del Sur amenazaron con retener sus donaciones a menos que dimitiera. (Cuando Trump invitó a la cúpula evangélica a la ceremonia en el Jardín de las Rosas para celebrar su orden ejecutiva sobre la libertad de religión, Moore declinó asistir, cosa que preocupó sobremanera a los miembros de su confesión que buscaban tener influencia). Moore mantuvo su cargo, pero solo después de realizar un amplio «*tour* de disculpa» para expiar las opiniones desagradables que había vertido sobre Trump y los evangélicos que lo apoyaban.[529]

Para algunos, la cuestión del apoyo evangélico a Trump tenía una explicación más sencilla: hipocresía nauseabunda. En efecto, en las semanas transcurridas entre la publicación de la cinta de *Access Hollywood* y las elecciones, sociólogos del Public Religion Research Institute (PRRI) identificaron un curioso «efecto Trump». Apenas cinco años antes, el 30 por ciento de los evangélicos blancos creía que «una persona que comete un acto “inmoral” podía comportarse de manera ética en un cargo público». El mes antes de las elecciones, el 72 por ciento consideraba que tal cosa era posible. De acuerdo con Robert P. Jones, del PRRI, «este abandono dramático de la idea global de los “votantes con valores” es uno de los retrocesos más asombrosos de la historia política reciente de Estados Unidos».[530]

Sin embargo, para muchos evangélicos, Donald Trump no representaba la traición a muchos de los valores que atesoraban. Su masculinidad testosterónica encajaba a la perfección con la defendida desde hacía largo tiempo por los evangélicos conservadores. ¿Cómo ha de ser un líder fuerte? Un hombre (blanco) viril. ¿Y qué pasa con su vulgaridad, con su grosería, con sus bravatas, con sus agresiones sexuales incluso? Pues que los hombres son hombres. La testosterona que Dios les había dado tenía ciertos efectos secundarios, pero una masculinidad agresiva e incluso temeraria era justamente lo que se necesitaba para lidiar con el enemigo. Y quien quisiera un hombre más sosegado lo que en realidad quería era un hombre castrado. Entre quienes adoptaron este tipo de masculinidad combativa, estos rasgos

de personalidad, paradójicamente, convertían a Trump en la persona idónea para el cargo. Algunos evangélicos blancos ciertamente votaron a Trump «con la nariz tapada», pero muchos de ellos lo consideraban exactamente lo que estaban buscando. O algo muy parecido. Algunos lo decían sin tapujos; en otros casos, las afinidades asomaban en el lenguaje que empleaban para explicar o excusar su apoyo a Trump. Era fuerte, no se doblegaría ante la corrección política y era su «máximo abanderado en la lucha».[531]



Willie Robertson hablando a favor de Donald Trump en un mitin de campaña en la Feria Estatal de Oklahoma, en Oklahoma City, el 25 de septiembre de 2015. AP PHOTO/J. PAT CARTER.

Transcurrido poco más de un año del estreno de Trump en el cargo, dos de sus partidarios evangélicos publicaron *The Faith of Donald J. Trump: A Spiritual Biography.* Dada la escasez de pruebas disponibles sobre el tema, David Brody (un periodista de la Christian Broadcasting Network) y Scott Lamb (uno de los vicepresidentes de la Liberty University) recurrieron a la creatividad para elaborar un retrato del presidente que atrajera a los evangélicos y aplacara cualquier recelo que pudieran albergar. Aunque concedían que su ascendencia podía ser un poco sospechosa, a tenor de la «historia de la familia», entre los ancestros de Trump había «un soldado asombroso que luchó con los ingleses en la batalla de Bannockburn

(escenificada en la escena final de la película *Braveheart* de Mel Gibson)». Y también había «muchas posibilidades» de que «por las venas [de Trump] corriera sangre vikinga». Además, sus antepasados escoceses lo vinculaban con «la tierra de John Knox», un hombre de Dios que «no temía decir la verdad a los poderosos», un hombre (como otros escoceses) conocido por «hablar sin tapujos» y un hombre ensalzado por personas como Doug Wilson y Doug Phillips.[532]

Tras establecer la virilidad escocesa *y* vikinga de Trump, Brody y Lamb concentraron su atención en la infancia del presidente. Especial interés revestía establecer si Donald había sido o no «un bebé Spock». ¿Les había influido a sus padres el rechazo de Benjamin Spock de «las reglas, las normas, los horarios y las azotainas»? Aunque carecían de pruebas directas, Brody y Lamb no albergaban dudas: «En una palabra: No. Seguramente un ejemplar del libro habría conseguido abrirse camino en el hogar de los Trump, pero "los métodos de crianza modernos" no se parecían en nada al estilo de crianza practicado por quienes conocían a Fred y Mary Anne. Eran de la vieja escuela». Eran padres que se atrevían a castigar a sus hijos.[533]

Los autores se descuidaron de mencionar las prórrogas militares de Trump, pero sí hablaron de su asistencia a la Academia Militar de Nueva York en sus años de instituto, durante los cuales estuvo bajo la autoridad de un veterano de la Segunda Guerra Mundial, «un George Patton» cuyo estilo recordaba a la primera escena de la película *La chaqueta metálica*. Y dejaban claro que Trump adoraba al general Patton y al general MacArthur.[534]

Brody y Lamb también alardeaban del arraigo de Trump en los valores tradicionales estadounidenses. Citaban extensamente los comentarios de Michele Bachmann sobre las «sensibilidades de la década de 1950» de Trump para afirmar que el presidente «realmente creía en unos Estados Unidos fuertes porque había crecido sintiéndose orgulloso de su país, de una "América a lo John Wayne"». Por desgracia, en los tiempos que corrían se enseñaba a los niños que Estados Unidos era «un país despiadado y que habíamos provocado daños al resto del mundo», pero esa era «una de las mayores falacias» que podía decirse a los más pequeños. Estados Unidos siempre había sido «una fuerza del bien». Brody y Lamb estaban de acuerdo:

> Trump cree en la «fuerza» y en unos «Estados Unidos fuertes» que se corresponden con la masculinidad tradicional. El hombre ideal de la «América a lo John Wayne» se sienta erguido en

> la silla; no gimotea ni se queja, lucha y muere por cosas que importan, exhibe coraje frente al peligro, trabaja duro, quizá en exceso, mantiene a su familia, construye cosas (instituciones, edificios, negocios) que otros habitan, deja un mundo mejor del que ha encontrado, puede hablar con machismo, pero nunca de manera afeminada, y transmite esperanza incluso cuando se antoja ilógica.

Trump creía «en un mundo en blanco y negro del bien y el mal». Era como en las películas, en las que siempre era fácil diferenciar a los buenos de los malos, y ya se sabía que Estados Unidos estaba del lado del bien. En otras palabras, Trump era un hombre de verdad, un hombre cuya masculinidad tosca se había forjado en los Estados Unidos de la década de 1950, una época en la que el mundo funcionaba bien.[535]

En 2016, cerca de tres cuartas partes de los evangélicos blancos creían que Estados Unidos había ido a peor desde la década de 1950, una visión más pesimista que en ningún otro colectivo. Buscaban a un hombre capaz de enderezar la situación, un hombre capaz de restaurar el legendario pasado cristiano de Estados Unidos. Como Bachmann, creían que Dios había bendecido a los Estados Unidos y que Trump así lo entendía; no se sentía avergonzado de vivir en un país cristiano. Trump no era solo nacionalista, era un nacionalista cristiano, y no temía hacer sentir su autoridad.[536]

Los evangélicos no habían traicionado sus valores. Donald Trump era la culminación de medio siglo buscando una masculinidad cristiana beligerante. Era la reencarnación de John Wayne: cabalgaba erguido en la montura, no temía recurrir a la violencia para imponer el orden y protegía a quienes consideraba dignos de protección; un hombre que no permitiría que la corrección política le impidiera hablar claro ni que las normas de la sociedad democrática lo desviaran de lo que había que hacer. Sin el estrobo de la virtud cristiana tradicional, era un guerrero en la tradición (aunque no con la misma forma física) del William Wallace de Mel Gibson. Era un héroe para los cristianos devotos de Dios y de su país en la línea de Barry Goldwater, Ronald Reagan y Oliver North, un héroe a ojos de los estadounidenses seguidores de *Duck Dynasty* y de los cristianos. Era el último y el sumo sacerdote del culto a la masculinidad evangélico.

---

[493] Emery, C. Eugene Jr., 2016, «Hillary Clinton's approval ratings as secretary of state were high, but they're not now», Politifact, 22 de mayo.

[494] Blake, Aaron, 2006, «The Final Trump-Clinton Debate Transcript Annotated», *Washington Post*, 19 de agosto; Den Dulk, Kevin, 2016, «What Do We Know about Hillary Clinton and Religious Freedom?», Religious Freedom Institute, 20 de octubre.

[495] Fea, *Believe Me*, pp. 25 y 27.

[496] Fea, *Believe Me*, pp. 30 y 32.

[497] Garcia, Eric, 2016, «Can Marco Rubio Appeal to Evangelicals?», *Roll Call*, 8 de enero; Smith, Samuel, 2016, «Rubio Not Only Candidate With "Billy Graham" Evangelicals, Cruz Campaign Says», *Christian Post*, 25 de enero; Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, p. 179.

[498] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, p. 260.

[499] «Full text: Donald Trump announces a presidential bid», *Washington Post*, 16 de junio de 2015.

[500] Merritt, Jonathan, 2015, «Why Do Evangelicals Support Donald Trump?», *The Atlantic*, 3 de septiembre; Bailey, Sarah Pulliam, 2015, «Which Presidential Candidate Leads among Evangelicals? Right now, it's Donald Trump», *Washington Post*, 6 de agosto; sondeo nacional realizado por Washington Post-ABC News, 16-19 de julio de 2015.

[501] Boorstein, Michelle, 2016, «Why Donald Trump is tearing evangelical apart», *Washington Post*, 15 de marzo.

[502] Costa, Robert, y Jenna Johnson, 2016, «Evangelical leader Jerry Falwell Jr. endorses Trump», *Washington Post*, 26 de enero.

[503] «Donald Trump Speech at Liberty University», CNN Transcripts, 18 de enero de 2016.

[504] «Donald Trump Speech at Liberty University».

[505] Bible, Mitzi, 2012, «Donald Trump addresses largest Convocation crowd, praises Liberty's growth», Liberty University, *Liberty News*, 24 de septiembre; Prior, Karen Swallow, 2012, «The Fake "Holy War" Over Donald Trump's "Get Even" Advice», *Christianity Today*, 3 de octubre.

[506] Robin, *Reactionary Mind*, pp. 29-30.

[507] Smith, Kelley, 2016, «Trump holds campaign rally at Dordt College», KSFY News, 23 de enero; Boorstein, «Why Donald Trump is tearing evangelicals apart»; Collins, Eliza, 2016, «Christian leaders balk at Falwell's Trump endorsement», *Politico*, 26 de enero.

[508] Robles, Frances, y Jim Rutenberg, 2019, «The Evangelical, the "Pool Boy", the Comedian and Michael Cohen», *New York Times*, 18 de junio;

Gass, Nick, 2016, «Poll: Evangelicals flocking to Trump», *Politico*, 26 de enero.

[509] Graham, Ruth, 2018, «The Pundit Pastor», *Slate*, 14 de mayo de 2018; Schwartz, Ian, 2016, «Pastor Jeffress: Without Trump We Will Have Most Pro-Abortion President in History», Real Clear Politics, 26 de febrero; Allen, Bob, 2016, «“Evangelical elite” just doesn’t get it, claims pastor and Trump supporter», Baptist News Global, 16 de marzo.

[510] Bean, «Jesus and John Wayne: Must we choose?».

[511] Berenson, Tessa, 2016, «John Wayne’s Daughter Endorses Donald Trump», *Time*, actualizado el 19 de enero.

[512] Moore, Russell, 2015, «Have Evangelicals Who Support Trump Lost Their Values?», *New York Times*, 17 de septiembre; Gabriel, Trip, 2016, «Donald Trump, Despite Impieties, Wins Hearts of Evangelical Voters», *New York Times*, 27 de febrero; Moore, Russell, 2016, «Why this election makes me hate the word “evangelical”», *Washington Post*, 29 de febrero; Moore, Russell, 2016, «A White Church No More», *New York Times*, 6 de mayo; Dias, Elizabeth, 2016, «Donald Trump’s Feud With Evangelical Leader Reveals Fault Lines», *Time*, 9 de mayo.

[513] Burk, Denny, 2016, «#NeverTrump has only just started», *Denny Burk* (blog), 4 de mayo, disponible en: http://www.dennyburk.com/nevertrump-has-only-just-started/; Gerson, Michael, 2016, «Evangelicals must not bear the mark of Trump», *Washington Post*, 2 de junio.

[514] Gabriel, «Donald Trump, Despite Impieties».

[515] Boorstein, «Why Donald Trump»; Gabriel, Trip, y Michael Luo, 2016, «A Born-Again Donald Trump? Believe It, Evangelical Leader Says», *New York Times*, 25 de junio.

[516] Grudem, Wayne, 2016, «Why Voting for Donald Trump Is a Morally Good Choice», *Townhall*, 28 de julio.

[517] Chait, Jonathan, 2017, «Mike Pence Strongly Believes Donald Trump’s Shoulder Width Guarantees His Foreign-Policy Acumen», *Intelligencer*, 22 de Agosto; Cillizza, Chris, 2017, «Mike Pence compared Donald Trump to Teddy Roosevelt. About that…», CNN, 18 de agosto.

[518] Ward, «Author Eric Metaxas»; Metaxas, Eric, 2016, publicación en Twitter, 22 de mayo, 04:57 horas, disponible en: http://twitter.com/ericmetaxas/status/7343525 77710657536; Harper, Casey,

2016. «Leading Evangelical Makes the Case for Christian Support of Trump», Daily Caller, 18 de julio.

[519] «Evangelicals Rally to Trump, Religious "Nones" Back Clinton», Pew Research Center, 13 de julio de 2016.

[520] Schlafly, Phyllis, 2012, «The Stupidity of Feminists», Self-Educated American, 21 de mayo [consulta: 19 de octubre de 2018], disponible en: https://selfeducatedamerican.com/2012/05/21/the-stupidity-of-feminists/; Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump,* p. 241; Morin, Rebecca, 2016, «Trump honors "true patriot" Phyllis Schalfly at her funeral», *Politico,* 10 de septiembre.

[521] «Transcript: Donald Trump's Taped Comments About Women», *New York Times,* 8 de octubre de 2016.

[522] Grudem, Wayne, 2016, «Trump's Moral Character and the Election», *Townhall,* 9 de octubre.

[523] Bailey, Sarah Pulliam, 2016, «"Still the best candidate": Some evangelicals still back Trump despite lewd video», *Washington Post,* 8 de octubre.

[524] Moore, Russell, 2016, publicación en Twitter, 7 de octubre, 18:54 horas, disponible en: https://twitter.com/drmoore/status/784572768922791936; Piper, John, 2016, «Christian, You are Free Not to Vote», Desiring God, 3 de noviembre, disponible en: https://www.desiringgod.org/messages/sons-of-freedom-and-joy/excerpts/christian-you-are-free-not-to-vote; Stetzer, Ed, 2016, «Evangelicals: This Is What It Looks Like When You Sell Your Soul For a Bowl of Trump», *Christianity Today,* 2 de noviembre.

[525] Moscatello, Caitlin, 2016, «Our Bodies, Their God», *The Cut*, 17 de noviembre; Petersen, Anne Helen, 2016, «The New Evangelical Woman Vs. Trump», BuzzFeed News, 7 de noviembre; Stanley, Tiffany, 2017, «This Evangelical Leader Denounced Trump. Then the Death Threats Started», *Politico,* 17 de diciembre.

[526] Smith y Martínez, «How the faithful voted».

[527] «For GOP Voters, a Winding Path to a Trump Nomination». Pew Research Center, 18 de julio de 2016; Smith, Gregory A., 2018. «Churchgoing Republicans, once skeptical of Trump, now support him». Pew Research Center, 21 de julio; Gloege, Timothy, 2018. «#Itsnotus: Believing Evangelical Means Never Having To Say You're Sorry». *Religion Dispatches,* 3 de enero; Smith, Gregory A., 2017. «Among white

evangelicals, regular churchgoers are the most supportive of Trump». Pew Research Center, 26 de abril.

[528] Cox, Daniel, Rachel Lienesch y Robert P. Jones, 2017, «Beyond Economics: Fears of Cultural Displacement Pushed the White Working Class to Trump», PRRI, 9 de mayo; Wong, Janelle S., 2018, *Immigrants, Evangelicals, and Politics in an Era of Demographic Change*, Nueva York: Russell Sage Foundation; Mutz, Diana C., 2018, «Status threat, not economic hardship, explains the 2016 presidential vote», *PNAS*, 8 de mayo, publicado originalmente el 23 de abril de 2018; Green *et al. Religion and the Culture Wars*, p. 268.

[529] Moody, Chris, 2017, «The Survival of a Southern Baptist Who Dared to Oppose Trump», CNN Politics, julio.

[530] Bailey, Sarah Pulliam, 2016, «The Trump effect? A stunning number of evangelicals will now accept politicians' "immoral" acts», *Washington Post*, 19 de octubre; Gjelten, Tom, 2017, «White Evangelicals Conflicted by Accusations Against Roy Moore», NPR, 14 de noviembre.

[531] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, p. 260.

[532] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, pp. 19-21.

[533] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, p. 72.

[534] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, pp. 76-77.

[535] Brody y Lamb, *Faith of Donald J. Trump*, pp. 75-76.

[536] Cooper, Betsy *et al.*, 2016, «The Divide Over America's Future: 1950 or 2050?». PRRI, 25 de octubre.

16

Historia de las segundas oportunidades

Pasados tres meses desde que Donald Trump ocupara la presidencia, tres cuartas partes de los evangélicos blancos aprobaban su desempeño del cargo, cifra que prácticamente duplicaba su índice de valoración entre la opinión general. El apoyo de los evangélicos a Trump era más sólido entre los practicantes habituales. La mayoría de los evangélicos parecían tener muchos menos conflictos acerca de su presidente soez, egoísta y de dudosa moral de lo que muchos habían imaginado. Pero eso no debería ser ninguna sorpresa.[537]

Desde las décadas de 1960 y 1970, los evangélicos habían defendido la disciplina y la autoridad. La obediencia a Dios imponía la obediencia a las autoridades patriarcales dentro de una rígida cadena de mando, y Dios había equipado a los hombres para ejercer dicha autoridad tanto en sus hogares como en la sociedad en general. La testosterona hacía peligrosos a los hombres, pero también los convertía en héroes. En el seno de sus iglesias y organizaciones, los evangélicos habían ensalzado y venerado a hombres que exhibían los mismos rasgos de liderazgo tosco e incluso despiadado que el presidente Trump desplegaba ahora en el panorama nacional. Con excesiva frecuencia, también habían hecho oídos sordos a los abusos de poder en aras de apoyar la autoridad patriarcal. En la década de 2010, diversos casos de perfil alto revelaron la cara siniestra del «liderazgo» masculino agresivo y testosterónico que los evangélicos habían adoptado dentro de sus hogares, iglesias y comunidades.

Mark Driscoll quizá fuera la encarnación más clara de la masculinidad evangélica beligerante en la década de 2000. Regentando su imperio en Mars Hill con disciplina militar, inspiró a una generación de pastores conservadores y jóvenes cristianos. Pero en 2013 su imperio empezó a

desmoronarse. El primer indicio de problemas fueron unas acusaciones de plagio. Y luego llegó la revelación de la revista *World* de que su iglesia había gastado 210.000 dólares en comprarle a su libro *Real Marriage* un puesto en la lista de títulos más vendidos del *New York Times*. Solo entonces, cuando Driscoll dejó de parecer invencible, veintiún antiguos predicadores de Mars Hill reunieron el valor de dar un paso al frente y acusaron a Driscoll de un estilo de liderazgo abusivo, de falta de autocontrol y disciplina, y de ser arrogante, autoritario, irascible y verbalmente violento. Ante el número creciente de acusaciones, el canal Acts 29 anunció en agosto de 2014 que había eliminado a Driscoll y a la iglesia Mars Hill de su red. Aquel mismo mes, Driscoll dimitió de su oficina pastoral.[538]

La reacción de otros hombres evangélicos a la caída en desgracia de Driscoll fue reveladora. El día después de su renuncia, Doug Wilson defendió a su amigo y colega: «Me caía bien Mark Driscoll antes y me cae bien ahora». Wilson creía saber qué había detrás «del montón de mierda que habían vertido sobre Driscoll»: Driscoll era culpable del pecado de ser un macho alfa. Era «un tipo duro», y su «masculinidad indisimulada provocaba resentimiento en los demás». En esencia, la caída de Driscoll podía interpretarse como «la venganza de los machos beta». También John Piper salió en su defensa. Si bien confesó albergar ciertas reservas con respecto a su «tipo de liderazgo» y su «desagradable lenguaje», así como con respecto a determinados «errores exegéticos», no lamentaba haber entablado amistad con Driscoll, haber participado como orador en sus eventos ni haberlo invitado a su conferencia «Hambre de Dios». En lugar de ello, amonestó a los detractores de Driscoll y recordó a sus seguidores que todo el mundo necesitaba renovarse y restaurarse, no solo Driscoll. Lo que había ocurrido en Seattle era una tragedia: «Era una derrota para el Evangelio, era una derrota para Mark, era una derrota para el evangelismo, era una derrota para la teología de la Reforma y para el complementarismo. Era una victoria satánica colosal». Aun así, Piper recordó a sus seguidores que Dios seguía utilizando a las personas para «explicar la verdad del Evangelio» a pesar de sus defectos. El cofundador y vicepresidente de la Gospel Coalition, Tim Keller, parecía estar de acuerdo. Admitía que «la insolencia y la mala educación en las relaciones personales» de Driscoll había resultado evidente desde los primeros tiempos, si bien él seguía concediéndole el crédito de construir «un enorme movimiento evangélico».[539]

Driscoll no fue el único macho alfa en los círculos evangélicos que tuvo problemas en la década de 2010. En 2011, C. J. Mahaney, presidente de Sovereign Grace Ministries (SGM), una asociación dedicada a fundar iglesias integrada por ochenta parroquias evangélicas reformadas de mayoría blanca, miembro de la junta de The Gospel Coalition y del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas y cofundador de Together for the Gospel, se tomó una baja de seis meses después de que otros reverendos de SGM lo acusaran de «orgulloso, intratable, mentiroso, pecaminoso e hipócrita». Sus supuestos pecados incluían amedrentar e intentar chantajear al cofundador de su ministerio para impedir que expresara desacuerdos doctrinales. Tras un breve descanso, Mahaney volvió al redil y fue restituido en su puesto.[540]

En 2016, un buen amigo de Driscoll, Darrin Patrick, autor de *The Dude's Guide to Manhood*, miembro de The Gospel Coalition y vicepresidente de la cadena Acts 29, fue despedido de su megaiglesia en Saint Louis por su estilo de liderazgo autoritario y manipulador. En 2018, el reverendo de la megaiglesia evangélica y paladín del complementarismo John MacArthur se vio en problemas cuando las agencias acreditadoras encargadas de auditar instituciones de educación superior sometieron su seminario y su universidad a un período de prueba por funcionar en un «clima general de miedo, intimidación, amedrentamiento e incertidumbre». Las agencias acreditadoras también señalaron que la institución no aplicaba las disposiciones de la Ley de Violencia contra las Mujeres. En 2019, el pastor de la megaiglesia de la Convención Bautista del Sur James MacDonald, autor de *Act Like Men*, se tomó un «tiempo sabático indefinido» después de que una investigación de la revista *World* revelara patrones de amedrentamiento, estallidos de ira, lenguaje injurioso, intimidación y mala administración de fondos. Y luego se publicaron grabaciones de audio en las que MacDonald arremetía contra *Christianity Today* por su cobertura de la evolución del escándalo. Las palabras que eligió son reveladoras: «En CT son anglicanos, de una dignidad dudosa, aplican la liturgia y los ritos católicos, les encantan las sinfonías y los órganos de tubos, apestan a humedad y a orina, les gustan los metodistas de pelo azulado, babean por el evangelismo tradicional, defienden que las mujeres accedan al sacerdocio, adoran las iglesias emergentes y ven con buenos ojos a los gais y al cristianismo defensor de Palestina que no ha salido del armario, así que ¿cómo no iban a atacarme?».[541]

Driscoll, Mahaney, Patrick, MacArthur y MacDonald habían acabado destacando mediante su defensa agresiva del poder patriarcal. A aquellos que habían prestado atención les había quedado claro que Trump no era el primer líder autoritario que se había ganado el favor de los evangélicos. Sin embargo, el aspecto que más desconcertó a los observadores de la devoción de los evangélicos por el presidente fue su entusiasmo por aceptar a un líder impulsivo, agresivo y con tintes autoritarios. O, más bien, la aparente predisposición de los votantes «con valores familiares» a apoyar a un hombre que parecía burlarse de dichos valores, las ansias de la sedicente «mayoría moral» de respaldar a un candidato tan manifiestamente inmoral. La publicación de la grabación de *Access Hollywood* semanas antes de las elecciones no consiguió zarandear la lealtad de los evangélicos, como tampoco lo hicieron las acusaciones presentadas por al menos dieciséis mujeres contra Trump por conducta sexual indebida, incluidos cargos de acoso y agresión. En los meses posteriores a que Trump asumiera el cargo, el desconcierto por el apoyo de los evangélicos a un hombre de dudosa moral continuó.[542]

Primero fue Roy Moore. En 2017, Moore se presentó a unas elecciones especiales para ocupar el escaño del Senado que dejó vacante Jeff Sessions después de ser designado fiscal general. A principios de la década de 2000, Moore se había ganado el estatus de héroe entre los cristianos conservadores por no obedecer una orden judicial de retirar el monumento a los Diez Mandamientos que había instalado en el Tribunal Supremo de Alabama. En 2011, había colaborado en uno de los manuales de Doug Phillips y había aparecido en un vídeo de Vision Forum que los complementaba. Y en la carrera a aquellas elecciones especiales, el viejo amigo de Moore, James Dobson, lo había respaldado asegurando que era «un hombre con un carácter y una integridad demostrados», un «defensor de las familias» que «gobernaría el país con sabiduría bíblica». Pero entonces afloraron noticias que detallaban la dilatada historia de conductas sexuales inapropiadas de Moore, como su supuesto intento de mantener una relación con una niña de catorce años. Aun así, en Alabama, el apoyo evangélico a aquel guerrero cultural siguió siendo firme. Hubo quien puso en tela de juicio los relatos que explicaban aquellas mujeres, y otros no veían nada malo en que un hombre que entonces tenía treinta y dos años cortejara a una niña de catorce. A fin de cuentas, ¿no era la madre de Jesús, María, una adolescente cuando se casó con José? Russell Moore (nada que

ver con Roy) no pudo contenerse más: «Cristiano, si no eres capaz de afirmar de manera tajante, sin reservas, que no está bien que los adultos acechen a adolescentes, no digas que te opones al relativismo moral». Pero, una vez más, Russell Moore se encontró en minoría; una encuesta sugería que el 37 por ciento de los evangélicos del estado se mostraban *más* predispuestos a votar a Moore tras las acusaciones. Al final, Moore perdió la candidatura, convirtiéndose en el primer republicano en perder una carrera al Senado en Alabama desde 1992, pero un destacable 80 por ciento de los evangélicos blancos habían resistido y le habían dado su voto.[543]

Una vez enterrado Roy Moore, la atención nacional se enfocó en Stormy Daniels, una estrella del porno a quien habían sobornado con 130.000 dólares semanas antes de las elecciones de 2016 para evitar que contara en público la relación que había mantenido en 2006 con Trump. A aquellas alturas ya no había nada acerca de la conducta sexual de Trump que resultara desconcertante, y la reacción de sus partidarios evangélicos también era predecible. Tony Perkins, presidente del Consejo de Investigación Familiar, explicó que los evangélicos «le concedieron una segunda oportunidad». ¿Por qué? Porque estaban «hartos de que Obama y su gente de izquierdas los trataran a patadas», se quejó Perkins, y por fin «se alegraban de que hubiera alguien en el patio del recreo dispuesto a darle un buen puñetazo al matón de la clase».[544]

Varios meses después, en el verano de 2018, la designación de Brett Kavanaugh para el Tribunal Supremo volvió a centrar la atención del país en las acusaciones de agresión sexual. Cuando Christine Blasey Ford acusó a Kavanaugh de conducta sexual indebida en sus días en el instituto, los evangélicos blancos hallaron todo tipo de justificaciones para poner en tela de juicio su testimonio. (Al parecer, en torno a estas fechas se produjo un repentino repunte de los sermones sobre la esposa de Putifar, la mujer bíblica que había acusado en falso al honrado José cuando este no sucumbió a sus encantos). Es más, cerca de la mitad de los evangélicos blancos consideraban que había que confirmar a Kavanaugh en el puesto aunque aquellas acusaciones se demostraran ciertas. Una vez más, los observadores se preguntaban: ¿cómo es posible que los mismos evangélicos que durante medio siglo han hecho campaña en defensa de los «valores morales» y han encomendado a los hombres que «protejan» a las mujeres y las niñas encuentren tantos pretextos para rebatir, negar y desestimar casos de infidelidad, acoso sexual y agresiones sexuales? ¿Acaso la conveniencia

política o un tribalismo descarnado habían eclipsado los «valores familiares»?[545]

No obstante, la historia deja claro que la tendencia de los evangélicos a desmerecer o negar los casos de conducta sexual indebida y agresiones sexuales tampoco era ninguna novedad. Con reminiscencias de la década de 1980, la de 2000 vio cómo una avalancha de escándalos sexuales derribaba a líderes evangélicos. En muchos casos, los abusos o la conducta sexual inapropiada se remontaba varios años atrás, décadas incluso. Muchos de los implicados en las agresiones, o en encubrir casos de agresiones, eran los mismos que habían predicado la masculinidad combativa, la autoridad patriarcal y la pureza y sumisión de las mujeres. La frecuencia de estos casos y la tendencia de los evangélicos a restar importancia o despachar casos de agresiones en sus propias comunidades sugieren que su reacción a las acusaciones de conducta sexual indebida en la era de Trump no puede explicarse solo a tenor de la conveniencia política. Dichas tendencias parecen ser endémicas al propio movimiento.

Quienes lamentan la aparente traición de los evangélicos a los «valores familiares» parecen no ser conscientes de que los valores familiares evangélicos siempre se han fundamentado en ciertos planteamientos relativos al sexo y al poder. El culto de los evangélicos a la masculinidad vincula el poder patriarcal con la agresión y el deseo sexual masculinos; y su contrapunto es una feminidad sumisa. El impulso sexual de un hombre, como su testosterona, viene dado por Dios. Él es el iniciador, el perforador. Su capacidad de liderazgo esencial fuera del hogar se apuntala en su liderazgo en el hogar, y en el dormitorio. La responsabilidad de las mujeres casadas en este pacto es clara, pero las implicaciones para las mujeres van más allá de la relación matrimonial. Las mujeres, fuera de los lazos del matrimonio, deben evitar tentar a los hombres mediante la falta de decoro y mostrándose asequibles (o permitiendo que se perciba que los son). Dentro de este marco, los hombres se atribuyen el papel de protectores, pero la protección de las mujeres y las niñas está supeditada a su supuesta pureza y a su debido sometimiento a la autoridad masculina. Esto sitúa a las mujeres víctimas en situaciones imposibles. Atrapados en entornos autoritarios donde se prima la obediencia a los hombres, las mujeres y los niños se ven expuestos a situaciones que se prestan al abuso de poder. Y es a las víctimas a quienes suele considerárselas culpables de actos que se cometen contra ellas; en muchos casos se acusa a las víctimas femeninas, incluso a niñas

pequeñas, de «seducir» a sus agresores o de incitar una agresión por no exhibir la debida feminidad. Mientras que los hombres (y las mujeres) que se dedican a defender la autoridad patriarcal salen en defensa de los perpetradores, a las víctimas a menudo se las presiona para que perdonen a sus agresores y, de esta manera, se evite la intromisión de las fuerzas de la ley. Inmersos en estas enseñanzas acerca del poder y el sexo, los evangélicos se muestran con frecuencia incapaces o reacios a verbalizar los abusos, a creer a las mujeres, a reclamar la responsabilidad por sus actos a los agresores y a proteger y empoderar a los supervivientes.[546]

Uno de los primeros escándalos sexuales que desconcertó al evangelismo estadounidense del siglo XXI impactó directamente en el corazón del poder evangélico. En 2006, el acompañante masculino Mike Jones hizo público que el reverendo de la megaiglesia de Colorado Springs Ted Haggard le había estado pagando por mantener relaciones sexuales con él durante los últimos tres años, más o menos el mismo tiempo que Haggard llevaba ejerciendo como presidente de la Asociación Nacional de Evangélicos. Haggard, el pastor de la iglesia New Life Church engalanada con un ángel musculoso, presionaba en aquel entonces por aprobar la Enmienda 43 en Colorado, que prohibía el matrimonio entre personas del mismo sexo, y fue precisamente su hipocresía lo que instigó a Jones a denunciarlo públicamente.[547]

Otros evangélicos saltaron en defensa de Haggard. James Dobson acusó a los medios de comunicación de difundir rumores infundados para hacer descarrilar la enmienda de protección del matrimonio. Cuando quedó claro que las acusaciones de Jones estaban más que justificadas, Mark Driscoll adoptó una línea de defensa distinta. Y aunque no había ninguna mujer implicada en aquel escándalo, eso no fue óbice para que Driscoll encontrara a una a quien culpar. No era infrecuente, argumentó, «que las esposas de reverendos se abandonaran». Las mujeres que sabían que sus maridos estaban «atrapados en la fidelidad» podían volverse perezosas. Es más, una mujer que no se pusiera «sexualmente a disposición de su marido tal como describe tan claramente el Cantar de los cantares» tal vez no fuera responsable del pecado de su esposo, pero tampoco lo ayudaba.[548]

No todos los escándalos de los evangélicos llegaban a las noticias nacionales, pero una serie de blogueros y periodistas locales sí se dedicaban a sacar a la luz casos de abusos que de otro modo habrían quedado en la

sombra. En uno de ellos se vio implicado Joe White, presidente de los Kanakuk Kamps, unos populares campamentos evangélicos que combinaban motivos vaqueros y deportivos para educar a jóvenes cristianos. Gracias a su trabajo en aquellos campamentos, y al entusiasta apoyo de Dobson a su labor, White se había convertido en uno de los primeros oradores destacados de Promise Keepers. Pero en 2011 empezaron a aflorar acusaciones de agresiones sexuales. Resultó que el director del campamento de White, Pete Newman, había abusado de docenas de niños durante años. Supuestamente, White estaba al corriente de los actos de Newman (inclusive de su afición por montar cuatriciclos tal como llegó al mundo con «kampistas» también desnudos), pero Kanakuk continuó calificando a Newman de «esposo devoto, amigo afectuoso y querido, y mentor de jóvenes». Por su parte, Newman se vendía por todo el país como un experto en pureza sexual, y precisamente en las conferencias sobre pureza fue donde supuestamente mantuvo conversaciones sexuales inapropiadas y sesiones de masturbación mutua con niños. (Era conocido por realizar «estudios de la Biblia» cara a cara con niños en su *jacuzzi*). Newman fue sentenciado a dos cadenas perpetuas por delitos de pederastia. Los críticos equipararon el papel de White en dicho asunto con el de Joe Paterno en el escándalo de abusos sexuales de Jerry Sandusky. Como Paterno, White era una figura «celestial» en su órbita cristiana conservadora y se le acusó de permitir que Newman utilizara su «manto de autoridad» para aprovecharse de niños. Aun así, White continuó siendo un orador muy solicitado en los círculos evangélicos incluso después de salir a la luz aquellas acusaciones.[549]

No transcurrió demasiado tiempo antes de que C. J. Mahaney volviera a estar en las noticas. Lo habían restituido tras su baja de seis meses por intimidación y otras conductas agresivas, pero sus problemas estaban lejos de acabarse. En 2012 se presentó una demanda colectiva contra Mahaney y SGM por cultivar un «entorno que propiciaba y protegía el maltrato físico y los abusos sexuales a niños», y los detalles de la demanda pusieron crudamente de manifiesto la dinámica de abusos en el seno de las comunidades patriarcales autoritarias. Los querellantes describían cómo se «amenazaba y condenaba al ostracismo a mujeres y niños si se oponían a los esfuerzos por "restaurar" a sus maridos y padres maltratadores en una posición de "liderazgo" en la familia», y, según un antiguo feligrés de una parroquia de Sovereign Grace, se obligaba a las familias de las víctimas a

no tomar medidas legales, o se las engañaba para que no lo hicieran. Si se presentaban cargos, los líderes eclesiásticos escribían cartas implorando indulgencia o instaban a los familiares de las víctimas a que las convencieran de ser benevolentes. Se presionaba a las familias para perdonar a los agresores y «se forzaba a niños de solo tres años de edad a reunirse con sus maltratadores para "reconciliarse"». Los líderes eclesiásticos informaron a una mujer de que el impulso de su esposo de abusar de su hija de diez años era atribuible a su incapacidad de satisfacer las necesidades sexuales de sus marido; le recomendaron que volviera a aceptarlo, que cerrara la puerta del dormitorio de su hija con llave y que mantuviera relaciones sexuales con él con regularidad. Las acusaciones también incluían malos tratos físicos en el ámbito doméstico, palizas de padres a hijos (incluso siendo estos ya adultos), agresiones sexuales de jóvenes pastores a niños y denodados esfuerzos por evitar que las víctimas informaran de todo ello a las autoridades. Como protegido de Mahaney, el gurú de la pureza Josh Harris se había hecho cargo de la iglesia Covenant Life de Mahaney unos años antes, mientras este se concentraba en su extensa red de parroquias. Y por el hecho de ocupar ese cargo, Harris también fue responsable de no atajar los abusos galopantes en el seno de la comunidad SGM.[550]

Según la valoración del antiguo miembro de la comunidad T. F. Charlton, «la combinación de roles de género patriarcales, la cultura de la pureza y el clero autoritario que caracterizan las enseñanzas de Sovereign Grace en temas de crianza, matrimonio y sexualidad» generaba un entorno en el que las mujeres y los niños, y en particular las niñas, eran «espacialmente vulnerables a sufrir malos tratos y abusos sexuales». Como muchos otros defensores del patriarcado beligerante, a Mahaney le encantaba escribir sobre sexo. Empezaba su libro de 2004, *Sex, Romance, and the Glory of God*, con un análisis del regalo del sexo basado en la Canción de Salomón, y recalcaba que formaba parte del liderazgo masculino enseñar a las esposas lo que la Biblia dice sobre el sexo. Citaba a Doug Wilson en alusión a las expectativas sexuales y, como Marabel Morgan y los LaHaye, incluía consejos instando a las mujeres a cuidar de su aspecto físico y obedecer a Dios entregando sus cuerpos a sus maridos, aunque no les apeteciera. En otras palabras, caminaba sobre terreno abonado. El libro de la década de 1980 sobre cómo educar a los niños cristianos *God, the Rod, and Your Child's Bod* también era «de uso generalizado» en SGM. El volumen

ofrecía a los padres pautas para aplicar castigos corporales duros y conseguir así el sometimiento instantáneo y «alegre» a la autoridad. Tal como reconocía Charlton, «la teología de la sumisión protege los privilegios de los poderosos».[551]

C. J. Mahaney disfrutó de un apoyo efusivo por parte de sus amigos y otros pastores en medio de las acusaciones vertidas contra él, a pesar de que Brent Detwiler, uno de los antiguos socios de Mahaney, había enviado una carta a líderes evangélicos clave instándolos a dejar de promocionar a Mahaney hasta que se resolvieran las causas pendientes. Piper recibió la carta, pero poco después decidió expresar su apoyo a Mahaney en público predicando en su nueva iglesia de Sovereign Grace en Louisville, Kentucky. Allí, Piper expresó su sincero respaldo a su amigo, alabando lo que Dios estaba haciendo a través de él y negándose a mencionar las décadas de abusos por las que se le pedían cuentas. En la misma línea, otros hombres evangélicos hicieron caso omiso de la súplica de Detwiler. Al Mohler y los otros fundadores de Together for the Gospel dieron fe de la integridad de Mahaney y de su «inmensa influencia para siempre» entre «los evangélicos». El presidente del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas y los líderes de The Gospel Coalition también expresaron su apoyo, estos últimos señalando que «en ocasiones, a los cristianos destacados se los pone en la picota no porque sean culpables, sino porque son muy conocidos». Las personas que «odian el Evangelio» solo podían alzarse victoriosas cuando a los líderes cristianos «se les atacaba y desprestigiaba de manera injusta».[552]

En 2016, Mohler volvió a defender a Mahaney y lo invitó como ponente a la conferencia de Together for the Gospel. Al presentar a Mahaney, restó importancia a las acusaciones (bromeó diciendo que había buscado en Google qué podía encontrar acerca de él) para deleite de los miles de asistentes al evento. Enalteció la «gigantesca influencia» de los ministerios de Sovereign Grace y elogió a Mahaney como un modelo de resistencia, bondad y tenacidad, definiéndolo «bíblicamente como inquebrantable en los aspectos en los que todo hombre cristiano debe ser inquebrantable: la fe, la verdad y Cristo». Y le aseguró que tenía a «10.000 amigos» en aquel auditorio. Las acusaciones contra Mahaney y su ministerio no llegaron a juicio debido a una sentencia relacionada con la ley de prescripción, pero aquel tecnicismo convenció a los legisladores estatales de la necesidad de cambiar la ley en este sentido.[553]

Los amigos de Mahaney le fueron leales porque compartían su apuesta por un «Evangelio» patriarcal, y también, al parecer, porque Mahaney había estado untándoles los bolsillos. Según Detwiler, «Mahaney adoptó la costumbre de duplicar los honorarios (la tarifa por sus charlas) de sus amigos al tiempo que les proporcionaba hoteles lujosos, billetes de avión, ordenadores nuevos y otros regalos». Donó a la iglesia de Mark Dever 10.000 dólares, y él y Sovereign Grace donaron «200.000 dólares o más» al Southern Baptist Theological Seminary, presidido por Al Mohler, uno de los defensores más acérrimos de Mahaney.[554]

Los rincones más conservadores de la subcultura evangélica tampoco eran inmunes al escándalo. Ni mucho menos: cuanto más recalcaba un líder evangélico la autoridad masculina y la sumisión femenina, más enrevesadas eran sus justificaciones con respecto a cualquier escándalo personal.

En 2014, Bill Gothard dimitió de su cargo en el Instituto de Principios Básicos para la Vida después de que más de treinta mujeres, incluidas algunas menores, lo acusaran de acoso sexual y abusos deshonestos. Durante más de cincuenta años, Gothard había defendido la modestia, la autoridad de los padres, la disciplina estricta y otros «valores familiares» por el estilo. En 2016, diez mujeres presentaron una demanda en su contra acusándolo a él y a otros líderes de su ministerio de acoso sexual, abusos deshonestos y encubrimiento; una mujer acusó a Gothard de violación. Gothard sostuvo su inocencia. De manera conveniente, en los textos que había escrito Gothard había insistido en que Dios había establecido unas «directrices de responsabilidad muy estrictas» para las víctimas de abusos; si una mujer no gritaba pidiendo auxilio, era «igual de culpable que el agresor». En 2018, la demanda contra Gothard se desestimó «debido a las complejidades únicas del caso, incluida la ley de prescripción», pero las querellantes quisieron dejar «clarísimo» que en ningún caso se retractaban de sus acusaciones; habían calculado los costes emocionales y económicos del procedimiento y habían considerado que excedían a los beneficios.[555]

Un año antes de que Gothard dimitiera del Instituto de Principios Básicos para la Vida, su protegido, Doug Phillips, el líder de la escuela en casa cristiana, casado y defensor de Quiverfull, dimitió de sus propios ministerios Vision Forum tras admitir haber mantenido «una larga relación inapropiada». Un año después, la joven con quien mantenía dicha relación, Lourdes Torres-Manteufel, presentó una demanda contra él y sus ministerios acusándolo de tratarla «como un objeto sexual personal». Según

la denuncia, Phillips empezó a establecer un vínculo emocional con Torres para abusar de ella cuando la joven tenía quince años, estableciéndose como «la figura de autoridad dominante en la vida y familia de la señorita Torres», posicionándose como «su padre espiritual» y dictaminando dónde ella debía vivir trabajar, asistir al culto y pasar su tiempo. La demanda detallaba que el movimiento patriarcal de Phillips enseñaba que las mujeres debían estar bajo el control absoluto de los hombres y explicaba que él impedía que sus feligreses interactuaran con las autoridades externas alimentando «la idea general» de que estaban «inmersos en una guerra cósmica». Phillips estableció su propio «sistema de tribunales eclesiásticos», y cualquier disputa se llevaba ante una junta de ancianos, sin ninguna de las protecciones que ofrecen los tribunales laicos. Siguiendo los pasos de Gothard, la comunidad de Phillips etiquetaba los cotilleos como «un pecado muy serio», ofreciendo un escudo efectivo a los agresores. Atrapada en la cultura de la pureza patriarcal, Torres estaba en situación de perder. Si rechazaba la autoridad de Phillips, se situaba fuera de su comunidad y en oposición a la voluntad de Dios, pero, si se sometía a esa autoridad, se convertía en un «bien dañado» a ojos de su familia y su comunidad.[556]

Las acusaciones contra Phillips hicieron tambalearse a muchos de sus acólitos: «Era nuestro héroe, el hombre que podía guiarnos a la victoria en esta horrible guerra». En cambio, Doug Wilson salió en defensa de aquel líder del movimiento de la escuela en casa cristiano. Para empezar, argumentó Wilson, no era apropiado referirse a Torres como «víctima». Era una adulta y, como tal, «si las atenciones de Phillips no eran enteramente mal recibidas, su papel no era el de víctima, sino el de implicada». Y en el caso de que las atenciones de Phillips sí hubieran sido enteramente mal recibidas, si realmente se había «sentido apabullada por el acosador», Wilson se preguntaba por qué «no había escapado a la primera oportunidad […] y había hecho que Doug Phillips conociera su opinión a través del aullido de las sirenas». Eso no había ocurrido, de manera que, si había alguna víctima en aquella historia, era la esposa de Phillips, «a quien tanto Phillips como Torres habían victimizado».[557]

Wilson tenía una larga historia culpando a las víctimas. En su libro de 1997 sobre el «cortejo bíblico», había abonado la idea compartida de que las mujeres indecorosas eran responsables de los actos de los hombres. Según él, las chicas debían «taparse» y no vestirse de tal manera que «un

hombre devoto tuviera que meterse en callejones o trepar a árboles para alejarse de ellas». Wilson no creía que los hombres debieran ir a comer con sus colegas de trabajo femeninas; aunque detestaba «extenderse en obviedades», consideraba necesario señalar que «bajo la ropa, sus cuerpos son distintos, y los de ellas da la impresión de que son mucho más entretenidos que los de los colegas masculinos». Es más, Wilson insinuaba que las mujeres que no se sometían estaban «desprotegidas»; las mujeres que rechazaban la protección masculina «en realidad eran mujeres que accedían tácitamente a la adecuación de la violación». A Wilson también le gustaba llamar la atención sobre las falsas acusaciones, reales o imaginarias. Anteriormente, en su defensa de Driscoll, había señalado que figuras destacadas como él solían ser derrocadas mientras que rara vez sucedía así con las calumniadoras y falsas acusadoras. Su premiada novela de 2012 *Evangellyfish*, un libro lleno de aventuras sexuales narradas con aparente deleite, giraba en torno a no una, sino dos mujeres que fingían agresiones sexuales.[558]

Como muchos pastores conservadores, Wilson creía que «disputas civiles» como la de Phillips debían resolverse entre cristianos, no en tribunales «presididos por ateos». Y en caso de no ser ello posible, consideraba prudente que la sociedad hallara a «hombres sabios y devotos» que ejercieran como jueces, para que determinaran, en los casos de supuestas relaciones sexuales con menores, si «la persona violada es casi mayor de edad». Resultaba que Wilson tenía cierta experiencia con el sistema judicial. En 2011 había oficiado el matrimonio de Steve Sitler con una joven de su congregación. Sitler había sido condenado por pederastia en 2005 y, a la sazón, Wilson había rogado una sentencia benévola. (Sitler había sido alumno del New Saint Andrews College de Wilson y feligrés de su iglesia). Sitler fue sentenciado a cadena perpetua, pero quedó en libertad condicional al cabo de solo veinte meses; tres años después, un anciano de la iglesia de Wilson acordó un encuentro con la joven que pronto se convertiría en su esposa. La pareja tuvo un hijo, pero, en 2015, el tribunal ordenó que Sitler solo pudiera verlo en visitas tuteladas debido a contactos sexuales inapropiados con su propio hijo. Cuando se puso en cuestión la decisión de Wilson de casar a Sitler con una joven en su iglesia, él contraatacó: el caso de Sitler era solo «una manera fácil que los enemigos de nuestro ministerio tienen de atacarnos». Negó que su iglesia estuviera «protegiendo, encubriendo o defendiendo los abusos a niños». La iglesia

existía para enmendar a personas caídas en desgracia. Sin embargo, Wilson se regocijó con aquella «difamación»; él y su esposa celebraron con una botella de whisky de malta la atención suscitada, que aprovecharon para promocionar su último libro, que versaba sobre el tema de la justicia.[559]

Tal como admitió Wilson de buena gana, no era la primera vez que se veía envuelto en un escándalo. El caso de Sitler recordaba a un incidente anterior, el de Jamin Wight. Como Sitler, Wight había recibido educación en casa. Estando inscrito en el programa de formación ministerial de Wilson, el joven de veinticuatro años se alojó con una familia que practicaba la enseñanza en casa y que eran feligreses de la parroquia de Wilson, y durante ese tiempo, Wight estableció un vínculo emocional con una menor y abusó de ella cuando solo tenía catorce años. Si bien Wilson reconocía el «pecado» de Wight, también culpaba al padre de la víctima por no proteger a su hija. En el momento de recibir la sentencia, Wilson acompañaba a Wight en el juzgado; los cargos se redujeron a un delito de lesiones a una menor, y llegó a un acuerdo de culpabilidad a cambio de cumplir entre cuatro y seis meses en prisión. Al parecer, el juez del caso estaba convencido de que la mejor manera de describir lo ocurrido era como «un amorío de una adolescente que recibía educación en casa», y no como un delito.[560]

En 2015, la familia Duggar, devotos de las enseñanzas de Gothard y estrellas del programa de telerrealidad del canal TLC *19 Kids and Counting,* se vieron involucrados en su propio escándalo cuando se reveló que su hijo primogénito, Josh, había abusado de cuatro de sus hermanas, así como de la niñera de la familia. Su padre, que había descubierto los abusos años antes y lo había enviado a un asesor cristiano, insistía en que «simplemente sentía curiosidad por las niñas; había entrado en la habitación y, básicamente, las había toqueteado por encima de la ropa mientras dormían». Sus hermanas también minimizaron sus actos, y su madre, Michelle, apareció en Fox News para alegar que todo el mundo comete errores… «Por eso vino Jesús». Tenía la impresión de que todo estaba planificado, de que había gente deseosa de calumniar a su familia. En aquel entonces, Josh Duggar era director ejecutivo de FRC Action, el grupo de presión de Consejo de Investigación Familiar, una organización conocida por su activismo anti-LGBT y por vincular la homosexualidad con la pederastia. A la luz de tales revelaciones, Duggar dimitió y, al ver que los anunciantes se desbandaban, TLC canceló *19 Kids and Counting.*[561]

Entre el evangelismo conservador, no era infrecuente que las denuncias de agresión se recibieran con escepticismo, se encubrieran o se les restara importancia. En 2014, un informe independiente reveló que la Bob Jones University había estado recomendando a las víctimas que no denunciaran las agresiones sexuales a la policía para no dañar la imagen de sus familias, de sus parroquias y de la universidad. Durante décadas, además, dijeron a las víctimas que las culpables de los abusos eran ellas. Aquel mismo año, *The New Republic* publicó un reportaje sobre agresiones sexuales en el Patrick Henry College, la universidad fundada por Michael Farris para servir como canal para los guerreros culturales cristianos no escolarizados. El año anterior, la universidad había exigido a todos los alumnos que asistieran a una conferencia en la que un profesor habló de «cazas de brujas» contra hombres incluso aunque «mujeres seductoras» los atrajeran con sus «trampas». «El sexo recreativo por las noches se transforma en acusaciones de "violación" por la mañana aunque haya sido consentido». Otro profesor del Patrick Henry College explicó: «Cuando se tiene una cultura permisiva en la que no es posible diferenciar una falsa violación de una verdadera violación» cuesta tratar la violación. Tal razonamiento se hacía eco de otro expuesto por el republicano de Misuri Todd Akin, que había provocado indignación durante su campaña al Senado en 2012 al querer diferenciar la «violación legítima» de la mayoría de las denuncias de violación, una diferencia habitual en lugares como el Patrick Henry College, donde la carga de la culpabilidad recaía en las mujeres víctimas. [562]

En otros lugares del mundo del evangelismo conservador salieron a la luz nuevos casos de abusos sexuales. Entre los más espeluznantes figuraban los que afloraron dentro del movimiento de los bautistas fundamentales independientes, la coalición cuyo buque insignia era la Primera Iglesia Bautista de Hammond, en Indiana. Ya en 1972, el influyente pastor Jack Hyles había recomendado a los padres cristianos que endurecieran a sus hijos varones, defendiendo el castigo corporal y la formación en el manejo de armas de fuego para criar a una generación de jóvenes que no capitularan ante enemigos como los norvietnamitas. Predicaba un evangelio de poder masculino y sumisión femenina. Como pastor de la Primera Iglesia Bautista, Hyles se convirtió en el líder *de facto* de una red de iglesias de bautistas independientes, y el autoritario plan de estudios configurado en su escuela se exportó por todo el país. Ya en 1989 habían salido a relucir

indicios de problemas cuando una publicación evangélica alegó que Hyles había mantenido una aventura con su secretaria. La noticia del escándalo se propagó por todo el mundo religioso y los medios generales: «El gran Jack Hyles, el hombre de Dios cuyas escuelas tenían reglas tan estrictas acerca de las citas que podías ganarte un demérito si por accidente tocabas la punta de un lápiz que sostuviera una persona del sexo contrario, estaba cometiendo adulterio». Hyles negó las acusaciones y hubo miembros de su iglesia que se alzaron en su defensa. Sin embargo, algunos de ellos también rompieron con él. Uno de sus feligreses, Voyle Glover, escribió un libro titulado *Fundamental Seduction* en el que detallaba las faltas de Hyles y «el encubrimiento a lo Watergate» de los abusos sexuales en la iglesia. Glover recibió amenazas, fue tildado de Anticristo y encontró excrementos en el umbral de la puerta de su casa.[563]

También se presentaron acusaciones contra el hijo de Hyles, Dave Hyles. Salieron a relucir historias, algunas de las cuales se remontaban a la década de 1970, que sugerían que había mantenido amoríos con más de una docena de feligresas. Y posteriormente se informó de que también había acosado a chicas jóvenes. Una mujer recordaba que la había agredido a los catorce años. «Era un hombre de Dios», relató, y aunque le pareciera que aquello estaba mal, sabía que tenía que ser lo que Dios quería: «[Dave Hyles] Se comparaba con David en la Biblia, me dijo que había sido ungido y que aquello era lo que se suponía que yo debía hacer […] para cuidarlo, porque era un hombre de Dios». Tras trasladar a su hijo a otra iglesia, Jack Hyles empezó a preparar a su yerno, Jack Schaap, para que tomara el timón; en paralelo, allanó el camino para que la congregación lo aceptara como reverendo. Tras la muerte de Hyles en 2001, Schaap, «prácticamente un clon de Hyles», recibió «una bienvenida de héroe». Como Driscoll, Schaap cultivaba una masculinidad agresiva en todos los frentes. Reprendía a los feligreses por no hacer aportaciones suficientes, por no ofrecerse para acciones de voluntariado suficientes y por no difundir suficientemente el Evangelio. A medida que fue consolidando su poder, se volvió más descarado y llenó sus sermones con material sexual gráfico, hasta el punto de que rozaban lo vulgar, la «pornografía» incluso. En 2010, delante de miles de adolescentes reunidos en una conferencia para jóvenes, Schaap pronunció un discurso sobre «el astil pulido». Sosteniendo el astil de una flecha en una mano y un trapo en la otra, se colocó la vara cerca de la entrepierna y simuló masturbarse: «ofreciéndose a Dios», dejando que Dios

«puliera su astil», los placeres prometidos serían suyos. Cuando se publicó el vídeo en YouTube, los espectadores lo encontraron desconcertante; para los miembros de la Primera Iglesia Bautista, «fue un día más de prédica».[564]

En 2012, Schaap se declaró culpable de cruzar las fronteras estatales para mantener relaciones sexuales con una muchacha de dieciséis años a la que orientaba. Las investigaciones revelaron «una cultura profundamente inculcada de misoginia y abusos sexuales y físicos» en la Primera Iglesia Bautista. Más de una docena de hombres relacionados con la parroquia, incluidos algunos que predicaban en centros de culto diseminados por todo el país, estaban implicados en una serie de procesos judiciales y arrestos con cargos de violación, abusos sexuales y pederastia. Un «credo organizado como una secta» había conducido a una cultura corrupta donde se daban «casos de pedofilia, violencia y difamación de los inocentes para proteger a los culpables […], además de desafiarse a las autoridades legales». Esta cultura institucional provocaba que «buenas personas», cristianos de verdad que «llevaban al Señor en su corazón», defendieran y permitieran actuar a los agresores. Incluso después de la condena de Schaap, muchas de aquellas «buenas personas» siguieron culpando a su víctima, a quien etiquetaron de «seductora».[565]

A pesar de las crecientes evidencias en sentido contrario, a principios de la década de 2000 muchos evangélicos continuaron creyendo que los abusos sexuales eran un problema que asolaba a la iglesia católica y que los casos dentro de sus propias comunidades eran la excepción que demostraba la regla. Pero en 2018 el movimiento #MeToo también llegó al evangelismo estadounidense. La creciente frecuencia y la escala de las revelaciones de abusos dentro de sus propios círculos hizo que tal afirmación resultara más difícil de sostener.

Todo empezó después de que Jules Woodson, inspirada por el ajuste de cuentas cultural a gran escala, enviara a quien había sido su pastor en su juventud, Andy Savage, un correo electrónico en el que lo acusaba de haberla agredido sexualmente hacía casi dos décadas, cuando tenía diecisiete años. Frente a su megaiglesia en Memphis, en un evento perfectamente orquestado que formulaba sus infracciones en términos de redención, Savage confesó haber vivido un «incidente sexual», ante lo cual, los miembros de su congregación respondieron con una ovación en pie.

Filmada en vídeo, aquella reacción estremecedora desencadenó una virulenta respuesta entre los observadores externos y atrajo la atención del *New York Times* y de otros medios de comunicación. A la vista de la indignación causada, Savage renunció a su oficina pastoral y decidió dimitir también de su ministerio.[566]

Semanas después, el pastor de la megaiglesia de Willow Creek Bill Hybels apareció en las noticias después de que siete mujeres lo acusaran de conducta sexual indebida y de abuso de poder. Las alegaciones se remontaban varias décadas atrás, pero la iglesia no las había abordado. Cuando saltó la noticia, en un principio la cúpula eclesiástica puso en duda los relatos de las mujeres, y también Hybels recibió una ovación de pie de su congregación. Pero las evidencias acumuladas acabaron obligándolo a renunciar a su puesto. Hybels representaba el ala más progresista del evangelismo, lo cual demostraba que los defensores de la igualdad tampoco estaban exentos de tener conductas sexuales inapropiadas. Ahora bien, aunque se posicionaba como un defensor de la igualdad de géneros, Hybels era un hombre conocido por ejercer el poder. Tras haber perfeccionado una rígida estructura de liderazgo vertical, la exportó a una red de miles de congregaciones amistosas que buscaban orientación. Fue tanto el arquitecto como el producto de una cultura evangélica más amplia. Fue Dobson, según Hybels, quien lo convenció de la necesidad de ver vídeos pornográficos, que luego pidió a su ayudante, una mujer, que visionara con él.[567]

Antes de que las aguas hubieran vuelto a su cauce tras el caso de Hybels, un nuevo escándalo sacudió el bastión del evangelismo conservador, la Convención Bautista del Sur. Las denuncias se centraron en Paige Patterson, patriarca reverenciado y presidente del Southwestern Baptist Theological Seminary, además de uno de los líderes de la toma de la Convención Bautista del Sur por parte de los conservadores cuatro décadas antes. Patterson ejercía un poder enorme en el mundo evangélico. Firme defensor del patriarcado cristiano, le gustaba ponerse un sombrero de vaquero y exhibir sus trofeos de caza mayor en su oficina. Pero resulta que también se había labrado una trayectoria haciendo comentarios sobre el aspecto de mujeres jóvenes y aconsejando a mujeres que padecían abusos que permanecieran con sus maltratadores. En una ocasión había aconsejado a una estudiante que no denunciara a la policía la violación que había sufrido y que perdonara al violador. (Un reportaje posterior reveló que Patterson también tenía una dilatada trayectoria rebajando importancia a las

acusaciones de agresiones sexuales. Junto con Jerry Vines, Patterson había facilitado el auge del pastor de la Convención Bautista del Sur Darrell Gilyard pese a las múltiples denuncias de violación, agresiones y otras formas de conducta sexual inapropiada presentadas contra él. Aunque fue Patterson quien supervisó la dimisión de Gilyard de la Iglesia Bautista de la Victoria en 1991, aquello sucedió cuatro años después de que afloraran las primeras acusaciones, e incluso entonces Patterson calificó muchas de las denuncias de inciertas, llamó la atención sobre los «pecados» de las supuestas víctimas y elogió a Gilyard como «portavoz de Dios». Envalentonado por el apoyo de hombres como Patterson y Vines, Gilyard había amenazado con «lanzarse a la yugular» de una de sus denunciantes). Entre tanto, el coconspirador de Patterson en la toma conservadora de la Convención Bautista del Sur, Paul Pressler, también afrontaba cargos por encubrimiento de conducta sexual inapropiada (con ayuda de Patterson) y por agredir o solicitar sexo a hombres y niños desde la década de 1970.[568]

En el transcurso de los meses siguientes quedó claro que el problema de los abusos en el seno del evangelismo no atañía solo a unas cuantas personalidades destacadas. En diciembre de 2018, el *Star-Telegram de Fort Worth* destapó al menos 412 denuncias de conducta sexual indebida vinculadas con 187 iglesias bautistas fundamentales independientes e instituciones afiliadas diseminadas por cuarenta estados y Canadá. Las víctimas apuntan a un número mucho mayor, que sin embargo habría quedado soterrado por la cultura del silencio. Al menos cuarenta y cinco supuestos agresores continuaban ocupando sus puestos eclesiásticos después de que las acusaciones salieran a la luz, transferidos entre iglesias para evitar tener que asumir responsabilidades. Dentro de esta red, los «hombres de Dios» gobernaban mediante el terror. Poner en cuestión al pastor equivalía a cuestionar a Dios. Se acusaba a las víctimas de «promiscuas», se las condenaba al ostracismo y en ocasiones se las hacía disculparse delante de sus congregaciones.[569]

La cultura institucional de los bautistas fundamentales independientes representaba las tendencias más autoritarias del evangelismo conservador, pero se enmarcaba en un cultura evangélica más amplia que celebraba la autoridad patriarcal, una cultura que determinaba los valores y dirigía las acciones de las «buenas personas» de modos que podían desplazar la compasión y la justicia mediante una obediencia ciega a la autoridad. Para ser una comunidad que creía en la existencia del pecado, los evangélicos

conservadores se mostraban curiosamente indiferentes a los peligros de un poder sin supervisión cuando dicho poder se ponía en manos de un patriarca.

Dos meses después, el *Houston Chronicle* publicó un reportaje de investigación que revelaba los amplios patrones de abusos dentro de la Convención Bautista del Sur. Durante décadas, las víctimas habían intentado sin éxito que los agresores se responsabilizaran de sus actos. Las iglesias no notificaron las denuncias a las autoridades ni advirtieron de ellas a otras parroquias. Desde 1998, en torno a 380 agresores dentro de la Convención Bautista del Sur habían dejado un reguero de más de 700 víctimas. A raíz de dichas revelaciones, una serie de líderes de la Convención Bautista del Sur negaron su culpabilidad colectiva y destacaron la autonomía que se otorgaba a las iglesias locales dentro de la Convención Bautista del Sur. Sin embargo, la Convención Bautista del Sur era conocida por «retirar rápidamente su afiliación» a las iglesias que contrataban a pastoras, y, en cambio, parecía incapaz de sancionar a las que contrataban a conocidos agresores sexuales. Se había instado a muchas víctimas a perdonar a sus agresores, y eran las víctimas quienes con frecuencia acababan siendo rechazadas por sus parroquias. Tal como testificó una víctima de la Convención Bautista del Sur, la crisis de los abusos en la iglesia fue «una epidemia alimentada por una cultura que nosotros mismos habíamos fabricado».[570]

Y fue precisamente ese patrón el que llevó a Rachael Denhollander a calificar la iglesia como «uno de los peores lugares para solicitar ayuda» para las víctimas de abusos sexuales. Ampliamente aplaudida por haber llevado ante la justicia a Larry Nassar, el médico del equipo olímpico de gimnastas de EE. UU. que resultó ser un abusador en serie, Denhollander dejó sin palabras al mundo evangélico en 2018 al afirmar que, de haber sido su acosador un pastor evangélico, sabía que «todos y cada uno de los líderes evangélicos habrían salido a vilipendiarla por activa y por pasiva y a verter mentiras sobre ella». Denhollander, que se identifica como «una evangélica muy conservadora», realizó tal afirmación después de manifestar, junto a su esposo, sus recelos por el papel de su propia parroquia en la rehabilitación de C. J. Mahaney y de su red Sovereign Grace. En respuesta a sus inquietudes, su parroquia les había informado de que ya no eran bienvenidos.[571]

En su imponente declaración como víctima en el juicio contra Nassar, Denhollander reprendió a este por pedirle perdón sin estar arrepentido. Y aseguró que lo mismo ocurría con las iglesias. Dios defendía el perdón, pero también la justicia, y la tendencia de las iglesias a encubrir las agresiones y a «perdonar» rápidamente a los agresores, a menudo por el bien de la reputación de la iglesia, era errónea. «El Evangelio de Jesucristo no necesita vuestra protección», insistió. Jesús solo exige obediencia, una obediencia que se manifiesta en la búsqueda de la justicia, en la defensa de las víctimas y de los oprimidos, en decir «la verdad acerca de la maldad de las agresiones sexuales y la maldad de encubrirlas».[572]

La cúpula evangélica estaba alarmada ante una «avalancha de denuncias por conducta sexual indebida» que no daba indicios de detenerse. En la primavera de 2018, Al Mohler tenía la sensación de que los estaban bombardeando por la derecha y por la izquierda, y de que solo Dios sabía cuántos más caerían y dónde aterrizarían. La atención de los medios de comunicación había blandido «la terrible y rápida espada de la humillación pública» y Mohler admitía que no estaba preparado para aquel diluvio: no lo había visto venir. Quizá debería haberlo hecho. Dos años antes había restado importancia a las acusaciones contra su buen amigo C. J. Mahaney.[573]

Perplejo, Mohler se encontró preguntándose si tal vez la culpable no sería la teología. ¿Era acaso el complementarismo «una mera tapadera para hombres agresores y una licencia para cometer abusos y malos tratos contra mujeres?». Enseguida se respondió a su propia pregunta con un no, argumentando que la misma Biblia que expresaba la preocupación de Dios por las víctimas también revelaba «el patrón complementario del liderazgo masculino en el hogar y en la iglesia». Mohler no tenía intención de abandonar el patriarcado. Por su parte, Russell Moore estimó prudente destacar que Dios estaba revelando que «no había un puerto seguro ideológico», ya que estaba claro que los abusos ocurrían tanto en los bastiones igualitarios como fuera de la iglesia. No era un problema del complementarismo.[574]

Y John Piper decidió que el movimiento #MeToo del evangelismo era un buen momento para defender el patriarcado. En un podcast de «Hambre de Dios» grabado en marzo de 2018, culpó al igualitarismo de dejar a las mujeres en situación de vulnerabilidad. El complementarismo asignaba a

los hombres la función de «cuidar, proteger y honrar a las mujeres», mientras que los igualitarios habían despojado a las mujeres de esa protección. Seguía convencido de que el «valor varonil» frenaría el vicio masculino. Pero Piper no tenía precisamente un historial inmaculado con respecto a su tratamiento de los abusos. En 2009, cuando le preguntaron si una mujer debía someterse a los abusos, contestó con evasivas. Dependía «de qué tipo de abuso». ¿Estaba en peligro la vida de la mujer o se trataba solo de una «descortesía verbal»? Si su marido le solicitaba que participara en «sexo grupal o algo realmente raro y doloroso», podía rechazar someterse (eso sí, con mucha delicadeza), pero si el abuso consistía solo en hacerle daño y no en exigirle que pecara, entonces debía soportar «los malos tratos verbales por una temporada» y «quizá que la abofeteara alguna noche». Solo entonces debía buscar la ayuda… de la iglesia.[575]

En su evaluación del papel del complementarismo en general, algunos evangélicos defendían la necesidad de diferenciar las fórmulas más extremas de este, el «hipercomplementarismo», de un «complementarismo bíblico» más moderado. A título de ejemplo, en 2010, Nathan Finn, un profesor del Southeastern Baptist Theological Seminary, se quejó en las páginas de la publicación de Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas de que era injusto meter en el mismo saco a organizaciones como el Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, Together for the Gospel y Enfoque a la Familia con figuras como Doug Phillips y la familia Duggar, los patriarcas y teonomistas de la extrema derecha del movimiento». Si bien concedía que «algunas de las convicciones y cierta terminología se solapan», aseguraba que «la aplicación es muy diferente» y que confundir ambas únicamente producía una «caricatura del complementarismo». Aun así, Finn instaba a los lectores de Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas a ser más claros acerca de sus creencias, para que su movimiento «complementarista normativo» no acabara metido en el mismo saco que el movimiento patriarcal más general.[576]

Finn acertó al ubicar a Phillips y los Duggar en los confines del evangelismo conservador. Sin embargo, transcurrida una década desde entonces, es la relación entre el centro y los márgenes la que debe someterse a escrutinio. Quienes ocupan el supuesto centro no han conseguido diferenciarse con respecto a las manifestaciones más extremas del «patriarcado bíblico», y esto es así por diversos motivos. Con la escalada de

las guerras culturales en la década de 2000, afinidades más potentes de lo que Finn quería admitir, tanto teológicas como culturales, unieron a los «complementaristas normativos» con los «patriarcas bíblicos», y no por casualidad. Durante décadas se habían forjado redes y se habían afianzado alianzas, vinculando el centro con las periferias. En paralelo, el amplio mercado del consumo se preocupaba poco por tales distinciones. Ya no era necesario asistir al seminario de Bill Gothard para entrar en contacto con su ideología extremista; bastaba con comprar el último DVD de Phillips en línea. O con ver programas de telerrealidad. Sin ir más lejos, los Duggar eran un fenómeno nacional.

Y en cuanto a la masculinidad evangélica, el extremismo ideológico guardaba un parecido asombroso con las líneas más generales. Al final, Doug Wilson, John Piper, Mark Driscoll, James Dobson, Doug Phillips y John Eldredge predicaban una visión recíprocamente apuntalada de la masculinidad cristiana: del patriarcado y la sumisión, del sexo y el poder. Era un visión que prometía protección a las mujeres pero las dejaba indefensas, que veneraba el poder y hacía oídos sordos a la justicia, una visión que transformó al Jesús de los Evangelios en una imagen de creación propia. Pese a estar arraigados en distintas tradiciones y presentarse con distintos estilos, sus mensajes se amalgamaban para convertirse en el acorde dominante en la cacofonía de la cultura popular evangélica. Y siempre habían tenido razón. La masculinidad cristiana combativa que practicaban y predicaban moduló de manera indeleble tanto la idea de familia como la de país.

---

[537] Smith, «Among white evangelicals».

[538] Paulsen, Michael, 2014, «A Brash Style That Filled Pews, Until Followers Had Their Fill», *New York Times*, 22 de agosto; Smith, Warren Cole, 2014, «Unreal sales for Driscoll's *Real Marriage*», *World*, 5 de marzo.

[539] Wilson, Douglas, 2014, «Ten Notes on the Driscoll Dogpile», *Blog & Mablog*, 25 de Agosto, disponible en: https://dougwils.com/the-church/ten-notes-on-the-driscoll-dogpile.html; Wilson, Douglas, 2014, «Ask Doug: What Are Your Thoughts on the Mark Driscoll Situation», *Canon Wired*, 20 de octubre, disponible en: httpo://www.canonwired.com/featured/thoughts-

on-the-mark-driscoll-situation/; Piper, John, 2014, «Do You Regret Partnering with Mark Driscoll?», Desiring God, 13 de noviembre, disponible en: http://www.desiringgod.org/interviews/do-you-regret-partnering-with-mark-driscoll; «Reflections on Mark Driscoll and the Church», entrevista de Norm Funk a John Piper, YouTube, 31 de julio de 2015, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=4Yhn_4mmowU [consulta: 8 de agosto de 2018]; Bailey, Sarah Pulliam, 2014, «Mark Driscoll charged with abusive behavior by 21 former Mars Hill pastors», *Washington Post*, 22 de agosto.

[540] Charlton, T. F., 2013, «A Church Group, A Lawsuit, and a Culture of Abuse», *Religion Dispatches*, 6 de marzo.

[541] Shellnutt, Kate, 2016, «Darrin Patrick Removed from Acts 29 Megachurch for "Historical Pattern of Sin"», *Christianity Today*, 13 de abril; Kelderman, Eric, 2019, «Accreditor Cites Leadership Problems in Keeping Master's U. on Probation», *Chronicle of Higher Education*, 8 de marzo; Smith, Samuel, 2018, «John MacArthur's Master's University Put on Probation by Accrediting Agency», *Christian Post*, 22 de agosto; Roys, Julie, 2018, «Hard times at Harvest», *World Magazine*, 13 de diciembre; McFarlan Miller, Emily, 2019, «James MacDonald fired as Harvest Bible Chapel pastor», Religion News Service, 13 de febrero.

[542] Keneally, Meghan, 2019, «List of Trump's accusers and their allegations of sexual misconduct», ABC News, 25 de junio de 2019.

[543] Frost, Katie, «Dr. James Dobson Endorses Judge Roy Moore», Judge Roy Moore U.S. Senate, disponible en: https://www.roymoore.org/Press-Releases/38/DR.-JAMES-DOBSON-ENDORSES-JUDGE-ROY-MOORE; Boorstein, Michelle, 2017, «Alabama state oficial defends Roy Moore, citing Joseph and Mayr; "The became parents of Jesus"», *Washington Post*, 10 de noviembre; Moore, Russell, 2017, publicación en Twitter, 13 de noviembre, 14:16 horas, Disponible en: https://twitter.com/drmoore/status/930197784959115264; Ballesteros, Carlos, 2017, «Alabama Evangelicals More Likely to Support Roy Moore After Sexual Assault Allegations, Poll Shows», *Newsweek*, 12 de noviembre; «Exit poll results: How different groups voted in Alabama», *Washington Post*, 13 de diciembre de 2018; Yurkanin, Amy, 2017, «Roy Moore had ties to groups that didn't believe in gender equality», Al.com, 9 de diciembre, actualizado el 6 de marzo de 2018.

[544] Dovere, Edward-Isaac, 2018, «Tony Perkins: Trump gets “a Mulligan” on Life, Stormy Daniels», *Politico,* 23 de enero.

[545] «NPR/PBS News Hour/Marist Poll National Tables September 22nd through September 24th, 2018», NPR, 22-24 de septiembre. Disponible en: http://maristpoll.marist.edu/wp-content/uploads/2018/09/NPR_PBS-NewsHour_Marist-Poll_USA-NOS-and-Tables_1809251359.pdf#page=3.

[546] Joyce, Kathryn, 2014, «By Grace Alone: The Next Christian Sex-Abuse-Scandal», *Kathryn Joyce* (blog), 5 de mayo, disponible en: http://kathrynjoyce.com/by-grace-alone-the-next-christian-sex-abuse-scandal/ [consulta: 12 de agosto de 2019].

[547] «Evangelical Leader quits, denies male escort’s allegations», CNN, 2 de noviembre de 2006.

[548] «Evangelical Leader quits»; Goldstein, David, 2006, «Who’s to blame for Pastor Haggard’s fall from grace? His fat, lazy wife», *Huffingon Post,* 4 de noviembre, actualizado el 25 de mayo de 2011.

[549] Turner, Randy, 2011, «Judge to Kanakuk’s Joe White: Stay away from sex abuse victim», *Turner Report,* 4 de octubre, disponible en: https://rturner229.blogspot.com/ 2011/10/judge-to-kanakuks-joe-white-stay-away.html; Griffin, Andrew W., 2012, «Sandusky-like camp director arrested in Missouri-what did Kanakuk’s “godlike” Joe White know?», *Red Dirt Report,* 27 de agosto, disponible en: http://www.reddirtreport.com/red-dirt-news/sandusky-camp-director-arrested-missouri-what-did-kanakuks-godlike-joe-white-know. ChristianPost.com, «Christian men’s conference decried for featuring speakers accused of rape, sex abuse cover-up», *Fox News,* 18 de febrero de 2017, actualizado el 5 de julio de 2017, disponible en: https://www.foxnews.com/us/christian-mens-conference-decried-for-featuring-speakers-accused-of-rapesex-abuse-cover-up.

[550] Stanley, Tiffany, 2016, «The Sex-Abuse Scandal That Devastated a Suburban Megachurch», *Washingtonian,* 14 de febrero.

[551] Mahaney, C. J., 2004, *Sex. Romance, and the Glory of God: What Every Christian Husband Needs to Know,* Wheaton, Illinois: Crossway Books, pp. 16, 87, 98 y 123. Charlton, «A Church Group».

[552] Allen, Bob, 2013, «Mahaney gets support from John Piper», Baptist News Global, 18 de febrero; Bailey, Sarah Pulliam, 2013, «Evangelical leaders stand by pastor accused of abuse cover-up», *Washington Post,* 24 de mayo; Smith, Julie Anne, 2013, «Mohler, Dever, and Duncan break their

silence and release statement in support of C.J. Mahaney», Spiritual Sounding Board, 23 de mayo, disponible en: https://spiritualsoundingboard.com/2013/05/23/mohler-dever-and-duncan-issue-statement-in-support-of-c-j-mahaney/ [consulta: 1 de julio de 2019]; Sledge, Benjamin, 2019, «Together for the Go$pel». *Medium*, 28 de enero, disponible en: https://medium.com/s/story/together-for-the-gospel-26a23116f46b; Caron, Don, y Justin Taylor, 2013, «Why We Have Been Silent about the SGM Lawsuit», The Gospel Coalition, 24 de mayo, disponible en: https://www.thegospelcoalition.org/article/why-we-have-been-silentabout-the-sgm-lawsuit/.

[553] Wachkeep (Amy Smith), 2016, «Albert Mohler and CJ Mahaney» (grabación de audio), disponible en: https://soundcloud.com/watchkeep/albert-mohler-and-cj-mahaney [consulta: 13 de agosto de 2018]; Allen, Bob, 2019, «Al Mohler says he was wrong about C.J. Mahaney», Baptist News Global, 18 de febrero.

[554] Sledge, «Together for the Go$pel».

[555] Bailey, Sarah Pulliam, 2016, «New charges allege religious leader, who has ties to the Duggars, sexually abused women», *Washington Post*, 6 de enero; Gothard, Bill, «Wisdom Booklet 36», 1839, citado en: Jones, Sara, 2016, «An ATI Education, Final Chapter: Guilty Silence», Recovering Grace, 4 de enero, disponible en: http://www.recoveringgrace.org/2016/01/an-ati-education-final-chapter-guilty-silence/ [consulta: 7 de agosto de 2018]; «Statement from Recovering Grace regarding the lawsuit against Bill Gothard and IBLP», Recovering Grace, 28 de marzo de 2018, disponible en: http://www.recoveringgrace.org/2018/03/statement-from-recovering-grace-regarding-the-lawsuit-against-bill-gothard-and-iblp/#more [consulta: 7 de agosto de 2018]. Véase también: Anne, Libby, 2015, «Bill Gothard Explains Road Safety (aka How Not to Get Raped)», Patheos, 17 de agosto [consulta: 6 de septiembre de 2019], disponible en: https://www.patheos.com/blogs/lovejoyfeminism/2015/08/bill-gothard-explains-road-safety-aka-how-not-to-get-raped.html.

[556] Torres-Manteufel, Lourdes, versus Douglas Phillips *et al.*, 15 de abril de 2014. Disponible en: https://www.wnd.com/files/2014/04/TorresComplaintFinalwithCoverSheet.pdf, pp. 1-15.

[557] Dean, Jamie, 2014.,«What Went Wrong? An In-depth Report on the Vision Forum Scandal», World News Service, 25 de marzo; Wilson, Douglas, 2014, «Vice, Victims, and Vision Forum», *Blog & Mablog*, viernes, 18 de abril, disponible en: https://dougwils.com/s7-engaging-the-culture/vice-victims-and-vision-forum.html [consulta: 12 de agosto de 2019].

[558] Wilson, *Her Hand in Marriage*, pp. 48, 54 y 85; Wilson, *Fidelity*, p. 62; Wilson, Doug, 2013, «Mark Driscoll and the Problems of Citation», *Blog & Mablog*, 9 de diciembre [consulta: 22 de junio de 2017], disponible en: https://dougwils.com/s7-engaging-the-culture/mark-driscoll-and-problems-of-citation.html#more-105845.

[559] Wilson, «Vice, Victims, and Vision Forum»; Wilson, *Fidelity*, p. 85; «Douglas Wilson to Judge Stegner: "I have been asked to provide a letter on behalf of Steven Sitler, which I am happy to do», Steven Sitler, 19 de agosto de 2015, disponible en: http://sitler.moscowid.net/2005/08/19/douglas-wilson-to-judge-stegner-i-have-been-asked-to-provide-a-letter-on-behalf-of-steven-sitler-which-i-am-happy-to-do/; Dreher, Rod, 2015, «Scandal in Moscow», *American Conservative*, 29 de septiembre, disponible en: https://www.theamericanconservative.com/dreher/scandal-in-moscow/; Wilson, Doug, 2015, «An Open Letter from Christ Church on Steven Sitler», *Blog & Mablog*, 5 de septiembre [consulta: 1 de junio de 2017]. Disponible en: https://dougwils.com/books-and-culture/s7-engaging-the-culture/an-open-letter-from-christ-church-on-steven-sitler.html; Wilson, Doug, 2015. «The High Mountain Air of Public Calumny». *Blog & Mablog*, 7 de septiembre [consulta: 1 de junio de 2017], disponible en: https://web.archive.org/web/20150915024225/http:/dougwils.com/s7-engaging-the-culture/the-high-mountain-air-of-public-calumny.html.

[560] Stollar, F. L., 2015, «The Jamin C. Wight Story: The Other Child Molester in Doug Wilson's Closet», Homeschoolers Anonymous, 8 de septiembre, disponible en: https://homeschooleranonymous.org/2015/09/08/the-jamin-c-wight-story-the-other-child-molester-in-doug-wilsons-closet/. Wilson ofrece su propia versión de los hechos con respecto a Sitler y Wight en: Dreher, Rod, 2015, «Doug Wilson's "Reluctant Response". *American Conservative*, 1 de octubre.

[561] Ohlheiser, Abby, 2015, «Josh Duggar molested four of his sisters and a babysitter, parents tell Fox news», *Washington Post*, 4 de junio.

[562] Pérez-Peña, Richard, 2014, «Bob Jones University Blamed Victims of Sexual Assaults, Not Abusers, Report Says», *New York Times*, 11 de diciembre; Feldman, Kiera, 2014, «Sexual Assault at God's Harvard», *New Republic*, 17 de febrero.

[563] Smith, «Let Us Prey»; Smith, Sarah, 2018, «Hundreds of sex abuse allegations found in fundamental Baptist churches across U.S.», *Fort Worth Star-Telegram*, 9 de diciembre.

[564] Smith, «Hundreds of sex abuse allegations»; Smith. «Let Us Prey».

[565] Smith, «Let Us Prey».

[566] «I Was Assaulted. He Was Applauded», *New York Times*, 9 de marzo de 2018.

[567] Goodstein, Laurie, 2018, «He's a Superstar Pastor», *New York Times*, 5 de agosto.

[568] Boorstein, Michelle, y Sarah Pulliam Bailey, 2014, «How women led to the dramatic rise and fall of Southern Baptist leader Paige Patterson», *Washington Post*, 10 de junio; Ross, Bobby, Jr., Sarah Pulliam Bailey y Michelle Boorstein, 2018, «Prominent Southern Baptist leader removed as seminary president following controversial remarks about abused women», *Washington Post*, 23 de mayo; Downen, Robert, 2018, «More men accuse former Texas judge, Baptist leader of sexual misconduct», *Houston Chronicle*, 13 de abril; Downen, Robert, 2019, «The women are hurting», *Houston Chronicle*, 22 de agosto.

[569] Smith, «Hundreds of Sex Abuse Allegations».

[570] Downen, Robert, Lise Olsen y John Tedesco, 2019, «Abuse of Faith», *Houston Chronicle*, 10 de febrero; Shellnutt, Kate, 2019, «Report: How Southern Baptists Failed to Care About Abuse», *Christianity Today*, 10 de junio; Gryboski, Michael, 2015, «Southern Baptist Convention Sever Ties With Kentucky Churches Over Female Pastors», *Christian Post*, 17 de diciembre.

[571] Denhollander, Rachael, y Morgan Lee, 2018, «My Larry Nassar Testimony Went Viral. But There's More to the Gospel Than Forgiveness», *Christianity Today*, 31 de enero.

[572] Denhollander y Lee, «My Larry Nassar Testimony Went Viral».

[573] Mohler, Al, 2018, «The Humiliation of the Southern Baptist Convention», *Christianity Today*, 23 de mayo.

[574] Mohler, «The Humiliation of the Southern Baptist Convention»; Moore, Russell, 2018, «Will Complementarianism Survive After the #MeToo Movement?», Russell Moore, 3 de agosto, disponible en: https://www.russellmoore.com/2018/08/03/will-complementarianism-survive-after-metoo/ [consulta: 15 de agosto de 2018].

[575] Piper, John, 2018, «Sex-Abuse Allegations and the Egalitarian Myth», Desiring God, 16 de marzo, disponible en: https://www.desiringgod.org/interviews/sex-abuseallegations-and-the-egalitarian-myth; Piper, John, 2009, «Does a woman submit to abuse?», *Ask Pastor John,* 1 de septiembre, Youtube, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=3OkUPc2NLrM,

[576] Finn, Nathan A., 2010, «Complementarian Caricature», *Journal of Biblical Manhood and Womanhood,* otoño, pp. 48-49.

Conclusión

En 2008, la Gaither Vocal Band, un legendario grupo de góspel sureño con raíces en la escena musical cristiana de la década de 1980, publicó el *single* «Jesus and John Wayne». La canción exponía el contraste entre la fe dulce de una madre y la tosquedad de un padre, entre un vaquero y un santo, y el cantante se situaba en un punto intermedio. En la línea de los Gaither, era una balada nostálgica; en aquel momento, para muchos de sus fanes evangélicos, pocas cosas separaban a Jesús de John Wayne. Jesús se había convertido en un líder guerrero, en el luchador por antonomasia, en un caballero con armadura resplandeciente, en un William Wallace, en un general Patton, en la clase de hombre que nunca se rinde, en un jornalero del campo con callos en las manos y músculos en el torso, el tipo de hombre que solía prodigarse por las convenciones de la Asociación Nacional del Rifle. Jesús era un tipo rudo.[577]

Ese Jesús llevaba más de medio siglo fraguándose. Inspirado en imágenes de masculinidad blanca heroica, los evangélicos habían dado forma a un salvador que los lideraría en las batallas que ellos escogieran. El nuevo Cristo tosco transformó la masculinidad cristiana, y el propio cristianismo.

Entretejiendo asuntos familiares íntimos, la política nacional y la agenda de política exterior, la masculinidad combativa acabó instalándose en el corazón de una identidad evangélica más general. Con el paso de los años, los cristianos se han visto arrastrados a esta identidad política y cultural de múltiples maneras. Los hombres asistían a ministerios masculinos para convertirse en mejores padres y cristianos más fieles. Los padres cristianos buscaban ayuda para criar a sus hijos. Las mujeres cristianas buscaban en libros y seminarios cómo ser mejores esposas. Y los recursos que encontraron las introdujeron en un mundo más amplio de «valores familiares» evangélicos, en visiones tradicionales de la masculinidad y la

feminidad, y en un orden social estructurado a través de claras líneas de autoridad patriarcal.

Desde el principio, la masculinidad evangélica ha sido un factor tanto personal como político. Al aprender a ser hombres cristianos, los evangélicos también aprendieron cómo pensar sobre el sexo, las armas, la guerra, las fronteras, los musulmanes, los inmigrantes, el ejército, la política exterior y el país en sí.

Pensemos, por ejemplo, en el derecho a tener armas. Los teóricos de la masculinidad evangélica llevan largo tiempo celebrando el papel que desempeñan las armas en la construcción de la masculinidad cristiana. Se cree que las armas —desde las de juguete de la infancia hasta las de fuego reales que se regalan en ceremonias iniciáticas— cultivan la masculinidad auténtica, la dada por Dios. Una encuesta realizada en 2017 reveló que el 41 por ciento de los evangélicos blancos poseen armas, un número superior al de los miembros de cualquier otro grupo de fe y significativamente mayor que el 30 por ciento del total de estadounidenses que tienen armas de fuego. En 2018, la Asociación Nacional del Rifle eligió ni más ni menos que a Oliver North como presidente. Presentado como «un defensor legendario de la libertad en Estados Unidos», North inauguró la reunión anual con una invocación patriótica y manifiestamente cristiana. En el desayuno de oración del encuentro recordó a los miembros que todos libraban «una contienda […], una batalla brutal por preservar las libertades que el buen Dios nos ha dado». En aquella misma convención, el antaño primer base de las Grandes Ligas de Béisbol Adam LaRoche pontificó que Jesús no era ningún pacifista. Jesús no vino a traer la paz, sino a blandir una espada. LaRoche vestía una camiseta negra con el siguiente mensaje estampado: «Jesús me ama y ama mis armas».[578]

Lo sorprendente aquí no es solo la retórica religiosa, ni el hecho de que el mensaje podría haberse extraído directamente de docenas —o centenares— de libros sobre la masculinidad evangélica, sino también esa sensación compartida de ser objeto de asedio que tiende puentes entre la retórica de la Asociación Nacional del Rifle y la del evangelismo blanco conservador. Para ambos, una mentalidad defensiva refuerza la identidad y la lealtad y alimenta la beligerancia. Pese a que los conservadores han dominado la política pública sobre el control de las armas durante décadas, el relato de estar perseguidos arraigado en una sensación de declive cultural ha

movilizado desde hace largo tiempo a los defensores del derecho a las armas y ha potenciado sus ventas, sobre todo durante los gobiernos de los demócratas. Para los evangélicos blancos conservadores, las armas tienen un peso simbólico que solo puede entenderse en el marco de esta amplia cultura de la beligerancia.[579]

O bien piénsese en las ideas de los evangélicos con respecto a la inmigración y la seguridad en las fronteras. Más que ningún otro grupo demográfico religioso, los evangélicos blancos tienen una opinión negativa de la inmigración. Dos años después de la llegada de Trump a la presidencia, más de dos tercios de los evangélicos blancos no creían que Estados Unidos tuviera ninguna obligación de aceptar a refugiados. En 2019, prácticamente el mismo porcentaje apoyaba la construcción del muro fronterizo de Trump. Teniendo en cuenta que en la Biblia abundan las invitaciones a acoger a los forasteros y cuidar de ellos, estas actitudes pueden generar desconcierto. Sin embargo, los evangélicos que afirman regirse por la autoridad de las Escrituras tienen claro que no necesitan consultar la Biblia para formarse una opinión sobre la inmigración; una encuesta realizada en 2015 reveló que solo el 12 por ciento de los evangélicos citaban la Biblia como su principal influencia a la hora de plantearse el tema de la inmigración. Pero esto no significa que la religión no importe. Los evangélicos pueden identificarse como «cristianos que creen en la Biblia», pero el evangelismo en sí comporta una serie más amplia de valores hondamente arraigados que se transmiten mediante símbolos, rituales y lealtades políticas.[580]

Desde la Guerra Fría hasta el presente, los evangélicos han percibido una supuesta posición de vulnerabilidad de Estados Unidos. Hombres duros, agresivos y beligerantes deben defender el país. La frontera es la línea de defensa, un lugar donde reina el peligro, no la hospitalidad. Además, desde la década de 1960, los evangélicos han exhibido una defensa obstinada de «la ley y el orden». Lo que empezó como una reacción violenta en contra de los *hippies*, los manifestantes pacifistas, los activistas de los derechos sociales y las minorías urbanas ha derivado en una veneración del cumplimiento de la ley y del ejército. De ahí que no sorprenda que la mayoría de los evangélicos consideren que «erigir muros no es anticristiano», que «no hay nada que contradiga los Evangelios en proteger nuestro país de quienes quieren hacerle daño» y que quienes supuestamente representan amenazas no son de raza blanca.[581]

Pese a sus frecuentes reivindicaciones de que la Biblia es la fuente de sus compromisos sociopolíticos, el evangelismo debe entenderse como un movimiento cultural y político, más que como una comunidad definida principalmente por su ideología. Las opiniones evangélicas relativas a cualquier tema son facetas de esta identidad cultural más amplia, y ningún verso bíblico puede desarraigar las verdades generales que apuntalan dicha identidad.

Sin embargo, en lugar de contemplar esta cultura en oposición a la teología, conviene concebir la interrelación entre ambas como lo que en última instancia define el evangelismo. En este sentido, algunos debates recientes sobre el Dios triuno (la Santísima Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) resultan reveladores. Tras haber declarado la autoridad patriarcal y la sumisión femenina «verdades evangélicas» innegociables, algunos teólogos complementaristas fueron un paso más allá. En 2016, Wayne Grudem y Bruce Ware, del Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas, plantearon una teología de la Trinidad que convertía a Jesús en un «subordinado eterno» de Dios Padre con el fin, en opinión de la crítica, de justificar la subordinación eterna y ordenada por Dios de las mujeres a los hombres. Grudem y Ware seguían los pasos de Elisabeth Elliot, que había escrito acerca de esta idea en la década de 1970, pero, al hacerlo, se distanciaban de cerca de dos milenios de ortodoxia cristiana. Incluso algunos complementaristas etiquetaron tal innovación de «herejía» o «idolatría». No obstante, muchos de los afiliados al Consejo sobre la Masculinidad y la Feminidad Bíblicas se posicionaron al lado de Grudem y Ware. Para los críticos, aquello planteaba una cuestión importante: ¿defendían los hombres el patriarcado porque consideraban que era un mandato bíblico o estaban retorciendo las Escrituras para defender el patriarcado?[582]

Muchas de las nuevas ortodoxias son más sutiles. La autoridad masculina, el militarismo y la subordinación sexual y espiritual de las mujeres simplemente forman parte del aire que respiran los evangélicos desde hace décadas. En las catequesis y escuelas bíblicas de vacaciones, los niños aprenden a ser superhéroes para Cristo y las niñas a ser bellas princesas. Los alumnos cantan que son soldados del ejército del Señor mientras desfilan en formación. En los grupos parroquiales juveniles, se entrena a los niños en el manejo de armas y arcos, y se enseña a las niñas a maquillarse, comprar y decorar tartas. Las iglesias ofrecen oficios especiales el Día de la

Madre, como parte de los cuales se regalan flores, pastelitos y poemas a las mujeres de la congregación. El Día del Padre se asan piezas de caza o se celebran «concursos de padres» en los que los hombres chutan balones de fútbol, accionan mandos a distancia de televisores y compiten en cacerías simuladas, y el ganador se va a casa con una caja de bistecs. Una parroquia de Kansas alberga un evento anual llamado «El barril humeante», en el cual hombres y niños disparan armas y comen carne ahumada. Las cacerías de venados son habituales y, en ocasiones, implican mancharse de sangre como parte de un rito iniciático masculino. Las escuelas cristianas, que suelen tener mascotas como caballeros medievales, águilas o cruzados, acogen servicios religiosos donde aparecen levantadores de pesas por Jesús o grupos locales que arrancan hojas de listines telefónicos y atraviesan muros de hielo, todo ello en nombre de Cristo. Las conferencias masculinas nacionales propician el encuentro de los hombres con sus autores cristianos favoritos, con quienes rinden culto y lanzan hachas. Las iglesias acogen ministerios de El Club de la Lucha u ofrecen versiones de su invención de grupos masculinos viriles. Una parroquia rebautizó el retiro de sus parroquianos como «avance masculino», porque «los hombres no se retiran». Para estudiar la Biblia, los hombres se congregan cual «caballeros de la Mesa redonda» y las mujeres como «doncellas del Señor».[583]

El mundo del comercio minorista cristiano refleja y refuerza estas dinámicas. Las postales cristianas DaySpring se especializan en tarjetas de felicitación para mujeres en colores pastel, y, además, la marca ha creado una línea de productos *Duck Dynasty* destinada a los hombres. Nelson Bibles publica «revistas bíblicas» para adolescentes que contienen el texto del Antiguo y el Nuevo Testamento junto con «consejos de estilo de vida cristiano» para niños y niñas. Con imágenes de jinetes cabalgando a la batalla, la versión para niños incita a los lectores a «unirse a la batalla definitiva» e incluye relatos de «batallas épicas del Antiguo Testamento» y otros con títulos como «Caballeros con espada: cómo los guerreros imparables se volvieron tan increíbles». El Nuevo Testamento para niñas (con muchachas bonitas y sonrientes en la portada) proporciona una serie de «secretos de belleza», consejos, cuestionarios sobre temas como «¿Es tu novio un chico piadoso?» y una sección titulada «Los chicos hablan» en la que pueden conocer las opiniones de los hombres sobre «multitud de temas importantes».[584]

La naturaleza dividida por géneros del mercado evangélico está presente en todas partes. Las omnipresentes tiendas Hobby Lobby, propiedad de una poderosa familia evangélica, se situaron recientemente como punta de lanza de la oposición al mandato sobre anticonceptivos de la Ley de Protección al Paciente y Cuidado Asequible, y los beneficios de la empresa han ayudado a financiar el nuevo Museo de la Biblia de la capital del país. Pero, en el mundo evangélico, la influencia de las tiendas de artesanía va más allá del anillo periférico. En la última década, las pequeñas librerías cristianas locales han entrado en declive, junto con otros puntos de venta tradicionales, conforme los consumidores cristianos han emigrado a comercios en línea como LifeWay, Chritianbook.com y, cada vez más, Amazon.com. Junto con Walmart, Hobby Lobby también ha reclamado su porción del pastel del mercado religioso como pionera de la era de centros comerciales cristianos. Tendiendo puentes sin problemas entre lo sagrado y lo laico, Hobby Lobby hace las delicias de artesanos y mujeres cristianas por igual (categorías que no son mutuamente excluyentes). Las góndolas de libros situadas cerca de las cajas de pago despliegan un abanico impresionante de Biblias en su nueva versión internacional y su versión estándar dirigidas a segmentos específicos del mercado (chicas adolescentes, amantes de las artesanías y «hombres corrientes»), junto a devocionarios, novelas románticas cristianas y los últimos lanzamientos de Franklin Graham y Chip y Joanna Gaines.

Tras los estantes de libros se extienden pasillos y pasillos de productos consumibles específicos para cada género. Para las niñas pequeñas hay toda una colección de productos rosas con temática de princesas, placas de pared que proclaman que toda niña debe llevar «coleta y lucir abalorios brillantes», y otros artículos que recuerdan a las pequeñas que la verdadera belleza es la interior y se consigue mostrando un «espíritu amable y tranquilo». Las mujeres adultas pueden encontrar tazas de café con purpurina y adornadas con odas al pintalabios, la máscara de ojos, el café y Jesús. Un paseo hacia la sección masculina permite encontrar un impresionante surtido de falsas calaveras de ganado de cuernos largos de Texas, decoraciones para botas camperas de resina, tiradores de cajones con forma de bala, un espátula de grill con forma de rifle de cerrojo y placas a porrillo que celebran el ejército y a los *marines*, a Ronald Reagan y la Segunda Enmienda. Una placa de pared proclama con valentía: «Yo defiendo el himno nacional», con legras grabadas sobre una bandera

estadounidense roja, blanca y azul desgastada. También hay todo un surtido de cartelería de «hombre de las cavernas» y una estantería dedicada a productos en recuerdo de John Wayne.

Hobby Lobby también tiene clientes no evangélicos ni cristianos, y gran parte de los artículos que se encuentran en sus estanterías no son explícitamente «cristianos». Sin embargo, para las mujeres evangélicas, comprar en Hobby Lobby puede equipararse con un acto de devoción religiosa, y los objetos que se abren camino hasta los hogares evangélicos refuerzan los ideales de género nucleares del evangelismo conservador. El mensaje que se transmite a través de estos productos es claro. Las mujeres deben ser bellas y amar a Jesús (incluso si acaban siendo «un desastre»). Un toque de pintalabios, un poco de cafeína y un hombre fuerte ayudan a enderezar las cosas. Por su parte, la masculinidad que se vende en Hobby Lobby es una mezcla de bravatas típicas de hombre armado, nostalgia por la conquista imperial y un nacionalismo cristiano (blanco) que ondea orgulloso la bandera.[585]

Los evangélicos conservadores hace tiempo que se han posicionado en contra del «laicismo», pero, como indica el evangelismo cultural de Hobby Lobby, lo sagrado y lo profano a veces no resultan fáciles de distinguir. Para muchos evangélicos, los valores masculinos que encarnan hombres como John Wayne, William Wallace, Ronald Reagan, Rush Limbaugh, Jordan Peterson y Donald Trump han acabado por definir la esencia del evangelismo.

Pese a ser dominante, el culto evangélico a la masculinidad no define todo el evangelismo estadounidense. Es, en gran medida, una creación de los evangélicos blancos. La inmensa mayoría de libros sobre masculinidad evangélica los han escrito hombres blancos dirigiéndose principalmente a hombres blancos; en un grado importante, los mercados literarios sobre masculinidad cristiana blanca y negra siguen estando diferenciados. Con contadas excepciones, los hombres negros, los hombres de Oriente Medio y los hispanos no están llamados a exhibir una masculinidad salvaje y beligerante. Aun así, su agresión se considera peligrosa, una amenaza para la estabilidad de los hogares y del país.[586]

La masculinidad evangélica cimenta el nacionalismo cristiano de defensa de Dios y el país, pero no ha impedido a los evangélicos estadounidenses exportar aspectos de esta ideología a escala mundial, a lugares como

Uganda, India, Jamaica y Belice. Los evangélicos brasileños, inspirados tanto por su propia cultura machista como por el manual de los evangélicos estadounidenses, ayudaron a instalar en la presidencia del país a Jair Bolsonaro, un hombre fuerte casado en terceras nupcias y conocido por sus declaraciones misóginas, su agenda antihomosexual y su defensa de los valores familiares «tradicionales». En el transcurso de la última década, grupos como Enfoque a la Familia, la Asociación de Defensa Legal de la Escuela en Casa, Alliance Defending Freedom y la Asociación Evangelista Billy Graham han canalizado más de 50 millones de dólares a organizaciones europeas de corte derechista. Además, los evangélicos blancos también han estrechado lazos con Vladimir Putin, conocido por alardear de su virilidad con el pecho al aire, y con elementos conservadores de la Iglesia ortodoxa rusa; en 2014, la revista *Decision* de la Asociación Evangelista Billy Graham mostraba a Putin en portada, y Franklin Graham alababa al presidente ruso por plantar cara a la «agenda de los gais y las lesbianas». Un año después, Graham se reunió con Putin en Moscú, ocasión que aprovechó para elogiar al presidente ruso como defensor del «cristianismo tradicional», al tiempo que acusaba al presidente Obama de promover el ateísmo. Tanto en política exterior como nacional, el culto a la masculinidad tiene la capacidad de transformar las lealtades y remodelar las alianzas.[587]

A los evangélicos blancos conservadores anclados en esta ideología puede resultarles difícil desenredar su fe, y su identidad, de este movimiento cultural más amplio. Tal como un hombre que creció inmerso en la masculinidad evangélica y la cultura de la pureza de la década de 1990 reflexionó en fechas posteriores: «Vivía y respiraba esas enseñanzas, y siguen modelándome de modos que no entiendo incluso veinte años después de rechazarlas intelectualmente».[588]

Quienes han renegado de aspectos de este sistema de creencias aducen motivos variados para hacerlo. Para algunos hombres, desplegar una masculinidad salvaje y agresiva es insostenible. Un hombre con una discapacidad física recuerda tener la sensación de que no tenía cabida en el evangelismo de la década de 2000. Si no demostrabas ser «un fanático de los deportes o de la caza en una iglesia evangélica», te relegaban a una posición marginal, en sus propias palabras. Otro hombre relataba que quienes no eran particularmente deportistas ni demostraban interés por

«hacer barranquismo o escalada» podían llegar a sentir que no eran hombres de verdad y que eran cristianos de segunda.[589]

Las expresiones patriarcales beligerantes de la fe florecieron en foros de debate exclusivamente masculinos, de manera que algunos hombres solo tuvieron ocasión de conocer los aspectos más oscuros de la masculinidad evangélica escuchando a mujeres cristianas. En el caso de un hombre, la sorpresa de conocer a parejas cristianas que se amaban y que rechazaban las enseñanzas del complementarismo fue lo que le condujo a replantearse las lecciones de hombres como John Piper y Mark Driscoll.[590]

Con el tiempo, muchos de los influidos por la cultura de la pureza también empezaron a reevaluar su formación espiritual y sexual. Quienes habían guardado el sexo (incluso los besos) para el matrimonio descubrieron que el matrimonio (y el sexo conyugal) no siempre estaba a la altura de las expectativas. Muchos acabaron rechazando la cultura de la vergüenza y la culpa. Mujeres como Sarah Bessey, Dianna Anderson, Samantha Field, Linda Kay Klein, Libby Anne y colectivos como Homeschoolers Anonymous empezaron a exponer el daño que habían experimentado u observado en el seno de la cultura de la pureza. Veinte años después de la publicación de *I Kissed Dating Goodby*, Josh Harrys reconoció que en realidad no sabía de qué hablaba. Solicitó a la editorial que su libro se retirara de la circulación. «Cuando intentamos controlar en exceso nuestras propias vidas o las vidas de otras personas, creo que acabamos lastimándolas», confesó.[591]

En otros casos fue el conocimiento de que en las iglesias, organizaciones y familias se daban abusos sexuales lo que les impulsó a abandonar el movimiento en su conjunto. Y, en algunos casos, dicho distanciamiento estuvo espoleado por una conciencia creciente del militarismo que impregnaba el evangelismo. En el caso de Don Jacobson, cuya Multnomah Press publicó a Dobson, Weber, Farrar, Piper, Holton y Evans, su creciente incomodidad con el nacionalismo cristiano lo llevó a distanciarse del movimiento que ayudó a impulsar. Tras estudiar con más detenimiento la historia de los amerindios y relatos de la conquista imperial, no podía seguir sosteniendo la idea de Estados Unidos como un país ungido. La creencia de que Estados Unidos es la nación elegida por Dios te obliga a luchar por ella y en contra de otros, constató. Sin embargo, una vez se abandona esa idea, otros valores empiezan a tambalearse también. Sin el nacionalismo cristiano, el militarismo evangélico carece de sentido. «Jesús lo deja claro

en Juan 13», reflexionaba Jacobson. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: en que tenéis amor unos con otros». Pero demasiados evangélicos han olvidado «cuál es nuestra verdadera ciudadanía».[592]

En el caso de otros evangélicos, fue la elección de Donald Trump la que los impulsó a abandonar el evangelismo. Algunos intentaron utilizar a Trump para llamar a otros creyentes a una mayor lealtad. Michael Gerson se esforzó por alejar a los evangélicos de la «tentación», advirtiéndoles de que el «tribalismo y el odio "al otro" del presidente Trump son diametralmente opuestos a la ética radical de Jesús de amar al prójimo». Citando a Mateo 6, el columnista Cal Thomas recordó a los evangélicos que «Nadie puede servir a dos señores», y desafió a los cristianos a elegir a su verdadero señor: Jesús o Trump. «No pueden servirlos a ambos». Pero, para los evangélicos que han transformado al Jesús de los Evangelios en un modelo de masculinidad combativa, ese conflicto no existe.[593]

Si bien el culto evangélico a la masculinidad se remonta varias décadas, su emergencia no fue inevitable. Con el paso de los años se ha ido adaptando y amplificando, se lo ha desafiado y ha resistido. Algunos hombres evangélicos han planteado modelos alternativos, basados en la dulzura y el autocontrol, en el compromiso con la paz y en la renuncia al poder como expresiones de la verdadera masculinidad cristiana. Sin embargo, entender el papel catalizador que la masculinidad cristiana combativa ha desempeñado durante el último medio siglo es fundamental para entender el evangelismo estadounidense actual, así como el paisaje político fracturado que existe en el país. Comprender cómo esta ideología fue desarrollándose con el tiempo también es determinante para quienes anhelan desmantelarla. Lo hecho puede deshacerse.

---

[577] Gaither Vocal Band, 2008, «Jesus and John Wayne», canción 3 de *Lovin' Life.* Spring House, disco compacto.

[578] Choksi, Niraj, 2018, «Oliver North Is Named N.R.A. President», *New York Times,* 7 de mayo; Ross, Bobby Jr., 2018, «"Jesus loves me and my guns": Faith and firearms touted at the NRA's prayer breakfast», *Washington Post,* 7 de mayo de 2018; Shellnut, «Packing in the Pews».

[579] LeTourneau, Nancy, 2018, «How Identity Politics Fuels the NRA and White Evangelicals», *Washington Monthly,* 5 de marzo; Beinart, Peter,

2018, «Conservatives Are Losing the Culture War Over Guns», *The Atlantic*, 1 de marzo.

[580] Cooper *et al*., «How Americans View Immigrants»; Hartig, Hannah, 2018, «Republicans turn more negative toward refugees as number admitted to U.S. plummets», Pew Research Center, 24 de mayo; «Data Shows How Passionate and Partisan Americans are About the Border Wall», PRRI, 8 de enero de 2019; «Evangelical Views on Immigration», LifeWay Research, febrero de 2015.

[581] Allen, Bob, 2016, «"Evangelical elite" just doesn't get it, claims pastor and Trump supporter», *Baptist News*, 16 de marzo; Du Mez, Kristin Kobes, 2018, «Understanding White Evangelical Views on Immigration», *Harvard Divinity Bulletin* 46, n.º 1 y 2 (primavera/verano).

[582] Lindgren, Caleb, 2016, «Gender and the Trinity: From Proxy War to Civil War», *Christianity Today*, 16 de junio; Giles, *Rise and Fall of the Complementarian Doctrine.*

[583] Quiero dar las gracias a Corrin Van Bemden, Corrie Bakker, Steve McMullen, Laura McMullen, Jenna Hunt, Brooklyn Walker, Rhonda Mejeur, Jonathan Harwell, Bryan Berghoef, Tami Parks, Joe Stubenrauch, Katherine Swart y Tim Krueger por darme a conocer estos ejemplos.

[584] Agradezco a Rachel Maxon y Mandy McMichael que me dieran a conocer estos hechos.

[585] Du Mez, Kristin Kobes, 2018, «Hobby Lobby Evangelicalism». Patheos, 6 de septiembre, disponible en: https//www.patheos.com/blogs/anxiousbench/2018/09/hobby-lobby-evangelicalism/.

[586] Entrevista telefónica de Don Jacobson con la autora, 13 de febrero de 2019.

[587] Maza, Carlos, 2014, «This Right-Wing Legal Powerhouse Wants To Make Gay Sex Illegal», Media Matters, 19 de noviembre; Provost, Claire, y Marty Fitzgerald, 2019, «Revealed: Trump-linked US Christian "fundamentalists" pour millions of "dark money" into Europe, boosting the far right", openDemocracy, 25 de marzo; Jenkins, Kack, 2018, «When Franklin Graham Met Putin», Religion News Service, 7 de agosto; Griswold, Eliza, 2018, «Franklin Graham's Uneasy Alliance with Donald Trump», *The New Yorker,* 11 de septiembre; Jenkins, Jack, 2017, «The emerging alliance between Putin and Trump's God squad», ThinkProgress, 12 de julio.

[588] Rück, Daniel, mensaje de Facebook, 6 de febrero de 2018.

[589] Nombre omitido, mensaje de Facebook, 10 de enero de 2019; nombre omitido, correspondencia por correo electrónico, 25 de febrero de 2019.

[590] Nombre omitido, correspondencia por correo electrónico, 25 de febrero de 2019.

[591] Moslener, Sara, 2018, «Sexual Purity, #ChurchToo, and the Crisis of Male Evangelical Leadership», *Religion & Politics*, 12 de junio; «Former Evangelical Pastor Rethinks His Approach to Courtship», *Weekend Edition Sunday*, NPR, 10 de julio de 2016.

[592] Entrevista telefónica de Don Jacobson con la autora, 13 de febrero de 2019. En mensajes de correo electrónico posteriores (20 de junio de 2019), Jacobson añadió que sigue estando de acuerdo con las enseñanzas de esos autores, pero que muchas de las corrientes nuevas han ido demasiado lejos: «Jesús dijo que había que convertir en discípulos a todos los hombres, no en estadounidenses».

[593] Gerson, Michael, 2018, «The Last Temptation», *The Atlantic*, abril; Thomas, Cal, 2018. «Are today's Evangelicals following Jesus or following Trump?», Fox News «Opinion», 24 de abril, disponible en: https://www.foxnews.com/opinion/calthomas-are-todays-evangelicals-following-jesus-or-following-trump.

AGRADECIMIENTOS

Hace más de quince años, mis alumnos me introdujeron en la materia que constituye el núcleo de este relato. En los años que siguieron, amigos, otros académicos, miembros de iglesias, conocidos y, cada vez más, perfectos desconocidos han compartido sus experiencias conmigo y me han ayudado a darle un sentido a todo.

Estoy profundamente agradecida por los muchos interlocutores que durante todo este tiempo me han explicado qué debía saber, dónde debía buscarlo, con quién tenía que hablar y qué no estaba entendiendo bien. Entre ellos figuran: Tim Gloege, David Henreckson, Daniel Rück, Tami Parks, Josh Drake, Jessica Ann Hughes, Kate VanNoord Kooyman, Kris Van Engen, Amy Sullivan, Kevin den Dulk, Scott Culpepper, David Hollinger, Michael Lackey, Neil Carlson, Dale Williams, Kerry Pimblott, T. Ashton Reynolds, Nate Pyle, Mark Mulder, Sara Walsh, John Hawthorne, Darren Dochuk, John Haas, Bill Svelmoe, Tommy Kidd, Christy Lubbers Berghoef, James Schaap, Heath Carter, Joel Carpenter, George Marsden, Michael Hamilton, Patricia Bouma, Kevin Timpe, Debra Rienstra, Tim Ellens, Joe Stubenrauch, Sonya Jongsma Knauss, Dan Knauss, Jamie Skillen, Mark Bjellend, Daniel José Camacho, James Vanden Bosch, Janine Giordano Drake, Christina Edmondsen, Mika Edmondsen. John Turner, Melissa Borja, Jonathan Hiskes, Janel Kragt Bakker, Brandon Blakeslee, Caleb Largerway, Paul Verhoef, John Contant, Anne Contant, Sarah Van Timmeren, Corrie Bakker, Jenna Hunt, Karin DeLapp, Nevada DeLapp, Garrett Strpko, Ruth Everhart, Diana Butler Bass, Rich Mouw, Wes Granberg-Michaelson, Don Jacobson, Danae Jacobson, Gail Bederman, Lauren Kerby, Lisa Cockrel, Sally Steenland, Doug Koopman, David Malone, Greg Jones, Jemar Tisby, Fred Appel, David Bratt, Malcolm Foley, David Swartz, Jared Burkholder, Devin Manzullo-Thomas, Karie Cross Riddle, Will Katerberg, James Bratt, Bruce Berglund, Bob Schoone-Jongen, Frans van Liere, Kate van Liere, Eric Washington, Bill Van Vugt, Bert de Vries, Doug Howard, Karin Maag, Steve Staggs, Nick Cunigan, Darrell Rohl, Dan Miller, Dale VanKley y David Diephouse. Quiero expresar también mi agradecimiento a todas las personas que han participado en este proyecto pero prefieren mantenerse en el anonimato, incluidas aquellas que han compartido conmigo sus historias. Gracias.

Estoy profundamente en deuda con los académicos y observadores-participantes que se leyeron el manuscrito en todo o en parte: Elesha Coffman, George Marsden, Daniel Silliman, James Bratt, Will Katerberg, Lauren Turek, Greg Jones, Devin Manzullo-Thomas, Nevada DeLapp, Doug Koopman, David Malone, David Henreckson, Josh Parks y Darren Dochuk. Gracias en especial a Tim Gloege, que se abrió camino trabajosamente por los primeros borradores y me impulsó a seguir adelante en momentos clave del camino. Gracias también a Alan Bean, Hunter Hampton y Daniel Silliman por su erudita generosidad. Este proyecto ha sido desde el principio parte de una conversación académica más amplia, y ha sido un privilegio enorme poder colaborar con colegas, críticos y coconspiradores tan brillantes.

A lo largo de todo este proyecto me he beneficiado de la diligente y rápida ayuda de bibliotecarios y archivistas, incluidos: David Malone, de la Calvin University; el personal de la Hekman Library; Melissa Nykanen, de los archivos universitarios y las colecciones especiales de Peperdine; Katherine Graber y Keith Call, de los Archivos Centrales de Billy Graham del Wheaton College, y Bill Lindsay, de la Hamblen Music Company.

Este libro no habría visto la luz sin el apoyo generoso del Louisville Institute y su dotación de becas para el análisis de la iglesia y la sociedad; un agradecimiento especial a Don Richter por respaldar incondicionalmente este proyecto. La Calvin University también proporcionó un apoyo esencial a la investigación. La beca Calvin Research Fellowship, el Programa Civitas, el Programa para Académicos McGregor, la beca Calvin Center for Christian Scholarship, el decano de Investigación y Becas y la oficina de Provost han facilitado este trabajo de modos indispensables. Estoy especialmente agradecida a Cheryl Brandsen, Matt Walhout y Susan Felch por su apoyo en llevar este proyecto a buen término. Gracias también a Todd Buchta y Beth Dykstra por ayudarme a conseguir financiación adicional, a Jenna Hunt por su ayuda experta y a John Hwang por asegurarse de que esta investigación llegue a un público amplio.

Quizá lo más fundamental haya sido que la Calvin University me haya permitido trabajar con un equipo excepcional de ayudantes de investigación. Austin Hakes ayudó a lanzar este estudio con su vivo interés y dedicación, y, en el trayecto, Kate Guichelaar e Isaac LaGrand aportaron experiencia y conocimientos adicionales. En fechas más recientes, Josh Parks, Kathryn Post y Kelly Looman se embarcaron en el viaje y dedicaron

incontables horas a leer novelas malas, recopilar inquietantes misivas en Internet e introducirse en madrigueras sin saber adónde conducían, siempre con mucho esmero, con gran perspicacia y con un vivo ingenio. Vuestra camaradería arrojó luz a un estudio por lo demás sombrío. Este libro no existiría sin vosotros tres, pero eso ya lo sabéis.

Las oportunidades para presentar este estudio de investigación en diversos contextos públicos han enriquecido y ampliado el proyecto. La Religious Literacy y la Professions Initiative de la Harvard Divinity School proporcionaron un entorno magnífico para mantener una conversación interdisciplinar, a partir de la cual fraguaron nuevas amistades y asociaciones intelectuales; estoy especialmente agradecida por la orientación y el aliento ofrecidos por Stephen Prothero y David Hempton. Además, tuve el honor de regresar al seminario CORAH de la Universidad de Notre Dame y a la conferencia sobre «Tendencias duraderas y nuevas direcciones» de Notre Dame, donde participé en animados debates acerca de los temas que aborda este libro; gracias en especial a Jonathan Riddle y Darren Dochuk por dichas invitaciones. Gracias también a la serie de conferencias Geneva Lecture de la Universidad de Iowa, y a Tom Wolthuis y Dawn Wolthuis por su generosa hospitalidad, y al Festival of Faith and Writing de la Calvin University, a la serie Just Citizenship y al Henry Institute for the Study of Christianity and Politics por las oportunidades adicionales de compartir fragmentos de esta investigación. Las charlas en las parroquias locales, la National Women’s Studies Association, la American Historical Association, la Conference on Faith and History y la American Society of Church History también proporcionaron espacios que propiciaron intercambios. En cada uno de estos lugares disfruté de una considerada participación por parte del público; me siento especialmente agradecida a los muchos hombres evangélicos blancos que respondieron con tanto interés e implicación a este proyecto.

Se han publicado algunas incursiones anteriores en este tema de investigación, las cuales han suscitado nuevas conversaciones constructivas. Vaya mi agradecimiento a Marie Griffith y Tiffany Stanley, del John C. Danforth Center on Religion and Politics, por publicar mi exploración inicial de la masculinidad y la beligerancia evangélicas en *Religion & Politics*. También estoy agradecida a Wendy McDowell y el *Harvard Divinity Bulletin* y a Bob Smietana y el Religion News Service por publicar otros fragmentos de este trabajo.

En los últimos años he tenido el privilegio de formar parte de un maravilloso grupo de historiadores que colaboran en la publicación *Anxious Bench* de Patheos. Gracias, en especial, a Chris Gehrz por dirigir dicho equipo y a Beth Allison Barr por sumarme al proyecto y por convertirse en mi amiga y cómplice. También considero oportuno expresar mi agradecimiento a los muchos periodistas sobre religión cuyos esmerados reportajes han sido esenciales para mi propia investigación y cuyo trabajo, sin duda, demostrará ser indispensable para futuros historiadores.

En el transcurso de este proyecto he contado con el inmenso beneficio de estar asesorada por mi agente, Giles Anderson, que acompañó este libro desde su concepción y se aseguró de que acabara en las manos indicadas. Ha sido un honor trabajar con el equipo de Liveright, desde Katie Adams, que manifestó su entusiasmo por el proyecto desde el principio y ayudó a darle forma, hasta Robert Weil, que lo cuidó a lo largo del trayecto, y, por último, mi editor, Dan Gerstle, que tiene la extraordinaria capacidad de tener razón en todo. Gracias también a Gina Iaquinta por ejercer como asistente de producción con eficiencia y alegría, a Nancy Palmquist por revisar ortotipográficamente el libro con tanta atención, y a Peter Miller, Jessica R. Friedman, Haley Bracken y todas las personas que han trabajado para que este libro saliera a la luz.

Mis familiares, tanto los más cercanos como los más lejanos, me han ayudado de maneras que resultan difíciles de expresar con palabras, una de ellas recordándome a diario que hay cosas más importantes que la política y que el amor traspasa las divisiones políticas. Mis primeras fases de escritura coincidieron con el diagnóstico de ELA de mi madre, y, aunque ella no vivió para ver completado el libro, es una parte esencial de quién soy y a qué me dedico.

En los momentos en los que este libro interfirió en las vacaciones familiares y el tiempo con mis hijos, sus tías, tíos, primos y abuelos se ofrecieron a tomarme el relevo y llevárselos de acampada, de pesca, de viaje y a comer rosquillas. Y eso marcó la diferencia. Mis hijos, a su vez, también contribuyeron a este proyecto, cada uno a su manera. Zak se aseguró de que mis largas jornadas de escritura estuvieran llenas del tipo de distracción idóneo, en la forma de peces variados, cacatúas, pollos y, sorprendentemente, también dos gallos. Eva, que siempre ha apoyado con entusiasmo mis proyectos académicos, hizo su aportación a un documento anterior sobre el tema compartiendo conmigo su experiencia en la casa de

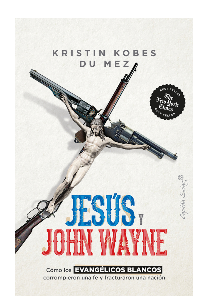
Slytherin. Durante demasiado tiempo también se ocupó de cosas en el ámbito doméstico para que yo pudiera escribir. No habría acabado este libro sin tu ayuda, Eva. Y, por supuesto, Lulu, que proporcionó interrupciones bienvenidas a intervalos muy regulares para pedir abrazos, sonrisas y tentempiés.

Por último, gracias a Jack, mi interlocutor más sufrido y con más trayectoria, cuyo apoyo a este proyecto no flaqueó en ningún momento y quien creía que era necesario escribir este libro incluso cuando yo albergaba mis dudas, quien me ofreció ayuda técnica y me ayudó a conseguir las imágenes para la publicación y quien se llevó a los niños, a veces durante semanas enteras, en las fases finales del proyecto. Gracias.

Aunque probablemente huelgue decirlo, lo diré de todos modos. El análisis y las conclusiones que figuran en estas páginas no representan necesariamente las opiniones de muchas de las personas que colaboraron en este proyecto y me proporcionaron un apoyo esencial en el trayecto, incluidos amigos, familiares y mi lugar de trabajo. Estoy agradecida por la cortesía que han demostrado tantas personas y por la inversión mutua que compartimos al entablar conversaciones civiles sobre asuntos importantes.

Índice

Jesús y John Wayne



Jesús y John Wayne es una amplia historia revisionista de los últimos setenta y cinco años del evangelismo blanco que revela cómo los evangélicos han trabajado para sustituir al Jesús de los Evangelios por un ídolo de la masculinidad ruda y el nacionalismo cristiano, o en palabras de un capellán moderno, por «un malote espiritual».

Como explica la aclamada académica Kristin Du Mez, la clave para entender esta transformación es reconocer la centralidad de la cultura popular en el evangelismo estadounidense contemporáneo. Muchos de los evangélicos de hoy pueden no ser teológicamente astutos, pero conocen sus VeggieTales (dibujos animados cristianos), han leído «Wild at Heart» de John Eldredge, aprendieron sobre la pureza antes de aprender sobre el sexo y tienen un anillo de plata para demostrarlo. Los libros, las películas, la música, la ropa y los productos evangélicos conforman las creencias de millones de personas. Y la cultura evangélica está repleta de héroes musculosos: guerreros míticos y soldados rudos, hombres como Oliver North, Ronald Reagan, Mel Gibson y el clan Duck Dynasty, que afirman el poder masculino blanco en defensa de la «América cristiana». La principal de estas leyendas evangélicas es John Wayne, un icono de una época perdida en la que los hombres no se acobardaban por la corrección política, no temían decir las cosas como eran y hacían lo que había que hacer.

Desafiando la suposición comúnmente sostenida de que la «mayoría moral» apoyó a Donald Trump en 2016 y 2020 por razones puramente pragmáticas, Du Mez revela que Trump, de hecho, representó el cumplimiento, en lugar de la traición, de los valores más profundamente arraigados de los

evangélicos blancos: el patriarcado, el gobierno autoritario, la política exterior agresiva, el miedo al Islam, la ambivalencia hacia el #MeToo y la oposición a *Black Lives Matter* y la comunidad LGBTQ. Una reexaminación muy necesaria de la subcultura más influyente de este país, *Jesús y John Wayne* muestra que, lejos de adherirse a los principios bíblicos, los evangélicos blancos modernos han rehecho su fe con consecuencias duraderas para todos los estadounidenses.

Kristin Kobes Du Mez, historiadora estadounidense. Es profesora de historia y estudios de género en la Universidad Calvin de Grand Rapids, Michigan. Su investigación se centra en la intersección de género, religión y política. Trabajó en el Williams College y en el Five College Women's Studies Research Center del Mount Holyoke College antes de trasladarse a la Universidad de Calvin. Kristin Du Mez imparte cursos de historia de la mujer estadounidense y de historia social y cultural de Estados Unidos, y ha disfrutado trabajando con los estudiantes en recorridos históricos a pie por Grand Rapids para la aplicación GR Walks. Ha escrito para *The New York Times*, *The Washington Post*, *NBC News*, *Religion News Service* y *Christianity Today*, y ha sido entrevistada en *NPR*, *CBS* y *BBC*, entre otros medios. Actualmente está trabajando en «Live Laugh Love», un estudio cultural sobre la mujer blanca cristiana. Tiene tres hijos.

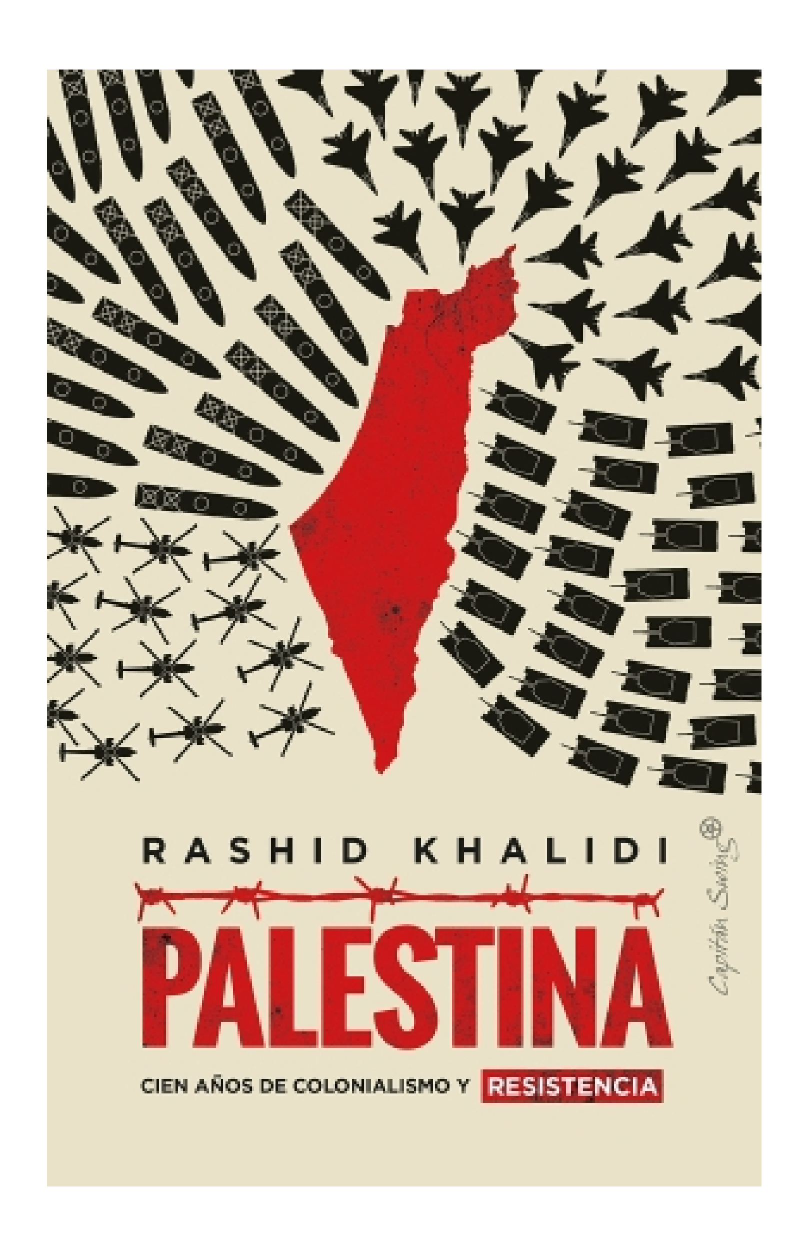
Título original: *Jesus and John Wayne: How White Evangelicals Corrupted a Faith and Fractured a Nation* (2021)

Edición en ebook: enero de 2023

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126130-3-2

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Manuel Pérez Subirana
Composición digital: leerendigital.com

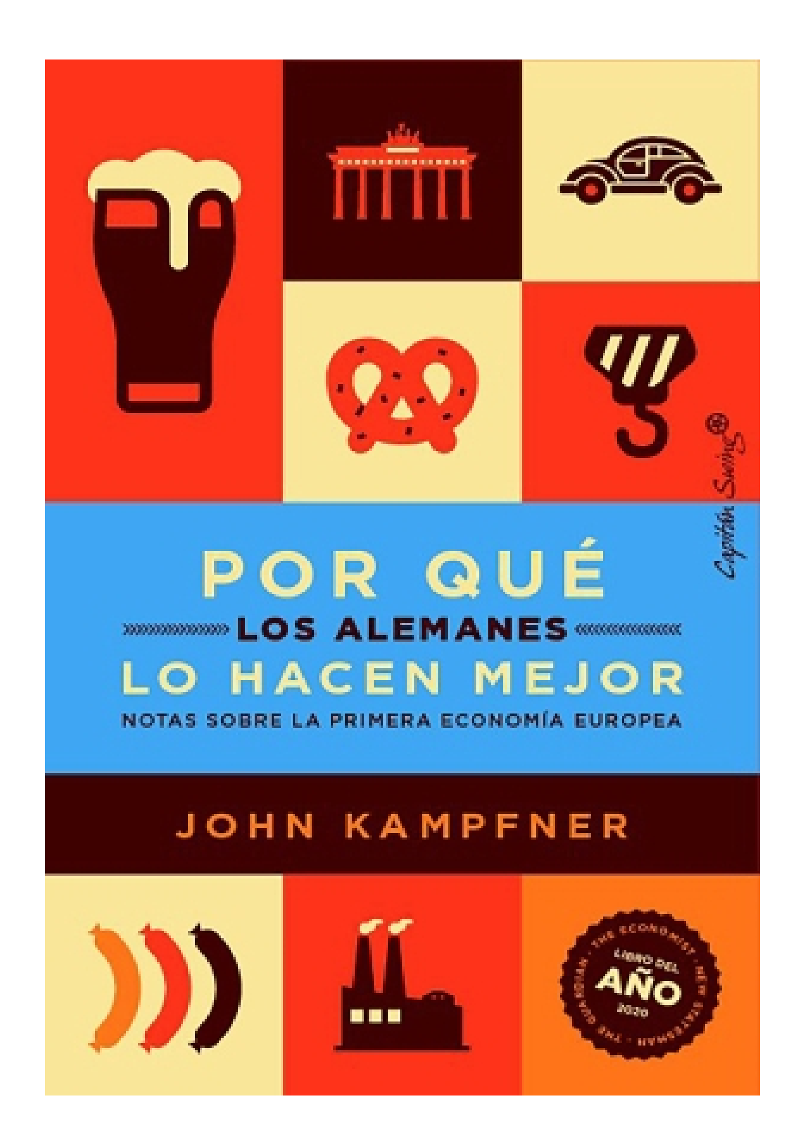


Palestina

Khalidi, Rashid
9788412613056
400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

Una historia de referencia sobre los cien años de guerra contra los palestinos de la mano del principal historiador estadounidense de Oriente Medio, contada a través de acontecimientos cruciales y de la historia familiar En 1899, Yusuf Diya al-Khalidi, alcalde de Jerusalén, alarmado por el llamamiento sionista a crear un hogar nacional judío en Palestina, escribió una carta dirigida a Theodore Herzl: el país tenía un pueblo indígena que no aceptaría fácilmente su propio desplazamiento. Advirtió de los peligros que se avecinaban y terminó su nota diciendo: "en nombre de Dios, que se deje a Palestina en paz". Así, Rashid Khalidi, tataranieto de al-Khalidi, comienza esta amplia historia, el primer relato general del conflicto contado desde una perspectiva explícitamente palestina. Basándose en una gran cantidad de material de archivo sin explotar y en los informes de generaciones de miembros de la familia -alcaldes, jueces, eruditos, diplomáticos y periodistas-, 'La Guerra de los Cien Años en Palestina' pone en entredicho las interpretaciones aceptadas del conflicto, que tienden, en el mejor de los casos, a describir un trágico enfrentamiento entre dos pueblos que reclaman el mismo territorio. En su lugar, Khalidi traza cien años de guerra colonial contra los palestinos, librada primero por el movimiento sionista y luego por Israel, pero respaldada por Gran Bretaña y Estados Unidos, las grandes potencias de la época. Destaca los episodios clave de esta campaña colonial, desde la Declaración Balfour de 1917 hasta la destrucción de Palestina en 1948, desde la invasión israelí del Líbano en 1982 hasta el interminable e inútil proceso de paz. Original, autorizada e importante, 'La guerra de los cien años en Palestina' no es una crónica de victimismo, ni blanquea los errores de los dirigentes palestinos ni niega la aparición de movimientos nacionales en ambos bandos. Al reevaluar las fuerzas desplegadas contra los palestinos, ofrece una nueva y esclarecedora visión de un conflicto que continúa hasta nuestros días.



Por qué los alemanes lo hacen mejor

Kampfner, John
9788412613070
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Surgido de un conjunto de ciudades-estado hace 150 años, ningún otro país ha tenido una historia tan turbulenta como Alemania ni ha disfrutado de tanta prosperidad en tan poco tiempo. Hoy en día,

cuando gran parte del mundo sucumbe al autoritarismo y la democracia es socavada desde su corazón, Alemania se erige como baluarte de la decencia y la estabilidad. Mezclando viajes personales y anécdotas con convincentes pruebas empíricas, se trata de una exploración crítica y entretenida del país que muchos en Occidente todavía aman odiar. Planteando importantes cuestiones para nuestro panorama post-Brexit, Kampfner se pregunta por qué, a pesar de sus defectos, Alemania se ha convertido en un modelo a imitar por los demás, mientras que Gran Bretaña no consigue afrontar los retos contemporáneos. En parte memoria, en parte historia, en parte diario de viaje, 'Por qué los alemanes lo hacen mejor' es un retrato rico e ingenioso de un país eternamente fascinante.



Por qué dormimos

Walker, Matthew
9788412099362
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

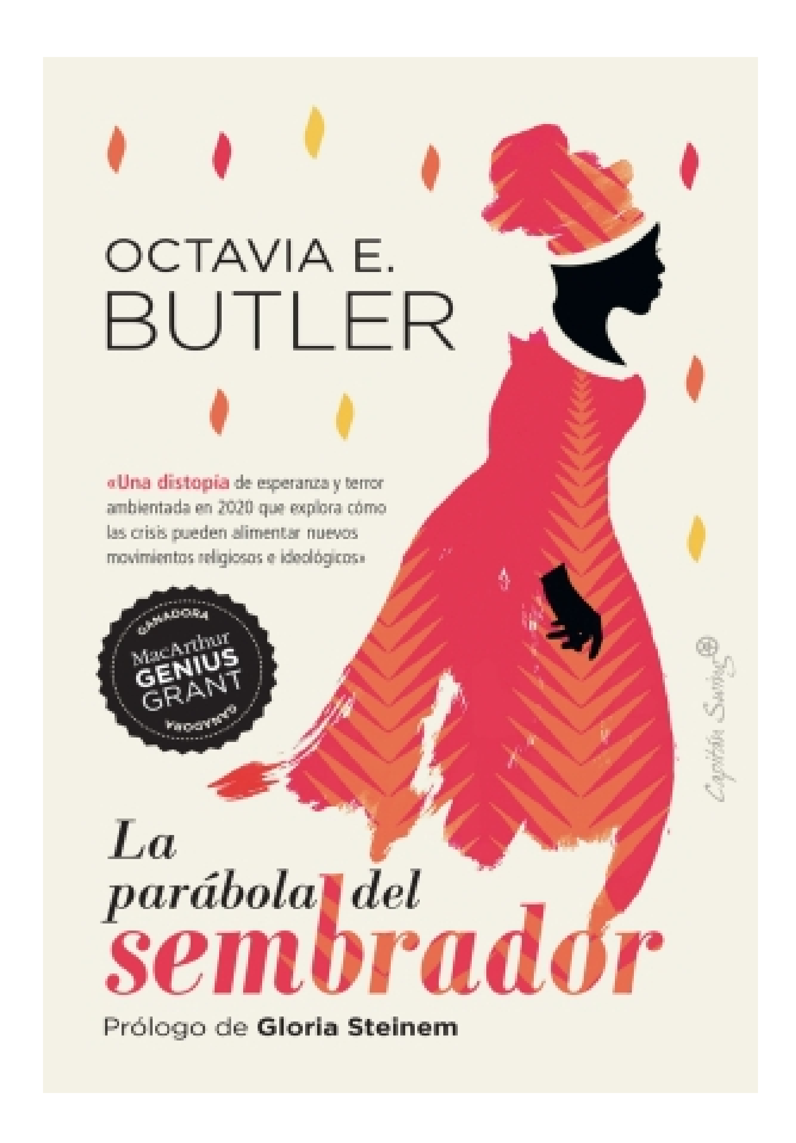
Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

Charles Darwin desempeñó un papel crucial a la hora de convertir la herencia en una cuestión científica y, sin embargo, fracasó estrepitosamente a la hora de responderla. El nacimiento de la genética, a principios del siglo XX, pareció hacer precisamente eso. Poco a poco la gente tradujo sus antiguas nociones sobre la herencia a un lenguaje de genes. A medida que la tecnología para el estudio de los genes se abarató, millones de personas pidieron pruebas genéticas para relacionarse con padres desaparecidos, con antepasados lejanos, con identidades étnicas... Pero, escribe Zimmer, "cada uno de nosotros es portador de una amalgama de fragmentos de ADN, cosidos a partir de algunos de nuestros muchos antepasados. Cada pieza tiene su propia ascendencia, recorriendo un camino diferente a través de la historia de la humanidad. Un fragmento concreto puede ser a veces motivo de preocupación, pero la mayor parte de nuestro ADN influye en lo que somos -nuestro aspecto, nuestra estatura, nuestras inclinaciones- de maneras inconcebiblemente sutiles". La herencia no se limita a los genes que pasan de padres a hijos. La herencia continúa dentro de nuestro propio cuerpo, ya que una sola célula da lugar a trillones de células que conforman nuestro cuerpo. Decimos que heredamos los genes de nuestros antepasados -utilizando una palabra que antaño se refería a reinos y haciendas-, pero heredamos otras cosas que importan tanto o más para nuestras vidas, desde los microbios hasta las tecnologías que utilizamos para hacer la vida más cómoda. Necesitamos una nueva definición de lo que es la herencia y, a través de la lúcida exposición y narración de Carl Zimmer, este resonante tour de force nos la proporciona. Entrelazando investigaciones científicas históricas y actuales, su propia experiencia con sus dos hijas y el tipo de reportaje original que se espera de uno de los mejores periodistas científicos del mundo, Zimmer acaba por desentrañar los urgentes dilemas bioéticos que surgen de las nuevas tecnologías biomédicas, pero también las antiguas presunciones sobre quiénes somos realmente y qué podemos transmitir a las generaciones futuras.

Cómpralo y empieza a leer



La parábola del sembrador

Butler, Octavia E.
9788412324235
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

Esta aclamada novela posapocalíptica de esperanza y terror, de la galardonada escritora Octavia E. Butler, combina bien con otras obras distópicas como 1984 o El cuento de la criada.

Cuando el cambio climático global y las crisis económicas conducen al caos social a principios de la década de 2020, California se llena de peligros, desde la escasez generalizada de agua hasta las masas de vagabundos que harán cualquier cosa para sobrevivir otro día más. Lauren Olamina, una joven adolescente de quince años, vive dentro de una comunidad cerrada con su padre, un predicador, su familia y sus vecinos, relativamente protegida de la anarquía circundante.

En una sociedad donde cualquier vulnerabilidad es un riesgo, ella sufre de hiperempatía, una sensibilidad debilitante hacia las emociones de los demás. Precoz y lúcida, Lauren debe hacer oír su voz para proteger a sus seres queridos de los desastres inminentes que su pequeña comunidad ignora obstinadamente. Pero lo que comienza como una lucha por la supervivencia pronto conduce al nacimiento de una nueva fe y a una sorprendente visión del destino humano.